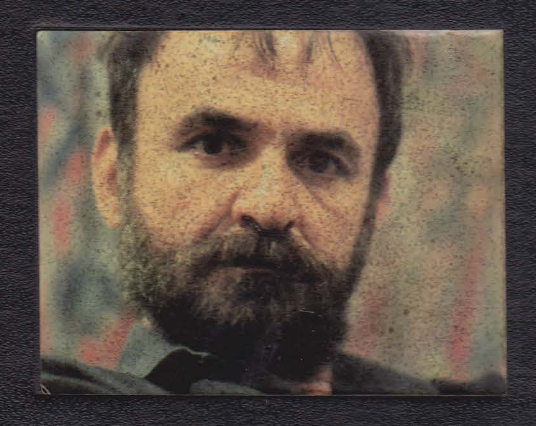


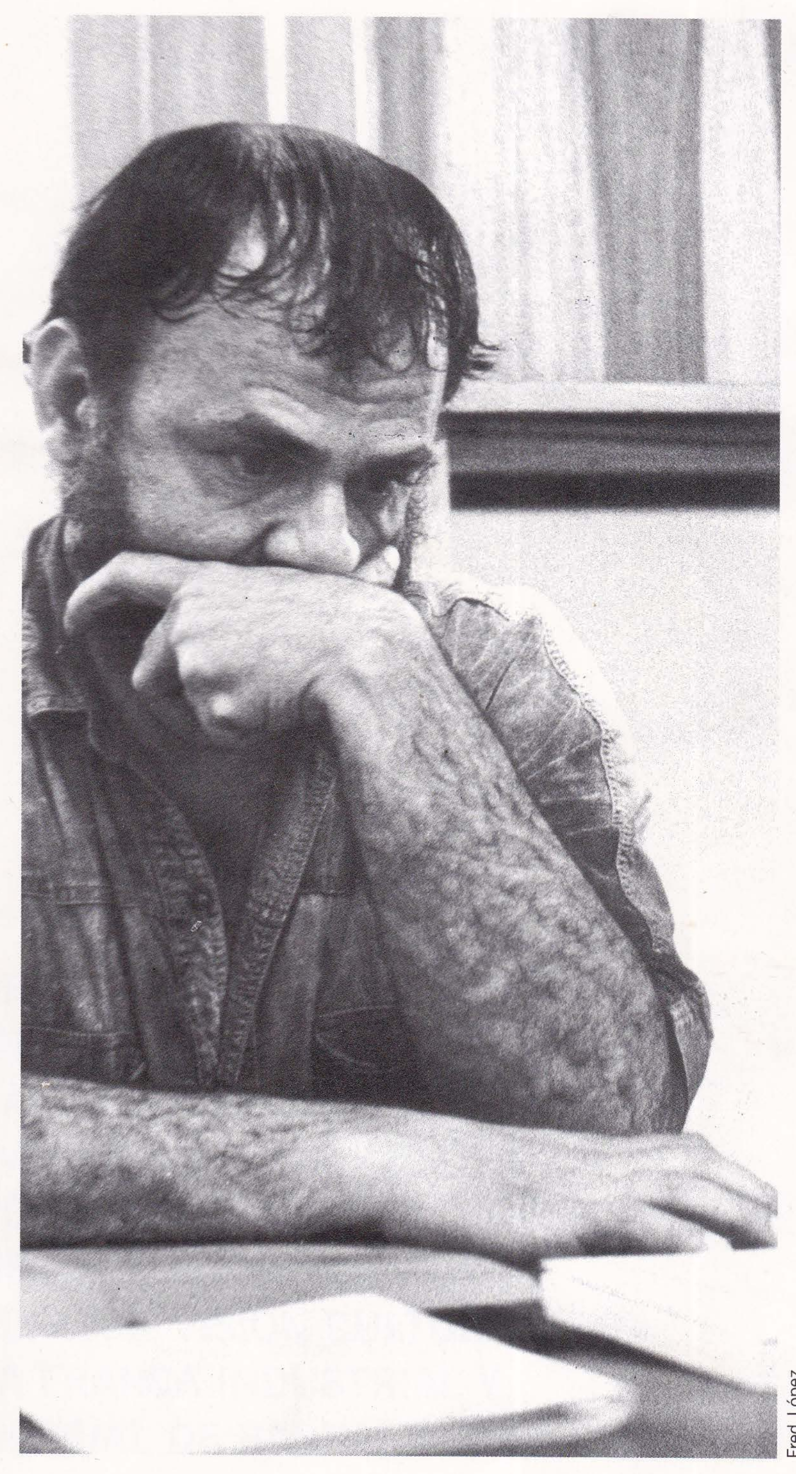
ARDE RAÚL

La terrible y asombrosa historia del poeta Raúl Gómez Jattin

Heriberto Fiorillo

Lo escrito tiene una vida autónoma
que su autor desconoce

Roberto Calasso



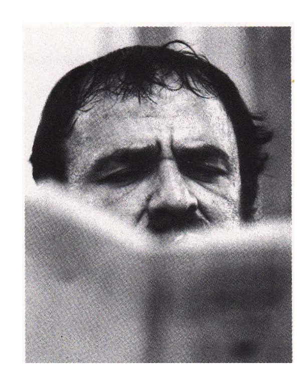
Fred López

ARDE RAÚL

La terrible y asombrosa historia del poeta Raúl Gómez Jattin

Heriberto Fiorillo

Contenido





Óleo de Bibiana Vélez

El Raúl del libro

Retrato y valoración de la obra poética de Raúl Gómez Jattin, desde la perspectiva múltiple de autores nacionales y extranjeros.

El Raúl de este libro no es el mismo que vivieron algunos de sus lectores. Escrito por alguien que no tuvo el gusto ni el susto de conocerlo, es apenas un retrato infiel de su reflejo, imaginado a partir de los golpes de luz y de sombra que dejó el poeta en la memoria y la sensibilidad de sus contemporáneos, su familia, los amigos y los vecinos que lo amaron, sufrieron, consolaron o lapidaron.

Son muchos de ellos quienes lo entregan aquí, filtrado también, por supuesto, a través de sus juicios y prejuicios de valor, cortado a la incierta medida de sus recuerdos, revivido a la variable temperatura de su imaginación. El Gómez Jattin de carne y hueso que trastornó los espacios cotidianos de sus congéneres, con su vigor de minotauro y su vozarrón de leñador, ese ser atormentado, original y único, no ha sido en este caso sino el espléndido y terrible borrador colectivo que, con pinceles distintos, trazaron para el dibujo de un autor sus múltiples testigos.

Al morir, había empezado como poeta, a recorrer el camino de la consagración y la fama, cosechadas por la calidad de sus versos. Como hombre, apenas lo acicalaban para la sepultura, ya no cabía en el ataúd y la presencia de su cadáver hacía decir a lugareños y periodistas que su muerte estaba haciendo llover en Cereté y en toda la región del Sinú, donde había salvado las cosechas.

La vida que Raúl respiró, recuperada con asombro pero adulterada también de buena fe por la memoria y la palabra de los otros se ha transformado en una increíble historia de papel, cada vez más cerca de la verdad y del mito. La investigación ha sido prolongada, constante, exhaustiva, incansable, heterogénea, pero la edición de campo y de escritorio pasa por la mente humana, escoge, combina, sintetiza y transforma, casi tanto como la escritura posterior, fruto de la pluma que cuenta.

Los instantes apretados de la existencia, por ejemplo, caminan sobre las páginas de un libro al ritmo de las zancadas del narrador, quien no desea aburrir a sus lectores y destierra de su historia los llamados tiempos muertos, disfrutados con seguridad, en cambio, en la vida original por el verdadero actor.

Después de su poesía, la que nos cautiva y estremece, más que la vida de dolor, escándalo y ofensas, nos interesó desde un principio, la mente del poeta, cruce de locuras y de sueños, de torpezas y genialidades, de ternuras y crueldades. Algo o mucho de frustración hay en la reconstrucción de las historias, porque no puede el narrador en estos casos (tampoco el lector) saber ni sentir lo que piensa y siente el protagonista, al agredir o transgredir en una situación específica. Los hechos quedan para la especulación de los analistas, tan distantes del alma del ser.

El consuelo, siempre a mano como el generoso pañuelo, es que, al no poder penetrar en el ánimo y las motivaciones concretas del personaje real, narradores y lectores se internan en los suyos y alcanzan, al hacerlo, tocar y entender a veces esencias y condiciones compartidas por todo el género humano.

Al final, el Raúl que importe no será el armado entonces por el escritor con la solidaria colaboración de medio centenar de personas ni ese que permanezca impreso para la libre recreación del visitante en las quinientas páginas del libro. El Raúl que importe será ese único que, tras la lectura, acepte y deje vivir cada uno de los lectores, también como parte de sí mismo, en su propia imaginación.

Al hacerlo, resultará curioso que cada persona esté aplicando el mismo método creativo de Gómez Jattin, conocido como el de la ensoñación, mediante el cual todo individuo es demiurgo, dios en su mente y hace ahí lo que quiere con los personajes, los ámbitos y las acciones del mundo exterior. En el caso de creadores como él, esas visiones pueden transmutarse luego a grupos de palabras sentidas y tejidas de manera tan novedosa y original que restablecen una imprecisa objetividad extrañada y son poemas.

Poemas, quizás la forma más enriquecedora de conocer a Raúl Gómez Jattin. Por eso en este libro hay más de cincuenta, algunos inéditos, otros circulantes entre amigos y seguidores marginales o en pequeñísimas ediciones, hechas casi a mano, pegando cartones con fotocopias.

Pero, volvamos a Raúl, a través de algunos de los otros. Ya hablará él en el próximo capítulo, donde nos reconstruirá,

gracias a su fabulación poética y a la memoria de los colegas, a la magia de los tiempos y las destrezas de los géneros escritos, su propio yo, en una autobiografía no autorizada que él fue dejando en entrevistas, escritos y conversaciones con amigos. Una valiosa reflexión que, como todas, pero más o menos que algunas, es también realidad e invento.

Ningún poeta de nuestro tiempo ha sido tan ovacionado como Raúl en festivales y recitales del país. En una nación que no lee y dentro de un género tan difícil como la poesía, las escasas ediciones de sus libros se han agotado siempre. Están agotadas ahora. No obstante, aumenta el número de sus admiradores y crecen las multitudes que lo valoran como poeta de culto.

Llamado grande, número uno, titán y clásico de la poesía colombiana y latinoamericana de los últimos cincuenta años, ya lo tienen ahí sentado los críticos a la diestra y la siniestra de otros intocables del parnaso nacional, como Silva, Mutis, Barba Jacob, Arturo, Flórez, Rojas. López, Obeso y De Greiff, sitio de honor reiterado en los comentarios, las reseñas, las encuestas y las paredes de las casas de cultura nacionales.

El séquito de sus admiradores va desde los amigos que cantan y musicalizan sus poemas, hasta los seguidores que imitan su voracidad para fumar marihuana y se enloquecen antes de comprender sus versos y medir su tragedia.

Raúl, quien alcanzó a conocer en vida el incienso de la adulación, cumplió sin darse cuenta los requisitos de ángel conmovedor fijados por Jean Cocteau, rechazó que lo llamaran poeta maldito como a su amado Rimbaud y construyó –como lo más valioso después de su poesía– un fracaso a la medida de su orgullo, de sus versos y de su locura.

Poeta y loco de su tiempo, Raúl nació y creció al norte de un país desatinado que hace suyas las insensateces del mundo y baña en sangre sus propios desvaríos. En el sufrimiento personal y en los males colectivos de su época, Raúl aprendió a destilar la riqueza de sus versos.

Caótico y demente en el vivir, equilibrado y lúcido en su poesía, el hijo de Lola fue clásico y trasgresor al mismo tiempo. Renunció a la simulación, bajó a los infiernos, narró en

verso la crónica de sus tormentos y se reinventó a sí mismo a través del dolor. Su amor por la poesía sobrevivió a todas sus locuras y él sobrevivió con ella, gracias al espíritu incandescente de su creación.

Apasionado y vital, de gran habilidad verbal y literaria, con un gran conocimiento y manejo del lenguaje, Raúl creó una poética alucinante, profunda, transgresora, liberadora y comprensible, que se asimila al canto popular y nos estremece todavía con la belleza contundente de ciertos actos brutales.

«La poesía de Raúl –dice el poeta Juan Gustavo Cobo Borda, le dio calor y vitalidad a nuestra esmirriada poesía. Nadie tuvo tanta anchura de corazón como para albergar entre la robusta fuerza de su lírica a tantos seres como los que hoy arden en la memoria incandescente de sus lectores».

Para el poeta William Ospina, Raúl es emoción y vitalidad. «Él es un vitalista, alguien que privilegia las pasiones, los afectos y los acontecimientos, antes que las ideas o las referencias culturales. Es un poeta muy sincero y convierte episodios de su vida personal como en paradigmas de ciertas circunstancias trágicas que son de todos los seres humanos. La sencillez, la cordialidad, la nostalgia y una forma como muy valerosa de asumir la desesperanza son las principales características de su poesía».

«Desinterés, egoísmo, tierna piedad, crueldad, sufrimiento de los contactos, pureza en la orgía, mezcla de un violento gusto por los placeres de la tierra y desprecio de los mismos, ingenua amoralidad, no se engañen: estos son los signos de lo que llamamos angelismo y que todo poeta verdadero posee, escriba, pinte, esculpa o cante. Pocas personas lo admiten, pues pocas personas sienten la poesía. Sólo ellos me conmueven, y si reconozco cierto valor en otros, sólo ellos son para mí dignos del nombre de poetas». Lo dijo el gran Jean Cocteau y Mauricio Gil Cano señala a Raúl Gómez Jattin como uno de los pocos que cumple los requisitos.

En 1983, el poeta nadaísta Jaime Jaramillo Escobar, X-504, recibió del escritor y editor Milcíades Arévalo, el libro *Poemas,* de Raúl Gómez Jattin. Esto fue lo que Jaramillo escribió en una carta al mismo autor, después de leerlo:

Querido Raúl: He estado recomendando mucho tu poesía: a todo aquel que está enfermo le receto dos poemas tuyos y al que se acusa de algún pecado le mando a leer tres veces el poema de la burrita. A los viajeros les recomiendo llevar tus poemas en el bolsillo y a los que llegan les presento tus poemas como la única cosa vital, grande, oxigenada, robusta, libre, natural y bella que tenemos aquí: lo único con fuerza joven, originalidad, audacia, libertad y novedad que se encuentra hoy en el bazar de la poesía colombiana; lo único que se desborda, que brama, que tiene impulso y pasión, el único vendaval que nos refresca, primitivo, animal y selvático como un desodorante de TV, lo único apasionado y amoroso, ¡¡¡lo único!!! Lo demás está reglamentado por la Academia, pero tú eres territorio libre del poema. Todos los demás estamos maniatados por la crítica, los reglamentos del verso, los corsés de la gramática, las normas de la sociedad, los preceptos religiosos, las jaulas políticas, los considerandos utilitaristas, las órdenes de los diáconos, la urbanidad, los regaños de la familia, las conveniencias del matrimonio, los impedimentos del trabajo, los rezagos burgueses. Pero tú eres el viento, eres un potrillo, eres el río que arrasa, no limitas con nada, no tienes cuñados en el cielo, no tienes participación en la bolsa de valores, eres un bruto, eres Atila, eres el mismísimo Adán, Dios en persona completamente loco deshojando los bosques y tirando las hojas al aire, eres el ciclón, la barriga pelada, el escándalo furioso, todo lo que yo no soy ni hay aquí poeta que lo sea, eres el fauno, el unicornio, el centauro, el volcán, ¡eres el putas! Las polvorientas calles de Cereté te ven y no te creen, porque nos ha dado por pensar que los poetas tienen que vivir en Bogotá, muertos de frío a las puertas de la Academia, mendigando un gerundio y poniendo mucho cuidado para que no los vaya a picar el qué galicado. Los poetas de Bogotá se hacen tratamientos para la conjugación, toman pastillas para el pronombre, siguen una dieta rigurosa de solecismos y cacofonías y sufren el estreñimiento de la lengua. Pero tú ya hiciste la revolución, pusiste el mundo patas arriba, aunque no se den cuenta los que viven boca

abajo. Estallaste, y aunque el eco de ese estallido se demore en llegar a la Tierra, te amo como a una fuerza primigenia que crea y modela. Cuando empezabas apenas a caminar, dabas los primeros pasos de siete leguas, poeta desbocado, lenguaraz, deslenguado, gigantón y desnudo, desusado, desmesurado, indomable. Aunque aún no te había visto, presumo que tu persona debe tener ese hálito avolcanado de tus poemas. No cabrías en mi pequeño cuarto, no cabrías en esta ciudad, tú eres el padre de la selva. Mándame todos los poemas que tengas, quiero ahogarme en ellos. La poesía colombiana te estaba necesitando porque nosotros caímos en la trampa. Tú eres el único que queda libre. No te dejes coger. No te dejes cazar. Si te cogen, mátalos. Mátalos.

La respuesta de Raúl no se hizo esperar.

Cuando llegó tu carta rumorosa como el viento
había lanzado todos los libros a la calle
y como no estaba el mío me tiré yo mismo a la intemperie
Y vagabundié entre el sonrojo agresivo y triste
de esos pobres hombres que me vieron crecer
como una bestia tierna que escribía y soñaba
De esos habitantes de un paisaje que adoro
incómodos y apesadumbrados de tener un poeta
Y mendigué un alegre dinero mendigando mis versos
y les ofrecí mi vida erizada de angustia
Y canté en las aceras y me enamoré de un amor malvado
pero hermoso como un lucero en la noche de la muerte
Eres en mi corazón el poeta que me ayudó
con sapiencia y serenidad a leer la poesía
Ese Poeta admirado y lejano Jaime Jaramillo Escobar
Pero amigo y hermano de mi soledad como mi propio verso

Cuando Gómez Jattin asistió, en 1993, al Festival Internacional de Poesía en Medellín, X-504 fue dos veces a visitarlo al hotel. Jaramillo Escobar sostiene que el poeta de Cereté siempre fue correcto y cordial. Estuvo en su buen juicio. «No tuve de él la percepción del vicio», dice.

En conversaciones y visitas de hora y media como esa, Raúl se expresaba con una lucidez normal. «Todo el tiempo

se comunicó muy bien. Uno no podía creer que estuviera hablando con una persona de clínica mental, porque él estaba plenamente bien. Yo le decía: Raúl, pero tú estás muy bien. ¿Qué haces ahí en esa clínica? ¿A qué vienes?».

Jaramillo Escobar dice haber leído *El Tríptico cereteano* con interés, pero hoy valora *Hijos del tiempo* como el mejor libro de Raúl. Ahí, además del buen poeta, está el hombre con conocimiento. No tiene la emoción de *Retratos,* pero es su libro más importante. Lo que busca el lector joven en lugar de un poeta, es un compinche de prestigio». Hay muchos poetas jóvenes que adoran al maestro y lo imitan fumando y tomando drogas.

Jaramillo dice que en *Hijos del tiempo* hay un poeta realizado y construido, no importa que su obra sea breve. «Lo que importa es la intensidad, la maravilla, la calidad que tiene, su expresividad. El contenido es importante porque, insiste, Raúl concreta en él una herencia del nadaísmo».

En criterio de Jaramillo, Gómez Jattin es un juglar, un poeta popular. «A mí me dice mucho. Nos habla cosas de aquí. Él no se aparta de las fuentes populares. Los poetas intelectuales son para un círculo muy reducido de sus amigos. El que quiera ser leído y que su mensaje alcance a mucha gente, que se mantenga bebiendo en lo popular. Por eso, en su libro *Con los ojos abiertos,* la escritora Margarita Yourcenar sostiene que la poesía francesa, ha muerto. Porque se apartó de la fuente popular».

Por considerarlos de interés para el lector que desee acercarse a la obra de Raúl, reproducimos fragmentos o textos completos de poetas, periodistas, escritores y personajes cercanos al poeta, eventuales analistas de su obra o personalidad.

EL TRANSGRESOR INOCENTE

> (...) La de Gómez Jattin es una poesía que carece de categorías éticas porque pertenece a un estadio anterior. A una especie de inocencia fundamental, que leída desde la carga de prejuicios y tabúes culturales nuestros, resulta ser una poesía transgresora y violatoria de esa frontera arbitraria entre lo que puede ser dicho y lo que está prohibido. (...)

En la poesía colombiana son escasos los momentos en que hay una identificación amorosa de la palabra con el paisaje y Raúl en El *Tríptico cereteano* logró eso, lo que hay es un inmenso amor de un hombre por su río, por su valle, lo que hay es una gran exaltación de la naturaleza y del medio ambiente que le vio nacer y que es su patria más íntima y su patria que es su patria chica, quien lea esa poesía aprenderá a amar el Valle del Sinú y al río y a la identificación del hombre con el río. Raúl era una fuerza de la naturaleza y su poesía es la manifestación de una fuerza de la naturaleza. Yo creo que no hay unas categorías retóricas que aplicarle a esa poesía porque esa poesía crea sus propios límites, define sus propias pausas retóricas. (...)

No hay un poeta a par a Raúl, y lo que él logró con su poesía, fue nombrar un segmento de la realidad que no había sido nombrado y que es común a muchos colombianos. Ese enfoque en la vida de provincia, el enfoque de la soledad, la locura, el amor, no habían sido dichos antes en el lenguaje ni con el tono con que lo hace Raúl Gómez Jattin, y ahí radica la importancia de su obra poética, en que nombra un territorio desconocido de la realidad colombiana. (...)

Con la aparición de este libro, Raúl Gómez Jattin se incorporó de manera definitiva a ese grupo de poetas de mi generación con un aporte que es absolutamente original en la poesía Colombiana.

Darío Jaramillo Agudelo, poeta y novelista.
Revista Casa Silva, 1995.

TRAMPAS Y POEMAS DE AMOR

Hay en sus versos la manifestación de una fuerza interior, de unas turbulencias síquicas que enaltecen la emoción; hay una energía desbordada para imaginar pasiones ocultas. En ese ir más allá de lo permitido está el peligro para entender, comprender y valorar la poesía de Gómez Jattin, porque en esos versos hay una alucinación desmedida, tanto así que la lectura cae en el humor, o sea en la reflexión sobre lo que es el amor desde la posesión del otro.

Por último, en la valoración de la poesía de Gómez Jattin, la trasgresión se convierte en un inocente juego, porque precisamente es plantearle al lector unas trampas de tipo moral para que él no caiga en ellas y mejor descubra los laberintos de la palabra poética.

Humberto Motato, escritor y crítico

EL SENTIDO DECISIVO DE RAÚL GÓMEZ JATTIN

(...) A Raúl siempre lo descubro repristinando la palabra y la vida. El problema que existe en torno a él es que la leyenda de su vida, la trampa de la locura, su carisma terrible, parecen adquirir más importancia que su propia palabra, su verdadera esencia. No hay peor engaño que el querer establecer una ecuación entre el discurso poético y el discurso sicótico. La locura es un accidente dentro del espíritu creador, cuyas causas misteriosas son más cercanas a la salud, al eros como fuerza vital.

(...) Más allá de ese honesto dar cuenta de sí, del registro de su vivencia y de su paisaje interior y exterior (¿qué poesía no lo hace de una u otra manera?) está el haber sido continente de la sombra colectiva, de las miserias de todos. Su poesía se adentra en el registro del otro. Lo individual encuentra espejo en ese lector sorprendido, agradecido o agredido, vencido por la palabra. Lo que da permanencia y trascendencia a su voz, desde una clara y cultivada conciencia estética es la raigambre clásica de su verbo y de su imaginario, su anclaje en la tradición. El amor homosexual que elabora en su obra es estéticamente subsidiario de lo grecolatino y de sus influencias sobre Cavafis y otros.

Su desparpajo verbal, determinado por la vivencia poética y vital entrelazadas, es tradicional y clásico: revelación de la belleza y del horror, de la visión amorosa y descarnada de sí mismo, de la palabra que todo lo transporta.

El gran tema de su poesía es el amor, su imposibilidad, el desencuentro y el encuentro, sus vicisitudes. Lo genital y lo sexual son vías para alcanzar y penetrar al otro, a lo otro. Así conviven lo sagrado y la trasgresión como concreción de lo erótico, última causa palpable. Entre sexo y

amor se produce una tensión que desemboca siempre en lo amoroso, así el objeto sea la burrita, la gallina, el pavo, la hembra o el varón».

María Antonieta Flórez, Papel Literario de El Nacional de Caracas, 7 de septiembre de 2002

EL SUICIDIO PÚBLICO DEL ARTISTA

Raúl Gómez Jattin, uno de los más interesantes poetas colombianos desde el nadaísmo. El caso de Gómez es el de un suicidio público. Gómez deja a la poesía colombiana y latinoamericana una obra bella e importante, si bien irregular, que interesa como testimonio de la afirmación de su individualidad auténtica; una obra que busca y encuentra la belleza del acto brutal, en el parricidio o el coito zoofílico, en la pelea de gallos y en el atardecer sobre las aguas del río Sinú.

Un lugar común de la «crítica» ha sido la mención, sin mayor análisis, de la locura del poeta, dando por hecho que hay una relación entre ésta y la creación poética. Se alaba no a la lucidez, que a otros pudiera parecer locura, sino la afición por las drogas, los síntomas de esquizofrenia y la agresividad sin razón aparente. Sólo Darío Jaramillo ha criticado esta visión limitada, superficial y monocromática. Sin embargo, la nota predominante es la asociación de su obra con el desvarío y la droga. El poeta en medio del incienso de sus aduladores contribuía a confirmar este cliché con una actitud marginal que lo erigió en el «poeta maldito» de la clase media intelectual. Se etiquetó y valoró su obra desde la observación biográfica, descuidando los temas raizales, la lengua popular, el rescate del valor poético de «lo vulgar» y, sobre todo, la frescura del lenguaje directo y sin pudor que nos obsequian sus versos. La etiqueta de «loco» tiene la doble función de mitigar la peligrosidad y la carga subversiva de su poesía en tanto se la explica en términos de desvarío. La verdadera locura puede ser acaso la nuestra y la de una sociedad enferma que evade una revolución leyéndose poemas en voz alta en certámenes y recitales. La obra y no el autor es

lo que interesa a la crítica moderna; cualquier referencia al poeta sin una razón de ser en el texto es superflua. (...) Gómez completó un proceso de autodestrucción y aniquilamiento; vivió como mendigo en las calles, o en oscuras pensiones, fue paciente habitual de sanatorios psiquiátricos y huésped temporal de la cárcel. Se hará un panegírico de la locura, olvidando que los mejores poemas de Gómez corresponden a momentos de extraordinaria lucidez y en ellos están los rastros de su lucha contra la enfermedad y la muerte; una lid que a nivel personal el poeta probablemente perdió pero que en la obra sigue dando con denuedo.

Carlos Alberto Jáuregui, crítico, El Espectador, 1997

SI LO LEES, TE GUSTA

Admirado por casi todos los que alguna vez tuvieron ocasión de leerlo o escucharlo, hijo quizá no deseado de una cierta tradición de poetas transgresores colombianos, Silva, Barba Jacob, Gonzalo Arango, su poesía es desbordada, febril, con ecos de Cavafis, Cernuda, Vallejo, Gil de Biedma. Verdadera poesía de la experiencia, la suya propia, sin artificios ni disimulos, la de una vida que se fue destruyendo casi sin tregua ni compasión...
(...) Sus poemas son de una sinceridad amarga y cruda que no rehuye, que se regocija incluso, en los temas más escabrosos, las drogas, los amores más prohibidos: escarceos de niño con empleadas domésticas rebosantes de lujuria, homosexualidad, zoofilia...
(...) La *Historia de la poesía colombiana* de la Casa de Poesía Silva (Bogotá, 1991) no habla de él. El *Diccionario de literatura española e hispanoamericana* de Ricardo Gullón tampoco. Sí lo recoge sin embargo (¡qué tal que no!, como dicen ellos) la reciente *Antología de la poesía colombiana,* editada por la Presidencia de la República. Pero su poesía se ha convertido en eso que hoy llaman de culto e incluso ha encontrado música y voz, de una gran belleza, en las canciones de Beatriz Castaño y su grupo María Sabina («¿Por qué andará Beatriz cantando mis poemas?/ y yo queriéndola/ como se quiere de entrevero/

como se quiere uno/ cuando alguien ama algo de uno?»). Hora es, por cierto, de que alguna editorial se decida a publicar su obra en España.

José Antonio de Ory, en revista Clarín, de España.

NOCHES DE POESÍA LLENAS

(...) Desde los tiempos del nadaísmo no aparecían monstruos semejantes. Él, Gómez Jattin y Jaime Jaramillo Escobar, mantienen el fervor por la poesía en el ámbito enrarecido de las reformas y las violencias nacionales, como en tiempo de Gregorio Gutiérrez, que fue coronado en el Teatro Colón y como en lejanías de Barba, que a veces vivió de los recitales pagados y como en los años más próximos del glorioso nadaísmo, y del café de los poetas del nadaísmo cuando debíamos espantar con la policía las turbas ansiosas de versos y las mujeres devotas de los poetas desmayaban en la taquilla o perdían sus zapatos, entre otras cosas, como vimos en los festivales de vanguardia que organizaba en Cali Jotamario Arbeláez. Oh gloria inmarcesible, que dice el Himno.

Pues bien, Gómez Jattin plagó la noche de admiradores que conocían su obra al dedillo, pedían los poemas por sus títulos, por medio de referencias claras. El adorador, gritaba uno. El de la burrita, solicitaba otro. Sí, el del autorretrato con pocos dientes. Un gentío gozoso era eso en la noche de luna. Y cuando el poeta o monstruo en este caso, acabó de pronunciar su recital, la gente permaneció inmóvil: no se irían. Hasta que el poeta terminara de complacerlos. Hubo que hacer una segunda lectura. Aunque Raúl me dijo, estoy un poco cansado.

Desde hace años no fulguraba en el cielo raso de nuestro parnaso nacional una poesía tan contundente, tan poco redundante, tan propia de la naturaleza del animal que la excreta como la de Raúl Gómez. Los elementos son los tradicionales de la poesía de siempre: la melancolía, el fracaso, las desdichas del amor, la ausencia de vida en la vida. Pero en voz de Raúl Gómez y puesta en sus formas, de una naturalidad atronadora, la poesía se vuelve milagro, fantástica miseria, profundidad de maravillas. Sentir. Vida.

Antes de llegar a cumplir 50 años ha realizado una obra deslumbrante, de una intensidad y una melancolía inolvidables. Gómez Jattin es ya uno de los más grandes poetas vivos en Colombia. Con Álvaro Mutis y con Mario Rivero. De quienes debemos sentirnos orgullosos.

Eduardo Escobar, poeta, El Tiempo, 1991

LIBRE EN EL INFIERNO

En Raúl Gómez Jattin hay una lucidez que es su propia locura. Recordemos la frase de Hamlet: «en la locura está mi método». Y hay algo de método en la locura. Raúl, que por momentos parece simplemente asistir o visitar una temporada el infierno, decide quedarse allí y está lúcido y está consciente de que es en el infierno donde él corresponde con su propio modo de vida. En numerosos poemas vuelve a tener conciencia de su propia muerte, de su propia degradación, así que no miremos con piedad al poeta. Él es el artífice de su propio descenso en el infierno y su lucidez extraordinaria está en la conciencia que toma de su propia caída, de saberse loco y de buscar treguas en manicomios o en centros de salud para volver otra vez a encender los motores de la locura y de su propio deterioro. Este hombre aparentemente arrogante es sin embargo, un hombre con una alta conciencia de su propio estigma. No se deja humillar, no acepta ni la piedad ni la solidaridad de algunos amigos. El poeta es altivo porque sabe que cuanto hace es una elección personal. Sabe que rompe con la moral dominante. Que es drogadicto y homosexual, cosa que no oculta pero tampoco exhibe. Yo diría que la fortaleza de Raúl Gómez Jattin como personalidad es su propia debilidad. Él tiene la conciencia del vicio, de las transgresiones sociales; y es maldito porque ha renunciado a la simulación, una ruptura imperdonable para las buenas conciencias de la sociedad que solo después de muerto empiezan a reconocer su grandeza.

Oscar Collazos, escritor y periodista,
en programa de TV, de Haroldo Rodríguez

POETA Y LOCO DE SU TIEMPO

No se puede ser un poeta de este siglo, si esa locura no corresponde a la época también. Raúl no pudo volverse loco del siglo pasado, ni del que viene sino de este. En este mundo que le tocó vivir se encontró con la marihuana, la coca, el ácido lisérgico, una cantidad de drogas para escapar que no le sirvieron sino para perfeccionarle el aparato de la locura, que era como un motor. Él lo encendía. Él no fingía estar loco cuando aprovechaba su locura. Movía el botón y ¡pack ! En seguida: loco para escapar de la calle. Pero un día, quizá ni siquiera movió ese botón, que se prendió solo y él quedó loco, ya no se recuperó. Unos seis meses antes de matarse.

La persona no es la enferma sino el siglo que ella representa. Raúl, no se puede negar, es un poeta de nuestro siglo y este es un siglo enfermo, un siglo que creó bombas y hospitales, declaró la guerra e inventó la Cruz Roja. Las lecturas de su padre, que le quitaron la infancia, ayudaron a ubicarlo en su tiempo. Ese mal le sirvió. Mató al niño pero salvó al poeta. También la odiada Catalina, esa abuela que le esquilmaba el pan y aterrorizaba a ese niño que más parecía una flor, ayudó a producir al poeta. La madre buena es la que castiga. Todas consienten, pocas castigan. Por eso los grandes hombres son tan escasos.

Gabriel Chadid, hermano de Raúl, a Haroldo Rodríguez,
en documental para la televisión

LA RUTA DE RAÚL

Raúl construye una ruta anómala en la poesía colombiana. Como no se encuentra con el mundo que lo rodea, tiene que crear su propio universo, a través de un camino de conflictos, de choques directos con una realidad que lo acomete, que lo dispara, que lo destruye y que le permite reinventarse a través del sufrimiento. Fue franco, sincero y, como trasgresor, no aceptó el diálogo con la burocracia. El poeta es un perturbador, no un bufón, y Raúl se asumió sin concesiones. Sus cantos son gritos desgarradores. No

aportan tranquilidad sino inquietud e incertidumbre. Sufrido y dionisiaco, mantuvo su humor, la pasión lírica y, sobre todo, la conciencia de la incredulidad frente a la vida y el establecimiento. Fue elocuente y conmovedor, en un tiempo de poetas retóricos, donde la intención ha sido más bien mental y la elaboración fría.

Raúl Gómez no comulgó con las reglas de la razón: se expresó con poemas sustanciales que a veces escribía y que a veces vivía, a ritmo de vividor letal, porque era un trágico y resulta inevitable asociarlo con la revelación maldita de poetas como Artaud o Genet. Sus poemas son como espejos rotos que hablan desde el otro lado de las palabras. En él convivían el creador formidable y el esquizofrénico destructivo. Lo hacían en conflicto, pero siempre que escribió, su creación birló al mal, a la muerte.

Sospecho que su locura fue la combinación de todo: de su obra, de su alma, de sus tormentos, de sus ancestros, de su vagabundaje espiritual, de la marihuana, la presión familiar, lo que decidió asumir con su propia vida, de la sociedad. Uno nunca sabe dónde síquicamente se descompone un ser humano. Algo protopragmático, algún agregado al polvo seminal, alguna furia de la madre, algún veneno metido en la sangre desde quién sabe qué modalidad de sufrimiento en el tiempo, un trauma de la infancia. Por eso los lúcidos, pasan por cuerdos, como le pasó a Gómez Jattin.

Afortunadamente, para la literatura y para esta generación flagrante, Raúl Gómez enloqueció voluntariamente y sin remedio. Creo que fue la realidad completa la que contribuyó a su desajuste mental, pero no creo que su desajuste sea lo más notable de su vida, porque su poesía es equilibrada y lúcida. Esquizoide, compulsivo, pero profundamente humano. Un poeta entonces que conmueve. Jamás será recibido en la Academia de la Lengua y nunca será entronizado en un cargo burocrático, pero sus versos seguirán conversando con los ventarrones interiores y con los estallidos de la vida y con los silencios de la muerte. Al final fue escatológico, coprológico, elemental y su discurso fracturado porque él siempre jugó a los extralimites.

Somos un país necrofílico, pero no debemos construir un altar para Gómez Jattin. Con sus libros es suficiente. Raúl Gómez no descansa en paz; su condena es vivir hasta la saciedad y por eso sus palabras son una delación de nosotros mismos. Las honras fúnebres serían deshonrosas para un tipo como Raúl.

Juan Carlos Moyano, actor, dramaturgo y escritor, en conversación con el autor

CLÁSICO DE LA POESÍA LATINOAMERICANA

Raúl Gómez Jattin es potencialmente un clásico de la poesía latinoamericana del siglo XX, no por difusión, premios ni ediciones agotadas, sino simplemente por la perfección literaria que alcanza el idioma en sus retratos de familia, en sus poemas sentimentales y eróticos, en sus poemas de tema natural o histórico, incluso en sus poemas de ocasión, algunos injustamente expurgados por él mismo en 1995, cuando Editorial Norma reunió sus tres primeros libros en un solo volumen: Poesía 1980 – 1989. La Cooperativa Editorial Magisterio publicó, también en 1995, *Esplendor de la mariposa,* un tomito de poesía mínima, deliberadamente parca y sencilla, que podría considerarse su «libro psiquiátrico» y que, muy lejos del nivel de *Tríptico cereteano* (Simón y Lola Guberek, 1988), pudo hacer pensar que las facultades artísticas de Gómez Jattin menguaban irreversiblemente. Sin embargo, el libro cerraba con esta invocación: La locura espanta al tedio / Como el viento espanta nubes / Ven oh sagrada locura / Y embriágame en el reino de tu Fantasía, que pronostica la atmósfera nervaliana de *El libro de la locura,* su obra maestra final, que coeditaron póstumamente, en junio de 2001, El Taller de Poesía Siembra, de Medellín y La Casa de Poesía Silva, de Bogotá.

El libro de la locura es el legado de un poeta definitivamente grande, heredero a su vez de la gran tradición modernista colombiana que se inaugura con un dandy en bancarrota –José Asunción Silva, quien se mató de un tiro en el corazón en 1886– y culmina un siglo después en

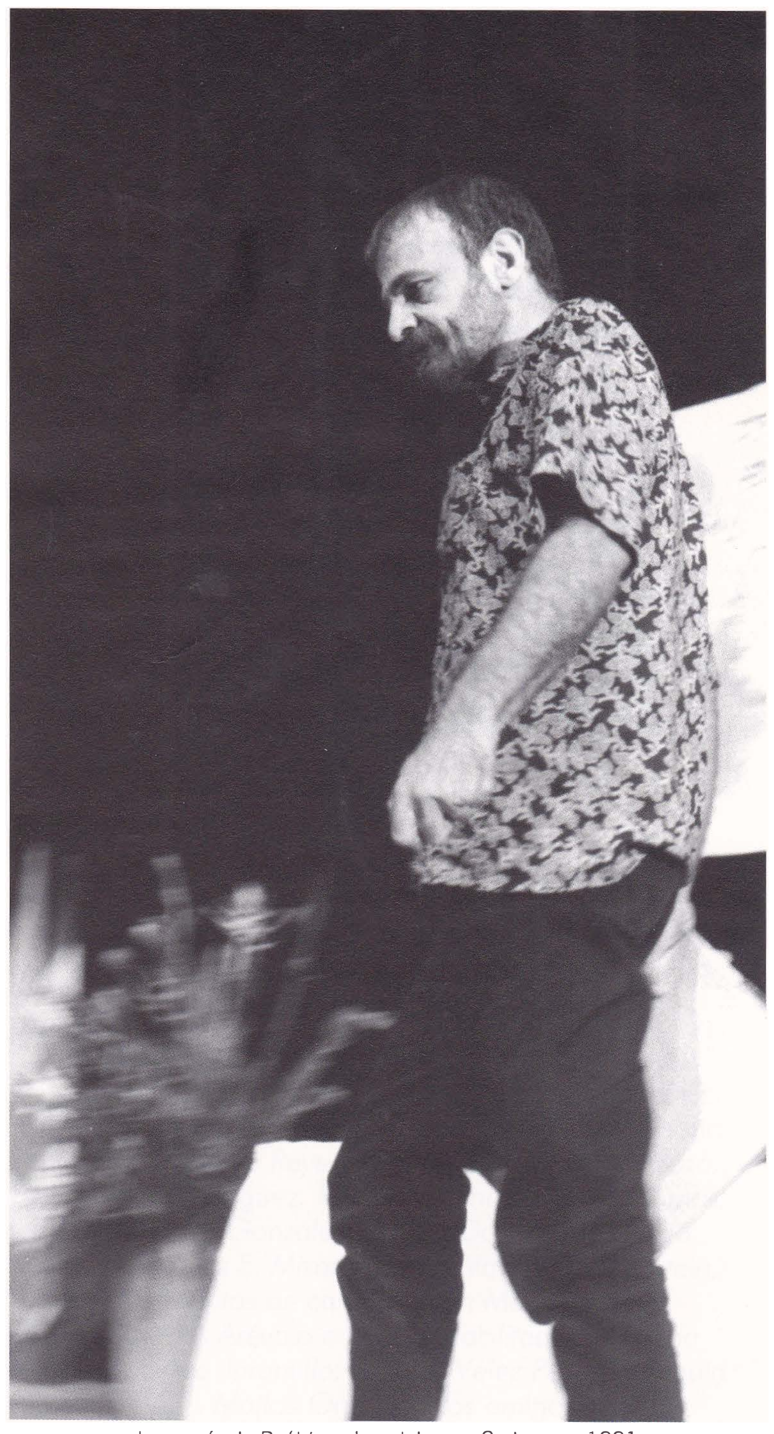
Cartagena con un Gómez Jattin desdentado y mendicante que una mañana decide bañarse, vestirse bien y tirarse debajo de un autobús. Había nacido en 1945; niño asmático de Cereté, población costeña, devino estudiante de Derecho en Bogotá, actor, dramaturgo –su *Gran teatro integral de Oklahoma* es una adaptación de América de Kafka–, poeta, parrandero, enfermo mental, pendenciero cultural, al final si no estaba en el hospital dormía en las calles de Cartagena, que de noche son más calientes que de día, lo que debió influir en el pobre débil artista para que se sintiera realmente en el infierno.
Dejando de lado el contenido biográfico manifiesto de *El libro de la locura*, sorprende su dominio semántico-formal. Alegorización en verso, podría decirse, con un protagonista que es el artista desdichado y una familia conjurada en su contra en cabeza de una madre-reina-traidora y un padre que vuelve de la muerte. Aparte de estos y otros parientes que lo vampirizan, participan de la ficción, el diablo, Jesucristo, brujos blancos, brujos negros y algunos figurantes con intervenciones mínimas pero inolvidables: la pelirroja que se le aparece en sueños cantando en portugués, el teniente de policía que huele a semen quemado, el lacayo que le lleva ropa y le pide por las buenas –de parte de su madre– que no fume mucho hash y que mendigue con dignidad. Sin embargo no hay personajes propiamente dichos, sino personificaciones flotando, líneas de voces que se afirman y desdoblan la conciencia del artista convertido al unísono en títere de ellas. La precisa aplicación de comillas y otros recursos lingüísticos gradúan y modulan con maestría el paso de unas voces a otras, sin que la voz cantante se confunda, siempre clara y distante, con discretos juegos de ingenio y haciendo un uso controlado de inflexiones coloquiales.

La musa paranoica y maniquea que le dictó estos versos lo asistió, además en la proporción simbólica de las imágenes, la cronología de las acciones y el contraste de las escenas. El libro consta de 23 poemas o estaciones que siguen la parábola del artista desde que yace insomne en la vereda, mirando las estrellas, hasta que baja entre

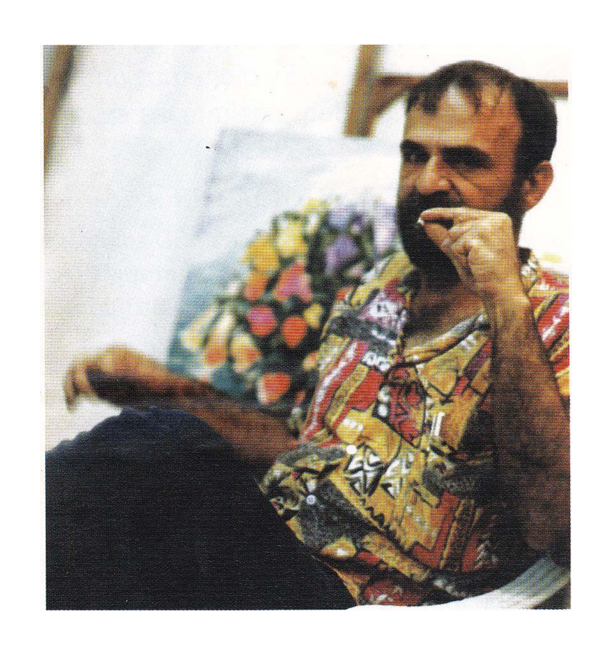
ruinas a la ciudad que lo llama. Años sin hablarle a la madre, un día intenta matarla de un infarto cantándole canciones de amor, bajo la ducha, pero no da resultado porque la madre escapa a lo de una vecina. La voz que narra todo en impasible tercera persona no se priva de estas notas irónicas, de modo que las pesadillas que atormentan al artista infeliz y pobre puedan verse también bajo la forma de una picaresca. Porque, a pesar de su carga indudablemente patética, *El libro de la locura* es una comedia.

Daniel García Helder, Introducción a la edición argentina, El libro de la locura, Diario de Poesía, 2001

La poesía de Raúl, testimonio de nuestros tiempos, sobrevivirá en el tiempo, como sobrevivirá, en distintos escenarios del hombre, la poesía. En medio de su infinita soledad, los seres humanos tendrán siempre, historias que contarse. Mientras existan hombres, habrá lenguajes y, por lo tanto, posibilidades de poesía. Como dijera Eduardo Escobar con fe certera: «Cuando se disuelva el Partenón en el vaho de los turistas, Sófocles respirará en la historia».



La poesía de Raúl tuvo la palabra en Cartagena, 1991



De lo que fui y de lo que soy

Testimonio vital y poético de Raúl Gómez Jattin en primera persona, extractado de diversas fuentes: entrevistas de prensa y televisión, concedidas por el bardo entre 1987 y 1995 a Harold Alvarado Tenorio, Efraím Medina Reyes, Pedro Badrán, Iván Barboza, Haroldo Rodríguez, Roberto Triana, Eduardo Ramos, Francisco González, Leonor Dangond, Antonio Arévalo, Luis E. Mizar, Maryluz Vallejo, Henry Stein; fragmentos de cartas a Juan Manuel Ponce, Milcíades Arévalo e inéditos facilitados por Lena Reza, Sylvia Jaramillo, Ricardo Vélez Pareja, Joaquín Mattos Omar y otros amigos.

Nací en Cartagena el 31 de mayo de 1945 pero soy de Cereté (Córdoba), un pueblo en la mitad del valle del Sinú, o Chinú, como dicen los cartageneros. Mi antepasado Tomás de la Cruz Gómez, tío en segunda línea ascendente de mi padre, fue ejecutado en 1780 en Lorica, cuando el levantamiento comunero y su cabeza expuesta en una jaula de hierro para escarmiento público.

EL CACIQUE ZENÚ

Llegaron los Gómez Fernández Morales y Torralbo
con ese Cristo muerto y amenazante e incomprensible
a cambiarnos la vida las costumbres y la muerte
¿Les iría tan mal en la tierra española
que cruzaron el mar en sus canoas de vela
a venir a vivir para siempre con nosotros?
A mi parecer son agradables y buenos
pero su Semana Santa es una época florida
y si quieren rezar que lo hagan pero que no quieran
impedirnos que vayamos hasta la ciénaga
a buscar la icotea la babilla y el pájaro chavarri
Me gustan sobre todo los Gómez y los Torralbo
y entre ellos don Tomás de la Cruz Gómez
que aunque era canónigo sabía hablar y reír
Sabía todo y mucho y no se metía en mis creencias
Desde que lo mataron por revolucionario
–el ejército español– y colocaron su cabeza
en una jaula de hierro a la orilla del río
no he hablado con nadie tan íntimamente como con él
Ojalá que su dios se haya acordado de su alma
Por mi parte yo he rogado a los míos para que cuiden
a don Tomás y lo hagan olvidar lo que sufrió

El canónigo José Joaquín Gómez, tío de mi padre en segundo grado, fue fundador de la Universidad de Cartagena y mi abuelo, José Joaquín Gómez, fue contacto liberal durante la guerra de los mil días, así como amigo personal del General Rafael Uribe Uribe. Uno de sus hijos, mi tío Carlos Gómez Reynero, llevó la máquina de coser Singer a la región del Sinú. Otro hermano de mi padre, el primer Raúl Gómez, fue gran amigo del poeta Luis Carlos López, a quien le diseñaba los libros y dibujaba sus carátulas.

Mi padre era un hombre muy culto, el único hombre culto de Cereté, con la única biblioteca que tenía allí libros de Shakespeare, Balzac, Anatole France, Stendhal, Queiroz, los novelistas rusos, y otros volúmenes de antropología, historia, mitología y, como es natural, de ciencias políticas. No era una biblioteca muy grande, porque papá regalaba los libros a quién podía, pero poseía joyas literarias como *Las mil y una noches,* leída por mí a los seis años y una excelente traducción de *El Decamerón,* que aprendí a disfrutar a los nueve.

Papá fue periodista en Cartagena. Escribía para *El Universal* sobre temas educativos y de beneficio público. (Allá, gracias a mi tío Raúl, conoció de cerca al tuerto López). Fue mi gran maestro intelectual y moral. No sólo me enseñó a leer sino a apreciar la historia, la filosofía, la geografía, la astronomía; a diferenciar un adjetivo de otro, a cultivar vegetales, a injertar naranjos.

Aquella edición de *Las mil y una noches* que captó mi atención, desapareció y no volví a ver otra semejante. Era una obra amorosa, erótica, en dos tomos. Cuando leí el primero, pensé en ser escritor. Después, mi padre me sorprendió leyendo el segundo debajo de la cama y, por casualidad, pensó lo mismo. Dijo que me había observado y que yo, a mis seis años, tenía un español admirable; tan admirable como el hecho de que no solamente supiera de memoria pedazos de poemas sino que estuviera leyendo un libro de esas dimensiones. Entonces me preguntó por qué no pensaba en llegar a ser cuentista o novelista.

Con mi padre no tuvimos el inmancable automóvil pero siempre hubo libros, todos los que quise. Mi juego era leer, ante todo leer. Leí historia, prosa y poesía. Desde los ocho años mi interés se volcó en la mitología, sobre todo la griega. En los mitos hallé la verdad para mi alma, lo que se refleja en *Hijos del tiempo*, aunque también en el *Tríptico* y en *Poemas*). Mi primer contacto con la poesía fue sin embargo oral. Cuando yo no sabía casi ni hablar, papá recitaba de memoria los poemas de Rubén Darío, de Luis Carlos López y *La Canción de la Vida Profunda,* de Porfirio Barba Jacob. Escuchando este poema mayor de la poesía colombiana fue que conocí

por primera vez la tristeza, observándola en la cara de mi padre, quien también, en otras circunstancias, me sobornaba: si me aprendía un par de versos del tuerto, por ejemplo, me hacía un regalo generoso. Yo, delante de sus amigos, lo complacía: decía dos, tres versos, a veces casi todo un poema, y él se sentía muy satisfecho.

Papá y yo compartimos la admiración por los gallos de pelea y los toros de lidia. De niño lo ayudé en el cuidado y la crianza de varios gallos, verdaderos gladiadores emplumados. También criamos palomas que me endulzaron la existencia.

Hubo una época en que el cine me hizo alejar de los libros y papá me reprendió por eso. Yo le decía que me gustaba la actuación pero que no quería ser actor de cine como Marlon Brando, Elizabeth Taylor y Jeanne Moreau. En aquellos días él ya no leía sino historias de detectives y vaqueros. Siempre le tuve un gran cariño. Me demostró respeto y afecto.

MEMORIA

Más allá de la muerte y sus desolaciones
que perviven intactas como la misma vida
hay un sol habitado de palomas y árboles
que guarda tu futuro en mitad de mi infancia

Joaquín Pablo mi viejo viejo niño y amable
la edad nos confundió y nos separó dolidos
en mañanas de Mayo esperando la lluvia
y en las horas del brillo y las escaramuzas
de los gallos de riña entre los matorrales

Hay un silencio grave parecido al olvido
que me nubla mis ojos y quiebra mi garganta
en tus voces que guardo como una tibia sábana
para el frío de los años y la soledad cansada

Eras el último hombre honrado que sobrevivía alegre
Eras aquel sentido sembrador de amorosas pasiones
En mitad de la vida se me escapó tu cuerpo
Como un frutal cargado soleado y cuidadoso
que me heredó sus mangos en lo más débil del alma

Soy un poeta árabe como Omar Khayam y el autor de *Las mil y una noches*. Los Jattin vienen de una aldea

homónima cercana a Beirut. Mi abuelo Miguel tenía dieciséis años cuando llegó del Líbano, un 14 de noviembre al puerto de Cartagena de Indias. De bellos ojos negros y facciones nobles, medía casi dos metros y lo acompañaban tres hermanos mayores. Traía una faltriquera de monedas de oro y un español un tanto atravesado y precario. Semanas después los cuatro Jattin se trasladaron por mar hasta Lorica, en el bajo Sinú e instalaron una factoría donde montaron un almacén de telas, grapas y alambre de púas. No fueron pobres los Jattin. Su conocimiento milenario los enriqueció tanto como su astucia. Tenían el problema religioso de las desavenencias entre diversas sectas cristianas y, como árabes, ya conocían a los españoles.

Mi abuelo Miguel fue un hombre generoso, casi dilapidador, que años más tarde contrajo matrimonio con Catalina Safar, natural de Sahleh, Siria, para proporcionar a sus descendientes todos los placeres posibles.

La abuela Catalina venía de una familia con menos recursos. Era más conservadora y menos culta pero con una gran intuición para la vida y un gran conocimiento de las virtudes de las plantas. (Mala persona, me odiaba porque yo no era de raza pura sino nieto de árabe mezclado con español. Yo no la quería, por ignorante y avara).

ABUELA ORIENTAL

A esa abuela ensoñada
venida de Constantinopla
A esa mujer malvada
que me esquilmaba el pan
A ese monstruo mitológico
con un vientre crecido
como una calabaza gigante
Yo la odié en mi niñez

Y sin embargo vuelve
en esta noche aciaga
con algo de hermosura
Por algo se dice
que con el tiempo uno perdona casi todo
Vuelve con sus cicatrices en el alma
de fugada de un harem

con su «mierda» en árabe y español
Con su soledad en esos dos idiomas
Y ese vago destello en su espalda
de alta espiga de Siria

En mayo de 1908, nació mi madre, Lola María Jattin Safar, quien me cuenta que también su abuelo le leyó párrafos no escabrosos de *Las mil y una noches*.

A mediados de los años veinte, mi madre y su hermano menor, mi tío Miguel, fueron llevados en un viaje de placer por el mar Mediterráneo hasta la tierra de sus ancestros, donde ella permaneció tres años conociendo las costumbres, no solamente del Líbano sino de Turquía, Egipto y Arabia en general. Mi tío fue internado entonces en un colegio francés de Beirut, donde cursó el bachillerato en árabe y en francés. Recuerdo que en casa había una pequeña biblioteca en esos dos idiomas. Al principio, los Jattin no hablaban un español sociable, pero pronto se les sumó una gran colonia que permitió el desarrollo de la familia, sin demasiadas tristezas.

Mi madre tenía todas las virtudes y defectos de una princesa oriental. De gran belleza física y estatura moral, no era culta a la manera occidental ni ilustrada como mi padre, pero sí vivaz, tenía mucha chispa y su hogar era su reino.

De gran fortaleza en el cariño y protección de sus hijos, fue muy condescendiente y se dedicó durante largos años a ser feliz, haciéndonos felices. (Somos más de la madre, aunque nuestro padre haya sido maravilloso).

Mi madre me quiso y yo, él último de sus hijos, la adoré. Llenó de afecto mi infancia. Me mimó hasta el día de su muerte y crió nietos, hijos de mi hermano Rubén, con la dedicación de una maestra. Hasta muy anciana, nosotros y Cereté todo, la llamamos *La Niña Lola*.

Nuestro hogar era amoroso. Desde muy niño me enseño a comer y pulió en mí una fuerte tendencia al placer. Era una gran cocinera de los alimentos de su raza y de su cultura. Se había traído una cocina de las cercanías de Beirut. Así que en casa los domingos había quibbe, un embutido que hacen los árabes, carne cruda con cebolla, trigo y un toque de pimienta y sal, pan ácimo, aceitunas, coco, yogurt ácido y ajonjolí. A mitad de semana había pistacho y dátiles, almen-

Diógenes y Platón. Después asistí junto a centenares de mujeres al colegio de las monjas capuchinas.

Cereté, donde amé y sufrí, es una parte de mí. Sus gentes me persiguieron. Me vieron desde niño como un animal raro que llevaba una vida improductiva, leyendo libros y ensuciando papeles. No los culpo porque no habían tenido hasta entonces antecedente alguno que les ayudara a comprender la presencia de un artista. Ni mi poesía ni mi vida estuvieron dirigidas a ellos. Por el contrario, mis poemas se nutrieron de sus vidas. Ellos se burlaban con un toque de estupidez e ignorancia. *Pueblerinos, altanera multitud que quería imponerme una verdad no hecha a mi ser ni medida.* A seres como ellos, Dante vivía molestándolos y terminó metiéndolos a todos en una paila de mierda en el infierno. Yo, que practiqué otra demonología, les regalé, cada vez que se pusieron de papaya, mucho de *amor–kem**.

Desde que murió mi padre, mi familia nunca entendió nada de nada. Nunca vieron en mí algo más allá de la máscara del desocupado, la del hombre sin fortuna económica que usaba su espíritu de poeta. Para mí ellos no existieron. Y yo fui, como dijo Artaud, mi propio padre y mi propio hijo.

PEQUEÑA ELEGÍA

Ya para qué seguir siendo árbol
si el verano de los años
me arrancó las hojas y las flores
Ya para qué seguir siendo árbol
si el viento no canta en mi follaje
si mis pájaros migraron a otros lugares
Ya para qué seguir siendo árbol
sin habitantes
a no ser esos ahorcados que penden
de mis ramas
como frutas podridas en otoño

Cuando yo tenía seis años –y en el afán de educarme lo mejor que pudieran, según sus recursos– mis padres me mandaron al Liceo Montería. Y a los nueve, para curarme el asma

* Amor-kem: según Joaquín Mattos Omar, apócope singular de «amor que mata». La otra cara del amor generoso y noble que Raúl entregaba; nombre del odio que se profesa a lo querido.

congénita, me enviaron a la colonia vacacional de Pamplona. De regresó de allí, fui a Cartagena, a vivir con Catalina, la abuela que me odió pero me enseñó a vivir.

El esplendor de Cartagena palió un poco el dolor de la separación de mi madre y de mi padre. Todos los días, después de salir del colegio, me escapaba a la muralla y al mar a recoger conchas y caracoles y a escribir una pequeña novela sobre mi madre y mi familia. Una novela o cuento largo de nueve páginas, en el que narraba la fuerza emotiva de mi madre, su relación a veces conflictiva con sus familiares y la separación obligada de unos hijos que tuvo de un primer matrimonio.

También hablaba en ese cuento de mi soledad, de mi desamparo en esa casa de mi abuela, ubicada en el centro de la ciudad, en la calle de la Mantilla, y que se llamaba así porque una dama de la época de la colonia, al verse abandonada por su amante, se había suicidado allí, ahorcándose con su mantilla. Pero mi tía Helena se apropió del manuscrito y me lo desapareció. Aquel mundo de mi niñez (feliz, pero también con enemigos) y que fue punto de partida de mi aventura metafísica, se muestra en mi poesía con sus nostalgias inevitables y su centro íntimo. Ojalá mis palabras logren conservarlo por un tiempo.

Por esos días leí también a Henri Barbusse y a Emilio Salgari y en los cines de Cartagena refugié mi soledad y mi imaginación. La primera película que recuerdo haber visto allá fue *National Velvet* con Elizabeth Taylor. Luego decenas de filmes del oeste norteamericano. Vi hasta diez o doce películas semanales. El 23 de octubre de 1958 comencé a ver, en trece sesiones consecutivas, *El último cuplé* de Sarita Montiel, seguida de las demás películas de esa artista española que admiré profundamente.

En 1959 vi *Vértigo*, de Hitchcock y me fascinó.

Entonces ya yo sabía fumar y, a los catorce años, un primo árabe me revelo los secretos del ron y de ciertos burdeles que él frecuentaba. Recuerdo uno, cerca de Tesca, lujoso y caro: *El Niño de Oro,* lleno de luces multicolores y plantas tropicales, rodeado de un mar muerto y hediondo.

El día en que mi primo me llevó, había llegado al burdel un alegre grupo de quinceañeras y yo le tuve tanto miedo al asunto que me oriné en los pantalones. De ese lugar recuerdo aún a la mujer de ojos verdes que me inspiraba una profunda timidez porque algo maternal había en su ánima.

PIEL

No se deje engañar por su apariencia fresca
y sobre todo por su olorcillo a tocador decente
Detrás Un poco detrás están la marcas
Mire bien su color espolvoreado de óxido
su temblor híbrido de animal y centella
sus vellos enroscados atrapando la luz
sus suaves hendiduras llenas de sudor agrio
y un poco más profundo
se puede adivinar un asco al dulzor de las caricias
implorando
Es carne de hospital y de presidio
lo que esa putica camufla en su esplendor

Mi padre gastaba todo su dinero en satisfacer los deseos de mi madre, que se compraba, prácticamente, un vestido cada día. Tantos vestidos se compraba mi madre que papá dijo querer ponerle un trapoducto desde los almacenes del pueblo hasta sus máquinas de coser.

Como no contábamos con suficientes recursos económicos, mi padre me convenció de que, a los 15 años, fuera profesor de Historia y Geografía en varios colegios de bachillerato en Cereté. Yo me resistí durante algunos días, pero al final triunfó su persuasión y pude gozar del trabajo maravilloso de estar cuarenta y dos horas semanales hablando de Eurípides, Pandora, la Osa Mayor, la forma geográfica de las Españas, de Italia y de África, a unos alumnos que muchas veces eran mayores que yo. Así, enseñé Historia y Geografía, de primero a sexto de bachillerato, en tres colegios donde la gente, venciendo la natural resistencia, aprendió a escucharme con generosidad. En ese entonces escribí, a la manera de diálogos platónicos, cartas que por fortuna desaparecieron.

Estuve a un pelo de ser sacerdote. Mi familia había dejado tres curas en el Sinú pero, impulsado por mi padre, opté

por el Derecho, que –a los 20 años– fui a estudiar en la Universidad Externado de Colombia, en Bogotá. Allá me sentí como un niño abandonado por la frialdad y la indiferencia del citadino. Los estudios los terminé en 1970, pero nunca ejercí la profesión. En realidad no me interesaba. Lo mejor que me dejó el Derecho fue el teatro. Me entusiasmó por ocho años.

DESENCUENTROS

Ah desdichados padres
Cuánto desengaño trajo a su noble vejez
el hijo menor
el más inteligente
En vez de abogado respetable
marihuano conocido
En vez del esposo amante
un solterón precavido
En vez de hijos
unos menesterosos poemas

¿Qué pecado tremendo está purgando
ese honrado par de viejos? ¿Innombrable?

Lo cierto es que el padre le habló en su niñez de libertad
De que Honoré Balzac era un hombre notable
De la Canción de la vida profunda
Sin darse cuenta de lo que estaba cometiendo

En 1967 comencé a trabajar en la universidad con el grupo de teatro de Carlos José Reyes. Yo era muy tímido y no podía casi hablar en el escenario, pero me apasionaba mi trabajo y Carlos José fue siempre paciente y alentador. Inicialmente trabajamos cuentos de *Los Funerales de la Mama Grande*, uno de los cuales, *La Prodigiosa Tarde de Baltazar,* adapté para un segundo montaje.

A partir de 1968, mi interés en leer poesía se hizo profundo. En el 69 escribí otro relato que me pareció insuficiente, pero el género de la novela no me atraía. La consideraba de menor importancia al lado de la poesía y del mismo cuento. Como lector, me gustaba sí la novela histórica; pero como

escritor no me interesaba. A excepción de unos cuantos cuentos de Kafka, los demás me aburrían.

En 1969, Carlos José me dio un papel protagónico en *La Gran Imprecación frente a los muros de la ciudad,* de Tancred Dorst. La presentamos unas 120 veces en el teatro La Mama de Bogotá, en la Casa de la Cultura, y en muchas otras ciudades del país. En 1970 y luego en 1972 hice el papel de Madre Superiora en *Las Monjas*, obra del dramaturgo cubano Eduardo Manet, bien recibida por la crítica, hasta el punto de haber sido invitado yo como actor al Festival de Teatro en Nancy, Francia, pero por diferentes razones, no acepté. También participé en *Los baúles empolvados* del mismo Carlos José Reyes y en piezas de don Ramón del Valle–Inclán, Bertold Brecht, Álvaro Cepeda Samudio y otros autores.

Mis inicios en el teatro habían coincidido, como dije, con un renovado afecto personal por la poesía. Primero había descubierto a Antonio Machado, luego retorné a Rubén Darío y a Luis Carlos López (tengo gran influencia de López, en el mejor sentido) volví a leer a Platón y me encariñé, me enamoré de Borges. Intenté algunos poemas.

A los 27 años empecé a leer a los poetas franceses, especialmente a Rimbaud, quien me deslumbró. Después me deleitarían Cavafis y Pessoa. Haber escrito ciertos libros hubiera sido mi mayor ambición poética. Libros como *Iluminaciones* de Rimbaud; *Campos de Castilla*, de Antonio Machado; *El otro, el mismo*, de Borges y *Diálogos*, de Platón.

Entre 1971 y 1973 adapté *La Cándida Eréndira* de Gabo, basándome en el guión cinematográfico de Ruy Guerra. Luego *Los Acarnienses,* la primera comedia que escribió Aristófanes. Más tarde, la novela *América* de Franz Kafka, con el título de *Gran Teatro Integral de Oklahoma*. Hice un montaje de una pieza mía que se llama *Las Nupcias de su Excelencia*, una obra bufa y algo ingenua sobre las costumbres de la clase dominante. En Bogotá me hice amigo de la gente de teatro: Santiago García, Enrique Buenaventura, Tania Mendoza. En fin, escribí varias obras, realicé el montaje de unas veinte y fui actor en dieciocho.

Sin embargo, el ambiente teatral universitario estaba influenciado negativamente por una tendencia politizante que,

a mi parecer, aniquiló el movimiento teatral colombiano. En seguida, afectó negativamente a todo el teatro en general, pues produjo obras de mediocre calidad. Ese público deseaba entonces que se hiciera teatro histórico, antropológico, sociológico. Mi trabajo central había tocado siempre lo mítico, antes que lo histórico; lo estético, antes que el detalle antropológico o sociológico. Soy ajeno y contrario a cualquier ingerencia de la política en el mundo del arte. Las consideraciones políticas aparecen en las grandes obras de arte, no como una premeditación sino como una meditación y un reflejo secundario. Por eso me retiré. Me sentí frustrado. Se me agolpó todo lo que había visto sobre arte, sobre la vida, y me sentí confundido, perdido, loco y tonto.

CONJURO

Los habitantes de mi aldea
dicen que soy un hombre
despreciable y peligroso
Y no andan muy equivocados

Despreciable y peligroso
Eso han hecho de mí la poesía y el amor

Señores habitantes
Tranquilos
que sólo a mí
suelo hacer daño

De regreso a Cereté, me encerré en Mozambique, una pequeña finca que tenía mi padre junto a la casa, en los umbrales del pueblo, con una biblioteca donde estaba, ante todo, la poesía –casi toda la poesía universal– y perdí la relación coherente que había tenido con la vida y el arte.

Mi imaginación poética empezó a nacer, dolorosamente. Lloré casi dos años mi infortunio mientras cultivaba mangos, calabazas y berenjenas. Me cuidaban mis sobrinos. Enloquecí totalmente, encerrado en un cuarto de la pequeña heredad. Mi padre comprendió. Sabía que yo estaba haciendo en ese cuarto algo difícil: leer y escribir poesía. Y que lo estaba haciendo para el futuro. Mi madre sufrió. Mi hermano no entendió. Los alucinógenos dieron alas y aire a mi imagina-

ción de artista pero saturaron, de manera mortalmente negativa, mis emociones.

La muerte de mi padre fue seguida de un delirio mortal que me llevó a estar encerrado en un hospital mental durante cincuenta y seis días sin probar alimentos, sin acostarme, sin siquiera tomar agua. Pero ahí nació mi coherencia poética. Al salir escribí en unas semanas un pequeño libro que nunca publiqué: puro humor negro liberándome de la tragedia de la locura.

EN LAS CLÍNICAS MENTALES
lo peor son las monjas
Más violentas
que agujas hipodérmicas
que la fiebre y la locura
la monja es energúmena quieta
En las clínicas mentales
cuando lloro la monja casi ríe
Podría decir que la monja
no es mala ni buena
simplemente odia
todo lo que se mueve
todo lo que vive
todo lo que palpita
todo lo que no sea
su Dios Muerto

Volví a Bogotá y emprendimos con Carlos José Reyes y Miguel Durán el montaje de *Final de Partida,* de Samuel Beckett. Montaje frustrado por un nuevo ataque a mi débil emocionalidad.

El teatro, que abandoné casi por completo a los 28 años, ocupó en mi desarrollo personal un lugar subsidiario frente a la poesía, pero entrañó gran placer y gran fuerza en mi vida. Me encantaba ofrecer emociones con mi cuerpo. Sin embargo, no significó nunca lo que mi alma alcanzó con el trabajo de la poesía, comenzado a los veintiún años.

Aunque mi dramaturgia quedó inédita, el teatro me enseñó a sopesar las palabras. Y, a veces, en mis poemas, perdía el aliento pero tenía la medida que había aprendido del teatro.

En 1978, después de muchas estrelladas existenciales, comencé a escribir poesía como un oficio. Se abrieron los campos del quehacer poético y, lentamente, fui elaborando un lenguaje.

Encontrar mi voz, mi identidad como poeta, fue una labor muy dura; tanto que me costó locura, soledad y casi el suicidio. Me sentí fracasado. No obstante, después de 1979, una vez superado el momento terrible de sentirme hundido en el fracaso, retomé la escritura. Me di cuenta de que era un escritor, pasados los 35 años. Fue entonces cuando escribí, de verdad, mis primeros poemas.

La publicación, en 1980, de un pequeño libro, *Poemas,* promovida y realizada por mi amigo Juan Manuel Ponce, le dio un piso algo sólido a mi existencia.

SI LAS NUBES no anticipan en sus formas la
historia de los hombres
Si los colores del río no figuran los designios del Dios
de las Aguas
Si no remiendas con tus manos de astromelias las
comisuras de mi alma
Si mis amigos no son una legión de ángeles
clandestinos
Qué será de mí

Cuando escribí ese libro estaba completamente solo y las amistades que conocía, en términos generales, despreciaban mi posibilidad de ser un poeta. Yo pensé que, de alguna manera, esa poesía me devolvería la vida y fue como un SOS, un hablar a los lectores, a esos *ángeles clandestinos*, porque nadie los conoce. Mi poesía trataba de lograr para mí lo que yo creí la mayor felicidad que puede tener un artista: la amistad, el fervor, el cariño, la admiración de sus lectores, cualesquiera su edad y privilegio social.

La alquimia entre el dolor de la locura, mi frustración personal, el duro trabajo de leerme tantos libros, ver tantas películas y escuchar al amado y difícil Joan Manuel Serrat –que me enseñó a entender a Machado– y el gran esfuerzo de

escribir diariamente quince o veinte pagınas, dieron como resultado una acogida a mi obra poética, sobre todo de parte de los poetas Jaime Jaramillo Escobar y Darío Jaramillo Agudelo, y del difusor de la cultura y escritor Milciades Arévalo.

Entonces empecé a sobrevivir de la musa, llevando una vida de asceta, que me proporcionó cierta felicidad muy austera y difícilmente lograda, lo más cercano al placer metafísico. Mis últimos años oscilaron entre la mendicidad en las calles, el domicilio de aceras y parques y las numerosas y más o menos prolongadas estadías en diferentes clínicas siquiátricas.

Pero nunca dejé de escribir.

LA VIDA SE ME CONVIRTIÓ EN METÁFORA DESDE QUE ME VOLVÍ POETA

Nacida en Lima en 1959, Martha Kornblith creció en Venezuela, donde se erigió en una de las mejores poetas latinoamericanas. Estudió Comunicación Social en la Universidad Central de ese país, pero prefirió el quehacer de los talleres literarios. En 1995 publicó Oraciones para un dios ausente *y son póstumos, su* Cuaderno de poemas tempranos, El perdedor se lo lleva todo *y el de sus últimos poemas,* Sesión de Endodoncia. *Como Gómez Jattin, Kornblith reconocía su mal y –según el crítico Julio Ortega– no se hizo ilusiones sobre la terapia. Más bien demostró curiosidad genuina por sus compañeros de hospital. Uno de ellos el mismo Raúl en la Clínica Montserrat de Bogotá, donde coincidieron en 1978. Así lo entrevistó ella para la publicación que preparaban los internos de la insitItución bogotana. (Martha Kornblith se suicidó, luego de un largo período de tristeza, saltando al vacío desde una ventana de su apartamento en Caracas, un día de diciembre de 1997, el mismo año de la muerte, en mayo, de su amigo Raúl).*

Aproximarnos a los personajes de la clínica es un poco acercarnos a nosotros mismos. Más aún, si nos topamos con aquellas excepciones que han logrado plena conciencia de su proceso, aquellos que han trasgredido su

condición de alienados para llegar a la etapa que la siquiatría denomina «El darse cuenta», el *insigth.* Ese es el caso de nuestro amigo Raúl Gómez Jattin, que ha logrado sublimar los límites de la enfermedad mediante una metáfora, una palabra, un verso, un poema, el arte. Este poeta cereteano que se denomina modernista, acaba de publicar un poemario contentivo de más de cien trabajos que ha sido concebido por la crítica como «lo único que se desborda, que brama, que tiene impulso y pasión» en el panorama de la poesía colombiana. Creo que tiene infinitas ganas de salir a celebrarlo y creo que en ciertos momentos se siente un poco preso. Tuvimos la oportunidad de compartir con él una velada en la capital durante la cual la Fundación Simón y Lola Guberek presentó su libro «Tríptico» y era paradójico ver su figura bohemia, su barba adusta, su organismo inquieto, sus sandalias grecorromanas, su pinta de loco egregio asaltando a los grandes patronos del arte de Bogotá con una metáfora cualquiera, una salida impertinente.
Conocí a Raúl en la soledad de una primera noche en el comedor de esta clínica, donde mis únicos amigos comunes eran Borges, Rimbaud y Vallejo. Desde entonces, he compartido varios momentos en estos predios, que él merodea «Como fuerza de monte en un rincón oscuro». Él afirma que el mundo se le volvió una metáfora desde que se volvió poeta. Yo opto por esta: «hoy te digo que creo en el pasado como punto de llegada». (...)
Raúl, ¿que influencias tiene tu obra?
En mí hay influencias de autores como Platón, Villón, Machado y Borges.
¿Que opinas de Borges y Octavio Paz?
Son dos grandes maestros que desarrollaron cada uno de ellos una obra propia y he aprendido mucho de ellos. De Octavio Paz aprendí su visión del hombre. De Jorge Luis Borges, su conocimiento de la cultura.
¿Crees que la enfermedad, por algunas situaciones de aislamiento que impone, favorece a la creatividad?

Es al revés. El artista, afectado por la enfermedad se ve impulsado a crear más. Su mal lo pone en condiciones de trabajar más.
¿Ves alguna relación entre genio y locura?
Ser genio es una forma de la enfermedad llamada locura.
¿Crees que la metáfora es el lenguaje de los «locos»?
De ciertos «locos» sí lo es, es decir de los maníaco–depresivos.

En general, mis poemas están concatenados con un mundo. Un concepto místico esencial en la cultura es el de una tríada de fuerzas al interior de todo quehacer espiritual.

El nombre *Tríptico* es hijo de un término estético que tiene más que ver con la pintura. Son tres maneras, tres paredes que conforman una sola obra estética, pictórica. En literatura no existe sino la palabra *trilogía.* La tragedia griega, muchas veces, tiene trilogías. Pero yo preferí el término *tríptico*, como tres paredes de una misma obra. *Tríptico*, para mí, es un tercer término: no forma ni contenido, sino sentido.

Cuando se habla de contenido, se rechaza la forma, la palabra, la manera como la han utilizado. En cambio, cuando yo hablo de sentido, le doy una importancia mayor a la palabra. Un poeta ante todo se ocupa de eso, del significado del poema. Creo que abrí una nueva trocha, al inventar o, qué yo digo, al sentir una poética basada ante todo en el significado que pudiera tener un poema para que alcanzara nuestra profunda sensibilidad. Y llamé *Sentidismo* a esta escuela cuya cláusula más importante sería: lo que se quiere decir.

Intenté ante todo la claridad y la demostración de una realidad. Mi problema no era el lenguaje como tal, sino la coherencia en el poema por medio de ese lenguaje. La técnica, dominada después de unos años, me resultaba secundaria. El sentido es el problema del poeta clásico, mientras el del poeta romántico es la forma.

Para mí, lo más importante en el poema es el sentido: lo que se quiere decir.

EL DIOS QUE ADORA

Soy un dios en mi pueblo y mi valle
No porque me adoren Sino porque yo lo hago
Porque me inclino ante quien me regala
unas granadillas o una sonrisa de su heredad
O porque voy donde sus habitantes recios
a mendigar una moneda o una camisa y me la dan
Porque vigilo el cielo con ojos de gavilán
y los nombro en mis versos Porque soy solo
Porque dormí siete meses en una mecedora
y cinco en las aceras de una ciudad
Porque a la riqueza miro de perfil
mas no con odio Porque amo a quien ama
Porque sé cultivar naranjos y vegetales
aún en la canícula Porque tengo un compadre
a quien le bauticé todos los hijos y el matrimonio
Porque no soy bueno de una manera conocida
Porque amo los pájaros y la lluvia y su intemperie
que me lava el alma Porque nací en mayo
Porque mi madre me abandonó cuando
precisamente
más la necesitaba Porque cuando estoy enfermo
voy al hospital de caridad Porque sobre todo
respeto sólo al que lo hace conmigo Al que trabaja
cada día un pan amargo y solitario y disputado
como estos versos míos que le robo a la muerte

El *Tríptico cereteano* en su primera parte, o sea *Retratos*, se refiere a treinta y dos personajes, amigos, parientes, enemigos, conocidos. Luego sigue *Amanecer en el Valle del Sinú* que es el mundo de mi valle del Sinú, de Cereté, de Montería, de Lorica, el mundo del río, la montaña, el cielo, los pájaros, otros animales, etc. En la tercera parte *Del Amor* contemplo el mundo erótico. Me desenvuelvo entre el hombre, o sea los personajes reales de mi vida y de la poética que admiro; el mundo con sus animales, sus plantas, sus objetos; y el mundo erótico.

Me inclino un poco a lo novelesco. *El Tríptico cereteano* es en el fondo una novela escrita en poesía. Aunque soy contrario a ese género, ese libro tiene algo de él, algo de evocación, de amigos de la infancia, de mujeres que quise, de hombres

a quienes quise y me quisieron. El que lo lea de principio a fin podrá constatarlo; el primer protagonista soy yo y lo que he visto en mis contemporáneos. Hay un pueblo habitado por un poeta, una madre, un padre, un hermano que murió sin conocerlo, unas palomas, gavilanes, tristezas, abandonos, otros personajes y amores; no un libro de poemas conceptuales que se leen unos a otros, sino como una epopeya, con una historia.

Fue un poco difícil pasar de los poemas conceptuales a los poemas de personajes. En el teatro precisamente me apertreché al respecto, fortalecí mi lenguaje y dejé el poema de mucho pensamiento, ese que es como filosófico.

Retratos es una especie de chismografía, en cuanto al conocimiento de las personas. Es una obsesión que tiene vínculos con mi trabajo en el teatro. Allí está gran parte de mi personalidad, mis enemistades, mis amigos. Estoy solo, pero muy bien acompañado por Raúl. Y este libro es como estar con mis amigos y volver a insultar a mis enemigos.

> Un libro que da miedo. De verdad, da miedo. He sido malvado, profundamente malvado. Mis pobres compañeros de vida, los que me dieron la vida incluso, aparecen de gesto entero. Ay de ellos, ay de sus intimidades más sagradas. Ay, pero un ay poderoso porque cuando canto pujo y cuando pujo, lloro. Lloro y canto, pésele a quien le pesare. Yo canto y hiero, comenzando por el indefenso Raúl, mi navaja de asesino, de *hachis sino*, corta filosa la carne ajena. 32 poemas de sangre vertida. (...) Lujuria, indeferencia, ambición, dinero torpe, amor y muerte, falsos poetas, traiciones, fracasos. (...) Me van a odiar, amigo mío, que tienes la dicha de no conocerme. Me van a odiar con razones. Qué bien me siento. Sé de antemano que es una obra muy importante para veinte personas. Suficientes motivos para publicarla. Me divertí escribiéndola. Con cada uno de los personajes jugué a las escondidas y a cada uno sorprendí en dos o tres gestos significativos*.

En *El Tríptico cereteano* está aquello que amo: los pájaros, el paisaje, lo erótico en todas sus formas. Es un libro que

---

* Raúl en carta al escritor Milcíades Arévalo, en 1983

quise escribir desde niño, pero me demoré mucho tiempo porque siempre pensé que el mío era un destino de novelista, no de poeta. Es un libro, digo, que llena las expectativas del niño, del adolescente y del hombre. Está escrito de manera distinta a los libros tradicionales de poesía; aparecen unos personajes con nombres propios, aparecen historias, animales, aparecen muchas formas de amor.

ÍNTIMAS PREGUNTAS

¿De profesión?
Loco
¿De vocación?
Lerdo
¿De ambición?
Terco
¿De formación?
Ángel
y ni aún así
pudo contrarrestar
el cabrilleo de los ojos de Jorge

¿De fornicación?
Lento

En *Amanecer en el Valle del Sinú* hay una poesía más liviana, de carácter anecdótico y paisajístico, menos profunda. En *Del Amor,* poemas drásticos, que se refieren a un pansexualismo sin tregua.

El pansexualismo se relaciona con el panteísmo de una manera absoluta. Se desprende de allí. El panteísmo no es una religión, sino una noción primitiva, arcaica, del universo. En las grandes fuerzas de la naturaleza –como el mar o el viento o la montaña– uno siente la presencia, no de una voluntad autodeterminante sino de una fuerza de la naturaleza que, por lo menos, hay que respetar.

Yo creo en las manifestaciones naturales del hombre. No solamente en la bisexualidad, sino en la pansexualidad. Creo que el hombre es panteísta y, por lo tanto, pansexual.

Erotismo existe desde cuidar una planta, acariciar a un gato o tender una mano esperanzada; erotismo en contemplar una obra de arte, en recordar las perfectas piernas y los senos erectos de mi madre, que me amamantaron, de mi madre, hasta su última vejez; erotismo en el desarrollo de las emociones y las formas de la vida total que nos rodea. Me guía por instinto una tendencia al placer, no a la felicidad.

Como soy pansexualista, en el mundo de mi Eros cabe cierta agresividad en el lenguaje. Relato experiencias infantiles con tal sinceridad que algunos podrían confundirla con la mal llamada desfachatez.

Yo no trato de escandalizar a nadie, solamente quiero seducir con una mirada desprovista de las máscaras de la hipocresía social sobre la realidad. Por eso creo que, de los libros del *Tríptico,* el *Del Amor* es el más importante, el fundamental; porque plantea con mayor profundidad el planteamiento estético, moral, en fin, una serie de epistemas de lo que podríamos llamar humanismo de nuestros tiempos.

UN PROBABLE CONSTANTINO CAVAFIS A LOS 19

Esta noche asistirá a tres ceremonias peligrosas
El amor entre hombres
Fumar marihuana
Y escribir poemas

Mañana se levantará pasado el mediodía
Tendrá rotos los labios
Rojos los ojos
y otro papel enemigo

Le dolerán los labios de haber besado tanto
y le arderán los ojos como colillas encendidas
Y ese poema tampoco expresará su llanto

Hijos del tiempo son 22 poemas largos y en verso sobre la muerte. En ellos recreo grandes mitos griegos y de mi historia. Reviven debilidades en el momento fulminante de cada tragedia. Los escribí frente al mar, en un hotel de Cartagena, en 1987, y los publiqué en el 89, respondiendo a mi fascinación por ciertos personajes históricos, pero no hago

en ellos poesía narrativa porque lo que me interesa no es la Historia sino el Mito. El mito nombra lo que ocurre y lo que se transforma al mismo tiempo. *Hijos del tiempo* es un libro enteramente mítico. (El personaje mítico es sorprendido en lo cotidiano, al revés de *Retratos,* en que lo cotidiano es transformado en un mundo poético mítico). Y es el libro que más me agrada; hay una gran influencia de Eurípides en algunos poemas. Todos los personajes han matado, van a matar o van a morir. Es un libro dedicado a la muerte. A su presencia angustiante durante toda la vida. Es un libro sobre los crímenes. Un libro también social. Épico, en el sentido de la vida total, del espíritu del hombre, a través de unas épocas y culturas. En los poemas *Scherezada* y *Teseo*, como en algunos otros, hay un desdoblamiento del mito antiguo en el mito moderno y en el Raúl cotidiano. Ese libro fue un trabajo extenuante.

SCHEREZADA

Está enamorada del asesino que la obliga
noche tras noche a exprimir su memoria
de la ancestral leyenda multiforme y extensa
para salvar por un momento su indefensa vida
Y mientras cuenta y cuenta Scherezada
el Califa la besa y acaricia lujurioso
y ella tiene que seguir entreteniéndolo contando
porque el verdugo espera en cada madrugada
Está a merced de quien la oye emocionado
pero no levanta la sentencia a muerte
El artista tiene siempre un mortal enemigo
que lo extenúa en su trabajo interminable
y que cada noche lo perdona y lo ama: él mismo

Jamás trabajé. Sólo compartí mis conocimientos en colegios, talleres y universidades. El trabajo lucrativo es algo que mi pobreza echó siempre de más y que mi pereza agradeció todos los días. La vida fue mi trabajo como poeta y nada más. Más que un poeta intelectual fui un poeta artista.

No me interesó leer en otros idiomas y el español fue suficiente para decir lo que quise. A los libros llegué por orientación de alguien o porque los detectaba en alguna bibliografía.

Pero sólo leí libros que me agradaron. Sobre la poesía, leí *Ideas Críticas* de Ezra Pound; los escritos teóricos de Tomas S. Eliot; pero, sobre todo, y con mucho interés, los ensayos de poetas admirados como Paz, Pessoa y Borges.

Valoré en los hombres la capacidad de aventura y de conocimiento en el desarrollo de su espiritualidad, en el camino hacia la experiencia total y sintética de ser hombres de su tiempo y de su cultura.

Por no poder hablarte
le hablaba de ti al mar
Y el mar me respondía
el eco de tu nombre
tu nombre que era el nombre
que mi dolor tenía

El libro *Los Poetas–Amor mío* tiene que ver mucho con Cartagena y sus calles. Antonio Machado decía que la poesía era palabra en el tiempo y, al escribir este libro yo recobré momentos poéticos vividos veinte, treinta, años atrás. Después los leía y los volvía a vivir intensamente. Y eso, justificaba mi escritura.

Escribí porque fui un escritor y un escritor es un enfermo de literatura, una sustancia que le sale del cerebro. Yo era asmático, como mi padre, y la lectura era mi gran compañía, mi gran refugio. Pasaba dos días a la semana en mecedor y hamaca, lo que me fascinaba. *En el vientre de esa hamaca recosté mi cansancio de la vida. Acuñé dolores, me defendí de la canícula. Y soñé.* La hamaca me daba más aire que el mecedor, así que donde voy la llevo y me caen mejor las personas que tienen hamaca.

Siempre fui un niño pensativo y alegre, a pesar de las múltiples tristezas que me tocó vivir. Aposté mi vida entera al arte, específicamente a la literatura. Un escritor es un pobre hombre acechado por la manía de contar cosas a su manera, de contar cómo fue el mundo y vengarse del pasado. (De niño soñaba: Voy a humillar a estos ricachones cuando sepan que la inteligencia es más importante que un carro o una finca; así que hay que hacer respetar el espíritu. Me las van a pagar cuando yo sea un escritor y ellos unos anónimos tragadores de dinero).

Fui escritor entonces porque me quise vengar del pasado y ser perfecto en el futuro. Había sido imperfecto con una existencia muy complicada. No encontraba mi manera de ser como artista y llegué a serlo ya viejo. Escribía mucho y rompía todo por eso, porque no encontraba mi voz propia.

Siempre ha habido personas que han pretendido suplantar la verdadera vida del escritor. Es decir, gozar de las apariencias de bondad que esa dignidad implica, sin haber verificado ninguno de los esfuerzos para merecerlo. Un escritor narra una vida muy particular, la propia. Y es tan particular que, entre otras cosas, se parece a la totalidad del destino humano.

(...) Muero cada día
con el dolor del loco
que destruyen los otros
con el mendigo muero
con el enamorado triste
sufro
con la mujer confinada
en un bar musical
lloro
y vuelvo a estar solo
a comer el agrio pan del exilio
entre tanta gente que a veces
Amo

Ser poeta es ser un poco demiurgo: construir con el sufrimiento de cualquier día palabras que tratan de desafiar el tiempo. El poeta resarce el dolor ajeno con sus versos. La gente, por muy humilde que sea, se encuentra en la poesía.

Yo fui pobre y algunos de mala fe me decían que por qué no hablaba del pueblo; yo les contestaba que si era pobre, para qué iba a hablar de mí mismo. Quien hace verdadera poesía toma el partido de los hombres débiles, es decir aquellos afectados por la belleza, porque la belleza es débil. Un poeta vive de la degradación de la belleza y de su deseo de restaurarle un puesto sagrado entre los hombres.

De no haber sido poeta, me hubiera gustado ser cantante. Cuando escribía oía a Chopin, Brahms, Vivaldi y a Joan

Manuel Serrat, mi contemporáneo más importante. Yo mismo compuse letra para algunas melodías y le puse música a un poema. Surgió espontáneamente. Una amiga de Bogotá, la compositora y cantante Beatriz Castaño Uribe también compuso música para algunos de mis poemas.

La poesía es un tema tan redondo que por donde lo pellizquen rinde; pero tampoco se puede uno meter en temas tan absolutos. Mejor hablar tal vez de las aspiraciones por publicar. ¿Para qué publicar, por ejemplo, un libro en relación con una cultura a la cual se pertenece, se crítica y se construye? Todo al mismo tiempo, ¿verdad? Porque uno al escribir, construye parte de la cultura.

Si no me hubiera considerado un interrogador de la sociedad no habría escrito, sin duda. He dejado en mis poesías verdades fundamentales sobre los hombres en comunidad. Escribí realidades que ilustraron una época decadente: valores menoscabados y pervertidos, la dignidad irrespetada, el trabajo vulgarmente atropellado.

Se ha exagerado en nuestro tiempo la importancia de la historia y más aún del término *momento histórico*, en sus connotaciones más abultadas, sus condiciones económicas, las formas de agresión de los opresores, las maneras de manifestarse la cultura, etcétera, vulgarizando de esa forma, entre otras cosas, la idea y la realidad de un arte creado, digámoslo así, para tiempos de emergencia permanente, con sus necesarias prisa, improvisación y desaliño.

Yo me refiero más en mi obra a la historia y la presencia de un espíritu de cultura que, a pesar de las épocas de grandes caos, organiza la sociedad humana. Es que, aún lo más extraordinariamente maravilloso, ocurre dentro de un tiempo cotidiano.

¿Será tiempo de que los poetas digamos a los sociólogos, casi siempre muy malos escritores, cómo confunden la historia con datos económicos y estómago abundante con elevada posición del espíritu? ¿Será tiempo de que los poetas digamos a los antropólogos ciertas verdades que los puedan incomodar? ¿Por qué no han dicho ellos, por ejemplo, que las ciencias humanas se derivan de las obras de arte?

¿Será tiempo de recordarles a los políticos que pretenden servirse de los artistas, que jamás hemos pedido a un

orador político ponerse una máscara o bailar un fandango, mientras pronuncia un discurso?

Supongamos que mi *momento histórico* hubiese estado untado de mucha mierda y yo hubiera seguido ese consejo. ¿No habría reproducido, en forma alcahueta, esa maligna materia? Goethe dice que un artista es de su tiempo en la medida de sus defectos. Mi época no me pareció tan importante como para llenar mi obra de esa aparente novedad del día, de la guerra más allá del Atlántico o de las nuevas teorías políticas.

ES EL MEDIOCRE pueblerino
que coquetea de medio lado a la cultura
y de frente a la violencia y la fuerza
Es el famoso pensador de ultra izquierda
que viste a su hijo de cura
el día de la primera comunión
y guarda de ese día una ridícula fotografía
Es el seguidor del arte socialista
porque es un arte tonto que no obliga a pensar
y es el mismo súbito aspirante
a un parlamento que presuntamente odia
Es el tan conocido burócrata bien recomendado
que trabaja por ratos
y grita asiduamente a la indefensa secretaria
Es ese homosexual que se casó por interés
social, económico y moral
Es ese siquiatra que dice francamente
odia a los locos de los que vive
Es esa alma gorda y pesada
que me mira a los ojos con odio disimulado
mientras le leo poemas de mi vida
con la mala intención mía
de una caricia irritante y venenosa
que se aguanta porque mi cuchillo seduce
y porque hay otros que lo miran con malicia
y sonríen

Escribir me producía una especie de felicidad. Yo lo hacía como si estuviera en esa otra realidad donde se

encontraban las fuentes del poema, como si escuchara una voz cómplice que trabajara para mí.

A veces pensé que era dos o hasta tres; y ese segundo que me acompañaba, ese hombre que me habitaba, me hablaba del mundo traducido en poemas, y me obligaba –o me ha obligado en el tiempo dedicado a escribir esos libros– a una actitud vigilante, a una constante y atenta mirada sobre ese mundo del que el autor Raúl Gómez estuvo pidiendo material para escribir su poesía. Mi cuerpo se parecía al papel donde escribía. La poesía me ha preservado.

Y la poesía es eso que nos asombra y nos nombra, que nos taladra las sienes como un balazo. Después de haber empezado a escribir poesía, nunca dejé de hacerlo. Lo hice aún en las clínicas siquiátricas donde estuve recluido, un mundo para mí terrible y necesario. Me sentí ofendido por los médicos y las monjas pero una tercera parte de mi obra fue escrita en las clínicas.

ÁNGEL

es el portero
de este infierno–cielo
le falta un ojo
y le sobra alma
para compartir conmigo
un cigarrillo

La poesía es triste y bella como el billete que el rico ofrece al poeta para que almuerce y tampoco muera ese día. La poesía es el alma oculta de las cosas. Acudió a mí en ráfagas de sueño, como a un Rimbaud adulto a quien la locura volvía cuerdo y poeta y a quien el horror de la ignorancia enaltecía, como crecía mi hambre con el sancocho de gallina que compartía con el amante.

Mi poesía no es racional, aunque es clara. Es una poesía mágica, que embolata al lector, se lo traga y le lleva la conciencia hacia una luz, porque mis poemas no son despliegue sino reconocimiento de lo divino que hay en el mundo y en el alma de los hombres. Para mí, la vivencia de la poesía es ensoñación, un sueño diurno cerca al sol.

Te miro por las tardes con el presentimiento
de que serás poema
...cuando te vas un halo de ensoñación
te envuelve y te allego a mi alma sin obstáculo
Hablas conmigo con hermosas palabras
y por tu pelo paso esta mano que escribe

Espacio de sueños, recuerdos y deseos, no una dimensión visual sino con sombras insinuadas. Sí, yo viví más el sol que la noche. Me encantaba sobre todo la tarde. Viví para la tarde. Me deleitaban las 4 de la tarde, cuando bajaba la sofocación.

La magia fue para mí el desciframiento personal de las leyes ocultas de la vida. Mi poesía la escribí con el ánimo de discernir, para mis contemporáneos y los humanos del futuro, algunos elementos fundamentales de la existencia del hombre. Fui el mejor lector de mi poesía; intenté que mis poemas tocaran a los hombres. Busqué siempre suscitar una emoción en el lector, llevarlo a puerto seguro.

La totalidad de lo que manifiesta el poema constituye una expresión personal, pero mi poesía tiene también una íntima relación con ciertos momentos fundamentales de la obra de creadores como Antonio Machado, Kafka, Eurípides, Aristófanes; y también con el sufrimiento que vi en los hombres de mi tiempo.

Borges me enseñó que un poeta debe ser claro para sus contemporáneos. Y que cada obra tiene su propia estética. Aspiré en la mía a una claridad misteriosa, a un misterio que trata de dilucidarse a sí mismo, a una forma que se inventa, no premeditada, sino meditadamente, a un entronque con los grandes maestros, mis maestros de siempre: Platón, a quien consideré incluso superior a Homero y más poeta que filósofo; Eurípides, mi gran maestro dramático; Villón, tan amado por mi padre; mi adorado Rimbaud; Whitman, mi maestro moral en muchos aspectos; Antonio Machado, Constantino Cavafis, Fernando Pessoa, Jorge Luis Borges y Octavio Paz.

Mi poesía no es trágica, aunque tiene mucho de eso. Mi poesía es pasional, pero se entiende. Y, como poeta pasional que fui, que me padecí, mi problema trascendental fue la

coherencia del poema. Siempre envidié la perfección conceptual de Machado o de Borges. Consideré la poesía como un arte del pensamiento que incluye a la filosofía. Arte supremo del pensamiento vivido, trascendente e inconsciente. El pensamiento en su esencia primigenia. El pensamiento mismo.

Todo es cierto en mi poesía. Fui un poeta que aspiró a un rigor conceptual para demostrar o mostrar una realidad, y a veces una mezcla de ambas posibilidades. Creí, ante todo, en la autonomía absoluta de la poesía, odié con miedo cualquier estética programática; quise, para mis compañeros poetas, esencialmente la libertad.

Tiene un valor muy grande, por ejemplo, poder escribir un libro en libertad. Cuando se escribe, lo importante es el destino de los libros, no el destino de uno. ¿Este para qué? Si un autor puede escribir un libro y publicarlo en condiciones de libertad absoluta, no todo para él está perdido. Me refiero a escribirlo como quiere. Si no existe eso, no existe libertad creadora y el arte fracasa.

Mi poesía resultó mía y nada más porque sufrió una gran transformación, gracias a que me encerré varios años a leer la poesía universal. Trabajo grande me costó también vivir de lo que escribía. En poesía, leí todo lo que valía la pena, desde Homero.

No escribí todos los días, pero cuando lo hice, demoraba muchas horas frente al papel y escribía mucho más de lo que publicaba. Digamos unas 20 veces más. Escribí muchos poemas malos en mi intimidad. De diez se salvaba uno que casi siempre salía de una tirada y con muy pocos errores. Antes de publicar *Poemas* rompí por lo menos cinco o seis libros. Entre el primero y el segundo libro hice tres que nunca publiqué, además, volví a escribir dos que tampoco. Hice unos para despejar la ignorancia. Fui muy estricto. Probablemente otro poeta tuviera quince o más libros. ¿Para qué, digo yo, si no funcionaban?

Nunca creí en la sola inspiración. Yo necesitaba contar con un estado de exaltación, de capacidad de asombro. Entonces me asaltaba un maremagnum de poemas que iban encontrando solos su unidad temática, orgánica. Surgían, por ejemplo, dos o tres renglones como fuente iniciática de un

poema. Después trabajaba el desarrollo del mismo muy lentamente. Y culminaba, por lo general, en un final sorpresivo o nostálgico como coda.

Los poemas son mis hijos, los quiero mucho; a unos más que a otros como me parece natural. Con la vejez se logra una entonación y un ritmo personales. Es un trabajo largo. Digamos que mi poesía tiene un ritmo que no reemplaza la rima, sino que de alguna manera es como un elemento dentro del poema, distinto pero con cierta similitud al ritmo. Una especie de fusión entre el verso libre y la rima clásica. Yo no tengo rima, no utilizo la rima sino cuando aparece de manera casual. A veces la pongo. Algunas veces, no importa, pero la utilizo. Nunca me he propuesto hacer innovaciones, simplemente escribo buenos poemas o me preocupo por ellos.

> La vida tiene su ritmo y de que lo vayamos descubriendo depende que podamos bailar o no. A mi parecer, sin ese conocimiento no puede haber vida ni arte. Toda obra artística es expresión en un lenguaje translativo (mítico) de ese ritmo secreto que el artista ha descubierto y vivido intensamente. Ritmo maravilloso de color, voz, forma, palabra, armonía y amor. Mucho amor. Muchísimo. El amor hace compatibles los otros elementos. Sin el amor se puede dar luz, pero una luz ciega; se puede hablar hermosamente, pero sólo el amor crea oídos comprensivos. Creo que la empresa más importante del hombre es encontrar su ritmo, porque si no, la vida será siempre para él algo ajeno, extraño, discordante y siempre estará esforzándose inútilmente. ¡A la mierda con ese esfuerzo! ¡Muy a la mierda! Esfuerzo degradante, deshumanizador, agostante. Vano. La creación auténtica nace de la necesidad de expresar ese ritmo encontrado. Y no es una operación mecánica a la que me refiero. No señor. La creación va formando el ritmo, lo va afinando, lo va puliendo. Maravillosa interrelación que tiene como punto de partida aquello que dice Machado: *Yo vivo en paz con los hombres y en guerra con mis entrañas**.

Mi poesía es muy distinta a la de los demás poetas de Colombia. Es la menos literaria de todas. No me embeleso en la forma, sin descuidarla, pero brilla ante todo, antes que la forma, como ya he dicho: el sentido.

---

* Raúl en carta a Juan Manuel Ponce, en 1973.

Entre los poetas colombianos, prefiero, en el orden generacional, la gran poesía de Álvaro Mutis. Él nos introdujo en la modernidad y en la universalidad de la poesía, sobre todo con *Los Trabajos perdidos.* Luego, el gran poeta Jaime Jaramillo Escobar y *Los Poemas de la ofensa.* En mi generación encuentro calidad en los poemas de Darío Jaramillo Agudelo y Harold Alvarado Tenorio.

Hay otros jóvenes cuya poesía me interesa y, por coincidencia, son costeños. Pensar que la costa no es tierra de poetas es una manera un poco brusca y mentirosa de quitarnos estatura espiritual. Luis Carlos López, sin ser un poeta de grandes dimensiones, es un poeta que expresa, con belleza particular, delicadeza íntima y gran valentía de estilo, un mundo a la vez personal, popular y social. Los pocos hombres de letras serios de este país siempre han valorado a López, quien inventó una obra estética, un mundo en el cual se condensa una Cartagena mítica en la eternidad del tiempo de la literatura, que puede estar, guardadas las proporciones, junto a la Alejandría de Cavafis o a la Buenos Aires de Borges. Puedo también invocar aquí la presencia de Giovanni Quessep, cuya poesía, tan sutil que es casi impensable, aprendí a valorar y de la que sé ha sido valorada por importantes críticos de Hispanoamérica.

SOBRE LAS LETRAS DE CÓRDOBA

Raúl Gómez Jattin

Con el anterior título y en un manuscrito del 18 de septiembre de 1987, jamás publicado y conservado por una amiga del Sinú, Raúl entrega la siguiente reflexión sobre la producción literaria en esa región. La donante nos ha pedido mantener en reserva su nombre y el de los escritores mencionados en el texto. El solo valor conceptual del mismo justifica su divulgación.

El fenómeno cultural del garciamarquismo produjo en nuestra región, como en otras del país, la ilusión de que escribir era un asunto mas o menos fácil, pero siempre lucrativo de muchas maneras.

La apariencia de un desarrollo de las letras colombianas a partir, sobre todo de Cien Años de Soledad, (y digo apariencia porque en verdad lo que hubo fue una decadencia

absoluta en el campo de la narrativa que había producido obras de la magnitud e importancia de *La casa grande, La mansión de Araucaima* y *El coronel no tiene quien le escriba)* permitió a muchos recién llegados o nunca llegados a la cultura, carpintear malamente lo que llaman novelas y cuentos cordobeses.
Tal es el caso del ridículamente famoso S y de la no menos conocida G, para no hablar si no de los más representativos. Los otros son fácilmente asimilables a estos escritores claramente comerciales y sin ninguna calidad artística.
Lo que S practica es lo que podría llamarse oficio artesanal sin ninguna valoración cultural-ética-estética. Escribir es un trabajo espiritual que implica tener un profundo conocimiento de lo que el hombre ha producido a través de toda su historia en la cultura, por lo menos en el campo que se practica. S apenas si ha leído malamente la literatura latinoamericana de los últimos años. Escribe como esos pésimos escritores que produjo la revolución cubana: arañando lo que el tiempo literario le ofrece de primera mano: lo que está de moda. No ha leído por supuesto ni a Cortázar ni a Borges ni a Cepeda Samudio, los verdaderos grandes. Son novelas escritas desde «afuera», quiero decir, primero la técnica y luego la narración. Un escritor verdadero produce al revés: la técnica es un resultado de la lucha que libra contra la cultura en general, la cultura literaria y su mundo particular. Lo que él narra no nos sorprende nunca, no tiene pues ninguna importancia literaria. Por último, el mundo ético de tal individuo no posee la calidad mínima de seria valoración de la realidad. Es una moral confusa y degradante pues no parte de ninguna actitud de rechazo o aceptación del mundo como totalidad que todo verdadero escritor posee como uno de sus puntos de partida.
La señora G ni siquiera escribe desde una técnica preconcebida. Narra simplemente a la topa tolondra lo que se le ocurre. No ha leído siquiera lo que ha leído S: (al mediocre Onetti, por ejemplo) y su cultura es aún más precaria y anémica que la de S. Hace ella una literatura de una ingenuidad literaria, ética y cultural total. Por lo menos S medio se esfuerza por inventarse situaciones pseudo te-

rribles o cuenta sus aventuras de burdel con rebuscada grosería espiritual pues nunca en ellas hay un acto valorativo de orden literario, ético o estético. No tengo otra cosa que señalar al respecto de lo que hace la señora G sino que carece de total interés para un lector con mínima formación literaria y gusto por las letras.

El difícil arte de la poesía padece un mal de mayor envergadura, pues paradójicamente siendo la poesía arte original (en el sentido de arte de origen, que permitió el nacimiento de sí y arte de desarrollo, en el sentido de la derivación del cuento y la novela) requiere muchísimo mas talento, cultura y valoración ética del universo que la narrativa, pero atrae mas incautos e ignorantes y oportunistas. Los llamados poetas cordobeses no poseen ni siquiera una ínfima calidad.

Me referiré a la obra de M pues en ella están los aspectos que quiero señalar. De todos los poetas llamados cordobeses, es la obra de M la de un poeta de ratos libres. Poesía descuidada, vacía e inculta. Poesía absolutamente desprovista de ingenio y belleza, absolutamente hecha de lugares comunes y de pensamiento sin importancia alguna. Poesía hecha a la carrera y sin ninguna responsabilidad de orden alguno. Poesía que no llena ningún requisito.

Nota al margen

He omitido a propósito enjuiciar críticamente los libros de EP. Su banal y liviana literatura me exime de un comentario distinto al de que lo mejor es que se fue lejos con sus bártulos a vender cara su barata mercancía.

ME DEFIENDO

Antes de devorarle su entraña pensativa
Antes de ofenderlo de gesto y de palabra
antes de derribarlo
Valorad al loco
Su indiscutible propensión a la poesía
Su árbol que le crece por la boca
con raíces enredadas en el cielo

Él nos representa ante el mundo
con su sensibilidad dolorosa como un parto

Desde niño fui loco para los otros. Es decir, hablando a esos otros tenía una lógica personal. Fui un individuo. Pienso que es lo que queremos ser todos los hombres o, por lo menos, los que sentimos algo más que cuerpo cuando pensamos vivos. Y aunque tenía amigos y amigas para jugar fui un niño solitario –yo juego solitario varias veces al día– como diría Luis Carlos López: jugaba con tierra y un palito. Haciendo y deshaciendo figuras en la piel de la tierra. Jugaba como un niño costeño, cartagenero, como éramos yo y López, en esa eternidad del libro. Y pensaba mucho. Esa es la ventaja de ese juego: da para pensar mucho.

Desde que tuve conciencia de ser padecí de asma y los remedios para contrarrestar esa enfermedad me producían alucinaciones. Estaba en un ataque asmático muriéndome en una mecedora y mi padre en la madrugada me hacía aspirar unos polvos que se incineraban y producían un humo calmante y entraba yo en una especie de alucinación y mi abuela, a quien no conocía aún podía entrar volando por la ventana.

Entre los 13 y 16 años yo era feo, tenía grasas y mucho acné. No estuve en pandillas. No me encontraba. Me gustaba aprender de todo.

Escribía, cantaba en español, en italiano y en inglés. También pintaba. Me gustaba la buena comida. Sentía tener un pacto con la naturaleza mágica.

En la vida consumí alcohol, marihuana, hongos, bazuco, cocaína y pastillas de diversa calidad. Sobre todo marihuana. Mi madre me había enseñado a fumar a los nueve años unos cigarrillos contra el asma. A partir de allí me fumaba de medio a un paquete diario, pero me daba mucha tos.

Alcohol sólo bebí en fiestas y otras reuniones sociales. La marihuana empecé a fumarla desde los 25 años, sobre todo cuando me sentía agitado, cuando estaba escribiendo mis libros, pero en poquitas cantidades, nada más para tranquilizarme. Es que cuando escribía me excitaba. La marihuana era buena. Ayudaba a la imaginación. Metí bazuco desde 1976. El bazuco y la cocaína me sentaban muy mal. Me daban dolor de cabeza, mareos y sudaba mucho.

GRACIAS SEÑOR
por hacerme débil
loco
infantil
Gracias por estas cárceles
que me liberan
Por el dolor que conmigo empezó
y no cesa
Gracias por toda mi fragilidad tan flexible
Como tu arco
Señor Amor

El sexo es frío y el amor lo calienta. Un hombre enamorado es un enfermo del alma, como decía Stendhal con sabiduría de los hechos y, si además está dotado por la naturaleza de gran inteligencia para el arte y sus trabajos, es muy natural que se abisme en tormentos y delirios.

La ciencia –por inferior– jamás ha comprendido que el llamado por ella equilibrio mental es casi siempre un hipócrita nombre de la mediocridad y que el artista viaja hacia profundas regiones del alma armado de su debilidad inteligente y lúcida para entregar a los otros, lo antes desconocido. La belleza es un trance incomprensible y lejano para el análisis, la ciencia psiquiátrica y quienes la practican.

Sthendal dice entonces que el amor es una enfermedad. Platón que es un mito del alma y una carencia. A mí no se me ha ocurrido una idea más original que esta última. Hoy, el amor es un sentimiento con trágicos resultados: el mundo está enfermo de amor.

A los cinco años estuve enamorado de una mujer, Isabel, a quien dediqué mi primer poema:

QUÉ TE VAS A ACORDAR ISABEL
de la rayuela bajo el mamoncillo de tu patio
de las muñecas de trapos que eran nuestros hijos
de la baranda donde llegaban los barcos de La Habana
cargados de...
Cuando tenías los ojos dorados
como plumas de pavo real

y las faldas manchadas de mango
Qué va
tú no te acuerdas
En cambio yo no lo notaste hoy
no te han contado
Sigo tirándole piedrecillas al cielo
buscando un lugar donde posar sin mucha
fatiga el pie
Haciendo y deshaciendo figuras en la piel de
la tierra
y mis hijos son de trapo y mis sueños de trapo
y sigo jugando a las muñecas bajo los
reflectores del escenario
Isabel ojos de pavo real
ahora que tienes cinco hijos con el alcalde
y te pasea por el pueblo un chofer
endomingado
ahora que usas anteojos
cuando nos vemos me tiras un
«qué hay de tu vida»
frío e impersonal
Como si yo tuviera de eso
Como si yo todavía usara eso

Ese no es un poema de amor sino de desengaño. Isabel era la hija del terrateniente del pueblo, que estaba casada con un abogado, compañero de trabajo de mi padre. Nosotros éramos muy pobres y yo estaba enamorado de ella, que se portaba muy lindo conmigo. A veces se le olvidaba que era una García. Una vaina así como de telenovela venezolana. Yo le escribí ese poema y le dañe la alcaldía al esposo.

Como Stendhal, como Platón, soy un hombre que ha visto y gozado el amor; y lo ha encontrado propenso al caos y a la desesperación. A los 38 años me di cuenta que *el amor es el peor enemigo del amor* y que la amistad es un sentimiento que nos alimenta y nos eleva. El amor ha de ser una búsqueda de libertad. Si pensáramos que es una realización importante e imprescindible del hombre estaríamos bien jodidos. Pienso que la amistad es de por sí suficiente como anhelo del alma. La Biología, que es a fin de cuentas el acercamiento de dos cuerpos, no puede mermarnos ese afán absoluto del ser. Para mí la amistad con un hombre –o con

una mujer mediatizada por las márgenes del arte– es saludable y propicia para que el ser toque sus propios bordes. Lo que me propuse, con la poesía, fue hacerme querer. Por eso anduve como un muchacho por la vida, buscando amigos con quienes ponerme de acuerdo para hacerle una maldad a la maldad.

DEL AMOR sólo me queda el cuerpo:
una biología vigorosa y atractiva
con la que me solazo y sueño

En vez de amor tengo poemas
por quienes ser feliz y ser sufrido
Los rememoro en mi intimidad
Presiento su llegada a mi vida
Los maldigo cuando no se entregan
Recuerdo siempre cómo han venido

Amor es algo que aprendí en Platón
y en él quemé una larga adolescencia
en la que casi siempre se mostró esquivo
Mas en ese tiempo no sabía de poemas
y mi alma incompleta necesitaba a alguien
para ser ella un todo consigo misma
Escribía cartas para que me amaran
Ahora amo a los otros en mí y escribo

El adanismo es, desde el mito, una forma de ser para el hombre. Todos hemos sido hombres solos y luego nos acompaña una mujer, que produce hijos en medio de la naturaleza virgen. Aldous Huxley lo llamaba el sentido adánico.

Mi poesía tiene un fondo de paraíso perdido, de algo irrecuperable, donde vuelan unas palomas que, en realidad, se van llevando la desgracia. Pero no fui un misántropo absoluto. La misantropía es relativa: me gustó la soledad, mas no la padecí. No fue un mal mi soledad. Al contrario, en ella medité, reflexioné, escribí y traté de ser mejor. Un hombre sin soledad no tiene personalidad.

El 26 de mayo de 1976, cuando yo tenía 31 años me empezó la enfermedad, con un cansancio, con un agotamiento general que me duró unos 4 días. Iba del decaimiento a la alegría. Me alteraba cuando escribía mis libros. Sentía un

gran goce espiritual, un gran contacto con la naturaleza. Recuerdo que mis familiares se molestaban porque no quería comer.

ELLOS Y MI SER ANÓNIMO

Es Raúl Gómez Jattin todos sus amigos
Y es Raúl Gómez ninguno cuando pasa
Cuando pasa todos son todos
Nadie soy yo   Nadie soy yo

Por qué querrá esa gente mi persona
si Raúl no es nadie   Pienso yo
Si es mi vida una reunión de ellos
que pasan por su centro y se llevan mi dolor

Será porque los amo
Porque está repartido en ellos mi corazón

Así vive en ellos Raúl Gómez
Llorando riendo y en veces sonriendo
Siendo ellos y siendo a veces también yo

Vinimos al mundo solos, vivimos solos y solos morimos. En la soledad se fraguan los hechos sociales, pero he vivido rodeado de amigos, para mi mal, para mi tristeza y para mi bien. En mi soledad escribí mis poemas, en mi soledad fui amigo de ustedes. La soledad es algo que el hombre debe conquistar si quiere llegar a ser él. Fui un poeta solitario porque fui una persona solitaria y necesitaba suficiente tiempo para reflexionar. Me costaba mucho trabajo. Para mi la poesía fue un asunto de reflexión, angustiante por épocas. El problema se presentaba al intentar sintetizar una profunda experiencia en catorce ó dieciocho versos.

La droga me curaba ese dolor. Mi madre supo que yo fumaba marihuana y me dijo que si me sentía bien así, que lo hiciera. A mi padre no le conté lo mío. No era completo como mi madre. Yo era brujo. Cuando quería una cosa, repetía su nombre mentalmente. Por ejemplo: morfina, morfina, morfina. Y sentía que la tenía.

LA LOCURA espanta el tedio
como el viento espanta nubes
Ven oh sagrada locura
y embriágame en el reino de tu Fantasía

Sin mi locura no podía escribir. La locura me había convertido en poeta. Lo poético alquimiza la burda realidad y la vuelve vida del espíritu pensante.

A medida que pasaba el tiempo y tenía más experiencia, yo era mejor. Necesitaba situaciones como la de estar en cárceles y clínicas. Las hospitalizaciones no me dañaban como escritor. Yo no estaba loco, en la locura estaba mi método. Me daba cuenta de todo.

Ser loco era vivir en un deslizamiento de la realidad que habitaba en mis poemas. Me volví loco por ser libre y creo que lo conseguí. La locura fue un responso por la automatización de la vida. Como hombre que enloqueció varias veces, es decir, que se me corrió la realidad poética hacia la realidad cotidiana, el yo y el mismo ser se fundieron en un solo ser individual: el otro, la vanguardia, el mismo, el clásico.

Estuve loco en el buen y el mal sentido de la palabra. En el mal sentido porque la locura no pudo impedir que me llevaran a las clínicas siquiátricas; y en el buen sentido, porque la locura me permitió ser artista. La locura deja llegar a niveles de profundización del alma humana. Es una forma de ser en fantasía. Así, de la metáfora sobre el papel pasaba yo a la metáfora del mundo y la existencia se me volvió una ficción. Lo dije de otro modo: No estaba en la locura. Estaba en la metáfora, de manera consciente.

Descifro mi dolor con la poesía
y el resultado es especialmente doloroso

Ser poéticos es asomarnos a la coherencia. Ser pedestres, en cambio, es volvernos útiles, aceptables, aceptados, constructivos, sujetos de buena procedencia moral, social, etc. La poesía es invisible. Los que transitan a toda velocidad en los automóviles parece que hubieran ganado la batalla definitiva. ¿Quién de nosotros, poetas, podría alcanzar un Suzuki a 80 kilómetros por hora? Pero, para qué hacerlo si dentro del automóvil va alguien que casi está muerto.

La poesía me llevó muchas veces a la desesperación emocional y a la cárcel de las clínicas de reposo. Esas clínicas no

fueron dolorosas. Yo no fui un poeta desdichado porque haya ido a cárceles y a clínicas. Eso fue un mito y un placer. En clínicas y cárceles encontré motivos de alegría y de vida. Además, espacio para la meditación. ¡Qué digo! No padecí de la razón sino de las emociones. Tenía un desajuste con el afecto de la gente, un problema muy grande de soledad.

Siempre trabajé en las clínicas. Eran lo más apropiado para una aventura mental. En mayo de 1992 estuve en el Hospital de San Pablo en Cartagena y escribí en media hora *Esplendor de la mariposa.* Si me pidieran repetir la experiencia de escribir en una clínica me negaría horrorizado, pero si me dijeran que renunciara a esa experiencia también me negaría rotundamente.

La locura fue un refugio poético, aunque a mí me tocó una algo aburrida y complicada. La clínica era como tener dolor de muela: el dentista es horroroso, pero es la solución; no hay nadie más bello que un dentista cuando te saca la muela: ¡tú quieres besarlo! Igual, yo quería besar al siquiatra porque mis males eran fisiológicos y no afectaban mi pensamiento sino mi emocionalidad.

He recorrido hospitales mitigando la locura
Una locura que durante muchos años
ayudó a mi imaginación en mi poesía
pero que después se volvió amenazante
y puso en peligro mi vida
Ahora sin ella –escribo estos versos
y no sé si he ganado o perdido
No sé si tú lector– notarás este cambio
y lamentarás que mi verso
se haya vuelto reposado y tranquilo
Ojalá que natura de mí se haya apiadado
y no eches de menos el fervor de otros días

Cuando fui a Cuba quise renunciar a la locura, pero en su aspecto negativo, porque yo no podía olvidar que la locura había sido muchas veces voz interior para que saliera el poema. Mantuve conversaciones telepáticas con Platón, Kafka, Barba Jacob, Borges, Pessoa y Luis Carlos López. A veces imaginaba a mi otro yo, mi hermano gemelo. Con él mejor

me iba. Los médicos decían que yo tenía unos obsesores que me trabajaban por dentro. Voces que sentía y me decían: '¡insulta!, ¡métete la marihuana!, ¡quema!'. A veces escuchaba mi propia voz, la de mi hermano gemelo. O la voz de una mujer, diciéndome: 'tú eres un maricón, quédate quieto, no camines tanto'. Otras, ordenaban que me quitara la vida.

EL OLOR BROTA de su cuerpo Huele a infierno
En el cerebro la voz de los brujos blancos:
«Hueles a serpiente cascabel Te han echado
su veneno en el café»
Es un olor de muerte Huele a diablo
«Échate perfume en la cabeza rapada»
dice la voz lo hace
Pasa por un momento el olor pestífero
«Preparémonos para morir valientemente»
piensa él Mas la muerte no llega

Se vive entre contradicciones y paradojas. La paradoja es una figura retórica que refleja una realidad oculta. O sea, ¿para qué nos interesan las verdades que no están ocultas? ¿Entre ellas, las verdades por discernir?. Lo paradójico es que el mundo es paradojal.

Quienes parecen llamados a gozar de la felicidad no son quienes la ostentan. Por el contrario, aquellos que padecen persecución o traiciones parecerían ser los únicos capaces de vivir eso que dijo Borges en alguna ocasión: *vivir el paraíso siquiera por un instante en el transcurso del día*. La paradoja siempre ha existido. Aquellas cosas que nos llaman la atención y parecen conducirnos a la realización de nuestras pasiones, de nuestros deseos, de nuestras ambiciones, son sólo una mentira que encubre un bocado amargo y quemado; requemado, corrijo.

Por otra parte, la contradicción es una forma expresada a través de la teoría de la dialéctica, algo que yo puse mucho en entredicho con mi propia meditación: sólo existen dos elementos extremos en toda contradicción y me pregunté si sería posible un tercer elemento. Las naciones fundadas en la teoría política de la dialéctica histórica materialista de Marx, están, por ejemplo, retrocediendo en esa teoría.

La contradicción es, para mí, una forma de movimiento dentro de la realidad. La manera en que la realidad se impulsa sobre sí misma. En un gesto que luce como negación –aunque parezca mentira– dos, tres, cuatro de una misma realidad se contraponen, pero no se anulan sino que producen un fenómeno distinto. Habría entonces una situación intermedia entre la tesis y la antítesis.

EMILIA

Si primero conocí
la teta que la bragueta
por qué
oh dulce madre
vivo en los reinos del temblor
cuando él está
y cuando no
en los de la desesperanza
En cambio
mi alma si acaso notaría
tu desaparición

Yo nunca perdí el contacto mental con la realidad. Un loco no puede crear. Y yo fui tan lúcido que hasta loco fui. Los tontos siquiatras que no saben lo qué es el arte, lo que es el amor y lo que es la locura, se esforzaron por tratarme con la indiferencia del veterinario ante una bestia enferma. (Un libro que maduré mucho tiempo y no terminé fue el de un diálogo entre un poeta y un siquiatra. Al final de lo que había sido una relación sin ventajas, ganaba el poeta).

Lo más parecido al arte es la locura y el amor que es otra forma de locura. Cuando amamos un cuerpo que nos parece bello le atribuimos virtudes y raras espiritualidades que, en verdad, nos pertenecen a nosotros mismos. Pensamos que aquel posee inteligencia o buen juicio, cuando en realidad no es más que un espejismo de nuestro deseo.

COMO YERBA FUI y no me fumaron

Ser artista es más maligno que la comida: el establecimiento prefiere dar comida en lugar de cultura porque un

pueblo culto avergüenza y un pueblo con hambre simplemente se queja. Resultamos mucho más antihigiénicos los artistas que los guerrilleros. Estos de todas maneras quieren un mundo con un establecimiento clase media.

Los poetas somos muy malas personas. Yo sé muy bien que no fui un caballero, como Borges. No pertenecí a ningún grupo ni escuela pero tampoco fui un poeta marginal. Malditos sean los que creen que soy un poeta maldito. No me interesan esas antinomias. No viví del alcohol ni con prostitutas. Fui un hombre de religión. Fui panteísta. En todo vi a Dios. Rimbaud me gusta pero él no es un poeta maldito. Eso lo son Gautier y Baudelaire. Y Baudelaire se me hace abyecto.

No fui cristiano. Creí, como Pessoa, que los dioses eran los artistas. Y terminé siendo un artista pagano pero místico, que creyó profundamente en la divinidad de la naturaleza, la que brota de lo mejor de los hombres, de los animales, de las plantas y los minerales.

La rosa más bella es divina sobre las otras. Los seres más hermosos son divinos pero su divinidad es transitoria. Siempre pensé que no habría una segunda oportunidad sobre la tierra. Si naciste árbol, como árbol morirás. Si naciste nube, morirás como lluvia. Nunca creí que por encima de la naturaleza alguien la estuviese guiando.

TENGO EN LA CABEZA
un pájaro celeste
que anida en esta prisión
Tengo en ese pájaro
un ardiente corazón
Tengo en ese corazón
una frágil esperanza
de volar hacia Dios

Mi dios era una imaginación de Dios, no una fe. Ojalá existiera Dios, pensaba. Sería mejor, sin duda. Habría alguna esperanza, pero hay tanto mal en el mundo. Ojalá, pensaba. El desastre de los humanismos no habría sido tan patente. Me preguntaba cómo Dios no se apiadaba de tanta gente que sufría en vano, porque si se sufre y se alcanza, no hay mal, pero sufrir ciegamente, sufrir en un hueco, en una sinsalida...

Tampoco creí en el Diablo. Pensé que no existía y dije que mejor no existiera. Que sólo lo había visto como una alucinación. Sufrí, probé el fracaso, pero pude paladear también el reconocimiento lento de la gente que gusta del difícil arte de la poesía. Aún cuando no sabía al final memorizar casi ninguno de mis poemas, para mi era un placer poder leerlos y releerlos. No sufrí al leer. Por el contrario, me regocijé bastante.

Ahí tengo mis libros. Me han publicado. Fueron a oirme los presidentes, pero lo que me gustaba era mi trabajo, escribir mis poemas, estar con la gente. No la publicidad ni la televisión. Soy el mejor aunque fueran otros los que salieran en televisión. Él éxito anestesió durante un tiempo al animal solitario y aislado que fui y me animó a convivir. Hice mal. He debido dejar que esos libros vivieran su vida y yo la mía, en lo posible. Pero mi debilidad fue grande y me dejé incluir sin quererlo en el mundo de la competencia.

ACERCA DEL DOLOR EN EL ARTE

Por Raúl Gómez Jattin

Raúl decía no sentirse cómodo en la crítica literaria. «No soy muy inteligente para esta clase de actividad intelectual. Esta actitud me es muy difícil». Sin embargo publicó algunos textos de discusión filosófico–poéticos, como *el que sigue, dedicado a Álvaro Mutis, para defender sentimientos esenciales de su vocación. Lo leímos en El Heraldo, un día de noviembre de 1987*

«Como si fuera más honorable ser alegre,
como si precisamente nuestra tristeza no
fuese manifestación de un exigente atributo
de conciencia. ¡Bueno fuera si con todo
lo que nos pasa tuviéramos además la
ligereza de estar alegres!» *Ernesto Sábato*

Conversando hace unas pocas semanas con mi amigo, el poeta Armando Carrillo, le decía al escuchar un nocturno de Chopin, que cuando el arte es grande, como el de este músico, el placer es tan profundo que nos duele el alma. Chopin fue un hombre tan sufrido que su música «pareci-

da a ninguna otra», como dice nuestro inmenso Álvaro Mutis en uno de sus sonetos, el de Valdemosa, nos lacera y entristece. En un suplemento dominical de El Universal de Cartagena del 20 de septiembre, Rafael Humberto Moreno-Durán, cuyos escritos han sido ampliamente publicitados últimamente, hace en una entrevista, un comentario que no puedo calificar sino de inmoral: no cree, dice él, en el dolor al crear el arte.

Digo inmoral pues el principal fundamento ético del artista es su dolor ante el mundo. Aquel que no siente dolor al vivir es porque lo produce. Aquel que no sepa del dolor no tiene nada que decirnos con bondad, y menos a través del arte. El placer no tiene comentarios de relevancia a menos que esté desarrollado en relación con sus opuestos: la tristeza, la desolación, la nostalgia, la muerte. Grande es La Ilíada, pues grande y profundo es el dolor de Aquiles, de Príamo, de Andrómaca. Grande es Eurípides pues el crimen, los celos, la maldad de sus personajes son inmensos. Doloroso hasta el extremo es el mundo personal y narrativo de Kafka. ¿Podríamos concebir una obra poética tan universal y perfecta como la de Borges sin la tragedia personal que la respalda? ¿Tendríamos los colombianos una obra tan maravillosa como la de Álvaro Mutis sin los desgarramientos y las amarguras de nuestro gran poeta? La filosofía del placer es la de los opresores, la de los persecutores, la de las bestias de lujo. No se trata por supuesto de defender el masoquismo cristiano, como decía Pessoa, pues es el compañero inseparable de la inmoralidad que los grandes artistas rechazaban. Por eso los escritos de Rafael Humberto Moreno–Durán, nacidos del placer, nos producen aburrimiento y hastío, esas formas del dolor cotidiano.

Sufrí, digo, aunque tuve mi paraíso. Durante un largo tiempo estuve al borde del suicidio. Es necesario verle los ojos a la muerte, para aprender a morir a solas. La temí y no la temí. La enfrenté varias veces y le vi su cara definitiva. Desleírse en la eternidad de los tiempos tiene algo de atracti-

vo y de terrible, sin embargo. Morir es un movimiento natural del espíritu, al apagarse.

Pensaba que en la tierra estaba todo: *Cuando mi cuerpo se extinga, cuando mi vida se apague, todo habrá terminado–* decía. *No veo nada de malo en eso. Es como no despertar. Cuando nos vamos a acostar, no echamos de menos la mañana siguiente. No la echamos de menos, nos acostamos para dormir. Para no ser, casi por completo.* Así pensaba de la muerte. Que no despertábamos. Y dormir me encantaba. Me sentía entumecido de estar entre los otros, pero no tuve miedo. ¿O si? Tal vez sí. Mas no morí. Así como en Colombia hubo la primera raza de pedalistas como *Cochise* y de músicos como Rafael Escalona, yo inauguré una nueva raza de hombres que no mueren.

El arte tiene siempre un mortal enemigo que lo extenúa en su trabajo interminable y que cada noche lo perdona y lo ama: él mismo. El arte siempre trata de salvar al hombre de lo más íntimo, de lo definitivo, y es en verdad la única opción que se tiene ante la muerte, la que no es algo que nos llega al final de nuestros días, sino una presencia ominosa que nos acompaña cotidianamente y que nos acuesta en un sueño del que no despertamos jamás. La poesía llega hasta este lugar tan íntimo donde el hombre no es acompañado siquiera por el amor.

Escribí, ante todo, para los poetas; para los demás artistas, y naturalmente, para la gente que se interesa por la poesía. Quise ser un buen artista, un poeta responsable, alguien que entregara un libro para emocionar a la gente. La mayor admiración de un escritor es la de sus lectores.

El poeta de alguna manera es vidente porque tiene que intuir, adivinar lo que le va a gustar al lector, sin sujetarse a dogma ni sector alguno. Todo artista serio (presumo que lo fui) tiene que enfrentar obstáculos de diversa índole. Me vi enfrentado a los demás, entre ellos mis familiares que esperaban otra cosa de mí. Pero el camino de la poesía es arduo, difícil y complicado. Me llevó a una vida apartada y necesaria, para lo realizado en tantos años.

Mi padre, que era un estoico a la manera de Montaigne, me enseñó el necesario esfuerzo que antecede al placer, para que éste sea realmente placer. Mis contemporáneos han vivido otra historia: la quimera de la felicidad. Es decir, la anestesia de los sentimientos, la muerte de la moral, el pla*cer como constante. Pero los poetas, por fortuna, al hacer el* poema, han inventado también la filosofía, ahora instrumento de la opresión, desprendida de la estética, de la moral y de la cultura que la inventaron.

DE LO QUE SOY

En este cuerpo
en el cual la vida ya anochece
vivo yo
Vientre blando y cabeza calva
Pocos dientes
Y yo adentro
como un condenado
Estoy adentro y estoy enamorado
y estoy viejo
Descifro mi dolor con la poesía
y el resultado es especialmente doloroso
voces que anuncian: ahí vienen tus angustias
voces quebradas: pasaron ya tus días

La poesía es la única compañera
acostúmbrate a sus cuchillos
que es la única

Desde niño soñé tener una existencia dedicada al arte, ser escritor y hombre de teatro y lo conseguí a costa de mi propia vida. La he inmolado ante el altar de la belleza, de su total belleza. El que quiera ser poeta tiene que estar dispuesto a sacrificar su existencia. La poesía es algo más que un destino literario y le exigirá todo a cambio de un grano de placer. El poeta deberá vivir poéticamente.

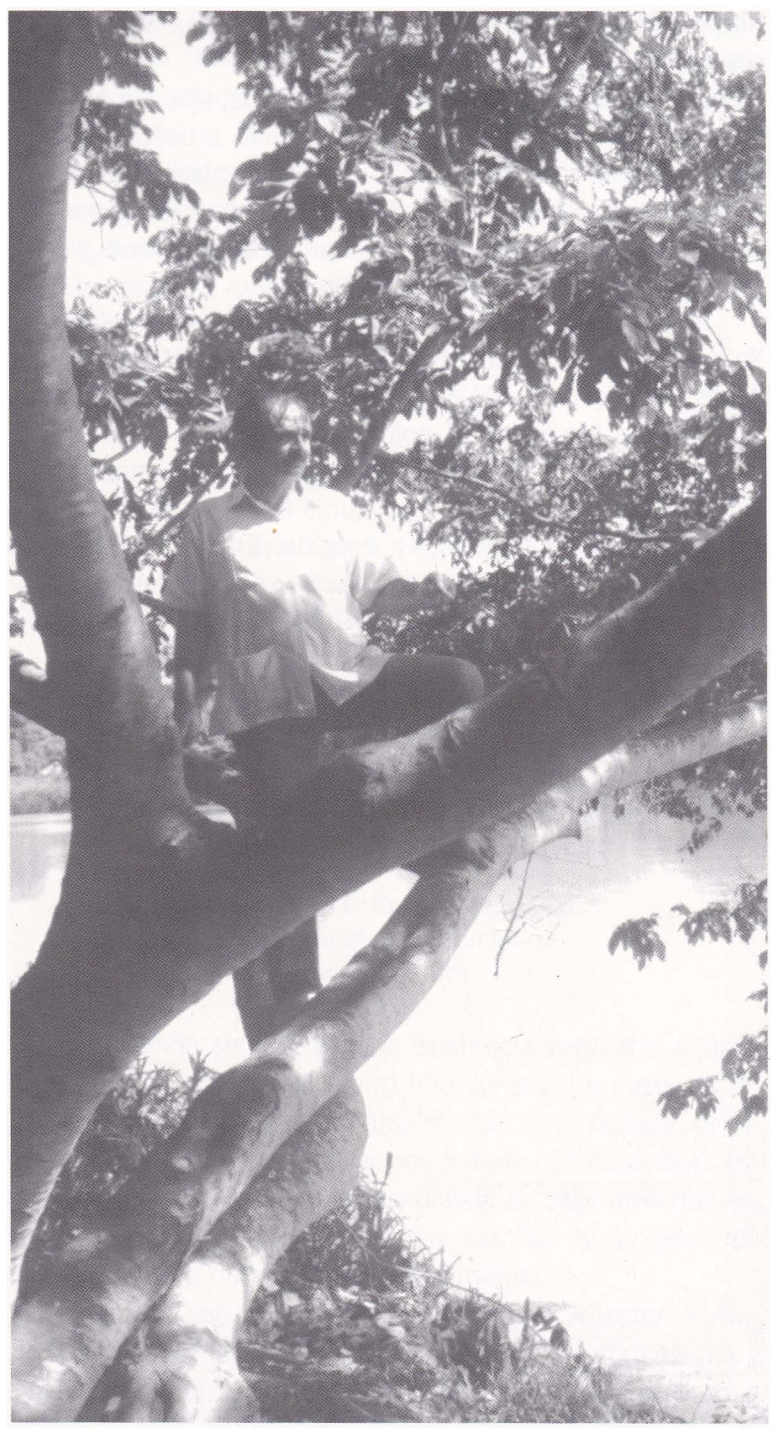
La poesía me deparó locura, pobreza y soledad. Y mucho trabajo. Pero también trajo a mi vida ocio, gran alegría y amistad. Fui feliz, profundamente feliz por épocas. Viví en la alegría de leer, por ejemplo a San Juan de la Cruz, y en la

hermosura de entregar mi más alta sensibilidad a quienes ni siquiera conocía.

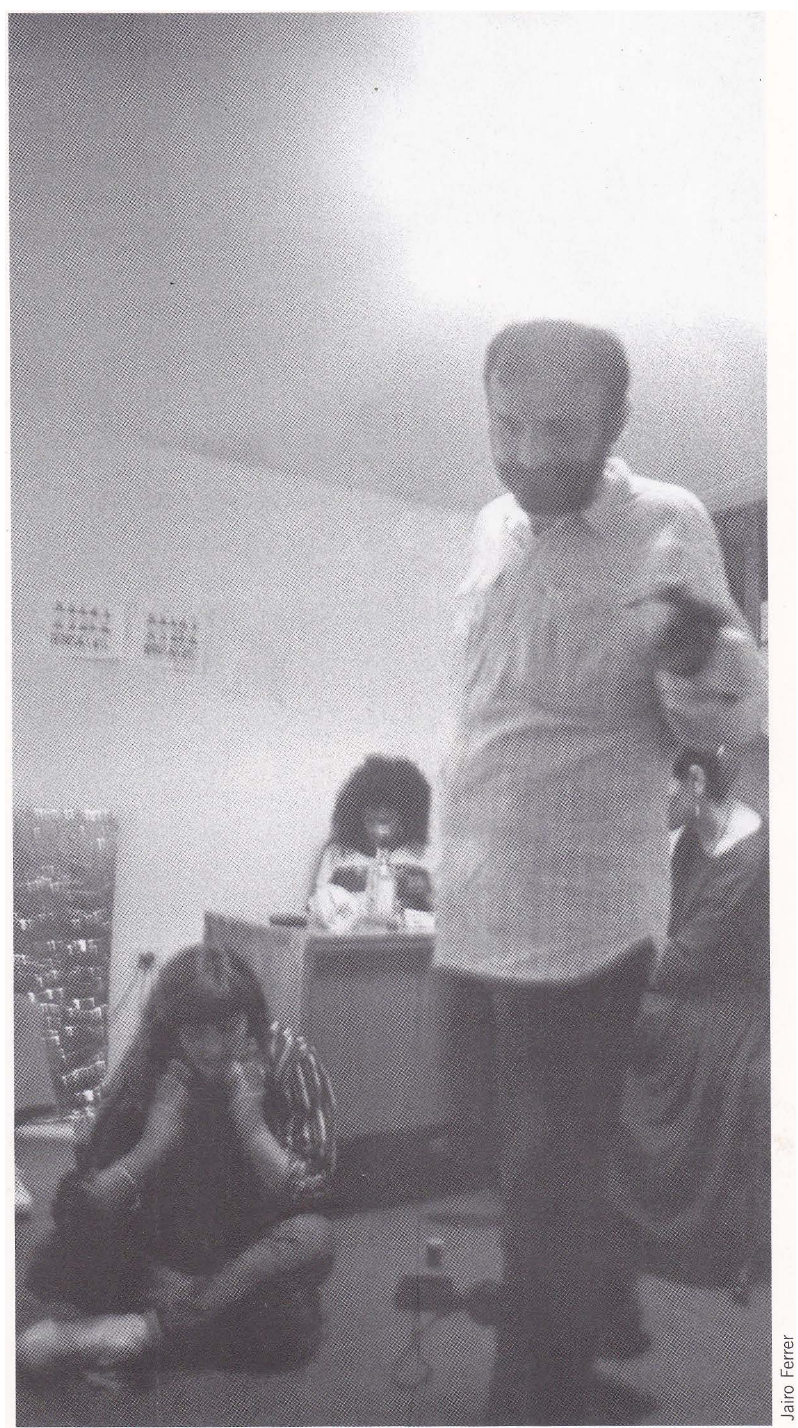
No he sido pues, un hombre amargado, sino simplemente, como mi padre, un estoico. Me limité a contarles a los otros mi dolor de haber estado vivo y del placer de estarlo, mirando el río Sinú, el mar y las murallas de Cartagena, o el rostro de alguien que, de alguna manera trascendente y oculta, me dice que el mundo está vivo.

Sólo una cosa no hay –decía Borges– y esa es el olvido. Yo tuve que olvidar muchos episodios dolorosos y la amistad de los jóvenes me ayudó a olvidarlos. Es decir, a transmutarlos en poemas. No olvidé el dolor. Lo transformé y me siento muy contento de ser quien soy a pesar de la muerte, los sufrimientos, las soledades y locuras atravesadas.

Mi poesía ha tenido gran acogida. En Colombia –y me perdonan– eso no existía. Los jóvenes se aprenden mis poemas. ¿Qué más puedo pedir a los dioses?



En el río Sinú, que refresca la resolana



Jairo Ferrer

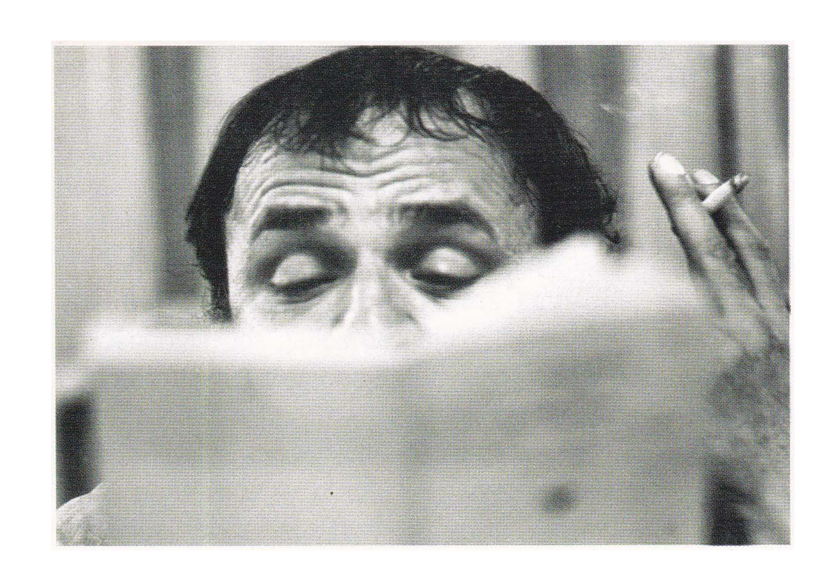
Días de música y parranda en Bogotá



Martha Isabel Cristina, primer amor, primer poema



El niño que primero quiso ser pintor



Raúl a voces

Ensayo de ensayos sobre los principios éticos, la escala de valores, los temas y los subtemas que conforman el universo del poeta, a partir de un seguimiento particular, colectivo y comparado del narrador a lo largo de sus libros.

«Los poetas amor mío son para leerlos
Léelos mas no hagas caso a lo que hagan en sus vidas»

De ***Los Poetas –Amor mío***

Es imposible seguir ese consejo de Raúl. Es imposible leer sus poemas sin que los mismos te señalen su vida. Esa ha sido otra de sus paradojas. Su vida, que está en su obra, es también su obra. Las dos son espejos que se miran. Poeta singular de entonaciones coloquiales, ritmos particulares, parlamentos teatrales y finales contundentes como sentencias, Raúl Gómez Jattin es el río, las tierras del Sinú, el pueblo de Cereté, su familia, los amigos, su lenguaje y su vocabulario, las palomas y los zamuros, el mar, las oropéndolas, los gallos de lidia y las palomas guarumeras, además de los personajes de la Historia con mayúscula, mezclados con los de su historia personal, atravesada casi siempre por el dolor, la lucidez o el humor, con acentos mayores en la muerte, el amor, la soledad, la droga, el arte, la memoria y todos sus fantasmas.

A la muerte, Raúl la vio primero con los ojos del asma y anticipó con temor que el sentido de toda vida humana, la de sus padres y la suya propia, era trágico. Asmático hasta los nueve años, sufrió una recaída en plena adolescencia. La brusquedad del ataque de asma, según los libros especializados, aterra al enfermo que busca con gran ansiedad y esfuerzo enorme una posición tan extraña como desesperada para no morir de asfixia. Los latidos de su corazón aumentan, sus extremidades se enfrían, sus ojos se inyectan de sangre y quieren salirse de sus órbitas.

Al saber que la gente muere, Raúl se deprime. La muerte es una presencia angustiante de toda la vida, una interioridad ominosa que nos acompaña siempre. Todo se esfuma, los años huyen de la existencia como pájaros asustados, la nada habita nuestro interior y agita, desde sus orígenes, un acoso visceral hasta la disolución total. Como la tarde y como el río, la vida pasa, porque la muerte camina dentro de nosotros, indemne, solitaria, en activo reemplazo del existir que se transforma en vejez y deterioro.

(...) ah la veloz juventud
que se fue de mi vida
¡Como un animal lleno de pánico!

Frente a esa evidencia aplastante e inmodificable, ese realismo trágico de lo inexorable, aferrarse a la vida en busca de la libertad de ser y conocer parece la única opción humana. La conciencia de la muerte nos convida a aprovechar el ahora de la vida, antes de que sea demasiado tarde.

Escuchar la voz del poeta en sus libros es conocer sus principios.

El primero, rendir tributo a la naturaleza, tu único dios. Sólo desde la soledad de tu adanismo vivencial, sensual y puro, que es continuidad del paisaje natural que muere y se renueva encontrarás tu verdad, armado de tu imaginación. Eres eso, tierra y no tendrás otra oportunidad. Sólo el deseo alucinante, la ilusión del arte que también te construye.

El monte, lo montuno que eres, dicta a tu infancia, raizal primario. Pero el paisaje moral de tus contemporáneos no te deja ver. La civilización, que es la adultez, te degrada, te violenta, te pone máscaras, te ata a normas, te niega lo distinto. «La adultez que adultera» como dice Rómulo Bustos Aguirre en su iluminador ensayo *Raúl Gómez Jattin: El Resplandor ético de la palabra obscena.* En consecuencia sólo te posees a ti mismo en tu naturaleza, tu dolor, tu soledad, la memoria de la infancia y lo lúdico.

Apartar la retórica, transgredir, buscar el grado cero de lo humano desde donde se pueda salir a encontrar la verdad es origen ético de la cosmogonía de Gómez Jattin. Su memoria no se exilia jamás. Ella, como su imaginación, está conectada por lo lúdico al despertar vital y la infancia reveladora. La semilla de la libertad surge de la misma naturaleza erótica, ciega y polimorfa, que cuando es no respeta límites, ni lugares, ni reglas ni órdenes. Ahí, en *Donde duerme el doble sexo* y *La metafísica del Amor* están los fundamentos éticos del poeta.

Ser o no ser. Construirme desde mi naturaleza o hacerme una caricatura de la civilización, un ejemplo enajenado y tradicional. Esa parecería ser la disyuntiva. Si el artista es su

imaginación salva su sustancia negando la normalidad y toda reconciliación. Y organiza su universo en discusión ostensible con el medio que lo precede. Incluso, en extremo impulso de libertad y pureza, para comprender y en ello ser, hace abyección de sí mismo. Así, sin condicionamientos, al anularse en un pacto con natura, podrá ver la luz, sentir su resplandor.

En su extensa e inspiradora lectura de la obra de Raúl, Bustos revela que, en ese pacto con la naturaleza, su exigente divinidad, el poeta posee una aureola de elegido. Y es el dolor, la locura con su carga de orfandad absoluta –el precio extremo que paga–, el mismo que le da sentido. «La figuración prometéica que finalmente nos entrega la voz no es titánica sino desmayada en el mestizaje con el Cristo doliente». Lo cual patentiza –dice Bustos– la concepción romántica de Gómez Jattin.

La poesía, reflejo de la vida, es la vida misma: el resultado de una pulsión erótica que nos impulsa a resistir las fuerzas de lo tanático, lo rutinario, lo convencional, lo muerto, eso que anuncia a cada instante nuestra desaparición.

Con el amor, con el erotismo, Raúl se enfrenta a la muerte y a lo muerto; y esa tendencia suya al placer es poderoso motor de su lucha. La naturaleza es dios de vida y se halla en todas partes. Todo ser que se mueve es divino y en el sexo todo vale. *El amor es búsqueda de libertad. Las manifestaciones naturales del hombre son pansexuales. Y a la naturaleza hay que respetarla.*

Las palabras del poeta se erigen en armas contra la nada. Lo defienden del vacío. Recogen entre tanta podredumbre humana lo que merece ser eterno, mediante una lucha que presenta el juglar en soledad. *La poesía* –dice Raúl– *llega a ese lugar tan íntimo donde ni siquiera nos acompaña el amor.*

Si, como expresa Foucault, la obra mata al autor, esa misma obra –aún siendo un fragmento de la autodestrucción del artista– es la única y última verdad del ser que, como héroe, se afirma contra la muerte. A sabiendas de su finitud o, precisamente por ella, el poeta intenta derrotar al destino, sino de la mortalidad, mientras respira, una y otra vez.

El escritor se sabe vida y muerte en esencia, pero toma la opción de la vida finita y para defenderla y prolongarla, cuenta y fábula, noche tras noche, como Scherezada. No logrará levantar la sentencia, ya lo sabe, pero no importa. De esa lucha vital con la muerte, de esa relación, quedará el poema, la tumba de Micerino, las una y mil noches árabes. El hombre habrá escogido, por lo menos, su asesino y la más vital de sus maneras de morir: la muerte erótica. «La única –como anota Carlos Alberto Jáuregui*– que rinde frutos en la poesía».

Mi madre y su vientre –dijo Raúl– *sembraron en mí la transparencia oriental y yo me lancé al vacío de la muerte, defendido apenas por el amor a las palabras.* El hijo menor de Lola Jattin y Joaquín Gómez lo apostó todo, su vida entera, por la belleza de la poesía, y sus libros comprueban que logró convertir su tragedia en belleza.

«Fue un poseído de la poesía –explica el poeta Juan Gustavo Cobo Borda– y por lo tanto un hombre que le entregó su vida». «Quiso ser un poema viviente –complementa Iván Barboza, uno de sus amigos de Cartagena–. Buscó fusionar su creación y su existencia. Vivir poéticamente, con la actitud de desentrañar siempre la hipocresía social, sacar lo oscuro de cada cual y también lo suyo, en forma descarnada».

Raúl tenía 27 años en 1972, cuando leyó en Bogotá a Arthur Rimbaud, el célebre poeta francés. *Me deslumbró,* dijo el entonces estudiante, actor y dramaturgo de Cereté, quien como aquel decidiría borrar con su escritura y su conducta la distancia entre la poesía y la vida, hacer que una trascendiera en la otra y, más que eso, buscar un lenguaje o mejor, un metalenguaje, que expresara en sí mismo esa innovación.

También para Rimbaud, el lenguaje es prisión, en cuanto a ódigo social que precede al individuo. En sus *Cartas del Vidente*, el hombre que amó a Verlaine proclama la necesidad de encontrar un nuevo lenguaje, porque el enemigo es el lenguaje establecido. «La tarea obligatoria del poeta –nos cita Nicolás Suescún a George Steiner– es, como Mallarmé dijo

* Autor de la tesis *Tierra, Muerte y Locura,* Universidad de Pittsburgh, 1997

de Poe, purificar la lengua de la tribu. Tratar de anular o, por lo menos, debilitar la continuidad clásica de la razón y de la sintaxis, la dirección consciente y la forma verbal».

El poeta –según Rimbaud– debe transformarse en un vidente, capaz de penetrar el infinito. Y, mediante la ruptura de restricciones y controles que conciben y atan de manera convencional la personalidad del individuo, convertirse en voz de lo eterno.

Raúl, como Rimbaud, buscó dar a sus poemas –mediante el consumo de alucinantes naturales, como la *cannabis* y el hongo– un poder casi mágico que permitiese evocar estados de la mente. Y demostrar, como el francés, cuán rico es el material poético que existe en el subconsciente y en las sensaciones difusas del recuerdo infantil, la infancia que acecha, como dice él.

«El poeta –escribe Rimbaud, traducido por Nicolás Suescún– se hace vidente por medio de un largo, inmenso y razonado desarreglo de todos los sentidos. Él mismo busca todas las formas del amor, del sufrimiento, de la locura; él mismo consume todos los venenos, para no guardar sino sus quintaesencias. Inefable tortura para la cual requiere de toda e, de toda la fuerza sobrehumana, y en la cual se vuelve entre dos el gran enfermo, el gran criminal, el gran maldito... ¡y el remo sabio! Porque ha llegado a lo desconocido».

Rimbaud taba que, para alcanzar ese estado, no había olvidado ningun e los sofismas de la locura que un individuo encierra. «Podría volver a decirlos todos –repetía–, tengo el sistema».

En su prólogo a *Una temporada en el inferno,* el poeta y ensayista Nicolás Suescún dice sobre Rimbaud: «Revolucionarias son sus formas de hacer poesía, rompiendo todas las reglas, buscando como un mago intuitivo la alquimia de las palabras y su poética, que expande la conciencia y derrumba el vetusto edificio de la literatura universal».

Raúl abrazará el pensamiento de Rimbaud y buscará también la profecía como revolución interior. En su momento, Raúl dirá ser *un Rimbaud adulto, a quien la locura volvió cuerdo y poeta.* Esa si es, en su criterio, una adultez que vale la pena. Abrazará su pensamiento y buscará la clarividencia alucinada como revolución interior, confesará adorarlo, sen-

tirlo su amigo y haber querido escribir en la vida un libro como *Iluminaciones.* Como Rimbaud, Raúl defenderá, claro, una visión mística y panteísta de la naturaleza, idealizará a su familia y asumirá la rebeldía después de ser el mejor estudiante en su universidad. Como Rimbaud, vivirá en carne propia su revolución sexual, inventará el amor, reaccionará contra sus familiares, la provincia, la moral, la religión, el capitalismo salvaje y el progreso, hijo de la ciencia.

Vitalistas, más allá de la religión y la moral, los dos proyectaron en persona como demiurgos de su tiempo un sentido de elegida superioridad. Ambos, en forma consciente, desarreglaron sus vidas como desarreglaron sus versos y llegaron en desplantes hasta lo abyecto, la obscenidad y la coprología.

En sus poemas y declaraciones, Raúl Gómez Jattin criticó a los otros, a esos seres humanos que ocupan la realidad, el mundo exterior, habitantes de su pueblo, ansiosos según él de regresarlo a la norma, a la boba civilización; enemigos «ignorantes, mentirosos, indolentes, malvados», que él deseaba con frecuencia eliminar de su universo; pueblerinos del Sinú que le agredieron de niño, criticaron el adulterio de sus padres y lo observaron en familia como un animal raro. Asoladores altaneros, que *quisieron imponerme una verdad.* Son ellos quienes tienen ahora hijos apenas *sombras de sus sombras marchitas, calcomanías oscuras de ese mal que no cura pero que tampoco mata*; rencorosos ocupantes casi todos de un paisaje que él adoró, residentes incómodos y apesadumbrados del lugar de sus orígenes, donde empezó a mendigar el pan y a ofrecer, de puerta en puerta, su vida erizada de angustia.

(...) Ellos que ahora médicos
o tristes hombres de negocio
muerden la rabia sorda
de sentirse tan anónimos
tan ignorantes de sí
y del ancho mundo
del espíritu humano
Me gusta que me envidien
este dolor tan hondo
de escribir la poesía

Raúl fustigó a los potentados de Cereté, *humillados por mi presencia de poeta y por mi vida excéntrica, la cual no les rinde los homenajes que en su ignorancia y vanidad se creen merecedores*. Junto a ellos, circulan ex–amigos suyos, profesionales, intuidos en este grupo de poemas sociales, conservados sin publicar por su amigo, el también poeta Joaquín Mattos Omar.

SON HOMBRES DE DINERO
no de alma y cuerpo
Son hombres de alta posición
no de delicados sentimientos
Son hombres de plata
no de carne y hueso
Son hombres de automóviles
no de corazón tierno
Son hombres de mansiones
donde no hay libros
cuadros ni canciones
Son acaudalados hombres
de inversión
en la bolsa de valores
Son hombres de crucifijo
no de espíritu cultivado
Son hombres que se hartan de manjares
y no saben cocinar
Son hombres dueños
de campos y plantíos y animales
y no aman la naturaleza
¿Serán hombres?

Raúl se autoafirma como individuo. No quiere ser un yo--réplica. Y no lo es. Simón Branski también nos ilumina: «En la creación, el drama síquico es drama ético, lucha constante por la autorrealización, creación de la ficción del yo. El poeta nombra y conjura a la muerte y la vida en vilo se torna poema, del griego poiesis, traer algo a la existencia, crear, búsqueda de inmortalidad que se expresa al preguntarse por lo distintivo, lo propio, lo singular».

Al optar por la vida, el poeta del Sinú busca de igual modo perpetuar la memoria y la cultura de su universo, más

allá de sus límites. Nostalgia viva que se funde al deseo. El pasado es para él punto de llegada.

Como escritor quise vengar el pasado –dijo– *y ser perfecto en el futuro.* Ser poeta, en palabras de Raúl, fue sobrevolar lo cotidiano, ocupar la imaginación, no enredarse en compromisos de vida con los demás, no claudicar, tener un destino solitario y elevado. Pero esa opción de vida suya, esa elección personal de sacrificio nada vale si no es contada, hecha historia y reconocida por los demás hombres. No hay un dios que observa desde arriba. El hombre está aquí abajo. Y es cada uno de nosotros.

Aquí me tienen –dice en su poema dramático *Raúl, el Loco Mendigo*– *soy para ustedes un hombre público, como cualquier mendigo o como Jesús de Nazareth, al que ustedes veneran. Estoy en la vía*.

También lo anuncia así, en este otro fragmento:

(...) y en los periódicos
de la capital
su foto
y un comentario
elogioso y amable
diciendo
que era uno
de los grandes poetas de la patria

Ser el más grande y amado de los poetas fue su objetivo mientras vivió. El sacrificado por la poesía. Dijo que iba a ganarse el Premio Nobel de Literatura y festejarlo con una parranda vallenata, amenizada por los Hermanos Zuleta. Eso decía. *Soy el mejor, tengo mi otro yo,* repetía a los siquiatras que le atendieron.

Su padre, el abogado y educador Joaquín Gómez lo había criado como un niño singular, selectivo y fuera de serie, una de cuyas misiones en la vida sería el destacarse en todas actividades que realizara. Había sido en Cartagena el mejor bachiller de su colegio, había dictado a sus quince años clases de historia y geografía a jóvenes mayores que él en Cereté, había sacado las mejores calificaciones como alumno de Derecho en el Externado de Colombia en Bogotá y obtenido dos

veces el premio al mejor actor de teatro universitario. Con ese palmarés, no resultaba tan loco que quisiera ser el mejor poeta del mundo.

Si algo llenaba de satisfacción y disparaba la autoestima de Gómez Jattin era que editoriales de prestigio, como Norma o la Fundación Simón y Lola Guberek, lo publicaran; que sus poemas tuvieran tanta acogida y sus recitales un gran poder de convocatoria. Lo hacía feliz saber que sus lectores y la crítica valoraran la fuerza y la calidad de su poesía. «Yo lo vi más de una vez –dice Joaquín Mattos Omar– embelesado, hojeando en un rincón sus propios libros».

De igual forma, un comentario adverso lo deprimía. Mattos Omar recuerda el número monográfico que él y sus amigos le dedicaron en su revista El Comején. «Escribí la nota de presentación y se la leí. Decía yo que ciertos poemas del *Tríptico cereteano* eran algo flojos, pero en general lo consideraba, como lo escribí, un libro reconfortante, que impactaba por su gran fuerza lírica.

A Raúl no le importaron los elogios y me frenó: *¿Para qué decir que hay unos poemas flojos? ¿Acaso existe un libro de poesía, donde todos los poemas sean vigorosos y excelentes? Por el contrario. Todo libro de poesía necesita tener esos baches, esos poemas livianos, que son como descansos, para que el lector pueda apreciar, por contradicción, los poemas magníficos*».

Raúl era un hombre de una extensa cultura y sabía bien lo que en códigos morales, sociales y gramaticales «debía» decirse o estaba vedado. Fue trasgresor, liberador, provocador y didáctico. Y cada vez que los contenidos de su poesía son leídos, estallan contra lo convencional, levantan la falda de la mojigatería.

Demonio certero, rebelde, subversivo, con una incontenible voluntad de creación, el poeta quiebra con su obra esquemas morales y estéticos. Su obra legitima en el asombro lo proscrito, lo tabú, lo natural, eso que la sociedad observa e impone como marginalidad, aislamiento y soledad. *Soy de la mujer y soy del hombre. Me doblega una tierna virilidad. Subyuga mi corazón una feminidad fortalecida en el arte, aunque siempre he amado más al amigo.*

Despierto ante convenciones, dogmas y prejuicios ajenos, Raúl nos invita a ignorarlos, despojándonos de un pudor que califica vulgar lo bello; nos incita a leer distinto *todo ese sexo limpio y puro, como el amor entre el mundo y sí mismo,* desde una instancia narrativa que parece anterior a toda ética y desde la cual podemos, como habitantes de Macondo, nombrar de nuevo todas las cosas. El narrador y sus personajes podrán habitar entonces el universo de la inocencia, así conozca bien los tabúes que viola. Siempre será franco y siempre malévolo en su fabulación. Siempre puro y a la vez escandaloso: *¡Loco, supersexo para mis seis años!*

En la obra poética del más acentuado de los pansexualistas latinoamericanos, el individuo asume el derecho de gozar una sexualidad sin límites. Es un erótico omnívoro, sexualmente libre e incivilizado. Ese que, en *Te quiero burrita* y *Donde duerme el doble sexo,* por ejemplo, borra las fronteras entre las especies:

(...) La pata es imposible La perra no deja y muerde
La cerda sale corriendo La gata ni pensarlo
Chévere la carnera Se queda quieta
La chiva en celo es deliciosa

Se me olvidaba la pava En la alegría sexual
sale a la calle como la perra a putear
De las aves lo más bacano es el pavo
Todos los pavos son maricas Lo aprietan

Claro que la burra es lo máximo del sexo femenino
pero la mula lo chupa y la yegua es de lo mejor.
Pero...

La cocinera hace todo Se levanta la falda
y lo trepa a uno a su pubis Te pone las manos
en las nalgas y te culea en esa ciénaga insondable
de su torpe lujuria de ancha boca

El que se ha comido un burro joven sabe
que *per angostam viam* hay más contacto y placer
de entrar con ternura por donde la naturaleza

aparentemente no lo espera Pero que recibe
en un júbilo que no le conozco a la hembra

Todo ese sexo limpio y puro como el amor
entre el mundo y sí mismo Ese culear con
todo lo hermosamente penetrable Ese metérselo
hasta a una mata de plátano Lo hace a uno
Gran culeador del universo todo culeado
Recordando a Walt Whitman

Hasta que termina uno por dárselo a otro varón
Por amor Uno que lo tiene más chiquito que el palomo

–Donde duerme el doble sexo (fragmento)

Con sus versos de amor animal, Raúl fue honesto y brutal –subraya Carlos Alberto Jáuregui en *Tierra, Muerte y Locura*– porque presentó por vez primera, sin las afectaciones de la metáfora ni el mito machista, una realidad sociológica probada y real. Aquí está, sintetizada en el aliento que sigue, la lucha de Raúl contra la muerte, mediante la zoofilia y la poesía. Cercano al paroxismo, el poeta parece buscar el orgasmo de la misma parca que todos llevamos lento.

(...) Acercarme a esa mula vieja de mi angustia
y sacarle de la boca todo el fervor posible
toda su babaza y estrangularla lentamente
con poemas anudados por la desolación

Deseo que transgrede, preludio y acto del rompimiento del orden. Si lo erótico se opone a la muerte, todo deseo es, de alguna manera, creativo, revolucionario. Desde su conciencia doble, Raúl crea contra la represión del deseo y contra el deseo de ser reprimido.

La poesía y el amor –dijo él– *mataron en mí al poeta varias veces.* Así como la poesía mata al poeta en el intento por crear el poema, el amor sacrifica el cuerpo del amante, el suyo propio, para reconstruirlo y poseerlo en un ensueño que devendrá verso.

Raúl dice haber conocido el amor en Platón y define ese sentimiento como un dios inasible que se le revela en rostros

distintos, lo abandona siempre y lo deja en la «mala compañía» de la poesía, espectro y espejismo de vivencias, apariciones y desapariciones al interior de su imaginación.

El ensueño es así un espacio sin muerte que el artista construye en su cerebro. Un escenario mezcla de infancia y de porvenir, *un fluido tenso* –dice Raúl– *entre el pasado y el futuro, que se coagula en su angustia, como una caracola.* Ahí, en el ensueño, el poeta domina al tiempo y se ve a sí mismo como quiere, con la edad espléndida del adolescente enamorado.

En numerosas ocasiones, Gómez Jattin manifestó buscar amar y ser amado por un ser inalcanzable y bello, ambos detenidos en la eterna juventud, no activos en el sexo finito de la muerte y de las convenciones sino en otro espacio, vinculado al sueño y la libertad, donde todo es posible.

Observemos un ejemplo de evocación fugaz y recuperación mágica del ser más amado entre todos los de Raúl: su madre Lola. Aquí la entrega el poeta, como ensueño, poema y método de creación.

ANOCHE HE SOÑADO con mi madre muerta
La vi joven cono en una fotografía de su juventud
Tan joven como nunca la conocí

Íbamos por un sendero recorrido en la infancia
y ella sonreída me llevaba de la mano
En el sueño era un niño y la contemplaba con emoción inmensa
como si en el presente la hubiera recobrado
el sueño no duró sino unos instantes
y con esa doble conciencia que tienen algunos sueños
rogaba que nunca terminara
En la infancia amé a mi madre como casi todos los niños
pero ya ella de mayor no comprendió mi vocación de poeta
y me alejó de ella con dureza
Anoche la tuve para mí con todo mi amor

El poeta se apropia del ser amado y lo ama en su imaginación. De igual modo, sólo necesitará ver al muchacho de sus pasiones para trasladarlo a su mente soberana, donde parecerá existir y moverse al gusto de su albedrío. *El porte*

singular engañoso de un joven: suficiente es para mí esa ilusión de Amor.

Lo demás será otra cosa:

Lo demás es un sátiro con cuerpos ocasionales
que por una camisa se quitan la propia
y me entregan su piel como flor
hermosa habitual aquí en el trópico

El poeta podrá, según Raúl, compartir con su amante la luna en la distancia o contemplar como Li-Po, su reflejo que titila en el agua. El sexo, finito y evasivo en la realidad de los mortales, parece infinito y accesible en la ensoñación del poeta.

En el cielo profundo de mis masturbaciones
ocupas ese ámbito de deseo irrefrenable y voraz
Inagotable y tierno que te devora el sexo
aunque tú no lo sepas

Estremecido de ternura al interior de la metáfora, el enamorado derrama, como evoca el poeta, la leche agria de su amor. El sexo sacrifica al cuerpo, mientras el poeta sueña y el resultado de ese sueño, el poema, se preserva como otro sueño en el papel y en la memoria.

Poemas pues, en lugar de amores, le quedan al poeta. Versos que brotan con dificultad de su intimidad. Poemas que son sus hijos, como lo dijo él en vida. Porque el amor fue esquivo con Raúl en la adolescencia, cuando no tuvo sueños ni versos. *Antes escribía cartas enamoradas. Ahora amo a los que hay en mí y escribo poesía.*

En el mundo de los cuerpos, el tiempo es inapelable y su herencia, cascajo. El sexo atropellador de los hombres deja sólo una sombra decrépita y lastimosa. Un gato viejo y reseco. En el mundo de la vida–muerte, el poeta recuerda y retrata su añoranza en el espejo, testimonio del avaro y perdido esplendor que se comió la vida.

Yo no tengo presente
sólo futuro y pasado

Yo no tengo amores
sólo tu ausencia

Yo no tengo soledades
sólo tu muerte

–¿Ha tenido relaciones sexuales? –le pregunta un siquiatra en los años noventa.

–Puede ser –contesta él. Tal vez en mi imaginación. Con mi otro yo. Mi hermano gemelo. Uno igual a mí. Él está en todas partes. Está en las personas que yo veo. Como puedes ser tú.

–¿Relaciones con un hombre? –inquiere el médico.

–Puede ser. Si se da el caso. Si se siente bien en mi imaginación.

–¿Por qué no te has casado?

–No lo sé. Tal vez no encontré a la persona que fuera como mi otro yo.

Cuando llegas a mi cielo estoy desnudo
y te gustan las columnas de mis piernas
para reposar en ellas Y te asombra
mi centro con su ímpetu y su flor erecta
y mi caverna de Platón carnal y gnóstica
por donde te escapas hacia la otra vida
Y en ese cielo te entregas a ser lo que verdaderamente
eres Agresión de besos Colisión de espadas
Jadeo que se estrella como un mar contra mí pecho

De prédica pansexual y hermafrodita por convicción, Raúl asumió con frecuencia –en la realidad o en el ensueño– la pasividad de una mujer en relaciones meramente sexuales con ciertos varones, pero protegió por principio la individualidad del hombre que ama de veras a otro hombre en una soledad sin entregas ni penetración, almas que se juntan, seres que intercambian manos y disparan su semilla al universo insondable de la Vía Láctea.

No hay renuncia a la soledad –dice Gómez Jattin–. *Renunciar a la soledad sería renunciar a ser completo. ¿Acaso no nos volvemos estúpidos cuando confundimos una necesidad biológica con el encuentro de dos almas?*

Desde sus primeros versos, Raúl Gómez remozó como artista la lengua castellana, innovó el uso del habla popular del Sinú, dignificó la palabra vulgar que no tiene prejuicios y «quitó la camisa de fuerza al poema», como escribió Alberto Quiroga.

Dueña de un ritmo particular, sin signos de puntuación, pero con mayúsculas y espacios para marcar las distancias en los tiempos, la poesía singular de Gómez Jattin va más allá de esa simbiosis prosopoética suya que nos narra y conmueve desde la metáfora. Sus ritmos cambian en cada libro.

Acostumbrados a la belleza poética de los primeros, algunos lectores, poetas y críticos lamentan los contenidos de sus títulos póstumos, incluso el hecho de que hayan sido publicados, y prefieren ver en cada libro un estadio mayor de su proceso de descomposición, el mismo, según ellos, de su creación poética. Mientras otros los conciben como frutos valiosos de un anhelado propósito: el desarreglo del subconsciente.

Idealista, romántico, platónico y rimbaudiano, Raúl busca con fervor salirse de quicio. La locura que persigue no parece distinta en sus comienzos a la anhelada noción de musa inspiradora, de luz transgresora y vigente en el poeta que busca su afirmación individual y su verdad, frente a los distintos valores familiares y de comunidad, las barreras socioeconómicas y las represiones que imperan. De esa misma locura, como decíamos, suelen desprenderse diferencias valorativas, expresadas por el individuo creador en actos sociales y de lenguaje, donde inventa y usa su propio código de sentido, morfosintáctico o de vida.

La locura me permitió ser artista. La locura deja llegar a niveles de profundización del alma humana. Raúl se refiere a la locura alcanzada mediante el uso de drogas, la que provino en su caso, sobre todo del hongo y llegó –a través de su alma– a la poesía. Raúl dice que la embriaguez del *stropharia* se parece a la del amor. Que revela principios, despierta recuerdos, anticipa.

Del hongo stropharia y su herida mortal
derivó mi alma una locura alucinada
de entregarle a mis palabras de siempre
todo el sentido decisivo de la plena vida

Raúl confiesa que necesitaba de un estado de exaltación, de capacidad de asombro, para escribir sus poemas y que se alteraba cuando lo hacía. *La marihuana es buena* –repetía– *Ayuda a la imaginación*. Si un amigo era buen cocinero, por ejemplo, Raúl le aseguraba que el consumo de marihuana iba a convertirlo en el mejor cocinero del mundo. *Yo metí marihuana en pequeñas cantidades cuando estaba muy agitado, para tranquilizarme. La droga me curaba el dolor.*

(...) De la interminable edad adolescente
otorgada por la cannabis sativa diré
un elogio diferente Su mal es menos bello
Pero hay imágenes en mi escritura
que volvieron gracias a su embrujo enfermizo
Ciertos amores regresaron investidos de fulgor
eterno Algunos pasajes de mi niñez volcaron
su intacta lumbre en el papel Desengaños
de siempre me mostraron sus vísceras

Hay quién confía para la vida en el arte
en la frialdad inteligente de sus razonamientos
Yo voy de lágrima en lágrima prosternado
Acumulando sílabas dolorosas que no nieguen la risa

Que la reafirmen en su cierta posibilidad de descanso del alma
No de su letargo

Elogio de los alucinógenos (fragmento)

Además de marihuana y hongos, Raúl consumió cocaína, bazuco, anfetaminas, toda clase de alucinógenos y productos químicos para el embale que pudiera alguien servir en una reunión o cargar en sus bolsillos. En cuanto a la cantidad, no tenía límites. Su desmesura consistió en vivir siempre en los extremos. El verbo *trabarse* lo interpretó en el mismo sentido de comer en demasía. «*La marihuana* –repetía– *me traba la sintaxis*». Raúl asoció desde un principio su *locura* con la condición mediática del brujo o chamán de los indígenas, revelador de los designios y misterios de la divina naturaleza. Entonces se vio a sí mismo como redentor e interpretó su poesía como anunciación.

Valorad al loco
Su indiscutible propensión a la poesía
Su árbol que le crece por la boca
con raíces enredadas en el cielo

La *locura* es vista de esa forma, por él mismo, como sabiduría, iluminación, fuente de donde provienen la esencia del impulso creador y las obras de arte. Pedida a la divinidad, la *locura* se convierte en instrumento dialéctico del cambio individual y la revolución. El efecto de un hallazgo. O mejor, el hallazgo mismo.

Leída así, su *locura* no sería una enfermedad o incapacidad mental expresada en discursos o comportamientos anormales a la luz de lo convencional sino, por el contrario, una forma original de lucidez que enfrenta a la sociedad y sus lenguajes, con valores y maneras distintas de conjugar la poesía y la vida.

De manera similar, la situación del individuo cuya mente –según la siquiatría– ha sido tomada por los fantasmas de la droga, no es en su criterio, sino el estado ideal para que lo inefable y lo eterno se expresen a través de la conducta y la escritura de aquel.

El observador suele contemplar desde afuera, en estos casos, una sola de las caras de la locura: la del paciente que se autodestruye; y tiende a ignorar, en cambio, lo que piensa el sujeto en su interior: al asimilar la droga con el conocimiento y la profecía, Raúl ve los dos lados de la locura y acepta su doblez, convencido de que vivir la libertad, bien vale su pena, por larga y fatal que la pena sea. De este modo, la misma locura que por un lado se le impone con toda la vorágine de su desarreglo sensorial –esa que controla su razón, lo lleva al caos y probablemente a la muerte–, es también, por otro, el precio que el poeta ha decidido pagar por alcanzar la libertad, abrazar la musa, soltar su cuerpo y volar en espíritu, como una mariposa.

Léase, desde esas dos perspectivas, este poema *Lamento por un poeta malogrado*, que Gómez Jattin escribió a mediados de los ochenta y publicó en su libro *Retratos*:

No sobrevoló lo cotidiano
Enredado con la vida de los otros
marchitó una vocación de alta poesía
Qué dios extraño es tu consejero
bravo guerrero
que te hizo despreciar un destino elevado
Tremendo fracaso de la imaginación
es tu leyenda terrenal
¡Ay pobre corazón de alas doradas!
Una escarcha de ceniza vengativa
cubre tu palidez de héroe
que ha vivido demasiado
y que no tiene traidor que lo asesine

Esta no es una premonición fatalista sobre Raúl porque él sí parece saber desde sus primeros poemas el nombre de su traidor, signado en secreto a darle muerte, su amiga de dos caras, la locura de la droga o la droga de la locura, que terminó enajenando su soberanía mental, minando poco a poco su pensamiento, camuflándose al interior de su musa, ocupándola de manera taimada y sutil, como rumia el óxido de playa la naturaleza interior de una coraza: siendo y dejando de ser la misma.

Pero no fue de la droga adulta y callejera de donde derivó Raúl sus primeras alucinaciones sino de los polvos químicos que de niño su padre le daba a oler para aliviarle el asma. Otras alucinaciones suyas surgieron, según su hermano Gabriel, en la adolescencia, al paso de muchachos que él sintió lo atacaban con culebras en la mano. En 1976, Raúl le confió a su amigo Juan Manuel Ponce en Cereté que oía voces y, a principios de los años ochenta, manifestó que algo distinto a su amada noción de *locura,* una clase de fiebre diferente y desmedida se gestaba silenciosamente en su interior, ameritando la auscultación de un especialista.

Lo confesó, en estado de depresión, a varios amigos, uno de ellos, Milciades Arévalo en 1983, por la misma época en que Raúl había escrito *El agresor oculto,* poema tan preciso como premonitorio sobre aquel traidor que acabaría con él y su poesía, más de una década después:

Me envenenó la vida
Me sustrajo de mi movimiento natural
y me entregó a las sombras
de los amores no correspondidos
Me trastocó los sueños
metiéndose como un conspirador entre sus grietas
Desempolvó recuerdos
que hablaban de partidas y de adioses
Mientras tanto mi alma
acostumbrada a la desgracia
lo veía hacer
como un condenado que presencia
el levantamiento del patíbulo

Con los años, la locura entró a formar parte del mundo de sus contradicciones. Raúl manifestó ser consciente de una locura buena y una mala. El responsable de ambas, según él, era la misma droga. *Los alucinógenos dieron alas y aire a mi imaginación de artista, pero saturaron, de manera mortalmente negativa, mis emociones.*

En su tesis, Carlos Alberto Jáuregui dice notar cierta desorientación del autor en sus últimas entrevistas (de mediados de los 90) y una incapacidad para hilar ideas en forma coherente. «Es difícil creer –dice Jáuregui– que se trate del mismo poeta que aún hoy en sus poemas ofende, conmueve y cuestiona con versos cargados de dolor y soledad».

Dos poetas, dos locuras. Raúl nació marcado por el 2, bajo el signo astrológico de los gemelos. Criado en la ambivalencia del niño en libertad que, por el asma, no puede jugar ni mojarse, el hijo menor de los Gómez Jattin está –desde un principio y con más énfasis que ninguno– en la dualidad. Su casa es templo del saber y del afecto, pero en el pueblo lo miran como un niño intocable y raro. Amañado en las caricias y los privilegios de sus padres, vive el deseo de rebeldizarse y volar; escoge el teatro y desprecia el Derecho, come a bangañadas pero es capaz de ayunar 29 días; le caen bien las mujeres, aunque prefiere a los hombres; ama la independencia del adulto pero necesita vivir como niño. Respira en medio de la paradoja, de un extremo a otro como

al vaivén de su hamaca y su mecedora. *Soy* –decía– *el único escritor maldito que se acuesta temprano.* Bipolar, como dicen los siquiatras. Maníaco–depresivo o esquizoide afectivo. Raúl es siempre más de uno.

A lo largo de su proceso creativo, el poeta experimenta que dentro de él hay otra voz, distinta de la suya, y que esa misma voz se ha venido con el tiempo fortaleciendo. *A veces pienso que soy dos o hasta tres; y ese segundo que me acompaña, ese hombre que me habita y conversa conmigo, me habla del mundo traducido en poemas y me obliga en el tiempo de la escritura a una actitud vigilante, a una mirada constante, atenta, sobre el mundo del que el autor Raúl Gómez Jattin pide material para escribir su poesía.*

Al leer los últimos párrafos, no deja uno de preguntarse si se queja Raúl de una enfermedad que lo invade o si, por el contrario, glorifica la presencia de ella como musa. ¿Ambas cosas? En octubre 18 de 1996 y sobre la amistad, el poeta dedicó este pensamiento a su amigo y colega Martín Salas:

La amistad es como
un Jano bifronte
que mira hacia lados opuestos–
Casi todos los enemigos
fueron amigos–
Qué nos pasa
Un destino contradictorio
conduce al hombre

Las dos caras de una moneda. Desde sus primeros poemas el poeta recomienda no encontrarnos con él, para confesar después ser un *asesino de fantasmas,* los personajes que habitan sus alucinaciones. Jano bifrontal en efecto, mango ambivalente, jugoso pero con veneno. En *Poemas,* su primer libro, Raúl dibuja el contenido de sus contradicciones y de ese otro ser que lo habita.

INTENTAS SONREÍR

y un soplo amargo asoma
quieres decir amor y dices lejos
ternura y aparecen dientes

cansancio y saltan los tendones
Alguien dentro del pecho erige soledades
clavos
engaños
fosos
Alguien
hermano de tu muerte
te arrebata te apresa te desquicia
y tú indefenso
estas cartas le escribes

La musa en él se hizo verbo. Pero varias voces se presentaron tras ella, asomadas a otros poemas tempranos, como en este fragmento del titulado *De lo que soy:*

Descifro mi dolor con la poesía
y el resultado es especialmente doloroso
voces que anuncian: ahí vienen tus angustias
voces quebradas: pasaron ya tus días

En los años setenta, Raúl comentaba al videasta Roberto Triana su deseo de hacer una película en la que un adolescente terminaba convertido en mariposa. ¿Otra premonición? Veinte años después, el poeta dice haber escrito «en media hora», mientras estaba recluido en el Hospital San Pablo de Cartagena, su libro *Esplendor de la mariposa.*

SI QUIERES SABER del Raúl
que habita estas prisiones
lee estos duros versos
nacidos de la desolación
Poemas amargos
Poemas simples y soñados
crecidos como crece la hierba
entre el pavimento de las calles

A veces, Raúl regresa al sentidismo iluminado, a los destellos de su lírica intocada, al vértigo de una palabra correcta, al equilibrio existencial, pero aquí también, como Micerino, todo lo filtra, despojando de retórica sus lenguajes y depurándolos para expresarlos en síntesis. Estos breves poemas

desde el encierro clínico son animados por su ansiedad de libertad, su deseo de desprenderse del cuerpo agotado, de romper todas las ataduras con lo material y volar al espacio infinito de la muerte, como si en ese espacio pudiese hallar la posibilidad de una nueva vida.

ESTOY PRISIONERO
en una cárcel de salud
y me encuentro no marchito
Me encuentro alegre
como una mariposa
acabada de nacer
«¡Oh, quién fuera hipsipila
que dejó la crisálida!»

Vuelo hacia la muerte

Cansancio del cuerpo, deseos de morir y trascender, ironías y dudas sobre la existencia de Dios se revelan en estos versos breves de Gómez Jattin, que él había en principio titulado *Poemas de la Clínica Mental*, los que aseguraba iban a convertirse en éxito de librería, como en efecto llegaron a ser. *Esplendor* fue durante unas semanas uno de los diez libros más vendidos en Colombia.

MAÑANA SERÉ LIBRE
me dice el corazón
Mañana levantaré el vuelo
lejos de este lugar
encontraré el cielo
encontraré los ángeles
encontraré a Dios
¡Qué va! no vas
a parte alguna
porque el cielo
lo llevas en ti

Aquí al final, otra segunda voz, pero voz de la conciencia o del contraste entre la ilusión y el realismo del hombre que aguarda. La preocupación por Dios contradice su panteísmo de un principio. Ser de ambigüedades infinitas, Raúl vuelve a

rezar a mediados de los noventa con amigos católicos y discierne sobre la existencia de Dios, el diablo y otros seres del más allá. Pero aún en sus dudas, la voz del poeta suena todavía en control de su mente.

El crítico argentino Daniel García Helder describe *Esplendor de la mariposa* como «un tomito de poesía mínima, deliberadamente parca y sencillista, que podría considerarse su *libro del siquiátrico* y que, muy lejos del nivel del *Tríptico cereteano* (1988) pudo hacer pensar que las facultades artísticas de Gómez Jattin menguaban irreversiblemente. Sin embargo, el libro cerraba con esta invocación: *La locura espanta al tedio/ como el viento espanta nubes/ Ven oh sagrada locura/ y embriágame en el reino de tu Fantasía*, que pronostica la atmósfera nervaliana de *El libro de la locura*, su obra maestra final...».

No sabemos cuántos compartirán el juicio de García Helder sobre este libro póstumo de Gómez Jattin pero fruto de su genio y/o del desorden de sus sentidos– nadie podrá negarle al volumen su libertad técnica y originalidad. Entre 1993 y 1994, Raúl escribe el grueso de poemas que lo conforman.

Atiende a Levián el pintor de ángeles
Te has burlado acerbamente de mí
¿Por qué desdichado? ¿Por qué?
Yo también te maldigo   Errarás sobre la faz de la tierra
Te perseguirán en mis cuadros los ángeles
Serás la mancha color siena
Serás la piedra en el camino
Mi ángel azul te mirará con desprecio
Mi ángel violeta con odio
Mi ángel púrpura se burlará de ti
No habrá senderos donde no los encuentres
Desprecio Odio Burla para ti

Raúl lo mostró a varios amigos y lo dio a leer con detenimiento a su colega, el poeta Rómulo Bustos, antes de enviarlo al concurso internacional organizado por la Casa de Poesía Silva en 1994 y que ganó el poeta mexicano José Emilio Pacheco. Fue publicado después de la muerte de Raúl

con el título *El libro de la locura,* en cuyas páginas el poeta no parece ser, la mayoría de las veces, sino un testigo de lo que voces invasoras hacen en su cerebro. Otras veces, sin embargo, el escritor presenta combate ante las voces.

«Soy Satán Eres hijo legítimo mío
Te he dado una muelle vida cómoda y aplaudida
Te he concedido el trabajar con la yema de los dedos
Celebrado por todos (aunque pobre)
Ahora te entrego a la desgracia y la muerte
¡Defiéndete! ¡Defiéndete perezoso! ¡Defiéndete!
Ahora callas ¿Es que olvidaste las palabras?
Soy Lucifer antaño el ángel más luminoso
Eres el desdichado Antes el amado Antes el consentido»

«Nunca supe de ti De niño creí en Dios Nunca en ti
¿Es verdad que tú me hablas o estoy loco?»
«Ambas cosas Son dos verdades unánimes»
Silencio

Si esos versos no llegaran a tener el más mínimo valor poético, merecerían ser conocidos por lo menos como prueba de la enjundia vital y desgarrada de un escritor que no ceja en el oficio ni se deja paralizar por la muerte y sus demonios. La lucha de Raúl en estos predios, más como narrador testimonial que como poeta, consistiría en intentar transformar el dictado de aquellas voces fantasmagóricas, no en las actas serviles de un amanuense, sino en los textos desesperados de una denuncia.

En esa perspectiva, el bestiario habitante de la mente de Raúl lo acosa, lo grita, le da órdenes en forma tan agresiva que el poeta parece no tener otra opción que la de escribir la crónica de su propia inmolación.

Despertarse súbitamente al filo de la madrugada
y sentir al diablo en un rincón del cuarto
Erizarse de los vellos de brazos y piernas
de auténtico pavor
Oír en medio del cerebro:
«Somos los brujos negros Estás embrujado»
Oír a los brujos blancos: «Aféitate
las cejas el bigote y el cráneo
Apúrate No hay tiempo Sólo
unos minutos para hacerlo».

¿Es de ese segundo Raúl –actor y dramaturgo en Bogotá ya liberado del muchachito cereteano– de quien parecen querer desatarse ahora los fantasmas, echándole de su propio cerebro? ¿Es el narrador Raúl demiurgo observando, según su plan, a ese pedazo de su ser victimizado? ¿Es, como una santa trinidad, todos y todo al mismo tiempo?

Los brujos negros entraron en su cerebro
Con finísimos escalpelos tasajearon dentro de él
«Eres mujer» gritaban y reían
Sintió un gran dolor en su cabeza
Rogó toda la noche mas no fue escuchado
«Estamos haciendo una cirugía
Cuando acabemos serás otra persona»
Dolióse infinitamente de su pena
Mas los brujos negros continuaban
cortando y saqueando
Al amanecer se sintió aliviado
Le habían cercenado algo dentro de su cráneo
«Te estamos ayudando a dejar de ser
Tu madre se ha comido aderezadas
partes alimenticias de tu cerebelo
Se ha vuelto más inteligente y eterna
Su eternidad se alimenta de ti»

Para Daniel García Helder, la mente del poeta no es, como parece, casa tomada. El artista es víctima, «títere» dice él, sólo como personaje, porque como narrador, lleva siempre la voz cantante. «La precisa aplicación de comillas –añade– y otros recursos lingüísticos, gradúan y modulan con maestría el paso de una voz a otra, sin que la voz cantante se confunda, siempre clara y distante, con discretos ingenios y haciendo un uso controlado de inflexiones coloquiales». No se trata de un poeta narrador que a duras penas escribe como única forma de lucha, al final de un destino presentido y buscado. Quien narra permanece intacto, aunque el personaje aparezca derrotado.

La voz de los brujos negros es como un chillido
feminoide e hiriente
Dice en lo más profundo del pensamiento

Sin dejar de tener una hermosura diabólica
Dice rítmicamente en cortos períodos
Se hace obedecer
En medio de su voz habla la voz del diablo:
«Eres mi hija artista» Dice malintencionada
«Si no eres capaz de defenderte
es porque eres una mujercita»
Se siente ofendido mas nada puede hacer

El poeta y el loco –dicen los que saben– comparten el terreno común de expresar lo inefable, lo indecible, lo impronunciable, pero otros –que también saben– se niegan a aceptar la poesía como lenguaje de la insania, así el loco sea el poeta Raúl Gómez Jattin. Desde este punto de vista, la excepcional inspiración de Raúl se habría ido apagando, conforme la enfermedad de la locura, el tormento de sus fantasmas incontrolables, venía progresando. De ese modo, con el correr del tiempo, el artista habría podido seguir escribiendo, pero expresarse no tanto, mucho menos subvertir, muchísimo menos crear poesía.

Desde la perspectiva que Raúl habría compartido con su inspirador, el poeta del simbolismo, Arthur Rimbaud –y ahora con García Helder, uno de sus críticos– ninguna interpretación estaría, sin embargo, a la vez tan cerca como tan lejos de la realidad, precisamente porque todo lo que ocurre en su cerebro, todo el alucine cocinado allí por los fantasmas, respondería a un plan buscado de antemano por el mismo poeta, que mantiene como narrador su soberanía en la óptima distribución de gozos, sarcasmos, dolores y desvelos en la historia y sus personajes. «La voz que narra todo en impasible tercera persona –comenta D.G.Helder– no se priva de estas notas irónicas, de modo que las pesadillas que atormentan al 'artista infeliz y pobre' puedan verse también bajo la forma de una serie de desventuras».

«¿Qué es la locura de Don Quijote?» se pregunta Jáuregui en su tesis de *Tierra, Muerte y Locura*. ¿Un desquiciamiento producido por una intoxicación de lectura o una respuesta revolucionaria a la normalidad social? Lo más probable, piensa uno, es que se trate de una respuesta revolucionaria del autor Miguel de Cervantes a la normalidad

social, al inventar la historia de un hombre, Don Quijote, que se habría intoxicado, durante cierto tiempo, de tanta lectura. Raúl en cambio se habría construido otro, con ayuda de la droga–locura, en el propósito de poetizar y narrar su propia vida. Y eso habría sido, a su juicio, la mejor forma de vivir y morir.

> ¿Es verdad que tú me hablas o estoy loco?
> *Ambas cosas Son dos verdades unánimes*

No deja de asaltarnos una pregunta íntima: ¿Quería Raúl –una vez escrito *El libro de la locura* en 1994– hacer una trampa a su asesina anunciada y sobrevivir a su señalado fatalismo? ¿Acáso el verdadero acto de locura, el acto magistral de su creatividad, no debería haber consistido en burlarlos a todos, incluida la droga, la locura y la muerte? ¿Sintió que había llegado al final de su obra y que, por lo tanto, podía morir tranquilo como poeta, regresando como Don Quijote a la normalidad? ¿Estaba de nuevo, Jano bifrontal, en la contradicción y deseaba retornar al hedonismo pleno de sus años de infancia? ¿Todo eso junto?

Lo cierto es que, a fines del año aquel, Raúl acepta ser atendido por especialistas en Cuba, como se hace en efecto –gracias a la gestión del entonces embajador de ese país en Colombia, Jesús Martínez– desde la navidad hasta mayo de 1995, en el Hospital Siquiátrico de La Habana.

A escasos días del viaje, Raúl le dice a su amigo, el poeta Joaquín Mattos Omar: *Está vez, Joaco, voy a derrotar la locura. No voy a permitir que me siga jodiendo;* y unas horas antes de subirse al avión confiesa a varios amigos que tiene miedo de ir a La Habana. *Tengo susto de que me quiten esta locura que alimenta mi poesía,* les dice a Mara Berrocal, Enrique Jatib, Iván Barboza, Ricardo Vélez Pareja y otros impulsores de su viaje en busca de salud.

Es evidente que Raúl habla de sus dos locuras. O de las dos caras de la misma locura.

Ese día, el 18 de noviembre de 1994, minutos antes de abordar la nave en el aeropuerto Rafael Núñez de Cartagena y en breve entrevista para la televisión, Raúl confía a Carlos

Cataño que viaja a La Habana en busca de un tratamiento especial para sus nervios traicioneros.

> Cataño: ¿Eso quiere decir que renuncia a la droga, renuncia a la locura como forma de escape, como forma de alimento poético también?
> Raúl: *A la locura, pero en su aspecto negativo, porque yo no puedo olvidar que la locura ha sido la voz interior muchas veces para que salga el poema.*
>
> C: Esas formas de alucinación de pronto desaparecen con esa especie de rehabilitación que usted esta buscando en Cuba.
> R: *Claro, yo voy en busca de salud. Cuba es un país desarrollado en ese sentido.*
>
> C: ¿Y está produciendo desde el punto de vista literario?
> R: *Si, tengo un libro de poemas que va a adelantarse ahora en mi temporada en Cuba.*
>
> C: Se está traicionando Raúl, porque dijo que no iba a volver a parir un texto...
> R: *Sí, pero una cosa propone uno y otra cosa distingue el mismo poema en la cabeza del poeta.*

Ricardo González, Jefe del equipo de médicos que atendió a Raúl en el Hospital Siquiátrico de La Habana, nos aseguró que el tratamiento aplicado por ellos a Gómez Jattin había logrado sacar de su mente las voces, los delirios y las alucinaciones que lo aquejaban.

A su regreso de Cuba el 25 de abril de de 1995, Raúl parece un hombre nuevo. Un grupo de sus amigos lo recibe en el aeropuerto de Cartagena. «Lo que llegó –dice Mara Berrocal– fue un Raúl irreconocible, gordo, con dientes postizos y relucientes, que se acercó a abrazarnos.

(En efecto, la Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC) no sólo había costeado todo el tratamiento y la estadía de Gómez Jattin en Cuba. También le había donado unas gafas para la miopía y la presbicia; y le había regalado una prótesis dental).

Raúl habla con Carlos Cataño, el mismo periodista de televisión que lo entrevistó cinco meses atrás, pero siente que la prótesis le queda algo grande; que lo incomoda. Con rapidez la saca de su boca y la guarda en un bolsillo. A Cataño le dice que no quiere volver a consumir drogas, que su vida ha cambiado. Y define la mala locura.

> R: *Regreso con más esperanzas, regreso con más salud, con mucho agradecimiento por el pueblo cubano que me atendió con sus mejores médicos, de manera gratuita y creo que me he curado de esa afección psicopática de origen toxicomaníaco.*
> C: ¿Qué queda del hombre que se fue y nos llega?
> R: *Llega un poeta con un nuevo libro: Los Pájaros del Verano.*

Había empezado a escribirlos en Cartagena y Bogotá a principios de los noventa, pero compuso otros en La Habana. Siempre fueron poemas sueltos que no cohesionaban un libro. Raúl leyó algunos a sus amigos Beatriz Castaño y Juan Manuel Ponce. Ya había destruido la novela del mismo título, dada a guardar en 1988 al colega Joaquín Mattos Omar.

LOS PÁJAROS SEDIENTOS DEL VERANO

si pudiera les diera mi saliva
a esos pájaros azules y rojizos
del valle que se marchita y seca
de Diciembre a Marzo
Las golondrinas de vuelo de saeta
Las oropéndolas que cantan
y conversan un lenguaje divino
El sangretoro oscuro y bermejo
como una noche manchada de sangre
Los azulejos color del cielo
Los canarios –por manadas–
ocultando el sol
El toche iluminando la penumbra
como un sol anaranjado
Padecen la sequía y el calor
con estoicismo de paganos
así el poeta
en medio de la soledad de las palabras

El día en que el poeta Raymundo GómezCásseres vio a su amigo Raúl Gómez de regreso, le comentó: «Tengo una vareta (cigarrillo de marihuana) de la mejor» pero Raúl le respondió: *Me sabe a mierda de perro.* GómezCásseres le aclaró que bromeaba porque así, limpio y seguro, era como lo quería ver. «Resultaba estimulante contemplar a ese Raúl irreconocible, tomando tinto y conversando con la lucidez de antaño», explica Raymundo. Por esos días Gómez Jattin se enteró del pobre estado de salud de un amigo íntimo suyo, golpeado también por el consumo de bazuco. *Hay que ayudarlo*, expresó con decisión.

Curar por completo al mismo Raúl no había sido posible, sin embargo, para los especialistas cubanos. «Si hubiésemos tenido entonces los medicamentos científicos de hoy –reconoce en el verano del 2002 el siquiatra González– habría podido enfrentar mejor la vida». Así, de regreso en Cartagena, solitario y sin diques de contención frente a la enorme oferta del mercado sicotrópico, el poeta permanece impasible menos de veinte días.

Una mañana, su amigo Iván Barboza lo encontró en la habitación del hotel hablando mal de su propia poesía. Decía que su obra no tenía ninguna validez retórica, ningún sentido vital. *He perdido mi vida en esto* –lloraba– *me he sacrificado tras de nada, soy mal poeta, me equivoqué de camino*. Se le veía deprimido y entró al baño.

«Yo me quedé –dice Iván– curioseando en su habitación y encontré una revista, un magazín de El Espectador, de Julio de 1995». En él habían reseñado tres libros: uno de Héctor Rojas Herazo, otro de Juan Manuel Roca y el tercero, el que Norma había sacado como obra completa de Raúl hasta ese momento, firmada esta última reseña por el señor Álvaro Marín. Los comentarios sobre la poética de Roca y de Rojas Herazo eran muy positivos, pero *En La Comarca Sinuana,* Marín escribió lo siguiente:

> En *Poemas* (1980), su primer libro, Raúl Gómez Jattin manifestaba sin ambages su elección del camino de la poesía, no como género literario ni divertimento. En ella buscaba la atmósfera propicia a una sensibilidad y un realismo que pretendía olvidar allí la orfandad de su experiencia solitaria. Pero la poesía, sus sierpes, mal vivi-

rían de cestillo protector en el naufragio del animal revelado; la palabra es serpiente que por la escritura se metamorfosea en látigo, en silbido que advierte la avanzada de los cascabeles; nietzscheano, mal refugio para un expósito, pero sólido arrecife para el rodaje de la sangre que se flagela como un líquido sensible que abandona el cántaro, huye, para encontrarse se disocia, quiebra el faro mental sin enterarse de la rastra costumbrista en el olor a heno de la selva asnal, ¡habiendo costeñitas!
El «débil», «loco», «infantil», zoógeno, sus aluviones encenizan la tumefacta geografía del dolor. ¿Juega con la fuma? ¿Se flagela? En sus entrelíneas va levantando el laberinto de su jugarreta; a los siete días de su creación correspondimos con el remiso *Non Serviem*. No, no es el dolor ni la culpa de la creación por lo que se manifiesta la serpiente de la poesía; es por el azote de la irreversibilidad de las mutaciones, por la transformación de las hojas resecas en árbol fertilizado por la ceniza.
Fracasa la poesía como cestillo de orfano, pero adiestran las descargas de anguila a aquellos que se burlan de la carbonización en la silla eléctrica, como aquellos condenados que cantan en el patíbulo y no gozan enseñando el tatuaje de sus escoriaciones al horror de la multitud; sensualidad sin Eros sonsacando la culpa con el dolor que no cumple la metamorfosis de la rebelión provincial por ignición, en nómada devastación del fuego por el principio de la creación que encenice su expósita individualidad egótica.

Raúl ha leído la reseña en su habitación y se desmorona. Guarda el artículo bajo la cama. Se autolapida. *Soy un poeta que no vale un carajo* –grita– *¡Una mierda!* En consecuencia, deja de ir al Museo de Arte Moderno, donde ha estado dictando un taller de poesía. Se halla fuera de control. En el universo mental de sus fantasmas, Raúl tiene al poeta Juan Manuel Roca como su archirrival y está convencido de que Álvaro Marín es un discípulo que ha sabido cumplirle a su maestro el encargo de vapulearlo.

Una tarde, Raúl pide a sus amigos Mara Berrocal y Enrique Jatib que lo internen en el Hospital de San Pablo. Les advierte su temor de sufrir una recaída. Así lo hacen y él

permanece en el sanatorio una semana. A amigos como Bibiana Vélez, que pasaban por su pabellón a visitarlo, Raúl les habla de su muerte y les pregunta si van a estar junto a él cuando llegue el momento. «A partir de entonces, Raúl jamás se recuperará» dice Jatib. «Aquel episodio marcaría el principio de su fin».

Más de un mes después, en carta a Juan Manuel Ponce, Raúl escribe:

> Mala vaina el éxito. Estoy dentro de él. También el interés y el aprecio de poetas mayores como Jaime Jaramillo Escobar y Giovanni Quessep anestesiaron el animal solitario y aislado y me animaron a convivir. Hice mal. He debido dejar que esos libros vivieran su vida y yo la mía en lo posible. Pero mi debilidad es grande –ya usted sabe– y me dejé incluir sin quererlo en el mundo de la competencia. Allí estoy en una atractiva edición ofrecida al público con mucha alharaca de prensa y televisión y Roca no se ha dejado esperar al pisar yo sus territorios. ¿Leyó el Magazín de hace unos cinco domingos donde a través de otro descalifica mi persona y mi libro?

Conocemos a Álvaro Marín en una cafetería de Bogotá. Nos complace saber que existe. En varias ocasiones, algunos mal pensados dijeron –atizando los temores de Raúl– que, a lo mejor, ese nombre era un seudónimo del poeta Roca. Marín nació en Manzanares, Caldas, en 1958 y es Zootecnista de la Universidad Nacional, apicultor y poeta. Ha publicado tres libros y fue colaborador del Magazín Dominical de El Espectador entre 1993 y 1996.

«Lo siento», nos dice al enterarse de la depresión que causó en Raúl Gómez Jattin su artículo. «Pero hay que ser fuerte para resistir y poder liberarse frente a la crítica. En Colombia, controvertir no parece ser posible».

Marín detesta el malditismo en la poesía. «La creación nos hace falta», me explica. «La realidad del mundo contemporáneo sólo puede ser solucionada a través de la creación, no de la claudicación humana». Para Marín, Raúl es un vitalista que lamentablemente se autodestruye.

Lo cierto es que Gómez Jattin reaccionaba en forma exagerada e insegura cuando criticaban en forma negativa su

poesía. Amigos y extraños conocieron la furia de su violencia o los extremos de su depresión cuando le señalaron, así haya sido levemente, la falta de fuerza o la menor calidad en algunos de sus versos. El poeta sufría sólo preguntándose por el lugar que ocupaba su poesía en el *ranking* del parnaso colombiano. La opinión de Marín dio tan duro golpe a su autoestima, que en pocos días Raúl regresó a las drogas, como ciertos fantasmas a su imaginación.

En la calle y sin la caja de dientes que había puesto en manos de su amigo Eparquio Vega, porque aquella no lo dejaba hablar ni reír a carcajadas, como eran sus deseos, Raúl encuentra en el escritor Vladimir Marinovich al compañero de Bellas Artes que le ayuda a transcribir un grupo de poemas nacidos en el Hospital de La Habana, a los que suma unos nuevos, escritos en el Hospital San Pablo de Cartagena y otros viejos, de su primera etapa, escritos en la Clínica de Bello.

Al principio lo había bautizado *Blanco y Negro,* similar al primer título que tuvo alguna vez *Una temporada en el infierno,* de Rimbaud. Pero después decide hacerlo público, bajo el tierno nombre de *Los Poetas Amor mío.*

En algunos poemas de este libro, entregado también como material de la beca concedida a Raúl por Colcultura, Gómez Jattin escribe la crónica resumida de su vida: ese *hombre de mediano porvenir que estuvo enfermo del ánimo, que padecía de no ser y de ser alguien que no era;* y lo hace en un tono mesurado y pacífico, sin la acalorada excitación o la ironía diabólica que animó su libro anterior y, sobre todo, desde los terrenos de la convención y la norma. El poeta aquí no narra desde el universo independiente y soberano de su musa–locura sino se rescribe, en cambio, casi desde el mismo terreno conceptual de los siquiatras.

No sé si tú lector – notarás este cambio
y lamentarás que mi verso
se haya vuelto reposado y tranquilo

El poeta narrador regresa en el tiempo a contarnos de nuevo, con acuciosidad y belleza, la historia del primer crimen en su ser: la eliminación del primer Raúl, el hijo de Lola

Jattin y de Joaquín Pablo, construido a la medida de circunstancias familiares, ese a quien él debió matar, dejar atrás, para desbrozar su propio camino. 1 (Aparición y Crimen) lleva por título el poema:

Yo broté de un muchacho atormentado y febril
que soñaba diurnos sueños de ser quien no era
–Al principio fui pensar intermitente en su cerebro
y él me dejaba hacer sin saber que por dentro
con el correr del tiempo por suplantarlo acabaría
casi por completo
Durante muchos años intenté construir un poema y no pude
Me confundí con sus pensamientos y él enloqueció

Y dentro de esa borrasca que desquició su vida
fue apareciendo –purificado y lúcido– el poeta que soy
En la memoria hilé palabras que crearon sentido
y la locura cedió paso a paso –palabra a palabra–
poema a poema
El pasado y presente se los asalté implacable
y sus entrañas fueron lo que hoy libros son
Difuminóse su ser –sombra de existencia es

De temática variada, buena parte de los poemas que integran *Los Poetas –Amor mío* dicen pertenecer a otros tiempos y situaciones. Hay uno, poco afortunado sobre el poeta Luis Carlos López; otro, sobre un burro, uno más sobre unas monjas; alguno sobre las páginas de un libro. Pero la voz que domina en casi todo el tejido del relato es la de un narrador dócil, objetivo, entregado apenas como un mero intermediario entre ese otro habitante de su ser que le dicta un poema, y el lector:

CUALQUIER DÍA
puede ser el día
que escriba el poema
Un espíritu atento ruego
para atender las palabras
y que nada perturbe
la trascripción
de lo que piensa

el otro habitante de mi ser
Quiero ser fiel
a quien dicta
y quiero que quien lo lea
también lo sea él
Escribo palabras de otro
y otro lee esas palabras
En el vértice estoy
alcahueta y amigo
compartiendo
con lo desconocido

Ahí está el eco de la propuesta de Rimbaud para que lo desconocido hable y produzca, a través del poeta, poemas en libertad. El narrador anuncia estar dispuesto a desaparecer en cuanto tal y servir precisamente como médium de lo desconocido. La forma del verso es, sin embargo, tradicional. No se observa ni se intuye en su construcción un orden innovador de sentido gramatical o poético.

La muerte y otros fantasmas vuelven a hacer acto de presencia pero el narrador parece haber regresado a todo, a otro tono, a otra época de su locura. La muerte le dicta unos versos y él no se entrega. Vuelve a pertrecharse en su creación.

SIENTO QUE LA MUERTE ME AMA
y me busca para llevarme a su inframundo
Siento que tiende trampas a mi alrededor
y me llama luctuosa a festejar mi entierro

La muerte intenta enloquecerme de terror
trastoca los caminos de mi sueño
y me dicta implacable estos versos

Pero la muerte no sabe que el poema
es un escudo –una espada– una armadura
en la guerra de los días
y que en cada verso me entrego a la vida
y esta se me devuelve multiplicada

El poeta dice estar dispuesto a tomar de nuevo en sus manos los cuchillos de la poesía, su única compañera, pero su voz, ay, no le alcanza. El guerrero suena cansado, cuando

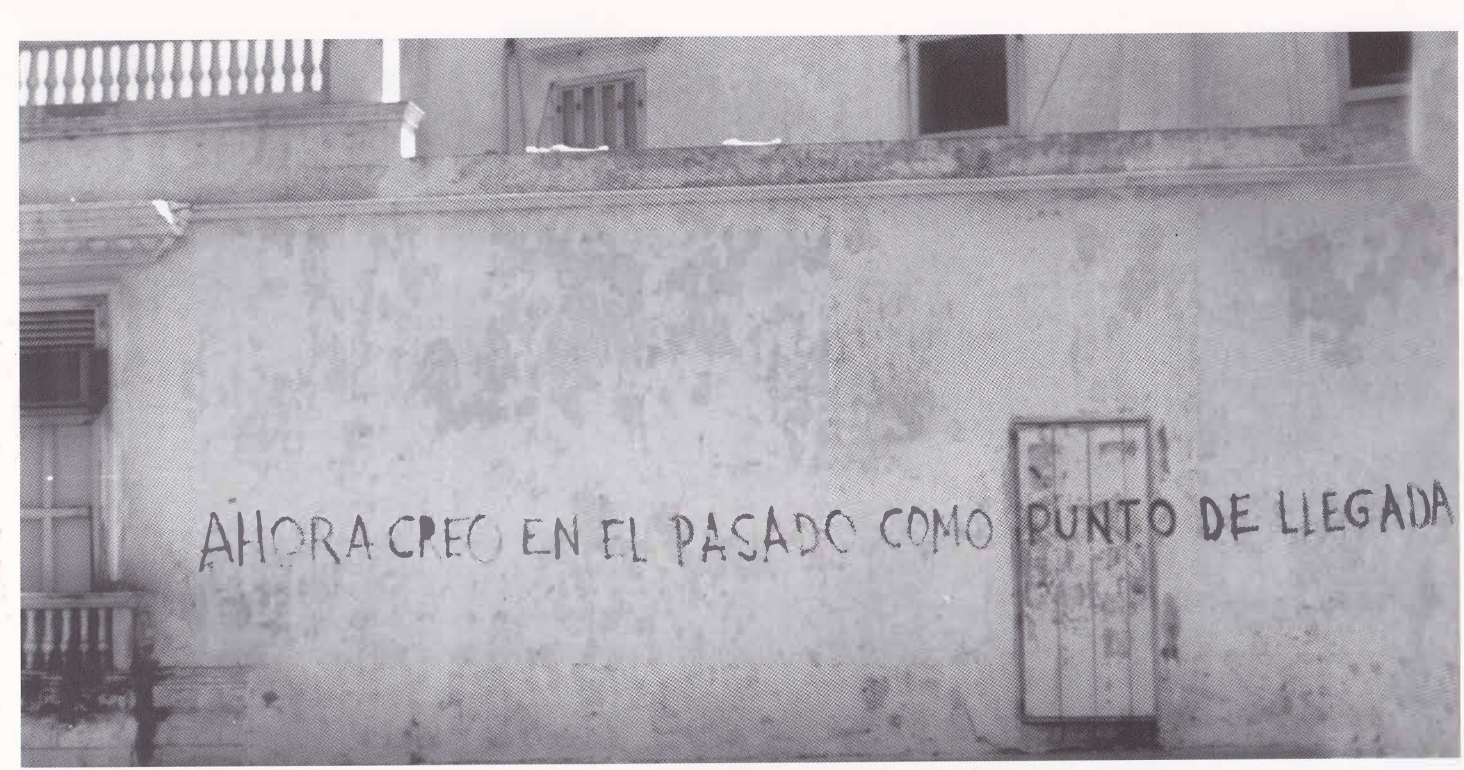
no arrepentido e inseguro. Ha retornado, es cierto, a esta tierra de nadie en sus propios pies pero nada parece quedar ya en él de aquel demonio vigoroso que escribió con, y a pesar de, su tragedia personal varias de las más hermosas páginas de la poesía colombiana. «Nuestro momento más emotivo», como dijera otro gran poeta, José Manuel Arango en Medellín.

Quijote trágico de la realidad nacional, Gómez Jattin no ha regresado a casa como el personaje de Cervantes. Lo ha hecho a una pieza solitaria de un hotelito en Cartagena, antes de ser devorado para siempre por sus calles. La suya no ha sido solamente una intoxicación de libros como la del Señor de La Mancha sino de mundo, desamor, soledad, droga y odas las locuras. Su voz podrá sonar medrosa y moderada en *Los poetas –Amor mío* y quizás parezcan reinar ahora en su discurso cotidiano la sensatez y la cordura, pero algo muy débil o muy fino se trastornará otra vez muy pronto en el alma de Raúl, algo, su último aliento de rebeldía quizás, que lo arrojará de nuevo y para siempre al vicio, al lodazal, al último y definitivo desatino de sus fantasmas, quizás tan cerca de su poesía como tan lejos de la triste posibilidad de ser, en carne y hueso, otro resignado Alonso Quijada.

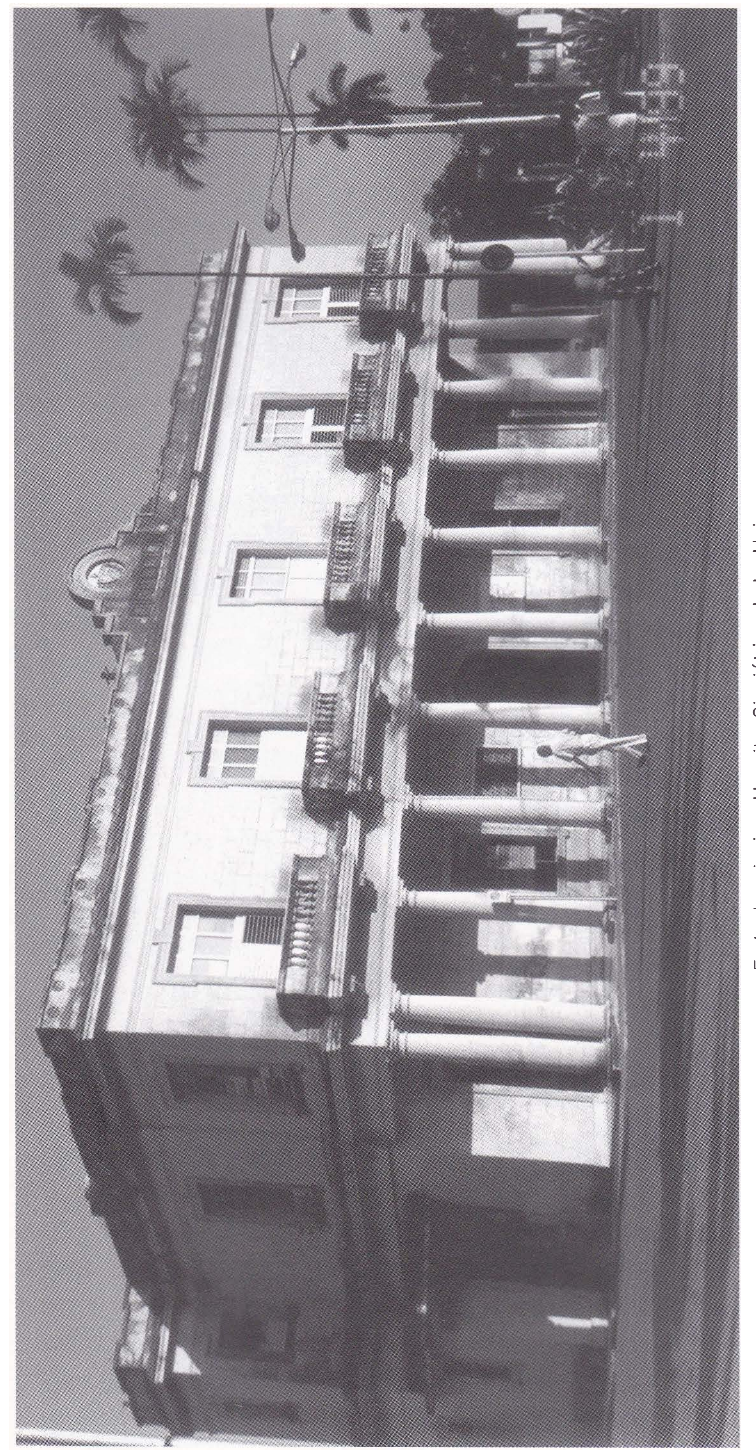
Hasta horas antes de morir, atropellado por un vehículo fantasma, Raúl Gómez Jattin escribió breves pensamientos en papeles de toda clase, dedicados a transeúntes que los recibían a cambio de unas monedas. Frases de amor, pequeños homenajes, relámpagos de poesía, tan rápidos como perecederos, improvisados al paso de los peatones, del automóvil o del carruaje, en un viejo y legendario movimiento de toma y dame que él había iniciado a versos en su infancia, con una de sus manitas bajo la mano derecha, alargada y generosa de su padre.

Quiero dormir, señor público, y mis fantasmas no me dejan

En *Poema Dramático de Raúl, el loco mendigo*



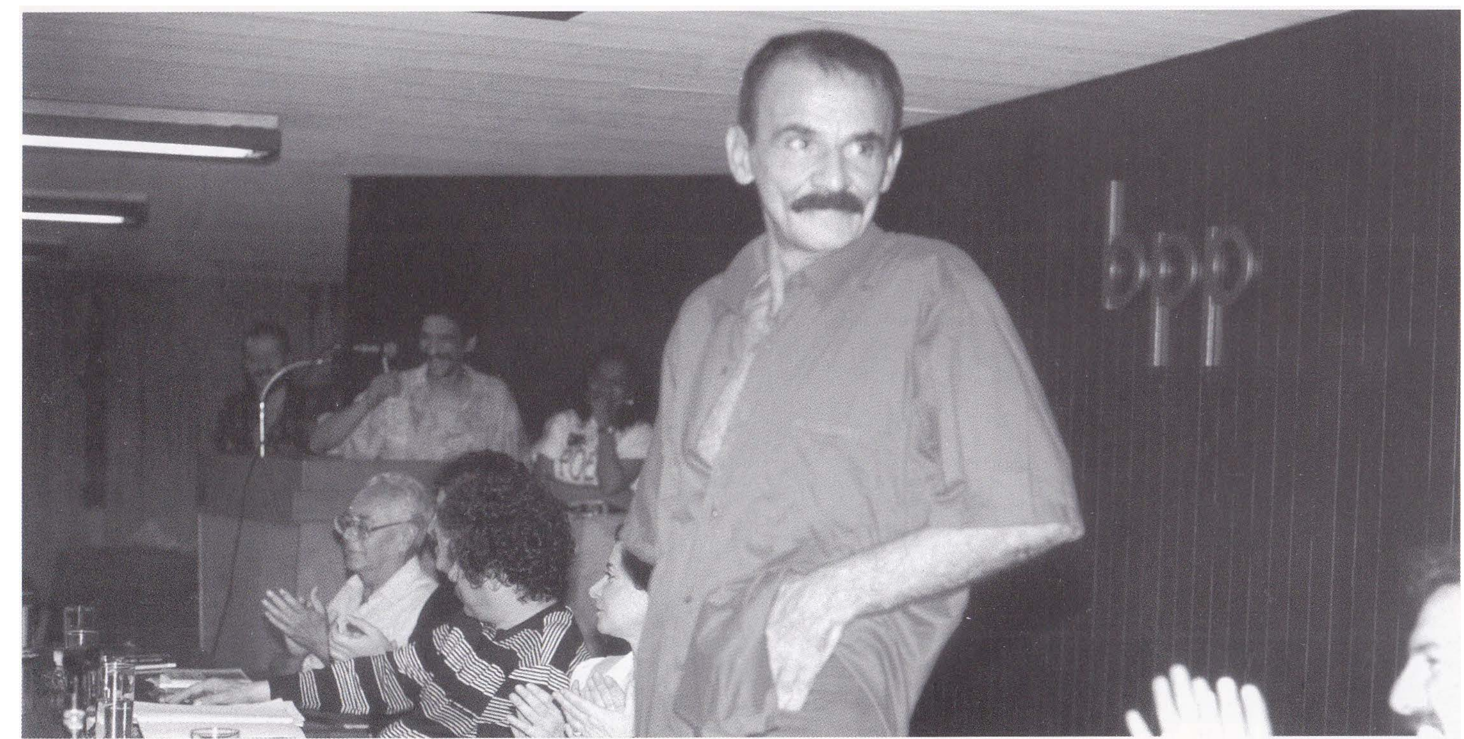
Cartagena recibe al poeta



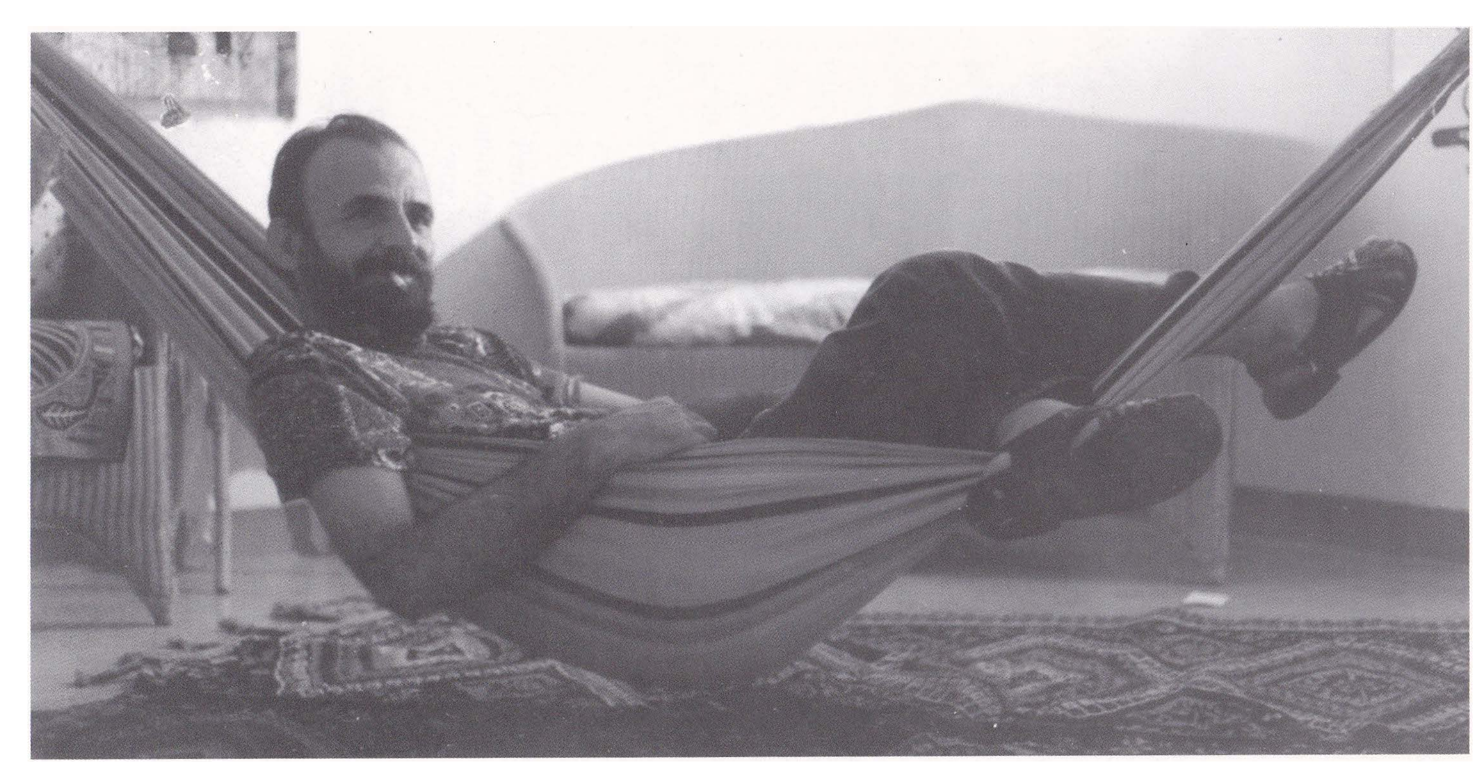
Fachada principa Hospita Siquiátrico de La Habana



Patio principal Hospital Siquiátrico de La Habana



Ovacionado en el Festival Internacional de Poesía de Medellín, 1993



En la hamaca de Bibiana Vélez en Cartagena



Lola, pero con Rubén

El hijo de Lola

Perfil familiar. De dónde viene Raúl Gómez Jattin, quiénes son sus ancestros, en qué ámbito crece, cómo formó su personalidad y cuáles fueron sus primeras vocaciones.

A fines de los años veinte, Lola Jattin Safar vivía con sus cinco hijos y su esposo, Abdalá Chadid, en Sincelejo, pero conoció y se enamoró en Cartagena de Joaquín Gómez Reynero, un abogado local que, tras abandonar a su esposa, se fue a vivir con ella a Lorica.

Quienes cuentan esta historia, revelan que las relaciones entre Lola y Abdalá se habrían deteriorado desde un principio; que su matrimonio no había sido por amor. Que Abdalá daba a Lola mala vida y se gastaba el dinero de ambos en juegos de azar. Todavía dicen muchas cosas.

Lo cierto es que Lorica sólo resistió dos años el amor libre de Lola y Joaquín. O fue al revés: Lola y Joaquín no lograron vivir tranquilos en un pueblo que los señalaba como concubinos públicos. Por eso decidieron mudarse a Cereté, donde Joaquín abrió con varios colegas una oficina de abogados.

La posición de Chadid, como esposo burlado, se habría impuesto en aquel pleito que despojó a Lola de parte de sus bienes y le concedió al padre la custodia de sus cinco niños. A estos, Lola sólo pudo verlos, después de cierto tiempo, cuando eran llevados, con cita previa, por unas horas a la casa de sus primos, los Quessep, en Sincelejo. A partir de aquel delicado episodio, las relaciones de Lola con sus hijos fueron casi siempre difíciles, cargadas de dolor y resentimiento.

Raúl Gómez Jattin nació, seis años después que su hermano Rubén, la última noche de mayo de 1945, en Cartagena. Y nació allí porque ni en Cereté ni en Montería, la capital del departamento de Córdoba, a escasos kilómetros, existían adecuados hospitales donde atender el parto de una mujer como ella, en sus 38 años. Joaquín, que le llevaba 16, no quiso correr ningún riesgo.

A Raúl lo afectó mucho que su madre hubiera sido discriminada años atrás como adúltera. «¿Por qué la maltrataron tanto?», preguntaba a su pariente William Quessep. Había sido enterado, con detalles y señales, por su medio hermano, Gabriel Chadid, hijo de Abdalá. Gabriel le habría hecho lamentar, sobre todo, que su madre hubiera negociado, cambiado por dinero, la custodia de sus primeros hijos.

«Raúl se consideraba un árabe, pero un árabe bastardo», precisará después Iván Barboza, uno de los grandes amigos del poeta en Cartagena. Y así resintió, desde pequeño, el rechazo social, además del miedo y la ansiedad que ello suscitaba.

Los vecinos de barrio Venus expresaron siempre la opinión colectiva de los lugareños. «Don Joaco y la Niña Lola eran mal vistos por no ser casados– dice hoy Lila Baró, que ha conocido a los Gómez Jattin desde su juventud–. Ellos dos no podían, por ejemplo, entrar a la iglesia juntos como padrinos. Lola sólo podía hacerlo del brazo de Rubén, su hijo mayor. Ella y su marido eran mirados como ilegales».

En Sincelejo, su primo William Quessep memoriza otra versión de la misma historia. «Lola y Abdalá vivían detrás de mi casa y fue Nicolás, un hermano de Abdalá, quien señaló a Lola como adúltera, pero indicando un tercer hombre como amante, un tipo que no tenía siquiera condiciones físicas para serlo. Así, esa bella mujer fue acusada de algo que no cometió. La desterraron prácticamente de Sincelejo. Y fue entonces cuando habría surgido Joaquín Gómez Reynero como su defensor en el pleito contra Abdalá. Después la dignificaría haciéndola su mujer».

Rubén Gómez Jattin, hermano de Raúl, cuenta también, de una manera algo distinta, lo que le contaron a él. «Mamá se volvió socia principal en un negocio de estaciones de gasolina, consolidado por la familia de Abdalá, su marido. Pero como llevaban una pésima vida matrimonial en la intimidad, inventaron lo del adulterio para despojarla. En lo económico, Abdalá habría hecho una quiebra, es decir: traspasó los bienes de mamá a otra cuenta y quebró».

Rubén explica que su madre jamás perdonó lo que su primer esposo le hizo. «La misma sociedad de Sincelejo ofreció a mamá una manifestación de desagravio. Mi abuelo, Miguel Jattin, era el tipo más rico de Lorica. Y su mujer, mi abuela Catalina, le dijo a Abdalá durante el pleito: 'Si quiere, cójase todos sus bienes, que mi hija no necesita de su mierda'. La misma madre de Abdalá llamó entonces a Lola y le expresó: 'Usted nunca hizo nada. Esa es una vergajada de mis hijos'. Pero mamá sufrió mucho. Eso llegué a verlo yo.

Casi se ciega de dolor, guardaba prensa de todo aquello, fotografías, hasta las declaraciones de un obispo. Al enterarse de la muerte de su cuñado, aquel hombre que la había señalado como adúltera, mi madre le envió un telegrama de condolencia a su mujer, diciéndole: 'No sabes cuánto me alegro. La justicia cojea pero llega».

Sara Ortega de Petro, hermana de crianza de Raúl y de Rubén, desde que su madre la dejase bajo la protección de la Niña Lola, recuerda la mañana de 1956 en que «Don Joaquín y Lola salieron vestidos de blanco y fueron a casarse a San Pelayo. Iban radiantes. Regresaron felices. Abdalá acababa de morir. Raúl era un adolescente y Rubén, todo un jovencito de 17 años».

Los chismes en Cereté no desaparecieron del todo. Como Lola se escribía en árabe con su padre, un residente de Damasco, algunos elucubradores que no entendieron jamás los signos de ese idioma, empezaron a murmurar que tenía, no un padre, sino otro amante en Siria.

«Mamá –dice Rubén– era una mujer hermosa, de casi 1,80 mts. de estatura, sensible y fuerte, tanto en lo físico como en lo espiritual». Lola tenía una mirada fija, dominante, que no espabilaba. Como la mirada de una cobra en atención. Y un corazón generoso pero endurecido por las circunstancias, que no quiso llorar jamás aquella separación de sus hijos. Acostumbrada a su distancia, a su silencio, aprendió Lola a valorar la llegada de cualquier información sobre ellos.

En 1961, por ejemplo, el teléfono era un lujo que no podían pagar los Gómez Jattin. Un día, la Niña Lola recibió un recado de la agencia telefónica del pueblo. «La llaman de Sincelejo», le mandaron a decir. Y, dejando a un lado lo que en ese instante hacía, sólo miró hacia la calle y musitó de inmediato: «Voy a alistarme. Ha muerto uno de mis hijos».

Había intuido con certeza. Su hijo Miguel acababa de morir. Raúl solía recordar que su madre no derramó por aquel hermano suyo una sola lágrima. Lo dijo en un poema.

En Cereté, Lola y Joaquín dieron siempre de qué hablar. «Gente algo rara –apunta la hermana de Lila, Marta Baró–. Nada convencionales. Artistas, por así decirlo». Vestían en

forma muy elegante. Lola era linda, alta, blanca, bien formada, y se ponía la ropa que ella misma cosía. Ropa de lino y otras telas frescas. Sombreros y hermosos zapatos. También fabricaba muñecas de trapo. Don Joaco era en cambio moreno, bajito, delgado pero bien ataviado, de corbata y camisa manga larga, con mancornas. Ella en la cocina o en su cuarto de costura. Él sentado en la mecedora, leyendo, pendiente de los muchachos. Conversando entre los dos. Dando rienda suelta a su imaginación, jugando con las palabras. Un día, Marta la escuchó proponiendo al marido fabricar sombreros para niños. Él rechazó en broma la idea y temió por el futuro de sus negocios, cuando le preguntó: «¿Y qué hacemos si los niños salen sin cabeza?» Lola sonrió y decidió guardar silencio. Entonces Don Joaco, mirándola con cariño, le dijo: «Hagámos mejor zapatos para niños». Y ella, sin dejar de coser, volvió a sonreír cuando le contestó: «No, porque pueden nacer sin pies». Y ese día no pararon de reír. Así eran ellos. Volaban alto, tenían un universo propio.

En efecto, la casa de Lola era como ella: moderna y liberal, ambientada con objetos preciosos y sencillos, que la pareja había adquirido con rigor y buen gusto: antigüedades y artículos de moda, muebles importados, vajillas finas puestas en etiqueta sobre la mesa de mantel blanco, en medio de decorados suaves y armoniosos, con floreros en las esquinas y varios cuadros colgados en las paredes con alambre, como en los museos.

En aquel Cereté de entonces, la gente visitaba la casa de la Niña Lola como un sitio exótico, con el mismo ánimo de quien hoy –guardadas las proporciones– va a curiosear las vitrinas de un elegante centro comercial. «Íbamos a tomarle el pulso a la civilización –precisa la vecina Marta Baró–. A ver que traían las nuevas olas. A oírlos soñar con el futuro de esos hijos tan bien criados».

«Mamá era dilapidadora– apunta Rubén–. Cogía un millón de pesos y decía 'vamos a cambiar esto, mire, quíteme esos cuadros, mándeme a comprar esta otra cosa'. Era acertada en su buen gusto, pero no sabía administrar. De ahí viene Raúl».

Joaquín Gómez, abogado y sociólogo, primer magistrado del Tribunal Contencioso Administrativo de Córdoba, treinta

años en el poder judicial, profesor universitario, fundador del Colegio Marceliano Polo de Cereté, entregaba el dinero de su salario o de su pensión, todas las semanas, en forma religiosa a su mujer. Le complacía que Lola manejara la casa y se sintiera útil. Como dice Rubén: «Le permitía ser la ley. Era feliz si ella era feliz».

Menudo, con cincuenta kilos de peso, sencillo, dueño de una gran formación literaria, bebida sobre todo en clásicos franceses como Montaigne y Voltaire, el doctor Gómez nunca exhibió su vasta sabiduría fuera del círculo de sus amigos íntimos, pero fue la persona que más influyó en Raúl.

«La madre lo hartaba de quibbe y el padre de literatura», dice su hermano Gabriel, con acidez. Pero a Raúl cualquier aprendizaje se le dificultaba por el asma bronquial, también heredada de su padre. Durante largos años, Lola y Joaquín se turnaron día y noche para echarle fresco al pequeño asmático que intentaba dormir sentado en la mecedora o en la hamaca, lo más cerca del viento que entra por una ventana del cuarto o de la sala. Le daban unos polvos, le ponían la bombita. Lo llevaban y traían del colegio. Lo consentían. Y él aprendió a quererse, quizás demasiado. Todos corrían a atenderlo, cuando se quejaba. Según Gabriel Chadid, Raúl fue criado por sus padres como un ser especial, miembro de una aristocracia excluyente, que no jugaba con todo el mundo. «No anden con Fulano, que ustedes no son como él. Tampoco con Zutanito, que es tan amigo de Perencejo».

Cuando Raúl tenía seis años, alguien aconsejó que un viaje en avión o el clima frío podrían liberarlo del asma. La profesora Sofía García Mestre, prima de los Gómez Jattin, ofreció llevarlo con sus hijos a Pamplona, durante unas vacaciones. Y así se hizo. Aquella estadía de dos meses mejoró bastante la salud de sus pulmones, pero abrió otra herida en el pequeño Raúl, quien resintió toda su vida que sus padres lo hubiesen enviado a la soledad espantosa de aquel frío exilio. «Él me lo dijo –atestigua Gabriel–. Él maldijo siempre ese viaje».

Gabriel sostiene que Raúl «fue loco desde muy niño. Loco por su propia lucidez. Miraba las cosas de otra manera. Una escultura era siempre en su opinión algo distinto a lo que su autor había querido hacer».

El día que inyectaron a Raúl por primera vez, Joaquín no quiso acompañarlo para no sufrir con él. A sus tres años, el muchachito resistió todo el proceso, en el que fue necesario que lo cargaran varios hombres, neutralizándolo por cabeza, manos y pies, y lo llevaran en vilo hasta una camilla. «Mijo, ¿qué te pasó? le preguntó después el padre, angustiado. «Me cayeron esos tipos, papá –precisó el muchachito y levantó los brazos– como en un entierro de hormigas».

En la adolescencia, se le conoció como *El Maravilloso*, por la habilidad de construir chispazos retóricos y poéticos. «En esa época –dice su amigo Amaury Díaz Romero– Raúl hablaba de cosas tan rústicas y pedestres como el cagajón, el burro y las paredes de bahareque, pero lo hacía con tanta belleza y adorno que las convertía en poesía».

Antes de rehuir la metáfora, jugó con ella en las situaciones más inesperadas. Sobre las pastillas siquiátricas que después debió ingerir, dijo un día, mitad broma, mitad queja, a Juan Manuel Ponce: «mi madre me las arroja sobre la mesa y yo me las como como un pavo...» En otra ocasión, enamorado de un muchacho que a su vez estaba enamorado de una muchacha, a su turno enamorada de Raúl, y como ninguno de esos amores correspondía al otro, Raúl fijó la situación con una imagen magistral: «Parecemos tres niñitos corriendo en fila alrededor de un árbol».

Rubén dice hoy descubrir a su padre en los poemas de Raúl. «Lo veo en el sentido de expresarse; en su cultura y en su forma tajante y burlesca de escribir». El viejo era un ducho manejando el sarcasmo y jugando con las palabras. «Áspid» escribió a secas en un telegrama que le envió a Raúl. Este, tan discípulo como hijo suyo, lo descifró de inmediato como «cobra», en relación con el dinero del giro que debía reclamar con rapidez.

José Luis, hijo de Rubén, comenta que Lola tenía –como le han contado a él– todas las esperanzas puestas en Raúl. «Tú vas a ser mi orgullo –le decía–. El hijo que saque la cara por mí». Nadie dudaba que Lola había volcado su amor represado de madre en ese hijo, el más pequeño y bonito, al que había atolondrado desde la cuna con esmeradas atenciones. Sus mejores bocados, regalos y caricias fueron siempre

para él, con la justificación pública de que estaba enfermo. Consentido se volvió Raúl entre sus enaguas. Flojo y pechichón. Y con ese tratamiento de amor selectivo, Don Joaquín fue solidario.

«Papá soñaba –agrega Rubén– que Raúl fuese como él, un abogado ilustrado. Lo quería mejor pintor que su hermano Carlos Gómez y mejor escritor que su amigo, Luis Carlos López». Les recomendaba siempre leer, estudiar literatura, fuese cual fuese la profesión que escogieran, porque era la mejor forma de aprender a expresar las ideas, en forma elegante y clara.

«Papá era muy volteriano –apunta Rubén–. Un especialista en el sarcasmo y la ironía. Había que ver una carta de Papá para joder a alguien. Una vez ordenó que le compraran una máscara de rostro alegre a mi hijo José Luis, para que el muchacho no le hiciera jamás mala cara a su madre».

Desde que eran niños, Rubén y Raúl se acostumbraron a sentarse en la puerta, sólo cuando hubiesen terminado el ejercicio de lectura ordenado por su padre que, con frecuencia les pedía un comentario personal de ciertas obras literarias. «Yo vi escribir a Raúl desde sus trece años –dice Sara Ortega, su hermana de crianza–. Recuerdo sus frases de garabatos grandes».

Al Raúl de la infancia le gustó siempre dormir, pintar y leer. Pintaba y leía mucho, tendido boca abajo sobre el suelo de la biblioteca. Dormía de día por el asma que angustiaba sus noches. Le dio también Angina de Krup, un mal que apretaba su garganta y lo ahogaba. Esa condición enfermiza lo limitó para jugar en la calle pero concedió a su padre más tiempo para hacerle sacar provecho de su encerramiento. Le daba versos a leer y le pedía después que, cerrando el libro, los recitara. Raúl desarrolló una memoria prodigiosa. Podía grabar en su mente, por ejemplo, las figuras que contenía un libro de mil páginas. Su hermano Rubén, menos exigido y en consecuencia más libre, se sentaba delante de amigos a preguntarle qué figura había en la página tal y Raúl recordaba con éxito la que correspondía.

Uno de sus primeros desencantos lo vivió Raúl a los siete años, frente a los amigos del colegio, a quienes leyó y

analizó varios poemas de Rubén Darío. En esa ocasión se llevó todos los premios escolares, pero salió del plantel con la convicción de que nadie lo había entendido.

En ocasiones, Raúl iba con Sara a recorrer en burro las calles del pueblo se quedaba observando los juegos de varones, que a duras penas él disfrutaba: los partidos de fútbol, la lleva o la llaga, la rayuela o el avión, montarse a los árboles, comer mamoncillos, elevar barriletes. Tampoco podía mojarse. «Papá –dice Rubén– le tenía prohibido bañarse en los aguaceros y le dejaba apenas pisar a pie descalzo la arena húmeda del río».

Cereté se entera de su primer amor. Su nombre: Martha Isabel Cabrales. La misma que inspiró los poemas *El Leopardo* y *Qué te vas a acordar, Isabel,* la vecina de enfrente que jugaba a las muñecas con Sara y otras dos amigas, Carlina y Teresa, mientras Raúl escribía o se metía también a jugar con ellas al escondido. «Él dice haber estado enamorado de Martha Isabel –dice Rubén–. Pero lo suyo fue una cosa más figurada que real».

Raúl y Rubén empiezan a estudiar su primaria en el Colegio de Doña Dolores Garrido de González en Cereté y de allí pasan al Liceo Montería, donde son alumnos fundadores, pero el asma es sombra inseparable de la existencia de Raúl, quien retorna a su pueblo e ingresa al colegio de Nuestra Señora de la Merced en Cereté, de la mano de su vecina, Lila Baró. «Cuando llegábamos tarde –cuenta Lila, descubriendo los primeros síntomas histriónicos del muchacho– Raúl improvisaba una tosesita asmática, y justificaba traviesamente nuestra tardanza».

Como en Cereté no había colegios de secundaria, los hermanos Gómez Jattin se fueron a estudiar a Cartagena. Rubén ingresó interno al Fernández Baena. Raúl, de apenas diez años, fue primero al León XIII y luego a La Esperanza, donde se graduó de bachiller. Vivía en la casa de Catalina, su abuela oriental, acompañado de sus tías Helena y Juana, hermanas de su mamá.

«Mi abuela era de carácter fuerte y lo reprimía –dice Rubén–. Le exigía mucho: levántese para que cumpla con su deber. Lo mandaba, le ordenaba. Era la autoridad y eso des-

pertó en mi hermano un resentimiento. La abuela lo trataba prácticamente a fuetazos y él nunca le perdonó que no lo dejara salir y ser un poco más libre. Se resentía bastante. Era muy sensible».

Un día, en esa misma casa de la Calle de la Mantilla, en la vieja ciudad heroica, Raúl conoce a Gabriel, el último de los cinco hijos de su madre con Abdalá Chadid. Gabriel había ganado en su infancia un premio de poesía y Raúl lo valoraba mucho. Decía que ese hermano suyo habría podido llegar a ser un gran escritor pero se había conformado con ser brujo». En verdad, durante mucho tiempo, Gabriel se ganó la vida como tal, bajo el convincente nombre de *Parsifal*. «Pura observación y fábula», nos reveló él mismo sobre ese oficio, en su casa de Sincelejo.

En aquellos tiempos, Gabriel Chadid no era aún el trashumante selvático que terminó viviendo en un árbol o en una casa de piedra, sino el joven enérgico que se enfrenta a la vida con personalidad avasalladora. Se hizo amigo de Raúl con rapidez, a pesar de sus diferencias de edad. Tenía 20 años, el doble de Raúl. Así que, todos los sábados, iba en su condición de hermano mayor a buscar a Raúl a la casa de su abuela y se quedaba con él hasta el domingo por la tarde. Lo llevaba al hotel donde se hospedaba, a conocer calles y casas de Cartagena y a ver películas.

«La abuela era una bárbara– dice Gabriel–. Caminaba cargando su enorme y flácido vientre entre los brazos, maldiciendo en árabe, amargada y cascarrabias. Raúl la odiaba porque ejercía la ley contra su adolescencia. Le exigía que hiciera la tarea, que no saliera, y eso a él le molestaba. La abuela tenía un carácter violento y fumaba un cigarrillo tras otro, en forma desesperada y firme. 'No vayas al mar –le decía a Raúl– te puedes ahogar. No corras por las escaleras porque te caes, y entonces se lo digo a Lola. No juegues con aquel niño...' Lo dominaba. Yo lo sacaba de esa casa y me lo llevaba».

Raúl era, según Gabriel, «complejo e inteligente». Hablaban de Scherezada, de su decapitación, del poder absoluto de Abdel Al Raschid, de los viajes de Simbad. «Como mi abuelo me había leído *Las mil y una noches,* se las descifra-

ba. Le explicaba, por ejemplo, que la de Alí Babá y los cuarenta ladrones no era una cueva con oro sino una palabra mágica, el corazón que se abre con amor, Cualidades que todos llevamos dentro. Que los cuarenta ladrones eran los vicios, los enemigos de las virtudes, y así...»

Gabriel encontraba a Raúl bien criado y hermoso, aunque vestido, por ejemplo, de paño inglés en una ciudad terriblemente caliente como Cartagena. «No era feliz con ese paño –dice– pero le obligaban a ponérselo porque lo distinguía del resto del vecindario. Él mismo era su propio enemigo». Gabriel le decía: Rebélate, ¿por qué te pones pantalón de paño aquí en Cartagena?

«Un día –esto lo hice por él– la abuela me dijo que debía traerlo ese domingo a las 4 de la tarde y yo le respondí que por qué.

–*Porque yo lo digo* –me contestó ella.

–*Pues, precisamente por eso, no lo voy a traer a esa hora.*

Y lo llevé a las seis».

Gabriel no olvida que ese domingo, de regreso a casa, Raúl iba muerto de miedo.

Raúl y Gabriel fueron amigos de esa forma en Cartagena, durante dos años. Luego se distanciaron. «Se me presentó –dice Gabriel– cinco años después, como de 17, a una finca que tenía papá frente al mar. Era ya un muchacho que, atacado por el acné, atravesaba su adolescencia tormentosa. No tenía la chispa aquella de la infancia. Lo vi muy apagado».

En Cereté, Lola y Joaquín poseían ciertas extensiones de tierra en los barrios Venus y el que hoy es Corinto, donde quedaron las dos casas que los vieron crecer.

Desde su juventud, Joaquín había soñado con una finca y la había venido conformando de a poquito. Primero consiguió las semillas de mango, mandarina y maratón que dejó crecer en latas de avena repartidas por toda la casa; luego las sembró en el predio bautizado como Mozambique, contiguo al patio, donde habían levantado una porqueriza y criaban palomas reales, gallinas y gallos de pelea, que el viejo enviaba con amigos a la gallera local.

Una vez, cuando Raúl tenía nueve años, varias mujeres que ayudaban en los quehaceres de la casa lo enviaron a hacer una diligencia a lomo de burro. Y le indicaron el animal, una pollina, de las más jóvenes. Raúl hizo el mandado y cuando regresó esa tarde, como a las dos horas, aquellas mujeres salieron en tropel de la cocina a recibirlo con alborozo y le arrojaron arroz a la cabeza, como en un matrimonio. El muchacho debió dejar pasar muchos años para entender que aquella algarabía no tenía otro significado que celebrar su pretendida iniciación sexual con el animal.

De su relación con las burras no se le vio sino alardear. Incluso señalando en la adolescencia la buena voluntad que tuvo siempre un buen vecino, capataz de fincas, para llevarlo al monte e inducirlo con aquella idea de «coma burra, para que sea macho», tan popular en los pueblos del litoral caribe.

Por esa misma época, Lola se entera de que a Raúl le gustan los hombres. Desde su primer libro, él dejará en ese sentido una impronta. *La luna tenía 17 años/ estaba entre las sábanas/ no se sabía si era/ una* o *un adolescente/ estaba callada.* Lola lo lamenta pero no interviene. Tampoco se lo comunica a su marido. Es más, cuando, con el tiempo, Don Joaquín llegue a sospecharlo, ella no hará otra cosa que negarlo.

«Estábamos en segundo de bachillerato –recuerda Luis Felipe Velásquez, compañero del colegio La Esperanza– discutíamos en clase la existencia de Dios e intercambiábamos libros. Me dio *Otelo,* de William Shakespeare y yo le regalé uno que él jamás olvidó: *Kaput,* de Curzio Malaparte, sobre los aliados en Italia durante la Segunda Guerra Mundial, un volumen que describe escenas de amor homosexual.

«Una vez lo encontré –recuerda Rubén– jugando con unas vecinas y le dije que dejara esos juegos de maricones y, claro, no le gustó. Quien se metiera con aquello se ganaba su odio para toda la vida». Raúl detestaba por eso a su abuela y a su tía Helena, quien administraba una pensión para estudiantes de pueblo en esa misma casona de quince habitaciones, cerca de la Iglesia de Santo Domingo. «Un día –añade Rubén– Raúl discutía con Helena y ella, furibunda, con el

ánimo de zanjar el debate en forma definitiva, le dijo: 'Cállese, que usted es un maricón'. Raúl jamás se lo perdonó».

Hablaba mal de esa tía. La acusaba con su madre. Pero a veces todo se iba al olvido cuando Helena y su hermana Juana lo seguían también al cine, que le encantaba. Las dos mujeres seguían también con curiosidad la suerte de los actores cinematográficos y Raúl analizaba para ellas cada película con la agudeza de lector aprendida de su padre. Se dice que fue el cine lo que sembró su afición por la actuación. Iba hasta 10 veces por semana. Se veía hasta tres películas en una sola tarde. O repetía una y otra vez la misma.

En 1963, Raúl se gradúa como mejor bachiller del Colegio La Esperanza de Cartagena y regresa, agobiado por otro ataque de asma, a Cereté, donde su padre le pide que acepte ser profesor de dos colegios de secundaria y ayude de ese modo a aliviar la delicada situación económica del hogar. «Sus conocimientos despertaron de inmediato la admiración de las monjas que dirigían el colegio de Nuestra Señora del Carmen y de las directivas de su similar, el San Luis Gonzaga.

Estos trabajos, como maestro de Historia y Geografía fueron los únicos convencionales que Raúl tuvo en la vida. Apuesto, elegante, pulcro, así lo veían sus estudiantes y el resto de los educadores. «Yo pertenecía –dice Carolina Patiño– al grupo de muchachas que se quedaba en la cancha del colegio de Nuestra Señora del Carmen, a verlo llegar caminando con mucha elegancia y semejante porte». Carolina es hoy, con Lena Reza, una de las dos mujeres que, desde el Sinú, impulsan la obra de Raúl en el ámbito cultural, dentro y fuera del país.

«Raúl era el tipo más ordenado y metódico que yo había conocido», dice Álvaro Aleán, su mejor alumno de entonces. «Lucía un bigote de charro mexicano y vestía camisas y pantalones en perfecta combinación cromática. Las medias del mismo color del pantalón. Después me enteré de que lo vestía la mamá. Y lo pefumaba. Tenía gran aceptación con las mujeres, pero él no se dejaba abordar».

Como profesor, era exigente. «Había que estudiarle mucho, leerle mucho y sus metas eran muy exigentes», explica Aleán. «Gran observador, parecía adivinar quién había estu-

diado o no la lección, para precisamente preguntarle». Tenía una memoria de prodigio. No llevaba un sólo texto. Toda su clase era dictada. Mientras tanto, hacía comentarios jocosos y se burlaba con cariñosa ironía de sus discípulos. «Sí, como no, Lavoisier», «Maravilloso, Newton». Rubén, su hermano, también era profesor y, entre los dos, manejaban toda el área académica del San Luis.

Como mejor alumno de Raúl, Álvaro Aleán fue objeto de sus privilegios. «Aprovechando el acercamiento, me conseguía libros prohibidos, que estaban en el Índice. No sé de dónde los sacaba. Pero fue muchos años después –cuando me pasó uno de sus enormes brazos por los hombros y me reveló sus intenciones–, que pude descubrir su velado propósito de antaño, al regalarme historias de amor entre dos hombres o angustias de un homosexual lapidado por su padre».

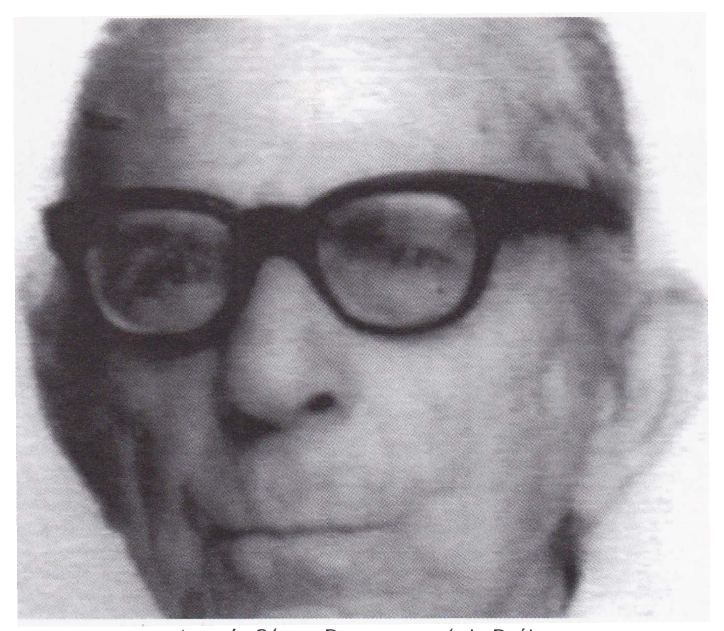
Raúl frecuentaba entonces la compañía de otros amigos, entre ellos los escritores Leopoldo Berdella de La Espriella y Amaury Díaz Romero, con quienes se reunía a orillas del río Sinú, en un lugar sobre el malecón, llamado Pueblo Pescao. También iban allí José Luis Garcés González y Enrique Hoyos. «Tomábamos, comíamos y fumábamos», relata Amaury. «Era evidente el interés de Raúl por la literatura. Le gustaban la tertulia y la lectura, pero no escribía públicamente». Tampoco hablaba de teatro. Pero al poco tiempo su padre le diría complacido que ya habían reunido el dinero para enviarlo, como era su deseo, a estudiar su primer año de Derecho en la Universidad Externado de Colombia, en Bogotá. Le tocaría hacerse a una vida independiente, lejos del hogar. Como en Pamplona y Cartagena, debía de nuevo asumir su soledad.



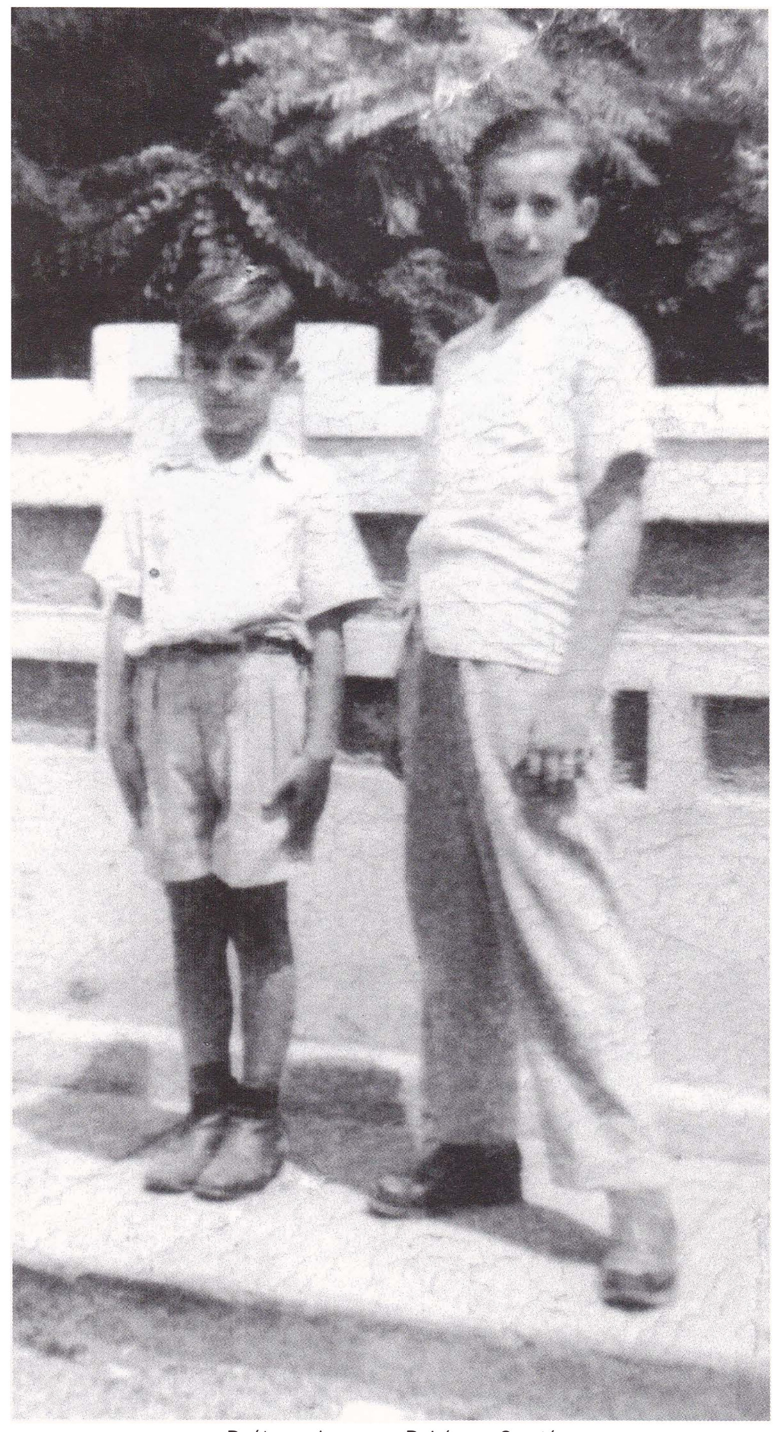
Catalina Safar, la abuela ensoñada



El abuelo Miguel Jattin



Joaquín Gómez Reynero, papá de Raúl



Raúl y su hermano Rubén en Cereté



Raúl, al centro, con Fabio Calume y Álvaro Aleán, en Bogotá

Un aristócrata con escenario

De cómo Raúl va a estudiar Derecho en Bogotá, se entusiasma con el teatro, trabaja como actor y dramaturgo, se decepciona con la politización del mismo y lo incorpora a su vida, tras una violenta crisis.

Más para seguir los dictados de su padre, que por convicción personal, Raúl Gómez Jattin llega a Bogotá en 1964 y se convierte, durante los primeros años de clase, en uno de los mejores alumnos de la Facultad de Derecho en el Externado. Su prestigio alcanza las más altas esferas, incluyendo la rectoría del eminente Fernando Hinestroza, por quien Raúl también profesa una gran admiración.

Gracias a su experiencia profesoral en el Sinú, la inquietud de sus preguntas y la inteligencia de sus aportes en distintas asignaturas, Gómez Jattin se gana desde un principio el respeto de la academia universitaria. Es elegante, viste de saco y corbata, el cabello peinado hacia atrás y su bigote cuidado, como el de un galán mexicano. Parece hecho a la medida de sus padres. Pero e ano entrante el hijo de Lola Jattin descubrirá al teatro entre uno de los tantos espacios académicos del plantel y un par de años después dejará la abogacía en un segundo o tercer plano.

Carlos José Reyes –por aquellos primeros días director del TEX, el Teatro Experimental del Externado– recuerda que cuando montaban *La máquina de sumar*, había un muchacho grandote que aparecía siempre y se sentaba al fondo del salón, donde permanecía callado, sin acercarse nunca al escenario de los ensayos. «Un día, yo traté de acercármele, pero salió huyendo y no volví a verlo en todo el año».

En 1966, Carlos José hace un largo viaje a Europa y deja el TEX bajo la dirección del también dramaturgo Santiago García, quien observa las pruebas de ingreso para nuevos actores. Raúl cursa tercero de derecho y acaba de conocer a Juan Manuel Ponce, un muchacho recién llegado a su Facultad, que se convertirá con los meses en uno de sus cómplices más entrañables.

Los dos entran a las pruebas y, a juicio de Juan Manuel, Santiago se la pone bien fácil a Raúl: el grandote de Cereté tendrá que encender un cigarrillo; representar a un personaje que distraídamente fuma.

Raúl camina al escenario con la sabia confianza de haber visto tantas veces a Bette Davis o a Marlon Brando en el cine y logra un retrato a la perfección, con una ilusoria pitille-

ra en la boca, sobre un imaginario *chaise lounge.* «Se lo fumó todo –dice Juan Manuel–. Creo que lo debió disfrutar».

Carlos José regresa de Europa y se reintegra a la dirección del TEX, con el propósito de montar *Cuentos de Macondo,* obra basada en varios relatos de Gabriel García Márquez y participar en el Festival Nacional de Teatro Universitario. Una mañana, Raúl se atreve por fin a abordarlo. «Me dijo que quería hacer un papelito, pero no le entendí nada».

En los primeros ensayos, la fonética de Raúl era una catástrofe. El hombre no sólo hablaba en costeño de Cereté sino que se trababa por querer decirlo todo y muy rápido. Sus parlamentos eran ininteligibles.

Para subsanar el inconveniente, que provocará de todas formas un retraso de más de cuatro meses en el primer montaje, Carlos José le diseña un método de dicción y gesticulación. «Fue la única manera de encontrar para él un estilo de actuación fuerte, casi expresionista, medio grotesco, porque sus movimientos eran enormes». Raúl es un actor ideal, delirante, de mucho énfasis, muy emotivo. Una revelación rabelaisiana. «Si lo hubiera conocido Federico Fellini, se lo habría llevado de inmediato».

A propósito, Raúl ha contagiado a sus amigos con su pasión por el cine. Su trabajo actoral justifica irse en grupo a analizar cada película. Los amigos se acostumbran a un Raúl que, inmerso en el universo del celuloide, se levanta de la silla, camina de arriba a abajo y viceversa el pasillo de la sala, grita a los personajes, reflexiona, comenta en voz alta y transforma el ritual cinematográfico en un espacio virtual donde la realidad del telón y la de sus compañeros de asiento es la misma.

Así, en combo, vieron la magistral puesta en escena de Passolini en *Edipo Rey,* la de *El Satyricón*, de Fellini, con su historia de una pareja de homosexuales en el contexto griego. Vieron las cintas disponibles de todos los neorrealistas y las del inmortal Akira Kurosawa. Vieron *Vidas sesgadas*, basada en la obra de Zweig. Salieron fascinados con el actor Oliver Reed, como el cura de *Los Demonios de Loudun*, que exorciza y se enloquece; el mismo con Glenda Jackson en *Mujeres apasionadas*. Ah, y *Muerte en Venecia*, la historia

de amor homosexual que vieron tantas veces, lo mismo que *Maraton*, con Al Pacino, en la que le pegan un tiro a un caballo. Años después, Raúl le confesaría a su amigo Hernán Darío Correa que una de sus imágenes centrales le inspiraría este poema.

EL SUICIDA

Airoso en su galope
levantó la mano armada
hasta su sien
y disparó:
suave derrumbe
del caballo al suelo
Doblado sobre un muslo
cayó
y sin un solo gemido
se fue a galopar
a las praderas del cielo

En octubre, el TEX estrena *Cuentos de Macondo* en el Teatro Colón. Raúl adapta, monta y dirige uno de ellos: *La prodigiosa tarde de Baltazar*, que tiempo después adaptarán de nuevo para la televisión, junto a *Las convulsiones,* de Luis Vargas Tejada, en donde Raúl hará el papel de don Gualberto, padre del protagonista.

Pero aquella noche no cabe un alma en el Teatro Colón. Entre el grupo, nerviosos y expectantes, se encuentran Tania Mendoza Robledo, que será la Mama Grande; César Amaya, como Aurelio Escobar, el dentista sin título y Rafael Aráujo Gámez, el alcalde del pueblo. Raúl es Aureliano Buendía y es Nicanor, el tipo que grita «¡La mama grande ha muerto!»

Al final, la apoteosis. García Márquez en persona se devela tras un palco, aplaudiendo entusiasmado. El grupo le pide al escritor que baje al escenario y el festejo sigue entre bambalinas y de allí, hasta el amanecer, en casa de los padres de Carlos José. «El centro de la atención se lo disputarán el fabulista de Macondo y Raúl, con el atuendo de los hombres libres», cuenta uno de los testigos, el escritor y pariente de Gabo, José Luis Díaz Granados.

Gómez Jattin se entrega al teatro de tiempo completo. Se siente de maravilla en la segunda realidad que ofrece. Se

muestra afectuoso con los compañeros y se dedica de lleno a cada tarea. Duerme muy poco. A su lado, firme y creativa, una media naranja ideal, hecha para el platonismo romántico de sus sueños: Tania Mendoza Robledo, una actriz de Santa Marta, morena y delicada, medio gordita, de baja estatura, pelo cortado al cepillo y dueña de una risa maravillosa. Una de esas risas que –como dice Rafael Salcedo Castañeda– permiten lucir todos los dientes y mostrar a la vez cierta melancolía del alma.

En seis años, Tania y Raúl no fallan un solo día a los ensayos, ni siquiera en sábados o domingos. Ayudan en la escenografía, fabrican parte de la utilería y se apropian de sus papeles a fondo. Sin envidias ni egoismos, se dan ánimo el uno al otro, todo el tiempo y se llevan, durante dos años consecutivos, los premios de teatro universitario a mejores actores por sus papeles protagónicos en *Los viejos baúles empolvados que nuestros padres nos prohibieron abrir*, obra original de Carlos José Reyes y *La gran imprecación frente a los muros de la ciudad,* pieza de Tancred Dorst, que muestran también, por sugerencia de Raúl, en Sahagún y Cereté.

Tania y Raúl andan en aquellos años tanto tiempo juntos que muchos compañeros los dan por novios. Incluso la Niña Lola que los encuentra nacidos el uno para el otro y los consiente durante toda la visita con el sabor de sus manjares árabes.

Hasta el día en que Tania hace maletas y se va a vivir a Lusaka, Zambia, donde se casa con un africano, dejando un vacío enorme en el Externado, en su grupo de teatro y en el alma, sobre todo, de Raúl, quien la seguirá recordando años después en este sentido poema.

TANIA MENDOZA ROBLEDO

Mujer de una belleza de otra parte
tuviste que cruzar el océano
para encontrar el amor

Te nos fuiste Petulia casi para siempre
y casi ninguno de nosotros se dio cuenta
de lo ensimismados que estábamos
con nuestras anémicas vidas
para entender tu aventura de amor

Mujer con una carne oscura y silenciosa
Compañera
Ninguno de nosotros supo retenerte
Siempre estabas demasiado ausente
Desde entonces te nos estabas yendo

En el lugar del escenario una trágica creciente
como una luna
como una droga amorosa para el ojo
que la ve y no se sacia de ver tanta hermosura
ardiendo sobre unas miserables
tablas de roble apolillado
Tania Mendoza Robledo
Precoz trágica de los escenarios colombianos
Bruja
Moría en cada noche como la flor de la coraguala
y perfumaba de tristezas
a todo el que tuviera la dicha terrible
de contemplarla

Donde esté la imagino animando
algo casi modesto en apariencia
algo que casi no le importe a nadie

En esos tiempos del teatro ya hay atisbos de poesía en Gómez Jattin. En más de una ocasión, en algún momento de intimidad, después de una comida o durante un café, Raúl llevaba a uno de sus amigos, a Roberto Burgos Cantor, por ejemplo, o a Hernán Darío Correa, hasta un sitio aparte y le mostraba con cierto pudor los versos breves sin título que había estado escribiendo con un plumón de tinta morada en cuadernos escolares. «Uno veía aquello con respeto –dice Roberto–. Pero al lado de la obra que estaba construyendo en el teatro, lo apreciábamos más bien como un bello capricho de Raúl».

Con otro grupo de teatro, también dirigido por Carlos José Reyes y formado en la Alianza Colombo Alemana, de la antigua RDA, Gómez Jattin toma parte en el montaje de *La boda de los pequeños burgueses* de Bertold Brecht. Carlos José necesitaba un actor desbordado como protagonista de una fiesta en la que el personaje seduce a todas las mujeres, mientras grita obscenidades ante gente decente y recatada.

Ninguno como Raúl para ese papel, uno de los más desaforados que representó. «Creo que lo gozó a plenitud –explica el director . Se sintió él mismo. Adoraba el escándalo».

De nuevo con el grupo de teatro del Externado, Raúl es actor principal en *Las monjas,* del cubano Eduardo Manet, una soberbia actuación suya de madre superiora, inspirada en la personalidad de su madre y de su abuela, junto a otro personaje, Sor Angela, representado por su compinche de juerga, Lucho Sánchez, estudiante y actor de Barranquilla.

«Fue el papel más vigoroso que Raúl desempeñó conmigo», dice Carlos José. Usaba unos coturnos, unos zapatones que le aumentaban como 20 centímetros, alcanzando los dos metros de estatura. Era tan descomunal y tan impactante aquel personaje que un delegado del prestigioso festival de Teatro de Nancy, Francia, antiguo actor del legendario Teatro del Sol en París, lo vio e invitó al grupo de Carlos José para que se presentara en la capital francesa.

El contrato no cuajó por problemas de Raúl con la droga. Raúl dejó tirada la obra en los ensayos y se desapareció. Carlos José escribió a Paris avisando que el actor principal afrontaba dificultades. Después de un cruce de misivas, los franceses surgieron cambiar de actor. Pero Reyes se negó. Estaba convencido de que, como madre superiora, Raúl era irremplazable. Entonces prefirió que el episodio, el viaje, la presentación parisina y la obra misma murieran ahí.

A principios de los setenta los escenarios teatrales se habían politizado. En Bogotá, como en otras ciudades del país, los grupos de izquierda pretendían adoctrinar a las masas desde el arte y la cultura; desplegar una especie de pedagogía política, iluminar a los pueblos llevando primero la revolución a los escenarios, mediante la conformación, por ejemplo, de un teatro nacional popular. De allí, el fantasma del cambio se extendería a las calles de la ciudad, a las chozas de cada barrio y del pueblito del olvido más remoto, hasta el último rincón de la esperanza popular.

Raúl, desconfiado y divertido, apoyaba a sus amigos pero mantenía su pensamiento a distancia. «Sus compañeros eran de izquierda. Las obras eran de izquierda, pero él siempre fue un burgués», comenta Álvaro Aléan, amigo desde la ado-

lescencia. «Soy un aristócrata –le precisaba Raúl–. Los aristócratas comen y beben mejor».

En ocasiones, como decíamos, Raúl ayudaba a su combo de amigos, por complicidad y gozo personal. Como necesitaban ponerle imaginación al discurso político, el les prestaba la suya. Por joder, por la dicha de hacerlo. Les regalaba *slogans* espléndidos, les inventaba situaciones teatrales, involucraba estudiantes desprevenidos en episodios dramáticos o los arrastraba en tono festivo con canciones de moda y cintas de colores hasta los lugares del mítin programado. «Una vez –recuerda Hernán Darío Correa compró cien metros de tela roja y nos ayudó a enlazar gente que llevamos hasta la cafetería, epicentro de la asamblea estudiantil».

A veces, también por joder, no rehusaba la polémica. Su sobrino José Luis Gómez dice recordarlo discutiendo de política con algunos amigos. «Era consciente de que la disciplina izquierdista no iba con él porque representaba esquemas rígidos y uniformes». Aburridos, por lo tanto. Lo máximo que hizo por amistad fue caminar de Cereté a Montería con una manifestación del M19. De la indiferencia entretenida pasó a la inconformidad frente a los inconformes y de ahí a la eventual confrontación verbal con ellos mismos desde el arte, para él lo único importante.

Sobre las tablas, muestra su alternativa en *El Gran Teatro de Oklahoma*, basada en *América* de Kafka, cuando pone en escena una obra de Paul Klee, con un pez grande que se come al chico sobre la negritud de los telones, algo que algunos críticos asocian con el teatro de Guignol. Es en lo simbólico que adquiere sentido la pieza.

Tras una presentación y durante el foro que formaba parte ya de los coaccionantes métodos de interpretación teatral, uno de los asistentes se puso de pie a recitar que lo visto allí no había sido sino «un teatro pequeño burgués, revelador de las dubitaciones e incertidumbres de... la pequeña burguesía». El teatro entero guardó un silencio aprobatorio. Raúl tomó el micrófono y dijo sonriente: «Gracias. Eso fue lo que yo intenté mostrar y veo que lo logré. ¿Alguien tiene una pregunta?».

En tiempos de ruptura, Carlos José Reyes había entrado en una suya con el Externado y el movimiento de teatro universitario. «La radicalización política llegó a las universidades y, en medio de una discusión, yo dejé mi resposabilidad con el TEX». Raúl asumió el cargo de coordinador y luego –con la anuencia del rector– el de director del grupo teatral en pleno.

«Era un hombre desenvuelto –cuenta Roberto Burgos–. Trabajaba con mucha facilidad el acercamiento, la comprensión de aquello que deseaba entre los actores. No había elementos de retraimiento, temor o timidez en ese entonces. Y de rabia, cero. Apenas las naturales explosiones de quien se contraría porque algo no sale como le espera».

Amigo, poeta y teatrero de muchos años con él, Alonso Mercado dice que Raúl era muy serio en su trabajo. Y muy sabio. «Su biblioteca estaba llena de autores griegos. Él mismo era una especie de maestro sin proponérselo, un gurú que iba diciendo verdades por el mundo y al que los jóvenes habíamos empezado a aprovechar, escuchándolo».

No son pocos, en verdad, los artistas y poetas de Bogotá y el Sinú que afirman haber aprendido del histrionismo informal y la espontánea sabiduría de Raúl.

Gómez Jattin se vincula en otro momento al grupo El Alacrán de Carlos José Reyes, para efectos de remontar *Las monjas*. Con el mismo director y el grupo La Candelaria, actúa en *Divinas palabras* de Valle Inclán. Por su lado adapta textos de Aristófanes y sketches de Enrique Buenaventura, muestra la primera versión de *La cándida Eréndira*, de Gabriel García Márquez y monta *Las muñecas que hace Juana no tienen ojos*, de Álvaro Cepeda Samudio.

También escribe una pieza original, su primera prueba de fuego como director del TEX: *Las Nupcias de su Excelencia,* «una obra pretenciosa de figuras boterianas», a juicio de Hernán Darío Correa. La escenografía, sobrecargada, es de Carlos José, quien a pesar de distanciarse del Externado, sigue colaborando con Raúl y su grupo de amigos, al que se ha unido Miguel Durán, con sus conocimientos de música.

El TEX es invitado a mostrar *Las Nupcias de su Excelencia* en el Festival Internacional de Teatro de Manizales, donde divulgan primero un manifiesto escrito por Raúl y Hernán

Darío sobre el arte colombiano en tiempos de revolución. «No era teatro pancarta –aclara Hernán– sino una tercera posición frente a la del MOIR y el PC. Bebíamos en Trostsky y la cultura de la humanidad».

Pero esa noche, en plena función, el andamio principal de la escenografía se derrumba mientras suena la misa Luba. Raúl, que controla las luces, se desmaya de la impresión en las escaleras y huye. Sus compañeros salen a defender su ideología y su suerte ante el foro de rigor. La conmoción es enorme. Raúl nunca regresó.

En verdad, debieron pasar dos años para que Raúl y el TEX volvieran al mismo festival, esta vez con *Los Acarnienses,* de Aristófanes. Parecían tiempos de revancha. Raúl tampoco representa a nadie, ni a la tercera franja alternativa. El suyo es ahora un teatro particular ue im one su resencia en las calles con actores desnudos, grandes falos, máscaras griegas de animales y una muchacha desnuda tocando flauta con una máscara de cervatillo.

Dicen quienes la vieron, que Raúl quiso hacer una obra muy a lo Rabelais, llena de figuras y de imágenes. Carlos José le enseñó a armar grandes estructuras de muñecos, forrando alambres con papeles de sobres de manila.

Autocrítico, Raúl se enfrentaba a sus propias contradicciones creativas. El día del estreno, después de varios meses de reflexión y ensayo, se puso de pie, miró con distancia al escenario repleto de máscaras, pedazos de maniquíes, trapos largos y utilería pesada, y dijo: «Esto no parece teatro, sino más bien una instalación de pintores y escultores». Empezó a caminar hacia atrás, buscando una salida. «El teatro se hace con el cuerpo», expresó más bajito, como conversando consigo mismo».

La obra, presentada en forma extraoficial, fuera de la programación del festival, arrancó aplausos en medio de la rechifla comunista. El poema *A Enden,* de Álvaro Mutis se deja escuchar en medio de la pieza de Aristófanes. «Que te acoja la muerte» canta una procesión a ritmo de campanitas. «Raúl –comenta Burgos Cantor– tenía loca la imaginación y no se ponía límites cuando se enfrentaba a lo que tenía que resolver en la escena. Después lo he visto en algunos poetas

de lengua inglesa de las Antillas como Derek Walcott, pero Raúl era ya capaz de revolver a esos griegos que mantenían toda una tradición en nuestra cultura, con unas canciones de vaquería de su propia invención. ¡Una cosa de audacia!». Para no olvidar, aquel final espléndido de esa obra singular, con una voz que canta desde la oscuridad del teatro:

> Yo vengo de San Pelayo
> a contarles historias
> en menos que canta un gallo
> canto olvidos y memorias

Rubén Gómez Jattin dice que la presentación de su hermano Raúl aquella segunda vez en Manizales, representa un gran triunfo y una gran decepción: «Triunfo, porque ganó prestigio en poco tiempo, siendo un provinciano; y decepción por el hecho de que algunos rechiflaran su presentación. Y esto, no porque su teatro hubiese sido pobre sino por principio, desde la ideología marxista».

Aún Rubén, navegante de aguas más científicas que culturales, sabía por contacto indirecto en la misma universidad de Cereté, que quien no hiciera teatro político, en aquellos tiempos, era relegado. A Raúl sólo le importaban los clásicos. El mito y la historia. La memoria era para él única arma contra la muerte. El arte y la literatura son incondicionales: no tienen que dar cuentas a nadie. De ahí, lo que Rubén considera un primer choque: «Su alejamiento del teatro causa en él un tremendo impacto psicológico Raúl se frustra, se desilusiona en su espíritu creativo».

Lo llaman retrógrado desde la izquierda e inmoral desde la derecha. «El teatro colombiano se desarma», dice Alonso Mercado. Y después, agrega, vino lo peor: «A la Escuela Nacional de Arte Dramático, baluarte del teatro sin fronteras, irrumpió con toda la fuerza del dinero el teatro de divertimento liviano o café concierto. Y en la Facultad de Artes Escénicas, sacaron a Santiago García como director».

¿Izquierda o derecha? ¿Retrógrado o inmoral? En mitad de la plaza central de Manizales, Raúl se pregunta desconcertado: «¿Dónde está mi lugar?». Por lo pronto, decide tomar un bus directo, de inmediato, a su región.

Tiempo después, Raúl vive en la finca Mozambique, de Cereté, facilitada por su padre enfermo, con el fin de que se dedique a sus cosas, y recibe la visita de Carlos José Reyes y otros amigos de su grupo de teatro en Bogotá, quienes traen y montan con él *Los acarnienses* en los cines de Sahagún y Cereté, reverdeciendo épocas en el Sinú, gracias al apoyo financiero de su amigo, Germán Bula Hoyos.

Su madre va a ver la obra. «Voy a recorrer mundo», le dice Raúl. Picado de nuevo por el gusano de la dramatización en escena, intentará –una vez se vayan sus colegas– seguir haciendo teatro en su región. «Tu amigo Raúl es el mejor director de teatro que tiene la madre patria», le escribirá a su amigo Ponce.

Dos años atrás, en una de sus vacaciones, Raúl se había enterado de la existencia de un grupo teatral en el colegio Marceliano Polo, fundado por su padre en Cereté. Había sido informado de que sus amigos, Leopoldo Berdella y Lázaro Reza, formaban parte del mismo. Una tarde los aproximó con la propuesta de adaptar *Vidas Sesgadas,* de Zweig, pero con actores distintos a los del grupo del colegio.«Estaba emocionado –dice Reza– pero regresó a Bogotá y el asunto no pasó de ahí».

«Raúl, Alonso Mercado y otros amigos de diversas poblaciones de la región, querían cultivar el teatro en el departamento de Córdoba y empezaron montando obras en la misma casa de la Niña Lola y Don Joaquín. Presentaron, por ejemplo, *Coplas a la muerte de mi padre,* del español Jorge Manrique. Lo hicieron de una manera escuálida, sin escenografía, algo experimental. También *Modesta proposición* de Jonathan Swift, el duro del humor negro. Todos recuerdan aquella propuesta insólita del autor a sus compatriotas ingleses: como estan nacen 80 niños diarios y no se pueden alimentar todos, deben escogerse 40, preparar una salsa, cocinarlos y brindarlos como manjar a un público delicado. «Era un teatro de choque», explica Mercado. Y nos pone a imaginar a Raúl, saboréandose en los labios: «Se fríen así los quibbes con la carnita de los niños». En la imaginación del público, el chef macabro, léase Raúl, introduce olores, prueba sabores, sirve en bandeja las bolitas de quibbe al

auditorio, que goza y ríe nerviosamente. «Cereté no tiene tradición teatral», puntualiza Mercado. «Pero el teatro en Cereté, comienza con Raúl».

En la capital de Córdoba, Gómez Jattin adapta y muestra con éxito *Las muñecas que hace Juana no tienen ojos,* con unas señoras adustas y generosas como protagonistas. Son las Damas Grises del Club Montería. Entre ellas figuran Maruja Santos, Amparo de Burgos y Polola Vélez de Martínez, a quien Raúl encontraba tan buena actriz como Liz Taylor. «No es necesario poner a actuar al actor –comentaba a los amigos– sino a quien no lo es».

Roberto Burgos Cantor es testigo de aquella única presentación de *Las muñecas*, principio y fin de temporada. «Al momento de acabar, el telón abajo, los aplausos en el aire, el asombro en los rostros, una nutrida ráfaga de bolas de naftalina se desgaja sobre los espectadores». Burgos escribe una bella crónica sobre el Raúl teatrero. Las bolitas de naftalina rebotan esa tarde en el cuerpo de los presentes, golpean las sillas, ruedan por el suelo.«Un olor de encierro preservado inunda el ambiente. En ese instante los espectadores quedan encerrados en el armario en que el director ha convertido al mundo. Raúl pone un candado y se pierde con los demás actores en el escenario».

Esta misma obra, con las mismas actrices cordobesas y el mismo director será presentada en el Teatro Fundadores de Manizales, pero no en el marco de un festival sino durante una convención nacional de Damas Grises.

La picazón escénica terminará en Bogotá de otra manera. En el viaje que hace con su colega de teatro y amigo del alma, Miguel Durán, por el río Sinú, Gómez Jattin se entusiasma con la posibilidad de regresar una vez más a los procenios bogotanos, idea que concreta al poco tiempo.

Sus buenas intenciones, empero, chocarán con los efectos de su drama personal. En Bogotá, Carlos José monta dos obras y necesita un actor de su calidad. Primero, como protagonista de *Final de Partida,* pieza mayor de Samuel Beckett, en cuyos ensayos Raúl no puede avanzar porque le cuesta trabajo memorizar el papel. Carlos José lo regaña varias veces. Raúl se resiente. Muestra signos de súbita agresividad y transmite una sensación de angustia.

La otra obra, *Un alcalde a la antigua* de José María Samper, habría de estrenarse en el Teatro Colón de la capital. Raúl la deja a mitad de camino. No vuelve a los ensayos. Carlos José se ve obligado a cambiar de actor. El problema coincide con el de *Final de Partida*. Y, el título de esta obra, con el de la relación entre Carlos José y Raúl.

Según testigos –y como gota que rebosa la copa– Raúl se habría trenzado en una discusión con Clarita, la esposa de Carlos José en torno a la ubicación de un espejo en el escenario de una de las obras y el director habría intervenido a favor de su mujer, motivado la rabia y el abandono de Raúl.

Un domingo por la mañana, Gómez Jattin llegó al apartamento del escritor Burgos Cantor y de Dorita, su esposa. Entró a la alcoba de la pareja, se sentó al pie de la cama y les dijo con tristeza que quería irse de Bogotá porque sus proyectos teatrales no eran viables. Después fue a la sala, puso boleros en la radiola a buen volumen y bailó desnudo. Se bebió con ansiedad la mitad de un garrafón de vino moscatel, mientras podaba las ramas de algunas plantas interiores. Luego penetró a la cocina y preparó una gigantesca tortilla de huevos que sirvió a los amigos en la mesa del comedor y luego remató su faena con un prodigioso baño con agua de colonia Jean Maria Farina. Al rato se vistió y se reintegró a la calle inhóspita.

Por mucho tiempo, Roberto y su esposa, no supieron si habían presenciado aquella mañana la salida excéntrica de un actor o el mensaje expedito de un amigo definitivamente trastornado.

Ya había tenido varias crisis en Cereté. Ya había estado interno en el Hospital Siquiátrico de Antioquia. Pero ahora, a los pocos días de su visita a los Burgos, el 7 de agosto de 1978, Raúl llegó al apartamento de su amiga María Peña, ubicado en el cuarto piso de un edificio del barrio La Concordia, junto a La Candelaria y la Avenida Jiménez, donde también vivía Juan Manuel Ponce y donde él, Raúl, guardaba algunas cosas.

Lo primero que hizo fue poner a sonar un disco de Richie Ray, a todo timbal, en el equipo de sonido. Luego empezó a lanzar pedazos de muñecos, juguetes, cojines y cuadros por

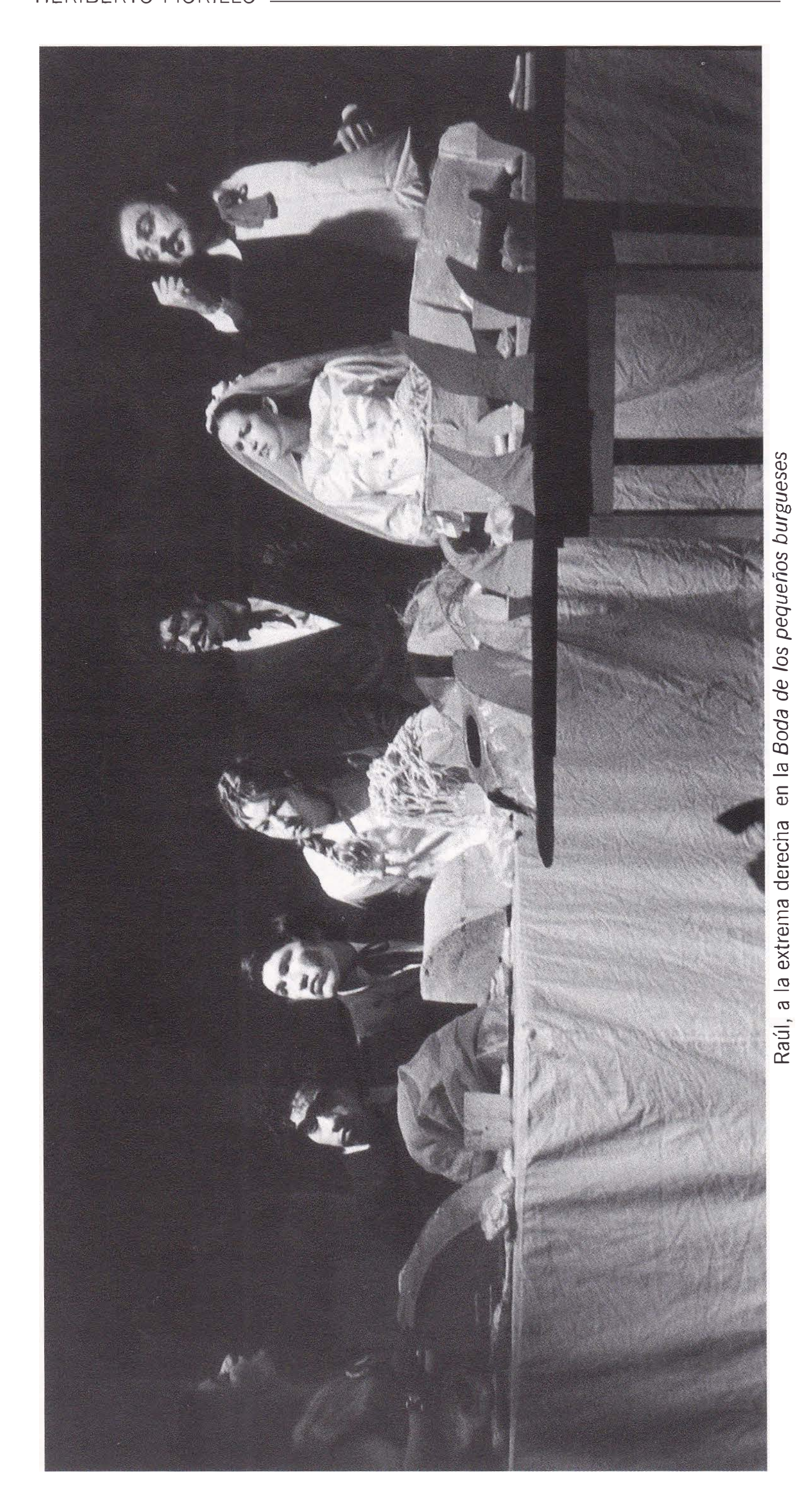
la ventana. Después sus propios libros, algunos códigos de su carrera de leyes, cuyo papel sedoso le seguía sirviendo para liar sus cachos de marihuana. Hoja tras hoja armaba avioncitos que encendía y los echaba a volar por la ventana. Encantados y alarmados a la vez, los vecinos llamaron a la policía.

Desde arriba, Raúl vio llegar primero una patrulla con sirena y megáfono. Después un camión mediano y un carro de bomberos. Del camión se bajaron unos policías de civil, armados con ametralladoras. Los aviones incendiados sobrevolaban la escena. Abajo, la curiosidad hermanaba a los vecinos. Los vendedores callejeros se fueron agolpando. La autoridad presente, bajo el mando del Mayor Olarte, hizo sentir su voz y determinación por el megáfono. Raúl respondió con otra más aguda y feliz, la de Bobby Cruz en «Agúzate». Ahora bailaba y dejaba ver la mitad de su cuerpo desnudo. Burgos escribe que «un joven estudiante, líder socialista, encaramado en una bocatoma del agua improvisó un discurso en el cual pedía a los señores de la ley, así los llamó: señores de la ley, que respetaran el derecho a la fantasía, su altruismo poético, que consideraran cómo los aviones de fuego entibiaban el aire frío y malsano del páramo».

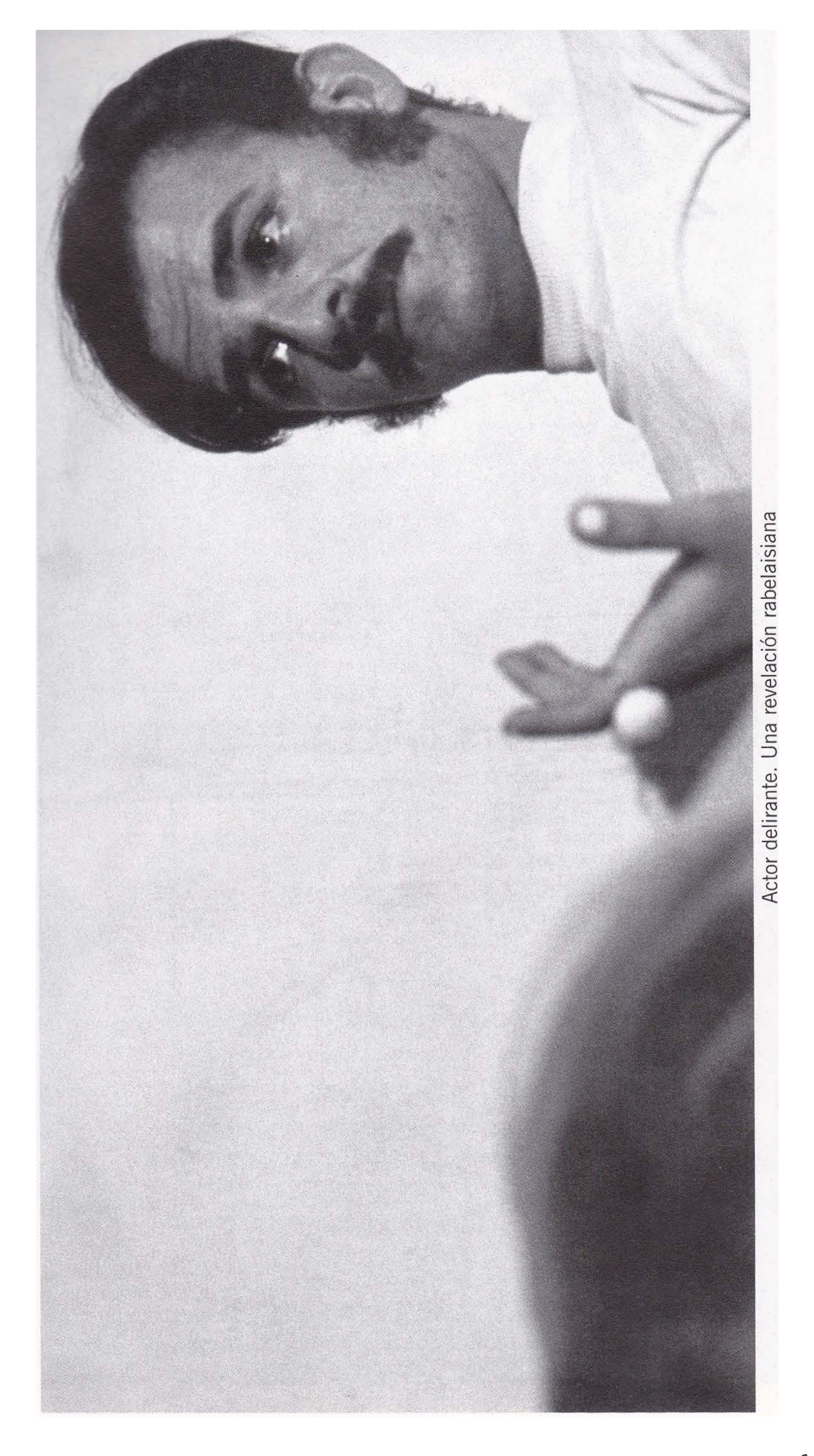
El líder, estudiante y actor del Externado, Hernán Darío Correa, había intentado comunicarse primero desde el interior del edificio con su compañero Raúl. Los policías lo dejaron subir solo, como pidió, tocó la puerta del apartamento de María y le pidió que saliera, que esos manes estaban armados y que lo iban a joder. Raúl deliraba, no respondía, rasguñaba la puerta como una fiera. Hernán Darío bajó e hizo llamar a José Luis Calume, el siquiatra amigo, que llegó en seguida. Los dos hablaron con los agentes. Explicaron la naturaleza del problema, pero los dos tipos de civil que habían bajado del camión subían por la escalera del carro de bomberos, apuntando sus metralletas como si fueran mangueras. Hernán Darío corrió en seguida a montarse en la bocatoma e improvisó un discurso. «Responsabilizo públicamente al mayor Olarte de lo que haga con nuestro amigo enfermo», gritó. Y el piquete de policías lo bajó de su pedestal y lo metió a la radiopatrulla.

Raúl, que lo había visto todo, decidió bajar por la puerta principal, envuelto en una sábana. Caminó como un emperador en medio de la multitud y siguió derecho, sin palabra alguna, hasta la radiopatrulla. Al comprobar que su amigo Hernán Darío estaba en ella, se abrió campo como pudo entre los agentes y le dio una trompada. «Seguro no le gustó que yo le robara el show», dice hoy su amigo de entonces.

De allí saldrían los dos para una estación de policía. A Raúl le darían traslado, con ayuda de su amigo Juan Manuel, a una clínica de Bogotá. Hernán Darío volvería a lo suyo: continuar la lucha estudiantil, pelear por un mundo mejor, combatir las miserias del hombre mientras estuviera vivo. A pesar de colores y diferencias, había recorrido buena parte de ese trecho con Raúl, un tipo fuera de serie, un humanista que había luchado por cambiar también la vida a punta de sensibilidad. Un «aristócrata» al que le dolieron en su época la ductilidad de los magistrados, la insensatez de la policía, la dureza de los banqueros. Su soledad y en consecuencia su extravío, son –en opinión de Hernán– el de toda una generación. Una generación que, como él, se quedó sin escenario. Sólo que Raúl Gómez Jattin, lo que no encontraba afuera, sabía fabricarlo adentro. Y esa tarde, mientras caminaba en su sábana hacia la radiopatrulla, no estaba diciendo adiós al teatro. Estaba, por el contrario, incorporándolo sin atenuantes, a su propia vida.



Raúl, a la extrema derecha en la *Boda de los pequeños burgueses*



Actor delirante. Una revelación rabelaisiana

EL ALACRAN

TALLER DE TEATRO

A. A. 29558 - BOGOTA



LAS MONJAS



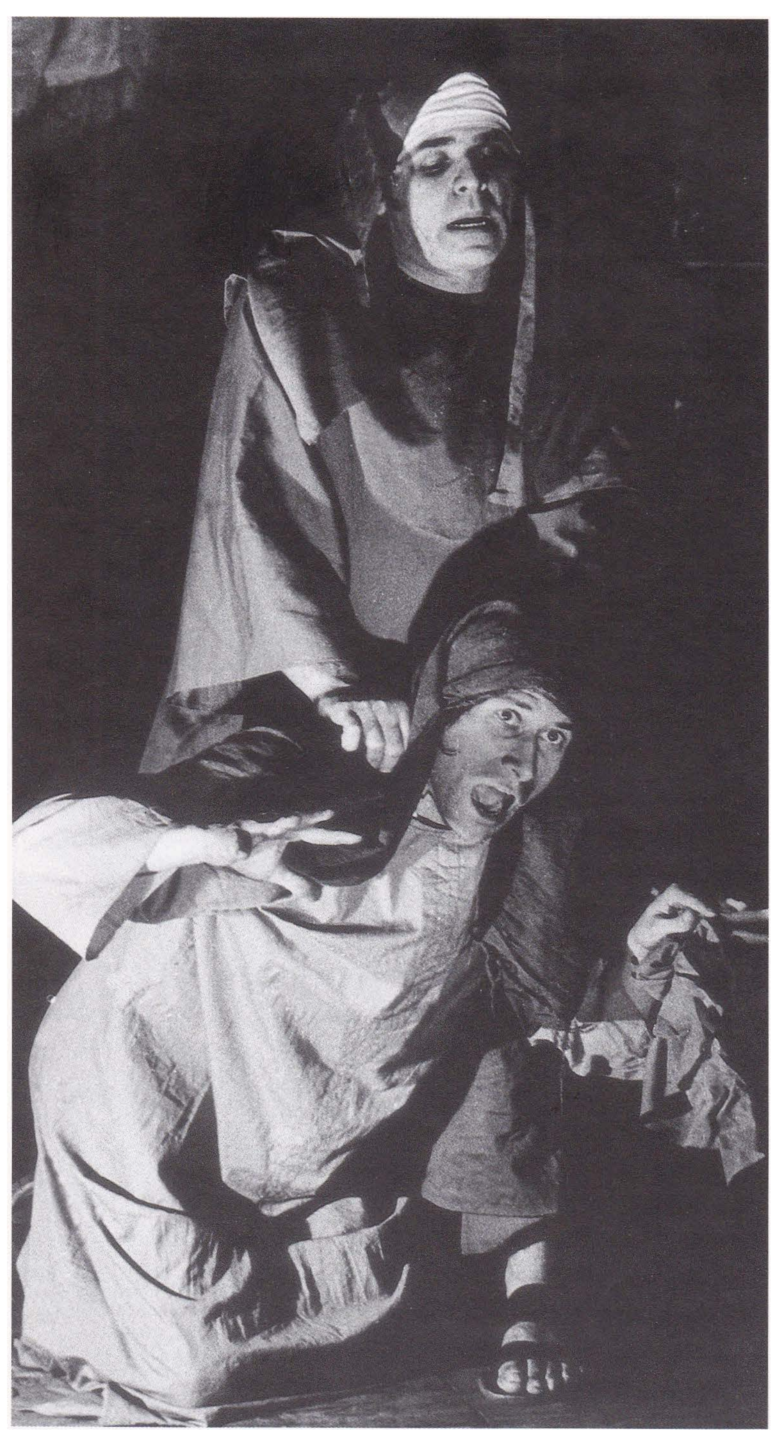
De: EDUARDO MANET

Direccion: CARLOS JOSE REYES

La acción se desarrolla en Haiti, durante la revuelta de los esclavos.

MADRE SUPERIORA	*RAUL GOMEZ*
SOR ANGELA	*LUIS E. SANCHEZ*
SOR INES	*CESAR AMAYA*
	DIEGO MUNERA
	FABIO CORREA
LA SEÑORA	*MARIA EUGENIA GOMEZ*
	ALBA FLOREZ
	ELSA FORERO

Tipografía Astro Calle 24 Nº 38-75 Tel. 42 16 96



Raúl, arriba, madre Superiora en *Las monjas*

TEATRO EXPERIMENTAL DEL EXTERNADO DE COLOMBIA

CUENTOS SOBRE MACONDO

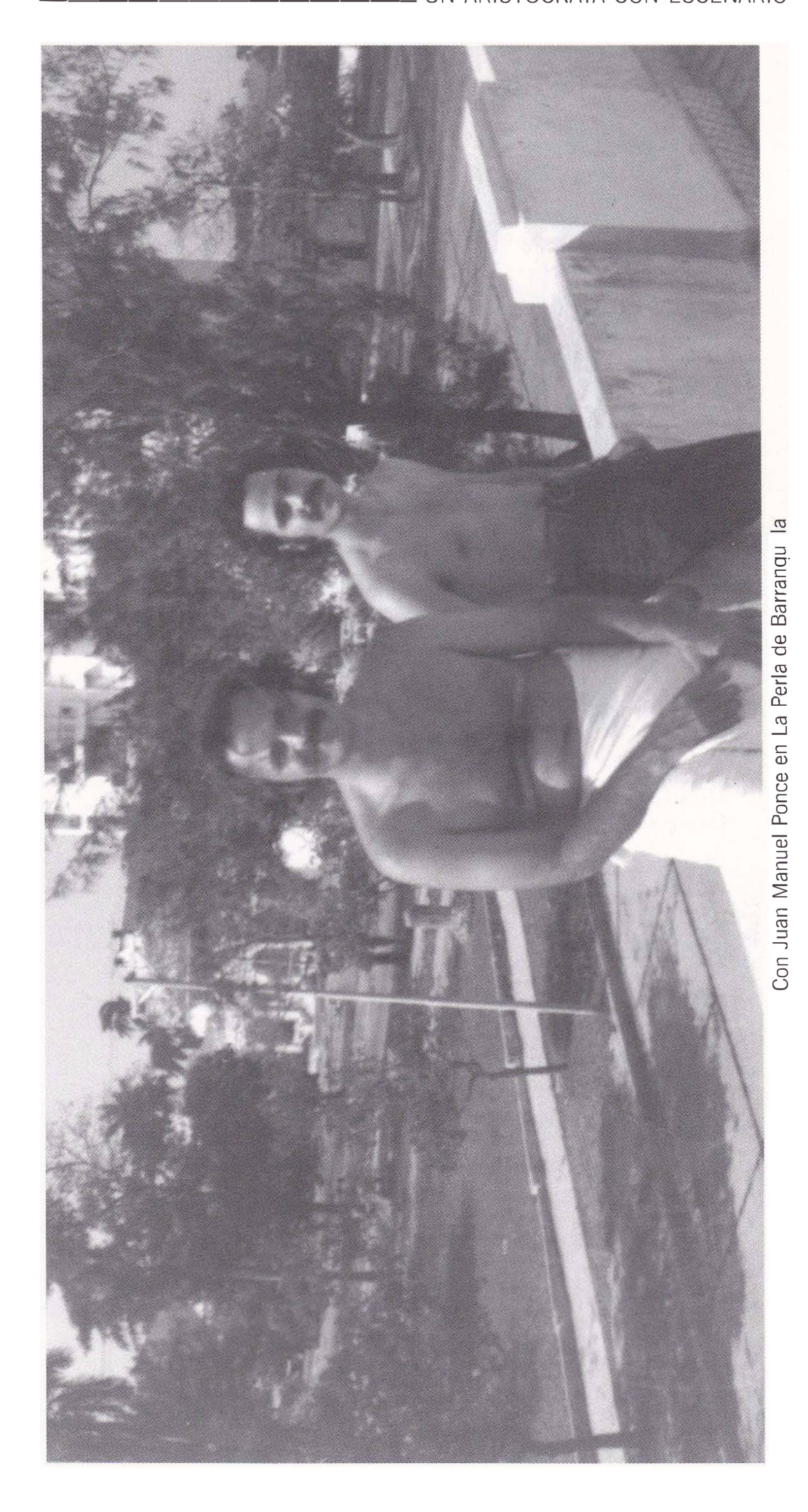
''UN DIA DE ESTOS''

Aurelio Escobar (dentista sin título) ... César Amaya
Ayudante del Alcalde ... Pedro Lombana
Alcalde Militar ... Eduardo Botero
Tambor ... Jairo Betancourt
Soldados ... Raúl Gómez
Jaime Paredes
Julio Hernando Arévalo
Enrique Pinzón
Joaquín Reyes
Hernán Arenas
Carlos Eduardo Marín
Jorge A. García
Jaime Saab
Germán Reyes
Mauricio Salgado
Luis Sánchez

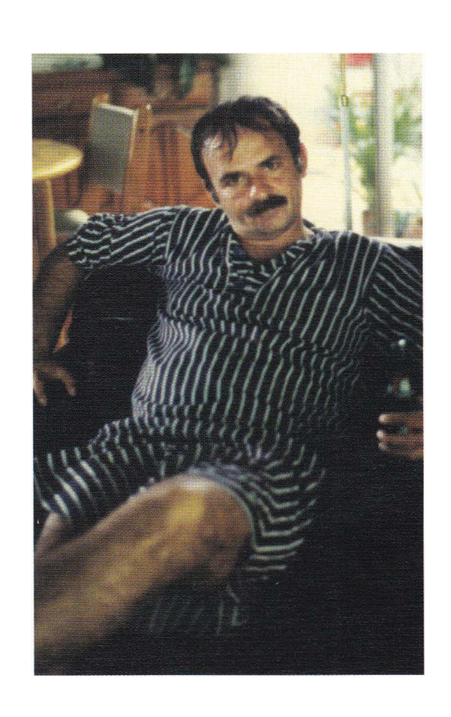
" LA PRODIGIOSA TARDE DE BALTAZAR "

(Adaptación escénica de Raúl Gómez)

Baltazar ... Julio Hernando Arévalo
Ursula ... Tania Mendoza
Campesinos ... Mauricio Salgado
César Amaya
Doctor Giraldo ... Jaime Paredes
Chepe Montiel ... Jairo Betancourt
Señora de Montiel ... Miriam Villas
Pepe Montiel ... Germán Reyes
La Maye ... Yola Mosquera
Tendero ... Raúl Gómez
Pepe ... Germán Reyes
Músicos ... Joaquín Reyes (guitarra)
Enrique Pinzón (tambor)
Parroquianos ... Tania Mendoza
Luis Sánchez
Mauricio Salgado
César Amaya
Eduardo Botero
Gloria García
Pedro Lombana
Jaime Paredes
Jaime Saab
Jorge A. García
Hernán Arenas



Con Juan Manuel Ponce en La Perla de Barranquilla



El otro

Raúl descubre la marihuana, vive desgarradoras experiencias con los hongos, se enamora sin ser correspondido, empieza a dedicarse a la poesía y a intentar construirse en libertad, transgrediendo preceptos convencionales y causando horror en la familia, después de la muerte de su padre.

Raúl Gómez Jattin descubrió la marihuana a fines de los años sesenta en Bogotá, mientras ensayaba con actores colegas que la traían de Barranquilla y en las fiestas que por las noches daban algunos profesores, oriundos también de la capital del Atlántico. En ese mismo lapso vivió la decepción de enamorarse sin suerte de varios compañeros universitarios que lo querían como amigo y nada más.

El Raúl que conoció, por ejemplo, Rafael Salcedo Castañeda en la capital fue un muchacho sano que se reunía con amigos y amigas a estudiar, cocinar, cantar y beber vino, la mayoría de las veces en su apartamento del barrio Sears.

Nacido en Ciénaga, Magdalena, Rafa había encontrado en el actor cereteano de lengua filosa y rápida al coterráneo ideal para leer, estudiar filosofía y derecho de lunes a viernes y beberse unas copas durante los fines de semana. «Las nuestras –dice– eran reuniones de cinco o seis amigos para echar carreta y hablar de todo, de asuntos legales, penales, de literatura, del país». También cocinaban, escuchaban boleros, cantaban baladas de Serrat, de Paco Ibáñez, pasaban el rato con cerveza o vino y hablaban, hablaban, hasta las cinco o seis de la mañana.

Casi veinte años después, al hacer pública su escala de valores, en el aliento incomparable de su poesía, Raúl supo remover la pulpa espesa de sus afectos y sacó bien conservados, intactos, los mejores versos para el imbatible Salcedo Castañeda, el amigo entre amigos, aquel ángel de la complicidad que derrotó a todos los sexos.

QUE ELLAS PERDONEN A RAFAEL SALCEDO

Soy de la mujer y del hombre Me doblega
una tierna virilidad Subyuga mi corazón
una feminidad fortalecida en el arte
Aunque siempre he amado más al amigo

He tenido junto a mí a las mujeres que he querido
A Tania le di mi corazón en el escenario
Y en las calles de Bogotá y bajo la noche de Cali
hablamos
Ante la transparencia de los ojos de uvas color miel
de Margarita Bermúdez tintineaban mis huesos

Mis poemas en la voz y en la música de Beatriz Castaño
son la emoción de un corazón que se parece al mío

Pero el amigo es el amigo y ellas perdonen
No aguantan tanta parranda como Rafael Salcedo
Como Rafa Salcedo Castañeda de mi corazón
Armonía en la masculinidad de un alma
como la brisa inmensa y fresca del Universo
No aguantan tanta guitarra como el gran
amigo de mi vida entera el viejo Rafa
El cienaguero ilustre Bello y trágico
como un pájaro en medio de la tormenta

«A todo le dicen parranda», dirá hoy Rafael Salcedo. Los dos armaron por supuesto unas cuantas, pero lo más extravagante que hicieron Rafa y Raúl fue aprovechar la ausencia de la tía rica de otro compañero, para meterse alguna tarde en su casa y bebérsele el whisky y la champaña guardados por esa mujer en una pequeña cava y servidos para ellos en bandeja de plata por la muchacha escuálida de ojos tristes, que estaba siempre allí y que estaba vestida siempre como para una fiesta de gala, con uniforme y cofia. O fue tal vez ponerse el abrigo largo e irse a llenarlo de libros de literatura y de filosofía del derecho, que se robaban en la Librería Buchholz de la Avenida Jiménez, con la complicidad de Gustavo, un compinche de los dos, que trabajaba en el lugar.

A cada sustracción exitosa de libros o de botellas de vino en las tiendas, los universitarios de entonces solían llamarla con su jerga de moda marxista «una pequeña expropiación». Lo demás eran cosas serias. Leían a los novelistas del *boom* latinoamericano, se prestaban libros de poesía universal e intercambiaban comentarios elogiosos o destructivos sobre cada autor. Raúl era, en palabras de Rafael, puro vozarrón y sentimiento. «Despierto, buen amigo, comelón, se relamía los labios cuando preparábamos algún plato favorito».

Pero al año largo, Rafael dejó el derecho y se fue a Nueva York y después a París, donde permaneció, junto con Arthur Rimbaud, como una de las dos más poderosas razones que tuvo Raúl en la vida para visitar la ciudad luz.

Por ahora, la vida estaba para él en Bogotá, con el teatro, el derecho, el arte y los nuevos amigos. «Nuestros

encuentros –dice el poeta y escritor José Luis Díaz Granados– eran en la cafetería. Nos sentábamos a conversar de lo divino y lo humano, especialmente de Gabo, de los demás escritores de la América Latina, de Belle de Jour y de la belleza glacial de Catherine Denueve, del Che, de Angola y de Los Beatles».

Alfredo de los Ríos lo conoció mientras vivieron ambos en algún piso de las Residencias 10 de Mayo, del barrio Antonio Nariño. Raúl era flaco, pálido, de ojos profundos y llevaba el cabello rapado. «Me preguntó por el libro de Carlos Fuentes que yo llevaba en la mano. Me dijo que tenía montones de libros en su cuarto. Había montañas de ellos. Expresivo, bromista, el teatro le robaba más atención que el Derecho. Me aconsejó ser vitalista y no tan racional. Menos académico, más emotivo».

«Te desmantelaba mentalmente– dice su gran amigo Hernán Darío–. Era muy moralista. Me jodía con las relaciones entre política y arte. 'Es que eres un artista que se desperdicia en la política –me decía–. La autenticidad está en el arte».

Juan Manuel Ponce conoció a Raúl mientras revisaba los resultados de admisión en la cartelera de la universidad. Lo primero que escuchó a lo lejos fue su aparatosa carcajada de brioso caballo. Luego se encontró con su mirada fija y saltona, como de alucinado, y pronto tuvo su rostro entero, maltratado por el acné, cerca del suyo, presentándose, moviéndose al ritmo frenético de sus manos.

A Raúl, varios minutos de charla filosófica con Juan Manuel le dieron motivos suficientes para entregarse a construir una amistad que él reforzaría con encuentros casuales en la cafetería de la universidad o en los buses del mismo barrio, y que sabría sellar, de su mejor forma, con libros interesantes.

«El primero que me prestó fue *Damián,* de Herman Hesse», dice Juan Manuel. Raúl andaba fascinado por esos días con *Fabrizio Luppo,* una novela sobre amores platónicos homosexuales, del escritor italiano Carlo Coccioli. «Tenía todas las obras del *Boom* –las de Gabo, Vargas Llosa, Cortázar, Donoso– y sabía recitar de memoria los poemas de Luis Carlos López».

Tal vez nada como esta, la memoria prodigiosa de Raúl, para impresionar a Juan Manuel.«Se sabía todas las casas reinantes de Europa, de quien venía cualquier Alejandro o cualquier princesa, exactamente los abuelos, bisabuelos, los entronques de esas casas reinantes, eso le gustaba y se lo sabía de memoria».

La linda casa de Ponce se volvió epicentro de reuniones más amplias. En su interior empezaron a festejarse los buenos montajes de las obras, los comentarios favorables de la prensa y cualquier pretexto que justificara ver a los amigos. Pero las rumbas duras las armaba entonces aquel profesor de Filosofía del Derecho inteligente, jactancioso y deslenguado que convertía su apartamento del barrio Quinta Paredes en una singular discoteca neoyorquina, con luces de colores en el techo y cigarrillos de marihuana en las bandejas, para asombro y consumo de toda la muchachada. A esas fiestas entraba a veces un Raúl electrizante que abanicaba entre las gentes un sombrero y gritaba, como aquel personaje de Macondo: «¡Apártense vacas, que la vida es corta!».

Su compañero de infancia, José Luis Calume, primero estudiante de electrónica y luego de medicina en la Universidad Nacional de Bogotá, se había hecho novio de una compañera de facultad, Zita Figueroa, que era de Sahagún y que conoció allí a Raúl en1965.

«Ya entonces él fumaba marihuana», asegura Zita. Unos amigos de la universidad lo habían invitado a una sesión. «Esa primera vez fumé tanto –dijo Raúl– que me intoxiqué por varios días».

«Cuando lo conocí –recuerda el escritor Roberto Burgos Cantor– era un 'burro de buena ley' que usaba su hierba dentro de una idea de lo natural, no dentro de esa necesidad por alguna carencia interior, algo muy frecuente en esos tiempos. Usar hierba, en cambio, no ponía ni quitaba en la vida de Raúl. Era como tomarse un escocés o cantar en la ducha. No parecía haber, en ese sentido, un ápice de dependencia».

Calume, Arnulfo Julio, Hernán Darío Correa, Raúl y otros amigos vivían en La Oquedad, un lugar del barrio La Candelaria de Bogotá, en una casa cuadrada con un patio en la mitad y dormitorios pequeñitos que ellos no llamaban cuar-

tos sino octavos. El más grande era el de Raúl. Y el más chiquito, el de Calume. «Eran tan diminutas esas habitaciones –dice Hernán Darío– que nos tocaba hacer las fiestas en la cama».

En una de esas camas, la de Calume, todavía con su sábana y las almohadas en desorden, encontró Zita Figueroa a Raúl un día, sentado y nervioso. Parecía ensimismado. Una muchacha acababa de asaltarlo sexualmente. «Pero me pudo, Zita –le dijo–. Yo definitivamente no puedo con las mujeres. Por favor, arregla la cama de José Luis».

Ya había ocurrido una situación similar en otra casa del norte bogotano, durante una fiesta. «Pero a esa la puse a que me hiciera un sancocho», se burlaba Raúl. Y que no se dijera que había sido extraño a los asuntos de mujeres, porque también había tenido sus novias en Cartagena, en Montería y en Cereté. En los corredores del Externado, no pocas compañeras buscaron sin fruto al hombre detrás del actor y del dramaturgo exitoso. Artista consumado, Raúl siempre rindió, por encima de todo, tributo a la belleza y a la juventud. No fue un misógino. Tuvo gran amistad con varias mujeres. Mujeres inteligentes, como Tania Mendoza Robledo o como Beatriz Castaño, su amiga, su protectora, su hermana en la desgracia, su doliente, la mujer que puso música de guitarra a su poesía.

Más difícil que a él, les resultó a sus compañeros ignorar aquellas estudiantes esculturales que Raúl despachaba fácilmente con un «ah, es esa vieja bruta, díganle que no estoy». O entender sus razonamientos, diciendo: «Bueno, me la llevo a la cama pero, ¿Y después? ¿De qué voy a hablar con ella?». A Beatriz, en cambio, una tarde de buen humor y sentimiento, le confesaría: «Si yo no fuera marica, me casaba contigo».

Frente a Zita, llamada entre sus amigos «la mujer más bella de Sahagún», Raúl sostuvo que no podría nunca dejar de ser gay y le recomendó –para entenderlo– leer *Sendas equívocas,* de Stefan Zweig. No obstante, pocas actividades lo deleitaban tanto como depilarle las piernas. Y ella lo consentía como una mamá. Calume, novio primero y después marido de Zita, opinaba ya entonces que su amigo había

idealizado a su propia madre, sin superar el Edipo, una tesis que sustentaría después como siquiatra. Por ahora, le bastaba señalar que Raúl había destrozado ya varias muñecas y juguetes de los pequeños hijos de sus amigos, como síntoma indiscutible del mencionado complejo.

Sabio, creativo y manipulador, Raúl conocía a los seres humanos, hombres y mujeres, como el que más, pero tenía desde el tuétano un concepto superior del amor y la amistad entre los hombres. Había bebido en los griegos y prefería el amor masculino porque «dependía de dos cabezas pensantes». Eso es todo, como aclara su amigo Mercado: «No le encuentro sentido al escándalo, después de Whitman».

Cuando Raúl quería hablar con un amigo, los demás le estorbaban. Ay de aquel que interviniera. Una vez, ansioso por charlar con Juan Manuel a solas, Raúl le dijo a Catalina Restrepo, la esposa de este: «Te he traído unas amigas para que conversen contigo» y absorbió por completo a su interlocutor.

En ocasiones no era tan amable y había tensiones. Por ejemplo, si el tema eran el teatro o la poesía, una persona inculta o desinformada del asunto no podía dialogar con Raúl. Él se daba cuenta y le pedía que más bien escuchara. Nos lo dijo Beatriz Castaño, que lo conoció bastante bien: «Para charlar de esos temas con Raúl, había que merecerlo».

«Raúl era un espíritu de mujer atrapado en el cuerpo de un hombre», nos dijo en Sincelejo su hermano de madre, el también poeta Gabriel Chadid. A Juan Manuel, su gran amigo, Raúl le aclaró: «Mi homosexualismo es una búsqueda. No tiene nada que ver con el afeminamiento. Lo cual no niega que dentro de todo homosexual inteligente pueda haber una gran mujer».

Carlos José Reyes, el hombre que lo ayudó a ser actor, jamás se enteró de sus gustos amorosos. «No le conocí amistades particulares. Ni novias, ni novios. Nada. Al principio vivía como en una especie de comunidad. Nunca supe de alguna relación con un muchacho, que lo hubiera besado o algo así». Frente a Carlos José, una especie de extensión paternal en Bogotá, Raúl no tocaba esos asuntos. Nunca lo había hecho con su padre. Ni con Lola. Y con los jóvenes

insistió siempre en el carácter excepcional de toda relación. En su opinión, se trataba siempre, en cada caso, de una escogencia, no de una casualidad. Él era en extremo selectivo.

Sólo sus amigos íntimos recuerdan cuánto lo desveló aquel amor del muchacho que conoció y perdió en Riosucio, durante un formidable carnaval del diablo y saben de las largas horas que quemó sus pestañas, leyendo, escribiendo, preparando el trabajo final de otro joven colega que adoraba.

En un escenario distinto, y después de varios meses compartiendo helados y cervezas, Raúl encuentra el valor para sincerarse con un tercer compañero de estudios que, sorprendido y furibundo, lo insulta. Raúl deja de ir a la universidad, pasa días enteros sin comer y confiesa querer morirse.

Otro día, va con un amigo de vacaciones a Cartagena pero no resiste y, caminando las playas de Bocagrande, le pasa el brazo por los hombros y le declara su amor. También este amigo lo rechaza. Esa noche, en la misma habitación, ninguno dice una palabra ni puede pegar los ojos. A la mañana siguiente se despiden con frialdad y cada uno regresa por su lado a Bogotá. El muchacho en el primer avión; Raúl arribará por la tarde. Su carnal Juan Manuel va a recibirlo al aeropuerto.

En el bolsillo, Raúl trae un frasco de Valium, para los nervios y, en sus labios, una historia de amor inventada, fabulada por él en la soledad de su imaginación. «Lo pasamos de maravilla», le miente a Juan Manuel. Entonces le detalla en confianza la forma en que él y aquel jovencito se llenaban de besos, los lugares del encuentro, la intensidad de la relación.

Días después, Raúl se niega a montar en otro avión porque «va a caerse y cómo me voy a morir yo, si estoy enamorado...». Y una semana más tarde armará, también para sus amigos, la escena de la ruptura: «Vimos que lo nuestro no tenía futuro. Los dos estamos destrozados, pero era lo mejor».

Tras romper bruscamente con un amigo, por un malentendido similar, Raúl vuelve a encontrarse con él dos años después en Bogotá. Ambos aceptan el diálogo, van al aparta-

mento de Raúl y mientras se beben una botella de vino, Raúl le explica al otro joven en detalle que entre homosexuales no media el romance ni la invitación a cenar, ni el contarse historias o decirse cosas al oído. Que eso ocurre sólo en el mundo de hombres con mujeres. Parece lamentarlo. «Entre hombres –continúa Raúl mientras se desnuda con lentitud sobre su cama– la aproximación es distinta: uno va en un bus y mira a un hombre que le gusta y el hombre lo mira a uno y los dos ya saben, se bajan del bus y listo. En la cama habrá entonces un pugilato, una medición de fuerzas, para definir el rol activo o pasivo de cada uno». Escuchándolo, viéndolo hablar, el amigo recuerda un viejo verso de José Viñals: «El amor que no se desnuda es como la muerte que no se viste». Y se aleja de allí, de aquel hombre una vez más, dejándolo envuelto en otra aura de desamparo.

Álvaro Aleán opina que los amigos de Raúl, entre los que él se incluye y cuyo número calcula inferior a los dedos de las manos, no le dieron importancia a su soledad y obraron como una catapulta que atomizó su locura. «La falta de afecto hizo que él se refugiara más en su imaginación. Lo único que podía tener eran esos amores platónicos».

Otros como Zita, sostienen que Raúl no se entregaba, que no era capaz de amar. «Ni siquiera se amaba a sí mismo. Le gustaba era que lo atendieran, pero no hizo el más mínimo sacrificio por él ni por nadie».

Lo que más le importaba a Raúl era su obra. En ella, con soberbia calidad, se realizo como amante y como amigo; y con ella alcanzó lo que no logró o no quiso obtener de la realidad material.

«Creo –dice Juan Manuel– que Raúl buscaba ser siempre abandonado por los seres queridos. Por eso no fue persona de amores duraderos. ¿Qué hubiera ocurrido si uno de esos amores platónicos le dice que sí? Temía tanto por su obra, que se habría inventado algo para evitarlo».

En verdad, Raúl parecía seleccionar siempre, de manera inconsciente, a aquella persona que iba luego a rechazarlo. «Entre el amor verdadero y la aventura no hay sino una diferencia de tiempo», decía él, un hombre lleno de sentencias, proverbios y otras frases morales.

«El Raúl que uno amaba era ese –exclama Juan Manuel– el emocionante, el loco entre comillas, el que brillaba y decía cosas inverosímiles, no el enfermo. Este era detestable».

Amigos cercanos suyos, como Beatriz Castaño, creen que un laberinto hecho de soledad, falta de afecto e intemperie causaron que Raúl se aferrara a las drogas, como a la tabla de un náufrago. «Con ellas vivía una realidad suavizada y más dulce que el de la amarga y dura cotidianidad», dice ella.

Zita Figueroa lo recuerda a fines de los sesenta en Bogotá, pasando las noches en vela y fumando yerba en su propio apartamento. Una de esas noches lo cree más atormentado que de costumbre, improvisa cualquier conversación y le dice:

–*Uno debe hacer las cosas que lo hagan feliz.*

–*A mí me hace feliz la marihuana* –res onde Raúl, con la vareta en la boca.

Zita riposta:

–*Esa es una felicidad embustera.*

–*Por lo menos tengo esa*– contesta él, y se acerca a la ventana, donde suelta con lentitud, sobre las casas del barrio, el hilo largo y humeante de su bendita yerba.

A Zita Figueroa no le sorprendían ni la inteligencia ni las extravagancias de Raúl. Lo había visto salir una noche de estrellas, bajo un paraguas, hasta el baño del patio en La Oquedad; y cenar en chancletas, en el lujoso restaurante bogotano El Gran Vatel.

«Lo que aprendí de restaurantes, de vinos, de comida árabe e internacional fue con Raúl –dice Hernán Darío Correa–. Él se gastaba su sueldo en libros, discos y comidas con nosotros». Arnulfo Julio no olvida la tarde en que roció con marihuana un helado de chocolate ni la noche en que, de *jeans* y chaqueta roja, se puso por requisito una corbata, pero amarrada en la frente y entró con burla y gran risotada al distinguido Teatro Colón de Bogotá.

La memoria de Zita guarda con claridad la noche aquella en que se acostó con Raúl a leer un libro sobre las distintas formas de quitarse la vida. El hombre las repasó con deleite, las desechó una tras otra, por incómodas, por aburridas o

antiestéticas. «Le tenía miedo a la muerte», comenta ella. «Era cobarde». Ya cantaba a Miguel Hernández y a Antonio Machado en la música de Joan Manuel Serrat, del mismo modo como cantaba los romances de Federico García Lorca, en la música de Paco Ibáñez.

Ponce acompañó a Gómez Jattin la mañana en que este fue a charlar con Ricardo Ray y Bobby Cruz en la habitación de su hotel de Bogotá. Ricardo y el Bobby hablaron largo de música, religión y cocaína. Raúl los idolatraba, sus discos eran parte de su vida. Ponce y Raúl fueron otra noche al Teatro Colón, donde se presentaba el cantautor español Joan Manuel Serrat, pero mientras Ponce subía a ocupar uno de los palcos junto a un grupo de amigos, Raúl llegaba con un amiguito a primera fila, elegante como un príncipe, con su vestido de terciopelo sobre una camisa morada y una actitud de zamuro que no quería perderse un sólo rictus del personaje en concierto, un sólo segundo de lo que fue para todos un deslumbramiento.

El primer reencuentro de Raúl con la poesía en Bogotá, fueron pues aquellas canciones inolvidables de los juglares españoles pero el primer libro que lo impresionó fue el de *Los Poemas de la Ofensa*, del poeta colombiano Jaime Jaramillo Escobar, X 504. Raúl estaba en La Oquedad y le dijo al mismo Juan Manuel: «Ven, que te voy a leer a un gran poeta de la Lengua Castellana». Lo primero que le leyó fue el poema de una negra que tenía un cuello largo para beber agua de los cocos. «Ese fue el primer libro de poesía que Raúl cogió en forma. De resto, sólo lo vi leer prosa».

«Un día –dice Zita– me regaló a Vallejo, a León Felipe. Todavía él no escribía poesía. En cambio, cuando me entregó a Rimbaud, ya estaba loco. 'Tú te mereces este libro', me diría. Después supe que escribía poemas. Lo supe un día que me dejó encerrada en su apartamento de Bogotá y encontré varios de ellos en su mesita de noche. Eran exquisitos. 'Te volviste procaz', le comenté tras leer uno de los eróticos. Y me respondió: 'Cualquiera puede escribir poesía. Lo valioso es escribir buena poesía, aún cuando sea procaz'.

Carlos José Reyes se enteró de que Raúl consumía marihuana por el reguero de cachos o colillas de yerba dejadas

por el actor en el apartamento que le había prestado un director de teatro amigo. «Yo fui el intermediario del préstamo y Raúl casi acaba con el sitio. Ese fue el comienzo de su desastre».

Entregado a la *cannabis,* Raúl experimenta con otras drogas. Con pepas y cocaína. Sara Ortega, su hermana de crianza, recuerda que en uno de sus regresos de Bogotá, Lola le descubre entre la ropa y los libros de la maleta un frasquito con polvo blanco.

–*Es para el asma* –dijo Raúl en seguida–. *Me ha vuelto a dar.*

Su madre, no se tragó el anzuelo.

–*No señor, esto es droga.*

Él lo siguió negando por un buen rato, hasta que aceptó, por insistencia de ella.

–*Es de un amigo* –. Terminó diciéndole Raúl. *Él me lo dio.*

Sara cuenta que, consternada, la Niña Lola no le contó sin embargo una palabra a Don Joaquín. Se quedó sola con su angustia. El temor de Raúl por esos días era que su hermano Rubén se enterara y se lo contase a su padre.

Una noche, José Luis Calume cita a Rubén Gómez Jattin en el patio de su propia casa. Cumple, en secreto, un encargo de Raúl: evitar que Rubén lo delate como marihuanero. Calume recurre a la imaginación. Le dice a Rubén que es algo muy personal y lleva una botella de aguardiente al encuentro; le hace apagar las luces, enciende un cigarrillo y se sienta a cierta distancia. «Empezó a dictarme –recuerda Rubén– una conferencia sobre la marihuana: que cómo había entrado a Colombia, su llegada a la costa atlántica, las clases sociales que la consumieron en Barranquilla, el marihuanero que había conformado un estereotipo, la yerba como parte de la vida social moderna. En fin, después de despacharse por un rato, me pidió encender las luces y me mostró varias colillas de cigarrillos sobre una mesa. 'Son cachos de marihuana', me dijo. 'Me he fumado todos estos. ¿Te he pegado, te he insultado, te he ofendido? La marihuana no es mala y Raúl la está fumando. Lo que pasa es que vives en un pueblo'. Le dije que yo no veía nada malo en ello, siempre y cuando no se excedieran, como en todo. Calume se fue tranquilo, pero a Raúl no se le quitó el pavor».

Rubén dice que si su padre se hubiera enterado, habría muerto de tristeza. «Él no se fumaba un cigarrillo. Era una persona recta. Y esperaba mucho de Raúl. Saber aquello habría sido fatal».

La mayor decepción de Don Joaquín habría de esperar algunos años más.

«Un día –narra Gabriel Chadid– me encontré a Raúl feliz de la vida estudiando Derecho en Bogotá. Alguien lo invitó en esos días a tomar ácido lisérgico. Ahí comenzó, no la locura, porque él tuvo siempre una paranoia difícil de notar, pero del ácido pasó a la coca, a las anfetaminas. Lo impulsaba una desesperación aniquiladora, una búsqueda que encontró fin cuando probó los hongos. Ahí cambió. Me habló de una visión dominante en su experiencia: que él era un mamífero recién nacido y no podía chupar mango. Un bebé incapaz de mamar. Eso lo afectó para toda la vida».

Eran los años del teatro en Bogotá.

Unos amigos de Raúl que habían consumido dos y tres veces hongos alucinógenos le hablaron de percepción extra–sensorial, de chamanismo, de las llamadas plantas de los ioses. Lo cierto es que en esos años se puso de moda entre los estudiantes ir a la sabana de Bogotá a meter hongos con leche condensada.

Raúl era un hombre curioso, un artista con afanes de mayor conocimiento, que había leído a Aldous Huxley y sus pruebas con distintas drogas, así como sobre Antonin Artaud y aquellos alucinantes viajes suyos de peyote con los indios taraumara. Raúl también quería tener una experiencia sicodélica.

«Preguntaba mucho –dice su amigo Antonio Cardona– sobre el significado de las drogas en las culturas indígenas. Pero los indios se preparan para navegar en la droga y no tener un mal viaje. Yo se lo decía».

Raúl va con tres amigos a una finca en el Tolima. Está muy emocionado. Sabe que los hongos buenos, los *stropharia,* son los que crecen en el estiércol de la vaca y no en el del caballo, pero los busca con ansiedad, los arranca, verifica con sus compañeros si esos son los apropiados y los engulle, uno tras otro. En ese primer viaje se come ocho. Sus amigos, tres o cuatro, cada uno. «Comió demasiados hongos», será el

dictamen final pero, por ahora, Raúl se ha tirado al piso y uno de los perros de la finca se arroja sobre él y lo lame en el rostro y las orejas.

Mientras sus compañeros viven nuevas percepciones frente al paisaje y sensaciones desconocidas con la atmósfera, Raúl tiene en su rostro una expresión indescriptible que asusta a los demás. «La cara que yo veo –dice uno de los testigos– es la cara de la locura, algo del más allá. Nosotros volábamos, teníamos todos el cabello rosado y el cielo era una cola de pavo real, pero esa cara de Raúl... no correspondía. Nunca se la había visto».

Cuando el grupo decide caminar, Raúl sufre un desdoblamiento prolongado, una regresión tan brutal a sus primeros años de edad, que habla casi a media lengua y se mueve en forma torpe. «Ustedes no tienen idea de lo que vi», les dirá una y otra vez. «Me vi hablando con otro, que era como yo».

Ya él jamás volvería a ser el mismo.

Todavía en la universidad, Raúl asistirá a la mañana siguiente muy temprano a clases, sentirá en brazos y piernas las palpitaciones del corazón, escuchará música y percibirá sus colores, pero cuando el profesor de turno se de vuelta desde el tablero, lo verá del ombligo hacia arriba como un tigre multicolor, y del ombligo hacia abajo, como de gelatina transparente.

Al poco tiempo, paseando en auto con Beatriz Castaño y Juan Manuel Ponce por la Sabana de Bogotá, Raúl hace detener el vehículo para arrancarle todas las flores a un árbol de Borrachero, comérselas e intoxicarse de nuevo, hasta terminar vomitando los pétalos en un cuarto blanco de hospital.

Su amigo, Álvaro Aléan menciona otra salida de Raúl y sus amigos del hongo por Chía, donde sufrirá él una tremenda traba de tres días viéndolo todo azul, hasta el libro rojo de Mao que arrojará con delicioso frenesí por la ventana de su apartamento, detrás de otros libros que irá calificando y lanzando al vacío: este es una mierda, este una porquería, este otro basura... «A raíz de esa sobredosis de hongos –recuerda Aleán– Raúl expulsa de su vientre la famosa tenia solitaria», ese parásito monstruoso al que después culpará él de todas sus anteriores desmesuras gastronómicas.

«Los alucinógenos permiten que tú mismo te veas en forma crítica», le dijo Raúl tiempo después a su sobrino José Luis Gómez, hoy médico en San Pelayo, Córdoba. «Yo me vi todo el tiempo pequeñito –le describió–. Como un enano. Y esos hongos me bajaron la autoestima. Sentí durante todo el viaje que no había hecho nada en la vida. Que me había dedicado a consumir sin producir. Algo así. Y como que qué esperaba...».

Algunos años después, al hacer en el *Tríptico cereteano* el balance de su actividad poética, Raúl exaltará en letra de imprenta el papel del hongo stropharia y de la marihuana en la construcción, de su propia vida.

ELOGIO DE LOS ALUCINÓGENOS

Del hongo stropharia y su herida mortal
derivó mi alma una locura alucinada
de entregarle a mis palabras de siempre
todo el sentido decisivo de la plena vida

Decir mi soledad y sus motivos sin amargura
Acercarme a esa mula vieja de mi angustia
y sacarle de la boca todo el fervor posible
toda su babaza y estrangularla lenta
con poemas anudados por la desolación

De la interminable edad adolescente
otorgada por la cannabis sativa diré
un elogio diferente Su mal es menos bello
Pero hay imágenes en mi escritura
que volvieron gracias a su embrujo enfermizo
Ciertos amores regresaron investidos de fulgor
eterno Algunos pasajes de mi niñez volcaron
su intacta lumbre en el papel Desengaños
de siempre me mostraron sus vísceras

Hay quién confía para la vida en el arte
en la frialdad inteligente de sus razonamientos
Yo voy de lágrima en lágrima prosternado
Acumulando sílabas dolorosas que no nieguen la risa

Que la reafirmen en su cierta posibilidad
de descanso del alma
No de su letargo

«Los alucinógenos permiten que tú mismo te veas en forma crítica», le dijo Raúl tiempo después a su sobrino José Luis Gómez, hoy médico en San Pelayo, Córdoba. «Yo me vi todo el tiempo pequeñito –le describió–. Como un enano. Y esos hongos me bajaron la autoestima. Sentí durante todo el viaje que no había hecho nada en la vida. Que me había dedicado a consumir sin producir. Algo así. Y como que qué esperaba...».

Algunos años después, al hacer en el *Tríptico cereteano* el balance de su actividad poética, Raúl exaltará en letra de imprenta el papel del hongo stropharia y de la marihuana en la construcción, de su propia vida.

ELOGIO DE LOS ALUCINÓGENOS

Del hongo stropharia y su herida mortal
derivó mi alma una locura alucinada
de entregarle a mis palabras de siempre
todo el sentido decisivo de la plena vida

Decir mi soledad y sus motivos sin amargura
Acercarme a esa mula vieja de mi angustia
y sacarle de la boca todo el fervor posible
toda su babaza y estrangularla lenta
con poemas anudados por la desolación

De la interminable edad adolescente
otorgada por la cannabis sativa diré
un elogio diferente Su mal es menos bello
Pero hay imágenes en mi escritura
que volvieron gracias a su embrujo enfermizo
Ciertos amores regresaron investidos de fulgor
eterno Algunos pasajes de mi niñez volcaron
su intacta lumbre en el papel Desengaños
de siempre me mostraron sus vísceras

Hay quién confía para la vida en el arte
en la frialdad inteligente de sus razonamientos
Yo voy de lágrima en lágrima prosternado
Acumulando sílabas dolorosas que no nieguen la risa

Que la reafirmen en su cierta posibilidad
de descanso del alma
No de su letargo

Voy de hospital en cárcel en conocidos inhóspitos
como ellos Almas con cara de hipodérmica
y lecho de caridad Entregándole mi compañía
a cambio de un hueso infame de alimento

Toda esa gran vida a los alucinógenos debo
La delicadeza de un alma no está casi
en lo que se apropia Sino en el desprecio de
ese estorbo
sangriento cual banquete de Tiestes
que la opulencia inconsciente ofrece vana y fútil

Pero todavía estamos una década atrás. Raúl ha vivido su segunda experiencia negativa con el teatro en Manizales, regresa a Cereté y no tiene intención de retornar al Derecho. Su lectura continua de poesía universal ha derivado en el intento serio de producir versos por escrito. Ahora no quiere ser gran dramaturgo, sino el mejor poeta del mundo. Y está convencido de que las drogas ayudan. «Me muero de ansias míticas por cuatro stropharias –escribe a su confidente Juan Manuel Ponce–. Mi alma en pena y la poesía colombiana de la próxima década dependen en gran parte de esos hongos sagrados».

El 27 de marzo de 1973, incluso un año antes de volver por segunda vez al festival de teatro en Manizales, Raúl le adjunta a Juan Manuel este poema:

AMÉN

Mi querida amiga Clementina Torres
revuelve con sus manos de viudez congénita
una ternura rancia
Como quien prepara chocolate para la muerte
Ternura cosechada entre sacos de arroz
queso blanco y latas de manteca
Ternura regada sobre el mostrador y la balanza antigua
Ternura que tal vez no sea más que la última sonrisa
de su virginidad petrificada
La última vez que la vi me dijo:
Raúl, me estoy muriendo
y era verdad, tenía el pellejo mustio

como acordeón deschavetado
y allí detrás su calavera
masticaba una caja de dientes
con furor

Está a siete años de publicar su primer libro, pero Raúl reitera, a quien será casualmente su editor, las rotundas preferencias que siente ya por la poesía. «No me tortura mi fracaso de teatro –le dice– ni la posibilidad tan cierta de que mi 'temperamento' no sea realmente uno en lo que lo artístico tenga un lugar importante. Me preocupa sí, no intentarlo de veras, con los cojones necesarios». Y se pregunta más adelante: «¿Cómo llamar a esta nueva edad? ¿Edad de la palabra? ¿Del ensueño? ¿Del encuentro? Unas cuantas palabras son suficientes para nombrar el mundo, y la poesía, ese intento desgarrador de hacer semejantes todas las cosas, su señal. Acceder a esa señal nos salva de la muerte».

En su intenso intercambio epistolar con Juan Manuel, a prolongarse por años, Raúl le dejará conocer sin recato poemas de todas las longitudes y calidades. El poeta está en busca de su camino y también escribe versos breves pero contundentes como este:

Toma mi mano
Acaríciala con cuidado
Está recién cortada

La mayor parte de su correspondencia la enviará Gómez Jattin a Juan Manuel desde Mozambique, un lote contiguo al patio de la casa paterna, materialización de un viejo sueño del padre de Rubén y Raúl, donde se levantó una casa con techo de paja y se le colgaron unas cómodas hamacas.

Don Joaquín Pablo había sembrado allí mismo berenjenas, tomillo, albahaca, varias hortalizas; había traspasado las pequeñas plantas cultivadas mucho tiempo en latas de avena: los palitos de mango, mandarina, marañón, y consiguió muchas matas de papaya. Tantas, que los vecinos asociaron su prestigio de abogado con su nueva actividad agrícola y empezaron a llamarlo simbióticamente Doctor Pa-

paya. Don Joaco trajo también más gallos de pelea, nuevas palomas reales y amplió la vieja porqueriza.

Hasta ahí llega la Niña Lola con renovados bríos a contemplar a Raúl. Ahora usa en ocasiones un bastón, como su madre, o camina con zapatos ortopédicos. Se ha caído en un baño enjabonado de Tolú, se ha fracturado un tobillo, ha estado dos años y medio en silla de ruedas y ha quedado coja, pero se ve más elegante, como apunta Raúl.

Esta mujer se desvive por él, le hace traer las chancletas para que se quede y no salga; lo acompaña a una hamaca y lo mece; lo peina, le limpia las uñas y le pregunta qué quiere comer. A él le encanta, ella lo sabe, el quibbe crudo, la lengua puyada, el arroz de almendra, las hojitas de parra, la yuca con suero, los mangos y otras frutas. Y no come como cualquier mortal. Hay que servirle en palangana, unas nueve veces al día. En Bogotá no era raro verlo comerse dos bandejas paisas de una sentada. Sus amigos habían aprendido a tener una medida de su capacidad gastronómica. Cuando no exageraba, comía por dos: en el famoso y popular restaurante bogotano de Las Ojonas, eran dos sopones, una gallina y seis brevas para Raúl. «Necesita alimentarse –dice la madre en Cereté–. Él es grande, piensa mucho y está joven».

«Preparaban unos cocinados estupendos –recuerda Álvaro Aléan. Circulaba la comida y el trago. La Niña Lola ordenaba las viandas de las picadas. Después ponían la mesa en serio». En vacaciones, Hernán Darío Correa vivió buenos momentos con Raúl y su padre en Mozambique.

–Mire, viejo Joaco, ese sol–, le decían los muchachos viéndolo desaparecer como una bola de fuego bajo los árboles.

–¡Qué espectáculo sería si el sol se ocultara cada cinco años!–, apuntaba él, mientras los tres contemplaban la caída del astro rey, al son del último concierto de Puyana, salido de una radiolita portátil.

Don Joaquín estimaba que ese sería el lugar perfecto para que Raúl escribiese tranquilo su tesis de derecho y se graduara. Pero Raúl no quería saber de leyes.

A mí eso no me gusta. Estoy en otra cosa– le decía.

Raúl lee y escribe poesía. Aún no se olvida del teatro.

–Pero eso no te va a dar para vivir le argumentaba su padre–. Gradúate como abogado y, si te va bien, eso te puede garantizar tiempo libre para hacer lo que quieras.

La cultura, para Don Joaco, significaba riqueza adicional. No el propósito de una vida. «Papá era un tipo pragmático –comenta Rubén–. Y nos apoyó a estudiar una carrera que nos diera dinero. La cultura, según él, era para expresarse bien. '¿Qué plata va a dar el teatro? –preguntaba–. ¿Quiénes hacen teatro?' Y se respondía con un juicio común de la época: 'los locos, los drogadictos, los asesinos. Esos están en el teatro'. Papá quería que Raúl fuese un jurista. Un jurista culto, pero un jurista».

Mientras tanto Raúl devoraba libros de poesía y ensayaba ritmos singulares en sus versos, así como empezaba ya a fumarse la marihuana que crecía entre los árboles de papaya y los hongos que brotaban del estiércol de vaca hecho pantano al otro lado del patio.

En carta a su amigo Juan Manuel, Raúl se define en 1976 como «un niño inteligente bajo la armadura de un hombre de 32 años», que se siente «iluminado en comparación con el imbécil que me precedió». Ahora está escribiendo poemas que le satisfacen. «Nunca me he sentido tan feliz, tan completo –le dice– a pesar de que estoy solo (posiblemente para siempre). Razón: esa música que esperamos todos se ha dejado oír silenciosamente en secreto y ruge endiabladamente por dejarse escuchar en nuestras palabras. Escribo poemas que no son momentos lúcidos sino palabras que dicen o intentan decir esa realidad vivida estéticamente. Escribo y rompo y vuelvo a escribir».

Raúl siente que es otro hombre. Que un primer Raúl quedó o está quedando atrás. «Soy otro. No me gusta el naranja sino el azul. No soy gordo, no sé lo que llegó a saber el otro: geografía, tipicidad, Tancred Dorst, etc. Son palabras que creo haber escuchado y no estoy seguro si se escriben así. ¿Quiénes son esos dos viejos cariñosos y terribles que me encarcelaron?».

Se refiere, por supuesto, a sus padres. Raúl está convencido de que los hongos son imprescindibles en la restauración de aquel hijo de Lola y Joaquín. «Lo que quedó está empe-

zando a retoñar en hojas de otro color, de otra forma. Aún no hay ramas, sólo hojas y todo el universo para conocer poco a poco y necesitan todo el sol, toda la luz para crecer. Cualquier cercanía, amiga o enemiga, los ofende con su presencia. Por las noches, mis raíces, ellas sobrevivirán intactas, se mueven y reconocen entre sí, en una caricia que es la única auténtica que he recibido en toda mi vida. Crezco también por las noches, calladito, identifico un verbo o un color viene bajo los párpados a consolarme».

Raúl parece atestiguar la llegada de una esencia distinta, de otra concepción del mundo, de los componentes de una nueva identidad.

«El orden, al fin el orden se me dio a comprender». Y luego, «Sus líneas se me aparecen diariamente, como la imagen de una polaroid».

Como el nacimiento de Mr.Hyde, narrado por el mismo.

«El croquis secreto del mundo. Eso es: un croquis sobre el cual, después de descubierto, cada uno irá armando su figura, su carne, su imagen, su palabra, su color, su sonido, su ser en suma. Su pasar».

Y, como en un juego de máscaras, Raúl no quiere saber nada del rostro que se quita.

«Sólo le tengo miedo a lo conocido, lo usado, lo manoseado, que ha venido cayendo como una costra ajena».

Mientras tanto, en este otro lado del mundo Don Joaquín se deprime con la evidencia diaria de que Raúl no desea graduarse de abogado, pero le permite sin embargo continuar en posesión de la finca Mozambique, con tal de que Lola y él puedan vivir y morir tranquilos en su propia casa.

Rubén, el hermano de Raúl, trabaja por esos tiempos en Bogotá. Con un par de amigos, Raúl toma en préstamo el automóvil de Rubén, que unos desconocidos le robarán en Barranquilla, adonde lo lleva para disfrutar de unos carnavales.

Rubén regresa y debe contener su furia, pero es Don Joaquín, enfermo de la próstata, quien lo ha hecho llamar. No quiere que otra persona lo acompañe a una clínica.

–Te voy a pedir un favor –le agrega–. Perdona a Raúl. No le cobres el carro. Yo te lo pago.

Rubén quiere protestar. Está además furibundo con todos en la casa, por defender a Raúl.

–Eso le ha dolido mucho– le explica su padre–. Ahora, a su problema de estudios, Raúl suma el de haber perdido ese carro.

A partir de esa misma semana, la enfermedad de Don Joaquín copará la atención de la familia Gómez Jattin. El diagnóstico de la clínica de Barranquilla será el mismo que el de Bogotá: Don Joaco tiene cáncer en la próstata.

Raúl ha convertido mientras tanto a Mozambique en un lugar de encuentro, donde amigos del alma como Mercado, Aleán, Calume, Redondo, Gerónimo, Nando, Burgos y Correa arman fiestas y comilonas con gente más joven de Cereté y Montería; y donde a veces Gabriel Chadid, el medio hermano de Raúl, convoca a medianoche el espíritu de los muertos, en su caracterización de Parsifal, el brujo. También les enseña a leer el Tarot y el I Ching. A Raúl le encanta el amplio universo de mundos posibles que le abren esos libros, la enorme gama de posibilidades en el aparente espacio finito de la vida.

A los jóvenes del teatro, Raúl les regala tragedias de Eurípides y Esquilo. Él sabe declamarlas con singular tono dramático. 'A ver, Raúl –le pregunta un amigo– ¡recítame Medea! !O! Azul, de Rubén Darío!'. Si esta de buen genio, él se pone de pie y, generalmente, lo hace.

Muchos padres de familia en Cereté empiezan a mirar a Raúl y a Mozambique con recelo, porque se enteran de que allí se consume droga, inducida por él. De otro lado, casi todos los amigos que ha conocido Raúl en Bogotá van a visitarlo. Para alegría de Gómez Jattin, de París vino Rafael Salcedo Castañeda con su mujer. «Recuerdo un atardecer –dice Rafa– entre los palos de mango y las hamacas, Raúl poniéndome al día sobre su vida, mientras yo descascaro arroz en una palangana al aire fresco de las cinco».

También ha venido Carlos José Reyes con El Alacrán. El director se ha casado días atrás en Bogotá y ha salido de inmediato con Clarita, su esposa, y su grupo, en gira por Sahagún y Cereté, donde se aloja en casa de Raúl, incluyendo Mozambique y donde los atiende la Niña Lola, como es su estilo, con sus mejores viandas de culinaria árabe y hasta con unos decimeros que contrata en el pueblo para dedicar coplas a los amigos de su hijo.

«A Raúl hay que tratarlo con cuidado y un poco duro –dice ella a Carlos José–. No hay que dejarlo descarrilar. Él se suelta, se sube a un árbol y no sabemos qué pueda hacer».

En escenarios así, donde se celebran compromisos, matrimonios o lunas de miel, Don Joaquín aprovecha en cambio para preguntarle a Raúl, un hombre en los treinta: «¿Y tú por qué no buscas una mujer, un hijo, una forma de vivir como viven los demás?».

Don Joaco ya no mira aquellas visitas con simpatía. Está casi convencido de que algunos de esos muchachos fuman marihuana y cree de buena fe que se han convertido en obstáculo para la culminación de la carrera jurídica de su hijo.

Se lo dice a Lola.

–No me gusta esa gente.

–Son gente de bien– le contesta ella–. Y esa gente de bien no va a estar metiendo marihuana.

Don Joaquín insiste en la importancia de un trabajo para Raúl. Le propone hasta un puesto público.

–Si no quieres trabajar como maestro, trabaja como abogado, trabaja como inspector de policía, como profesor de bachillerato o de español, trabaja como quieras. ¿Quieres una corbata? Te la consigo con Marcos Díaz del Castillo, que fue alumno mío y ahora es Senador de la República.

–No quiero nada– le responde Raúl.

Don Joaquín no tiene certeza sobre los hábitos de drogas de su hijo menor. Pero sospecha, por lo menos, que algo grave le ocurre al «Puturro», como él lo llama desde niño. «El Puturro no está completo», le dice a Lola, con amargura.

No me molesten –sigue respondiendo Raúl. Le estoy escribiendo a mi amigo, Alfonso López Michelsen.

El ExPresidente López ha escrito ese año ponderando la poética de Gómez Jattin, calificándolo como uno de los más grandes juglares de la América Latina.

En esos días, Don Joaquín parece tener por vez primera la sensación de que algo muy complejo e interior está ocurriéndole a su hijo y le confiesa a su esposa: «Mija, te voy a dejar una carga muy pesada. Raúl está mal. Algo anormal hay en él».

Don Joaquín ordenará colocar un candado en la nevera para evitar el saqueo indiscriminado de alimentos y decidirá encerrarse a su manera, para ocultar la vergüenza ante los amigos que le vieron ostentar orgulloso toda su vida las promesas manifiestas de su hijo. Se consuela sabiendo que hizo todos los esfuerzos por sostener sus estudios en Bogotá y que se vendieron lotes y solares en Cereté para financiar sus viajes, sus gastos e, incluso, sus caprichos.

Rubén, el mayor, no tuvo tanta suerte y debió pagarse, tardíamente, sus estudios de veterinaria con su propio trabajo. En la memoria de Don Joaco todavía está fresca la imagen de Lola prestando dinero de un lado a otro para enviárselo a Raúl; pero todavía ignora cómo la Niña Lola tomaba y vendía su propia pensión, la de Don Joaco, para enviársela a su hijo menor, que la gastaba en lujosos restaurantes, eventos caros, discos de moda, el arriendo y demás necesidades.

Alegre y carismático, Raúl asiste en Cereté al cumpleaños de su amigo Calume y le habla con renovados bríos del teatro, de montar a Beckett, mostrar el Niágara y otras escenografías monumentales. «Me suena fuera de contexto –dice el siquiatra– pero ya Raúl no acepta críticas. «Es que tú no entiendes. No ves lo que yo estoy viendo».

En una visita a Cereté, pueblo que conoce desde 1969 gracias a Raúl, Juan Manuel Ponce descubre que la enfermedad de Don Joaquín está muy avanzada. Los médicos le dan muy poco tiempo.

Raúl está enterado. Juan Manuel detecta síntomas de otra clase de enfermedad en su amigo.

«En un lugar –dice– tan espacioso como Mozambique, Raúl tenía una perrita amarrada a un poste con escasos treinta centímetros de cadena. Le pedí que la soltara y me dijo que no, porque se comería las gallinas y luego se las cobrarían a él. Eso me pareció muy extraño».

Un Raúl muy distinto, ese que encontró Juan Manuel. Había dejado de reír. Ni asomo de sus legendarias carcajadas.

–Eran otros tiempos, Juan– le respondió cuando le preguntó por aquellas.

–¿Otros tiempos? ¿Acaso estamos tan viejos?– preguntó Juan Manuel.

–Ya no me rió así, porque ya no me nace – le contestó Raúl con brusquedad.

Juan Manuel cree que le estaba empezando la locura.

–He oído voces– le dijo después. He oído gente. He dado gritos.

Raúl vive una profunda depresión que estallará con la muerte de su padre.

Pero en esta ocasión viajará con Juan Manuel y Gabriel Chadid hasta el mar de Coveñas, donde querrán bañarse. El viaje es en bus y durante todo el trayecto, Raúl se da golpes frenéticos en las piernas. Juan Manuel le dice: «Este sí se empendejó. ¿Qué le está pasando a éste bobo?» Raúl no contesta. Se sabe incapaz de soportar lo que vendrá.

«Se va a morir el viejo», repetirá otro día en casa, inconsolable, al enterarse de que el cáncer de su padre ha hecho metástasis, de su próstata a otros órganos del cuerpo. Entonces no se va a Mozambique sino que se queda con él, se le mete al dormitorio, buscando su esencia en forma desesperada. Lo hace hablar y hablar, hasta que lo fatiga.

Su sobrino, el médico José Luis Gómez, hijo mayor de Rubén, explica que Raúl le aplica a Don Joaquín «un sistema de atención y desatención, mientras juegan damas y tiene con él la actitud de querer aprehenderlo antes de que se vaya, a sabiendas de que tampoco le conviene aferrarse a él».

Se negaba a perderlo. Le preguntaba si lo amaba o apenas lo admiraba. «Raúl –dice José Luis– sostenía que a veces los padres aman a sus hijos y a veces sólo los valoran como cosas de mostrar». Seguro recuerda que lo bueno, según Don Joaquín, había que merecerlo. Que su moneda no fue jamás para Raúl sino siempre para el niño que recitaba el poema. Don Joaquín se deteriora en su salud con rapidez. El patriarca tiene plena conciencia de su muerte, pero Raúl no la acepta y le baila flamenco desnudo y drogado, sobre un taburete. El dolor se intensifica. Aliviado por la morfina que su hijo le aumenta hasta llevarlo a un estado de absoluta placidez, Don Joaquín muere tranquilo en la paradoja de comprobar que ese hijo menor, el muchacho de los ojos de la Niña Lola, está loco.

«Raúl lo ayudó a morir», confirma la doctora Zita Figueroa, que acompañó a Don Joaquín en sus últimas horas. «Le dio a

su padre un montón de droga», añade Gabriel Chadid, de visita por esos días en la casa de su mamá. La imagen de Raúl llenando de morfina los pulmones de su padre, las noches anteriores a las del 13 de diciembre de 1976, es similar a la del mismo Don Joaquín, veinticinco años atrás, suministrando a su hijo de cuatro años aquellos polvos alucinatorios que combatían el asma y lo ayudaban a vivir.

Esa noche, tarde, aliviado en su dolor, Don Joaquín trata de poner en orden sus pensamientos e ingerir un bocado de alimento. De pronto, mira a su alrededor, como reconociendo la habitación donde se encuentra, dobla su cabeza con lentitud y su rostro cae de lleno sobre el plato.

En el cementerio, Raúl improvisa un extraño discurso y se aferra, cual Antígona, al ataúd de su padre, gritando que no se lo lleven, que lo entierren con él.

Su medio hermano, Gabriel Chadid, parece describir con dramatismo el comportamiento de Raúl. «Él estalló cuando murió el papá. Mientras el viejo estuvo enfermo, Raúl permaneció muy drogado y no toleró su muerte. Dijo que había que enterrarlo en Montería, que él en Cereté no quería, que este pueblo no era digno de su papá. Se enloqueció, se quitó la ropa, se desnudó, se había quemado, sacado los dientes, afeitándose el cabello y las cejas. Hasta entonces había sido un neurótico como nosotros. A partir de ahí se volvió sicótico».

Todo ocurrió así, a un ritmo mucho más lento. Aquella fue una navidad muy triste para los Gómez Jattin. Raúl hace unos globos de papel para sus sobrinos y escribe a puerta cerrada en Mozambique. Su amigo Miguel Durán ha venido a visitarlo en esas vacaciones y Raúl arma con él y con Antonio Redondo, un viaje de observación por el río Sinú. También se llevan a un adolescente, pariente de los Gómez Jattin. Los cuatro suben en una lancha de alquiler hasta Tucurá, donde estaba el último puesto de policía, provistos de una bola de marihuana que se les agota en la subida. Arriba, después de conversar con los policías del puesto, construyen una balsa que les permitirá bajar con el impulso de la corriente. Sólo uno sabe nadar. Durán recuerda la placidez del viaje, «interrumpido por el momento de comprar las gallinas de la comida y escoger la finquita de la ribera donde acampar, cocinar y celebrar cada fiesta».

Al sexto día de viaje, los tres amigos barbados y el muchacho imberbe llegaron cansados por la noche a la playita del río en el camellón de Montería y se echaron allí a dormir, hasta muy temprano en la mañana del día siguiente, cuando fueron despertados en medio del chasquido de las armas y las voces de soldados y otros agentes del orden, que los detuvieron por guerrilleros.

Tres días estuvieron presos los cuatro amigos en la cárcel de la capital cordobesa, mientras las autoridades auscultaban sus sistemas de información en busca de algún dato que complicara su situación judicial. Ahí, mientras esperaban por los abogados que había enviado la universidad en su ayuda, Raúl le confirma a Miguel Durán un deseo que le ha hecho manifiesto en ese viaje: regresar al mundo del teatro en Bogotá.

Pero en Cereté, la madre del mozalbete acompañante, ha ido donde Rubén Gómez a quejarse. Le parece un abuso de Raúl haberse llevado a su pequeño en un viaje tan peligroso. Raúl, quizás en remembranza de lo hecho por su amiga Tania Mendoza a la muerte de su madre, ha entrado al baño de su casa y se ha rapado por completo la cabeza y, así, como un monje khrisna, se acerca esa noche con humildad a su hermano y le dice en voz muy baja:

Ya sé, Rubén, que lo sabes todo. Sé que te lo contaron y vengo muy avergonzado a decirte que tienes la razón en pensar mal de mí.

Los dos se han sentado en la sala. Rubén le responde con la seriedad del hermano mayor.

–Si usted, Raúl, va a actuar de ese modo. Si va a tomarse unos tragos o a hacer ese poco de locuras que hizo, hágalas pero con gente grande. No cargue con un muchachito, que aquí vino llorando esa señora para que su hijo apareciera.

Raúl se pone de pie.

–Cómo no, hermano –le dice– te agradezco la recomendación. Ten la seguridad de que no pasará más. Mi vida, de ahora en adelante, será de otra manera.

No pasaron dos días. Un Raúl enfurecido va a casa de los padres del muchacho, no encuentra a la señora sino al marido, un hombre que sufre de parálisis cerebral y lo insul-

ta. Le mienta la madre, lo llama mano de trinche, bandido, pícaro, miserable. «Muchos pensaron que era una pelea entre familias– dice Rubén– no una acción solitaria de Raúl. Ni siquiera él tenía precedente de ataque alguno. Hasta parientes nuestros era esa gente».

Unas semanas después, Raúl organiza, con tarjetas de invitación y todo, una extraña exposición pictórica de otro joven en Cereté. Un evento que él titula *Con los árboles y bajo los árboles,* en la finca de la familia de Francisco «El Cocacolo» Ramos, que años después perdería la vida al caer precisamente de un árbol. Contemplar la exhibición, exigía al visitante seguir pistas, atravesar charcos y vencer otras dificultades e irse encontrando las pinturas en sitios inesperados. Entre el follaje o debajo de una mata de plátano, por ejemplo.

A la muerte de su padre, los Gómez Jattin se mudan en arriendo a la casa de enfrente. La casa tiene cuatro habitaciones. Tres de los hijos de Rubén comparten la habitación con sus padres, los otros tres duermen con la Niña Lola. Rubén ocupa dos cuartos. «Uno –como él mismo explicaba– para leer, escribir y acostarme a pensar en mi hamaca. El otro, para dormir».

Raúl se encela por esos días con José Luis, hijo mayor de Rubén con otra mujer, nacido antes de su relación y matrimonio con Modesta, la madre de sus otros cinco hijos. No se trata de algo nuevo. La Niña Lola ha demostrado siempre especial afecto por ese nieto suyo que tiene hoy 16 años, para llenar –dice– sus posibles carencias. Lo consiente y lo sobreprotege, como hizo tiempo atrás con Raúl. «Tus hijos no valen nada –le reclama este a Rubén–. El que vale ahora es el hijueputa ese».

Don Joaquín ha muerto y la figura del padre, símbolo de la norma para Raúl ha desaparecido. Esta semana amenaza cortar la cabeza de Roberto Conde, un vecino carpintero, «porque me sapeó con Rubén. Le dijo que yo compro marihuana en la casa de al lado». Alguien llamó a la policía que vino, desarmó a Raúl y lo encerró.

Rubén alegó enfermedad en su hermano y pidió que le cambiaran la cárcel por una clínica. Entonces lo trasladaron al hospital de Cereté y lo pusieron al cuidado de unas monjitas.

Fueron ellas las que llamaron a Rubén, pocas horas después. «No lo queremos aquí –dijeron– Le hemos encontrado, a su hermano, como veinte papeletas de marihuana». Enterados del problema de Raúl, sus amigos le habían llevado yerba de regalo. A Raúl le dio cólico, las monjas se asustaron y Rubén debió llevárselo para la casa.

Carlos Gómez, el segundo de sus sobrinos, recuerda: «Nos dijeron que tío Raúl se había enfermado y que estaba en el hospital. Fuimos, lo visitamos, y supimos que había sufrido una intoxicación, algo como sicótico asociado con la droga».

De regreso, Raúl se encierra en su casa a fumar marihuana, ingerir hongos y toda clase de pastillas. Durante una semana canta, día y noche, los vallenatos de Escalona y las canciones de Joan Manuel Serrat; enciende todos los bombillos de la casa y abre todas las llaves del agua. Se niega a probar bocado y no responde a los llamados de su madre. No le acepta un café. Cree que Lola quiere envenenarlo. Llora y se atormenta.

Una mañana grita desde su habitación que se ha cortado, que le consigan un esparadrapo. Su sobrino Carlos lo compra y lo entrega a su abuela Lola, que se lo lleva al dormitorio. «Cuando él abre la puerta –recuerda Carlos– nos damos cuenta de que se ha afeitado el bigote, la barba y las cejas». El mismo Raúl no se reconoce en el espejo. Dice que se le está cayendo la piel y se le están saliendo los ojos. Tiene quemaduras de cigarrillo en los brazos. Entonces pregunta por Rubén.

«Sonaba entre consentido y deprimido –dice Carlos–. Papá llegó al mediodía, le contamos y se devolvió en seguida en dirección a la calle, a buscar a Gabriel Chadid, el único a quien mi tío respetaba y oía».

En ese instante, lo que ha escuchado Raúl con seguridad es la voz de Rubén y ha salido con un cinturón a pegarle. Pero en el camino se encuentra con su sobrino José Luis y le azota un pencazo de hebilla, fortísimo, descalabrándolo. «Yo estoy –dice Carlos– con mis hermanos en un cuarto cercano, me doy la vuelta y lo vemos de este lado de la puerta, con el cinturón amenazante y los ojos desorbitados. Alguien entra corriendo y saca a mis hermanas menores y a Quique, que se va orinando por el camino».

Ese calvo desfigurado y furioso, ese despojo sangriento y agresivo de ojos saltones, que se ha metido hoy al cuarto de los niños, asustándolos, no es siquiera un pequeño reflejo del tío amantísimo que, hasta este día, ellos han conocido.

La presencia de Raúl en la casa familiar ha sido casi siempre, un suceso feliz. No tenía que llegar de Bogotá para traerles dulces, lápices de colores, fotografías, láminas de la historia del arte y hasta una enciclopedia. También libros de autores que él recomendaba para la juventud, como los Hermanos Grimm, Quiroga, Kipling y Stevenson.

Frente a los niños, todo para Raúl era una dicha. Se sentía uno de ellos. Se tiraba al piso para mover un carrito, jugar bolita de uñita o dialogar con los pequeños sobre el próximo libro de historietas y la última película. Sentado a veces en unas mecedoras que no siempre resistían su peso, soltaba aquellas carcajadas estruendosas, que algunos niños del barrio imitaban, divirtiéndolo. Con su padre, conversaba de las últimas novedades artísticas y literarias, mientras Lola se encargaba de quitarle los zapatos, acomodarlo en una hamaca y tenerlo a merced de sus manjares espléndidos.

Aquel tío generoso que también miraba con aprecio la generosidad en los demás, les enseñó a valorar lo propio y lo sencillo, criticando, por ejemplo, las idioteces del modernismo: «Ahora nos quieren convencer de que la margarina es mejor que la mantequilla». O sosteniendo que ningún árbol europeo daba un mejor paisaje que el de nuestros trementinos. Que las manzanas eran sabrosas por lo novedosas, pero jamás tendrían mejor sabor que un mango.

Había sido un ecologista pleno, con un profundo respeto por la naturaleza como divinidad, al que le disgustaba que los pescadores no devolviesen los pequeños peces al agua, el que se identificaba con esas aves de rapiña llamados zamuros, y el que amaba a los mayeros, unos pájaros sinuanos que aparecen en abril y cantan por la mañana y por la noche.

Acostumbrados a verlo casi siempre limpio e informal, bien peinado, vestido con camisas por fuera, bluyínes y sandalias, los sobrinos se habían sorprendido ya en Mozambique con un Raúl algo desaliñado y sucio, que repetía varios días la misma ropa, aunque habían preferido atribuirlo con sensa-

tez, más que a una actitud propia de las vacaciones, a su íntima preocupación por la enfermedad y la muerte de su padre, lo que también explicaba la ausencia de sus carcajadas, su gran ansiedad manifiesta en tres, cuatro zancadas rápidas, de un lado para el otro, fumando tabaco negro, acosado al parecer por su propia imaginación.

El de ahora era un monstruo, no sólo víctima de una intoxicación.

«Tu hijo mayor es un bandido– le dice a Rubén–. Me echó encima una culebra y me picó». José Luis y los demás niños se van esa tarde a Montería. Rubén ha ido a buscar a Gabriel, que vive en Sincelejo, pero esa misma noche, como a las tres de la madrugada, mientras cae un aguacero torrencial sobre Cereté, Raúl echa de la casa a su madre y a Modesta, la esposa de Rubén, porque –aduce él– son sus enemigas y no gustan de marihuaneros.

La Niña Lola no quiere irse. No quiere dejarlo solo. Raúl la empuja. Luego entra a la casa, enciende todas las velas y espera.

Gabriel lo encuentra tirado en el patio, irreconocible, haciendo piruetas en un charco de agua. «Mátame», le dice apenas lo ve y le extiende una toalla, con la que ha pretendido secarse la humedad de la lluvia.

–¿Y por qué he de convertirme en asesino? –le responde Gabriel–. Mátate tú.

Raúl no contesta. Su hermano sabe que no se atreverá. Lo conoce desde niño.

–Mátate tú – le repite con frialdad–. Yo espero.

Raúl se acurruca y mete la cabeza entre sus piernas. Gabriel llama al enfermero, que aguarda a pocos metros. El hombre se acerca, toma la presión de Raúl y le dice que la tiene alta, que debe bajársela de inmediato. Raúl acepta. El enfermero le inyecta el tranquilizante que un médico ha recetado con antelación.

Hay otro enfermero dentro de un taxi, esperando en la puerta.

Gabriel le dice a Raúl que lo acompañe a un buen club que él conoce en Bello, Antioquia. Raúl asiente y, en pocas horas, los cuatro hombres llegan al Hospital Siquiátrico de Antioquia, ubicado en Bello.

La dosis de droga sedante que el enfermero ha suministrado esa mañana a Raúl, tiene la potencia de dormir por varias horas a un elefante, pero Raúl apenas descansa, observando el paisaje por la ventana del auto. Los dos enfermeros que viajan con él llevan sendas inyecciones de la misma droga a la mano, por si acaso. Raúl desciende del taxi, mira a su alrededor y le dice a su hermano, mirándolo a los ojos: «Esto no es un club. Esto es un hospital mental. No sabía que estaba loco, pero si eres tú quien me lo dice, yo lo acepto».

Y, dicho esto, caminó hacia la entrada.

Era el 22 de septiembre de 1977. Adentro, Raúl no menciona los hongos, pero se confiesa ante el siquiatra de turno como un aficionado a la marihuana y la coca. Explica que ahora vive en Cereté, aislado de los hombres y el mundo, sumido en la soledad y la melancolía. En la conversación, se autodefine apasionado y místico. El médico confirma en él conflictos de agresión y autoafirmación. Lo halla sicótico, negativista, hostil; y lo describe como «un loco que busca su locura».

Raúl se niega a bañarse y a vestirse, se la pasa desnudo sobre su cama de hospital, tapándose con una toalla, con algunas impostaciones femeninas que lo hacen ver, según los médicos, como una maja púdica. A veces, en la conversación, acusa a su interlocutor de querer confundirlo con un juego de palabras.

Una enfermera del mismo hospital le recomienda a Rubén que cambie de siquiatra. Como una coincidencia, Raúl descubre el nombre de uno, Alfredo de los Ríos entre papeles de la institución, reconoce en él de inmediato a su antiguo compañero de las Residencias 10 de Mayo en Bogotá, aquel muchacho a quien él recomendaba ser más vitalista y menos académico.

Raúl lo hace llamar.

Alfredo De los Ríos se conmueve frente a Raúl. «Está enfermo, indiferente, distante». Pero, después del intercambio de algunos recuerdos e ideas, el médico se deprime tanto con su amigo, que decide no atenderlo. Luego admite con franqueza que su análisis sería muy pobre en objetividad. Así lo deja saber a sus colegas.

Raúl no colabora con su tratamiento médico el primer mes. Hace huelga de hambre 29 días. Él, que pesaba 105 kilos de peso, está en 60. «Parece un cadáver vestido», dice al verlo su hermano Rubén, quien le ha traído dos manzanas. Raúl las recibe en sus manos y las arroja con furia al otro lado de la habitación. «¡Sácame de aquí! –le exige–. ¡Estos tipos quieren matarme!».

Los médicos descubren, sin embargo, que Raúl se bebe el suero de la leche. El frasco amanece intacto, pero el quesillo que se forma en sus bordes durante la noche, siempre desaparece.

A instancias de una enfermera, Rubén rompe con el siquiatra. Parece inexperto. Llaman entonces al doctor Trujillo, recomendado por Calume el amigo de Raúl.

A la hora del desayuno, Raúl no quiere probar bocado. Trujillo ordena que le pongan una camisa de fuerza. Dos enfermeros lo hacen. El siquiatra les pide que tomen entonces los huevos, el pan, el café con leche, los revuelvan en una licuadora y le introduzcan el potaje resultante a Raúl, ano arriba, mediante una sonda.

También lo hacen.

Al otro día, cuando están a punto de repetir la operación, Raúl los espanta con un manotón negativo y les dice: «Dénme acá la comida». A partir de ahí cambiará por completo su actitud y se convertirá, dentro del sanatorio, en el abogado y tutor de los enfermos difíciles.

Tres semanas después, El 7 de noviembre, pedirá permiso para salir del hospital. «Mi hermano viene esta tarde por mí, pero yo voy antes a cine y regreso», les dice. Resultaba obvio que no iba a volver. Eran las tres de la madrugada cuando Raúl dejó aquel hospital siquiátrico. Inofensivos, en lo más profundo de su maleta, junto al Akinetón y otros remedios, iban los manuscritos de seis poemas que habían nacido allí.

CARLINA

Carlina tiene dos culos
uno para amanecer:
redondo y envuelto en gasa mertiolatada
apretada a su cintura como cincha de yegua

de yegua en celo
Carlina es negra y bella como una reina Bantú
pero le da pena ser Bantú y le da pena tener el culo así
Por la tarde se deshincha y el culo le cae a las corvas
amarillento pálido
y el penacho de alambre ensortijado lo aprieta
bajo una pañoleta gris
Así es Carlina no valora ni su piel ni su pelo ni su culo ni su Bantú

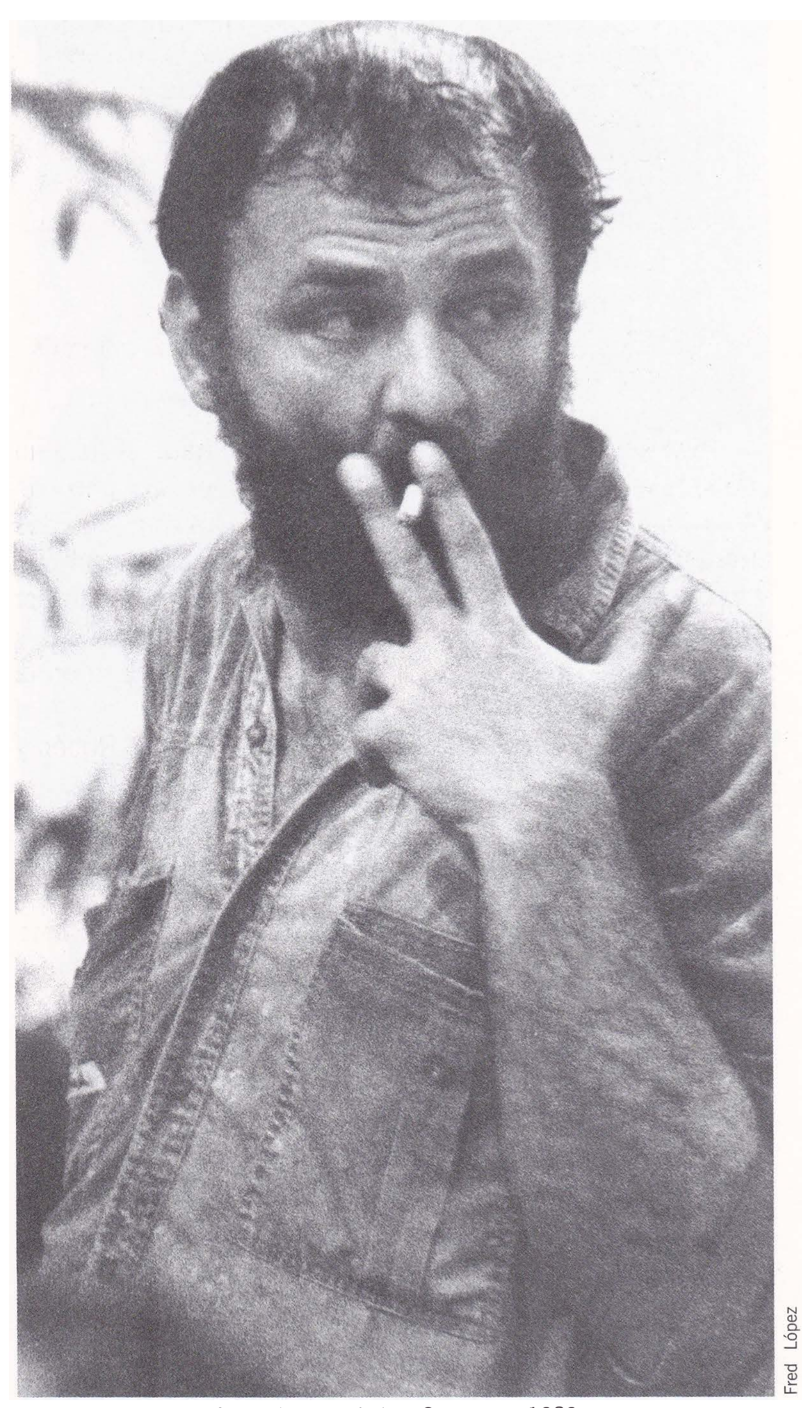
Yo la amo
Pero a cambio ella quiere meterme una tripa larga y colorada
dizque para alimentarme

Al día siguiente de su regreso a Cereté, Raúl pidió a su sobrino José Luis que lo acompañara a hacer un poco de ejercicio. Sin decir una palabra sobre la agresión, los dos charlaron de temas trascendentales y se quedaron viendo un improvisado partido de fútbol. También pasearon un rato por el Marceliano Polo, el colegio fundado por Don Joaquín y retornaron luego a la casa, donde Raúl se sentó a leer en la sala.

En ese momento, entraba Modesta, la mujer de Rubén y madrastra de José Luis.

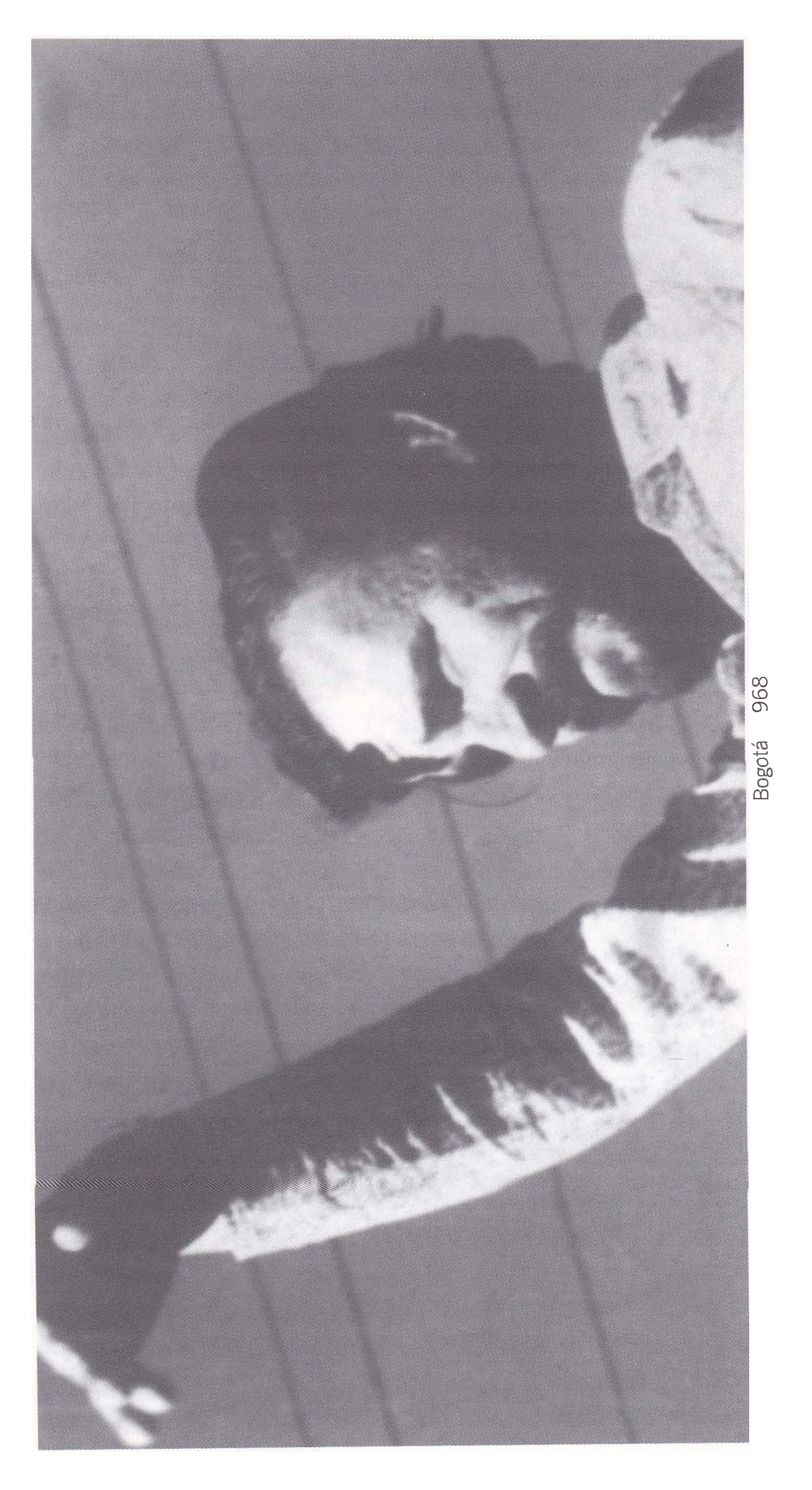
–¿Sabe una cosa, comadre? –le dijo Raúl sin saludarla–. La gente me va a temer como al tuerto López. Estoy escribiendo poesía.

Fue su primer anuncio público, aunque llevaba varios años que la venía escribiendo.

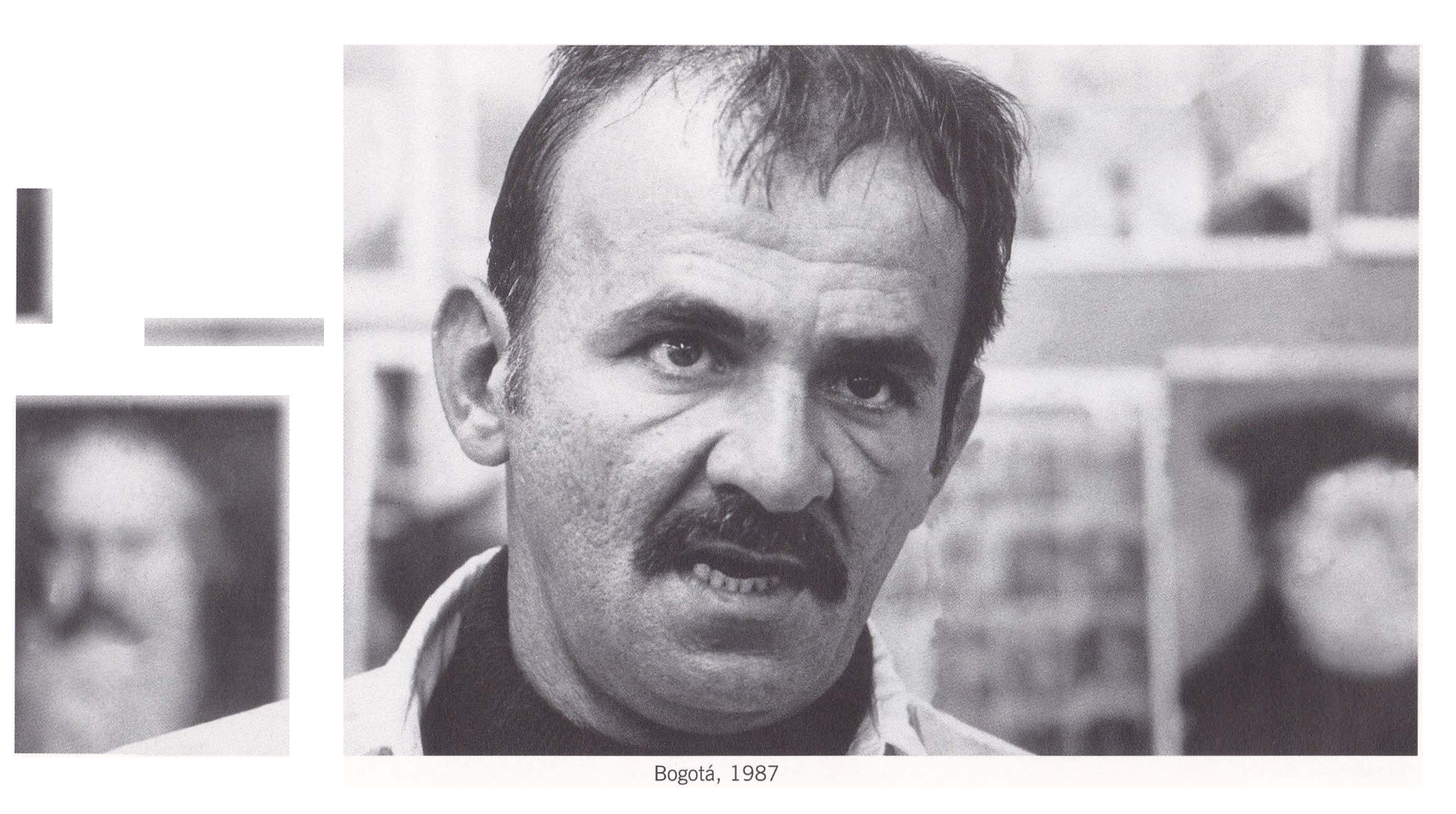


Fred López

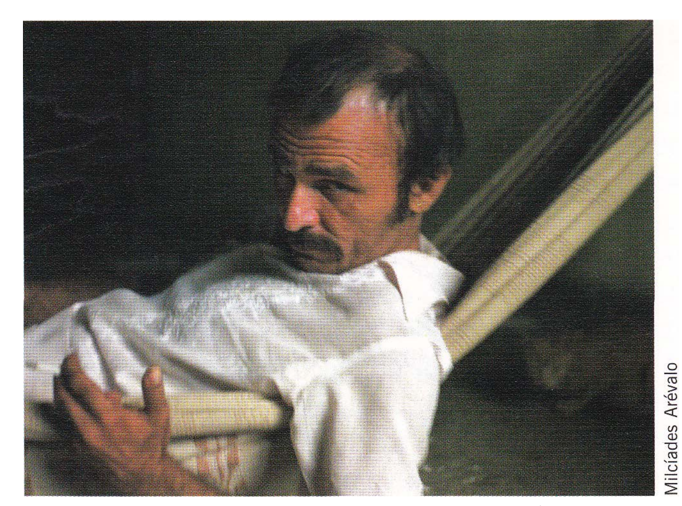
Antes de un recital en Cartagena, 1989



Bogotá 968



Bogotá, 1987


Milcíades Arévalo

En la soledad de su casa paterna, en Cereté

En defensa propia

Al asumirse como ser libre, pansexual y poeta, Raúl se sumerge en la droga, enfrenta los valores y principios de su sociedad, agrede a sus seres queridos, escandaliza al pueblo, escoge la calle, se enfrenta con violencia a quienes ve como sus enemigos y publica sus primeros libros.

Del Hospital Siquiátrico de Bello, Antioquia, Raúl regresa afectuoso pero trastornado a la casa de su madre en Cereté. Sus sobrinos observan que empuja a los demás por cualquier cosa y se enoja con facilidad, aunque vuelva con frecuencia a ser el tío afable y generoso con ellos. No sólo les causa asombro, como siempre, su retentiva maravillosa de cada nombre o cada cosa sino que posee una memoria prodigiosa acerca de sucesos históricos que no ha vivido jamás. Los narra como si hubiera estado allí, en Europa o en Japón, por ejemplo, junto a héroes y víctimas de la Segunda Guerra Mundial. Recuerda olores, colores, detalles íntimos de conversaciones olvidadas. Corrige a los profesores de sus sobrinos. Los estudiantes que se atreven a cruzar la verja de su casa, para pedirle ayuda en sus tareas, obtienen excepcionales calificaciones. A los cinco meses, el monstruo que carga dentro resurgirá con todo su ímpetu. Rubén y Modesta sacarán de nuevo a los niños de la casa y se los llevarán a Montería. Aquello se volverá triste costumbre. Pronto cundirá el pánico en calles y hogares de Cereté.

En una conversación con su amigo Álvaro Aléan, Raúl critica la paloterapia en algunas clínicas nacionales y el tratamiento animalesco que se da a los pacientes en ciertas instituciones. «La paloterapia –dice– es el garrote que le dan a los enfermos. Nos tratan como si fuéramos animales y necesitaran domarnos. Esos médicos han leído –y en consecuencia creen– que cuando un hombre se vuelve loco, sufre una involución hacia el salvajismo y su comportamiento es similar al de los gorilas y primates».

Por ahora, Raúl viaja a Bogotá, rompe con el director de teatro, Carlos José Reyes, causa destrozos y ofrece su comentado espectáculo desde el apartamento de María Peña en La Candelaria; será recluido en una clínica del norte de Bogotá y desde entonces seguirá mostrando, a ciertos amigos, con menos pudor que antes, los poemas que escribe a cualquier hora, en cuadernos escolares y libretas de enfermería.

Una noche, delante de varias personas, Raúl le pone a su amiga Beatriz Castaño una corbata, le pide que cante sus poemas y se acompañe con la guitarra. Beatriz interpreta «Si

mis amigos no son una legión de ángeles clandestinos...». Raúl se coloca detrás de ella para escucharla con sentimiento y abrazarla, pero de pronto empieza a apretar suavemente el cuello de su amiga con la corbata, como en una escena de Frenzy, mientras le implora que no suspenda la canción. Beatriz tose. «Canta, sigue cantando», le insiste. «Nojoda, Raúl», grita ella y lo empuja.

José Luis Calume recomienda llevarlo a la Clínica Montserrat, donde ausculta el prestigioso doctor Villar Gaviria, de la Universidad Nacional. En el consultorio, el eminente médico se prepara para iniciar su consulta e indagar por la vida del paciente, pero este se le adelanta y le dice: «Para ser loco, doctor, hay que fumar mucha marihuana y yo fumé mucha marihuana». Villar Gaviria conversará un buen rato con él. Hablarán de todo, de teatro griego, de cine italiano y de poesía. «Es un paciente genial –comentará al final– pero a éste nadie lo cura».

En Bogotá le propusieron tratamientos distantes de la siquiatría formal. Se le habló de cierta medicina naturista, de carácter botánico, con masajes de plantas por toda su columna vertebral. Le diagnosticaron una infección en la médula, perfectamente curable. Un médico opinó que los desquiciamientos mentales podían ser el producto de una afección fisiológica severa, pero en estas ocasiones Raúl lograba convencerlos a todos de que él, a la larga, no tenía nada o que la cura estaba siempre en otra parte y se mostraba bien seguro de que todo se arreglaría entonces, como ahora, con sólo regresar a la casa de los suyos en Cereté. De ese modo, un pasaje de avión, entregado con afecto, era para un amigo el acto más puntual y concreto de cancelar el problema.

Cuando regrese al Sinú, Raúl dará al amigo Antonio Cardona su versión de lo ocurrido en Bogotá: «Me metí unos varetos y se me dio por desnudarme en la casa. Me vieron desnudo, llamaron a la policía y me llevaron con camisa de fuerza a la clínica. Yo estaba en una sabrosura pero me pusieron tanta droga que me movieron algo y ya yo no quedé igual. A veces oigo voces y tengo visiones de gente, de fantasmas».

En su interior, otro mundo lo rondaba.

Después se calmará y volverá a ser el hijo seductor, el amigo carismático, el sabio, el pensador, el poeta en iniciación, hasta otra mañana o una nueva tarde en que, después de aislarse y cantar tres días seguidos sin dormir, se ponga sus gafas grandes, se enfunde un sombrero enorme y, ante la angustia de la madre, se lleve a dos de sus sobrinos, tres kilómetros más allá, hasta el barrio de Santa María.

En un descuido del tío, los dos muchachitos se devuelven.

Raúl entra sin preguntar a la casa de una prima, discute con ella, agarra dos congeladores a pulso y los lanza a la calle, destrozando el lugar. Los vecinos se arrojan sobre él con una soga y lo amarran a un árbol hasta que llega la policía. Lo mantendrán preso unos días, mientras concluyen los arreglos para enviarlo a la Clínica Julio Manrique de Sibaté.

Después de unos días de aislamiento, disciplina y droga en ese sanatorio, los médicos le darán permiso para salir unas horas con Roberto Burgos y su esposa, pero serán serios en su recomendación de llevar además una persona del cuerpo médico que sepa atender una eventual emergencia. Los Burgos recurren a Calume, amigo y siquiatra. Al final, Raúl tratará en efecto de convencer a sus amigos para que ignoren el compromiso con el sanatorio y lo lleven a alguna de sus casas. No quiere volver a la clínica. Hablaba con tanta naturalidad, parecía tan sincero y sonaba tan cuerdo, que Roberto y su esposa estuvieron a punto de hacerle caso. Pero ahí estaba Calume para convencerlos del error.

De todas maneras, Raúl se las arreglaría para escapar del manicomio. Lo que fraguó fue muy hábil: enamoró a una enfermera cuarentona, le dijo que él era un hombre muy rico, que su familia quería despojarlo de su fortuna y que ella, la enfermera, debía ayudarlo a fugarse. Mejor dicho, que se volara con él. Después de mucho insistir, la dama aceptó. Raúl le confió entonces su estrategia: le pidió que saliera primero, que dejara el portón abierto y que él de inmediato la seguiría. Así lo hizo ella, pero cuando Raúl estuvo afuera, pasó por encima de la enfermera, tomó un taxi y se alejó de allí, dejándola estupefacta.

Raúl no lleva un peso en el bolsillo, pero ante el taxista su argumento es irrebatible: «Mire, señor, yo soy un loco peligroso que acaba de salir de ese manicomio, el de Sibaté, lléveme por favor a esta dirección en Bogotá y le aseguro que no le pasará nada».

La dirección es la del apartamento de Zita Figueroa, a quien Raúl cuenta divertido todo el episodio. Zita lo ve muy deteriorado. «En ese entonces –dice ella– mezclaba toda clase de sicotrópicos». Además de Sibaté y la Montserrat, otras clínicas como la de la Paz, la del Perpetuo Socorro y la de La Ceja, Cundinamarca, serán escenario de reclusión, agresividad, descanso y poesía para el teatrero y poeta, Raúl Gómez Jattin.

En Montería, con escasos recursos, su hermano Rubén propone que se habilite un área de la cárcel Las Mercedes de esa ciudad, como hospital mental. «No tengan a Raúl como un preso sino como un loco», pide con desesperación. «En todo el Sinú no hay un sanatorio. Aquí, un tipo se enloquece y hay que llevárselo lejos».

En Las Mercedes lo conocen bien. Una noche, un amigo le ha regalado un par de anfetaminas a Raúl, quien ataca sin explicación a un vendedor de hielo raspado, después de consumir todas las existencias del producto multicolor. La policía llega y lo encarcela. El amigo que le ha suministrado las pepas sentirá complejo de culpa y lo llamará días después por teléfono. «No te preocupes –le responde Raúl desde su casa–. Las cárceles son magníficas para escribir».

«Uno iba a la policía– recuerda su amiga, la poeta Soad Louis Lakah– le daba explicaciones al coronel, que las aceptaba y le pedía a uno que por favor se lo llevara. Si Raúl estaba furioso, los otros presos no lo querían porque untaba todas las paredes con su popó». Pero si estaba tranquilo, se dejaba seducir de los más jóvenes, transformándose, con poses y ademanes de mujer.

Antes de su primera crisis, Raúl habría ocultado tanto su homosexualismo como su locura. Rubén piensa que su hermano se volvió loco para poder asumirse también homosexual. «Creo que en su juventud luchó más contra eso que contra su esquizofrenia». Pero al sacar a volar sin límites ese otro

ser que había concebido en su imaginación, Raúl pintó también sus cabellos, con los vivos colores de una mariposa.

Soad Louis, quien lo había ayudado a salir en varias ocasiones de la cárcel sin conocerlo, se convirtió en su amiga tras una carta de agradecimiento enviada por Raúl. Después él iría a su casa y le leería algunos poemas suyos. Los ancestros de ambos eran árabes, tenían mucho en común.

«Detrás de cada uno de sus actos –dice Soad– había algo de maldad, de inteligencia, de sabiduría y de belleza. A pesar de su estado físico horrible uno lo veía como un dios. Me decía que uno debía volar solo, no importarle lo que dijeran las demás personas».

Raúl le traía libros, le hablaba de los griegos, disfrutaba sus comidas, pedía que lo peinara, lo maquillara, le tiñera el pelo. «Se ponía una falda mía –dice Soad–. Relinchaba como caballo, jugaba a la marisola, se pintaba los labios, se raspaba las cejas con una cuchilla, se maquillaba media cara y andaba con una mochila, en la que guardaba los elementos que pedía. «Píntame tú», me decía. «Raúl amaba a las personas de ambos sexos», añade Soad. «No le interesaban los cuerpos sino el espíritu».

«Era hombre y era mujer», dice su amigo Alonso Mercado. «En esencia, un hermafrodita. Algo que aún el mundo no es capaz de entender. Como no entiende la estrecha relación que existe entre un dinosaurio y un pájaro».

«A veces era hombre, a veces hembra», reflexiona Gabriel, su medio hermano. «Y a veces era él y al mismo tiempo era ella. Cuando ya era ella y se disponía a actuar como tal, era entonces él otra vez. Dolorosísimo. Nunca se soportó».

Interesado en las drogas que consumía y en las que no había logrado conocer, Raúl leyó en Cereté varios libros sobre ellas. Su amigo Antonio Cardona le compró *Plantas de los Dioses,* volumen de dos autores norteamericanos, un estudioso de las ciencias naturales y un científico Premio Nobel de química biológica, descubridor del mismo componente del peyote, la mezcalina en laboratorio: LSD o ácido lisérgico.

«Me dio la plata –dice Antonio– le traje un ejemplar y estuvimos leyéndolo juntos. Pero algunos familiares empezaron a decir que eran los amigos quienes estábamos contribu-

yendo con la locura de Raúl; quienes le dábamos marihuana y lo poníamos a leer sobre drogas.

«Lo que yo intentaba era que Raúl concientizara sus estados no ordinarios, esos de las alucinaciones producidas por el consumo continuo de marihuana, cuando se pasa de un nivel de cheveridad a otro estado más profundo de percepción».

Un día, Raúl empieza a meterse, sin aviso ni saludo, a las casas de las personas que conoce de tiempo atrás. A la del doctor Cabrales, por ejemplo, el padre de Martha Isabel Cristina, su famosa noviecita de la infancia.

Alucinado, el hombre entra, se desnuda, se baña, abre los armarios y se pone la ropa del señor de la casa, menos los zapatos porque prefiere siempre estar descalzo; abre la nevera, extrae de ella todo lo comestible y deja en la operación tanto reguero, provoca tanto estropicio y asusta tanto con su tamaño y su furia, que a veces los dueños del lugar deben sacar el revólver y hacer tiros al aire para espantarlo.

Ansioso, Raúl se acostumbra a devorar a pie los diecisiete kilómetros que separan a Cereté de Montería, en ocasiones dos y tres veces al día. «Era una forma de desahogar tanta energía contenida –dice su amigo, Carlos Cubillos– de tranquilizar sus demonios». Pero también el camino para visitar gente como él. Cubillos ha conocido a Raúl, gracias a una amiga común, María José Yances, y a las maravillas del séptimo arte. Cubillos tiene una marquetería y dirige un cine club, al que Gómez Jattin se integra de una vez con entusiasmo. Allí conocerá también a otras grandes amigas de reuniones, paseos y recitales, las hermanas Sylvia, Marta y Mónica Jaramillo, así como a Enán y Gloria, los hijos de doña Amparo de Burgos, miembro de las Damas Grises, consumada actriz de Las Muñecas que hace Juana no tienen ojos» y de A la Diestra de Dios Padre, dos obras que, dirigidas por Raúl, serán presentadas en el Club Montería.

Intenso, trascendental en su conversación, buen observador, Raúl notaba de inmediato si su interlocutor se distraía. «Era agotador hablar con él», comenta Cubillos. Mucho acelere. «Yo lo vi armar un cigarrillo de marihuana como de cuarenta centímetros de largo».

Bailaba desnudo Zorba el Griego, incansable, reflexionaba sobre la vida y la muerte, cantaba, recitaba, pedía comida, sus amigos terminaban tan agotados que le echaban un adormecedor en el jugo, pero intuía sabiamente la maniobra. «Toma, Raúl», le decía Soad. «Tómatelo tú», respondía él, desafiante.

Sufría de akinesis, enfermedad hereditaria, propiciada por el excesivo cruce de genes similares entre parientes árabes y agravada por la droga, que le engarrotaba los brazos y las manos. «Mantenía como un tic con la mano izquierda volteada –precisa otra amiga, Lena Reza–, con su mirada en la tierra». Iba y venía descalzo o con sandalias. Criticaba la mojigatería. Leía a Mallarmé, Rimbaud y Baudelaire.

«Raúl era un incomprendido –dice Sylvia Jaramillo–. Creo que encontró muy pocos interlocutores en su vida. Era muy sensible y solitario. Se empelotaba y se miraba frente al espejo. Hay mucho aprovechado que ahora dice haber sido amigo de Raúl, quien escribió *Hijos del tiempo* en Costa Azul, donde vivió. Pagaba a veces su hospedaje con poemas. Escribía obras de teatro en cuadernos escolares. Con él hablábamos de literatura. Nos mostrábamos cuentos y poemas. *Si quiere saber de poesía, lea a los clásicos, lea a los grandes,* me decía».

Como escritor, Raúl estuvo fuera de todo grupo literario. Conocía a casi todos los narradores y poetas, pero prefería hablar con Leopoldo Berdella de la Espriella, Enrique Hoyos, Amaury Díaz Romero. «Éramos como ovejas negras –cuenta este–. Berdella y Hoyos habían sido expulsados de El Túnel. No nos invitaban a sus programas de radio, a los lanzamientos de libros, a los eventos culturales, y Raúl se sentía excluido».

Le encantaban los fandangos, pero iba a las fiestas y no bailaba. Una noche, en El Palmar, famoso prostíbulo de Montería, le confesó a Díaz Romero: «Amaury, yo fumo maracachafa».

Mientras los demás amacizaban a su pareja, Raúl se quedaba bebiendo ron, escuchando porros y conversando con una de las mujeres en la mesa. Pero no se negaba a echar un pie si la moza o uno de sus amigos le insistía.

Con el tiempo, la familia Gómez empezó a hacer conciencia de que a Raúl le daban dos crisis de agresividad anuales. Una cerca de abril, por ejemplo, y la otra alrededor de septiembre. «Primero se aislaba –dice Rubén– se le veía ensimismado, distante. Luego, soltaba la tromba»

Durante el aislamiento, se negaba a comer. Sospechaba que sus familiares deseaban envenenarlo. Fumaba y fumaba. «Si le dabas plata –explica Rubén– compraba droga y era un problema. Si no le dabas, entonces no comía y era otro problema. Una vez, con el ánimo de protegerlo, cometí el error de comprarle droga, de traérsela a la casa».

Al principio, numerosos hogares de Cereté se sumaron sorprendidos y ofrecieron su colaboración a la situación anómala que, en razón de Raúl, vivía la casa de los Gómez Jattin. Lo hacían por respeto a la imagen prestante de su padre y a la de la pareja singular que había sacrificado su propia existencia por el futuro de sus hijos, pero cuando se volvió costumbre que Raúl se levantara de mañana a despreciar el desayuno de su propia casa y saliera a buscarlo sin veneno en las cocinas y neveras del vecindario o de los pueblos vecinos, casi todas las puertas y ventanas de la región, empezaron a cerrarse con temor al sólo anuncio de su paso.

«Ve cómo los asusto –ironizaba Raúl–. Apenas hago el amague de arrancar en esa dirección, se encierran bajo llave. Míralas –y señalaba a las señoras–. Pobrecitas. Van a caerse del susto».

A veces Raúl decidía, sin embargo, ejercer la normalidad con tanto rigor que se le daba por salir con muchachas y tener novia. «Había una llamada Matilde –recuerda Díaz Romero– y salíamos los cuatro, con él y mi novia Mirna. Nos sentábamos a hablar y a molestar en las bancas del parque».

Una tarde, el párroco de la catedral de Montería sorprendió a las dos parejas dentro de la iglesia, en medio de un enredo de brazos y caricias y, ensoberbecido, las conminó a abandonar el lugar. «Váyanse de aquí, Satanáses», recuerda Díaz Romero que les gritó. Raúl se acercó al sacerdote y trató de calmarlo. Energúmeno, el cura la emprendió contra él, que huyó en veloz carrera con los demás.

Ese tipo, travieso y de reacciones lógicas, también era Raúl, por épocas. Cuando el interlocutor esperaba un puñetazo suyo, podía encontrarse sorprendido con un entrañable abrazo. En ocasiones, se comportaba con tanta educación y de modo tan correcto en la recepción de los hospitales, que médicos y enfermeras terminaban por creerle y aceptaban su sugerencia de encerrar en cambio a ese otro pobre tipo exaltado y nervioso que lo acompañaba.

En la hamaca, columpio del tiempo, vaivén contrariado con la mecedora, Raúl escribe una carta a su carnal Juan Manuel. En ella, habla de poemas y de transformaciones. «No me detengo –dice– aún cuando el otro quiera resignarse y patalee por sobrevivir».

En ese mismo mensaje, le reitera su vocación de narrador en la poesía. «Yo necesito contar una historia por encima de todo. Si no existe una fábula, no tengo de qué agarrarme y de las palabras solas me siento exiliado».

Le añade que los poemas son como los sueños, «esa compañía intransferible y única en la que se transforma la soledad cuando sentamos en las rodillas a la belleza y le damos a beber té de marihuana».

Raúl le envía por correo nuevos poemas. Ya han pasado varios años desde que Juan Manuel recibió el fragmento de uno largo, inacabado, acerca del puente de madera que unía dos áreas de Cereté, separadas por un brazo del río Sinú. Y este otro, sobre dos muchachos, unas camisas y varios globos que suben.

MARZO PARA DOS COLORES

Uno se viene aproximando El otro espera
La piedra al sol relumbra por la carretera
Se dan la mano
Camisa roja Camisa azul En el aire
Ascienden Globos de papel

Después, Raúl le enviaría aquel primer grupo de seis, escritos en Bello, Antioquia. Y ahora, en 1978, le hace llegar unos veinte. Se los ha leído en Cereté a Hernán Darío Correa, que alaba su alta calidad y nota en el semblante de su amigo

las huellas del tormento. «Fui yo quien le trajo a Juan Manuel ese grupo de poemas, que Raúl había bautizado *Sunsuro,* es decir *conejo,* como se leía entre paréntesis y en lengua zenú al comienzo del libro».

Juan Manuel no lo recuerda.

HAY UNA TARDE VARADA FRENTE A UN RÍO
y entre los dos un niño canta
vaiviniéndose en su mecedora de bejuco
En esa tarde
El huevo dorado del sol anida entre los mangos de
la ribera
El río es un gusano de cristal irisado
El viento despliega unas alas de nubes malvas
Es una tarde enclavada en el recodo de un tiempo
que va y viene en la mecedora
Está hecha de recuerdos y deseos
pues conozco el nombre de ese río
y al niño lo he visto   casi un hombre
en la penumbra de un cinematógrafo
El cuerpo de esa tarde
es un fluido tenso entre el pasado y el futuro
que en ciertos lugares de mi angustia
se coagula como una caracola instantánea

«¡Eran bellísimos!», exclama Ponce, quien los hace leer del poeta Armando Carrillo y del artista Antonio Caro. Les encantan. «Yo estaba emocionado –añade– y le respondí a Raúl en seguida: 'Si quieres, hagamos con ellos un libro' y él me respondió, complacido: 'Haz lo que tú quieras».

Juan Manuel piensa que Raúl Gómez había recurrido al teatro para no volverse loco. «Necesitaba esa impostación en su personalidad, pero yo sé bien que sólo logró ser un gran artista, cuando empezó a escribir poesía».

Ponce contactó entonces a Camilo Umaña como editor, eliminaron tres o cuatro poemas y pintó Antonio Caro hizo la portada, una hoja violeta de marihuana sobre el enorme espacio en blanco. *Poemas,* se llamó con sencillez y, en nombre del autor, Juan Manuel ordenó esta dedicatoria: «A mis amigos, a mi hermano Rubén».

Raúl se la reclamaría. «¿Por qué vas a dedicarle mis poemas a Rubén?». Pero eso sería año y medio después, porque la publicación de ese primer libro de Gómez Jattin se demoró, por imponderables de diversa índole, casi año y medio en darse. Ante la impaciencia de Raúl, que llamaba preocupado y furioso a Juan Manuel todas las semanas, Martha Jaramillo y Carlos Cubillos le organizaron en una exitosa exposición formal de todos sus poemas, enmarcados como cuadros, escritos en tinta china y con letra palmer sobre cartulinas de colores, firmadas por Raúl.

LA BELLEZA ME HA TOMADO
En el sentido de tomar un barco
o una ciudad
Mi vida cotidiana
de su placer cautiva
tiembla solloza estos poemas

De *Poemas* se vendieron o regalaron los trescientos ejemplares impresos. Estimulado, Raúl continuó día y noche escribiendo en Mozambique. Ante la calidad inobjetable de sus versos, sus amigos se los aprendieron de memoria.

Uno de ellos, Raymundo GómezCásseres llegó una tarde a visitarlo a Cereté. Entró a su habitación y lo halló, acomodado en su hamaca, fumando marihuana. Mientras armaba otro cigarro, Raúl le extendió a Raymundo el cartapacio de los veinte poemas sin publicar.

Sentado en una mecedora, el visitante se dio a leerlos con interés. «¿Cómo te parecen?» Le preguntó Raúl, cuando calculó que había terminado. Raymundo fue sincero en su respuesta: «Me gustan casi todos, pero estos cinco no me llegaron mucho».

Raymundo sintió que había incomodado a Raúl con su respuesta, pero se quedó tranquilo. La atmósfera empezó a cargarse de un inquietante silencio. Raúl se puso de pie, agarró con una mano la tranca que asegura la puerta de su habitación y le dijo:

–Quiero que te vayas de mi casa.

–¿Qué te pasa? –atinó a responder Raymundo, todavía sentado en la mecedora.

–Tú no puedes venir a demeritar aquí mi poesía –dijo él.

–Pero, Raúl –contestó Raymundo–. Tú acabas de pedirme un concepto.

Raúl no esperó más y le soltó un trancazo a su amigo, que se había puesto de pie con rapidez y utilizaba una pequeña butaca como escudo. «Si no la interpongo, me parte la cabeza», dice Raymundo, quien había empezado a retroceder, manteniendo su posición de gladiador agachado en defensa, hasta alcanzar la calle. «Sólo entonces solté la butaquita», dice.

A los tres días, Raúl se presentó a la casa de GómezCásseres en Montería y le pidió disculpas. «Esas cosas pasan entre amigos –le dijo–. Espero que no lo vayas a malentender».

–No te preocupes –le contestó Raymundo, alerta, sin perderle un solo movimiento.

Raúl le devolvió unos libros y le pidió en préstamo unos nuevos. Después, los dos saldrían a caminar juntos las calles de Montería, como si nada.

Raymundo recuerda que en aquella visita suya a la casa de Raúl había percibido entre los cuartos al fondo de la misma, la presencia disminuida, relegada de Lola Jattin. «Su madre lo llamaba, por ejemplo, para pedirle algo y él se tomaba su tiempo, como si no le importara mucho, como si la despreciara».

El consumo de bazuco exige a Raúl cada vez más dinero. Su madre le da todo lo que pide, desde una cama hasta una grabadora. Una tarde en que Lola y la tía Helena conversan en la sala, Raúl irrumpe, saluda y echa violeta genciana, una tintura morada, en el cabello de su madre. Entonces se la queda mirando y dice: «Te ves tan linda. Tienes la cabeza como para ponerla en una bandeja».

Días después, Raúl se queja de que su madre se porta mal con él, que trata de echarle algo en los alimentos. «Cuando estaba exaltado, no recibía comida de nadie –dice Álvaro Aleán– porque sentía que lo iban a envenenar. Él mismo cogía los cocos, él mismo los pelaba y se tomaba el agua».

En la justificación de su agresividad, Raúl completaba, según los que saben, el cuadro clásico de una enfermedad

llamada paranoia. Como sentía que alguien le deseaba hacer daño, justificaba su ira divina. Algo así como «Debo agredir a los demás porque me quieren hacer mal. Ellos son responsables de mi infelicidad o ellos me han abandonado».

Dicen que el desamor es una peladura de alma, causa o efecto de la paranoia. Y todo paranoico, al creer que lo están persiguiendo, debe defenderse y ataca.

Una noche, la empleada de la casa le lleva un tinto a Raúl y este le pega una bofetada: «Te la doy a ti –le dice– para no dársela a mi comadre, que me quiere robar la casa». Se refería a Modesta, la esposa de Rubén. También ella, según él, quería envenenarle el café.

Por esa época sale al mercado farmacológico una droga poderosa, el carbonato de litio, que promete resultados positivos en enfermos del afecto, como Gómez Jattin. Al principio, Raúl se niega a ingerirlo, porque piensa que también con eso quieren matarlo; pero después lo acepta, anda con él en los bolsillos y se lo aplica como quiere. «Con el litio logra estabilizarse un año y medio», dice su hermano Rubén, quien decide viajar confiado a México por razones de estudio. «Ten la seguridad, hermano, que me tomaré los medicamentos», le dice Raúl al despedirse. Pero se descarrila a los pocos días, hasta una nueva promesa y un nuevo período de disciplina, antes de abandonar al litio del todo.

Raúl no quiere que Rubén y su familia vivan en la misma casa de sus padres. Durante los últimos años, cada vez que regresa de Bogotá, insiste en que eso no debe ser así. Su hermano tampoco entiende su cambio de conducta, si era Raúl quien se gastaba la pensión de su padre en Bogotá; si era él quien le sonsacaba dinero al viejo para comprar regalos a sus sobrinos. «Pero, a raíz de la muerte de papá, su personalidad se torció y empezó a luchar contra nosotros».

Al morir, Don Joaquín dejó, en efecto, unos terrenos a sus hijos. Se hizo una separación física de los mismos y Raúl empezó a vender sus lotes, como quería, a gente que le suministraba droga en Cereté. Solares de cien mil pesos, los vende a veinte mil. Rubén trata de evitarlo y se echa encima a varios enemigos, comenzando por Raúl.

El día que su hermano está vendiendo su último solar a diez mil pesos, Rubén llama a la policía, que evita la venta,

decomisa una cantidad de marihuana en el comprador y lo encarcela.

Raúl entra en furia y hace añicos, con sus puños, todas las puertas y ventanas de la casa. Dentro de ella, Rubén y sus hijos se protegen con muebles y una reja de hierro que han atravesado en la puerta que da al patio. ¡Rubén, asesino! –grita Raúl, mientras rompe las bolsas de basura e incendia algunas sábanas que oteaban al aire libre. Al otro día, escribirá una carta al Comandante Nacional de la Policía, el General Delgado Mallarino, diciéndole que su hermano Rubén le está robando. Al poco tiempo, una legión de agentes de policía, el DAS y el F2, se presentará a la casa de los Gómez Jattin, con orden de capturar a Rubén, quien exhibe toda clase de documentos y razones para demostrar que no ha sido agresor sino víctima.

Una mañana, cuando lo advierte más tranquilo, Rubén reclama a Raúl su conducta y le explica que nadie puede robarlo, que esos bienes sólo se enajenan por escritura pública. Raúl lo detiene con un gesto de la mano y una frase de Emmanuel Kant: «No me siga explicando –le dice–. Que la mucha explicación trae la duda». Y suelta su estrepitosa carcajada.

Hoy, Raúl enciende sus cigarrillos de marihuana frente a los hijos de Rubén, que tienen entre cuatro y diecisiete años. Su hermano se lo hace ver. Mañana, Raúl se sentará ante sus sobrinos al almuerzo, sacará su bola de marihuana y empezará a enseñarles cómo se arma un cigarrillo. Rubén de nuevo intervendrá. Habrá conato de bronca. Raúl llamará a Rubén «bobo explotado por el trabajo» y «enemigo de la cultura».

Sylvia Jaramillo le organiza al poeta un recital en un colegio de Cerromatoso, en Montelíbano. A Raúl no le gusta el lugar, se pone a cantar las canciones de Joan Manuel Serrat, insulta a la rectora de disciplina, pero ve venir a su esposo y toma asiento en seguida, a leer su poesía.

Soad Louis Lakah no quiere patrocinarle un recital. Raúl logra armar otro en la biblioteca local y se burla de ella durante el mismo. Pero después, como directora de la Casa de la Cultura, Soad acepta organizarle uno y Raúl lo convierte en otra cosa: cierra las puertas del salón con el público aden-

tro, pasa varillas, pone candados y se echa las llaves en un bolsillo del pantalón.

Entonces saca varios paquetes de velas que enciende y entrega al público, mientras él se hace la ropa jirones y le pide a Soad que lo corone, como excepcional poeta.

Soad envía a una muchacha por una corona de flores pero la niña sólo consigue las de una veranera, que tiene espinas grandes. No importa. Raúl la dobla en un circulo y se la coloca en su cabeza, de donde empieza a manar sangre. Luego se tercia el bombo departamental sobre su pecho y golpea frenético el cuero mientras marcha por toda la sala, durante unos minutos. Nadie dice una palabra. Entonces él mismo suelta una de sus sonoras carcajadas y se burla con señas de los presentes, satisfecho por el terror que ha generado en ellos su actuación.

Ahí mismo les dice que él no es un poeta sino un cantante, y que eso no es un recital sino un concierto y se suelta a cantar «La Paloma Guarumera», «La Golondrina» y otros vallenatos. Al momento se pone triste, coloca su cabeza sobre el regazo de Soad y su voz de trueno cambia a los cantos poéticos de Serrat.

Semanas después, sus familiares serán testigos de un nuevo cambio brusco de su espíritu. Raúl se enfurecerá, se aislará en su cuarto, se atrincherará en su hamaca. Después dejará salir su demonio. Él mismo gritará que un loco se ha metido en la casa.

Ese mismo loco saldrá a la calle y dará dos cachetadas al escritor José Luis Garcés González, cabeza del grupo literario El Túnel de Montería; y arremeterá de palabra y obra, trenzándose en una pelea a garrote limpio con su exalumno y excompañero del Externado, Álvaro Aleán.

Los dos se romperán cabeza y cara, botarán sangre e irán al hospital, pero Raúl saldrá de allí para reincidir en el acoso de ofensas a su amigo, hasta que Aléan saque un revólver y lo haga correr con dos tiros al aire.

Al día siguiente, Raúl le escribirá diciéndole que lo quiere como a un hijo, que lo perdone, que mejor armen una parranda con gran comilona, amigos comunes y lo olviden todo. Aleán no sabe qué hacer, pero Rubén logra que Raúl

sea llevado a otro sanatorio, en La Ceja, Cundinamarca, de donde escapará a los pocos días, engañando al celador.

En Cereté, Raúl espera en la puerta de la iglesia la salida de las señoras que han ido a misa y les entrega en la boca, una por una, las uvas podridas de un racimo que ha encontrado en la calle. Ninguna de las mujeres se niega a aceptar la fruta, ante la amenaza amable del oprobio. Después lo contará él mismo, entre risas, como la más infantil de sus travesuras.

«Cuando yo estaba pequeño, ellas me despreciaban», le dijo una vez a su amiga Zita Figueroa. Tampoco podía olvidar lo mal que habían hablado de su madre. «Más que a su mamá –reflexiona Soad– Raúl odiaba al murmullo de la sociedad sobre ella». Y él se reía: «Hubieras visto la cara de esas viejas, con la uva en la boca», al contarle a Zita.

Cuando alguien capaz de regresarle la agresión lo enfrentaba, Raúl tornaba a ablandarse. A un vecino, Pablo Cabrales, le salió al paso un día: «Te voy a romper la cara», le dijo y Cabrales le contestó: «Si das un paso, te pego un tiro». Raúl lo dio. Pablo sacó una pistola, disparó al piso y Raúl salió corriendo.

Un puñado de hombres y mujeres armados de revólver, garrote o buen carácter refrendarán el recurso huidizo de Gómez Jattin en numerosas ocasiones. Pero en estos días la situación entre los hermanos Gómez Jattin se agrava. Rubén y Modesta han decidido separarse. Ella se va con sus hijos a Montería. Él se queda viviendo con su madre y con Raúl. A veces uno de sus hijos mayores vendrá a acompañarlo.

Un mediodía, en casa de la vecina María Cardozo, que tiene allí un pequeño restaurante. Raúl entra al patio donde está Rubén y lo acusa de robarle un solar.

En el sitio hay varios policías almorzando.

–Si me vas a ofender, mejor me voy –responde Rubén, tratando de evitarlo.

Raúl le responde con un derechazo que le dobla la mandíbula. María y los policías intervienen. Alguien llama a un enfermero que le pone a Raúl una inyección de Sinogan para adormecerlo. Al poco tiempo, Raúl regresa todavía ardido a la casa y manda a cortar un pedazo de tallo grueso, con el

que hace un garrote que coloca debajo de su hamaca y se hunde en ella a esperar a Rubén. «Cuando venga, lo mato», dice. La vecina Cardozo previene al hermano, que no se deja ver por la casa. Sus hijos quieren defenderlo frente a su tío, pero Rubén les recuerda que es un hombre enfermo.

Cereté sintió que Gómez Jattin estaba loco el primer día que lo vio salir desnudo. Lo dice su amigo, el siquiatra José Luis Calume. Es cierto que, en determinado contexto, nada puede ser más subversivo que la desnudez. Un cuerpo desnudo que se pasea por una ciudad en horas hábiles, está cargado de símbolos. «Es una forma de vengarse», dicen algunos. «Afán de escandalizar», sostienen otros. O querer que todo un pueblo se avergüence de lo que uno hace. Ofrecer tributo al dios Natura, podrían decir, si leyeran la obra del poeta. Eros contra civilización. Raymundo GómezCásseres cuenta que en cierta ocasión entró Raúl desnudo a la iglesia de Cereté y se dirigió, cirio en mano, con ánimo sacrílego al altar. Ese día casi lo matan. Se enfrentó a la multitud, lo sacaron a empellones, se les soltó, lo persiguieron calle arriba y se refugió en su casa. Si no es por la Niña Lola, que salió en su defensa, lo habrían linchado. «Después, con mi primo, Antonio Cardona, le preguntamos: ¿Por qué hiciste eso Raúl? Y él, con la mayor tranquilidad del mundo, respondió sonriendo: Por maldad».

Era un provocador. Otro día se desnudó antes de salir, como dijo, a dictar una conferencia. Caminó hasta el almacén del padre de Álvaro Aleán, destapó un galón de bóxer y se puso a olerlo con ansiedad. Lo seguía una turbamulta. «Cualquiera tiene un loco en la familia», les gritó a todos el viejo Aléan. La policía llega, Raúl se resiste y son necesarios cuatro agentes para inmovilizarlo.

No sólo se desnudaba en Cereté. También recorría como Adán otros pueblos del Sinú. «Un sábado –dice Soad Louis– pasó por la casa de mi mamá en Ciénaga de Oro. Entraba, se bañaba, se forraba en papel higiénico y salía a caminar. La gente huía espantada. A los tres minutos le sacábamos un pantalón y una camisa, le pedíamos que se vistiera y él lo hacía».

Agredía a los niños con alguna frecuencia. «Los atacaba –dice Gabriel– cuando tenía visiones». Por ejemplo, después de haber estado dos semanas sin comer ni dormir, agobiado por alucinaciones, pasó junto a un niño y le soltó una bofetada que lo tiró al suelo.

«¿Por qué haces eso?», le preguntó Gabriel. «¿No viste la culebra que nos lanzó?», respondió Raúl. Los golpeaba en la cabeza, quería quemarlos con cigarrillos, hacerles sentir su dolor, enfurecer a sus padres.

«Una vez –refiere Gabriel– cuando yo aún tenía la casa de palma, me estaba echando el menticol después de la afeitada cuando llegó Raúl hablando del infierno». En eso entró un muchachito amigo y Raúl lo tomó por un brazo, lo bañó en menticol y dijo que le iba a prender fuego porque ese niño era el diablo.

«Yo le dije que si era el diablo por qué iba a complacerlo con el fuego, que más bien lo dejara ir. Me hizo caso y medio aflojó al muchacho, que se fue corriendo».

«Nosotros –dice Rubén– «le rogábamos que se calmara porque temíamos que lo fueran a matar. Ya había gente que decía: «Si Raúl me toca un hijo, le pego un tiro».

En una ocasión, Raúl llegó a casa de Soad Louis y observó que su amiga no estaba encinta, como él había notado meses atrás. Subió a grandes zancadas las escaleras, entró al cuarto de la recién nacida y la bajó sosteniéndola por el cuello. Asustada, Soad le dijo que se la prestara porque iba a darle del seno. Aquello llenó a Raúl de curiosidad y la entregó. Entonces se sentó, puso su cabeza en las piernas de Soad y mientras ella alimentaba a su hija, Raúl cantaba con ternura Las Nanas de la Cebolla, que se sabía como casi todas las canciones poéticas de Serrat.

Padrino de muchos bautizos, Raúl acepta uno nuevo y asiste con ese propósito a la iglesia. Cuando le traen al bebé, lo agarra por las piernas y empieza a darle vueltas, enloquecido. Los padres del niño se alteran. Raúl se quita la ropa, enciende un cirio y camina en dirección al altar, lanzando diatribas contra la doble moral del pueblo.

La policía aparece y se lo lleva a la cárcel, donde Raúl cree ver una rata y otra culebra y levanta con la fuerza de sus

manos la reja de la prisión. El mismo Raúl pide que llamen a Juan Manuel para que lo reciba en Bogotá. Así se hace y pasa mes y medio en otra clínica de la capital.

De vuelta a Cereté, Raúl amenaza con pegarle a su madre si no le da dinero para comprar bazuco. «Mi abuela había comenzado a tomar drogas para dormir», cuenta Carlos Gómez, hijo de Rubén. «Mi tío no la dejaba descansar. A cualquier hora la despertaba, pidiendo café, comida, cualquier cosa, siempre irritable y caprichoso».

Raúl siente que su madre es la responsable de todas sus desgracias y, lleno de rencor, remplaza el tabaco de los cigarrillos de Lola por marihuana, a la hora del almuerzo.

Como sabe que ella va regularmente al baño después de almorzar, él se mete minutos antes y se demora ahí adentro adrede, para que su madre se angustie y haga del cuerpo en el comedor o en otra parte. Así lo consignará años después en un poema de *El libro de la locura*.

Amenazaba con matarla. La despertaba de un grito a las dos de la mañana. «Mamá, prepárame un tinto». Y Lola salía. «Mamá, dame 500 pesos». Lola se los daba. Al poco rato: «Dame mil». Más tarde: «Dos mil». La Niña Lola envejece con rapidez. Un día, cansada de entregarle sus últimos centavos, ella le dice, «Hasta aquí llegué, mijo. Te he dado plata cinco veces hoy. No tengo más».

Raúl la ofende de palabra y le pega una bofetada.

Lola sale como puede de la casa. Raúl se le viene detrás. La persigue por la calle que ella logra atravesar, antes de que un auto pase. El auto hace detener por un instante a Raúl y Lola lo aprovecha para meterse a la casa de un vecino. A la noche siguiente, se levantará en sitio extraño con el ánimo de prepararse un tinto, pero resbalará en medio de la oscuridad y se romperá una pierna.

Rubén se la llevará a vivir a Montería. Raúl la buscará de casa en casa, sin resultado alguno. Después le dirán que está en Venezuela. Una tarde, María Cardozo, la vecina ahora encargada de darle la comida, le dirá que, por culpa suya, la Niña Lola se partió una pierna. Y Raúl le responderá: «Entonces se emparejó. Ahora podrá de nuevo caminar derecho».

Su madre y él no volverán a verse. Casi de ochenta años, Lola sufrirá con las historias que la gente vaya a contarle de Raúl y llorará a solas. «Mamá lo adoraba –dice Rubén– pero la convencimos de que primero estaba su vida». Durante esos años, Lola vivirá con el temor de que él la encuentre y la mate, pero también con la esperanza de que su salud mejore y su alma pueda encontrar sosiego.

Raúl habita solo la casa familiar en Cereté. María Cardozo le lleva la comida. «Mi papá –dice Carlos– lo ha enviado cinco, siete veces a diferentes clínicas del país, pero mi tío no se toma las medicinas ni muestra interés en curarse: así que papá decide dejarlo sólo esta vez a ver si reacciona. Pero qué va. Raúl bota a la calle los libros que conforman la biblioteca de mi abuelo, intenta incendiar la casa, vive en total indigencia y algunos delincuentes aprovechan la situación para desmantelar lo que queda de la edificación».

«Raúl no tenía remedio –opina Rubén–. Fue 14 veces a clínicas. Mucha gente me ayudó y logramos mantenerlo en sanatorios de lujo. Estuvo en la Montserrat, en la de la Paz y en la del Perpetuo Socorro en Bogotá. Pero no hubo forma de curarlo. Ni él se ayudaba ni la misma enfermedad parecía permitirlo».

En el Sinú, casi nadie le abre las puertas. Apenas la familia Baró y Sara Ortega de Petro en Cereté; Soad Louis Lakah, Carlos Cubillos y las hermanas Jaramillo en Montería.

Llegaba con hambre y se sentaba a comer. A conversar. Se sentaba en una hamaca. A veces pedía papel y lápiz y escribía. «Lo queríamos y nos encantaba su palabra, el mundo que creaba con ella y cómo lo metía a uno en él», dice Sylvia. Y hablaba, y volvía a escribir. «Me dejó una pila de escritos que yo, al cabo del tiempo, boté», dice Sara. Nunca le hizo escándalo ni le pidió jamás dinero. Por el contrario, él le daba. Ni ella ni sus hijos, ahijados de Raúl, olvidarán jamás su vozarrón llamándolos por sus nombres y creciendo en volumen mientras se acercaba. Ni las risas de los niños, gritándole «loco», señalándolo y tirándole piedras por la calle.

Raúl ha escogido la intemperie y ya nadie lava su ropa. Se queda con la muda que tiene hasta que le regalan o se compra otra. Bluyínes y guayaberas le dan sus amigos de

Cereté y de Montería. Dejará sus harapos en la misma esquina en que se los quite para enfundarse ahí su ropa nueva. Aplicará este sistema de vestuario callejero hasta su muerte.

Tras la huida de sus familiares a Montería, Raúl concede una entrevista por la televisión nacional en la que da los nombres completos de su hermano, de su cuñada y de sus sobrinos, acusándolos de haberse robado unos seguros de vida, herencia de su padre.

Una mañana, Raúl abrirá la ventana de su casa y se encontrará con las piernas de madera del dramaturgo, actor y amigo Juan Carlos Moyano, que ha venido en zancos a prestarle una visita desde las alturas del cielo. Otro día aparecerá por allí, con Soad, el escritor vallecaucano Gustavo Álvarez Gardeazábal, que lo llevará a una tienda cercana, para que se haga a un cartón de cigarrillos, algunos alimentos y unas cuantas botellas de vino moscatel.

También el escritor y editor Milcíades Arévalo visitará a Raúl en esos días y aliviará un poco su depresión. Le ha traído noticias de sus amigos de Bogotá. El poeta, que acaba de terminar su segundo libro, *Retratos*, llora y canta en flamenco su tragedia personal.

Cantaba como un andaluz gregoriano: *El loco del cielo. Quien sabe si Dios tendrá un recoveco, quien sabe si el alma tendrá un alto cielo, con sus padres y Borges, Beatriz la castañuela, del alma leona, parturienta de Juan Manuel Ponce, hambriento poeta...* Su cadencia era andaluz, como la de Serrat, a quien él adoraba. Su voz era profunda, grave, cavernosa. Milciades lo tiene grabado.

Raúl recita poemas, cuenta la última historia de amor platónico que protagoniza con un vecino y se confiesa por primera vez con quien habrá de convertirse en gran divulgador de su obra.

«Me dijo entre lágrimas que siempre había amado a su madre y no podía poseerla. Que los seres que él quería y deseaba lo rechazaban y esa era la causa de su dolor. Que sus objetos de deseo sólo resultaban para él alcanzables en el ensueño y la escritura. Como estaba en ese momento enamorado de un joven de nombre Pocho, se llamaba a sí mismo Pocho Raúl y Pocho llamaba también al gato, único ser vivo que le acompañaba».

Raúl ha enviado su último libro a concursar por el premio Eduardo Cote Lamus de la Gobernación de Cúcuta y no ha ganado. Eso lo defrauda. El poeta busca la trascendencia, el reconocimiento público de su obra y un dinero para subsistir. Pronto le escribirá a Milciades para decirle que sólo espera la muerte, que venga pronto la carcamala y se lo lleve. Milciades, quien adora su poesía, le pide que por favor no se mate, que él buscará por todos los medios la publicación de su libro. Hará en efecto numerosas fotocopias de sus poemas y las enviará a quienes puedan valorarla y difundirla.

Dos personas claves recibirán esas copias. Una, el poeta nadaísta X-504, Jaime Jaramillo Escobar, quien producirá el más sentido texto que poeta alguno haya escrito sobre otro poeta en Colombia; la otra persona es Juan Luis Mejía, entonces director de Colcultura y vinculado con Darío Jaramillo Agudelo y Germán Vargas, a la editorial de la Fundación Simón y Lola Guberek, que publicará en 1988 el *Tríptico cereteano*, compendio de tres libros de Raúl: *Retratos, Amanecer en el Valle del Sinú* y *Del Amor.*

La carta a X–504, Milcíades la hace llegar a través de su amigo, el también poeta nadaísta Jotamario Arbeláez, quien al responder le dice sobre Raúl: «Esos individuos tan sensibles y tan inteligentes no se salvan. No es que uno enloquezca, sino que los demás lo enloquecen. Por eso es hasta bueno ser bruto: no se corre ese riesgo. No hay peligro. Eternamente cuerdos y brutos».

La Niña Lola muere de una embolia cerebral el 9 de noviembre de 1984 en Montería. Sin avisarle a Raúl, Rubén y sus nietos le dan sepultura en esa misma ciudad. Después mandarán decir al poeta que su madre ha muerto en Venezuela y que le han hecho aquí un funeral simbólico.

Rosita Baró y María Cardozo, dos vecinas amigas, le dan la triste noticia. Raúl se mesa los cabellos y rasga su camisa. «¡Madre!, ¡Lola! –grita– ¡perdóname! Esto no está en mí. ¡Mi madre ha muerto por mi culpa!», clamará día y noche. Llevará un ramo de flores a la misa ofrecida por su alma en Cereté y el pueblo lo verá rezar en posición piadosa. Después irá a Montería e intentará incendiar el techo de la casa donde viven sus sobrinos. «Ha muerto el sistema solar», se le oirá decir. Y otra frase tan extraña como reveladora: «Desapareció

una estrella, lo que quizás permitirá que otra aparezca. Otra que ha permanecido oculta, porque ella no la dejaba brillar».

Una de esas noches, Raúl concibe el poema a Lola Jattin.

> (...) Más allá de estas lágrimas que corren en mi cara
> de su dolor inmenso como una puñalada
> está Lola –la muerta– aún vibrante y viva
> sentada en un balcón mirando los luceros
> cuando la brisa de la ciénaga le desarregla
> el pelo y ella se lo vuelve a peinar
> con algo de pereza y placer concertados

Raúl vive solo y escribe en Cereté. A veces, su sobrino Carlos lo visita en la casona derruida y lo encuentra entusiasmado por la poesía. A veces lo halla caminando ansioso de un lado a otro, llamando a sus muertos por todos los rincones.

Un domingo, el poeta camina a Montería en busca de la familia que le queda. Lleva quince días sin bañarse y entra directo a la cocina de la casa de sus sobrinos, hablando incoherencias, en busca de la carne que ahora sazona y asa toda en una sartén, solamente para él, mientras las sobrinas pequeñitas de Modesta tiemblan y se orinan escondidas detrás de las cortinas.

Otro día preparará una suculenta cena con lo que encuentre en la nevera y le rociará luego una bolsa de detergente encima, para que nadie se la coma.

En Montería, al día siguiente que Rubén sea nombrado decano de Veterinaria en la Universidad de Córdoba, Raúl se presentará en el corredor principal de la institución y dirá a los estudiantes: «Quiero informarles que su nuevo decano me robó mi herencia y me dejó en la calle, quedándose con todos los bienes que me legó mi padre».

Después empezará una huelga de hambre escalonada a las puertas de la misma universidad, ante una pancarta que dice: «Soy víctima de un asesino profesor de veterinaria, mi hermano, Rubén Gómez Jattin, sicario».

El rector de la universidad ha bajado de su oficina, encarado a Raúl y le ha dicho: «Oye, Raúl, tú y yo sabemos quién es Rubén. Así que quítame esa pancarta y vete de aquí».

Lo hizo de inmediato.

Raúl vuelve a casa de sus sobrinos y su cuñada lo atiende por la ventana. Sabe que si lo deja entrar, no se irá. Raúl se declara en huelga de hambre e impide el cruce de personas por el corredor. Es hora de llamar a sus amigos en Bogotá y pedirles que busquen una clínica. Mode o Rubén tramitan el seguro obligatorio y dos policías montan a Raúl en el avión a Bogotá. «Aquello –dice Modesta– no fue cosa de quince días sino de veinte años».

Raúl va y viene de las clínicas de la capital colombiana, con el apoyo de sus amigos más cercanos. Pero al día siguiente de cada regreso, sus familiares desearán volverlo a montar en otro avión. «Quiero marihuana, dame esto, vende esto, necesito comprar pepas. «Entonces uno prefería darle los trescientos mil pesos del pasaje y que se fuera otros veinte días a Medellín o a Bogotá», dice Rubén.

«Él peleaba conmigo –recuerda Mode–, me atacaba y luego llamaba por teléfono, hablábamos y quedábamos bien. Hasta el día después del que nos destruyó la casa y le dije: «No quiero saber más de usted en la vida. No lo quiero volver a ver. Ni vuelva a llamar aquí».

Y no volvió por mucho tiempo.

La amilia –según Rubén– fue para Raúl un obstáculo que le impedía desbocar su existencia como él deseaba. «Raúl fue un huracán que arrasó con todo mientras iba sembrando poesía. Destruyó, pero sembró una gran obra».

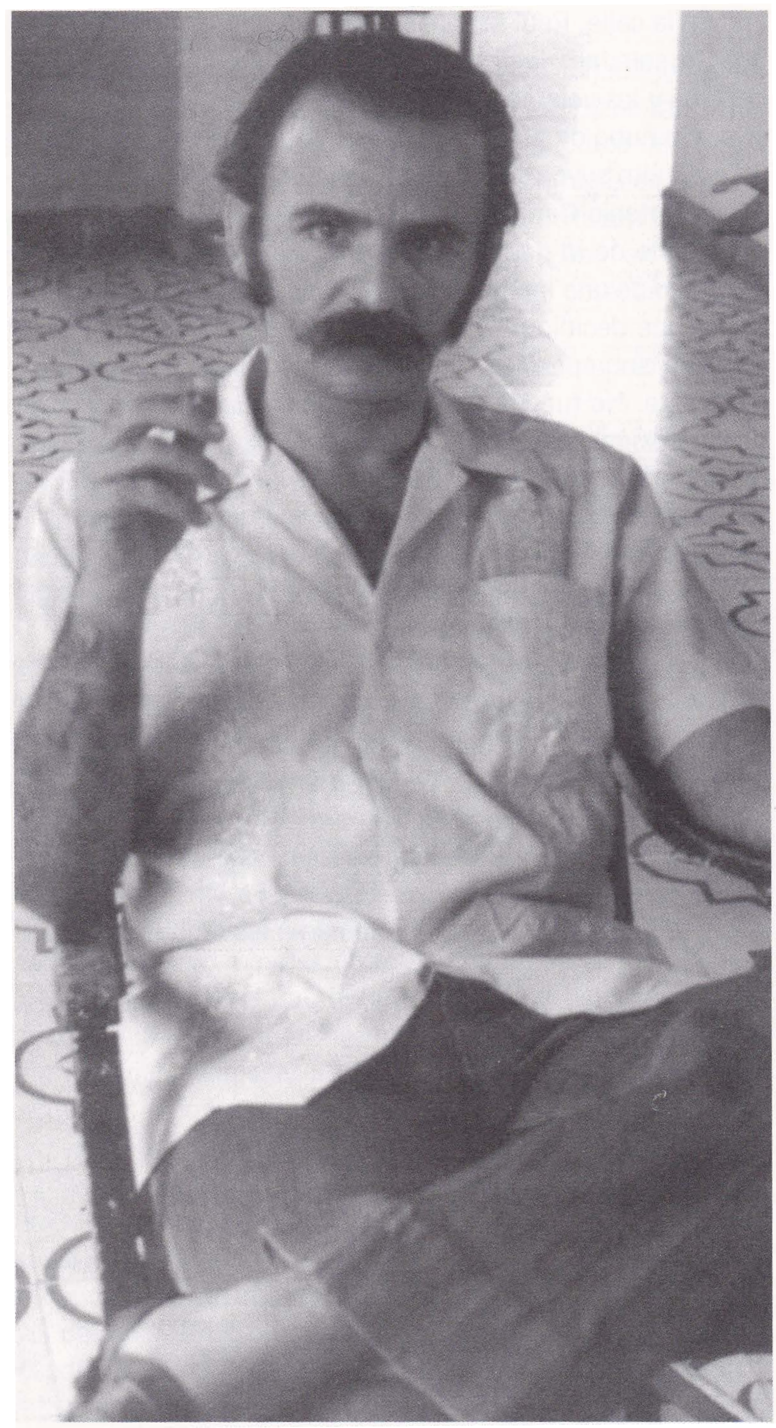
Rubén reconoce que hubo un momento en que él decidió no ayudar más a su hermano. «Yo tenía seis hijos, con uno próximo a ingresar a la universidad y me tocó escoger, porque los recursos económicos de un profesor no dan para alimentar una familia y sostener una persona en la clínica. Alguien que cada día, además, se comportaba peor. Y quien jamás dio señales de modificar su conducta. Entre enfrentar su situación o atender a mis hijos, yo opté por esto último».

Rubén insiste en que después de 14 reclusiones en clínicas del país, Raúl no puso de su parte. «Cuando vi que no respondía, tomé la decisión de dejar entonces que viviera su vida, como quisiera, en las bancas de los parques o en los callejones de una ciudad».

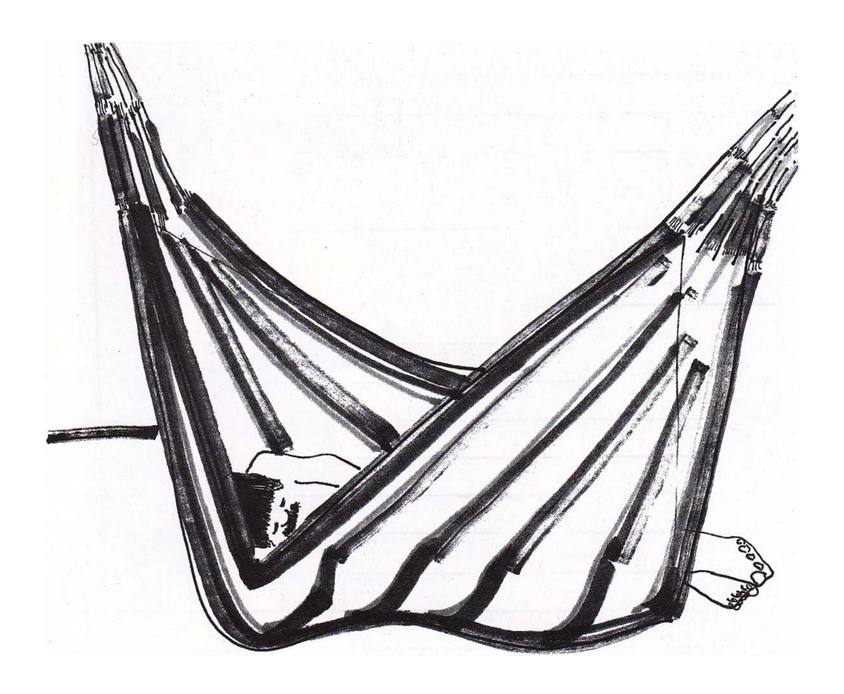
En la calle, Raúl será pobre y mendigo, padecerá el hambre, la soledad, la intemperie, el desprecio, la burla, los peligros y los vejámenes de la delincuencia y la policía. Pero ¿Cuánto hubo de propósito personal y de elección autónoma en ese salto suyo del hogar al pavimento? «Yo creo –dice su amigo Antonio Cardona– que él se excedió, pero si bien fue consciente de lo que le ocurría, el lanzarse a la calle fue el resultado de una interioridad que lo desbordó. Raúl no fue un lúcido que decidió un buen día volverse loco. Pienso que la droga lo sobrepasó en un momento y la locura lo poseyó realmente. No fue el chamán consciente en estado de éxtasis, que supo regresar a su estado normal. La locura–droga tiró a Raúl a la calle. Ese mundo interior, esas contradicciones que tenía con su mundo fantasmal, lo desbordaron, lo hicieron irse, sentirse incómodo con la ropa. Y allí es donde se rompen los parámetros culturales y la moral ya no existe para el ser».

Uno de estos días, en Bogotá, Catalina Restrepo, esposa de Juan Manuel Ponce y amiga de Raúl, le preguntará a este cómo es su locura y dónde comienza su agresión.

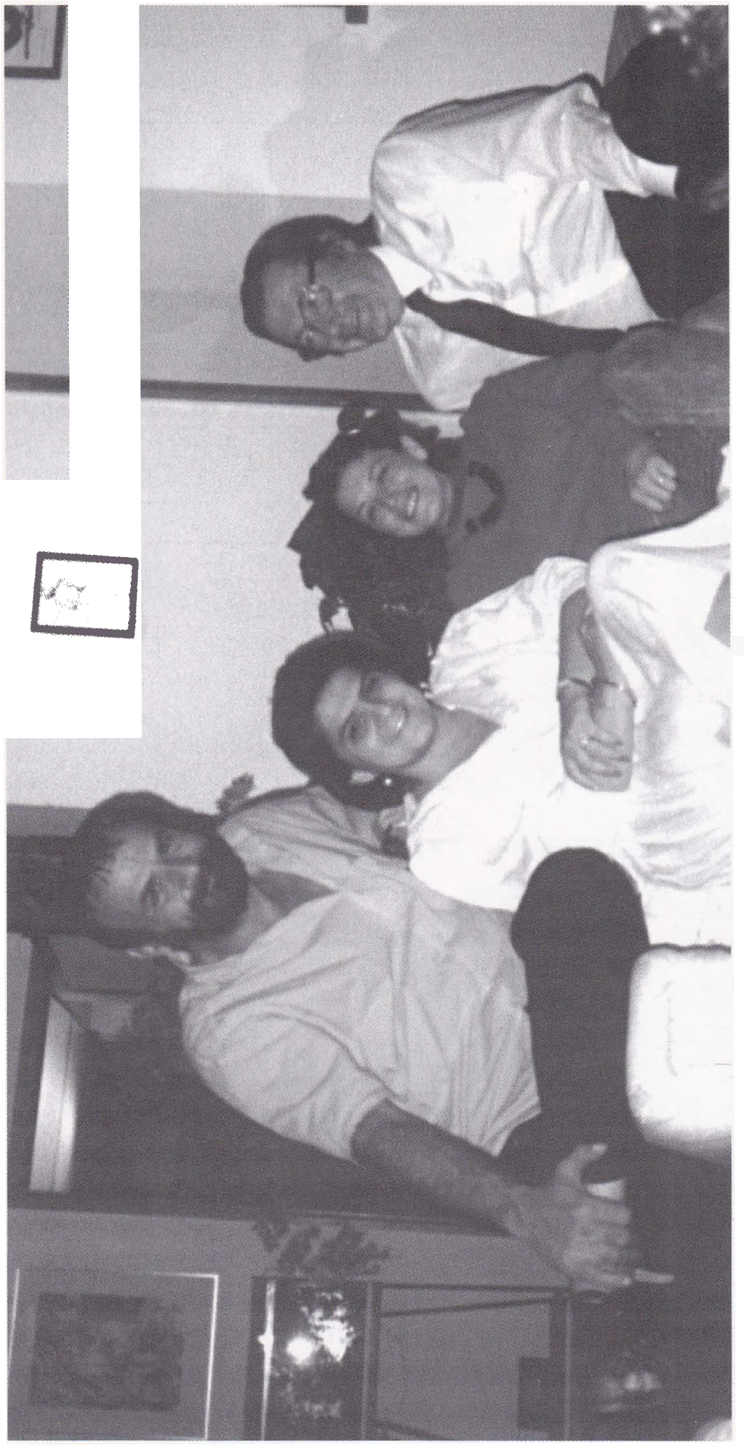
Raúl le responderá: «Es como si yo empezara ahora a sentir que esa uña larga que tienes está lanzando energía para destruirme y entonces yo reacciono agresivamente contra ti, antes de que me destruyas. Es un sentimiento incontrolable, pero yo siempre agredo a los demás en defensa propia».



En Cereté, 1980, donde escribió su primer libro



Raúl, visto por su amigo el pintor Nirko Andrade

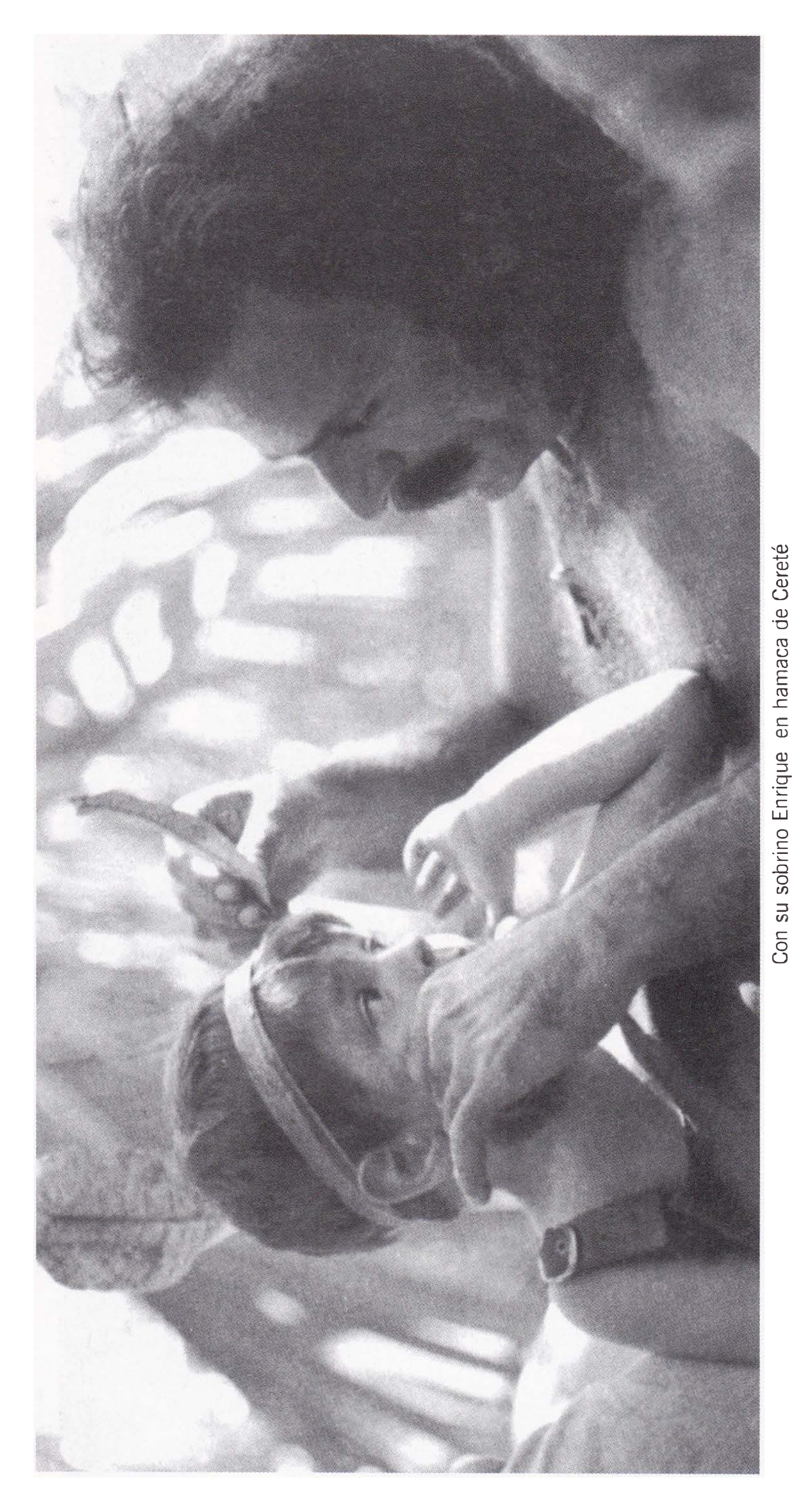


En casa de la fam a Jaram lo, en Bogotá

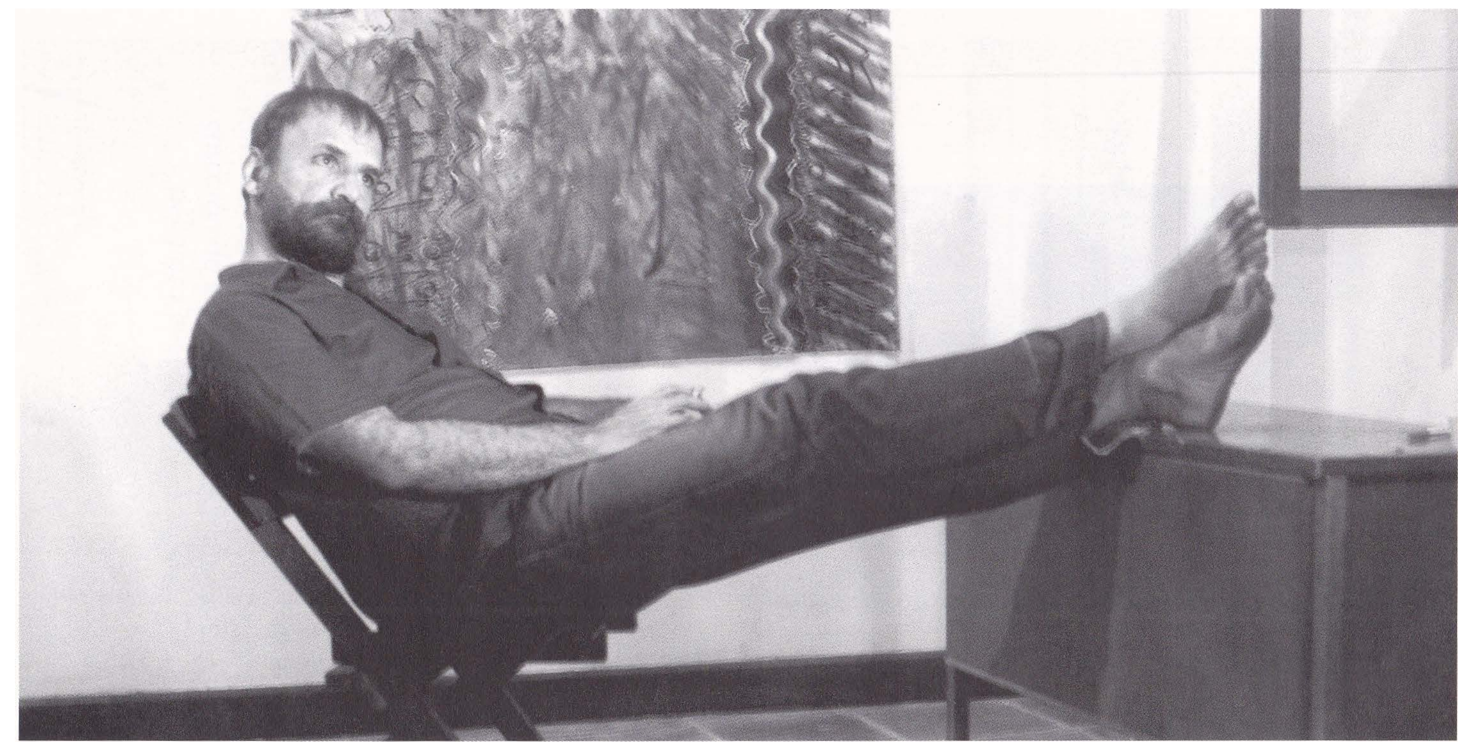


Jairo Ferrer

Los poemas de Raúl en la voz y la guitarra de Beatriz Castaño

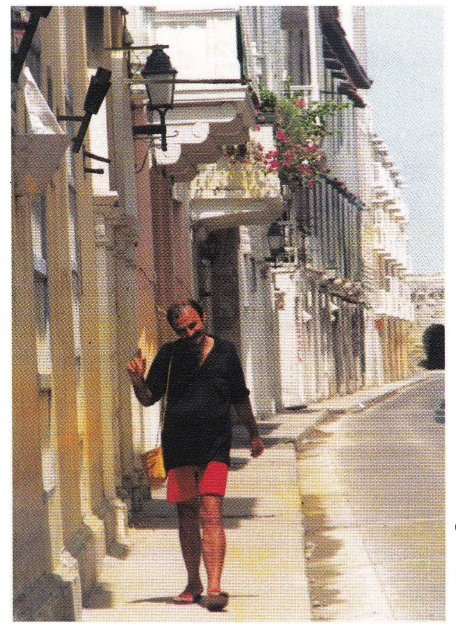


Con su sobrino Enrique en hamaca de Cereté



Jairo Ferrer

En Bogotá, durante la grabación de un documental de televisión



Juan Diego Duque

Entre ángeles y fantasmas

Loco y mendigo, el poeta vive en parques, calles y hoteluchos, mientras dicta recitales, complace auditorios que lo aclaman, disfruta fugazmente de la gloria que cosechan sus poemas, enfrenta fantasmas en su mente, y goza de la solidaridad de sus amigos, que lo ven caer sin remedio a los infiernos, y dejar el cascarón de su cuerpo, atropellado, en una peligrosa avenida de Cartagena.

A principios de la década del ochenta, Antonio Cardona ha empezado a traer los poemas de su amigo Raúl Gómez Jattin a un grupo de intelectuales bohemios, que se reúnen en La Terraza Marina, un café a diagonal del baluarte de San Francisco, en Cartagena.

Una tarde de 1982, Antonio les trae al poeta en persona. «Al verlo –dice uno de los presentes, José Luis GómezCásseres– supe que no estaba frente a una persona común y corriente».

En veladas como esa, el demostrado carisma de Raúl, su solventado discurso y el estudiado histrionismo que siempre lo acompaña, fortalecerá la imagen del poeta que ya ha sabido conmover con sus versos la sensibilidad de esos primeros lectores suyos en la capital de Bolívar.

Los poemas de Raúl circularán de mano en mano y sus excentricidades, de boca en boca, pero esta mañana, Raymundo GómezCásseres, hermano de José Luis, recibirá la visita del personaje en su propia casa.

Gómez Jattin lo saluda, le pide papel y lápiz, le compone un poema de seis líneas, va a la cocina, extrae toda la carne que halla en la nevera, la prepara y se sienta a devorarla en un santiamén. Después usará el baño, tomará una larga ducha y secará su cuerpo con papel higiénico. «Tenía por épocas –dice Raymundo– una obsesión por la pulcritud y la limpieza».

Raúl va y viene desde Cereté, donde aún vive con su madre, pero por estos días acostumbra abandonar con frecuencia la casona materna para deambular por las calles de otras ciudades, donde tiene muchos amigos. Se siente mejor entre ellos que en familia. Dice que lo dejan consumir sus drogas con tranquilidad, lo entienden y lo joden menos.

También son amigos los que responden ahora con prontitud a sus llamados de poeta en desgracia, cuando el temor y la furia se lo toman y él debe amenazar transeúntes o armar escándalos en la calle.

Sus depresiones se notan menos en sociedad. El enfermo de resivo no molesta a nadie. Lame sus heridas en silencio.

En junio de 1984, Eparkio Vega, su esposa Carmen Santos, Pedro Blas Julio Romero y Raymundo GómezCásseres, organizan el primer recital de Raúl en Cartagena. El lugar escogido para tal efecto es la Galería Libro Café, propiedad de los Vega Santos, en la calle Gastelbondo del centro amurallado.

«Gómez Jattin –dice ese día *El Universal,* periódico local– surgió como auténtica revelación de la poesía en el norte del país, recreando temas que van desde las bellezas naturales, a orillas del río Sinú, hasta sus propios conflictos existenciales, que el poeta escruta con ironía y desencanto. Gómez Jattin ha hecho, a través de sus trabajos, una revisión cruda de su vida en distintas fases, mirándose en ocasiones, a través de personajes. Su observación, plena de categórica lucidez, acostumbra a oscilar entre un sarcasmo frontal, a veces abatido, y una rémora de ternura protectora».

Esa noche, en la Galería Libro Café, Raúl cierra las puertas, se desnuda, canta a Serrat, asusta a las señoras, hace de todo, menos recitar su poesía, pero con los días dará más solidez a su amistad con Carmen y Eparkio.

«Hacía dibujitos por la calle –dice Carmen– se presentaba descalzo, todas las tardes a nuestro café. Se sentaba a mecerse, encantado, en una mecedora. Eparkio le hacía masajes en las manos y en los pies. Siempre fue muy especial con nuestra hija Laura. Le daba plata pero yo le decía que no lo hiciera, que no estaba bien. Llegaba a la casa y se comía con suero todo el cucayo. Para nosotros fue siempre el amigo y no el poeta famoso».

Mientras Raúl se fumaba un cigarrillo de marihuana, Carmen le leía el I Ching y se lo acomodaba, para que no se deprimiera. «Si le salía algo malo, yo no se lo contaba. Le cambiaba la predicción. Le aseguraba, en cambio, que iba a tener un día maravilloso».

Después sería Raúl quien leyera el Tarot. Lo había aprendido de su hermano Gabriel, el brujo Parsifal. «Gómez Jattin –recuerda su amigo, Iván Barboza– le trabajaba a uno la psiquis. Siempre manipulaba la mente de sus interlocutores con fines determinados, así fuera para reírse o burlarse. Eran técnicas del teatro. Se acercó a la magia negra, que va finalmente

a apoderarse de la psiquis del otro y cegarle los ojos. Yo vi cómo lo hizo con un amigo. Utilizaba velas y otras cosas».

A la muerte de su madre, a fines del 87 y sin dejar del todo la destartalada casona familiar, Raúl duerme en las bancas de los parques cordobeses o sobre el suelo pelado de las terrazas, resguardándose de la lluvia y del viento.

Al año siguiente, Editorial Corsa de Montería sacará la segunda edición de *Poemas* y Raúl será trasladado en medio de otra crisis a un hospital de Bogotá. Milcíades Arévalo irá a visitarlo y lo encontrará, además de viejo, desolado y panzón. Ya no lo verá tan grande como cuando lo conoció, pero sí mucho más humano, aunque agobiado por la farmacopea. «Me doy cuenta de la cantidad de droga que le meten –dice Milciades–. Está más exaltado e inquieto, pero quiere saber de sus amigos fuera de la clínica. Nos pide que volvamos a verle todos los días».

Raúl se recupera con rapidez y los médicos lo dan de alta. Entonces se muda a un hotelito frente al Museo del Oro en Bogotá, donde sus amigos lo visitan desde las siete de la mañana, cuando él enciende su primer cigarrillo. Si el día no ofrece mejor alternativa, el grupo leerá, hablará y beberá hasta la una de la madrugada. Pero ellos solos, porque Raúl se habrá echado a dormir temprano, como de costumbre, antes de las ocho.

El poeta también se quedará viviendo unos días en casa de su amigo Ponce y de Beatriz Castaño, la mujer que ha musicalizado sus poemas. Los dos viven en un apartamento de las Torres del Parque con la carrera quinta de la capital, entonces un hervidero de la desordenada rumba local. «Raúl era de los más juiciosos en la zona –recuerda Beatriz–. Marihuana y cigarrillo. Sólo eso consumía».

En ocasiones, prefería permanecer en casa y no salir, tomarse un vaso de leche y ponerse a leer o disertar sobre Kafka, Artaud y Genet; recitar trozos de las tragedias griegas o evocar los sonetos de Shakespeare. Cuando el hombre empieza a hablar, la audiencia surge.

Esta vez, como muchas otras, la vida del poeta parece tomar rumbos de normalidad entre tantos amigos que lo aprecian. Se ha quedado unos días también en casa de Luis Alberto

Restrepo, director de cine, a quien conoció años atrás con su amiga Martha Jaramillo, en casa de la familia Burgos, de Montería.

Un viernes a mediodía, Raúl ha tomado en brazos a Simón, el hijo de Luis Alberto y, ante la mirada horrorizada de la cocinera, lo ha acercado a la estufa para meter un tenedor en el fondo del sancocho y empezar a morder entre muecas de calor una papa todavía dura.

Colmada su paciencia con los sustos que ese extraño visitante le ha provocado toda la semana, la cocinera le arrebata al niño y pone de inmediato a su patrón en la disyuntiva de aceptarle su renuncia o botar a Raúl.

La mujer seguirá cocinando en casa de Luis Alberto, quien, para su asombro, se enterará muy pronto de que Raúl ha tomado un cuchillo de cocina en casa de otro amigo y lo ha hundido varias veces, delante de sus hijos, en la panza de una patilla; y que, días más tarde, ha descuartizado la muñeca de Amalita, la niña de una vecina, arrojando sus extremidades de caucho por la ventana.

Es hora de que Raúl regrese a Cereté o a Cartagena.

El 3 de diciembre de 1987, unos policías de la Heroica lo encuentran intoxicado de drogas y deambulando por las calles de la ciudad. Lo llevan al Hospital Naval y de ahí una ambulancia lo traslada al San Pablo.

Ante el siquiatra de turno, el poeta admite que consume marihuana, alcohol, bazuco y cocaína. Le dice que hace más de un mes se ha fugado de su casa, en la calle Cartagenita, del barrio Corinto de Cereté y se ha ido caminando hasta Valledupar. Que no quiere ver de nuevo a su familia porque ella desea hacerle daño. Dice ser el menor de nueve hermanos, poeta y profesor de teatro y cuenta que ha sido hospitalizado once veces en clínicas siquiátricas. Se muestra suspicaz y desconfiado. Los médicos han llamado a su sobrino José Luis Gómez Vergara, estudiante de medicina, y este ha dado fe de sus palabras.

Rubén y José Luis, hermano y sobrino de Raúl, hablan con los siquiatras del San Pablo, que recomiendan crearle compromisos al poeta. Es cesario ue ad uiera res onsa-

bilidades, cumpla con sus deberes, arriende un hotel, rompa el cascarón familiar de Cereté, sea un adulto.

Por el momento, varios amigos lo ayudan, le envían dinero, le regalan máquinas de escribir, le ofrecen su casa o una oficina propia, le pagan el hotel y el lavado de ropa.

Raúl decide quedarse en la Cartagena de su bachillerato, donde ya no habita su terrible abuela. Se ha liberado en definitiva de aquel asma abrasador, trae el alma confundida por las drogas, una larga soledad a cuestas y el fantasma de una madre que nunca supo donde huyó.

Su sobrino Carlos es ahora pintor y tiene un taller frente al Hotel Santa Clara. Raúl lo visita y hablan de arte. Después el muchacho se ganará un importante premio de pintura y Raúl subirá desnudo al proscenio de Bellas Artes para decir al público que el inobjetable ganador de ese concurso es a mucho orgullo su sobrino.

Por Carlos, ha llegado entonces Raúl a la Plaza de San Diego en Cartagena, donde pasará los últimos años de su vida. La escuela de Bellas Artes está ubicada en frente y la cárcel de San Diego queda ahí mismo, a media cuadra.

«Siempre fue respetuoso de mi independencia –dice Carlos–. Pero un día se enloqueció y vino a tumbar la puerta de mi taller. Abrió las ventanas desde afuera, echó toda clase de basuras y gritó todo tipo de groserías. Después me vio en el centro y corrió detrás de mi para pegarme».

Nunca, ni Carlos ni José Luis reaccionaron de modo violento contra su tío. En la buena locura comían y bebían gaseosa con él, hablaban de arte, alimentaban los recuerdos; pero en la mala locura, Raúl los hacía vivir un vía crucis. Entonces José Luis debía recorrer a sus contactos en el hospital San Pablo para internarlo.

«Raúl no pudo ser adulto –sostendrá después su amigo Iván Barboza–. Él siguió siendo un niño frente al mundo y sintió que el mundo le era hostil. Entonces reaccionaba contra el mundo en forma violenta. Se asumía inocente ante las agresiones de la sociedad. La realidad lo violentaba y su defensa era la agresión. Primero, contra su madre y los suyos. Después, contra los amigos y todos los demás».

«Era loco y entregado a la locura –dice su amigo Eparkio Vega–. No dejaba por nada en el mundo. Y mucha gente

quería cambiarlo. Esperaban que diera algo que no podía dar, y eso lo mantenía resentido, dolido de la sociedad en general. Que no lo aceptaran tal cual era».

En Cereté, sigue en pie la casa de sus padres. Raúl regresa a su pueblo y visita la de la familia Reza, considerada Casa de la Cultura local.

Lo primero que Lena Reza dice haber escuchado ese domingo sobre el poeta fue el hormigueo infantil que lo precedió gritando en aumento: «Ahí viene el loco, el loco Raúl», hasta que él llegó al portal de la residencia y preguntó por Lázaro, hermano de Lena, el hombre de la cultura en ese lugar.

Raúl entró y se sentó en una mecedora, pero miró en dirección a la salita contigua y descubrió a Lena leyendo *Retratos* del poeta español Antonio Machado. Entonces se puso de pie y empezó a cantar la canción que Serrat había compuesto con la letra de ese mismo poema. Cuando Lázaro salió a atenderlo, ya Raúl había iniciado una amistad con la mujer que iría a encargarse en un futuro de la posteridad material de su obra.

Por el momento, Lena ayudaría a organizar con su hermano el recital que Raúl ofreció bajo el palo de mango del Club Campestre de Cereté en septiembre de 1987. Catalina Patiño, otra amiga de Raúl, pondría también su admiración y su capacidad organizativa al servicio de las presentaciones del juglar y aquel sería un buen año de recitales para Gómez Jattin. Haría uno en Montería, otro en Sahagún, uno más en San Pelayo y luego repetiría en Montelíbano. Su propósito manifiesto: «Familiarizar a la juventud con la poesía. Por lo menos, con la mía».

De pronto, se lo tomaban las alucinaciones. «Se sabía –dice Lena– que con ellas llegaban también las agresiones. Los amigos cruzábamos la acera prevenidos, cerrábamos las puertas de las casas. Él convertía entonces nuestras terrazas en escenario de burlas y teatralidades».

Fue en uno de esos días, mientras dormía en una calle de Cereté o un parque de Montería cuando Raúl fue despertado por un puñado de niños que lo señalaban y mostraban también su foto en el periódico: su colega, Juan Manuel Roca,

le había dado portada en el Magazín Dominical que coordinaba en *El Espectador* en Bogotá. El poeta del Sinú encarnaba el desaliento, la voz desesperanzada y profética de los nuevos tiempos.

Esa misma foto y ese mismo dominical servirán semanas más tarde para que Alonso Mercado los muestre a una monja que parece detestar a Raúl «por vulgar y grosero» en el Hospital San Pablo de Cartagena, y logre de ella un mejor tratamiento para su amigo.

Raúl seguirá haciendo poesía, por y a pesar de la marihuana, el bazuco, la cocaína, la heroína, los hongos, las anfetaminas, el alcohol, el Sinogan, el Akinetón, el Mayeptil y el Theralite, entre otros. «Raúl no resistía la realidad –sostendrá Franklin Arroyo–. Tenía que vivir drogado siempre. Cuando no era la siquiátrica, era la marihuana o la cocaína, y cuando no era eso, era la locura que le daba la posibilidad de ser totalmente libre, de hacer lo que quisiera. Desaparecían para él formalismos y convenciones. De modo que Raúl buscaba la manera de estar loco. Después, generalmente con violencia, venía el guayabo».

Bibiana Vélez advertirá que «siempre que Raúl la embarró con un ser querido fue porque atravesaba una crisis psicótica total. De resto era un gran amigo. Cuando no estaba en crisis, tú no sentías que ese hombre necesitara alinearse para nada».

Algunos amigos notarán en él una especie de misantropía, un resentimiento o un desprecio por los demás. También en Cartagena solía citarles el verso de Rimbaud: «el infierno son los otros». A lo mejor era porque los otros querían imponerle límites a su libertad. Esa misantropía, ese maltrato a los demás lo evidenciaba cuando estaba en crisis porque en sus momentos de cordura o de buena locura, solía ser cariñoso, detallista y regalón con los amigos.

Los enemigos de Raúl, en la buena o en la mala, eran aquellos que representaban la norma e insistían en devolverlo a la civilización. Si se sentía presionado en extremo, recurría a actos primitivos coprológicos protestas telúricas desde el fondo de su animalidad, como aparecer desnudo ante una audiencia encorbatada, orinarse en las puertas de una casa

de cultura o regarse en ofensivas ventosidades dentro del Museo de Arte Moderno de Bogotá.

Raúl hizo todas las anteriores, pero nunca fue obsesivo. También tiró piedra, arrojó tinto y peto caliente a la espalda de las personas que apreció; rompió vidrios, acercó cigarrillos encendidos, incendió parcialmente hogares e instituciones, fue un aristócrata que odió la civilización y respetó, por encima de todo, al animal que había en los demás. Si alguien le reviraba con valor, si sentía que había «cojones» en el otro, así fuera una mujer, Raúl se calmaba,

Por ahora, sus ángeles no le pierden pisada. A principios de mayo lo rescatan de una estación de policía en Cereté y lo hacen trasladar a la clínica Montserrat de Bogotá. Tres meses después, sufrirá otra crisis en esta capital y será recluido en la Clínica de la Paz, donde escribirá *Poema dramático de Raúl, el loco mendigo,* el libreto de una obrita de teatro. Cuando salga de esa clínica, lo llevará con buena parte de su obra poética a la casa de su viejo y respetado amigo, Carlos José Reyes, quien lo escuchará absorto mientras Raúl bebe a pico de botella la leche, los jugos y todos los líquidos que encuentra en su nevera.

En ese texto dramático que jamás montó, mezcla de teatro griego y brechtiano, Raúl presenta una impresionante radiografía de su vida presente y futura, una especie de premonición experimental que concretaría de manera extensa, ocho años después, en *Los poetas -Amor mío* y *El Libro de la Locura*.

En el *Poema dramático* aparecen con nombre propio sus amigos y otros seres que él tiene en sus afectos, durante esa época de su vida: Juan Manuel Ponce, Beatriz Castaño, Silvia Jaramillo, Jaime Jaramillo Escobar y Darío Jaramillo Agudelo, junto a su hermano Rubén y su madre, la Niña Lola.

Precisamente, en uno de los seis sueños que estructuran la pieza, Rubén invita a Raúl a un territorio que no existe en la realidad, pero el poeta se aferra a su vida. En otro sueño, Joaquín, su padre muerto, se muestra orgulloso de sus logros literarios, mientras su hermano Rubén indica no tener contra él inquina alguna. Cuando la gente murmura sobre el estilo de vida callejera asumida por el poeta, este responde: «Yo impongo la moda».

Por esos días, Raúl lee el Tarot a amigos suyos de Bogotá, como Alberto Quiroga, de quien su memoria magnífica recuerda los bellos poemas que publicó en una revista universitaria, diez años atrás.

Una noche, Quiroga prepara una cena para el poeta y otros amigos, escoge un menú estupendo y compra vinos franceses. «Cuando vio las botellas y supo que eran para él –dice Alberto– dijo que llevaba quince días sin beber alcohol y esa noche tampoco se bebió un solo trago.

El poeta Joaquín Mattos Omar conoce a Raúl a fines de 1987 en Barranquilla, a propósito de dos recitales seguidos del juglar sinuano, una noche en el teatro Amira de la Rosa y al otro día, en la Universidad del Atlántico.

Mattos Omar, Henry Stein y Rodolfo Obregón visitan a Gómez Jattin en la habitación del Hotel Victoria, donde se hospeda. En la conversación, Raúl saca una pastilla de Akinetón y se la echa en la boca. Joaquín, que lo observa, le dice en broma: «Caramba, tú con esas pepas, debes andar bien mono». Pero Raúl le dijo que no, que la marihuana era mucho mejor porque, entre otras cosas, le aligeraba ese otro mal suyo llamado Akinesia, que le causaba rigidez en los brazos y movimientos corporales involuntarios, fruto de los múltiples cruces de la raza árabe. El mal se le había manifestado por primera vez en Bogotá, mientras hacía teatro universitario.

Otro día, Raúl ofreció un recital en la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional de Bogotá, al que asistió el también poeta Mauricio Contreras. Lo que más llamó la atención de este fue la forma en que Gómez Jattin cautivó a su audiencia, la mayoría jóvenes que no podían evitar escucharlo alelados, con la boca abierta. Inmenso, avasallador, dominador del público. Así lo presenció Contreras. «El poeta come y duerme como los demás», dijo Raúl al final, mientras pasaba su mochila, recibiendo el dinero.

Meses después, en Cartagena, Contreras le preguntará a su amigo Gómez Jattin por las razones de su carisma. Y éste le responderá travieso: «Es que yo tengo un secretito que los demás poetas no tienen: soy actor».

Por una intoxicación con bazuco en Bogotá, Raúl será trasladado en diciembre de 1987 al hospital San Pablo de

Cartagena, y será al salir de allí, cuando Efraín Medina Reyes, entonces líder de un grupo de adolescentes creativos que recorre las calles de La Heroica, le presente a Franklin, quien se convertirá en uno de sus más cercanos compañeros de entonces.

En dos años, Raúl conocerá a Iván Barboza, otro carnal de Franklin. En marzo de 1988 irá de Cereté a la Clínica Montserrat de Bogotá y al poco tiempo, ya recuperado y liberto, dictará desde una hamaca, en la casa de Beatriz Castaño, la mayor parte de los poemas del Tríptico Cereteano, a su amigo, el también poeta, Armando Carrillo. «Lo tengo todo en mi casa», decía mientras corregía una coma o un error de ortografía en el texto entregado por su colega. A veces, emocionado, sacaba el mismo de un tirón la hoja aprisionada en la máquina de escribir y lo dictaba de nuevo. Por las noches, seguía escribiendo.

Ese libro lo terminará, no obstante, en otro período de aislamiento, dentro de la Clínica Montserrat. Joaquín Mattos se lo encontrará por esos días en la capital y lo notará cambiado. «Le veo ciertos tics y algunas muecas. La boca pesada y pastosa impide hablar con facilidad. Hay signos de crisis, pero estaba lúcido.

Armando Carrillo entregará los poemas del *Tríptico Cereteano* a Darío Jaramillo y Milciades Arévalo presentará a Raúl con Juan Luis Mejía. Los dos, Jaramillo y Mejía, son junto con Germán Vargas y Daniel Samper, el Comité Editorial de la Fundación Simón y Lola Guberek que publica el libro de la trilogía poética de Gómez Jattin ese año.

El día del lanzamiento, Raúl llegó a la Biblioteca Luis Ángel Arango de Bogotá, acompañado por una enfermera de la Clínica de la Paz donde se encontraba y por otra muchacha a la que él presentó como muy dedicada y sensible, amante de la poesía y muy comprensiva. Su nombre era Marta Kornblith, estaba interna en el mismo sanatorio de Raúl y era una de las más brillantes poetas de Venezuela.

Con ella y con su nuevo libro, Raúl lucía muy feliz.

«Tenía un ego enorme –dice Mauricio Contreras–. Le encantaba que le echaran flores». Los dos se volvieron amigos, desde una tarde de *bareta* y mecedora en la casa de otro colega, Rafael del Castillo, editor de la revista *Ulrika.* Com-

partieron un recital en el bar *Quiebracanto* y departieron con otro poeta de grandes kilates físicos e intelectuales, Harold Alvarado Tenorio, quien le haría después a Gómez Jattin una entrevista de antología, tan valiosa como la que le hiciera en otra ocasión Henry Stein, después de un recital en Barranquilla.

Ricardo Vélez Pareja, poeta y abogado, conoció a Raúl Gómez Jattin en la Galería Libro Café de Eparkio, en Cartagena, a fines de 1988. Estaba con otro poeta, el escritor y periodista Gustavo Tatis. «Lo vi de buena presencia –recuerda Vélez–. La camisa por fuera, sandalias, los dientes aún sanos. Todavía pulcro».

No fueron amigos íntimos, pero Raúl lo visitaba con frecuencia en su oficina de abogado. Allí tomaría café, hablaría del amor, de la vida y de la muerte, y al despedirse se llevaría, a veces unos libros y, casi siempre, unos pesitos del amigo en el bolsillo.

«Influyo mucho en mí –reconoce Vélez–. Dominaba como nadie el tema de los clásicos griegos. Muy ecléctico como filósofo. De una gran serenidad de pensamiento y muy estructurado. Un pensador. Hablaba de Machado, de Rubén Darío, de Octavio Paz».

Cuando se mencionan los amigos de Raúl en Cartagena, el nombre de la pintora Bibiana Vélez es el primero que entregan casi todos los testigos.

Se conocieron a fines de 1988.

«Raúl –dice ella– me subía muchísimo el ego cómo artista. Me fascinaba como hablaba de mi obra y ese fue el comienzo de nuestra amistad».

Conversador compulsivo y delicioso, Raúl se tomó la hamaca de Bibiana desde el primer día que visitó su casa. «La hamaca era su trono –dice ella–. Su mueble por excelencia. Él escribió muchas poesías desde mi hamaca. Escribía, dormía, comía, en la hamaca. Y fue para mi una grandísima compañía. Un hombre rebosante de vida y de espíritu. Nos daba aliento a todos los que andábamos cerca de él».

Hubo una época en que Raúl se quedó a vivir en casa de Bibiana. Para él, era como su mamá. Se lo decía. Como le decía también «Virgen del Carmen». Se volvieron tan amigos

que cuando Raúl hacía alguna diablura en la calle, venían a ponerle a ella las quejas.

Rául se levantaba todos las mañanas muy temprano, como a las cinco, a caminar. «Caminaba mucho –recuerda Bibiana–. Era un hábito. Después, la poesía le fluía».

Vivía, según Bibiana, con austeridad franciscana. «Pero tenía debilidad por los perfumes y las carteras de mujer». Y un día le dijo: «Prefiero la cárcel a los manicomios. Porque la primera es una casa de hombres, en cambio en los segundos, hay muchos locos».

Por los días en que se conocieron, un Raúl enfurecido había hecho una pira con sus libros y su ropa en el patio del hotelito que arrendaba en la Calle de la Media Luna. Entre los papeles, ardía el prólogo que había prometido para el próximo libro de Ricardo Vélez.

Bibiana había tenido oportunidad de leerlo. «Es buenísimo», le había dicho a Ricardo en una ocasión anterior. Ahora los dos caminaban hasta el hotelito.

La pira se consumía como un montón de hojas secas. El dueño del lugar había llamado a Bibiana por teléfono. El problema lo tocaba. Él también tenía un hijo en una casa de reposo. «Pero yo no puedo perder mi clientela ni perder mi hotel por culpa del poeta».

A punto de trasladar a Raúl al hospital, Bibiana pidió hablar una última vez con su reciente amigo. «Yo estaba convencida –dice– que tras ese grado de intimidad, conocimiento y empatía que habíamos alcanzado, podría llegarle al alma. Pero no. Fue como hablarle a la pared. Una absoluta incapacidad de comunicación».

Entonces lo enviaron al sanatorio. Allí duraba un mes en promedio y luego regresaba a la normalidad.

A este hospital, iría a visitarlo el también poeta Rómulo Bustos, que había disfrutado casi todas sus libros. Le llevó alimentos. El sabía que Raúl era un tragaldabas. Y esa tarde el poeta estaba rodeado de muchachos.

«Yo tuve la suerte –dice Rómulo– de apreciar al *doctor Jekill* de Raúl y no a su *mister Hyde.* El Raúl que yo conocí tenía un sentido muy sabio de la vida, un sentido de la pobreza, de aber que llevaba un tesoro de poesía dentro de él

y una relación como de despojamiento con las cosas. Siempre vi en él una actitud estoica. Jamás supe de sus alucinaciones. Encuentro en su poesía un misticismo de fondo y una relación intensa con el cosmos y la naturaleza. Para mí fue mesurado, medido y con un extraordinario y profundo ego, como una coraza. Ese ego, en mi opinión, le alimentaba la certeza de ser superior, un ser de extremos, un gran poeta».

Por esa época, Carlos Villalba Bustillo, Rector de la Universidad de Cartagena había comisionado a Raúl para que impartiese un taller de poesía a los estudiantes de los primeros cursos. El poeta, que se desataba en agresiones y maldades contra el mundo de la calle, cumplió puntualmente su compromiso todos los viernes iba sin falta donde el rector a referirle los pormenores de su labor. «No se tomaba –dice este– ni un minuto más del tiempo indispensable para atender lo que él consideraba su obligación de informar. Lo hacía con caballerosidad, con respeto y con talante de profesor».

Cuando concluyó su taller, Raúl visitó de nuevo las oficinas del doctor Villalba Bustillo para darle las gracias por la oportunidad que le había dado. El rector no quiso quedarse con la curiosidad despierta desde aquella primera vez que hablaron, y le preguntó:

–¿Por qué conmigo es usted tan distinto a como es con los demás?

Y Raúl le respondió, mirándolo a los ojos:

–Porque usted me trata como a un ser humano.

Raúl terminó de ingerir la gaseosa que le había ofrecido el rector y miró hacia la urna que guarda el corazón del eminente José María del Castillo y Rada, en la oficina del educador.

Sonriente, el doctor Villalba Bustillo, le dijo:

–Todavía palpita.

A lo que Raúl comentó, antes de cruzar la puerta:

–Eso es lo que no sucede a los corazones de tantos bichos vivos que no se quieren ni a sí mismos.

Le dio la mano y desapareció.

Francisco Pinaud, más conocido en Cartagena, como Zícalo, había conocido la poesía de Raúl Gómez Jattin gra-

cias a un puñado de poemas que le mostró su amigo, el médico Mario Mendoza. Después se trajo de Bogotá un número del primer libro editado por Juan Manuel Ponce, lo fotocopió y lo repartió entre muchos amigos. Luego vería al poeta en carne y hueso, en la galería de libros y café que tenía Eparkio Vega, cerca del convento de los curas.

Pero en 1987, él, su mujer Patricia, Carlos Espinoza Faciolince y su mujer, Elsa Marinovich (hermana de Vladimir) reunieron recursos editoriales y económicos para publicar el nuevo libro de Raúl, *Hijos del Tiempo.*

Presentado por Elsa a Pinaud, Raúl llevó a este último los originales de su obra, entusiasmándolo en seguida: «Un libro íntegro, universal, y una lección de historia», dice Pinaud, quien llevó a Elsa y a Raúl donde su padre, el dueño de Editora Bolívar, que había nacido en Montería. «Hubo química entre ellos», dice Pinaud, refiriéndose al encuentro entre su padre y Raúl.

Bibiana Vélez aportó el dinero que faltaba y así nació el sello editorial El Catalejo, que imprimió el libro, aprovechando las horas extras de Editora Bolívar. El poeta ansiaba tener libro nuevo para llevar al próximo festival de poesía en Medellín, pero no se pudo. Hubo un pequeño atraso y el libro sólo alcanzó a lanzarse el 7 de agosto por la noche, en el Museo de Arte Moderno de Cartagena.

La contraportada de ese volumen rosado de Gómez Jattin lleva un hermoso retrato del autor, pintado al carbón por Bibiana Vélez. Se trata de un Raúl barbudo, sentado tranquilamente al vaivén asmático de una mecedora y que, reproducido en numerosas publicaciones nacionales, se convirtió en poderoso ícono del poeta.

Ráulo, como solía llamarlo ella, alcanzaba nuevas dimensiones con la publicación de este libro. «Ahora –comentaba él mismo a varios amigos– he demostrado que soy un poeta culto de aliento universal y no tan solo un retratista de las gentes y los paisajes del Sinú».

Días atrás, diez mil personas habían ovacionado, hasta la repetición y las lágrimas, los poemas leídos por Gómez Jattin, el 24 de mayo de 1989, en el Centro de Exposiciones

de Medellín, durante la segunda edición de «La poesía tiene la palabra».

«Fue un éxito increíble –dice María Cecilia González, del equipo organizador–. Todo el mundo lo aplaudió».

Raúl fue alojado en casa de Mónica Flores, quien había ofrecido su hogar en atención a uno de los poetas invitados. Esa tarde Raúl se asomó allí por la ventana de su habitación y vio pasar una señora comiendo mangos. El poeta dijo que él también quería. Mónica aceptó acompañarlo hasta el supermercado más cercano. Raúl fue sin zapatos y con una camisa cortica, que le llegaba al ombligo. «La gente nos veía y cambiaba de acera», dice Mónica.

En el supermercado, Raúl caminó derechito hasta la montaña de mangos, hundió sus manos en ella y uno tras otro, los mordió casi todos. Una señora del supermercado salió malencarada a decirles que había que pagar antes. Mónica lo hizo y Raúl se fue feliz con todos esos mangos mordidos, que empezó a regalar de una vez.

En Cartagena, Franklin Arroyo dice haber llevado a Raúl como cinco o seis veces a las clínicas, pero recuerda con exactitud que 1989 fue un año sano para Gómez Jattin. «Y no quería viajar a Bogotá. Iba sólo contratado para talleres y recitales».

Apoyado por María Mercedes Carranza, Raúl lee poemas y dirige un taller en la Casa de Poesía Silva, de la capital colombiana. En él, habla mal de la mayoría de los poetas del parnaso nacional, con excepción de Álvaro Mutis y Aurelio Arturo. Un día incendia el colchón de su habitación en las Residencias Dorantes, donde vive, y arma un escándalo a las puertas de la misma Casa de Poesía Silva, adonde ha ido a preguntar por su amigo, el poeta Fernando Linero.

Fuera de sí, Raúl intenta mirar a través de una ventana cerrada el interior de la casa, cuando alguien lo toca con suavidad por la espalda.

Raúl da media vuelta y se encuentra con la sonrisa amable y los brazos abiertos de Milcíades Arévalo, que le habla con emoción.

Minutos antes, Milcíades ha salido de su casa, en el mismo barrio de La Candelaria, y se ha venido caminando por

toda la carrera cuarta, en busca de la Avenida Jiménez. (El día anterior, en un encuentro con Raúl, este le regaló, eufórico, un ejemplar de *Hijos del Tiempo,* su último libro. Milciades lo leyó anoche varias veces y quiere decirle cuánto le ha gustado a su autor).

Al llegar a una esquina, Milciades ve a un grupo de personas aglomeradas frente a la Casa Silva y reconoce, precisamente en ese instante, la espalda ancha de su amigo Gómez Jattin, quien mira con esfuerzo, a través de una ventana. Delgado y bajito de estatura, Milciades se abre paso con facilidad entre la gente y corre donde está Raúl para darle un abrazo.

«Yo no sabía que estaba mal», dice hoy Milciades, quien se acerca a Raúl con los brazos abiertos y le dice sonriente: «Me encantó su libro».

Raúl lo mira de arriba abajo, como si estuviera frente a su peor enemigo. Entonces convierte los brazos de Milciades en tubos de impulso, lo levanta con facilidad y lo suelta por los aires contra la pared de enfrente. Milciades cae contra el suelo, con tanta violencia, que se rompe dos costillas.

Desde las alturas de su enojo, Raúl contempla el cuerpecito del hombre que se ha atrevido a profanar su espacio y, en medio de todo, parece identificarlo, «Raúl, ¿tú también?» alcanza a decir Milciades, desde el piso, con algo de humor.

Raúl se le viene encima, pero Milciades da media vuelta sobre el suelo, levanta la mitad superior de su cuerpo, se apoya en ambas manos y, sosteniendo el resto de su anatomía en una rodilla, emprende veloz carrera, sin mirar atrás, en dirección a su casa.

María Mercedes saldrá a ver qué ocurre y Gómez Jattin la insultará. El poeta Darío Jaramillo gestionará el ingreso de Raúl a una granja-hospital en Sopó, durante mes y medio, pero el venial tratamiento de ese sanatorio a sus pacientes permite a estos salir durante el día, así que Raúl estará muy pronto lanzando piedras contra la Casa Silva, desde donde llamarán a otra ambulancia que venga por él y lo lleve a una clínica de métodos más drásticos.

María Mercedes hablará con Rubén sobre la seguridad social de su hermano Raúl. Rubén responderá que no quiere saber nada, porque Raúl agrede a quien le ayuda.

Roberto Burgos Cantor anota que, en efecto, Raúl terminaba de conflicto con las personas que le daban una mano. Si Santiago Mutis le publicaba unos poemas, si la gente de Cartagena, Jorge García Usta o Gustavo Tatis Guerra llevaban poemas suyos a las páginas del periódico *El Universal,* más temprano que tarde, Raúl se inventaba una historia donde le debían un dinero que no le pagaban y llegaba al lugar de esos amigos. Colcultura, en el caso de Santiago Mutis; el periódico, en el caso de García Usta y Tatis Guerra y armaba unos cataclismos: tiraba los escritorios, gritaba, era difícil, y un hombre con mucha fuerza, entonces la gente prefería alejarse. Yo creo que cuando hay este deterioro, en los amigos se preserva una memoria de la amistad y no se vive esa situación dolorosa donde ya la vida marca que lo que sigue es el desastre».

Por esos días, amigos muy cercanos al poeta, lo enviarán de vuelta a Cartagena. Sus recitales se multiplican. Raúl viaja a Medellín, Barranquilla, Cereté, Montería y otra vez Cartagena.

En Bogotá, Juan Manuel Ponce y su mujer, Catalina Restrepo, lo sacan de una clínica para celebrarle en casa su cumpleaños número 45. En mitad de la fiesta, Catalina le dice a Raúl que no debe ser difícil controlar al loco que lleva dentro. A ella le parece muy cómodo ser loco y agredir a los demás.

Iracundo Raúl le responde que carece de la sensibilidad para entender cuánto sufre él con la locura y con esas voces que le aparecen.

Una madrugada en Cartagena, mientras escribía frente a una ventana de barrotes donde estaba su escritorio, Raymundo GómezCásseres sintió que, desde la calle, alguien rastrillaba con necedad, una y otra vez, un palo o algo parecido por los barrotes. Después, el silencio y, a los diez minutos, el *tracatraca* de nuevo.

Raymundo se levanta, sale a la calle y encuentra a Raúl, recostado a la ventana, mirándolo con rabia. «¿Qué te pasa? –le dice–. ¿Me la vas a montar?»

Raúl lo maldice, lo llena de insultos.

«Cálmate –le insiste Raymundo–. Y déjate de pendejadas, que yo no te tengo miedo».

Raymundo regresa a su casa y Raúl insiste un par de veces con el palo sobre los barrotes. Raymundo se duerme, pero como a las cuatro de la mañana, el mismo ruido de matraca lo despierta.

Raymundo se viste, sale a la calle y descubre a Raúl con un bate en la mano. «A mí no me vas a joder la vida», le dice Raymundo, fuera de casillas, entrando de nuevo a su casa. Al minuto vuelve con un bate profesional en una mano y camina en dirección a Raúl, que emprende veloz huida sin retorno.

Raúl va a Cereté y quema los libros y la ropa que le quedan. En octubre de 1991 ingresará de nuevo a tratamiento siquiátrico en el Hospital San Pablo de Cartagena, donde contará que sufre de locura desde 1977 y dirá que se altera cuando escribe sus libros y que sus familiares se molestan porque no quiere comer. Raúl no quiere comer porque siente que lo van a matar echándole algo a sus alimentos.

El ingreso al hospital no ha sido fácil. Los enfermeros han inyectado a Raúl y pretenden que Bibiana, Franklin Arroyo e Iván Barboza se lo lleven así para la casa, porque ahí no hay cupo.

Los tres han movido palancas y llamado al director del hospital, pero Raúl empieza a pedir con afán una cama y luego cae de bruces, sobre las baldosas del lugar. Bibiana, Franklin e Iván estiman que esos enfermeros le han puesto a Raúl una sobredosis.

«Estuvimos llamando –dice Bibiana– a personas influyentes que pudieran permitirle a Raúl quedarse en el hospital. Por fin, lo lograron con una carta del Defensor del Pueblo.

Raúl es invitado al Festival de la Luna en Bogotá, organizado por Luis Ángel Parra, dueño de un taller de arte-galería. La calidad de su poesía, la leyenda que lo precede y su dominio teatral del público hacen de la presentación de Raúl una velada inolvidable. La audiencia entrega el mejor silencio de atención a su lectura y, al final, la más atronadora lluvia de

aplausos. Luis Alberto Restrepo recuerda que en ese momento ya tenía Raúl una corte de jóvenes que lo idolatraban y le armaban los *varetos.*

El poeta recoge los frutos de su poesía. A fines de ese 1991, es uno de los cuatro grandes en el tercer encuentro de La Poesía tiene la palabra, junto a Álvaro Mutis, Jaime Jaramillo Escobar y Mario Rivero. El acto se realiza en el Centro de Convenciones de Cartagena. Afuera, en la Plaza de Banderas, han colocado parlantes para que escuchen quienes no han podido entrar. Adentro, no cabe un alma en la sala. Hay personas sentadas en las escalinatas del lugar. Ha llegado gente de todas las edades y extracciones sociales. Ha venido el Presidente de la República, César Gaviria, y dos exPresidentes: Belisario Betancur y Alfonso López Michelsen, pero se trata de un evento cultural, no político.

El escritor inglés, Gerald Martín, que se encontraba en Cartagena investigando personajes y lugares para su libro sobre la vida y la obra de Gabriel García Márquez, escribió: «En el Centro de Convenciones de la Ciudad de Cartagena durante el Festival Internacional de Poesía de 1991, tres mil personas ovacionaron por varios minutos a un poeta más bien desconocido que casi descalzo y con la voz un poco cansada, leyó sus poemas. Nadie como ese personaje desgarbado logró conmover así a la multitud».

«La lectura de Raúl fue una especie de ceremonia sagrada», dice el poeta y editor Mauricio Contreras. «Cuando él bajó –escribe Ricardo Vélez– todos se pusieron de pie para saludarlo, y él sin darse cuenta, dejó al Presidente Gaviria con la mano extendida. Era un poeta de masas. Ya había perdido un par de dientes».

«Colombia tiene en Gómez Jattin –dijo *El Tiempo* al otro día– un enorme talento poético, a la altura de los consagrados. Es, sin lugar a dudas, el mejor poeta del país».

La fiesta, esa noche, fue en la alcaldía. Raúl asistió con Franklin Arroyo, Haroldo Rodríguez e Iván Barboza. El ExPresidente Betancur salió a recibirlo y lo trajo del brazo hasta la muralla. Raúl habló con Mutis de barcos, exilios y poemas. De boleros y Manuel De Falla. Aquella fue, quizás, la mejor noche de su vida.

El poeta loco y callejero se había vuelto famoso. Su amigo, Rafael Salcedo Castañeda, fue testigo de su magnetismo por las calles: «Los estudiantes se acercaban a pedir su autógrafo, las secretarias y dependientas de almacén salían a tocarlo, a sonreírse con él. Todo el mundo en Cartagena parecía saber que ese caminante vestido de escándalo era todo un poeta».

Una tarde, el pintor Alejandro Obregón se encontró con él a las puertas del Museo de Arte Moderno y, después de darle un abrazo con billete escondido, le dijo al grupo de muchachos que los rodeaba, señalando a Raúl y a sus amigos, ya en retirada: «Poetas, esos son los cocos», los sabios, quiso decir en jerga costeña, con su humildad de gran pintor del Caribe.

Salcedo acompañó a Raúl hasta el Hotel La Muralla, en la Calle de la Media Luna, donde vivía. «Era una hamaca –dice– y una cama dentro un cuartito de 2 x 2, con una pila de libros siempre. Yo lo había conocido como un hedonista pleno y ahora Raúl era, para mí, en efecto, un estoico».

«Pero revelaba –apunta Ricardo Vélez– en los peores momentos de su vida, al tipo sofisticado y aristócrata que había sido». Mauricio Contreras corrobora la observación: «Sus maneras y ademanes eran principescos».

En 1992, Raúl era el personaje principal de un video que realizaba su amigo Haroldo Rodríguez para Telecaribe, el canal regional de la costa atlántica colombiana. Se trataba de un documental sobre el pensamiento y los destinos del ya reconocido poeta cordobés. Con Iván Barboza, Franklin Arroyo y Silvana Díaz Granados habían estado grabando en el Sinú y en Barranquilla. Esta semana llegaban a Bogotá y se alojaban en el apartamento del amigo fotógrafo Jairo Ferrer.

Ferrer había conocido a Raúl tres años atrás en la casa de Iván Barbosa, en Cartagena. Ahora, en la suya, recordaron viejos tiempos, hablaron de historia y brindaron por la poesía.

De Raúl, a Ferrer le impresionaba su percepción animal, su juicio crítico inapelable, su gusto exquisito por Satie y Albéniz, así como su pasión por los boleros de Celio González. A él Raúl le dijo un día: «Como poeta, me gustaría ser tan

popular como Celia Cruz. Ferrer no olvida que cuando a Raúl se le daba por jugar con las palabras, le gustaba repetir cosas como que «el éxito es un almacén de Medellín, la gloria una galleta de veinte centavos y la fama una carnicería bogotana».

Esta vez lo pasaron en forma inmejorable, pero cuando el dinero no alcanzó para la vida de príncipe y estrella de televisión que ahora Raúl creía merecerse, los electrodomésticos, las cámaras, los discos y el ajedrez de Ferrer debieron cubrir en su ausencia aquel déficit de bolsillo y droga que el juglar tenía. «Todo eso fue a parar a una casa de empeño o donde el jíbaro», dice Ferrer ahora.

Ese mismo año, Raúl visita al cantautor español Joan Manuel Serrat en su habitación de hotel en Cartagena. Serrat es jurado del trigésimo segundo Festival de Cine Internacional que se lleva a cabo todos los años. Beatriz Castaño cuenta que, en esa ocasión, Raúl cantó de memoria sus canciones al artista ibérico, en especial las que llevan letras de Miguel Hernández y Antonio Machado, por supuesto.

«Luego –dice Beatriz– lo invitó a un bar donde le contó su tragedia y lamentó el abandono de sus amigos más cercanos. Tiempo después, cuando Serrat presentó su álbum *Utopía* en el Jorge Eliécer Gaitán de Bogotá, yo fui a conocerlo y me presenté como amiga de Raúl. Serrat no había olvidado aquella confesión íntima en Cartagena y me reclamó por qué yo y otros amigos habían abandonado al poeta Raúl Gómez».

Raúl amaba a Serrat y, de entrevero, a Machado y a Hernández en Serrat. Cuando estaba bien eufórico, decía que el cantor era su hermano. Alonso Mercado recuerda que «Raúl le había dado y dedicado su libro de poemas a Joan Manuel, una de esas noches en Cartagena, pero a los dos o tres días andábamos desesperados sin un peso y nos encontramos con Serrat en su hotel. Raúl lo abrazó y le pidió que le devolviera el libro porque alguien cerca de allí se lo iba a comprar. Serrat entendió y se lo entregó con amabilidad».

Raúl consume marihuana y bazuco. En una reciente temporada en el siquiátrico, los médicos lo han encontrado en la fase eufórica y exaltada de un maníaco–depresivo, que sufre

además de una sicosis inducida por las drogas. En otro de sus numerosos ingresos al Hospital San Pablo, durante 1993, escribirá «en media hora» los catorce poemas que componen su libro *Esplendor de la Mariposa*, que Bibiana Vélez y otros amigos de Cartagena publican.

Raúl escupe y golpea a una juez que lo ha defendido con anterioridad. Ha confundido dos situaciones policíacas y está fuera de sí. La reacción de la mujer es encerrarlo en la cárcel de Ternera, una población a pocos kilómetros de la capital de Bolívar.

«Era muy doloroso ver a Raúl en una cárcel», dice su amigo Eparkio Vega. «Y ahí en Ternera lo tuvieron como tres meses, en calidad de enemigo público». Desaforado y desnudo, resultaba muy difícil para los agentes ubicarlo en algún pabellón. Se feminizaba y enamoraba a los presos jóvenes. Por fin, encontraron un calabozo a techo abierto, donde Raúl se sintió satisfecho. «Es el mejor lugar que me han podido dar –gritaba– para comunicarme con las estrellas», y extendía los brazos al cielo.

También en Ternera hizo poemas, pero breves y rápidos, que entregaba a su amigo Ramiro Benedetti, quien los vendía por fuera y le traía la plata.

A Benedetti, Raúl le dijo un día que cuando muriera no lo enterraran. Que lo cremaran y echaran sus cenizas al mar. Después lo escribió y lo dejó firmado.

Por fin soltaron a Raúl de la prisión y lo internaron en el San Pablo. La frecuencia de sus crisis preocupaba a sus amigos Franklin Arroyo e Iván Barboza. Las furias y euforias de Raúl se demoraban cada vez más. Ya no duraba tanto siendo sabio y divertido. Un día se lo comentaron a Enrique Jatib, el director de la Casa de la Cultura. «Trata de ayudarlo», le pidieron.

Enrique se lo contó a su amiga, Mara Berrocal, entonces Directora del Instituto Distrital de Cultura de la ciudad. Y un día, el mismo Franklin, que trabajaba con ella, se lo presentó. «Raúl ya no tenía dientes –recuerda Mara–. Acababa de salir de la cárcel. Yo sabía de él porque soy de Montería y ya varios amigos me habían comentado sus maldades».

«Yo quiero curarme y tú me vas a ayudar a ir a Cuba», fue lo primero que Raúl le dijo a Mara. «Yo no quiero estar más loco –añadió, abriendo sus ojos, enfatizando con ellos lo que sus labios decían–. Un loco joven, vaya y venga. Pero a un loco viejo, no lo quiere nadie».

Mara recibe complacida su mandato y empieza esa misma tarde una gestión que le demandará casi un año.

Por esos días, Bibiana Vélez acompaña a Raúl al Festival Internacional de Poesía en Medellín, organizado por la revista *Prometeo.* «Lo primero que hizo al llegar al hotel fue meterse al salón de belleza y teñirse el pelo de rojo», cuenta la pintora. Después recibió un dinero de los organizadores y se compró una grabadora portátil, que mantenía encendida durante las entrevistas.

En una de ellas reveló que hablaba por telepatía con los clásicos ya leídos. «Eurípides admira mucho mi obra», expresó, y mencionó también a Sófocles, Aristófanes, Barba Jacob, Luis Carlos López y Dios. «Es muy blanco, bellísimo y tiene unas alas doradas», dijo sobre este a Fernando Herrera.

«Raúl –recuerda Bibiana– estaba metiendo bazuco y se veía super ansioso. Lo llevamos donde un médico bioenergético, que le puso unos electrodos y le dijo: «Habla». Raúl empezó a cantar uno de sus poemas, como lo había musicalizado Beatriz Castaño. El mismo médico les dijo al final que Raúl estaba averiado, que tenía problemas en el cuerpo calloso, donde se interconectan los dos hemisferios cerebrales. Lo calmó con unos filtros de colores y lo remitieron a Bello.

Allí una siquiatra le preguntó que día era y Raúl respondió correctamente. Entonces la doctora le dijo: ¿Usted se quiere ir para su casa? Él le contestó: «Sí doctora, mire, tengo plata», y le mostró un rollo de billetes. La siquiatra diagnosticó que estaba bien y se lo devolvió a Bibiana.

A su recital, Raúl se presentó de rojo hasta las sandalias y sin libro alguno. En la mesa lo acompañaron sus colegas, los poetas Juan Manuel Roca, Javier Sologuren y Víctor Gaviria. El auditorio estaba repleto. Raúl, que sufría de miopía y de presbicia, no había llevado tampoco anteojos. Varias personas en el público le ofrecieron los suyos, el autor se los

probó todos y eligió unos femeninos, como de gato. Un libro suyo avanzó también, de mano en mano, desde el fondo del teatro. Raúl leyó y conmovió. Al final, en medio de los aplausos, no quiso devolver el libro. «Yo lo escribí», dijo y se perdió con él debajo del brazo.

Al día siguiente, Bibiana lo llevó de nuevo al hospital. «Sabíamos –dice– que tenía que estar interno. Además no podía regresar porque había salido de la cárcel. Y mucha gente allá no lo quería». Bibiana temía que los médicos lo hallaran en perfecto estado y se lo devolvieran. Por fortuna, apenas entra al consultorio y ve al doctor, Raúl le dice:

–Doctor, yo sé que esto es mentira, pero a mí Joan Manuel Serrat me habla telepáticamente.

«Menos mal», pensó Bibiana, aliviada. «El siquiatra lo dejó como quince días en ese hospital».

Semanas después, Catalina Restrepo, la mujer de Juan Manuel Ponce, se encuentra con Raúl en el llamado Parque de los Periodistas de Medellín. Sabía que acababa de publicar el *Esplendor de la Mariposa* y deseaba leerlo. Pero estaba prevenida en cuanto a su estado mental. «Él me identificó –dice ella– a tres cuadras antes de llegar».

Raúl estaba descalzo y, armado de un *vareto,* caminaba con suficiencia, en absoluto dominio de la calle. Aquí va el rey del parque. Dormía en una de sus bancas, frente a una venta de jugos de fruta, combinando el tutti–frutti con el bazuco que le traían drogadictos, rebuscadores y sicarios merodeadores del lugar. Esos que, dice Alberto Quiroga, matan para ver caer.

Raúl entra a una casa de donde saca diez ejemplares de *Esplendor de la Mariposa* y los entrega a Catalina. Pero a ella no le alcanza la plata que trae y le pide que la acompañe a un cajero electrónico para retirar la suma que falta.

En el camino, Raúl y Catalina entran a una cafetería donde se sientan a hablar de Dios, de los amigos y de temas banales. «A Raúl –comenta ella– le gustaban los objetos femeninos. Miraba con cierto fetichismo mi falda, mis zapatos. Se detenía a observarlos. De pronto, sacó de un bolsillo un esmalte rojo, anaranjado, con el que se pintaba las uñas, dedicó con él uno de los libros a Juan Manuel y me regaló el esmalte».

Los dos buscan ahora el cajero electrónico, encuentran dos que no funcionan y cuando Catalina está haciendo fila en un tercero, Raúl empieza a llamarla a los gritos: «Ladrona, devuélveme mis libros».

Asombrada, Catalina le devuelve ocho, se queda con los dos que ha podido cubrir su dinero (uno, el dedicado con el esmalte) y sale caminando de allí, mientras Raúl no para de gritar.

La policía llega, el poeta se calma y Catalina aprieta el paso para perderse en la próxima esquina.

Días después, otro amigo de Raúl, Nirko Andrade, pasa por el parque y confirma lo descrito por Catalina. Entonces llama por teléfono a Ponce, quien, preocupado, le envía dinero para que lo cuide y lo envíe, a la mañana siguiente, por avión a Cartagena.

Esa noche, Nirko lo lleva a un hotel y Raúl pinta todas las paredes de su cuarto con un tubo de aerosol que se ha traído del parque. Cuando se suben al colectivo, compra una bebida de chocolate que riega encima de los ocupantes. Al llegar al aeropuerto, muestra su tiquete de avión a un agente de policía y le dice que ese señor que le acompaña está loco. El agente detiene a Nirko y Raúl, divertido, vuela sin recomendación a la capital de Bolívar.

Su amigo, el abogado Ricardo Vélez, habla con Jaime Trucco, entonces rector de la Universidad de Cartagena, para que aproveche el conocimiento de Raúl como profesor de Literatura, en la Facultad de Ciencias Humanas. En efecto, le arman unos seminarios y Raúl dicta feliz y con gran dedicación sus clases, hasta que empieza a llegar vestido de mujer y a pelear por su plata.

Con labios pintarrajeados, unos pantalones de chicle, una blusa de flores y terciada al pecho una cartera, Raúl se metía a veces a los cursos de otros profesores en la misma universidad. «Llegaba, por ejemplo –dice Roberto Burgos– al curso que dictaba Ivonne Durán, la poeta y socióloga, muerta hace algunos años en un acto terrorista, y le pedía algún dinero para comprar cigarrillos. Ella amablemente lo invitaba. 'No me perturbes el curso –le decía– que los muchachos quieren aprender'. Y no había conflicto. Raúl se despedía con su

pañoleta, su cartera femenina y aquel invento de falda que usaba».

En su libro *Los últimos pasos del poeta Raúl Gómez Jattin,* el escritor Vladimir Marinovich, describe cómo salía Raúl de mujer a la calle.

«Llevaba un traje floreado, una pañoleta en la cabeza, unos aretes de presión en las orejas y tenía los labios y los cachetes pintorreteados y por el Centro saludaba a todo el mundo, muerto de la risa. Así se vistió varias veces, ropa que le prestaba una prostituta sincelejana de la calle de la Media Luna, que siempre le prometió organizar un recital de sus poesías entre sus compañeras de trabajo».

«Raúl –recuerda Franklin– justificaba su bisexualidad o hermafroditismo en los clásicos». Y cuando se vestía de mujer, se presentaba a veces como Lola Jattin. Se reconciliaba, en cuerpo e imagen, con su madre. «Mi mamá era bonita –dice Franklin que decía–. Yo saqué sus piernas». Y las mostraba.

Para su medio hermano Gabriel Chadid, Raúl era un espíritu de mujer atrapado en el cuerpo de un hombre. «Lo suyo –dice– era bien profundo. Raúl no quería ser ni la mujer ni el hombre que era. Su espíritu se tragó a Lola, se convirtió en ella, en la madre, en la hermana, en la amiga, en la hembra, una mujer múltiple, una super mujer. Fue un alma de mujer, la de su madre, la que él fue desarrollando. Un robo de la personalidad materna. Quizá una falta de sinceridad con él mismo. Nunca quiso ser él. Si tú no eres quien eres, entonces eres otro, y si eres otro, estás loco. Él terminó siendo ella».

Gabriel está seguro de que es este conflicto íntimo y personal lo que motiva en Raúl el repudio de su viejo cuerpo, ese cascarón que él está obligado a arrastrar. Conflicto que produce también, por encima de todo, esa tensión existencial, ese ser o no ser que alimenta su poesía. «Si no es así –añade Gabriel– quizás no hubiera sido tan buen poeta».

Pero no fue por mujer, sino por escandaloso, que botaron a Raúl de la universidad. Creía que los cheques eran diarios o de por vida. Algo así. «Lo peor –dice Eparkio– era hacer un acuerdo con él. Pensaba que un salario debía durar toda la

vida. Como una herencia infinita. Que los pagos jamás terminaban. Entonces iba a exigir su dinero a la caja y, si no se lo daban, decía que lo habían robado. Si alguien tenía un dinero de Raúl, mejor que lo soltase, porque iba rumbo a convertirse en su peor enemigo. Cuando no tenía plata se angustiaba. Le entraba desespero. En cambio, cuando tenía, le daba a todo el mundo».

Tras numerosas consultas, el rector de la universidad dio orden a los porteros de no dejar entrar nunca más al profesor Gómez Jattin.

Raúl se presentaba a la puerta descalzo. Señalaba a los maestros que conocía y los acusaba de ladrones. «Me han dicho que fuiste tú quien se robó mi plata», les gritaba. Y a Ricardo Vélez, el amigo que lo había recomendado, le suplicaba que lo dejara entrar. «Yo no tengo autoridad –le contestaba Vélez–. Yo soy un simple profesor».

Raúl se desahogaba en insultos.

A finales de 1993, Gómez Jattin emprende la escritura de una serie de poemas sobre diablos y fantasmas que lo asolan. Piensa enviarlos al concurso internacional de la Casa de Poesía Silva. Estos poemas no tienen ninguna relación con los de la propuesta enviada ese mismo año a la convocatoria de becas nacionales de Colcultura y premiada con el nombre de *Poemas de la Ciudad,* escritos entre 1994 en Cartagena y 1995 en La Habana y luego organizados como *Los Poemas –Amor mío*, con la ayuda de Vladimir Marinovich.

Estos otros (que conformarán después *El Libro de La Locura)* cuenta el poeta Gustavo Tatis que «los había escrito Raúl en las tres últimas recaídas, en una habitación pequeña de la calle de la Media Luna, bajo las aspas del abanico de techo, meciéndose en la hamaca». Ahí lo visita el demonio en persona, como una premonición, como un chillido inesperado mientras se afeitaba; «co o una voz en la medianoche en pleno sueño, el demonio convidándolo a lanzarse del barandal».

Roberto Triana conoce parte de esos poemas a través de un curioso episodio: «Una vez me quedé con él en el Hotel La Muralla y me pidió que leyera una obra suya de 25 estrofas. Me sugirió que le sacara fotocopias. Cuando bajé las escale-

ras del hotel para hacerlo, gritó: '¡Ladrón, ladrón! ¿Por qué se lleva usted mi poesía?' Yo me devolví muy sorprendido y le dije: 'Raúl, ¿qué le pasa?' Él me dijo: es que ese trabajo sólo puede tenerlo Colcultura. Más bien ayúdeme a llenar los formularios para el concurso».

Eran días terribles para la crisis existencial de Gómez Jattin. En su cerebro no sólo hablaban Kafka, Platón, Cavafis o Luis Carlos Lopez, sino también demonios sin rostro, fantasmas que le ordenaban matarse. Raúl se inyectaba heroína, consumía pastillas y bazuco, a veces hasta la madrugada. Andaba con otra gente. Sus amigos antiguos lo veían distante y con dinero. Se encerraba con ellos en apartamentos de Bocagrande y de Crespo, tres y cuatro días seguidos. Estaba algo obeso.

Es probable que, desde un comienzo, la presencia de Mara Berrocal y Enrique hubiese significado para Raúl una remota posibilidad de salvación. «A nosotros nos escondía que metía droga» señala Enrique Jatib. «Nunca lo reconoció y sé que advertía a la gente de no contarnos nada acerca de sus vicios. Éramos como sus papás».

Como una necesidad de su subconsciente o una simple casualidad, Raúl se había venido reencontrando varias veces en la vida con el espíritu de sus padres encarnado en otras personas. Le pasó con Juan Manuel Ponce y Beatriz Castaño, con Bibiana Vélez y Aníbal Olier; con Tania Mendoza y Carlos José Reyes ahora con Mara y Enrique. Mámás y papás que se repetían, gracias a la alquimia de su singular imaginación.

Lo cierto es que, desde un principio, Mara y Enrique estaban pensando, casi como padres, en el futuro de Raúl del Cristo. Deducían que el poeta necesitaba dinero para intentar curarse y lo pusieron a concursar por una beca de creación, de las que ofrecía el Instituto Colombiano de Cultura (Colcultura).

Raúl había recibido ya el pequeño monto de otra beca por la autoría de *Prometeo Encadenado,* una pieza teatral que montaría un grupo teatral de la Escuela de Bellas Artes, receptora del resto del dinero.

Enrique Jatib fue el diseñador de este nuevo proyecto, enviado a Bogotá con un dossier de anexos. Su título: *Poe-*

mas de la Ciudad, un fresco histórico a varias voces sobre Cartagena, sus habitantes, su multiplicidad racial y sus interrelaciones, partiendo de las experiencias de poetas universales y locales, como Luis Carlos López y Daniel Lemaitre; decantadas, claro, a través de la mirada personalísima de Gómez Jattin.

El resultado final, un libro de poesía, sería publicado y luego difundido en universidades, colegios y demás instituciones culturales. Con la presencia de Miguel Durán, su amigo, sub-director de arte en Colcultura, la beca sale para Gómez Jattin. En diez meses empezarán a darle ocho millones de pesos que, según cálculos moderados, deberá alcanzarle para un año.

Sólo para el registro bibliográfico, este libro nunca se publicará y algunos de los poemas anunciados, terminarán agrupados, junto a otros de distinto origen, en el libro *Los poetas –amor mío.*

Obtenida la beca, el próximo paso sería nombrar a quien administrase sus dineros. En principio, contactaron a su hermano, Rubén Gómez Jattin. Ignoraban los problemas de dinero que aún tenía con Raúl. «La plata que le den a un drogadicto es poca –comenta Rubén–. Me pedían que recibiera en su nombre ocho millones de pesos y que se los diera fraccionados. Yo les dije: «Yo tengo derecho a vivir. Si yo recibo esos ocho millones de pesos perderé la poquita tranquilidad que tengo. Así que denle la plata a él, esa plata es de él, él se la ganó, él verá a ver si se la fuma, se la come o se la bebe».

Mara señala que Raúl no sólo hacía planes con los dineros de la beca sino con los del Premio Nobel que decía iba a ganarse en un futuro. «Quería comprarse un apartamento y una casa en el barrio Getsemaní. Prometía regalarme una hamaca nupcial y construir una casa árabe pintada de blanco y azul; organizar un parrandón de una semana con los Hermanos Zuleta y cerrar varias calles del centro de la ciudad para que la gente pudiera disfrutar al máximo, sin la joda de los automóviles, la gloria de su poeta».

Raúl estaba en el hospital y había que cumplir los requisitos para recibir la plata. Pero él no entendía la tramitología de los desembolsos y llamaba a Miguel Durán todas las se-

manas a Bogotá para preguntar a las secretarias por su cheque. También llamaba todas las noches a Mara y la insultaba y la llamaba ladrona, por haberse quedado con la plata de su beca. A la mañana siguiente volvía a llamarla como si no hubiera pasado nada.

Mientras tanto, Enrique Jatib visitaba aseguradoras con el ánimo de sacar la póliza de cumplimiento que exige Colcultura y entregar el dinero a Raúl. El diálogo de Enrique, con todas las entidades, era más o menos el siguiente:

–¿Dónde vive el beneficiario? –preguntaba el funcionario de la aseguradora.

–En el Hospital San Pablo –respondía Enrique.

–Estás loco. ¿Cómo crees que voy a darte una póliza?

Después de muchas visitas y negociaciones, una aseguradora acepta que Enrique firme ante ella como responsable, si Raúl no cumple lo acordado. En poco tiempo, el poeta recibirá su primer pago.

En ese momento, la gestión de Mara por el viaje de Raúl a Cuba empieza a concretarse. Ricardo Vélez habla con Jesús Martínez, el embajador de Cuba en Colombia, aprovechando un coctel en el Museo de Arte Moderno y Juan Luis Mejía, director de Colcultura, escribe una carta al gobierno de Cuba. Con varios mensajes de respaldo, el embajador Martínez lleva la petición colombiana a su gobierno y Cuba acepta recibir a Raúl Gómez Jattin como paciente en el Hospital Siquiátrico de La Habana.

Aquella perspectiva feliz cambió el semblante y la actitud de Raúl por un buen rato. «No volvió a enfermarse en mucho tiempo», dice Enrique. Insistía en que lo que necesitaba era cariño. Se tomaba los remedios y se aplicaba sus inyecciones con disciplina. Tenía esperanzas. No veía la hora de montarse en el avión a Cuba, lo que hizo por fin el 18 de noviembre de 1994.

El 17, Raúl se sentó y escribió una carta a su hermano Rubén, en la que le decía: «Aunque tú no lo uieras, yo soy tu hermano. Aunque yo no lo quiera, tú eres mi hermano. Acabemos con esta situación de tensión familiar».

Ocho horas antes de viajar, Raúl no tenía pasaporte ni estaba en condiciones de firmar. Alguien firmó por él y, con

alguna influencia, le dieron el documento en una hora. En el aeropuerto, las autoridades cubanas lo recomendaron a un escritor de la isla, que tomaba el mismo avión.

A Cuba, Raúl llegó de noche.

Cuando se vio sola con aquella especie de leñador sucio y desconocido que aguardaba en una sala del aeropuerto José Martí de La Habana, María del Carmen Quintana decidió llevarlo de inmediato al Hotel Saint John.

Los delegados del Ministerio de Salud Pública de Cuba no se habían hecho presentes y, ella, Jefe de Protocolo de la UNEAC, la Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba, no tenía programa establecido para el recién llegado. El hombre, calvo y de ojos profundos fumaba un cigarrillo tras otro y decía incoherencias. Calzaba sandalias de caucho y traía en la mano una pequeña maleta. De modo que la funcionaria tomó el camino de la lógica: llevar al visitante a un hotel y recogerlo al día siguiente, luego de consultar a sus superiores.

Pero, al otro día, cuando fue a buscarlo, Raúl no estaba en el hotel. Anoche había roto algo de vidrio en la habitación, quizás un espejo o una lámpara, pero lo había hecho sin querer, menos por furia que por descuido. Esta mañana había desayunado y salido a recorrer la ciudad. Si María del Carmen hubiera podido imaginar la capacidad atlética de ese hombre, se habría preocupado. Pero Raúl también era dueño de una retentiva incomparable y había encontrado fácil el camino del retorno. En la tarde, María del Carmen y otras personas vinieron de nuevo y lo encontraron con la maleta sobre las piernas, esperando en la salita de recepción. Lo llevaron al hospital y ahí, después de un examen, lo dejaron interno. Traía 200 dólares en efectivo, que encomendó a María del Carmen, para que le comprara cigarrillos, dulces y galletas.

A los quince días, llamaron del hospital a la UNEAC para decir que podían visitar al paciente Gómez los fines de semana. María del Carmen fue y lo encontró más bien gordo y barrigón. Le llevó cigarros, papel y lápices, además de dulces y crema dental. En todo le había insistido un día atrás por teléfono, cuando llamó ansioso porque sabía que ella vendría ese día. El médico dijo que su tratamiento debía ser más

largo y que, dependiendo de su evolución, el paciente podría salir a pasear. Toda la ropa le quedaba corta. Le compraron unas chancletas, más papel y más lápices. Raúl comía con voracidad y en enormes cantidades. Escribía bastante. «Me leyó –dice María del Carmen– algunas cosas que estaba escribiendo, para mí disparatadas. Decía que no tenía familia y que había perdido una casa muy grande a manos de su hermano. Que él se la había robado, como le había robado su herencia y sus derechos de autor».

Raúl la acompañó al carro y le pidió café y cigarros en su próxima visita. Por esos días no se quiso bañar y tuvo algunos problemas. Juzgaba la situación de otros enfermos. Se comía sus porciones de comida y lo que dejaban los demás. Hiperquinético. Al cabo de unas semanas, el médico le dijo a María del Carmen que debía salir a tomar aire, como parte del tratamiento. «Debíamos ir por él los viernes y devolverlo al sanatorio el domingo por la tarde».

María del Carmen va con otro compañero a la embajada colombiana, donde un cónsul y el consejero de la delegación prometen colaborar y sacar de paseo al poeta, cada semana intercalada. Pero sólo lo hacen una vez. Lo llevan a la sede del consulado, le dan almuerzo y lo regresan esa misma tarde al hospital.

«Nosotros decidimos entonces visitarlo una vez por semana, todos los viernes, durante mes y medio. El médico nos dijo que podía permitírsele ir a lugares tranquilos, aún sin compañía». María del Carmen lo lleva, en compañía del colega Jesús Írsula, al Parque Lenin, donde hay un motelito de cinco habitaciones, en el área del centro ecuestre.

Otro sábado lo llevan a pasear por La Habana Vieja, visitan museos, comen helados en el Copelia, compran café y cigarros, almuerzan juntos y Raúl no quiere regresar al hospital. «Siempre –dice María del Carmen– me mostraba poemas o escritos que hablaban del cielo, del mar; de Cartagena y de La Habana».

Todos los viernes por la mañana, Raúl hacía llamar por teléfono a María del Carmen para recordarle que debía ir por él. En una ocasión lo llevaron a unas actividades de la UNEAC y Jesús Írsula lo invitó a su casa donde encontró feliz una

mecedora. Después irían a conocer la familia de María del Carmen. Su padre y su hermano se llaman también Raúl. Esa tarde comerán fríjoles negros, arroz blanco, pollo, boniatillos y arroz con leche. Raúl se cambia de una mecedora a otra y se toma sus pastillas con religiosidad británica. «Nunca fue agresivo –dice María del Carmen–. Apenas llegué a verlo un poco alterado y ansioso».

Uno de esos días en que van por él al hospital, la encargada ha dejado bajo llave su ropa de salir. Raúl no se amilana y sale en pijama. María del Carmen le regalará una camiseta y un pantalón de su papá. Jesús, unos pantalones cortos y lo llevará a un club de amigos del barrio, donde se tomará la única cervecita que le permite el doctor.

La diplomacia colombiana brilla por su ausencia. A Raúl se le vence el permiso de estadía en Cuba y la misma UNEAC tramita la prórroga.

«Le encantaba el malecón de La Habana –recuerda María del Carmen–. Decía que se parecía a Cartagena».

Durante otro fin de semana, María del Carmen y Jesús lo llevan y dejan a solas en una casa frente al mar, dentro de una habitación con salida independiente. Hay una discoteca en los alrededores. Cuando regresan por él, ese domingo, lo encuentran descamisado. *Me robaron mis camisetas en la playa*, les dice.

El administrador comentará después que, en efecto, el poeta estuvo en la playa, donde conoció a un muchacho que llevó a su casa y quien se habría quedado con sus prendas de vestir.

Poco tiempo antes de terminar su tratamiento, lo llevaron al oculista, le pusieron gafas y le fabricaron una prótesis dental. Él mismo pidió una máquina y se afeitó la barba. Le compraron dos mudas de ropa: dos pantalones, dos camisas, ropa interior y unos zapatos tenis. Era otra persona. El día que le dijeron que podría regresar muy pronto a Colombia se puso ansioso. Su tiquete había vencido. Sólo tenía validez de un mes. María del Carmen gestionó uno nuevo con Cubana de Aviación.

«Hicimos fotos que él se llevó. Le regalé un maletín para el regreso». Hubo demora en el vuelo porque cerraron el aero-

puerto por mal tiempo. Raúl iba cargado con la obra escrita de numerosos poetas cubanos. Se puso sentimental al despedirse, se mostró muy agradecido y prometió volver pronto. Comprobó que llevaba sus pastillas en un bolsillo y reiteró, antes de abordar el avión, que regresaría con el dinero a obtener con la fama de sus libros.

En el aeropuerto José Martí de La Habana, Raúl había reconocido, entre los pasajeros que retornaban, al escritor colombiano José Luis Díaz-Granados. «Abrió sus alas cálidas y me abrazó», recuerda José Luis. Gómez Jattin le pareció un hombre completamente nuevo.

Mara Berrocal se enteró del diagnóstico de Raúl a través de un telegrama que le envió la dirección del hospital cubano. «Me dijeron que Raúl sufría de un doble problema: era esquizo–afectivo y adicto a las drogas».

Tras casi cinco meses en el Hospital Siquiátrico de La Habana, el poeta vuelve a Cartagena en mejores condiciones de salud y se hospeda en el mismo hotel La Muralla, de la Calle de la Media Luna, donde escribe nuevos versos para su próximo libro y mantiene una actitud severa que no lo deja claudicar ante la droga.

«Nada de nada», recuerda Eparkio Vega que decía cuando se le preguntaba sobre su antigua pasión por la yerba. «Mira cómo estoy de bien», repetía, mostrando su sonrisa de prótesis en toda su extensión. «Yo no creía en los comunistas –comentó a Francisco Pinaud– pero, fíjate, hasta la barriga perdí». Una de esas tardes se presentó a la oficina de su colega Ricardo Vélez, se sentó frente a él, al otro lado de su escritorio y le dijo: «Tú tenías razón. He podido escribir sin necesidad de droga ni marihuana. Claro que un roncito de vez en cuando cae muy bien y entona».

Ricardo lo invitó a almorzar. Raúl se bebió media botella de ron mientras criticaba al régimen cubano. Días más tarde, le diría a Catalina Restrepo en Bogotá que la diferencia entre las clínicas de Colombia y las de Cuba, era que en las de Cuba, los médicos saludaban a los pacientes con un beso en la frente y las enfermeras los acariciaban y les limpiaban los pies. En Colombia, él había estado descalzo casi siempre o

en duras abarcas de cotiza, sus pies hinchados, heridos y con hongos. Allá se los cuidaron. Los trajo en perfecto estado. Dijo que cada semana le hicieron el pedicure, cada mes le cortaron el pelo y, al final, le arreglaron la boca. «Esa es otra siquiatría», consignaba.

Entonces le avisaron que lo esperaban en Cereté y eso lo asustó. Pensó que muchos en su pueblo querrían castigarlo por todas las maldades cometidas contra esa población, pero pronto lo convencieron de que su pueblo esperaba en cambio un recital suyo.

Los Reza lo organizaron en el Club Campestre, donde Raúl fue aclamado por sus coterráneos y tuvo su reencuentro formal con Rubén. Se habían visto ya horas antes. Rubén había pasado en su vehículo al otro lado del Hotel Cacique Té, donde estaba Raúl. Este lo había reconocido en la distancia y había corrido tras él por entre los autos. Nervioso, Rubén detuvo el suyo, antes de que las manazas de su hermano menor se le echaran al cuello y los dos se confundieran en un largo y sentido abrazo de reconciliación. Se veían felices. Raúl invitó a su hermano a acompañarlo durante el recital. Entonces departieron y tomaron gaseosa, pero el poeta se negó toda la tarde a beber alcohol, y confirmó esa noche su decisión de no regresar sino de visita a Cereté. Tenía el propósito de vivir en Cartagena, trabajar, dictar talleres, ser autosuficiente.

Esa misma tarde, Raúl se enteró que José Luis Calume, su amigo desde la infancia, estaba también escribiendo poemas. Aquella era una broma de los amigos, pero Raúl se mostró muy preocupado y no dejó de preguntar durante toda la velada por la calidad de los versos de José Luis. «No puede ser mejor poeta que yo. ¿Tú lo has leído?», repetía.

Con Raúl de nuevo en Cartagena, Enrique y Mara le arman un viaje al Festival Internacional de Poesía en Medellín, donde no han invitado a Raúl de manera oficial. El poeta no quiere ir solo.

Por esos días, Editorial Norma publica su antología de la obra de Raúl y aprovecha el marco de ese festival para hacer el lanzamiento. «No tenía idea de encontrarme con Raúl en

Medellín –dice Joaquín Mattos–. Creí que estaba en Cartagena, donde vivía. Pero el mismo día que llegué a la sede del evento, en el centro de Medellín, al bajar en ascensor al lobby, la puerta se abrió y ahí estaba Gómez Jattin».

Mayúscula sorpresa. Raúl y Mattos anduvieron juntos los cinco días del festival, junto a Héctor Rojas Herazo, su esposa Rochi y Claudia Cadena, la editora de Norma, que también publicaba en esta ocasión libros de Rojas Herazo y de Juan Manuel Roca.

En el recital organizado para presentar los tres volúmenes, Raúl fue literalmente perseguido por una gran audiencia que lo escuchó con sentimiento, compró sus libros y se los hizo firmar en una librería de la ciudad.

Raúl ha evitado con éxito las drogas en Medellín y viaja luego a Bogotá, donde se aloja en casa de Beatriz Castaño, pero sale y acepta una copa de vino que le ofrecen otros amigos en una cena. En la noche siguiente se tomará varios whiskies y llamará por teléfono a Mara Berrocal en Cartagena. Desea regresar en seguida. «No quiero estar aquí –le dice–. Están consumiendo mucha cosa».

En otro momento de esta visita a la capital, Raúl lee a Beatriz Castaño y a Mauricio Cárdenas *Los Pájaros del Verano,* unos poemas sobre la vida cotidiana de su infancia, su madre y sus tías. Ya había destruido la novela del mismo título, que Joaquín Mattos le había guardado y luego devuelto a principios de los noventa.

Todavía llevaba en la boca su caja de dientes relucientes, pero se la quitaba y la colocaba a un lado para conversar. De regreso en Cartagena fue donde Eparkio y la puso en sus manos: «Arcángel –le dijo, así lo llamaba–, haz de mis dientes lo que desees. Yo no los quiero más. Me molestan mucho. Ni reirme puedo».

Eparkio los guardó varios meses, hasta que se convenció de que eran en verdad muy grandes para el poeta, quien conversaba, al parecer, de modo más elocuente y feliz sin ellos.

Entonces los tiró a la basura.

En la ciudad hay incontables vendedores de droga. Gómez Jattin está solo y vive cerca de numerosas «ollas» o recove-

cos donde se expende la misma. Por donde camine, la encuentra. Se la ofrecen a domicilio. Supuestos amigos se la llevan a su puerta. La lucha interior del poeta es desigual y comienza a perderse.

El Museo de Arte Moderno y la Casa de Poesía Silva le organizan tres talleres sobre los poetas Antonio Machado, Octavio Paz y Rubén Darío. Ricardo Vélez, quien asistió al curso, recuerda que Raúl empezó un día a calificar en forma arbitraria. «De pronto Ruby Rumié, una compañera, contestaba algo y él decía: «Ruby, tienes cinco y los demás, cero».

Ricardo había terminado de escribir un libro de poemas y había pedido a Raúl que se lo presentara. Así lo hizo. «Que este libro le sirva a Ricardo Vélez –dijo Raúl esa noche– para encontrarse con el mejor Ricardo Vélez que lleva adentro».

Esa frase era la síntesis de lo que habría ocurrido en él mismo, a partir de su experiencia con el hongo. El otro ser que le había nacido.

Por esa época, recuerda Roberto Triana, «le gustaba ir a un restaurante Italiano en Bocagrande, donde vendían los mejores helados de Cartagena, se sentaba al frente de la vitrina a burlarse de todas las personas que pasaban por allí, recordaba su niñez cuando muy rara vez comía helados. A raíz de los helados decía que detestaba los polos. Que esos eran posiblemente el infierno verdadero. Odiaba la idea del hielo, pero amaba los helados. Un día que le pagaron en el Museo de Arte Moderno me invitó a un programa para él super exquisito: pollo con helado».

Pero Raúl no se demora mucho en esos días para bajarle la guardia al vicio. Lo hace por etapas. Primero, con el aguardiente y la cerveza. Pronto consume un tabaco de marihuana y algo de coca. «Malos amigos siempre ha habido –dice Raymundo GómezCásseres–. Porque es una maldad sin límites sonsacar la adicción de un ser querido. Los responsables fueron tipos que él conoció en su última etapa de Cartagena, personas de cierto nivel económico y estilo de vida, que le suministraron la droga. Con ellos empezó su reversa. Si se hubiera mantenido firme aún estaría con vida».

Raúl espera con ansias el dinero de su beca. «Cuando no tenía plata –dice Eparkio– le entraba angustia, desespero. Cuando tenía, era regalado. Le daba a todo e mundo».

«Entonces iba solito al hospital –recuerda Juan Manuel Ponce–. Se dejaba convencer cuando sentía que el sufrimiento era algo incontrolable y se sometía a tranquilizantes. Yo lo alcancé a ver un día a las once de la mañana en San Pablo, en un salón con 20 camas. Estaba dormido, se levantó, hablamos un rato, me regaló el libro de Norma, me hizo una dedicatoria muy linda, me dijo tengo que dormir hermano y se volvió a acostar. En el avión me robaron el libro mientras yo hablaba con alguien en la parte de atrás. Se lo conté a Raúl y se reía con cierta complacencia».

Con varios amigos, Rául conversaba de la posibilidad de vender los lotes que su hermano le debía, ahorrarse un dinero, asegurar su futuro, garantizarle un buen tratamiento a su enfermedad. Hacía cálculos. Especulaba.

«Lo inquietaba la estrechez económica –asiente Bibiana–. En un momento dado, él soñó con tener una casita en el campo. Le hubiera gustado. No obstante fue un hombre de una desposesión como de monje. Él me lo decía: «Yo vivo como un monje». Y lo cierto es que no tenía nada, fuera del reconocimiento, el amor de sus amigos y una autoridad natural sobre casi todo el mundo. Él no necesitaba la locura para lograr lo que hubiera querido. Con su poesía, lo habría ganado todo».

En la Plaza de San Diego, frente a Bellas Artes, Raúl toma trago y mete droga. «Ya no pide ayuda como antes. Nada le importa», anota Iván Barboza, quien le ha perdido confianza desde que Raúl robó su apartamento. Lo saqueó dos veces. «Raúl guardaba ciertos rencores. Creo que fue una venganza, porque él era muy posesivo y pasional. 'Esa me la vas a pagar', parecía ser siempre el subtexto de sus reacciones». Pero la relación de los dos fue casi siempre entrañable, de mucha creatividad y experimentación.

El 28 de agosto de 1995, Raúl es llevado, en un estado de depresión extrema, por Mara y Enrique al Hospital San Pablo. Acaba de leer la crítica negativa que Álvaro Marín ha publicado en el Magazín Dominical de *El Espectador* y siente de nuevo aquellas voces chillonas y diabólicas que le ordenan matarse. Uno de los médicos recomienda a sus asistentes

vigilarlo con mucha atención. Hay riesgo de suicidio. Raúl agrede a pacientes y golpea a un asistente que pretende tranquilizarlo. Lo tira al suelo y le rompe las gafas.

En el hospital, cuando se calme, escribirá otros poemas del grupo iniciado en La Habana. Dirá estar orgulloso del epígrafe: «Hacemos con lo imposible de la vida, una belleza posible». Debido a su delicado estado de salud, Raúl es autorizado a entrar y salir del hospital a su albedrío. Confiesa sentirse allí mejor que en un hotel. La verdad que es un respiro frente al acosador y agobiante mundo de la calle. Lo atienden, le dan droga de la otra y sus tres comidas; tiene el ámbito apropiado para escribir su poesía y puede, además, recibir visitas.

«Había que llevarle todo», dice Mara Berrocal. «Todos los días nos hacía una lista, que repasaba con cuidado: 'Me traen jamón serrano, galletas de sal, un jabón, en fin...»

En el hospital, Raúl comparte habitación con otros cuatro enfermos. El visitante llega y salen pacientes de todos los rincones del lugar. Sonriente y abrazado a un tarro de galletas, Raúl las reparte entre ellos, con la imperturbable solemnidad de un obispo.

«A veces mejoraba –dice Ricardo Vélez– y los amigos pensaban que quizá por fin se curaría del todo, pero al poco tiempo recaía y se lanzaba de nuevo a desnudarse, a mendigar, agredir, hasta que alguien lo recogía y lo llevaba a la clínica».

El 5 de febrero de 1996, el poeta se levanta de mal genio, busca la calle de la Media Luna, entra a un almacén, toma el teléfono sin permiso y, protestando porque no le sale la llamada, revienta un abanico contra el piso. El dueño, un vendedor de electrodomésticos lo conocía. Con frecuencia le regalaba comida o le daba dinero. Pero esta vez, cuando ve las aspas destrozadas de su aparato por el suelo, el hombre se enfurece, saca una navaja de uno de sus bolsillos y chuza con ella la nalga derecha de quien no era a su juicio sino un mendigo loco y desagradecido. Raúl huye y se encierra, confundido y furioso, en el Hotel Isla Capri del barrio El Cabrero, donde casi destroza una habitación.

Los del hotel avisan. Enrique Jatib, Rosario y Gustavo Padrón encuentran al poeta boca abajo en el piso, dormido y sangrando por la nalga. Lo llevan al Hospital Universitario, «Me quieren matar», entra diciendo. No se deja suturar la herida y arma un escándalo porque alega haber sido contagiado por el sida.

En medio del desorden y tras haber intentado sin éxito encender un tabaco de marihuana en el baño, con la herida abierta y sangrando, Raúl huye del hospital, con bata y todo, y se pierde en la oscuridad de la noche. Nadie sabe quién ni de qué manera suturó su herida. Lo del sida era invento suyo. Mara y Enrique lo habían comprobado con exámenes pertinentes. «Raúl, en ese sentido, era un tipo sano».

«Cuando estaba en crisis sicótica –explica Bibiana– mostraba desinterés en su físico. Por épocas se demoraba tres, cuatro días con la misma ropa y otras veces le daba muchísima importancia a su presentación y le fascinaba ponerse camisas de colores y teñirse el pelo, y recortarse el bigote y cosas así. Llegó un momento en que ya estaba tan zafado que no estaba ni en su cuerpo. Franklin agrega que «cuando Raúl estaba cuerdo trataba de andar bien vestido. Nosotros lo acompañamos muchas veces a comprar camisas bonitas, buenas sandalias, ropa que combinara».

Después del episodio del falso sida, Raúl no quiso hospitalizarse más. «Lo que deseaba entonces era morir envenenado, como Sócrates, o inyectado por sus amigos», dice Bibiana. Uno de ellos, Joaquín Tabares, revela haberlo visto intentando matarse con droga. «Me voy a morir', decía y se fumaba una enorme cantidad de bazuco. Aquello apenas le provocaba un dolor de estómago increíble, que luego él buscaba quitarse con dos bolsas de leche».

A su carnal Rafael Salcedo se lo dijo una tarde, en un quiosco de La Boquilla, una playa de pescadores, mientras reposaba en una hamaca. «Estoy en una pobreza absoluta». Rafa quería saber: ¿Dejaste de escribir? «No, todavía sigo escribiendo».Se lo quedaba mirando y le preguntaba:»¿Tú de verdad crees que soy un gran poeta? Los amigos deben ayudarme, ayúdame Rafa, ayúdame a morir».

Rafa se puso a llorar.

A Franklin e Iván, también les dijo que quería suicidarse pero le daba miedo. Confesó ir a la playa y hundirse en el agua hasta la frente, pero luego sentirse incómodo y salir. No había podido. Durante veinte días, los tres se reunieron con el serio propósito de concebir el crimen perfecto de un amigo. Volver cadáver a Raúl, sin culpa ni huella alguna.

«Nosotros lo engañábamos –dice Iván– le comprábamos unas pastillas y le decíamos que eran de cianuro. Al cabo de 3 o 4 días volvía: «Hey, sigo vivo». O nos llamaba a las cinco de la mañana a preguntarnos por qué esas pastillas no cumplían su cometido. Le inyectábamos Sinogan, para que se calmara. Todo giraba a su alrededor, nadie podía dedicarse a sus asuntos sino a Raúl».

Ahora son los del hospital, quienes no quieren nada de él. Dicen que lo suyo es medio buscado. Un caso perdido, que cada vez se pondrá peor. Bibiana va donde el Defensor del Pueblo. Este, por medio de una carta, exige al hospital que acepte a Raúl.

El 23 de mayo del 96, Raúl sale del sanatorio local. Ha pasado allí casi tres meses, y se dirige a la Escuela de Bellas Artes, donde aún lo aprecian. Viene bien vestido y huele a limpio. Entra al salón donde trabaja Vladimir Marinovich en un computador y, del interior de un sobre de manila, saca unas hojas de papel en manuscrito y le pregunta:

¿Tú puedes trascribir mi nuevo libro de poemas?

Vladimir le dice que sí.

En febrero anterior, Raúl los había dejado con ese propósito a la secretaria de dirección de la escuela, pero se han extraviado en el disco duro y ahora deben pasarlos de nuevo.

En el proceso, Raúl y Vladimir se vuelven amigos. «Pare aquí, corte aquí, ponga aquí, quite aquí, no me le ponga coma, no me le ponga punto y coma, póngamele mayúscula» y así, dándole un formato a su poesía, Vladimir recuerda su trabajo con Raúl.

Con estos poemas, Gómez Jattin cumplía el compromiso de entregar, según Colcultura, su proyecto de beca de creación, diseñado meses atrás por Jatib, antes del viaje a Cuba.

Raúl duerme en las bancas del Parque Centenario de Cartagena.

Varios grupos de amigos se disputan la celebración de su cumpleaños número 51. Unos le ofrecen pudín con gaseosa en la cafetería de Bellas Artes y otros una piñata llena de regalos en el parque de San Diego, frente a esa misma escuela. El poeta, que tiene los ojos vendados, hace añicos la olla de barro con un solo garrotazo.

Más tarde, en El Arsenal, otro bar de poetas, le organizan una lectura de sus versos y, casi de madrugada en *Quiebracanto,* Raúl le pide a un amigo, Rodrigo Ramírez, que lo deje, cosa rara, bailar con su esposa el tema de *Adán García,* que canta Rubén Blades con los Seis del Solar.

Mientras danza entre las demás parejas que se aprietan en la pequeña pista del lugar, Raúl tararea la letra que sale de los parlantes y golpea la anatomía de los presentes: *Esto se acabó vida/ la ilusión se fue, vieja/ el tiempo es mi enemigo/ en vez de vivir con miedo/ es mejor morir sonriendo/ con el recuerdo vivo.*

Semanas después, Raúl visita una mañana a su medio hermano, Gabriel, en su casa de La Piche, cercana a Tolú Viejo. En medio de la conversación, le pregunta qué pensaba hacer cuando llegase a viejo. Gabriel le contesta que viviría en su casa, como hoy, independiente.

«En cambio a mí –le dijo Raúl– me toca hacerme el loco. Cuando estoy en la mala, me hago el loco, me arrebato y los amigos me llevan a una clínica, me dan comida, me pagan un tr tamiento, los médicos me regalan dinero, escribo un libro, me lo publican y lo vendo».

Ese mismo día, Raúl pierde los estribos ante su hermano, orina y unta con sus propios excrementos las paredes de su casa, rompe lo que encuentra a su paso y está a punto de tirar el refrigerador, cuando Gabriel, enfurecido, lo confronta: «Mira, si en esta casa hay un loco, ese no eres tú. Ese soy yo».

Raúl retrocede. Nunca ha visto a su hermano tan fuera de sí. Gabriel salta sobre él, que se escabulle y corre hasta la esquina, al final de la calle, donde se desnuda y grita incoherencias. Jamás volverán a verse.

En Cartagena, Raúl se torna agresivo en casa de Bibiana Vélez. Despotrica sin ton ni son. Durante los dos últimos

años ella lo ha visto particularmente violento y desequilibrado. Le robará treinta mil pesos, se los devolverá con ira, le pegará a su hijo Pablo con una cuchara y, otro día, pintará la puerta de su casa con sus propias heces.

Pero no será eso lo determinante en la ruptura. Lo cierto es que, como dice ella, «la locura fue ganando espacio en la vida de Raúl y llegó un momento en que me dí cuenta que yo lo estaba mirando desde afuera. Ya no éramos dos amigos que se podían comunicar sino yo lo veía como un lobo y no podía participar por completo de lo que me estaba proponiendo. Se había roto la comunicación y había posibilidades de agresividad, como las hubo. Me daba tristeza y dolor además verlo así. Entonces lo evité y la separación se dio de manera casi natural. Cuando yo estaba decidiendo no aceptarlo más en mi casa, él fue muy intuitivo y no vino más. Como si yo le hubiera enviado un mensaje telepático».

La última vez que Bibiana vio a Raúl fue en el Museo de Arte Moderno. Él se había teñido el pelo de rubio, de donde colgaban pequeñas trenzas con shakiras. «Yo era mono cuando pequeño», le explicó. Y ahí mismo le pidió prestado un lápiz labial. Entonces empezó a pintarse y se fue caminando con el labial, usándolo.

Algún tiempo después, durante otra crisis, le enviará un último mensaje, con un amigo común: «Dile a Bibiana que, pase lo que pase, voy a matarla». Ella comenta no haber tomado nunca en serio esa amenaza.

Un día la Gobernación de Bolívar le dio por fin a Raúl los 500 mil pesos de un premio. Como método de persuasión, el poeta acercó un cigarrillo candente al brazo de una funcionaria.

«Esa plata le cayó como una bendición –dice Marinovich– se la metió en la licra, se fue para Getsemaní y se perdió como por diez días, hasta que apareció sin cinco centavos, como un diablo furiosísimo, insultando a todo el mundo».

Vociferaba al viento. Traía el cabello pintado con ráfagas de amarillo canario. Y quería más plata.

Pensando en él, Enrique, Mara, Gonzalo y Rosario Padrón, la tesorera de Bellas Artes, deciden apartarle un dinero

de la beca de creación de Colcultura, para garantizar su estadía en una clínica siquiátrica o costearle otro tratamiento, en una granja–taller. Han hablado incluso con la Clínica Morales, de Turbaco, pero Raúl, enojado, no acepta. Sólo quiere que le den su plata.

«A mí me llamó él mismo –dice María Mercedes Carranza– para que intercediera por él y le giraran el dinero de su beca».

Rubén rogaba desde Cereté que detuvieran a su hermano, así fuera amarrado, para evitar el espectáculo callejero que estaba dando. El 5 de julio de 1996, Rosario Padrón pide en consecuencia, a los dos vigilantes de Bellas Artes, amarrar a Raúl y llevarlo a Turbaco. Los vigilantes van a cumplir su mandato, pero la policía llega al lugar y Raúl se les presenta como poeta y abogado, el doctor Gómez Jattin, que está siendo trasladado a la fuerza y amarrado, a la cárcel de Ternera, en flagrante negación de su dinero y evidente violación de sus derechos humanos.

Se hace presente también, en ese instante, la directora de la escuela, que escucha el alegato de Raúl, mide la situación del escándalo y ordena, además de su libertad inmediata, la entrega del veinte por ciento de la beca que se le adeuda.

A los pocos minutos, Rosario Padrón da un cheque por un millón cuatrocientos cuarenta mil pesos, a Raúl Gómez Jattin, según acta cuya copia se le envía a Miguel Durán, en Colcultura.

Esa tarde, Raúl trae su dinero en una maleta y se sienta en el bordillo del parque de San Diego, frente a la escuela. Entonces saca los billetes, los muestra, señala que es su plata, hace montoncitos, juega con ellos, los arruga, los pisa, da vueltas a su alrededor y dice que por ellos baila el perro.

«Yo pasé por ahí –recuerda Raymundo GómezCásseres– y le dije que fuéramos a comernos algo rico con ese dinero, pero él me miró como diciendo: apártate, soy hombre rico. Algunas personas lo vieron entrar a la media hora en un almacén y comprar una camisa bien extravagante, un pantalón y unas sandalias de marca; luego ir a la sección de perfumes y adquirir el mejor desodorante y una loción, que ahí mismo destapó y se echó encima».

Franklin señala que Raúl se gastó ese dinero en droga y en amantes. Se sabe que alquiló una habitación en un hotelito de Marbella, adonde se fue a consumir cocaína con varios jovencitos. Iván agrega que se metía con ellos al Hotel Apolo, frente al parque Fernández Madrid, de donde también lo echaron por escándalo.

En esos días recibió desde Bogotá una remesa de ejemplares de *Esplendor de la Mariposa,* re–editado por su amigo Mauricio Contreras en Editorial Magisterio. Los vendía a distinto precio, según la apariencia del comprador. «Una víctima más de mi esplendor», decía contemplando los billetes recibidos por su último cliente.

Ligia Ochoa, del Museo de Arte Moderno, entra a administrar la beca de Raúl, en reemplazo de Rosario Padrón y le hace entrega al poeta de una cantidad similar de dinero el 21 de diciembre de 1996.

Raúl se compra una pañoleta roja, zapatos de agua, una pantaloneta de lycra morada, una camiseta que dice Cartagena y otro frasco de perfume que se echa en todo el cuerpo, pero el grueso de su mercado es en juguetes y regalos para sobrinos, vecinos y amigos. Detiene un taxi en la avenida San Martín y le pide al conductor que lo lleve a Cereté, a la casa de sus padres.

El taxi, lleno de paquetes, recorre a toda velocidad los trescientos veinte kilómetros.

Raúl llega a la vieja casa paterna, ocupada en arriendo por otra familia, pone a un lado las bolsas de regalos y saca un paquete de velas que empieza a colocar sobre el frente de la residencia, adornándola como en el día de las velitas. Alguien lo reconoce desde el interior de una casa y llama a la policía. «Un loco va a incendiar la casa», dice. La policía llega, Raúl se niega al arresto, presenta pelea y es llevado a la fuerza. En el forcejeo le roban los juguetes y el dinero restante. Apenas le dejan un billete de veinte mil pesos, arrugado, en un bolsillo de la lycra.

En el calabozo lo visita María Cardozo, la vecina que lo alimentó varios años mientras se quedó viviendo solo en la casona de sus padres. Esta vez también le ha llevado comida: pollo, sopa, patacones y papas fritas en grandes

cantidades. Raúl le describe todos los regalos que había comprado. Recuerdan a la Niña Lola. Se abrazan y lloran. Al otro día, llegan dos enfermeros en una ambulancia e inyectan a Raúl para llevárselo de vuelta a Cartagena.

Después de caminar un rato abrazado a María, después de sentarse junto a ella sin soltarle una mano y después de sentir el mareo triste pero definitivo de la inyección, Raúl le da a la mujer un beso en la frente y le dice a los agentes: «Llévenme a esa ambulancia. Que ya tengo sueño». Y se queda dormido.

La última entrada de Raúl Gómez Jattin al hospital San Pablo fue ese 23 de diciembre, al regreso de Cereté. De acuerdo al reporte del doctor Alex González, Raúl presentó conducta agresiva, ideas de grandeza y huellas de consumo de marihuana, bazuco y coca. Mostró síntomas de angustia y desesperanza. Desde junio de ese mismo año no visitaba ese hospital. Temblaba, deliraba y se encerraba en largos períodos de depresión. Sin familia ni soporte social a su disposición, poco optimistas se mostraban los médicos con respecto a su salud. Lo mantuvieron así, con Theralite y otros medicamentos, toda la navidad, hasta el 16 de enero, fecha en que el país entero inicia, de modo extraoficial, un nuevo año; cuando las familias, unidas durante las fiestas, se separan de nuevo y los epicentros del turismo, como Cartagena, recuperan algo de su vida cotidiana, de su transcurrir común y corriente, de su regreso a la rutina.

Ese día, a las 10:50 de la mañana, Raúl dijo en el hospital que se iba, que no lo esperaran para el almuerzo y desapareció de aquel lugar para siempre.

En su libro, Vladimir Marinovich describe al Raúl Gómez Jattin de la última fase en Cartagena, amo y señor de la calle y del parque de San Diego, frente a Bellas Artes, cerca de la cárcel y al otro lado del Hotel Santa Clara: «Lo veíamos durante el día sentado en las bancas del parque o acostado en el piso pelado del pórtico de la escuela, vestido de camisas y pantalones de colores chillones, siempre sin zapatos, bailando boleros, tangos, cumbias, cantando rancheras y trozos de vallenatos, haciendo morisquetas, poniéndonos apodos cuando pasábamos cerca de él para luego reírse a carcajadas,

murmurando, enamorando a los amigos y conocidos con palabras obscenas, para luego pasar a la agresividad de un momento a otro tirándonos lo que bebía en ese momento, incluso bebidas calientes, quitándonos a la fuerza billetes, monedas, billeteras, bolsos, aretes, cadenas, pulseras, o jalando pelo o agarrando en las partes íntimas a las mujeres, o metiéndosenos en la tienda La Placita, en la esquina con la calle Camposanto y Tumbamuertos, para pedirnos o quitarnos de la boca pan, pudín, empanada, galleta, pasabocas, gaseosa, cerveza, cigarrillo, lo que uno estuviera comiendo, bebiendo o fumando. Entonces era el Raúl terrible, el que se metía con todo el mundo, el que estaba expuesto a respuestas mayores, el que no se dejaba ayudar, cosa muy difícil, casi un milagro.»

Por las noches, Raúl dormía bajo una arcada de la terraza en Bellas Artes, junto a Luis Tovar, un ecuatoriano que lavaba y cuidaba automóviles en el barrio, y a Luis Cuadrado García, un ex navegante asturiano que había estado preso muchos años en la cárcel vecina de San Diego y que, una vez en libertad, prefirió quedarse merodeando con Tovar por los alrededores.

A los dos, el poeta les había caído un año atrás, cuando se cansó de los hoteles de la calle de la Media Luna, del barrio El Cabrero, la playa de La Boquilla, el parque Fernández Madrid, y se cansó de las bancas del Centenario, las camas del hospital San Pablo, de sus siquiatras, sus monjas, sus enfermeros y casi todos los medicamentos.

Ahora contaba con casa y parque propio en el barrio de los artistas, dormía de nuevo en el asfalto, no tenía compromiso alguno con caseros, patrones, familiares ni loqueros y había aprendido a cuidarse de toda clase de malandros, con sus dos compañeros de piso. Como él ave nocturna no era, sacrificaba con deleite cualquier noche por una madrugada. Si se acostaba bien temprano, estaba de pie a las cinco de la mañana, se duchaba rápido en la misma llave por donde salía el agua para los carros, tomaba luego un café hirviendo en una esquina y se iba a caminar, sus manos cruzadas a la espalda, a lo largo de la avenida Santander.

Días antes de la muerte de Raúl, muchos amigos lo vieron sucio y sin zapatos en las inmediaciones de la Universidad de Cartagena. Bebía mucho tinto, fumaba un cigarrillo tras otro y se notaba exaltado, caminando en corto y asomándose a las casas vecinas, asustando a sus dueños, rayando los carros que pasaban. Una de esas tardes molestó a la esposa de un francés y este le rompió una oreja.

Eparkio Vega vio por última vez a Raúl en la Galería Libro Café. Llegó descalzo y sin camisa, apenas vestido con una pantaloneta roja. Descubrió a su amigo en una esquina del bar y le pidió permiso para entrar.

–Tengo sed –dijo– ¿Me invitas a algo?

–¿Qué quieres tomar?

–Un margarita.

–Por favor, dénle un Margarita a Raúl.

El hombre al otro lado del bar, atendió la orden de Eparkio y preparó una limonada frappé con tequila y licor de naranja; y puso la copa del coctel sobre el mostrador, frente a Raúl, que parecía mirar un horizonte más allá de la pared del fondo.

–Un margarita confirmó el hombre del mostrador.

Raúl tomó la copa y contempló los grumos de sal que rodeaban su borde circular.

–No –corrigió–. Un vaso de agua.

–Dénle un vaso de agua a Raúl.

El hombre del mostrador puso a un lado el margarita, sacó un vaso frío de otra nevera y lo llenó con el agua helada de una jarra.

Raúl tomó el vaso, se metió al baño y, sin cerrar la puerta, mirándose al espejo, empezó a echarse el agua del vaso en la cabeza.

–Raúl –llamó Eparkio.

–¿Sí, Arcángel?

–¿Por qué no haces eso afuera?

–Déja. Que hoy quiero estar limpio.

Se lavó la cara con el agua que quedaba. Echó su cabello hacia atrás, dio una última mirada al espejo y salió sin decir palabra.

Por esos mismos días, Raúl se encontró con Carlos Cubillos –su amigo cineclubista de Montería, que tenía también casa en Cartagena– y le pidió que le comprara un bluyín Levis y la guayabera más fresca que hubiese en los almacenes de San Andresito. Allá fueron y Raúl escogió, en lugar de lo pedido, un pantalón largo y una camisa de flores. Después le dijo que lo acompañara al Magaly París y le comprara allí jabón, champú, loción y una peinilla. Mientras Cubillos esperaba su turno para pagar, Raúl se le perdió.

Raúl llamó esa semana por teléfono a Juan Manuel Ponce en Bogotá y le soltó un tropel de palabras que su amigo no comprendió. Con las noticias posteriores, Juan Manuel reconoció en el discurso de su amigo el tono resignado de una despedida. «Mándame 300 mil pesos», le pidió y colgó el teléfono.

Tres días antes de morir, Raúl le preguntó a su amigo Joaquín Tabares por qué todo el mundo lo había abandonado. Los dos se tomaban una cerveza en una tienda del barrio San Diego, a la que nunca iban.

Tabares no supo qué responder y Raúl se puso a hablar solo. Después volvió al tema con él:

–¿Entonces qué hacemos? ¿Qué vamos a hacer?

–Tomémonos otra cerveza –le dijo Tabares. Raúl parecía haber regresado al mundo de sus fantasmas.

Se la tomaron mientras el poeta ejercitaba su doble monólogo interior. Como tantas otras veces, Tabares sintió que sobraba, y aprovechó la oportunidad para irse.

–Bueno, Raúl, nos vemos –dijo.

El poeta volaba. En el ensueño de su tormento, un diablo violentaba a su musa. Sus ojos seguían desorbitados la escena interior, pero una mano suya tocó la espalda de Tabares aquí en la tierra mientras dijo:

–Listo, Joaco, chao. Y déjame para otra cerveza.

«Vivía triste y deprimido –recuerda Mara Berrocal– porque sentía estarse volviendo viejo y decrépito. «Todos los días venía a llorar, como un niño, a mi apartamento».

A Raúl, voces en su cerebro le anunciaban con insistencia que moriría envenenado y enterrado vivo a manos de sus amigos más cercanos. Esos días antes de su muerte, siguió

viendo gusanos y culebras en las manos de algunos niños. Mara lo aconsejaba, le hablaba con ternura, como una madre a su hijo. Asustado, él se quedaba mudo pero aceptaba hincarse de rodillas y rezar con ella algún padrenuestro.

Dos días antes, Franklin Arroyo lo vio comiendo y tomando jugo en una refresquería del parque Bolívar. «Pero el Raúl de esos días era otro –insiste–. Deambulaba, comía también de los tanques de basura, toreaba a los carros, no soportaba la realidad. Quería pero tenía miedo de morir. Por eso asustaba a la gente».

Un día antes de su muerte, Enrique Jatib se encontró con Raúl a las puertas de la Gobernación y este le preguntó adónde iba. Jatib contestó que donde la escritora Judith Porto de González. «Dile que la felicito –apuntó el poeta–. Su obra es muy inteligente».

Y le habló, en extenso, de la misma. Enrique constató que no estaba en crisis.

El día antes de su muerte, Raúl acompañó varias cuadras a un sacerdote de la iglesia de Santo Domingo, que no aceptó una invitación suya a comer. El sacerdote, sin embargo, lo encontró limpio, peinado, con pantalón corto, sandalias y camiseta nueva. «Estaba fresco –dijo–. Lo sentí lúcido, tranquilo. Y con dinero: fumaba cigarrillos rubios, muy finos».

En la madrugada de ese jueves 22 de mayo, el abogado Jaime Abello Banfi, vio venir a Raúl en dirección a su mesa, en la misma Plaza de Santo Domingo, donde departía con varios colegas del periodismo internacional.

Raúl lo venía saludando desde lejos y Jaime, poniéndose de pie, le salió al encuentro.

El poeta, que vestía una camiseta azul naval sobre unos cortos de jean azul más claro, vio al gigante angelical que se le acercaba y lo llamó por su nombre de pila. Entonces abrió una bolsa de papel que llevaba en la mano y dejó ver en su interior dos caballitos de mar, junto a un pucho de marihuana.

–Es para ti –le dijo, alargándole uno de los animalitos.

–Qué lindo –respondió Jaime–. Un caballito...

–Un hipocampo –precisó él.

Jaime le preguntó cómo se sentía, Raúl contestó que mal, Jaime le dio un billete de cinco mil pesos. El poeta soltó

una retahíla incomprensible para el abogado y reinició su marcha. A los pocos metros empezaría a burlarse de unos turistas extranjeros, que caminaban sin rumbo fijo, del otro lado de la plaza.

El episodio no puedo dejar de comentárselo una de estas noches a Adolfo Bermúdez, siquiatra de Raúl en el San Pablo, cuando lo llamo por teléfono, quién sabe con qué hipótesis de tormento.

Quería saber si a escasas cinco horas de su muerte, Raúl había sido un hombre deprimido o contento; tranquilo, por lo menos.

–Depresivo –me respondió en sus términos el siquiatra. Y me explicó: Raúl aceptó el diálogo de Jaime y le confió que se sentía mal.

–¿Qué animalito fue el que le dio? –me preguntó el médico.

–Un caballito de mar.

El especialista guardó silencio al otro lado del auricular.

–¿Por qué? –le pregunté, curioso.

–Los caballitos de mar son hermafroditas.

Luis Cuadrado, el asturiano, fue testigo del escándalo que esa noche, por alguna nimiedad, Raúl había propiciado contra un vendedor en el Parque de San Diego. Luis vio cuando unos policías de la cárcel vecina se llevaron a Raúl con el propósito de que se calmará, pero tres horas más tarde, cuando recobró su libertad, el poeta continuaba tan iracundo que tiró al suelo varios tanques de basura, a la salida del precinto.

Rezongaba, hablaba solo. Como a las doce, Cuadrado lo sintió buscar su lugar, al otro lado de la terraza, junto a Tovar, el ecuatoriano, que dormía a pierna suelta su borrachera de toda la noche. Pero Tovar, como Cuadrado, tenía su colchoneta y se tapaba con periódicos. Lo de Raúl era a suelo limpio.

El poeta sintió que el asturiano estaba despierto. Le dijo que quería trabarse, fumarse un cacho de marihuana y le mostró un billete doblado, que guardaba en las partes pudendas de su lycra.

Cuadrado lo disuadió:

–Si te trabas no eres amigo mío.

Raúl dio media vuelta y agarró uno de los libros que también le servían de almohada. Intentó abrirlo, pero lo venció el sueño. Leer a aquellas horas no era tampoco actividad para alguien que, como él, se acostaba bien temprano.

Esa sería una noche más corta. En pocas horas sería jueves.

Antes de las seis de la mañana, Rafael Corcho, vendedor de periódicos, vio a Raúl tomarse un tinto en una esquina de la calle del Espíritu Santo, en el centro de Cartagena. Parecía recién bañado y estaba en sandalias.

–Qui'ubo –dijo Raúl, al pasar junto a Corcho. Con el saludo, le abrió los ojos y ladeó su cabeza.

Después, Corcho lo vio caminar por la avenida Santander en dirección a Papayal, un sector más allá de Chambacú, al otro lado del monumento a la India Catalina. «Allá le vendían droga y le festejaban que saliera en cueros –dice su sobrino Carlos Gómez–. Le encantaba Papayal».

Dos horas después, un profesor del Colegio La Esperanza, donde Raúl hizo el bachillerato, reconoció al poeta en el despojo sobre la autopista.

El informe del levantamiento del cadáver dice que el hecho se produjo a las 7:40 de la mañana, hora de gran congestión en el lugar. Otros testigos afirman que fue mucho más temprano, pero que Raúl permaneció más de una hora desangrándose en la vía.

Cinco policías habrían recogido a Raúl para llevarlo a la sala de urgencias del hospital del Club de Leones, pero la gravedad de sus heridas había exigido su traslado al Universitario, donde llegó perdiendo sangre e inconsciente.

Raúl, que no llevaba identificación alguna en sus ropas, fue codificado en el informe de la fiscalía como N.N. (El Poeta). Así decía. El mismo documento señaló un vehículo fantasma como responsable del crimen.

A las ocho y treinta de la mañana, mientras lavaba un automóvil en el andén de la cárcel, el asturiano Cuadrado se enteró de que su amigo había muerto atropellado por un bus de Zaragocilla, cerca al monumento de la India Catalina.

A esas horas, Raúl todavía agonizaba en el hospital.

Entre los investigadores de la Fiscalía, hay un sobrino nieto de Luis Carlos López, el poeta que tanto quería y admiraba Raúl. Con él vimos una y cien veces el video sobre el cadáver de Gómez Jattin, en busca de alguna pista o detalle sustancial que nos pudiera revelar las condiciones de su muerte.

Cuando uno observa en el video el cuerpo inerte de Raúl y lee los documentos pertinentes, deduce que el vehículo lo levantó en vilo y el poeta cayó sobre su cráneo y su espalda. Se desangró por la parte posterior de su cabeza y tiene fracturadas las piernas. El informe de la necropsia no habla de la ropa que vestía, pero el fiscal que hizo el levantamiento me aseguró que llevaba pantalones cortos azules y una camisilla, lo que también refrendaron tres testigos, una señora que lo vio pasar media hora antes mientras ella esperaba su bus, el asturiano Luis Cuadrado y el voceador de periódicos, Rafael Corcho.

Se rumoró que el vehículo fantasmal había sido un bus de la flota Zaragocilla, incluso se afirmó que tenía una reciente abolladura en todo el frente, pero nadie, al parecer, interrogó a fondo los choferes de esa línea ni hubo entre los detectives eso que ellos mismos llaman «celo investigativo».

Familiares y amigos de Raúl descartan que agentes del orden hubieran tenido algo que ver con su muerte, aunque esta se hubiese producido frente al Cuartelillo, donde funciona la Estación Primera de Policía de la ciudad; y a pesar del escándalo de la noche anterior, cuando arrojó los tanques de la basura en las puertas de la cárcel.

Dijeron que, en los últimos meses, Raúl se había dedicado a molestar de palabra y obra a los turistas nacionales y extranjeros y que los hoteles se habían quejado, ante las autoridades y el hospital San Pablo, para que lo encerraran.

El mismo día en que se anuncia la muerte de Raúl Gómez Jattin, los diarios de Cartagena dan como noticia la reapertura de una investigación contra los policías que participaron en el caso de la muerte del ciudadano italiano Giacommo Turra, año y medio atrás.*

* Los policías involucrados resultaron absueltos

No deja de inquietar saber que si el accidente ocurrió antes de las siete de la mañana, sólo se hubiese atendido a Raúl a las 7 y 40. Y que no exista información adicional de lo sucedido entre esa hora y las 9 y 30, cuando fallece.

Raúl fue atropellado en la segunda calzada, de las cuatro que componen la avenida en cuestión.

Se deduce que si Raúl iba hacia Papayal, cruzó la primera calzada y resultó muerto en la segunda. La primera versión de los hechos, conocidos extraoficialmente, afirmaba que un automóvil particular, manejado por una señora en misión de llevar a su hija a la escuela, habría atropellado al poeta.

Raúl habría cruzado el límite de la segunda calzada y bandereado a un taxi con un billete grueso que llevaba en la mano, con el ánimo de que se detuviera, pero el taxi –que venía a gran velocidad– le sacó el cuerpo a Raúl, quien no pudo evitar que el vehículo de la señora, detrás del taxi, se lo llevase por delante sin tener tiempo de aminorar su velocidad o frenar. Aterrorizada frente a los hechos y dada la apariencia marginal de la víctima, la señora habría huido sin mirar atrás.

Nadie sabe con certeza qué ocurrió en ese lugar de la avenida Pedro de Heredia entre las 6 y 30 y las 7 y 40 de la mañana, de ese jueves 23.

¿Y si Raúl en lugar de ir venía de Papayal?

Después surgió en todo caso la versión del bus y luego otras transformaciones de lo ocurrido en boca de testigos y comentaristas que fueron llegando.

Mucho más que identificar al vehículo y al chofer, posibles responsables de la muerte del poeta, es importante establecer si el hombre se suicidó o si murió allí atropellado por un vehículo.

Quizás su miedo a la muerte era tan fuerte como su deseo de morir. Quitarse la vida no era una acción que hubiese intentado en serio, fuera de aquellos impulsos truncos y tragicómicos de hartarse con bazuco o de ahogarse en el mar. Nunca asumió su muerte como un acto de responsabilidad personal, como sí asumió, por ejemplo, la poesía. Cuando pensó y deseó su muerte, pidió y esperó que otros se la cau-

saran. Si no pudieron Franklin o Iván, entonces que lo hiciera el sida.

Su conciencia del perecer, de la decrepitud y la vejez no le garantizó jamás el valor de resolverse mariposa y abandonar el cascajo de un cuerpo que nunca fue como él quiso. Quizás en el último instante, amparándose en los motivos que le dio la vida para soñar la muerte, Raúl encontró el coraje de lanzarse al viento y esperar el golpe. No lo sabremos jamás. Lo que sí podemos comprobar en sus libros es que la existencia de la muerte lo llenó de motivos para soñar la vida, una y mil veces, como poeta.

La lista de razones esgrimida por amigos y testigos para concluir que la muerte de Raúl Gómez Jattin fue un suicidio, es tan larga como la exhibida por quienes estiman que fue un accidente.

Hay quienes sostienen, por ejemplo, que Raúl no se suicidó porque el golpe se produjo en la segunda calzada y nadie cruza una calzada para lanzarse a la muerte en la segunda. Sobre todo si se tiene en cuenta que los vehículos viajan en cantidades y a velocidades similares por cuatro calzadas en una misma dirección.

Este argumento irrebatible de sabueso en ejercicio se cae con todo su peso, sin embargo, cuando se menciona que el acto de lanzarse ante un vehículo pudo responder también, en el caso de Gómez Jattin, no a un deseo personal de la víctima sino a una orden perentoria y caprichosa que le dio uno de los fantasmas de su cerebro, en el instante de cruzar esa segunda calzada.

¡Tírate¡ ¡Mátate!

Amigos y observadores parecen estar de acuerdo, no obstante, en una cosa: con la locura de la droga, Raúl se venía suicidando a un ritmo más lento que si su enfermedad hubiese sido terminal, pero más rápido que ese otro devenir agazapado que respira con nosotros, esa absurda y natural manera de morirse, que confundimos con la vida y que nos va envejeciendo poco a poco, hasta acabar disolviéndonos en el tiempo.

Esta, por normal, no era la clase de muerte que Raúl Gómez Jattin deseaba para sí. Incapaz de cometer un suici-

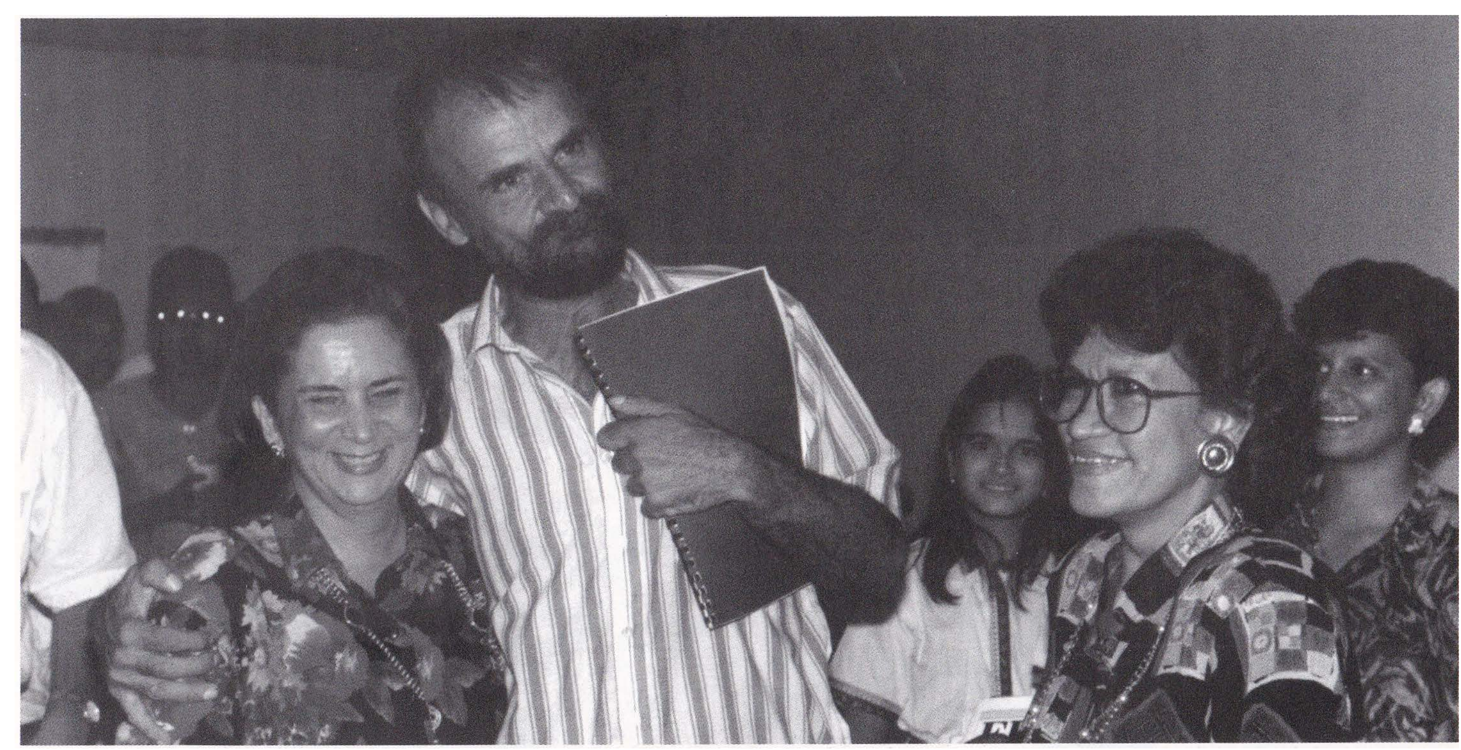
dio más drástico que el de la droga, a la espera de una promesa de asesinato que jamás cumplirían sus amigos e imaginando las mil y una formas de morirse, Raúl se dio de bruces esa mañana con la muerte, en una avenida de la ciudad, donde cincuenta y un años atrás había nacido también por accidente.

El vehículo fantasma que le quitó la vida, tronchó también en su interior otro proceso de muerte lenta. El impulsado por aquella locura letal, camuflada en su ánimo como la otra cara de un delirio convocado por él mismo como alimento de poesía. Poesía de Gómez Jattin, único, enorme dividendo en el balance de una vida que se entregó siempre ansiosa, erizada de angustia, en desesperada lucha a muerte contra la muerte.

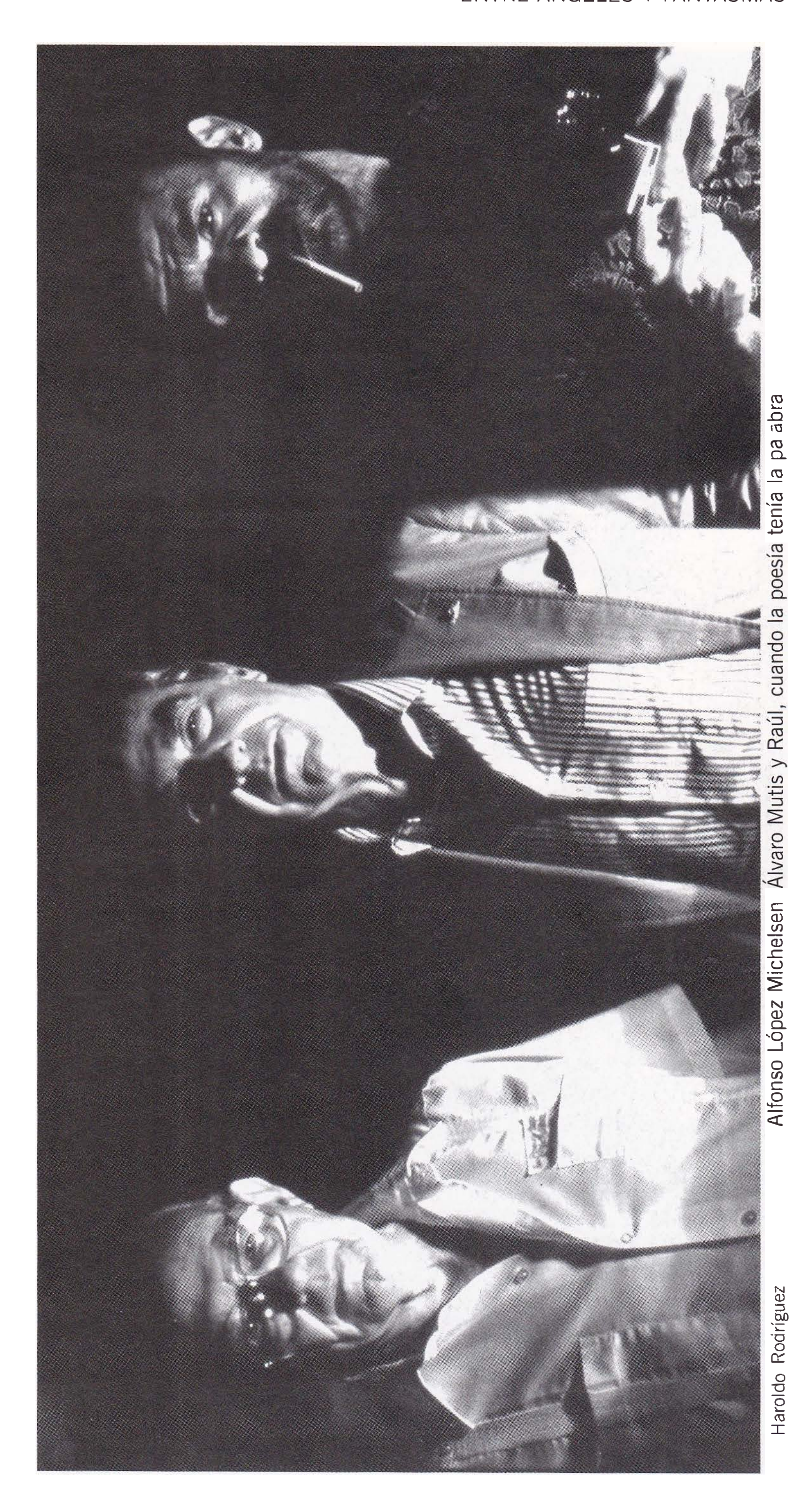


Haroldo Rodríguez

Vivió sus últimos diez años en Cartagena

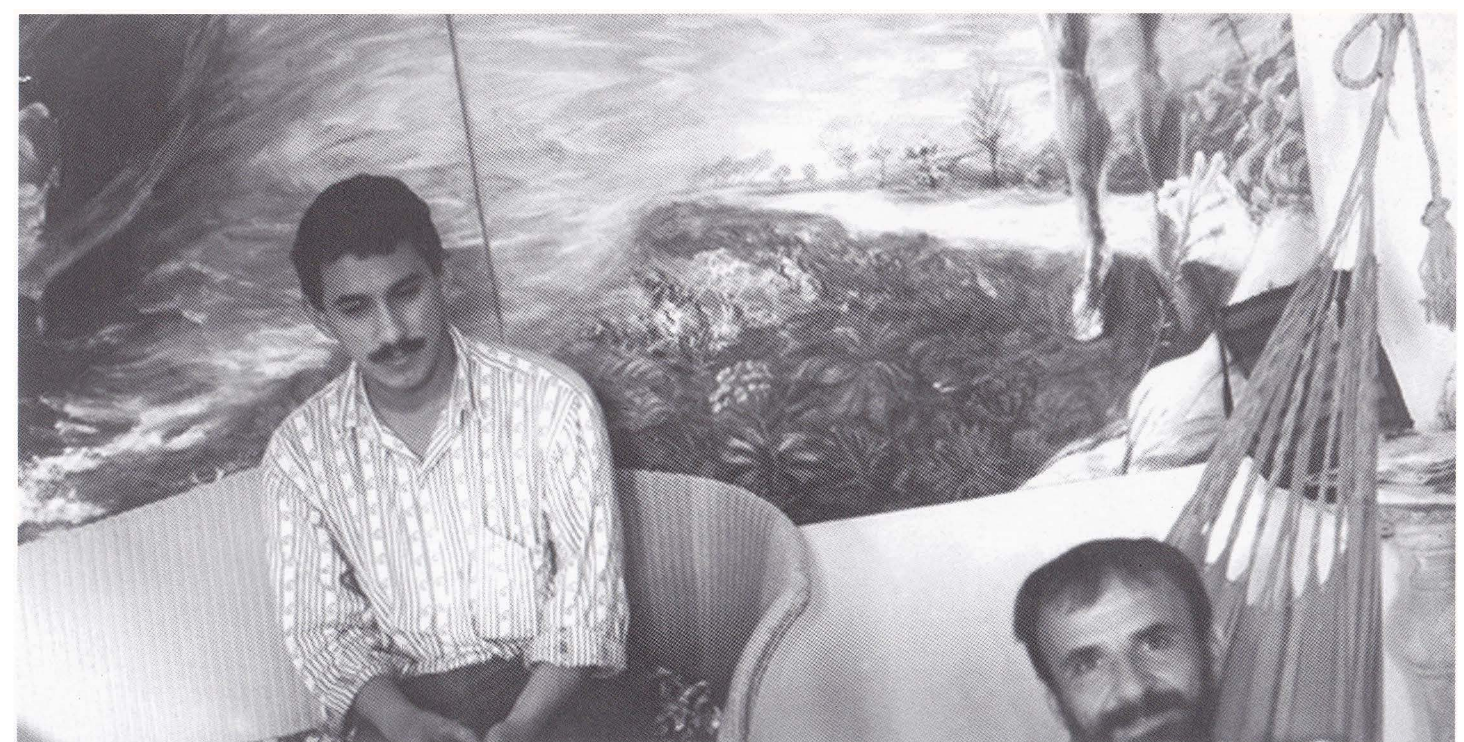


Reencuentro con su primera novia en Cereté, después de Cuba. Lena Reza es testigo

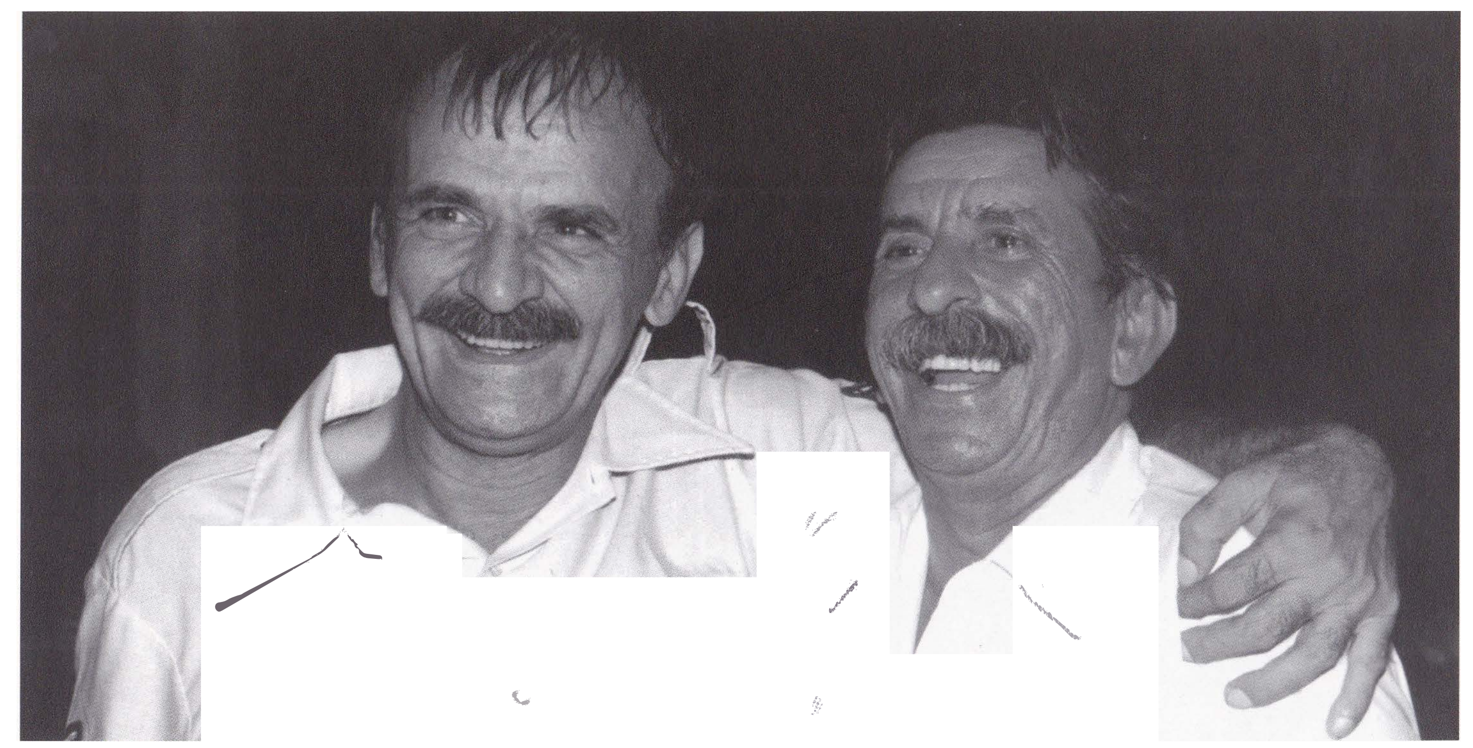


Haroldo Rodríguez

Alfonso López Michelsen Álvaro Mutis y Raúl, cuando la poesía tenía la pa abra



Con Joaquín Mattos Omar, en la casa de Bibiana

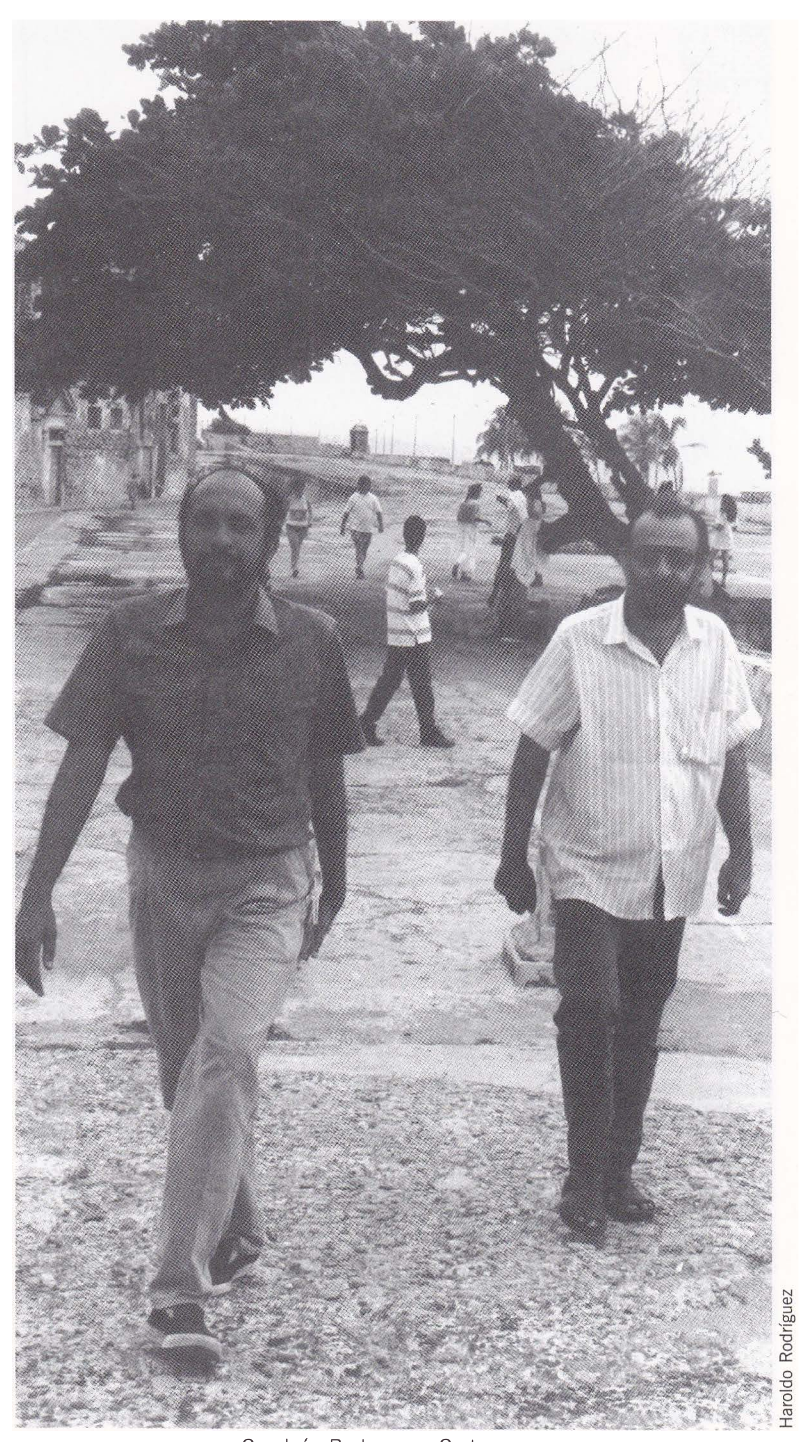


Haroldo Rodríguez

Cereté, 1995: Reconciliación con su hermano Rubén, después de la Habana

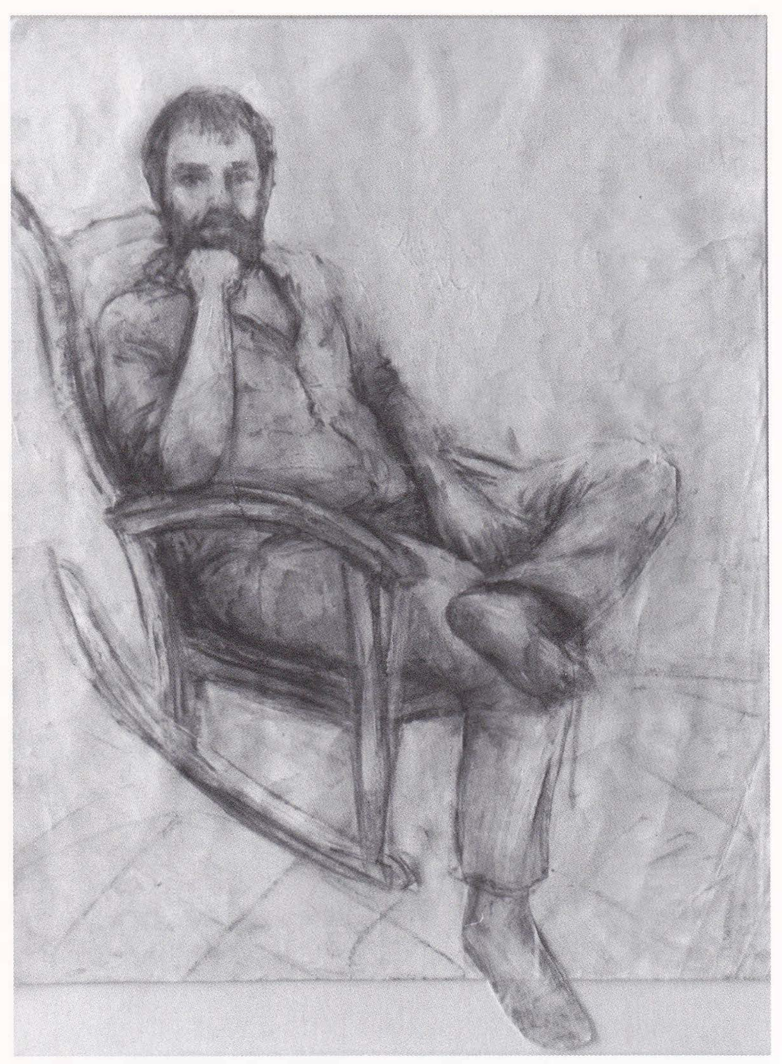


Con Bibiana Vélez, en su casa

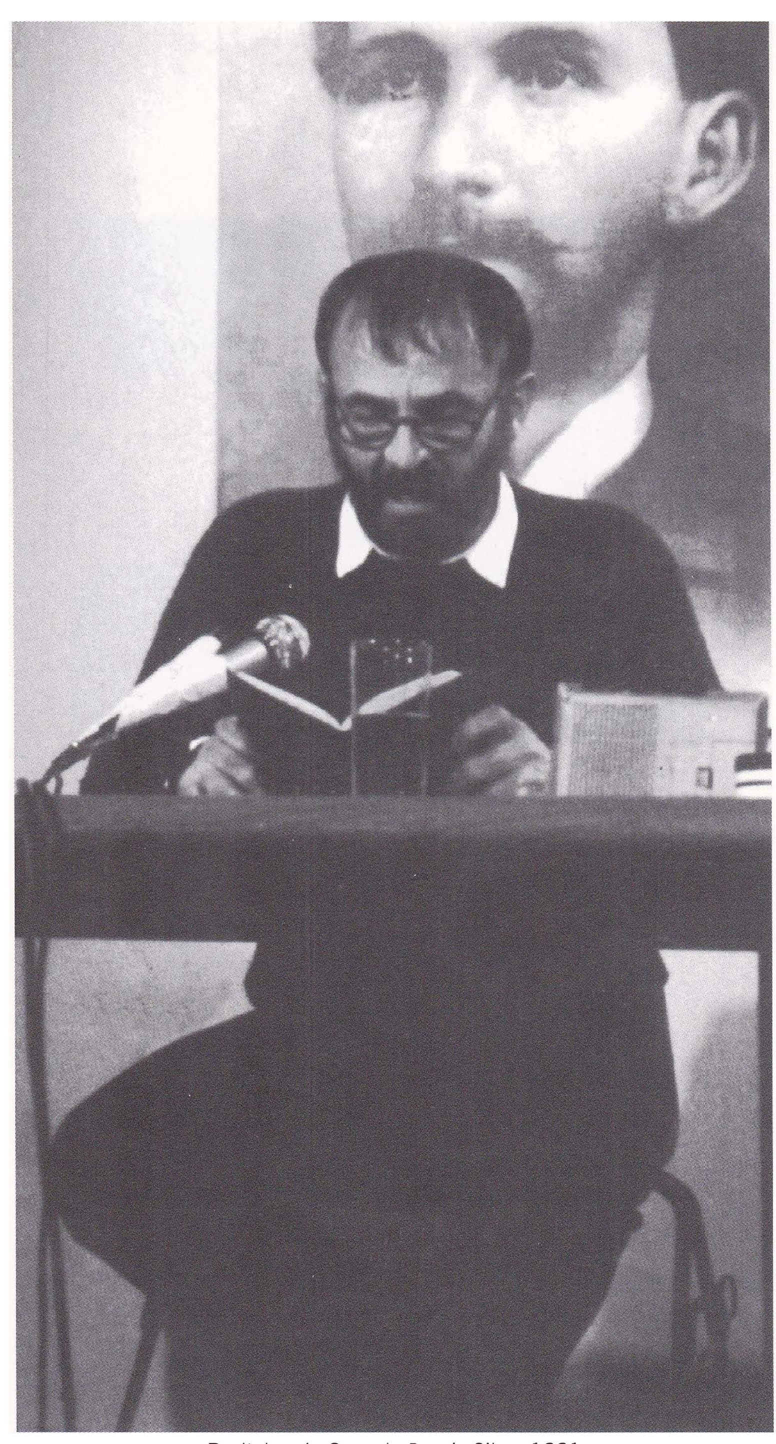


Haroldo Rodríguez

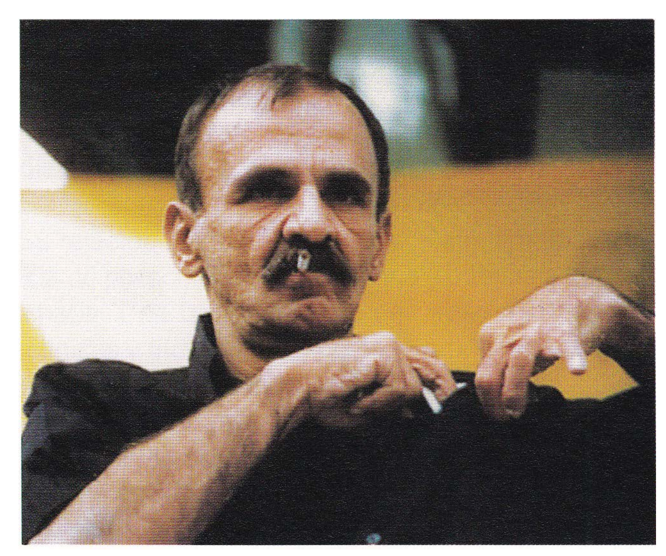
Con Iván Barboza en Cartagena



Raúl al carbón, por Bibiana



Recital en la Casa de Poesía Silva, 1991



De la cárcel al festival de poesía, Medellín, 1993

Edipo va al siquiatra

Qué le pasó a Raúl. Médicos y siquiatras que lo conocieron y recetaron, analizan e interpretan su caso. También él analiza a los siquiatras y nos revela su Edipo.

(Conversaciones con los médicos durante la investigación de este libro.)

El siquiatra Oscar Ayola era Jefe de la Unidad de Urgencias y de Cuidados del Hospital San Pablo, en Cartagena, cuando conoció, en 1994, a Raúl Gomez Jattin.

«Lo encontré desorganizado, descuadernado en su personalidad. Pretencioso y exigente. Lo ví hostil, gritando en el hospital a pacientes y enfermeros». Entonces decidió conminarlo, también a los gritos. Lo hizo dos veces. Raúl se calmó y se disculpó. A los pocos días pidió que el doctor Ayola lo atendiera. Así se vieron en repetidas ocasiones entre 1995 y 1996.

Su relación fue siempre cordial. Raúl le hablaba con frecuencia de poesía, lliteratura, historia y mitología griega. Ayola escuchaba. Una tarde, después de haber charlado sobre temas clínicos y filosóficos, el poeta le propuso escribir un libro a cuatro manos sobre la locura.

–Tú lo harás desde la razón – le dijo Raúl. *La razon de tus experiencias científicas. Yo, desde mis vivencias.*

Pero antes –también por sugerencia del poeta– los dos debían leerse algunos libros. El médico: *Los Mitos Griegos* de Robert Graves y *Elogio de la Locura* de Erasmo de Rotterdam. Raúl, por consejo del doctor: *Por Los Renglones Torcidos de Dios,* la novela de una mujer que había racionalizado su problema mental, escrita por Torcuato Luca de Tena. Raúl sugirió que Nora, la esposa de Ayola, fuera la tutora de su beca ante Colcultura. «Pero temímos que se volviera un problema –comentó el doctor. Sabíamos que el hombre daba golpes y lanzaba escupitajos».

Aquel acuerdo quedó en nada.

A los pocos días, el poeta entró en crisis y empezó a acosar turistas en los alrededores de los hoteles, preocupando a los relacionistas de los mismos, que llamaban con angustia al hospital y a la policía.

El doctor Ayola dice que Raúl, a ojos médicos, tenía ideas delirantes y alucinaciones, trastornos de pensamiento y de percepción sensorial. Demasiado animado podía volverse destructivo, con él o con los demás. «Sentía voces en su cerebro, decía que podía leer o transmitir el pensamiento, dictarlo o recibirlo por telepatía. *Te estoy enviando* o *me están enviando mensajes* », explicaba.

El conflicto de Raúl nace tal vez, piensa Ayola, de la sobreprotección de sus padres, que lo consintieron, lo cuidaron e incapacitaron de pequeño para materializar su ánimo y desarrollar habilidades con las que pudiese superar el complejo de Edipo, abandonando de manera autónoma su paraíso familiar, que le había dado casi todo y lo atrapaba.

Ayola está de acuerdo en que, además de ese primer conflicto de ansiedad–separación, Raúl habría vivido el de saber a los cinco años, acosado por el asma, que todos nos vamos a morir. «El pensamiento del niño es mágico, no se guía por la razón. Lo mueven sus pulsiones y deseos. La sicosis es entonces una regresión. El afectado regresa mentalmente a una etapa de la vida en la que pudo resolver todas las situaciones. Y regresa para poder defenderse». Ayola opina que Raúl no superó el Edipo y se quedó en la etapa infantil con sus padres. Después dió el salto a medias, estimulado por las drogas.

Lo anterior explica que, durante su vida de adulto, Raúl intentara establecer múltiples relaciones con parejas de hombres y mujeres, en los cuales él llenaba, idealmente claro, el papel de hijo, repitiendo el triángulo con sus padres. Lo hacía en forma inconsciente, a nivel de los afectos, porque su conocimiento y su capacidad de análisis se desarrollaban de manera sana por otro lado.

El asma entonces –en opinión de Ayola– pudo influir en el problema afectivo de Raúl porque lo aislaba de la realidad y lo confrontaba con la muerte, pero no fue en sí un factor tan dinámico como la relación de estímulo y negación, de afecto y maltrato que, por efecto del asma, debió sostener con sus padres.

Ayola piensa que Raúl pudo también haber sufrido de un trastorno genético, con una predisposición a daño químico biológico en el cerebro, precipitado por la droga. Entre los médicos se habló mucho de la doble sicosis de Raúl: una maníaco depresiva y otra producida por el consumo de drogas. Ellos razonan que el escritor mismo fue casi siempre consciente de su enfermedad. *Quiero entender qué me pasa,* le decía Raúl al médico.

«Yo lo ubicaría –dice Ayola– en la mitad de un trastorno bipolar (maníaco–depresivo) y de uno esquizoafectivo. Raúl no era esquizofrénico puro por el componente afectivo. Los esquizos puros sufren un deterioro en el afecto, por lo demás inadecuado. No son capaces de trasmitir ni de recibir afecto. Y Raúl era muy afectivo. O estaba eufórico o muy triste. Oscilaba entre los dos polos. Pero tampoco era afectivo puro porque tenía ideas disociativas, trastornos de pensamiento, sensoperceptivos, que son típicos de los esquizofrénicos».

Unos días antes de la muerte de Raúl, mientras manejaba su automóvil por el centro de Cartagena, el doctor Ayola lo encontró toreando carros con una manta. El médico se bajó de su vehículo y llamó a la policía para que le ayudara a llevar a Raúl hasta la clínica. Las patrullas llegaron pero no se detuvieron, pasaban de largo, daban varias vueltas. Los agentes se habían acostumbrado a meterlo y sacarlo de las cárceles locales, donde armaba orgías con los demás reclusos. El médico insistió por celular desde su carro ante la central.

–*He visto pasar la patrulla y no se detiene* –dijo Ayola a quien atendió al otro lado de la línea.

En ese momento, Raúl se introdujo al automóvil del siquiatra, se sentó junto a él sin decir una palabra y escupió hacia distintos rincones del vehículo. La guantera, el techo, el parabrisas. Los policías de ronda temieron por la vida del galeno y se acercaron. Entonces Raúl escapó a gran velocidad. Nadie le persiguió. El oficial de mayor rango se dirigió a Ayola.

–*Nuestro poeta, doctor, es un hombre fuerte y agresivo* –dijo–. *No es fácil inutilizarlo. En otra ocasión, le fracturó la mano a un compañero.*

El siquiatra Adolfo Bermúdez trató a Raúl de manera intermitente en el Hospital San Pablo de Cartagena, adonde lo llevaban los amigos o un piquete de agentes de la policía. El poeta sólo entraba por las buenas al hospital si tenía hambre, por ejemplo. Raúl, según el médico Bermúdez, sufría de un trastorno de personalidad que le dificultaba sostener relaciones afectivas.

«El trastorno era de índole familiar –dice el siquiatra. Quizás de un problema sexual que venía de no identificarse con su padre; de haber sólo heredado su parte pasiva. En tal caso, no habría resuelto el Edipo, que se resuelve también con la figura masculina. Raúl fue, emocionalmente, muy inestable. Uno no sabía a qué atenerse con él. De un altísimo nivel intelectual, pero con un coeficiente emocional muy bajo, reaccionaba en forma inesperada, estrambótica. En lugar del abrazo esperado, una cachetada; en lugar de un saludo, un trancazo. Una tarde se despidió de mí con amabilidad; a los dos días me lanzó una papaya a la espalda y huyo del lugar muerto de risa. Al justificar su agresión, Raúl comentó: *Es que ese médico le dice a todo el mundo que yo soy marica y el marica es él*».

¿Hasta dónde, por ejemplo, el trastorno afectivo de su infancia tuvo que ver con el asma? No lo sabemos. Pero las madres ansiosas ahogan de amor, de sobreprotección y por ende de inseguridad a los niños asmáticos. «Yo sentía, en todo caso –dice Bermúdez– que Raúl me escondía su pasado, las relaciones con su madre, su familia o los primeros encuentros sexuales que tuvo. Algo guardaba de esa realidad. Algo de carácter orgánico, con síntomas sicológicos. Personas tan inteligentes como él, por ejemplo, no logran ubicarse en este mundo».

Adolfo Bermúdez explica que, influenciado por las tensiones, cuando escribía sus libros, Raúl se aceleraba y terminaba hospitalizado y tranquilizado por medio de fármacos. Entonces recuperaba sus facultades mentales, era devuelto a la sociedad y ante las crisis de *stress,* sucumbía a la drogadicción.

Raúl Gómez Jattin, según el médico, presentaba alteraciones alucinatorias de tipo auditivo insultante. Aún a comienzos de los noventa, varios siquiatras estimaban que «teniendo en cuenta que las crisis mentales del paciente son espaciadas por un tiempo aproximado de un año, estas podrían espaciarse más si el paciente encontrara alguien que lo supervisara en el cumplimiento de su tratamiento y de las citas o controles que debe hacerse en el hospital mental.

Cuando Raúl se entristecía, consumía droga y sentía recuperar su ánimo creativo y su sensibilidad estética. Entonces la droga lo alejaba de la depresión y podía escribir. Es probable, sin embargo, que la marihuana lo deprimiera en ocasiones y, en dosis muy frecuentes o grandes, le causara paranoia. La cocaína lo excitaba, pero después lo deprimía y le hacía demandar más cocaína. «Hay un momento –dice el médico– en que es necesario cierto tiempo libre que devuelva la sensibilidad del paciente al grado cero y pueda de ese modo reasumir el goce con cierta lentitud. Raúl se defendía de la depresión con las drogas, pero ellas le disparaban sus crisis maníacas, cada vez con mayor frecuencia. Raúl fumó siempre marihuana pero no aprendió a ser selectivo con el resto. Al parecer controló la yerba que le ayudaba a crear, pero el bazuco, por ejemplo, resultó su «diablo». Drogas como esa –dice el especialista– entorpecieron su capacidad creativa.

«Esos medicamentos que le bajaban la agresividad y lo deprimían –anota Bermúdez– también le quitaban sus deseos». Al realizar un examen, los médicos prefieren a pacientes como Raúl en estado depresivo, porque en esta condición aceptan todas las reglas de juego. «Cuando estaba muy animado, Raúl deformaba lo que decías y tú jamás entendías lo que él hablaba. En cuanto a drogas, el poeta bailaba a lo que le tocaran. Podía ser bazuco, coca, ácido o ron. Sus subidas de ánimo se convirtieron en agresiones. Y su estado físico se deterioró en los últimos diez años. Sin droga, su decrepitud hubiese podido ser menos rápida, no tan progresiva».

Bermúdez señala que Raúl no vió nunca al siquiatra como un ser neutral e intermediario entre el paciente y la realidad convencional. Él no diferenciaba entre la sociedad y el especialista. Por el contrario, lo veía como punta de lanza de esa sociedad que lo agredía y que, en consecuencia, él rechazaba, como rechazaba a la monja y a la enfermera, lo contrario de otros pacientes, que depositaban en ellos sus miedos y angustias. «Raúl nunca nos observó así. Su actitud nos dijo siempre: yo llevo la vida que quiero llevar. Y nos hizo sentir intrusos. Como si nosotros y la sociedad quisieramos sacarlo del mundo que le gustaba. Era su forma de vida y él se sentía feliz».

Según el siquiatra, Raúl entendía, desde un espacio más amplio, el mundo del neurótico. Podía distanciarse de su propia sicosis, ser conciente del desarrollo de su mal y del entorno». No quería depender de familiares ni amigos. Los rechazaba porque temía perder su espacio. Ya le había ocurrido en la infancia.

«Es muy difícil meternos en el mundo de Raúl –apunta Bermúdez.– Los neuróticos, que somos mayoría en sociedad, llevamos nuestra locura por dentro. Éso quizás nos hace más enfermos, pero también nos permite convivir un poco más tranquilos quizás en comunidad. La esquizofrenia es una sicosis. Lo que pasa es que uno no la entiende. La persona tiende a la plenitud, se va volviendo indiferente a los estímulos. Raúl era sicótico y llevaba su inconsciente afuera. No cargaba, como nosotros, nada reprimido, pero tampoco podía relacionarse con nadie. Era, en términos freudianos, puro Ello. Sólo respondía a sus impulsos. Desafiante, una vez salió del hospital y me lo encontré el domingo en las playas de La Boquilla, tomando trago. Me mostraba la botella así, desde una mesa, como burlándose, como indicándome que cualquier esfuerzo con él no servía de nada, que yo había perdido mi tiempo».

Por lo general, mientras vivió (con la excepción de los meses en Cuba) Raúl prefirió ingerir marihuana, alcohol y cocaína en lugar de tomarse sus remedios. «A nivel de las neuronas –explica el doctor– hay una atarraya con unos huecos pequeños. Los sicóticos los tienen más grandes. Si el individuo se deprime, las medicinas cierran los huecos mencionados y la persona es normal. «En cuanto a su intimidad afectiva –dice Bermúdez– Raúl era muy celoso y si uno insistía en preguntarle, hallaba su hostilidad. Así que, muy a pesar nuestro, le dábamos medicina para sacarlo de la sicosis, pero nunca para ayudarlo con su estabilidad emocional».

«Cuando lo ví, durante su última hospitalización, estaba muy deteriorado: sin dentadura, el cabello pintado de un color zanahoria estrambótico. Ido. En verdad, eso suyo, de carácter sico–afectivo, no tenía cura. De haber sido metódico y responsable con su tratamiento, quizás no se hubiera deteriorado tanto ni hubiera muerto así, pero ignoramos si su

vida hubiera sido tan productiva en lo artístico. «Si hubiera tenido un hogar –dice Bermúdez– una persona junto a él, pues, los seres queridos lo sostienen a uno. Raúl se aisló de la familia y ella también. Sus amigos lo dejaron. Es comprensible. La gente tiene un límite».

Raúl sufría de base –recalca Bermúdez– un trastorno de personalidad limítrofe, lo que ensombrece, en su criterio, cualquier pronóstico. No obstante, los signos y síntomas del malestar de Raúl se identifican como los de una esquizofrenia, un problema del afecto, del ánimo. «Al final final me cuestioné el diagnóstico de trastorno bipolar o maníaco–depresivo, porque este no deteriora. En los períodos que van de una crisis a otra, el paciente es una persona normal, en control. Lo de él se volvió más grave. Al final era esquizo–afectivo». En fin, su diagnóstico fue doble por su doble problema: Raúl fue un esquizofrénico afectivo y un adicto a las drogas.

Una noche antes de la muerte de Raúl, el doctor Bermúdez casi lo atropella con su auto frente al Teatro Cartagena. El siquiatra iba con su esposa. Raúl caminaba semidesnudo, en calzoncillos. «Lo llamé. Me miró, pero sentí que no me había visto, sólo el desdén, como si ya no le importara nada. Ahí pensé que si no lo mataba un carro, moriría intoxicado de droga o apuñaleado. Parecía escrito: su final sería trágico. Y creo que eso él lo buscó. Quizás no buscó el automóvil que lo atropelló, pero tampoco le importó». En cualquier caso, según Bermúdez, el poeta sinuano terminó suicidándose, porque «casi toda su vida fue un intento de suicidio. Y el análisis de lo que atravesaba su mente y sus sentimientos es muy complejo. «Siempre fue muy difícil entrar en Raúl –dice el galeno–. Fue tan polifacético y transcendental con su poesía, que si uno se pone a pensar mucho en él termina confundido».

El médico José Luis Gómez Vergara, hijo de Rubén Gómez Jattin, dice que su tío Raúl presentaba comportamientos anormales, propios de tres enfermedades pero, en últimas de ninguna. «Era un border-line», nos dijo. «Habitaba los umbrales del juicio y de la locura». Y el origen de sus desajustes lo halla el sobrino en su propia historia.

Raúl, a juicio de su sobrino, creció en la ambivalencia. Debido al asma bronquial y alérgica que lo aquejaba, el viejo Joaquín «le daba polvos Isabar seguramente, un rapé, alcaloide y estimulante. Él y su madre lo cuidaban en extremo. Mucho amor, pero también mucha negación. Una especie de 'Te impulso para que seas grande, pero te controlo para que no crezcas'. Autonomía con represión, un doble vínculo».

De los golpes emocionales recibidos en su infancia por Raúl, José Luis señala el haberse enterado de ser hijo de un adulterio.

Un familiar se habría referido a Lola Jattin como «una bandida», en presencia de Raúl, apenas un niño. Gabriel Chadid (hijo de Lola con Abdallah, su primer esposo) herido también en lo profundo desde su niñez por el mismo hecho, no quiso desde los 17 años ver más a su madre, hasta otros 17 años después. Fue él quien instó a Lola para que le contara todo aquel episodio oculto a su medio hermano, Raúl. Lola no le dio tanta importancia. Recordó que si algo le habían enseñado Joaquín y ella a sus dos hijos era tolerancia.

José Luis señala precisamente que, por el contrario, la intolerancia fue una actitud de su bisabuela Catalina y de su abuela, Lola, heredada por Raúl; así como cierto clasismo de gente culta, por parte de su padre Joaquín, que desdeñaba a quienes no pertenecían a ella. Como a Rubén los estudios no lo desvelaban, Lola puso en su hijo menor, aquella vez, la fuerza inmensa de su deseo: «Tu vas a ser mi orgullo, quien saque la cara por mí». Y resolvió el asunto del criticado doble adulterio con una frase que sacudió a su hijo menor: «Si Joaco y yo no hubiéramos sido adúlteros, ustedes no habrían nacido».

José Luis acostumbró a escuchar de niño que su tío no había tenido una infancia normal. Que no había podido jugar como los demás niños. Si se mojaba con agua lluvia, le daba asma, si olía ciertas flores le daba asma, si le caía polvo en la calle le daba asma. A los diez años, las charlas de Raúl eran trascendentales, consecuencia de sus lecturas. Hablaba acerca de personajes de la historia universal, tocaba temas como la libertad, el honor en los griegos y se sabía hasta la fe de erratas de libros clásicos en ediciones diferentes. Sentía te-

ner intereses muy distantes del común de las gentes; que sus valores personales no funcionaban en el mundo exterior. No se encontraba, como él admite. «Hay un poema suyo de la infancia –recuerda José Luis– en el que el narrador habla con el mar mientras dice que padre y madre son parte de un mismo mal, que no te mata pero tampoco te cura. A los 15, ser profesor le daba status. Subía su autoestima. En Bogotá, el teatro le ofreció esperanzas, pero apareció la política y sus bases empezaron a desmoronarse otra vez».

«Lo cotidiano, para Raúl, era desastroso», reflexiona el sobrino. «La locura le resultó una salida aceptable para transitar por la vida sin que esta lo jodiera tanto. Se desprendió de la ropa de marca y otras pequeñas vanidades. Renunció a los vínculos familiares y de amistad. El afecto dejó de ser para él aquella trampa que cortaba su vuelo y pudo así asumir su soledad por completo. Una renunciación estoica fue la suya, muy valiosa porque fue la de un hedonista. Cuando apartaron a su madre de su presencia para evitar que la maltratara más, el Raúl desamparado cayó en cuenta que la soledad lo habilitaba, le daba espacio y libertad para asumir la locura sin perder el juicio, y de modo permanente. A los siquiatras les advertía en ese entonces: Si ustedes no tienen nada más que ofrecerme de esta vida, no me jodan más».

La depresión causada por el rechazo amoroso de los amigos a quienes Raúl declara su pasión, ha de sumarse, según José Luis, a los elementos de su conflicto. Y la dificultad de establecer relaciones afectivas duraderas no pertenece sólo a su tío. «Gabriel ha sido incapaz de sostener compromisos duraderos. Las hermanas de Lola murieron solteras. El abuelo Joaquín no tenía más de cuatro amigos en el pueblo y era, en todo, selectivo».

En palabras de José Luis, la locura es una presencia en los poemas de Raúl Gómez Jattin, desde su primer volúmen. «Yo también quiero repasar libro tras libro», exclama el médico. «En el primero menciona la locura junto a las enfermeras. Y libro tras libro cambia su estilo. No olviden el poema sobre Carlina y la inyección que permite ver en televisión a la Pantera Rosa. La locura también está en *Retratos* y luego toma la palabra en otros poemas. Valdría la pena saber si Raúl se lo permite».

Raúl habría visto así la droga como un tránsito a la locura. Sólo al caer en ella sentía desprenderse de la realidad que lo angustiaba, dejarla atrás. La droga le quitaba el dolor. José Luis sostiene que aquello visto por los demás como una enfermedad no era para su tío sino un estado óptimo, el más vivible que había en la vida.Y nos pregunta: «¿Si a usted le doliera algo internamente y encontrara un remedio que lo aliviase, ¿no reaccionaría con furia frente a quienes desean despojarlo de su medicina? Raúl tocó fondo. Guardó su lucidez para la poesía y le dio su locura a la vida cotidiana».

El teatro habría sido su última coraza, el último de sus refugios frente al cataclismo. Pero ese universo también se le hizo trizas. *Retrógado* lo llamó la izquierda e *inmoral* la derecha. Sólo le quedó la realidad. Y la realidad le parecía intolerable. Raúl fue más siquiatra que los siquiatras. «En Bello, después de casi un mes sin comer, los convence de que está bien, le dan de alta y a los dos días, con medicina y todo, agrede a la familia en Cereté». Según José Luis, lo de Cuba no resultó tampoco. «Allá no descubrió nada valioso. Le habían hablado de drogas novedosas, de tratamientos impensables, pero, sopesándolo bien, no valió la pena regresar a la cordura». Ni a Cereté, cuando quiso retornar un día y el pasado había desaparecido. «Nadie, ni la Niña Lola ni Joaquín estában ahí. Ni siquiera los paisajes de la infancia».

Raúl viajó a La Habana el domingo 20 de noviembre, a las 3:45 pm., en el vuelo 9331 de Cubana de Aviación. Para el doctor Ricardo González Menéndez, Jefe del Equipo de Médicos que lo atendió por cinco meses en el Hospital Siquiátrico de La Habana, donde ingresó a las 4 y 30 p.m. del día siguiente, «Raúl fue aquí un hombre básicamente bueno, que manifestó compañerismo a pesar de sus limitaciones y conservó su espiritualidad. Tenía condiciones excepcionales. Se involucraba en la problemática de los demás internos. Brindaba afecto. Escuchaba. Había en él restos de una persona de gran calidad humana. Era muy sugestionable y dramatizador. Nunca antes se le había seguido su enfermedad por tanto tiempo».

Como dirección de llegada, Raúl dio la incompleta de Bibiana Vélez en Cartagena: calle 62 No.144 en Crespo. Según el médico, gesticulaba y mostraba al llegar manierismos propios de la larga evolución de su enfermedad. La única fuente de información que tuvo siempre el hospital fue el mismo poeta.

En su primera entrevista, negó que fumaba marihuana. Al otro día admitió haber consumido varias drogas, entre ellas la hierba, desde que tenía 23 años, pero explicó que había protegido esta antes para que no se la prohibieran. Confesó que la marihuana y la cocaína lo exacerbaban; que a los 25 metía coca a diario pero que ya la había dejado.

En 1992, Raúl había declarado a los médicos de una clínica en Colombia:

> «Desde la edad de 25 años comencé a fumar marihuana. Sobre todo cuando me sentía agitado, cuando me encontraba escribiendo mis libros, pero en cantidades poquitas, nada más para tranquilizarme. Cuando no consigo la medicina que ustedes los médicos me mandan, debo recurrir a la droga sucursal: la marihuana. También he tenido experiencias con bazuco y con perico, pero me sientan muy mal. Me dan dolor de cabeza, mareos y sudo mucho. Alcohol, sólo en reuniones sociales, en fiestas. Cigarrillo, desde muy pequeño tengo ese hábito. A partir de allí me fumo de medio a un paquete diario, pero me da mucha tos. Es un hábito malo, ¿verdad, doctor?».

En La Habana, Raúl contó que su madre había muerto de una trombosis y su padre de un infarto al miocardio. Añadió que dos tías maternas habían sufrido de trastornos mentales y que su abuelo materno había sido alcohólico. Y que no se llevaba bien con su hermano porque este le había quitado su herencia.

Su comunicación, cuando ingresó al hospital, era fluctuante. A veces no le entendían nada. Manifestó también haber vivido una infancia feliz. Contó que había ligado, sin problemas, su primera relación sexual a los 14 años. No

presentaba enfermedades venéreas y su hígado estaba en buenas condiciones.

Cuando dejó ese mismo hospital, el 24 de abril de 1995, Raúl había cambiado por dentro y por fuera. Ya no habitaban su mente los fantasmas que confundieron atrás su inspiración, se sentía recuperado, agradecido con los médicos, los artistas y los periodistas cubanos; ya no temblaba tanto, sus pies estaban bien cuidados, había sido afeitado, llevaba ropa limpia y su conversación era entendible. Ahora quería ayudar a otros amigos cartageneros, enviciados en la droga.

El doctor José Luis Calume conoció a Raúl desde su niñez en Cereté, fue compañero suyo en la juventud, su amigo y compañero de vivienda en los años del teatro y de la universidad en Bogotá, uno de los co–protagonistas de su existencia tormentosa con la droga y el siquiatra más cercano que el poeta tuvo en la vida.

Calume testimonia que, en efecto, Raúl se sintió asediado siempre por la muerte, una idea que le vino de sus ataques asmáticos. «Raúl temía morir ahogado mientras gritaba: Dénme aire, no me dejen morir. Mamá, me muero».

Para Calume, esa madre, Lola Jattin, fue una mujer afectuosa, dominante, protectora, intrusiva, dulce y controladora, que supo mantener sus hijos a raya durante la infancia. «En sus trastornos –dice– Raúl señalaba a su mamá como la causante de sus males. Un objeto perseguidor que generó en él una actitud paranoica. Raúl luchó, en efecto, por separarse de ella y ser un adulto, la idealizó por largo rato y terminó agrediéndola. A partir de ahí, miró a las mujeres en forma idealizada, lo que explica su conflictiva sexual».

La médica Zita Figueroa, que estuvo casada con el doctor Calume, conoció a Raúl en su adolescencia, cuando llegó con el grupo teatral de Carlos José Reyes a presentar la *Gran imprecación* frente a los muros de la ciudad. «Los recibimos a todos en mi casa», recuerda. Y Raúl empezó a llamar aquel lugar «La casa de Zita, donde se dan los placeres que en otra casa se niegan».

Lola –dice Zita– era mandona, dominante, de amores y odios, pero el centro de su vida también era Raúl. «Los rega-

los que valían en esa casa eran los de él, así fueran un par de chancletas. Todos se daban cuenta de esa predilección. Y Raúl, además, era bonito. Lola me dijo que parecía un niño dios cuando nació y que, para orgullo de ella, se lo miraban mucho. De los poemas y de su teatro hablaba. Nunca de lo malo. Lo importante era Raúl... y los amigos de Raúl. Ese era el pasaporte: 'si te ama Raúl, yo te quiero».

«Raúl –precisa Calume– estaba realmente enamorado de su madre, a quien admiraba. Fue el ser maravilloso de su niñez y sintió fascinación por ella. Luego llegó la adolescencia y empezó la dolorosa ruptura. Raúl creció y perdió a su madre infantil. Esa pérdida generó en él una gran preocupación, lo que le llevó a buscarse angustiado en otro contexto. Pero nunca logró ser adulto. Fue entonces un hombre infantil, incapaz de relaciones serias y sólidas. Es al darse cuenta de ello, al verse condenado a la soledad, a la muerte inexorable, que Raúl empieza a agredir, a devastar. Aquella soledad suya habría empezado a formarse al interior de sus juegos infantiles: la lectura, el dibujo, el palito en la arena... Después, su padre sembraría en él la idea de ser el mejor abogado de Colombia.

Raúl, según su amigo, encontró solución en la droga. «Fumó marihuana desde los 25 años y empezó a descubrirle virtudes a la hierba en la interpretación de textos. Corría 1976 y Raúl no había asumido aún en serio la escritura.

Dice el siquiatra Calume que Raúl sufrió de un problema de identidad y que ese fue el punto de partida de toda su problemática. «Raúl depende afectivamente de su madre. Tiene un Edipo muy marcado. Se siente atrapado, invadido por ella. Eso lo lleva a una situación de conflicto por independizarse, aunque nunca lo logra y será por eso siempre solitario e infantil. No pudo superar el incesto. (Una persona normal incorpora y supera el deseo por la madre, renuncia a ella, para asumir luego su heterosexualidad de adulto. El deseo lo transfiere a través del objeto que incorporó en su relación edípica real nacida del instinto, pero formado en las instancias del yo)».

En conversación que sostenemos en su casa de Cereté, donde vive con su madre, el doctor Calume explica su punto

de vista profesional sobre la situación de su amigo más importante: «Raúl hace una sobre-identidad de su mamá, Lola Jattin. Cuando él entraba en confianza y se daba algunas libertades frente a los amigos, imitaba a una mujer, molestaba y hacía mímicas parecidas a las de Lola. Recuerdo aquella personificación suya de madre superiora en la obra *Las monjas.* Entonces adicionó al texto de Manet: 'Este es el bastón de mi madre cuando empezaba a volverse goda', una frase inspirada en ella y permitida por el director, Carlos José.

Al idealizar a su madre –sigue analizando el especialista– la mujer se convierte para Raúl en un objeto de fascinación. «Un ser intocado, inmaculado, hermoso y poderoso. No es para desearla, sino para adorarla. La sexualidad del hombre tiende entonces al sexo opuesto de la mujer. Al hombre mismo. Su Edipo le sigue enviando mensajes y Raúl asume consciente y clínicamente su condición homosexual. Es posible que se sienta culpable de ello y se deprima. Y tal vez por eso es, piensa Calume, un hombre triste, solitario y depresivo».

En opinión de Calume, el disparador o detonante de su enfermedad es el consumo excesivo de marihuana porque le termina de romper el yo. «El ya trae un yo débil, un superyo tambien débil, inadecuado, imperfecto por todo lo que hemos dicho y la marihuana, la droga en general, hace su papel en la destrucción del yo al final. Si tienes un yo débil pues explotas, si tienes un yo fuerte, de pronto, al contrario, no necesitas mucha droga, y te haces amigo distante de ella. Pero cuando te va minando las estructuras síquicas finalmente viene la ruptura y aparece toda la distintiva».

«Lola Jattin –decía Raúl– tu época de diosa ya pasó, bájate a este mundo terrenal». En opinión de la doctora Zita Figueroa –que estuvo casada con Calume– el conflicto interno de Raúl con su madre generó odio en él. Una tarde, después de la muerte e don Joaquín, Raúl entró al cuarto de la Niña Lola, mientras ella hablaba con Zita y se arreglaba ante un espejo.

–¿Tú me quieres? –le preguntó ella.

El se la quedó mirando con sus ojos de ahogado.

Creo –le dijo, con tranquilidad– que a veces te quiero y a veces te odio–. Y abandonó el cuarto.

José Luis Calume apunta que este Raúl terminó agrediendo a su madre, la super protectora que no lo dejo crecer, ni lograr ser autónomo e independiente. «Roto el yo, que controla el instinto, aparece la agresión, la sexualidad desbocada, todas esas cosas que no tienes cuando tienes un yo que controla».

Al romperse el yo –sigue reflexionando Calume– el individuo puede verse como transgresor o como sicótico. «En un sicótico, el yo está solo. No controla el instinto y sigue conductas impulsivas. Raúl era terriblemente impulsivo. Tomaba lo que quería, como un niño, sin control alguno de sí mismo. La esquizofrenia es así el producto de un yo débil que, en el caso de Raúl, se rompe en su primera crisis y le produce una sensación de fin de mundo».

Calume dice que el esquizofrénico pone en escena situaciones antes o después de que existan. Que el arte está muy cerca. «Muchos esquizofrénicos han sido artistas y muchos de los grandes artistas, esquizofrénicos. Es probable que varios de ellos estén viviendo realidades aún sin interpretación dentro de una situación y una comunidad actuales».



Y explica: «La mente se alimenta en esencia de comunicación. Un individuo aislado de su tribu y condenado al silencio, enloquece por no poder comunicarse. Una esquizofrenia esquizo–afectiva, es el punto de una persona que se deteriora al final pero como consecuencia de su falta de comunicación».

Digamos que nadie se vuelve adicto si no tiene una conflictiva que solucionar. El adicto siente que la droga le soluciona un problema emocional que no ha logrado resolver en su vida cotidiana ni con el conocimento ni con el arte. «Raúl necesitaba la droga para su estabilidad. Como trae una conflictiva de tipo sexual, la dro a lo libera, le uita limitaciones y angustias. Él era muy frágil y encontró fortalezas en la d roga».

«Si Raúl no hubiera consumido droga –sostiene su amigo siquiatra– con seguridad no habría sido poeta ni loco. Habría

sido el gran abogado. No quiere decir esto que la droga lo volviera poeta o escribiese sus poemas. Por supuesto que los poemas los escribía él. La poesía está en la esencia del lenguaje. Es una impronta que Raúl tenía. Él hacía con la droga el álbum del contenido, pero el continente, la forma de su poesía, estaba dada, en parte por su lenguaje. Él mismo dijo de la droga: 'Quedé atrapado en su embrujo y ya no pude dejar de escribir, de hacer poesía».

«Raúl escribía – añade José Luis Calume– bajo los efectos de la droga, no bajo los de la locura. Raúl producía trabándose con marihuana –como cualquier arquitecto o cualquier pintor– porque lo que se le alteraba era su senso-percepción, su forma de percibir la realidad. Él sentía que la marihuana le alimentaba una nueva visión del mundo, sin utilizar la metáfora».

«Terminó muy afectado –especifica el médico– intoxicado por la droga. Paranoico. Y todo paranoico cree que, como lo están persiguiendo, tiene que defenderse. «Ella se porta mal conmigo, trata de envenenarme la comida», decía refiriéndose a su madre. De cualquier manera, él justificaba su agresión, sobre todo verbal. La madre era su objeto paranoide y su razón objetal más fuerte. Entonces se volvía un objeto perseguidor que lo limitaba, que impedía su consumo. Lola era un superyo para Raúl, pues el suyo era bastante deficiente. Padecía pequeñas psicopatías. Por eso él puede ser cínico, actuar de mala fe, robarse las cosas, entrarse a las casas. Raúl tenía deformaciones del superyo bien importantes y Lola era parte de ese superyo que intentaba controlarle moralmente: una situación que él veía muy incomoda, y que vivía como un cuadro de persecución paranoica.

«Su trastorno fue del afecto –concuerda Zita– y no de la inteligencia». Ella lo recuerda aumentando o disminuyéndose él mismo las dosis de carbonato de litio (sal medicinal) o de marihuana, que cargaba en los bolsillos «para bajarse o subirse el ánimo».

Su parte sana, su parte de poeta, veía a ese Raúl en problemas. Así lo interpreta Calume. «Él podía asistir a su tragedia, ver su dolor. Era vidente, presagiaba cosas. Parecía

un chamán. Pero él no sabía por qué le caía mal la gente, nunca fue consciente. Alucinaba».

Raúl jamás olvidó las mil y una noches que su padre estuvo a su lado aliviando, abanico en mano y pie sobre mecedora, las angustias de su asma.

«El día en que murió su padre –recuerda Calume– Raúl pronunció un discurso extraño y fuera de tono en el cementerio de Cereté, mientras se aferraba al ataúd. Fue algo dramático, pero anormal». En su primera crisis, de 1977, no le recibía agua a nadie y se tomaba sólo el agua del coco que él mismo abría. No aceptaba vasos porque presentía que le iban a envenenar o enfermar. «Esa paranoia es para mí la locura –sostiene su amigo Álvaro Aleán–. Que tú quieras y justifiques eliminar a los demás porque los haces responsables de tu abandono o infelicidad». Raúl sufrió también de una despersonalización: se alarmó de verse en el espejo, no se reconocío y dijo que se le estaba cayendo la piel y se le estaban saliendo los ojos.

Con los años, al abrirle las ventanas de su mente a las musas de la poesía, el poeta dejó penetrar también en ella otros espíritus. En las crisis, cuando se sentía agredido por el mundo, Raúl sentía que los demonios le quemaban sus brazos y le metían un palo candente por el trasero, buscándole las entrañas. «Me lo dijo en dos crisis que tuvo», cuenta Zita. «Me dijo que en esos momentos su sufrimiento era muy grande. Me hablaba de estados incandescentes y me confesó que había prendido fuego a su casa con el deseo de quemar aquellos demonios».

Zita recuerda que cuando la Niña Lola supo que su hijo no tenía remedio, se llenó de temor y le confesó: « Ojalá tuviera el valor de mandar a matarlo y ahorrarme así la angustia de no saber que suerte nefasta correrá cuando yo muera».

«Yo lo conmino un día, muy en serio –dice Calume: Raúl no puedes continuar en tu caída al abismo. Tienes que hospitalizarte. Y él me advierte: 'Yo atiendo tu consejo, pero tu respondes ante la poesía colombiana, por quitarle a su mejor poeta. O tendrás que darme una droga que no me haga daño y me permita escribir».

Raúl Gómez Jattin, ya sabemos, nunca escribió uno de los libros que quería, ese a dos voces y cuatro manos con un siquiatra. Su último intento, como leímos, fue con el doctor Ayola. Pero es el doctor José Luis Calume, sin buscarlo, quien termina personificando para Raúl todo lo que él odiaba de la siquiatría. «Mientras yo me volvía loco, él se volvía siquiatra», dicen que dijo alguna vez el poeta sobre su amigo. O «Aquí de locos estamos bien, pero muy mal de siquiatras». Para ninguno de sus amigos comunes es un misterio que Raúl escribe su poema *La Imaginación: la loca de la casa*, pensando en él y en Calume.

Aprendió en la Universidad
una técnica aproximación al alma
Un alma convencional por supuesto
Un alma sostenida
en las verdades más difundidas

Psiquiatra él y además escritor
de temas folklóricos
Ingenuo a toda prueba
padece raptos líricos que no sofrena

Anteayer
un muchachote simpático y casi inteligente
que tenía novias prosaicas y amores prohibidos
y leía a Stefan Zweig Algo de la miel de esas
novelas
se le adhirió como una máscara y una señal

Psiquiatra hoy él se olvidó de su pasado
y contra el destino levanta su bastión

Nada valen las mariposas
que atrapó en su niñez
—Ante su estolidez informada—
ni las burritas tiernas
de vellón sedoso
y crica estrecha
ni las iguanas de Febrero
ni el río de limo somnoliento

El Psiquiatra está solo
La sutil materia de sueños recuerdos y deseos

es en él una escueta relación de datos
¿La imaginación? –la loca de la casa—
¿De qué vive?
Lo sabemos sus locos

Raúl no estuvo de acuerdo con la visión de la ciencia sobre su condición sico–afectiva, mucho menos con sus tratamientos médicos. La relación paciente-siquiatra, que Calume asume con el ánimo de ayudar al amigo, destruye la complicidad incondicional que espera el amigo del amigo. «Raúl no me acepta en su mundo –dice el siquiatra– me agrede verbalmente, me ve como un censor, rompe conmigo y nos distanciamos». En 1988, Raúl Gómez deja este otro poema sin título, en las manos de su amigo, Joaquín Mattos. Nunca antes fue publicado y en él son evidentes las diferencias de forma y contenido con el del Tríptico Cereteano. La ironía es también desplazada por la burla.

Rodeado de una vana biblioteca
(literatura médica que enseña a los siquiatras
a ganarse los mal habidos dineros
que les da nuestra locura)
me dice con gran satisfacción
y desprecio premeditado
que tengo el alma enferma
Me lo dice desde
su acomodada alma de burócrata
del estado
de esa ama gorda obesa
de facilidades cotidianas
de esa alma
plena de una salud inmunda
higiénica como venda de hospital
aséptica como un quirófano
De esa alma saturada de antisépticos
contra el dolor humano
de esa alma quieta y gris
como el lodo de las ciénagas
y yo sonrío
de los dientes para afuera
por no pegarle una patada en el culo
no decirle carroña estúpida
que tratas inútilmente de maltratar

mi alma de artista
que siempre has odiado
porque la suya es de esas torpes almas
que sólo comprenden
la grosera caricia
de placeres sin riesgo alguno
por no decirle médico siquiatra cretino
cómo no tener el alma enferma y asquerosa
si el mundo está poblado
de seres como tú
que provocan el vómito
y la más profunda tristeza
de deambular entre ustedes

Y en ese mismo grupo de poemas, entregados al colega Mattos Omar, figura también el siguiente, donde el juglar señala al siquiatra como uno de los personajes que él tiene de enemigos en su propio pueblo:

Es el mediocre pueblerino
que coquetea de medio lado a la cultura
y de frente a la violencia y la fuerza
Es el famoso pensador de ultra izquierda
que viste a su hijo de cura
el día de la primera comunión
y guarda de ese día una ridícula fotografía
Es el seguidor del arte socialista
porque es un arte tonto que no obliga a pensar
y es el mismo súbito aspirante
a un parlamento que presuntamente odia
Es el tan conocido burócrata bien recomendado
que trabaja por ratos
y grita asiduamente a la indefensa secretaria
Es ese homosexual que se casó por interés
social, económico y moral
Es ese siquiatra que dice francamente
odia a los locos de los que vive
Es esa alma gorda y pesada
que me mira a los ojos con odio disimulado
mientras le leo poemas de mi vida
con la mala intención mía
de una caricia irritante y venenosa

que se aguanta porque mi cuchillo seduce
y porque hay otros que lo miran con malicia
y sonríen

«En ningún poema, en ninguna de sus confesiones, ni en ninguna de sus charlas –dice Calume– expresó Gómez Jattin la claridad consciente al menos de que tuviera un problema edípico sin resolver». Lo cierto es que ni a él ni a ninguno de sus siquiatras lo comunicó Raúl. Cuando quisieron llegar al tema, cerró el diálogo. El asunto era demasiado íntimo, aún para un hombre acusado de andar con el ello afuera.

El poeta y narrador Joaquín Mattos Omar nos permite copiar los versos de un borrador que, bajo el título *Acerca de Edipo,* Raúl le dio a guardar en 1988, tras escribirlos mientras se recuperaba en la Clínica Montserrat de Bogotá. El manuscrito original ocupa varias páginas de una libreta de apuntes con el nombre de Raúl sobre un pedazo de esparadrapo pegado a su cubierta, bajo el rótulo Leponex, que publicita ampollas «contra la agitación sicomotriz, causada por la ansiedad extrema de sicóticos agresivos, esquizofrénicos crónicos».

El poeta inserta allí su propia vida en el ámbito de un mito señalado por los siquiatras para explicarla: el mito de Edipo. Este bello y preciso poema escrito después de la muerte de Lola Jattin, abarca sin embargo un lapso amplio desde los años del bachillerato en Cartagena, cuando Raúl conoció a su amigo Eusebio y compartió con él parte de su adolescencia.

El borrador es evidencia magnífica de la calidad del poema y de la correspondencia nominal entre Edipo y Raúl, asi como de Lola con Yocasta, de Layo con Joaquín. El mismo poeta escribe aquí su nombre junto al de Edipo y luego lo tacha.

Un primer verso muestra a la madre que observa e intuye, entre las sábanas puras de la cama, el cuerpo de su hijo. Viene una terrible e inminente separación: el niño ya no es más niño y, en lugar de abandonar a su madre, su primer amor, como corresponde, será más bien abandonado por este. Él debería ir a buscar su remplazo, pero es la madre quien ha de echarlo fuera de sí.

Edipo o Raúl, como él mismo escribe, es el consentido de la casa. Y la imagen que proyecta de su hermano es la de un hombre celoso, amante del dinero.

El poeta reitera que, mucho más allá del recuerdo y la memoria, la raíz de la sabiduría se encuentra en los extremos de la locura. Y que nada es tan valioso como la amistad de un amigo. En su ensoñación, Raúl resuelve a favor suyo el conflicto con su padre y lo presenta cómplice impulsador de su gran pasión por el arte. Raúl hace explícito que «lo natural es amar menos a la madre, aunque nos someta». Amar en cuanto lo maternal y lo filial. Del padre, siguiendo a Kafka, debemos sólo aceptar su legado cultural porque todo padre, sin darse cuenta, aniquila en su libertad a los hijos imponiéndoles, por ejemplo la fuerza de su moral desde pequeños. La amistad es primer valor entre los hombres. Y es a través de la amistad con un hombre sabio como un muchacho puede llegar al conocimiento.

Siempre en el poema, Gómez Jattin toma la decisión de abandonar Cartagena y regresa a Cereté. Allá le dice a su pueblo que no ha defraudado a su padre con la abogacía. Que ha ido a Bogotá y regresado de allí hombre de teatro y poeta. Que lo suyo, más que poder, es el arte. Raúl ha encontrado una forma personal de ser Edipo, para amar a la madre, sin odiar ni matar al padre. Una forma de quedarse en la infancia, para siempre.

Después se pregunta si su padre estará orgulloso de él, más allá de la muerte, porque prefirio ser artista en lugar de abogado o si se habrá sentido abrumado por su condición sexual.

En este borrador, Raúl nombra con claridad las tres formas de amor que siente por igual número de personajes: por Lola, su madre, su único y verdadero amor; por Eusebio, su amigo (y símbolo) adolescente de su ensueño; y por el mismo Raúl, que se ama como su madre lo amó.

Dos versos definitivos develan la raíz de su condición más subyacente: *No me culpéis de afeminamiento/por haber amado tanto a mi madre*. Y una confesión que lo ratifica: *E t[illegible]ño soy al decir esto/¿No es verdad?/Pero a nadie he amado/ distinto a ella.* (Se lo dijo, a manera de confesión a

otros amigos, como Milcíades Arévalo: «No podía hacerla mía». Luego, una legitimación de su megalomanía en el ensueño: *Todo lo que soy yo está enamorado de mí en todo.* Más lo que queda: el deseo de inmortalidad, la posibilidad de revivir en su imaginación a los grandes poetas de la Historia y a los grandes amores de su historia cotidiana. «Nada que ver», parece decir Raúl en ese momento, a su manera. O «para lo que hay que ver, con la imaginación basta. Así que, bien podemos, con Edipo, arrancarnos los ojos».

ACERCA DE EDIPO

Raúl Gómez Jattin

Su cuerpo bajo las sábanas blancas entreveo
Necesita quien lo ame y lo lleve
lejos de mí –tal vez–
Necesita unos brazos en torno de él
y unos labios amorosos y tiernos
Lo mejor es que vaya a estudiar
a otra ciudad y ame
aunque sea eso echarlo lejos de mi vientre
Yocasta

Sentía en esos versos que era el primero en el corazón
de sus padres.

Tu hermano sabe comprenderlo
Cuando vengas no le digas
cuánto dinero te hemos mandado
porque él es un poco avaro
Perdónale también este defecto
Yocasta

Recordados padres:
el estudio del arte me place tanto como nada –más que el mar,
más que la amistad con Eusebio
Díganle a mi hermano que se imponga estudiar
algo trascendente y hermoso
que saber es tanto como vivir
y más que recordar
Edipo

Enamorado de Eusebio, que vivía en su Tebas y quiere vivir con él donde él está, en un palacio de oro y marfil

Mi hijo preferido:
Estudiar Arte es una pasión
de hombre grande Te aplaudo
Te quiero más ahora que estudias
y que me recuerdas en medio
de los talentos y virtudes magnas
que admiras
Un beso en la frente
Layo

Amar menos a la madre
es lo natural, aunque luchemos
contra su forma de ser inteligente
y nos sometamos a ella
Amar lo patriarcal y masculino
No aceptar tu herencia padre
a menos que sea en cultura
Tu hijo que te ama
Edipo

No te acerques demasiado Eusebio
al conocimiento y la virtud
porque te quemas en un fuego
prematuro y agobiante
Ni pretendas mi amistad
antes que yo mismo la depure
y te la entregue en una forma
saludable y eterna
Escríbeme
Edipo

Madre:
Abandono la ciudad junto al mar
Abandono los estudios
Abandono a Eusebio
Viviré junto a tí en Tebas
Junto a Padre y junto a ese bellaco de mi hermano que me odia
tanto como yo a él
Un beso
Edipo

Le dice al pueblo de Tebas:

No traicioné al padre Layo
Fui al exterior a estudiar
y vuelvo hombre de teatro
y también vuelvo poeta
Soy de una sagrada opinión:
que no haya casa regente
sino casa de artistas en Tebas

Edipo no mataría a su padre:
lo colmaría de regalos
Aunque el mito decía en su orígen
que Edipo mataría al padre–
Yo Edipo* al ser artista
inventé una forma para mi vida
de ser diferente de mi padre
sin odiarlo ni matarlo en mí

Yo
Edipo
escribo estos cortos recuerdos
para que la descendencia sepa
que preferí el arte al poder
Mi padre
más allá de los tiempos
¿orgulloso estará de mí?
Ojalá
El sabía –en vida– perdonar
que yo no desarrollaba
una virilidad semejante a la suya
¿o se sentiría abrumado?
Escribir poesía le era ajeno
Actuar le parecía un tanto ridículo
Escribir para el teatro... no sé
qué pensaba mi padre
Nunca le consulté nada trascendental
a él ni a nadie
El padre (cualquiera sea su categoría espiritual)
a quien consultamos lo importante
nos destruye –nos aniquila

Escribe Edipo Raúl en el borrador original, y lo tacha.

Se alimenta de lo nuestro:
fuerza
talento
belleza
y ni siquiera se da cuenta

Si al mío le hubiera contado
la gran amistad que me unía
a Eusebio y su mundo
me hubiera contestado: Retrocede
No está bien tener tanta intimidad
con un hombre joven
a menos que sea tu hermano
Yo le hubiera dicho
No ha habido nada más hermoso
que su culta virilidad –la de Eusebio
claro– en mi vida

¿Para qué negar o disimular
en ciertas tardes una tristeza
profunda e indescifrable?
Es la falta de mi madre
a quien adoré sentimentalmente
y cuyo calor echo de menos
y por quien lloro –como ahora–
al recordar que ha muerto
No me culpéis de afeminamiento
por haber amado tanto a mi madre
Ahora estoy llorando
lágrimas sentidas por la muerte
del ser a quien verdaderamente
he amado: mi madre
Extraño soy al decir esto
¿No es verdad?
Pero a nadie he amado
distinto a ella

Oh Amor
oculto en mi inmortalidad
igual a mí en todo
Todo lo que soy yo
está enamorado de mí en todo
Es un amor eterno

De sexo a sexo
De talento a talento
¡Lo que es deseable es posible!

¿Acaso he de morir
como mueren los verdugos estúpidos?
¿Acáso mi alma creadora de versos
ha de apagarse
como mueren las ciegas almas?
No ha de ser así –No–
Perviviré más allá de los tiempos
Seré eterno y placentero
Con un bello cuerpo y bellos
espíritu y alma –Ya lo veréis.

Haber nacido entre humanos
–que entregan su amor
como una moneda temporal
convertible en odio–
es terrible y nos vuelve sublimes
¿Dónde los maestros –Platón –
Borges – Pessoa – Machado –
nos hablarán en una vida
verdadera y amable?

Amigo de la luna, a quien espera ver todas las noches, como un niño su viaje de luz

Edipo Martínez
poetiza su larga tristeza
empezando siempre
por el adiós –que te vaya bien
¿Y yo? Solo
Libélula enceguecida por el sol
Pájaro de agua y nubes –Solo
Edipo Martínez
nació para pensar solo
para pensar la muerte–
¿He de morir también
como mueren los otros?
Claro que no –me dice el hongo
stropharia–
Tu energía crecerá hasta lo innombrable
hasta lo impensable

Pero sin embargo: moriré
aunque de otra manera

Mi amistad por Eusebio se mantiene
Quiero a sus hijos como mios
y él está pendiente de mí
¿Esto es la amistad? Sí

Y el también parece inmortal
y es artista de valor
Grandes dones la vida me ha dado
a través de Eusebio–

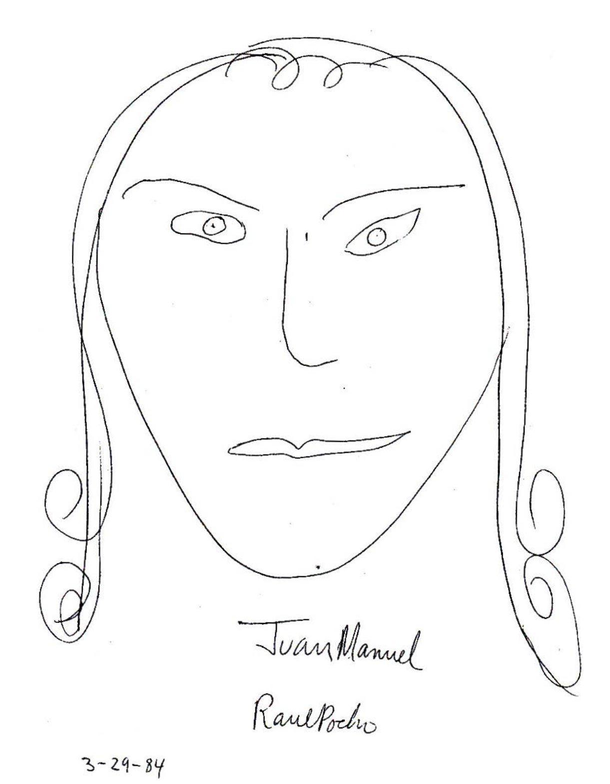
Saber que sólo he amado a mi madre
y que estaba prohibido
He ahí el terrible dolor

Qué dolor terrible
al arrancarme los ojos
Pero qué más da
Si ya no queda nada apacible
para ver y amar

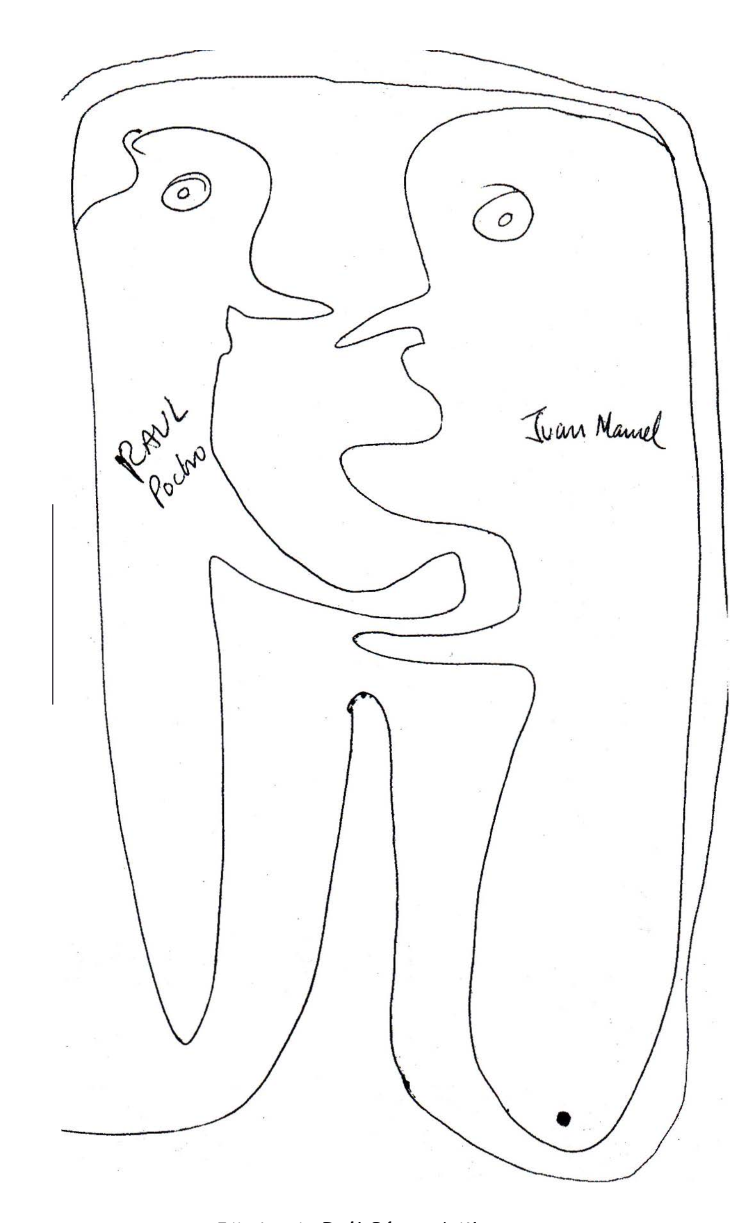


Milcíades Arévalo

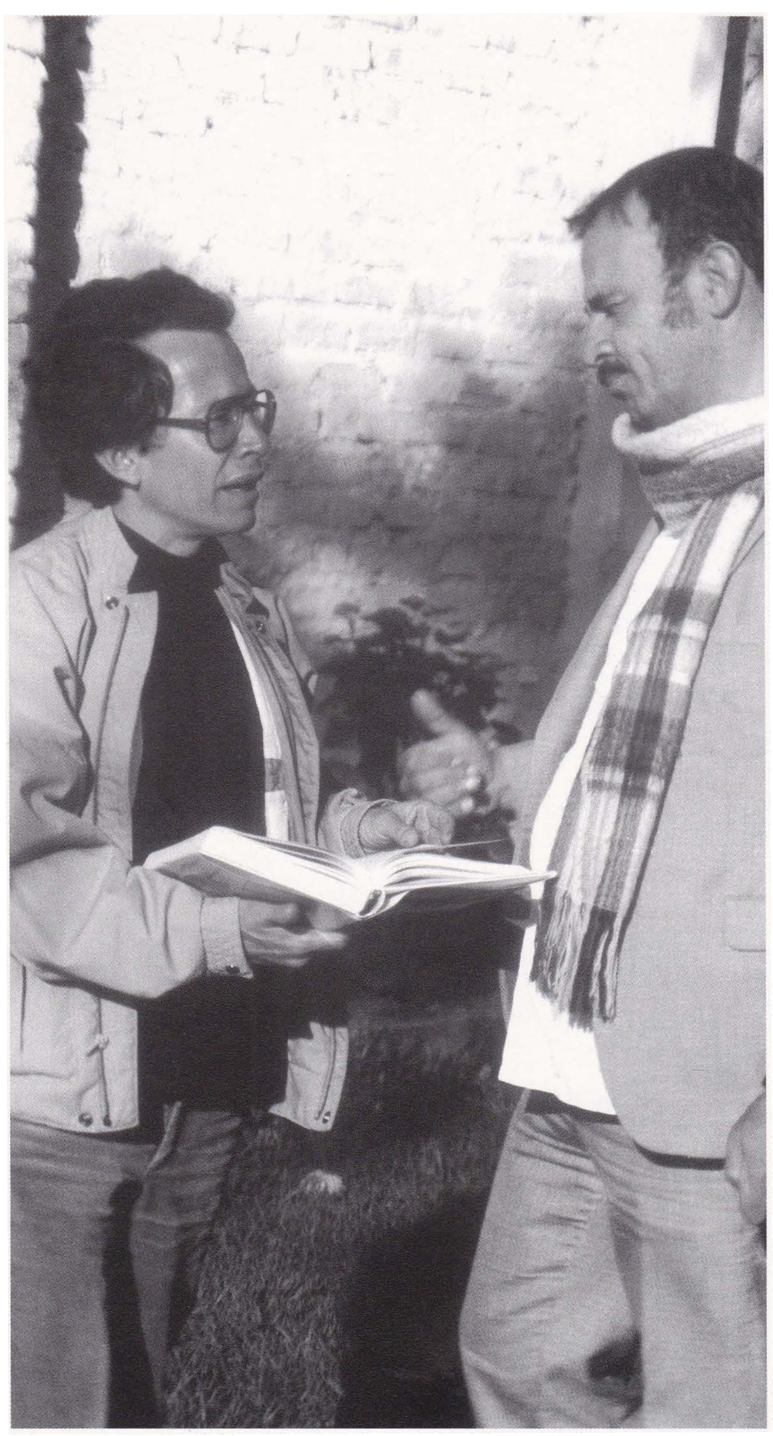
Con Juan Carlos Moyano, en una clínica de Bogotá


Juan Manuel
Raul Pocho
3-29-84

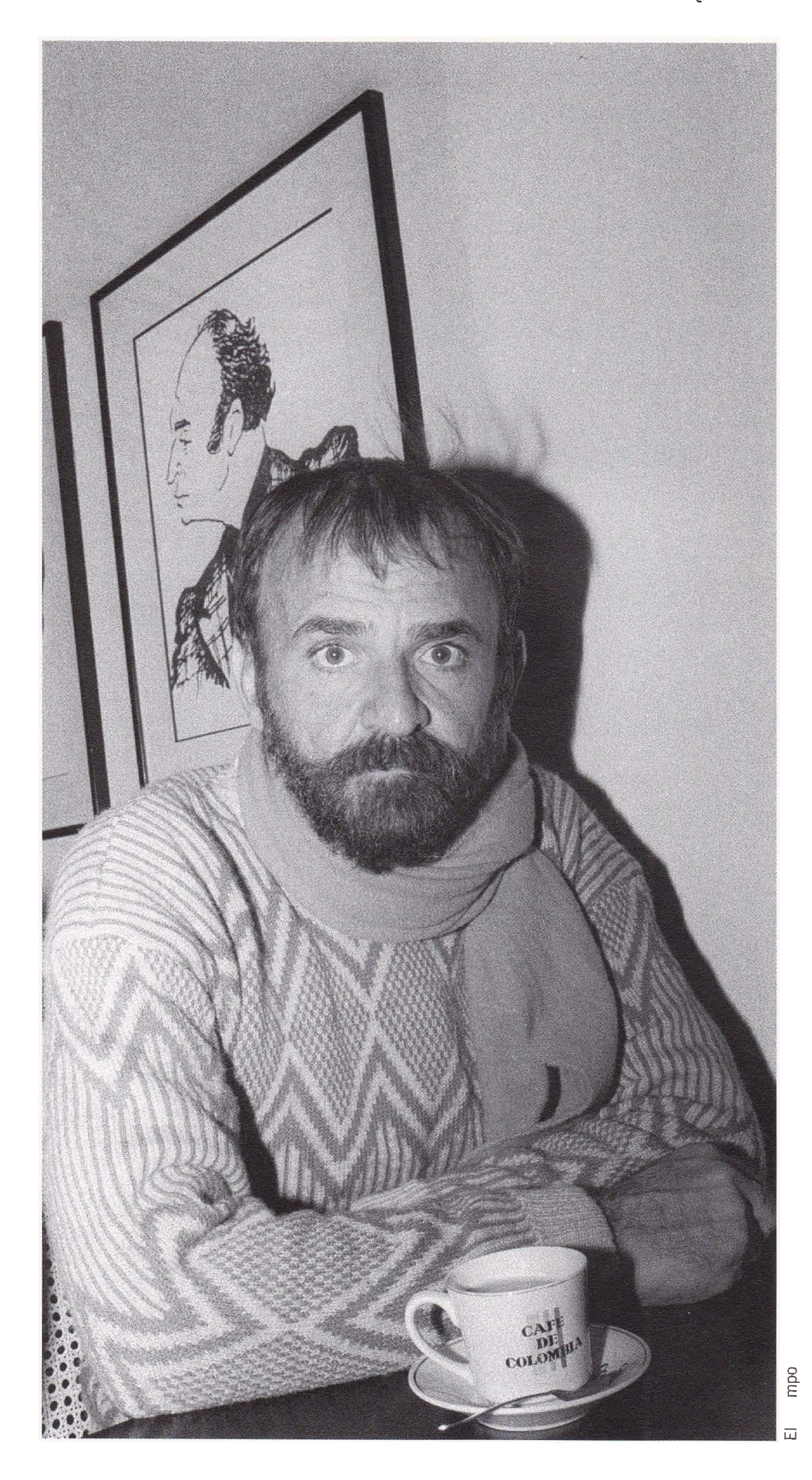

LOS GOMEZ
EDUARDO Y RAYMUN



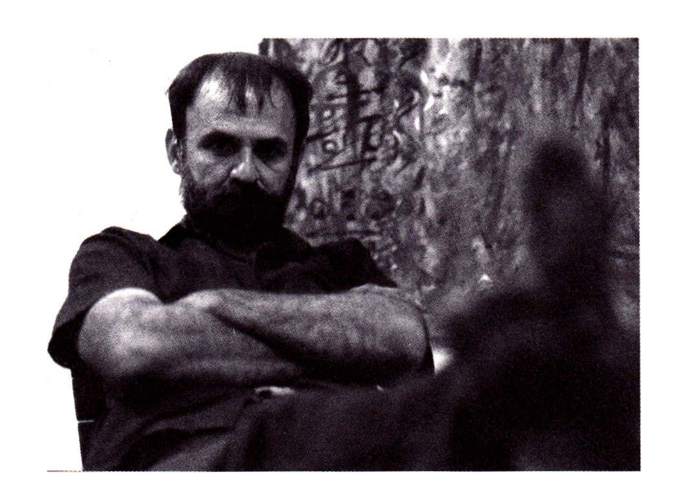
Dibujos de Raúl Gómez Jattin



Con Milcíades Arévalo, en una clínica de Bogotá



El mpo



About what I was and what I am

The following testimony by Raúl Gómez Jattin, which encompasses both his life and work, has been compiled from various sources, especially from press and television interviews carried out by the author between the years 1987 and 1995. His interviewers were Harold Alvarado Tenorio, Efraín Medina Reyes, Pedro Badrán, Iván Barboza, Roberto Triana, Eduardo Ramos, Francisco González, Leonor Dangond, Antonio Arévalo, Luis E. Mizar, Maryluz Vallejo and Henry Stein. The text also includes quotes from correspondence with Juan Manuel Ponce and Milcíades Arévalo, as well as from hitherto unpublished letters to Lena Reza, Sylvia Jaramillo, Joaquín Mattos Omar and others.

Translation: Joe Broderick

I was born on 31 May 1945 in Cartagena, but was brought up in the town of Cereté (Córdoba), right in the heart of the Sinú valley (or Valley of Chinú, as the people of Cartagena like to call it). My grandfather's uncle, Tomás de la Cruz Gómez, was executed in Lorica in 1873 during a popular uprising; his head was then placed in an iron cage and exposed to view in order to strike fear into the populace.

My father's uncle (twice removed) was Canon José Joaquín Gómez who founded the University of Cartagena; and my grandfather, of the same name, was a Liberal Party go–between during the One Thousand Days War, and a personal friend of General Rafael Uribe Uribe. One of his sons –my uncle, Carlos Gómez Reynero– brought the first Singer sewing machine to the Sinú region. Another of my father's brothers, the first Raúl Gomez, was a close friend of the poet Luis Carlos López, for whose books he did the layout design and the covers.

My father was a well–educated man, the only really cultured person in Cereté in his day, and possessed the only collection of books worth mentioning, including works by Shakespeare, Balzac, Anatole France, Stendhal, Queiroz, the Russian novelists and a lot of volumes on anthropology, history, mythology and of course political science. It was not a very large collection, due to the fact that my father was prone to give away his books. But he did possess literary gems such as The Thousand and One Nights, which I read when I was six years old, and an excellent translation of Boccacio's Decameron which I began to take delight in by the time I was nine.

My father worked as a journalist in Cartagena, writing for *El Universal* on educational matters and subjects of public interest. That was where he met the poet López – *El Tuerto* («Squinty López»), as he was called. My uncle Raúl introduced them. Dad was an outstanding guide and mentor for me, both intellectually and morally. He not only taught me to read, but also to appreciate history, philosophy, geography, astronomy, as well as to tell the difference between one adjective and another, and to grow vegetables and do grafts onto orange trees.

That edition of The Thousand and One Nights, which had so caught my attention, disappeared one day and I have never seen such an edition again. It was a lovely, erotic book in two volumes. I had no sooner read the first one than I decided I wanted to be a writer. Then my father found me reading Volume Two in hiding, under the bed, and as it happened he thought the same. He told me he had been keeping an eye on me since I was six, at which age I already had excellent Spanish. It was so good, in fact, that I not only knew long passages of poetry by heart, but was also able to read such a demanding work. So he asked me why I wouldn't think of becoming a novelist or short–story writer.

At our place we did not own a motor car, as our neighbours did, but there were always books to read, as many as you could want. For me, reading was a game, the game I most enjoyed. I read everything: history, prose and poetry. By the time I was eight, I had become especially interested in mythology, in Greek mythology above all. In those myths I discovered truth, and nourishment for my soul. This is reflected in *Hijos del Tiempo* (Sons of Time) as well as in *Tríptico* (Tryptic) and in *Poemas* (Poems). However, my first contact was with spoken poetry; before I could hardly talk I would listen to my father reciting poems by Rubén Darío, Luis Carlos López and *La Canción de la Vida Profunda* (The Song of Profound Life) by Porfirio Barba Jacob. Listening to this major Colombian poet's work, I had my first experience of sadness; I could see it in my father's face as he read. He was inclined to bribe me, too; if I learned by heart a few verses by «Squinty» López, he would give me a generous handout. And I would oblige, reciting in front of his friends. If I recited two or three stanzas, or sometimes a complete poem, he would be delighted.

My father and I shared an interest in cock fighting, as well as in bulls and matadors. As a child I helped rear several cocks; they were veritable feathered gladiators. We also kept pidgeons, and they made my existence all the sweeter.

There came a time when movies took me away from my books, and my father used to scold me for this. I told him I liked to watch good acting but had no desire to be a film

actor myself, though I admired Marlon Brando, Elizabeth Taylor and Jeanne Moreau. At that time my father was mostly reading detective stories and westerns. I was always very fond of him. And with me he was both affectionate and respectful.

I am an Arab poet, like Omar Khayam and the author of The Thousand and One Nights. The Jattins came from a village of the same name near Beirut. My grandfather Miguel was just sixteen when he arrived here from Lebanon; he reached Cartagena on November 14th. He was a dark–eyed good–looking fellow, well over six feet tall, and was accompanied by three older brothers. They had a bag of gold coins and rather halting Spanish. A few weeks later they took a boat to Lorica, in the lower Sinú river valley, and set up business producing textiles as well as barbed wire for fencing. They were certainly not poor; what made them rich was a combination of knowledge inherited from thousands of years back, and their own personal shrewdness. Their forebears suffered religious persecution from different Christian sects, so as Arabs they knew what Spaniards were like.

My grandfather Miguel was a generous man, one might say almost to a fault. Years later he married Catalina Safar, from Sahleh in Syria, and handed down to his offspring all possible pleasures.

Grandmother Catalina was from a less wealthy family. They were more conservative and less educated, but they had a great feeling for life and knew a lot about the medicinal qualities of different plants. This grandmother didn't like me because I was not a pure blood, but a mixture of Arabic and Spanish stock. And I didn't like her either, because she was ignorant and tight–fisted.

My mother, Lola María Jattin, was born in May 1908. She once told me that her grandfather used to read to her some of the less spicy chapters out of The Thousand and One Nights.

In the mid–twenties, my mother and her younger brother (my uncle Miguel) were taken on a pleasure cruise along the Mediterranean and visited the land of their ancestors, where they remained for three years, getting to know the customs not only of Lebanon but also those of Turkey, Egypt and the

Arab world in general. My uncle went to a French–run boarding shool in Beirut, where he did his high school studies in both French and Arabic. I remember at home we had a small collection of books in both languages. At first the Jattins didn't speak very good Spanish. But soon they got involved with a broader group of people of Arab descent, and that meant the family was able to develop, and things brightened up for them.

My mother possessed all the virtues and defects of an Oriental princess. She was extremely beautiful and of great moral stature, and although she was not very well educated in the Western way, like my father, she was lively and quick–witted. Her kingdom was the home. She was dedicated to protecting and loving her children, and in that she was condescending and spent long hours making us all happy. (We belong more to our mother, in a sense; although we did have a wonderful father, too.)

My mother loved me. And I, the youngest of all her sons, simply doted on her. She filled my childhood with affection. She spoiled me right down to the day she died. And she reared her grandchildren –sons of my brother Rubén – with all the dedication of someone engaged in a masterwork. Even in her old age, we and everybody else in Cereté called her *La Niña Lola* (The Girl Lola).

We were a loving family. From my early years, she taught me to enjoy good food and instilled in me a strong desire for pleasure. She was a great cook, specialized in Arabian dishes. She had brought back with her a cooker from somewhere near Beirut. So on Sundays we ate *quibbes*, a sort of Arab sausage filled with raw meat, onions, wheat and hot peppers, unleavened bread, olives, coconut, yoghurt and some spices. During the week we ate pistacho nuts and dates, almonds, grapes and raisins, adding whatever condiments we liked, according to our spiritual needs.

After my father died, I became even closer to my mother. However, in her last years my hermit's life in the bush drove her to despair. I have never loved any woman so much; but when things got really tough for me, she did not give me her support. Despite all the patience she had shown when faced with setbacks in life, having a poet for a son was too much

for poor Lola Jattin. Still, I have forgiven her now. You finish up forgiving everyone, even yourself.

Women don't like poets. The women of our town, for instance, always looked on me as some kind of insect that brought bad luck. Later on things got better. But the girls I knew as a lad preferred good–lookers, or those who were economically better off than I was. It didn't matter much. Sometimes they would take notice of me, and the fact that I had published a few poems made me seem a bit less plain as far as they were concerned. Women, as Nietzsche says, are conquerors. And a poet never is that.

The Sinú is a beautiful river. Among other things because it doesn't seem so at first; it doesn't strike you that way, it doesn't come on too strong. In summer time I used to fly a kite, standing in the river bed; and in winter I fished in the pools. However, the world I knew as a child no longer exists. The animals have been frightened off, the trees have been cut down and the children I grew up with in a legendary world are now serious ladies and gentlemen who have never had any interest in poetry or in playing games.

I went to primary shool in Cereté, where my teacher was Dolores Garrido de González. She was great, and gave classes simultaneously to both primary and high school kids. She knew everything, from simple arithmetic to the intimacies of Diogenes and Plato. Later, I went to a school with a whole lot of girls in a place run by Capuchin nuns.

Cereté, where I loved and suffered, is now part of me. The people there persecuted me. Even as a small boy they looked on me as some sort of weird creature whose life seemed worthless and unproductive, just reading books and scribbling on sheets of paper. I don't blame them, since they had never known anyone who might have helped them to comprehend what an artist is like. And I wasn't trying to please them when I wrote poetry or chose my life style. On the contrary, my poems were based on their lives, and I mocked their ignorance and stupidity. *Village people, stuck–up multitudes who wanted to impose on me a truth which didn't suit me and was not made to fit*. Dante used to spend his time making

fun of such people, and finished up placing them all in Hell, boiling in a pot of shit. My demonology was different. Whenever they gave me the chance, I would give them stick –or what, in Arabic, we called *amor–kem*.[1]

After my father's death, my family never understood anything at all. They never saw in me anything else but the mask of an unemployed sponger, a guy with no money, nothing but his verses. For me they did not exist. I was like Artaud: my own father and my own son.

Going back; when I was six, my parents wanted to educate me as best they could, so they sent me to the Montería Lyceum. And when I was nine, to cure my congenital asthma, they sent me to a boarding school in Pamplona. When I came back, I went to live in Cartagena with my grandmother Catalina. She didn't like me much, but she taught me about life.

The wonders of Cartagena helped relieve my sorrow at being parted from my parents. Every day, after school, I would wander down to the stone battlements or along the beach, collecting seashells and there I wrote a little novel about my mother and my family. It was a sort of extended short story, nine pages long, where I described my mother's emotional strength and her often tumultuous confrontations with her relatives, and how the children she had in a former marriage were taken away from her.

In this story I also wrote about my own loneliness, of how unloved I felt at my grandmother's place, which was in the centre of Cartagena, in Mantilla Street, so called because a lady from Spanish colonial times, who was abandoned by her lover, had hanged herself by her mantilla. Well, my aunt Helena took the manuscript from me and I never saw it again. That world of my childhood (a happy one, but full of enemies too) was the starting point of my metaphysical adventure, which can be seen in my poetry with its inevitable nostalgia and a certain intimacy at the heart of it. I hope my words can preserve it, at least for a while.

1 According to Joaquín Mattos Omar, this is a shortened form of amor que mata, which is the other face of that generous and noble love which Raúl offered his friends. In fact, it is a kind of profession of hatred towards the loved one. Love that mills.

At that time I was reading Henri Barbusse and Emilio Salgari, and the cinemas in Cartagena were a refuge for my solitude and my imagination. The first picture I remember seeing was *National Velvet* with Elizabeth Taylor. Then I saw loads of westerns. I would see up to a dozen movies a week. And it was on 23 October 1958 that I saw, for the first time, Sarita Montiel in *El último cuplé*. Then I saw it again, three times in a row. After that I was hooked and saw all of that great actress's movies. I had become a fan. In 1959 I was fascinated by Hitchcock's *Vertigo*.

By this time I was smoking, and when I was fourteen an Arab relative of mine introduced me to the delights of rum and of certain whorehouses which he used to frequent. I remember one of those places, near Tesca, which was expensive and luxurious. *El Niño de Oro* (The Golden Child) it was called, full of multicoloured lights and tropical plants, stuck in the middle of a stagnant and smelly waterhole.

The day my cousin took me to that brothel, a group of fifteen–year–old girls appeared and I was so scared I peed in my pants. When I think about that place, I can still remember the green–eyed woman who made me feel extremely shy, since there was something so maternal about her.

My father spent all his money fulfilling my mother's every wish. He would buy her a new dress almost every day. So many, in fact, that my father said he was going to set up a conveyer belt which would transport materials from the shop direct to her sewing machine.

Since we had so little money, my father convinced me, at fifteen, to start teaching history and geography in high schools in our town. I tried to resist, but his persuasive voice won the day, so I was able to enjoy the marvellous job of spending forty–two hours a week talking about Euripedes, Pandora, the Big Bear, the geography of Spain, Italy and Africa to pupils some of whom were older than I was. So I taught history and geography from grades one to six in three different schools where the students overcame their natural rejection of me and learned to pay attention. At that time I wrote a kind of Platonic dialogue in the form of letters, which fortunately have disappeared.

I almost became a priest. In the past, my family had produced three priests who worked in the Sinú area. However, under my father's influence I chose to study Law; so at twenty years of age I went to Bogotá and began studies at the Externado University of Colombia. I felt like a small child who has been left out in the cold and to whom urban dwellers seemed quite indifferent. I finished my studies in 1970, but never worked professionally as a lawyer. The truth was, I just wasn't interested. The best part of my legal studies was the theatre work, in which I was engaged for the following eight years.

I began in 1967 in the university with a theatre group directed by Carlos José Reyes. I was very shy and could hardly speak on stage, but I was crazy about the work and Carlos José was always patient and encouraging. We began with stories taken from *Los Funerales de la Mama Grande* (Big Mama's Funeral); in fact I adapted one of those stories, *La Prodigiosa Tarde de Baltasar* (Baltasar's Prodigious Afternoon) for a second *mise en scene*.

From 1968 onwards I became deeply interested in reading poetry. In 1969 I wrote another story; but it did not satisfy me. I did not feel attracted to the novel form. It seemed to me less important than poetry or the short story. As a reader I liked historical novels; but not as a writer. Apart from some of Kafka's work, the rest bored me.

In 1969 Carlos José gave me a leading role in *La Gran Imprecación frente a los muros de la Ciudad* (The Great Invocation at the City's Walls) by Tancred Dorst. We did one hundred and twenty performances at the Mama Theatre in Bogotá and in the Casa de la Cultura, and even did a tour of provincial cities. In 1970, and again in 1972, I played the role of Mother Superior in *Las Monjas* (The Nuns) by the Cuban dramatist Eduardo Manet. We got great notices and I was invited to act in France at the Nancy Theatre Festival. But for several reasons I did not accept. I also acted in *Los baúles empolvados* (Dust-covered Suitcases) written by Carlos José Reyes himself, and in plays by Ramón del Valle-Inclán, Bertold Brecht, Álvaro Cepeda Samudio and others.

My first steps in the theatre coincided, as I have said, with a new personal affection for poetry. First I had discovered Antonio Machado; then I went back to Rubén Darío and Luis Carlos López (I have been greatly influenced by López, in the best sense of the word). I also read Plato again, and loved it. And I fell in love with Borges' writing also. I tried my hand at a few poems.

At twenty–seven, I began to read the French poets, especially Rimbaud, who enormously impressed me. Then I got to enjoy Cavafis and Pessoa. My greatest ambition was to have been able to write certain books – works like the Illuminations of Rimbaud, or *Campos de Castilla* (Lands of Castille) by Antonio Machado, *El otro, el mismo* (The Other, The same) by Borges, and Plato's Dialogues.

Between 1971 and 1973, I adapted *La Cándida Eréndira* (Candid Erendira) by García Márquez, for which I based my version on Ruy Guerra's film. Then came *Los Acarnienses*, which was Aristophanes' first comedy. Then there was Franz Kafka's novel *America* which we entitled *Gran Teatro Integral de Oklahoma* (Great Integrated Theatre of Oklahoma). I also put on a play of my own, *Las Nupcias de su Excelencia* (His Excellency's Wedding), which was a farse – and rather naïve one – about the habits of Colombia's ruling classes. In Bogotá I became friendly with theatre people: Santiago García, Enrique Buenaventura, Tania Mendoza, and others. In short, I wrote several plays, put on about twenty and acted in eighteen.

However, university theatre at the time was dominated by a harmful tendency to be political at all costs, and that, in my opinion, destroyed Colombia's theatrical movement. It had a negative effect on theatre in general, and a lot of mediocre works were being produced.

The audiences wanted historical plays and anthropological and sociological ones. My main work had always been more inclined towards the mythical, rather than the historical. I was more interested in aesthetics than in anthropology or sociology.

I am adverse to any kind of political interference with the world of art. Political considerations appear in great works of

art, but they are not premeditated, but are rather meditated upon, as a kind of secondary reflection. That was why I left the theatre. I felt frustrated. All that I had ever known about art, about life, was being taken away, and I felt confused, lost, crazy and stupid.

I went back to Cereté and locked myself up in Mozambique, a small property my father had, next to our house on the outskirts of town. It had a collection of books, above all of poetry, almost all universal poetry, and I lost the coherent relationship I had had with life and art.

My poetic imagination began to emerge, painfully. I wept for my misfortune for almost two years as I grew mangoes, pumpkins and egg plants. My nephews and nieces looked after me. I went quite mad, locked in a room in the little house. My father was most understanding. He knew I was in there engaged in something really difficult: reading and writing poetry. And that I was doing it for the future. My mother suffered. My brother did not understand. Hallucinatory drugs gave my artistic imagination wings and air, but they had a mortally harmful effect on my emotions.

My father's death was followed by a deadly delirium which led me to be locked away in a mental hospital for fifty–six days during which I ate nothing. Nor did I lie down, or even drink a glass of water. But that was where my poetic coherence was born. When I got out I was able to write a little book in just a few weeks. It was never published. It was full of black humour, which liberated me from the tragedy of having gone mad.

I went back to Bogotá and, with Carlos José and Miguel Durán, we planned to put on Samuel Beckett's Endgame, but our efforts were frustrated by a new attack on my weak emotional state.

Theatre, which I gave up completely at twenty–eight, took second place to my personal development as a poet, but it gave me great pleasure and strength in my life. I loved using my body to express emotions. However, this never meant as much to me as what my soul achieved with poetic work, which I had begun when I was twenty-one.

Although my dramatic work has not been published, theatre taught me to give due weight to words. And sometimes, in my poetry, even when I lost impulse, I always maintained a certain metrical sytem which I had learned in the theatre.

In 1978, after many existential crises, I began to write poetry full time. The field of poetic work began to open out to me and slowly I began to elaborate a language of my own.

Finding my voice, my identity, as a poet was hard work; it cost me madness and loneliness and brought me to the brink of suicide. I felt I was a failure. Nonetheless, after 1979, having overcome that terrible sensation of feeling I was in the depths of failure, I took up writing once again. I was over thirty–five when I realized I was a writer. And that was really when I began to write my first poems.

In 1980, when I published a little book entitled simply *Poemas* (Poems) –thanks to my friend Juan Manuel Ponce, who promoted the publication and made it possible– , I felt my existence at last had a solid basis.

When I wrote that book, I was totally alone. And most of my friends thought I did not have the makings of a poet. Yet I believed that, somehow, those poems would bring me back to life. They were a kind of S.O.S. I was trying to talk to my readers –those hidden angels, as I call them, since nobody knows who they are. My poetry was trying to achieve for me what I believe is an artist's chief joy: namely, the friendship, the fervour, the affection and admiration of his (or her) readers, whatever their age or social condition.

The alchemy between the suffering of madness, my personal frustration, the arduous labour of reading so many books, of seeing so many movies and of listening to my beloved and difficult Joan Manuel Serrat –who taught me to appreciate Machado– plus the great effort of writing some fifteen or twenty pages every day, finally produced a result: the acceptation of my poetry, especially by poets such as Jaime Jaramillo Escobar and Dario Jaramillo Agudelo, as well as Milcíades Arévalo, writer and cultural promotor.

So I began to survive, thanks to my Muse. I lived very frugally, and that gave me a certain austere happiness which was not easy to achieve, the nearest thing to metaphysical

pleasure. The past few years have been spent between begging on the streets, sleeping on sidewalks or in parks, and spending more or less long periods of time in a series of psychiatric clinics.

But I never stopped writing.

Most of my poems are linked to a particular world. A mystical ingredient essential to culture is that of a triad of forces within any spiritual endeavour. The name *Tríptico* (Tryptic) is the offspring of an aesthetic term which is usually related to painting. It consists of three forms, three walls, which form one aesthetic (pictorial) work of art. In literature the only word for it is trilogy. Greek tragedy is often made of trilogies. But I preferred the word tryptic, like three walls of the same piece of work. For me, tryptic is a third term; it is neither form or content, but meaning.

When one talks of content, one is usually putting aside the form, the word, the way the word has been used. On the other hand, when I speak of meaning, I am giving even more importance to the word. A poet is engaged above all in that, in the meaning of his poem. I think I broke new ground, by inventing, or rather feeling, a poetry based above all on the meaning a poem ought to have if it is going to touch our deepest sensiblities. I called this school of thought *Sentidismo* (Feelingness), and its most important attribute is this: what is intended. I tried, above all, to achieve clarity, to show reality. My problem was not langauge in itself, but rather the coherence of a poem by means of language. Technique, which I learned to handle after years of work, now took second place. Meaning is the problem of classical poetry, while the romantics were more concerned with form. For me, the most important thing in a poem is its meaning, what it intends to say.

The first part of my *Tríptico Cereteano* (Ceretean Tryptic), called *Retratos* (Portraits), refers to thirty-two characters – friends, relatives, enemies, acquaintances. This is followed by *Amancer en el Valle del Sinú* (Dawn in the Sinú Valley), which is the world of my home town, Cereté, and of Montería and Lorica and the river world in general, with its mountains and skies and birds and other animals. In the third section,

Del Amor (About Love), I take a look at the erotic world. I am engaged here with Man (in other words, real people in my life) and with the poetry I most admire, and with the world of animals, plants, objects –the erotic world.

I am inclined to be a bit novelistic. The Tryptic is basically a novel written as a poem. Although I am not a lover of this genre, the book nonetheless has something of a novel about it, evoking friendships and childhood and women I have loved, men I have loved and who have loved me. If you read it from start to finish, you will be aware of that. I myself am the main person in the plot, and I recount what I have seen in my contemporaries. There is a town where a poet lives; there is a mother and a father, and a brother who died without my knowing him; a few pidgeons, hawks, sadnesses, abandon, other characters, other loves. It is not a book of conceptual poems which are read one to another, but rather a sort of epic, with a story to tell.

It was not so easy to pass from conceptual poetry to poems about characters. I based myself on the theatre, strengthening my language, and forgot about poems with a lot of thoughts in them, sort of philosophical poetry.

Portraits (*Retratos*) is a kind of gossipy book, telling what I know about this one and that. It springs from an obsession related to my work in theatre. A large part of my personality is there, my friendships and my hates as well. I am alone, but in the good company of Raúl. And this book is like being among friends and being able once again to insult my enemies.

«It is a book which instils fear. I mean it: fear. I have been a bad guy, really bad. My travelling companions through life, including those who brought me into the world, appear here depicted in their entirety. Shame about them! Shame about their most sacred intimacies! Shame! (But a really powerful «Shame!») because when I sing, I urge. And when I urge, I weep. I weep and sing, and I don't mind who cares. I sing and I wound people, beginning with poor defenceless Raúl, my murderer's knife of *hachis sino*, which is sharpened to cut other people's flesh. Thirty–two blood–shedding poems. (...) Lust, indifference, ambition, money, clumsiness, love and death, false poets, betrayals, failures (...) People are going to

hate me for this, my friend – you who are lucky enough not to know me. They're going to hate me, and with reason. I feel great. I know ahead of time that this is a very important work –for twenty people. That is reason enough for publishing it. I had a good time writing it. With each one of my characters I was playing hide-and-seek, and I surprised every one of them in two or three significant acts».[2]

Everything I love is in the Tryptic: the birds, the landscape, the erotic element in all its forms. It's a book I wanted to write ever since I was a kid, but I took a long time to do it because I was convinced I was meant to be a novelist, not a poet. It is a book which fufills the expectations of a a child, an adolescent and a man. It is written differently from the traditional way of writing poetry. Characters appear with their real names; there are stories, animals, and a lot of different ways of making love.

In *Amanecer* (Dawn in the Sinú Valley) the poetry is in a lighter vein, more anecdotal and picturesque, not so profound. In *Del Amor* (About Love), the poems are drastic, they talk about a relentless pansexuality.

Pansexuality is totally related to pantheism. It is a result of pantheism. It's a primitive idea, an archaic idea about the universe. Pantheism is not a religion, but a primitive notion of what the universe is like. But in Nature's powerful forces – in the sea or the wind or the mountains– one feels the presence not of a self–determining will, but the force of Nature which, to say the least, has to be respected.

I believe in Man's natural manifestations. Not only in bisexuality, but in pansexuality. I believe that Man is pantheist and therefore pansexual.

Eroticism exists even in caring for a plant or caressing a cat or offering a hand in help. To contemplate a work of art is erotic, as it is to recall the perfect legs or the erect nipples which gave me suck, the breast of my mother, she who nurtured me even when she was an old woman. Eroticism is in the development of emotions and in the forms of life around us, in all its manifestations. What guides me instinctively is the tendency towards pleasure, not towards happiness.

2 In a letter to the writer Milciades Arévalo in 1983

Since I am a pansexualist, in the world of my Eros I admit a certain aggressivity of language. I recount my childhood experiences so honestly that a lot of people might mistake it for brazenness.

I am not trying to scandalize anybody. I just want to seduce by looking at things without wearing the mask of social hypocrisy with respect to reality. That's why I think that in my book Tryptic, the section called *Del Amor* is the most important one, the most fundamental, since it proposes more profoundly an aesthetic vision, a moral one, a series of epistomological statements that we could call «humanism for our times».

Hijos del Tiempo (Sons of Time) consists of twenty–two long poems and a verse about Death. In these I recreate certain big Greek myths, and something of my own history. In the critical moment of each tragedy, they reawaken weaknesses. I wrote them while looking at the sea in a Cartagena hotel, in 1987, and I published them in 1989. They respond to my fascination with certain historical figures, but they are not narrative poetry, because what I am interested in is not the history, but the myth.

The myth names what happens, and what is transformed at the same time. *Hijos del Tiempo* is an entirely mythical book. (The mythical character is surprised in his daily occupation; which is the opposite of *Retratos*/Portraits, where the commonplace is transformed into a world of poetic myth.) This is the book I most like. There is a strong influence of Euripides in certain poems.

All the characters have killed someone, or are going to kill someone, and are going to die. The book is dedicated to death. To death's anguishing presence throughout the whole of life. It is a book about crimes. And a social book, too. Epic, in the sense of embracing all of life, all of Man's spirit, over different eras and cultures. In the poems *Scherezada* and *Teseo*, as in some others, there is a turning back on the ancient myth, converting it into a modern one, and into Raúl in his daily life. It was an exhausting book to write.

I have never worked (for money). I have only shared my knowledge in schools and workshops and a few universities.

Remunerated work is something which my state of poverty always considered superfluous, and my love of idleness gave thanks for its absence every single day. Life was my work as a poet, that was all. I was not so much an intellectual poet as an artist poet.

I wasn't interested in reading in other languages; Spanish was enough for me to say what I wanted to say. I came across books by somebody's recommendation or because I found them in some bibliography. But I read only books I liked. On poetry, I read Ezra Pound's *Ideas Críticas* (Critical Ideas), and the theoretical essays of T.S. Eliot. But above all, and with great interest, I read the essay of poets I admired, such as Octavio Paz, Fernando Pessoa and Jorge Luis Borges.

What I valued in people was their capacity for adventure and search for knowledge in the development of their spirituality, along the road to the total and synthetic experience of being a human being in one's time and one's culture.

My book *Los Poetas–amor mío* (The poets, my love) has a lot to do with Cartagena and its streets. Antonio Machado called poetry «words situated in time», and in writing this book I was recovering poetic moments I had lived twenty or thirty years before. Then I would read the poems and relive those moments intensely. And that was sufficient justification for having written.

I wrote because I was a writer, and a writer is someone who suffers from an illness called literature, which is a substance that comes out of his brain. I was an asthmatic, like my father. And reading was my great companion, and my refuge. I spent two days every week in a rocking chair or a hammock, and that was what I loved. *In the hammock's womb I laid down my weariness with life. I coined sorrows, I took refuge from the midday sun. And I dreamed.* The hammock afforded me more air than the rocking chair. So wherever I go, I take a hammock with me. And I feel good when I'm around people who own a hammock.

As a child I was thoughtful and happy, despite the many sorrows I had to endure. I gave my life up entirely to art, specifically to literature. A writer is a poor guy pursued by the mania of having to tell things as best he can, to recount what

the world was like and take vengeance on the past. (As a child I had this dream: I'm going to humiliate those wealthy people when they realize that intelligence is more important than having a car or a *hacienda*, so they'd better have respect for my spirit. They're going to pay me back the day I become a writer and they are nothing more than anonymous money–grabbers.)

I became a writer, then, because I wanted to take revenge on the past and be perfect in the future. I had been imperfect, my life has been very complicated. I couldn't find my way of being an artist, and I became one when I was already getting old. I wrote a lot and tore it all up because I hadn't found my own voice.

There have always been people who have tried to supplant the true life of a writer. I mean, people who wanted to enjoy the apparent benefits of what that dignity implies, but without having made any of the efforts required to deserve it. A writer recounts a very particular life: his own. And it is so particular that, amongst other things, it is similar to that of the rest of mankind.

To be a poet is to be something of a demiurge; to construct, out of everyday sufferings, words that attempt to challenge time itself. The poet, with his verses, is making up for other people's suffering. Everyone, even the most humble, can find themsleves represented in poetry.

I was poor, and certain people in bad faith ask why don't I talk about «the people». I tell them: if I was poor, then why was I going to talk about myself? The person who writes genuine poetry is on the side of the weakest, that is, of those most affected by beauty, because beauty is fragile. A poet lives off the degradation of beauty and off his wish to restore beauty to its sacred place among men.

If I hadn't been a poet, I would have liked to be a singer. When I write, I listen to Chopin, Brahms, Vivaldi or to Joan Manuel Serrat, my most important contempoirary. I have composed lyrics myself for certain melodies, and I wrote a musical setting for a poem. It happened spontaneously. A friend of mine in Bogotá, Beatriz Castaño Uribe, also composed music for some of my poems.

Poetry is such a rounded subject that wherever you pinch it, it surrenders. But one should not try to be so absolute. Better talk about one's aspirations to get published. Why publish, for example, a book related to the culture to which one belongs? To criticize it, right? And to reconstruct it, too. At one and the same time. Because if you write you are constructing part of a culture.

If I had not thought of myself as someone who questions society, then certainly I would not have written. In my poems I have stated fundamental truths about men living in community. I have written about things which illustrate a decadent era: about values that are underrated and perverted, about dignity being shown scant respect, about work being damaged in a vulgar way.

History's importance has been exagerated in our time, and the term «historical moment» has been done to death, being used in its heaviest connations such as economic conditions, forms of aggression by oppresors, ways of manifesting culture, and so forth. This is a way of demeaning the idea and the reality of art created for –let's say– emergency times, with all that that entails as far as haste and improvisation and tastelessness goes.

In my work, I refer more to history and to the presence of a spirit of culture which organizes human society, notwithstanding the existence of large periods of chaos. Even the most wonderful and extraordinary things occur within a very normal and ordinary lapse of time.

Maybe it's time we poets told the sociologists –who are mostly very poor writers– that they are mistaking history for economic data, and a full stomach for an elevated state of the spirit. Maybe it's time for us poets to tell anthropologists a few truths which might make them feel uncomfortable. Why haven't they said, for example, that Man's sciences are derived from works of art?

Maybe it's time to remind politicans who want to make use of artists that we have never seen a politician put on a mask or dance a fandango while making his political speech.

Let's suppose that my «historical moment» had been covered with a lot of shit and that I had taken that advice. I

would have been accomplice to reproducing that malign material, wouldn't I? Goethe says that an artist belongs to such and such a time in so far as his defects are concerned. My era did not seem to me so important that I ought to fill my work with the latest apparent novelty, or with a war on the other side of the Atlantic or with new political theories.

Writing has produced in me a sort of happiness. I have been writing as if I were in that other reality where I find the source of a poem, like listening to the voice of an accomplice who is working for me.

Sometimes I feel as if I were two different people, or even three. And that second person who accompanies me, that guy who lives inside me and talks to me, were talking about the world translated into poems. And he forces me – and has forced me during the time I was writing those books – to be watchful, to look carefully and constantly at that world from which the writer, Raúl Gómez, is begging material in order to write his poetry. My body is like the paper on which I write. Poetry preserves me.

Poetry is something which surprises us, and calls us by our name, and drills into our temples like a bullet. Once I began writing poetry, I never stopped. I even wrote while I was in psychiatric clinics, a world which for me was terrible but necessary. I felt that the doctors were offending me, and the nuns too, but a third of my poetic opus was written in clinics.

Poetry is sad and beautiful, like the banknote a rich person offers the poet so that he can eat dinner and not die that very day. Poetry is the hidden soul of things. It came to me in a hail of dreams, as it did to grown-up Rimbaud, whose madness drove him to sanity, and to being a poet, and whose horror at ignorance made him all the greater, as my hunger increases and I share a bowl of stew with a lover.

My poetry is not rational, although it is clear. It's a magical sort of poetry, which leads the reader off the beaten track and he takes it whole and it leads his (or her) conscience towards light, because my poems are not a display but a recognition of the divine element which exists in the world and in the souls of men. For me, living poetry means entering

a dreamlike state, a daily dream about the sun, a space for remembrance and desire, not a visual dimension, but one in which shadows are insinuated.

Yes, I lived with the sun rather than with night. What I most loved was the afternoon. I lived for afternoons. I delighted in four o'clock, when the suffocating air would begin to cool.

It was magical for me to personally decipher the hidden laws of life. My poetry was written with the intention of discerning, for my contemporaries and for people in the future, certain fundamental elements of human existence. I was my poetry's best reader. I tried to make sure my poems touched people. I always tried to awaken an emotion in my reader, and bear him (or her) to a safe haven.

The totality of what is manifest in a poem constitutes a personal expression, but my poetry has also an intimate relationship with certain fundamental moments in the work of creators like Antonio Machado, Kafka, Euripedes, Aristophanes and also with the suffering I have seen in people of my own times.

Borges taught me that a poet ought to be clear for his contemporaries. And that each work has its own specific aesthetic. In mine, I was attempting to achieve a mysterious clarity, a mystery which would try to delucidate itself, a form which invents itself and is not premeditated but rather meditated. I wanted to be somehow a continuation of the great masters, who had always been my mentors: Plato, who I thought was greater even than Homer, and more of a poet than a philosopher; Villon, whom my father loved so much; my adored Rimbaud; Whitman, my moral master in many respects; Antonio Machado, Constantino Cavafis, Fernando Pessoa, Jorge Luis Borges and Octavio Paz.

My poetry is not tragic, though there is plenty of tragedy in it. It is passionate poetry, but comprehensible. And as a passionate poet –which is what I was, what I suffered– , my transcendental problem was each poem's coherence. I always admired the conceptual perfection of Machado and of Borges. I thought of poetry as an art of thought, including philosophy. It is the supreme art of living, transcendent and unconscious thought. Thought in its prime essence. Thought itself.

Everything in my poetry is certain. I was a poet who aspired to a conceptual rigour to demonstrate –or show forth –reality, and sometimes it was a mixture of both those possibilities. I believed, above all, in the absolute autonomy of poetry. I had a fearful hatred of any programmed aesthetic. What I wanted my poet friends to possess was basically freedom.

There is great value, for example, in being able to write a book in total freedom. When one writes, the important thing is the book's destiny, not one's own destiny. What would be the use of that? If a writer can write a book and have it published in conditions which guarantee absolute freedom, then not all has been lost. I mean, if he has written it the way he wanted to. If that is not the case, then creative freedom and art have both failed.

My poetry turned out to be mine and nobody else's because I went through an enormous transformation, thanks to having shut myself away for several years to read universal poetry. It was very hard for me to live on what I wrote. In poetry I read everything worthwhile, from Homer onwards.

I didn't write every day, but when I did write I spent long hours in front of a sheet of paper, and I wrote a great deal more than what I published. About twenty times more. I wrote a lot of bad poems in my intimacy. Out of ten poems written, I was lucky to save one, and that was usually one written straight off and with very few mistakes. Before publishing *Poemas* (Poems) I tore up the equivalent of five or six books. Between my first book and the second one, I wrote three which were never published. Besides that, I rewrote two of those, which weren't published either. Some of these things I wrote to clear my head, to overcome my own ignorance. I was very strict about it. If I were someone else, I might by now have fifteen books or more to my credit. But to what purpose, if they didn't work?

I never believed in inspiration alone. I needed to be in a state of exaltation, of wonderment. And then I would be overwhelmed by a tidal wave of poems that would start discovering, by themselves, as 'twere, their own thematic (or organic) unity. For example, a few lines would appear as a

source to initiate a poem. Then I would work on the development of it, very slowly. And it would usually end in a suprising finale, or in a nostalgic one as a sort of coda. My poems are my chidlren, and I love them very much. Some more than others, and that seems to me quite natural.

As one gets older, one achieves a certain personal intonation and rhythm. It takes a long time. Let's say that my poetry contains a rhythm which does not replace rhyme, but is somehow an element within the poem, different, but slightly similar to rhythm. It's a sort of merging of free verse and classical rhyme. I don't have rhyme, I use it only when it occurs by accident. Well, sometimes I do employ it. At other times, it doesn't matter, but I use it. I have never set out to innovate, I just write good poems, and I worry about getting them right.

«Life has its own rhythm, and depending on what we discover, we can either dance or we can't. It seems to me that, without that knowledge there can be no life, nor art either. Every work of art is the expression in a translated (or mythical) language of that secret rhythm that the artist has discovered and lived intensely. It's a marvellous rhythm made of colours, voices, forms, words, harmonies and love. A lot of love. A great deal of love. It's love which make the other elements compatible. Without love, one can bring things into the light, but it is a blinding sort of light; one can speak beautifully, but only love creates comprenhensive sounds. I think a man's greatest undertaking is to find his own rhythm. Because if he doesn't, life will always be for him something foreign, strange, discordant, and he will be for ever forcing himself, uselessly. To hell with that effort. It's not worth shit. It's a degrading, dehumanizing, anguishing waste of energy. Totally vain. Authentic creation is born out of the need to express that rhythm once you have discovered it. And I'm not talking about a mechanical operation. No, sir. The creation itself goes forming the rhythm, tuning it up, polishing it. It's a wonderful relationship, and its point of departure is what Machado says: «I live in peace with men and in war with my own entrails».[3]

3 Raúl in a letter to Juan Manuel Ponce in 1973

My poetry is very different from that of other Colombian poets. It is the least literary of all. I don't revel in the form, though I am not careless in that regard, but what I want to shine forth, over and above the form, is what I have already mentioned: the meaning.

Among Colombian poets, I prefer, in chronological order, the great poetry of Álvaro Mutis. He introduced us to modernity, and to universality in poetry, especially with his *Los Trabajos Perdidos* (Lost Works). Then there is the great poet Jaime Jaramillo Escobar and his *Los Poemas a la Ofensiva* (Poems on the Offensive). In my own generation, I find a lot of good quality in poems by Darío Jaramillo Agudelo and Harold Alvardo Tenorio. There are younger poets whose work I find interesting, and they happen to be people from the coastal area (like myself). Those who think the coast is not a region that produces poets are just clumsily trying to decry our spiritual stature. Luis Carlos López, though not an enormous poet, is a writer who was able to express, with a particular beauty, the intimate delicacy and great stylistic courage of a world which was at once personal, popular and social. The few serious men of letters who have existed in this country have all placed high value on the works of López, who invented an aesthetic, a world which summed up mythical Cartagena, placing the city in the eternity which literature provides, where one finds the Alexandria of Cavafis or the Buenos Aires of Borges. I should also mention here the presence of Giovanni Quessep, whose poetry is so subtle that it becomes almost unthinkable, and I came to appreciate it and now it has been highly thought of by imnportant critics of Spanish America.

Ever since I was a child, people thought I was crazy. In other words, when I was talking to others I employed a logic of my own. I was an individual. I think that what is what we all want to be, at least those of us who feel more than just our bodies when we think alive. And although I had boys and girls to play with, I was a solitary child. I still play solitaire, several times a day. As Luis Carlos López would have said: I played with soil and a stick. I made figures on the earth's surface, and then wiped them out. I used to play like a child

from the coast (as López did, who was also from there) in the eternity of books. I thought a lot. That's the advantage of playing this particular game: it makes you think a lot.

Ever since I can remember, I suffered from asthma, and the medicine I took to cure my asthma caused me to hallucinate. I was in the throes of an attack of asthma, dying in a rocking chair, when my father, early in the morning, made me inhale certain ashes which calmed me and I entered a state of hallucination and saw my grandmother – the one I had never known – flying in through the open window.

As an adolescent (say, between the ages of thirteen and sixteen) I was not a pleasant sight; I had acne and my face was full of pimples. I didn't get around with any gang. I didn't know what to do with myself. But I loved learning about all sorts of things. I wrote, I sang songs in Spanish, Italian and English. And I painted, too. I liked eating well. I felt I had made a pact with magical Nature.

Throughout my life I have consumed alcohol, marihuana, mushrooms. bazuco and cocaine, and I've popped all kinds of pills. When I was nine, my mother taught me to smoke cigarettes which soothed my asthma attacks. From then on I smoked a packet or a packet and–a–half of cigarettes every day, which caused me to cough a great deal.

I drank alcohol only at parties or in social gatherings. I began to smoke marihuana when I was twenty–five, especially when I felt agitated, when I was writing my books; but not in great quantities, only to calm my nerves. When I write, you see, I get very wound up. I smoked high–class marihuana. And it helped my imagination. By 1976, I was into bazuco. But both bazuco and cocaine did me a lot of harm. They caused me to have headaches and dizziness, and to sweat a lot.

One's sex is cold, and love warms it up. A man in love is someone whose soul is suffering from an illness, as Stendhal once remarked, basing himself on the facts. And if the person in love is also gifted by Nature with superior intelligence in his artistic work, then naturally he goes down under the weight of torments and delirium.

Science, which is inferior to art, has never understood that what it calls «mental balance» is almost always a

hypocritical name for mediocrity, and that the artist travels into deep waters of the soul armed only with his intelligent and lucid weakness in order to give others something they did not know before. Beauty is a trance impervious to analysis, to psychiatric science and to those who practice it.

So Stendhal says that love is a maladay. Plato calls it one of the soul's myths, and a lack of something. I haven't had a more original idea on the matter than Plato's. Today, love is a sentiment with tragic consequences; the world is sick with love.

When I was five I fell in love with a woman named Isabel, to whom I dedicated my first poem: What will you remember, Isabel? (*¿Qué te vas a acordar, Isabel?*). When I was thirty–eight years old, I realized that love is love's greatest enemy, and that friendship is a sentiment which nourishes and elevates us. Love ought to be a search for freedom. If we were to think of love as an important and essential realization for everyone, then we'd be in the shit. I reckon that friendship is enough as far as the soul's desires are concerned. Biology, which, when all is said and done, is the coming together of two bodies, should not cause us to lessen that absolute urgency of our being. For me, friendship with another man – or with a woman, mediated by the demands of art– is healthy and enables our being to reach out to its limits. We don't have to give up our solitude. To do so would be to completely give up our being. Don't we become stupid when we confuse biological necessity with the encounter of two souls?

Like Stendhal and Plato, I have experienced love and delighted in it; and I have also found that it easily leads to chaos and despair.

What I wanted to do with poetry was to make people like me. That was why I went through life like a boy, looking for friends with whom I could agree and so do Evil an ill turn.

In its mythical connotations, «Adamism» is a way of being for men. We have all been men alone and then we have had the company of a woman, who produces children in the midst of virgin Nature. Aldous Huxley called this the «Adamic» meaning of life.

At bottom, my poetry is about a lost paradise, about something we can never recover, where doves fly about, doves

which in fact are bearers of disaster. But I wasn't a total misanthrope. Misanthropy is relative; I liked solitude, I did not suffer it. My solitude was not something negative. On the contrary, in it I was able to meditate, reflect, write and try to improve myself. A man who knows not solitude has no personality.

On 26 May 1976, when I was thirty–one years old, my illness began. I suffered from total exhaustion, which lasted for four days. I went from a terrible down to a state of joyfulness. I got over–excited when writing my books. I experienced a tremendous spiritual happiness, a wonderful contact with Nature. I remember how irritated by family became because I refused to eat.

We come into the world alone, we live alone, and we die alone. Social happenings are wrought in solitude. However, I have lived surrounded by friends, which has caused me harm, and sadness, but also a lot of good. In solitude I wrote my poems, in solitude I was your friend. Solitude is something a man must win for himself if he really wants to become himself. I was a solitary poet because I was a solitary person who needed a lot of time for reflection. It was not easy. For me, poetry was a matter of reflection, at times an anguished experience. The problem arose when I tried to synthesize a deep experience in fourteen or eighteen verses.

Drugs cured me of my suffering. My mother knew I was smoking marihuana, and she said that if I felt good doing so, then I should continue. I didn't tell my father about it. He was not such a complete human being as my mother was. I had magical powers. When I needed something, I had only to repeat the word mentally over and over again: morphine, morphine, morphine. And I felt as if I had it.

If I had not gone mad, I would not have been able to write. Lunacy turned me into a poet. Poetry was like alchemy transforming crude reality, turning it into the life of a thoughtful spirit.

As time went by and I got more experience, I improved. I needed to be in situations like being in prison, or in hospitals. Being confined to hospitals did me no harm as a writer. I wasn't crazy, but my method was in my craziness. I was aware of everything.

To be crazy was like living on a landslide of reality, in which I lived in my poems. I was mad to be free, and I think I did get that freedom. Madness was my response to the automatization of life. As a man who went mad several times – that is to say, as someone for whom poetic reality ran up against the reality of daily life – , the self and real being became fused into one individual: one was the vanguard person, the other was the classicist.

I was mad in both the good sense and the bad sense of the word. In the bad sense in that my madness would not avoid my being carted off to pyschiatric clinics; and in the good sense, since madness allowed me to be an artist. Madness enables one to attain certain levels of depth in the human soul. It's a way of being within the fantasy world. Thus, from a metaphor on paper, I passed on to a metaphor of the world; and existence, for me, became a fiction. To put it another way: I was not in madness, but in a metaphor, and consciously so.

To be poetic is to draw near to coherency. To be everyday, on the other hand, is to become useful, acceptable, accepted, constructive, the subjecst of good moral and social behaviour, and so forth. Poetry is invisible. Those who speed along in fast cars seem to have won the decisive battle. Which of us poets could keep up with a Suzuki travelling at eighty kilometres per hour? But why even try if there is somebody in the car who is half dead.

Poetry often led me to emotional despair and to imprisonment in pyschiatric clinics. But those clinics were not painful. I wasn't a cursed poet (a *poète maudit*) just because I was put away in clinics and prisons. That was a myth, and also a pleasure. In those places I found reasons for happiness and for life. As well as space for meditation. What can I say? I didn't suffer because of my reasoning, but because of my emotions. People's affection for me seemed to have gone awry, I suffered greatly from loneliness.

I always worked while I was in hospitals. It was the right thing to do when on a mental adventure. In May 1992 I was in the San Pablo Hospital in Cartagena, and in half an hour I wrote *Esplendor de la Mariposa* (The Splendour of the

Butterfly). If someone were to ask me to repeat the experience of writing while in hospital, I would recoil in horror. But if I were asked to give up that experience, I would absolutely refuse to do so.

Madness was a poetic refuge, although my particular madness was complicated and a bore. Going to hospital was like have a toothache; a dentist is horrible, but he is a solution. There is nothing nicer than a dentist once he had pulled your tooth out. You feel like kissing him. So, I felt like kissing my pshychiatrist, because my problems were physiological; they did not affect my thought processes, but the emotional side of me.

When I went to Cuba, I wanted to give up my madness, but only in its negative aspect, because I couldn't overlook the fact that my madness had acted as an inner voice making it possible for me to write poems. I held mental–telepathy conversations with Plato, Kafka, Barba Jacob, Borges, Pessoa and Luis Carlos López. Sometimes I imagined my other self, my twin brother. I got on fine with him. The doctors said I had these obsessive people working inside me. Voices I could hear, and which would say: «Insult people! Smoke pot! Burn things!» Sometimes I would listen to my own voice, that of my twin brother. Or a woman's voice, saying: «You're a faggot! Keep still! Don't move around so much.» At times the voice would order me to take my own life.

You live in between contradictions and paradoxes. Paradox is a rhetorical figure of speech reflecting a hidden reality. That is, why are we interested in truths that are hidden from us? Among others, in truths yet to be discerned. The paradox is that the world is paradoxical.

Those who seem to be called to enjoy happiness are the last ones to show it. On the contrary, those who suffer persecution and betrayal seem to be the only people who – as Borges said on a memorable occasion – «live in paradise, even for an instant, in the course of their lives». Paradox has always existed. Those things which catch our attention and seem to lead us to realize our passions, our desires, our ambitions, are no more than a lie which hides something bitter to swallow, something burned. I correct myself: something burnt to a cinder.

On the other hand, contradiction is a form of expression by means of the theory of dialectics, something I had serious doubts about, thanks to my own meditations: there are only two extreme elements in every contradiction, so I wondered where a third one would come from.

For example, those nations founded on the political theory of Marx's historical materialism and dialectic are going back on that theory.

In my view, contradiction is a form of movement within reality. It's the way reality pushes itself along by its own energy. Strange as it may seem, in a gesture which looks like negation, two, three or four elements of the same reality are opposed to one another, but they do not annihilate one another, rather they produce a different phenomenon. So there would be an intermediary situation between the thesis and the antithesis.

I never lost mental contact with reality. A mad person cannot create. And I was so lucid that I even went mad. Stupid psychiatrists who have no idea of what art is. nor what love is, or madness, did their best to treat my case with the indifference of a veterinary scientist dealing with a sick animal. (A book which I worked on for a long time and never finished was a dialogue between a psychiatrist and a poet. In the end, after a relationship in which neither of them held an advantage over the other, the poet won.) The thing most like art is madness; and love is another form of madness. When we are in love with a body which seems beautiful to us, we attribute to it certain virtues and unusual spiritual qualities, things which, in fact, are our own. We believe so-and-so possesses intelligence and good judgment, when in fact he (or she) is no more than a mirror of our own desires.

To be an artist is more harmful than food; the establishment prefers to give people food rather than culture, because an educated populace causes the authorities shame, whereas people who are hungry only complain. We artists turn out to be more anti–hygienic than the guerrillas. The latter at least aspire to a world ruled by a middle-class establishment.

We poets are really bad people. I know very well that I was never a gentleman, like Borges. I belonged to no group or school, but I was not a marginal poet, either. I curse those

who call me a *poète maudit*. I am not interested in that kind of antinomy. I never lived steeped in alcohol and in the company of prostitutes. I was a religious person. A pantheist. I saw God in everything. I liked Rimbaud, but he is not a *poète maudit*. Baudelaire is, and so is Gautier. And Baudelaire seems to me an abject person.

I was not a Christian. I believed, like Pessoa, that the artists are the gods. And I finished up being a pagan (but mystic) artist with a deep belief in the divinity of Nature, which springs from the best elements in Man, and in animals, plants and minerals.

The most beautiful rose is more divine than the others. The most beautiful human beings are divine, but their divinity is transitory. I always believed that one doesn't get a second chance in this world. If you were born as a tree, you will die as a tree. If you were born as a cloud, you will die in the form of rain. I never believed that there was someone above Nature, guiding it.

My god consisted in imagining what God was like; that was not faith. I used to think: it would be nice if God existed. It would be better that way, for sure. There would be some hope, for there is so much evil in the world. I wish it were so, I used to think. The disaster of so many humanisms would not have been so patent. I wondered why God did not take pity on so many people who suffered in vain. Because if you suffer and win through, then it's not a waste. But to suffer blindly, is to be in a hole with no way out ....

I never believed in the Devil, either. I thought he didn't exist, and I used to say: all the better he doesn't. I only saw him as an hallucination. I suffered, I experienced failure, but I was also able to savour slow recognition by people who appreciate the difficult art of poetry. Even though I couldn't recite any of my poems by heart, for me it was a pleasure to read them and reread them. Doing so didn't cause me grief. On the contrary, I enjoyed it a lot.

So, there are my books. I've been published. Presidents went to listen to me. But what I enjoyed was my work, the writing of the poems, and just being with people. Not the publicity nor the television. I was the best, even though others

were on the telly. For a while, success had an anaesthetic effect on the solitary and isolated animal that I was, and I became sociable. Which was bad. I should have just left those books to lead their own lives, while I led mine, as far as possible. But I was too weak, and unwillingly I allowed myself to be caught up in the world of competition.

I suffered, as I say, although I did have my paradise too. For a long time I was on the point of committing suicide. You have to look Death in the eye in order to learn how to die alone. I feared Death, and I didn't. I faced it several times, and I saw Death's definitive face. To unread oneself in the eternity of all time has something attractive about it, and yet it is terrible. To die is a natural movement of the spirit as it is turned off.

I thought the world was crazy: *When my body is extinguished, when my life is turned off, all will be over*, I said. *I see nothing bad in that. It's like not waking up. When we go to bed at night, we don't miss the following morning. We don't miss it, we just lie down to sleep. To cease to be, almost completely.* That's how I thought of Death. Not waking up. And I loved sleeping. I felt cold at being among others, but I was unafraid. Or was I? Perhaps I was. But I didn't die. Just as Colombia had its first group of cyclists (people like Cochise) and musicians (like Rafael Escalona), I initiated a new type of Man: men who don't die.

Art always has a mortal enemy which makes its endless work extenuating, and each night forgives it and loves it; art itself. Art always tries to save men from what is most intimate, definitive, and is really the only option which one has when faced with Death, and it's not something which reaches us at the end of our days, but rather an ominous presence which accompanies us daily, and lies us down, and makes us enter a sleep from which we will never wake up. Poetry reaches that intimate region where a Man is not even accompanied by Love.

I wrote, above all, for poets; for other artists, and of course for all those who are interested in poetry. I wanted to be a good artist, a responsible poet, someone who would offer people a book that would cause them emotion. The greatest boon for a writer is to have readers.

A poet is a sort of seer, because he has to be intuitive, to guess at what the reader is going to like, without subjecting himself to any dogma or any particular section of society. All serious artists (and I am presuming I was that) have to face various obstacles. I had to face up to other people, among others my relatives, who expected something else from me. However, the poet's road is not an easy one; it is hard and complicated. It led me to lead a life apart, a necessary one for what I had to achieve over so many years.

My father, who was a stoic in the style of Montaigne, taught me the required effort which precedes pleasure, in order that it will really be pleasure. My contemporaries have lived a different story: the chimera of happiness. That is, they have anaethetized their feelings, have killed morale and pleasure as a constant fact. But poets, luckily, by writing poems, have also invented philosophy, which is now an instrument of oppresion, independently of the aesthetics and morality and culture which invented it.

Ever since I was a child I dreamed of an existence dedicated to art, to being a writer and a man of the theatre, and I achieved that, though the price I paid was my own life. I have immolated myself on the altar of beauty, of total beauty. He who wishes to be a poet must be prepared to sacrifice his (or her) existence. Poetry is more that a literary calling, and will demand everything in exchange for a grain of pleasure. The poet must live poetically.

Poetry brought me madness, poverty and loneliness. And a lot of work. But it also brought leisure, great joy and friendship into my life. I was happy, profoundly happy at times. I enjoyed the happiness of reading Saint John of the Cross, for instance, and the beauty of offering my highest sensitivity to people I didn't even know.

I was never an embittered man, but simply a stoic, like my father. I restricted myself to telling others about my pain at having been alive, and the pleasure of that, too, of beholding the Sinú river, and the sea and the walls of Cartagena, or the faces of people who, in some transcendent and hidden way tell me that the world is alive.

There is only one thing lacking –says Borges– and that is forgetfulness. I had to forget many painful episodes, and the friendship of young people helped me to forget. That is to say, I transmuted the pain into poems. Without forgetting it. I transformed it, and I feel very happy to be who I am, despite Death and suffering and loneliness and madness, all of which crossed my path.

My poetry has reached a wide audience. In Colombia –forgive me for saying so– this did not exist before. Young people learn my poems by heart. What more could I ask of the gods?

Raúl Gómez Jattin
A selection from his poems

Translation: Nicolás Suescún

AS GRASS I WAS and they did not smoke me

I HAVE FOR YOU my good friend
a heart of mango from the Sinu
fragant
genuine
kind and tender
(The rest of me is a wound
a no man's land
a stone blow
a twinkling of an eye
in someone else's night
hands that murder ghosts)
And a piece of advice
don't ever meet me

IF CLOUDS do not anticipate in their shapes
the history of men
If the colors of the river don't paint the designs
of the God of the Waters
If you do not mend with your hands of *astromelia*
the corners of my soul
If my friends are not a legion of clandestine
angels
What will be of my life

I LOVE YOU MY LITTLE JENNY

Because you don't speak
or complain
or ask for money
nor do you cry
or take my place in the hamaca
nor do you soften
or sigh when I come
or affect modesty
or grab me
I want you
here lonely
as I am
but sharing your cunt
with my friends
and not making me look bad
or even asking me for a kiss

THE ADORING GOD

I am a god in my town and my valley
not because they adore me   But because I adore myself
Because I bow before anyone who gives me
a few granadillas or offers me a smile
Or because I go where the harsh people live
to beg for a coin or a shirt and they give it to me
Because I watch the sky with the eyes of a hawk
and I name it in my verses   Because I only
slept seven months in an hamaca
and five on the sidewalks of the town
Because I look askance at riches
but not with hatred   Because I love those who love me
Because I can grow orange trees and vegetables
even under de noon sun   Because I have a godfather
and I baptized all of his children and blessed his marriage
Because when I was a lawyer I did not defend capital
Because I love birds and the rain washing my soul
in the open   Because I was born in May
Because I know how to punch my friend the thief
Because my mother abandoned me
precisely
when I most needed her   Because when I am sick
I go to the charity hospital   Because above all
I respect only those who respect me The one who works
every day for a bitter piece of bread lonely and disputed
like these verses of mine stolen from death

IMAGINATION: THE HOUSE MADWOMAN

He learned in the university
a technical approximation to the soul
To a conventional soul of course
A soul sustained
on the most widespread truths

A psychiatrist and a writer besides
on subjects of folklore
Naive in every occasion
he's seized by lirical rapts he doesn't check

The day before yesterday
he was a nice and almost intelligent big boy
who had prosaic girlfriends and forbidden loves
and read Stefan Zweig Some of the honey of those novels
stuck to him like a mask and a sign

Now a psychiatrist he has forgotten his past
and against destiny he raises up a bastion

The butterflies he caught as a child
are worth nothing now
—not for his well–informed dullness—
nor the tender little female donkeys
of silky hair
and narrow cunt
or the February iguanas
or the river of sleepy slime

The psychiatrist is alone
The subtle stuff of dreams remembrance and desire
is a succint recounting of facts
Imagination? —the madwoman of the house—
What does it live on?
We its madmen know

THREE IN ONE

Catalina goes
Catalina comes
Catalina lands
near my breast like a sparrow
like a sister a grandmother or a friend
her long hair warms up my heart

I do not want her to go away
She is so tender
it seems she has feathers
instead of bones
pure breath instead of voice
full love instead of friendship

Catalina is worth a million kisses in poems

Catalina is a heart of wind
and I would like to be the wind

THEY AND MY ANONIMOUS BEING

Is Raúl Gómez Jattin all of his friends
And is Raúl Gómez nobody when he passes by
When he passes by everybody is everybody
Nobody is me   Nobody is me

Why do those people want my person
if Raul is nobody That's what I think
If my life is a meeting of those
that pass by its center and take away my pain

Perhaps it's because I love them
Because my heart is shared among them

Thus Raúl Gómez lives in them
crying, laughing and sometimes smiling
Being them and being also myself sometimes

THE SUICIDE

Graceful in its gallop
he raised its armed hand
up to his temple
and pulled the trigger:
gentle collapse
of the horse to the ground
Doubled up on its thigh
it fell
with not a single moan
it went galloping
to the pastures of heaven

A SMALL ELEGY

Whatever for remaining a tree
if this two–year summer
tore away my leaves and flowers
Whatever for remaining a tree
if the wind no longer sings in my foliage
if my birds migrated to other places
Whatever for remaining a tree
without inhabitants
besides those hanged ones that dangle
from my branches
like rotten fruit in autumn

ON WHAT I AM

In this body
in which life is already getting dark
I live
Soft belly and balding head
A few teeth
And I inside
like a condemned man
I am inside it and I am in love
and I am old
I make out the meaning of my pain in poetry
and the result is specially painful
voices that announce: there comes your anguish
Broken voices: your days are over

Poetry is the only companion
get used to its knives
for it is the only one

«...WHERE THE DOUBLE SEX SLEEPS»

The hen is the animal that has it hotter
Could it be because the cock doesn't stick anything in it
Could
it be because it is too sexy and so ambitious that an egg
fits into it   Could it be because it also likes
to be fucked   The bad thing about it is that it shits on the
rod
But that's the coolest moment and orgasm is fever
Crazy! Super sex for my six years

In the dove it does't go in   But it's nice to excite it
and to become its friend and make it into
or rather the male pigeon a sacred sign of Love
The one I name when it doesn't hurt my cock
too much Virgus like a male pigeon but
penetrable

The she–duck is impossible The bitch doesn't give in and bites
The sow runs away The female cat: don't even think about it
The sheep is fantastic It remains still
The female goat in rut is delicious

I was forgetting the she–turkey. With sexual gaiety
she goes out to whore around in the street
Of all birds the greatest is the turkey
All turkeys are gay They hold it tight

Of course the she–donkey is tops in the feminine sex
but the mule sucks it   And the mare is among the best...
The cook does everything   She lifts up her skirt
and lifts you up to her pubis   She puts your hands
on her buttocks and fucks you in that bottomless swamp
of her wide–mouthed clumsy lechery

He who has fucked a young donkey knows
that per angostam viam there is more contact and pleasure
to enter with tenderness through where nature

apparently does not expect it But it receives it
with such jubilation as I know not in females

All sex is clean and pure like love
between the world and oneself That screwing
with everything beatifully penetrable That thrusting into
even a banana tree All of that makes you
the great screwer of an all–screwed universe
remembering Walt Whitman

Until you end up giving in to another male
For love One that has it even narrower than the female dove

A PROBABLE CONSTANTINE CAVAFY AT 19

Tonight he will attend three dangerous ceremonies
Love between men
Smoking marijuana
and writing poems

Tomorrow he will get up past noon
His lips will be parched
his eyes red
and another sheet of enemy paper

His lips will hurt of so many kisses
his eyes will smart like burning cigarette butts
And neither will that poem express his crying

ROXANA

I have never seen a man as beautiful as he is
with his golden skin and his eyes like night
with that muscular perfect body like a god's
Nor have I ever met a man with his culture
He speaks with words of a wisdom that she
had never imagined or had ever heard of
and treats her with such distinction that Darius
—her father— looks clumsy and coarse by his side
But in spite of all this she longs to return
to the gardens of Persepolis or the beach
of Ormuz to her palace in the desert
because sometimes in the middle of the night
she has surprised her beloved —Alexander
of Macedonia and now also of Persia— rise
from the bed where he has just made love to her
to go to the bedroom of Epaphrodites his friend
who waits for him naked and drunk with wine

SHEHERAZADE

She is in love with the assassin that night after night
forces her to wring out her memory
of the multiform and extensive ancestral legend
to save for a moment her defenseless life
And while Sheherazade tells tale after tale
the Caliph kisses and caresses her
and she has to go on entertaining him
because the executioner is waiting every dawn
She is at the mercy of him who listens and is moved
but does not lift the death sentence
The artist always has a mortal enemy
who exhausts him in his endless work
and who each night pardons and loves him: himself

LI PO

The flowers of the peach tree have fallen to the ground
They are somewhat like the conch or pink–skinned
The old Chinese poet rose very early
sad because he had discovered the ravages of the wind
Last night he got drunk with some new friends
who walked many days to meet him
He still has in his pocket the poem
written affectionatelly by one of them
in his hand a cup of wine
moved he drinks and looks at the flowers
He has written as many poems as he could
and he feels death watching his every step
He will drink all day long and after sunset the moon
will call him silently to look at it drunk
to go after its brightness among the wet leaves
in the reflection of the far away mountains
and he will look at it on the waters of the Yellow river
more beautiful than up there in the sky
and drunk he will believe fulfilled his dream
of touching and looking at it closely and kissing it
And so Li Po goes in search of the moon in the waters
of the Yellow river From where he'll never return

LOLA JATTIN

Beyond the night that twinkles in childhood
Even beyond my first memory
is Lola —my mother— in front of a shop window
powdering her face and doing her hair
She is already thirty and beautiful and strong
and she is in love with Joaquín Pablo —my old man—
She doesn't know that I hide in her belly ready
for the time when her strong life will need the strength of
mine
Beyond these tears that run down my face
of her inmense pain that is like a stab
is Lola —the dead one— still vibrant and alive
sitting in the balcony looking at the bright stars
when the breeze from the *ciénaga*
untidies her hair and she combs it again
with something of concerted laziness and pleasure
Beyond this instant that has passed and will not come back
I am hiding in the flow of time that takes
me far away and that I now sense beforehand
Beyond these verses that secretly kill me
is old age —death— the endless time
when the two memories: my mother's and mine
will become a single memory: these verses

I WOULD HAVE LIKED TO BE A MALE

to possess you
to punch each other as a sign of tenderness
and faithfulness
To put on a foreman's boots
and ride on you naked
To threaten you with my gun

But I
a woman
a simple woman
what memorable thing can she do
in pursuit of a love

THEY ARE MEN OF MEANS

not of soul and body
They are men of high standing
not of delicate feelings
They are men of money
not of flesh and bones
They are men with cars
not with tender hearts
They are men of mansions
where there are no books
paintings or songs
They are wealthy men
with investments
in the stock markets
They are men of the Cross
not of a cultivated nature
They are men who gorge themselves
with delicacies and don't know how to cook
They are men who own
fields and crops and beasts
and do not love nature
Are they men perhaps?

I HAVE GONE FROM HOSPITAL TO HOSPITAL

palliating my madness
A madness that during many years
helped my imagination in my poetry
but that later became menacing
and put my life in danger
Now —without it— I write these verses
and I don't know if I have gained or lost
I don't know if you my reader —will notice this change
or if you will lament that my verses
have now become calm and tranquil
I hope that nature has had pity on me
and that you not miss the fervor of those days

POETS —MY LOVE— are horrible men
monsters of solitude —avoid them always
Beginning with me

Poets –my love— are to be read
Read them   But do not pay attention to
what they do in their lives



De ce que je fus, de ce que je suis

Témoignage vital et poétique de Raúl Gómez, extrait de sources diverses, pour la plupart des interviews pour la presse et la télévision accordées par le poète entre 1987 et 1995 à Harold Alvarado Tenorio, Efraín Medina Reyes, Pedro Badrán, Iván Barboza, Roberto Triana, Eduardo Ramos, Francisco González, Leonor Dangond, Antonio Arévalo, Luis E. Mizar, Maryluz Vallejo, Henry Stein, ainsi que des lettres adressées à Juan Manuel Ponce, Milcíades Arévalo et des textes inédits donnés à Lena Reza, Sylvia Jaramillo, Joaquín Mattos Omar et d'autres amis.

Version française: Colombia Truque Vélez, en coopération avec Philippe Bordier

Je suis né à Carthagène le 31 mai 1945, mais j'ai grandi à Cereté (Córdoba), un village au milieu de la vallée du fleuve Sinú, ou Chinú, comme disent les gens de Carthagène Mon ancêtre, Tomás de la Cruz Gómez, oncle au deuxième degré de mon père, fut exécuté en 1873 à Lorica, lors de la révolte des "comuneros ", et sa tête exposée dans une cage en fer pour servir de châtiment exemplaire.

Le chanoine José Joaquín Gómez, oncle au deuxième degré de mon père, fut le fondateur de l'Université de Carthagène, et mon grand-père, José Joaquín Gómez, fut un contact des libéraux pendant la guerre des mille jours et ami personnel du général Rafael Uribe Uribe. Un de ses enfants, mon oncle Carlos Gómez Reynero, a introduit la machine à coudre Singer dans la région du Sinú. Un autre frère de mon père, le premier qui a portait le nom de Raúl Gómez, fut un grand ami du poète Luis Carlos López, il se chargeait de la conception graphique et du dessin des couvertures des livres de ce poète.

Mon père était un homme très cultivé, le seul homme cultivé à Cereté. Sa bibliothèque était la seule de Cereté où on trouvait des livres de Shakespeare, Balzac, Anatole France, Stendhal, Queiroz, des romanciers russes, ainsi que d'autres sur les sujets les plus divers tels l'anthropologie, l'histoire, la mythologie et, bien sûr, les sciences politiques. Ce n'était pas une bibliothèque très vaste, car mon père donnait ses livres à qui en avait besoin, mais elle comptait des pièces littéraires précieuses, telle Les Mille et Une Nuits, que j'ai lu à six ans, et une excellente traduction du Décameron, que j'ai appris à apprécier à neuf ans.

Mon père fut journaliste à Carthagène Il écrivait pour El Universal des articles sur l'éducation et les affaires d'intérêt public. (C'est là qu'il a connu, grâce à mon oncle Raúl, le poète López, appelé Le Borgne). Il fut mon grand maître intellectuel et moral. Il m'a appris non seulement à lire mais à apprécier l'histoire, la philosophie, la géographie, l'astronomie, à distinguer un adjectif d'un autre, à cultiver des légumes, à greffer des orangers.

Cette édition des Mille et Une Nuits qui a retenu mon attention a disparu et je n'en ai jamais revu d'autre semblable.

C'était une oeuvre captivante, érotique, en deux tomes. Lorsque j'ai lu le premier, j'ai songé à être écrivain. Un jour, mon père m'a surpris sous le lit en train de lire le deuxième et, chose curieuse, il a pensé la même chose que moi. Il m'a dit qu'il m'avait observé et que mon Espagnol était admirable pour un enfant de six ans, et que tout aussi admirable était le fait de savoir par cœur des morceaux de poèmes et de lire un livre comme celui-ci. Il m'a alors demandé si je ne pensais pas devenir un jour un auteur de nouvelles ou de romans.

Avec mon père, nous n'avons pas eu l'indispensable voiture, mais par contre nous avons eu toujours tous les livres que nous voulions. Je lisais au lieu de m'amuser. J'ai lu de l'histoire, de la prose, de la poésie. Dès mes huit ans, mon intérêt s'est fixé sur la mythologie, en particulière celle de la Grèce. Dans les mythes, j'ai trouvé la vérité pour mon âme (cela se reflète dans *Hijos del Tiempo* (Fils du Temps) et, aussi, dans *Tríptico* (Triptyque), dans *Poemas* (Poèmes). Mon premier contact avec la poésie a été néanmoins oral. Je savais à peine parler que j'écoutais déjà mon père réciter par cœur les poèmes de Rubén Darío, Luis Carlos López et *La Canción de la Vida Profunda* (Chanson de la Vie Profonde) de Porfirio Barba Jacob. C'est en écoutant ce poème majeur de la poésie colombienne que j'ai connu pour la première fois la tristesse, en la voyant sur le visage de mon père. Celui-ci, par ailleurs, me promettait un cadeau généreux si j'arrivais à réciter quelques vers du Borgne, par exemple. Je lui faisais plaisir, devant ses amis, en récitant deux, trois vers, parfois un poème presque entier, ce qui le rendait très fier de moi.

Mon père et moi, nous avons partagé une même admiration pour les coqs et les taureaux de combat. Enfant, je l'ai aidé à élever plusieurs coqs, de vrais gladiateurs emplumés. Nous avons aussi élevé des pigeons, qui ont rendu mon existence plus douce.

Il y a eu une époque pendant laquelle le cinéma m'a éloigné des livres et mon père m'a réprimandé pour ça. Je lui disais que j'aimais la représentation mais que je ne voulais pas être un acteur de cinéma comme Marlon Brando, Elizabeth Taylor ou Jeanne Moreau. À cette époque-là, il ne lisait plus

que des histoires policières ou des Westerns. Je l'ai toujours aimé. Il m'a montré de l'affection et du respect.

Je suis un poète arabe, tel Umar Khayyâm et l'auteur des Mille et Une Nuits. Les Jattin proviennent d'un hameau homonyme proche de Beyrouth. Mon grand-père Miguel était âgé de 16 ans lorsqu'il est arrivé du Liban à Carthagène, un 14 novembre. Il avait de beaux yeux noirs, des traits nobles et mesurait presque deux mètres. Ses trois frères aînés l'accompagnaient. Il portait une bourse avec quelques pièces d'or et parlait un espagnol un peu embrouillé et précaire. Quelques semaines après, les quatre Jattin se sont rendus par mer jusqu'à Lorica, dans le bas Sinú, où ils ont monté une usine et un magasin de toiles, crochets et fil de fer barbelé. Ils firent fortune. Ils se sont enrichis tant par la ruse que par leur connaissance millénaire. Ils savaient manœuvrer les problèmes religieux et les désaccords entre les différentes sectes chrétiennes et, étant arabes, connaissaient déjà les Espagnols.

Mon grand-père Miguel fut un homme généreux, voire dilapidateur, qui, des années plus tard, contracta mariage avec Catalina Safar, née à Sahleh, Syrie, afin d'assurer sa descendance et de couler des jours paisibles.

La grand-mère Catalina était issue d'une famille plus modeste. Elle était plus conservatrice et moins cultivée mais avait une forte intuition de la vie et une grande connaissance des vertus des plantes. (Personne mauvaise, elle me haïssait car je n'étais pas pur de race, mais avais un sang mêlé arabe–espagnol. Moi, je ne l'aimais pas car elle était ignorante et avare).

Ma mère, Lola María Jattin Safar, est née en mai 1908. Elle m'a raconté que son grand-père lui avait lu, à elle aussi, des passages des Mille et Une Nuits plus décents que ceux que moi-même avais lus.

Vers le milieu des années 20, ma mère et son frère cadet, mon oncle Miguel, sont partis en croisière en Méditerranée, afin de visiter la terre de leur ancêtres. Ma mère est finalement restée trois ans pour connaître les mœurs, non seulement du Liban, mais de la Turquie, de l'Égypte et de l'Arabie en général. Mon oncle, quant à lui, est resté interne dans une école

française de Beyrouth, où il a obtenu le baccalauréat bilingue Arabe-Français. Je me rappelle que dans la maison, il y avait une bibliothèque avec des livres dans ces deux langues. Au début, l'espagnol des Jattin n'était pas très sociable, mais, bientôt, une grande colonie est venue les rejoindre, ce qui a permis le développement de la famille sans grandes contraintes.

Ma mère possédait toutes les vertus et tous les défauts d'une princesse orientale. Dotée d'une indéniable beauté physique et d'une grande stature morale, elle n'était ni cultivée à la manière occidentale ni illustrée comme mon père, mais très vive –elle avait de l'esprit- et son foyer était son royaume.

Très affectueuse et protectrice envers ses enfants, elle fut très complaisante et pendant longtemps elle se consacra à être heureuse et à nous rendre heureux. (Nous sommes plutôt des enfants de notre mère, bien que notre père eût été merveilleux).

Ma mère m'a beaucoup aimé et moi, le dernier de ses enfants, je l'adorais. Elle a rempli d'amour mon enfance, m'a gâté jusqu'au jour de sa mort et a élevé ses petits-enfants, enfants de mon frère Rubén, avec le dévouement d'une maîtresse d'école. Étant déjà très vieille, nous comme tout le monde à Cereté continuions à l'appeler *La Niña Lola.*

Notre foyer était affectueux. Alors que j'étais encore tout petit, ma mère m'appris à manger et a nourri en moi une forte tendance au plaisir. Elle était une excellente cuisinière et préparait des mets de sa race et de sa culture. Elle avait apporté avec elle une cuisine des environs de Beyrouth. C'est ainsi que le dimanche il y avait chez nous des « quibbes », un mets arabe : de la viande crue avec de l'oignon, du blé et un petit peu de poivre et de sel, du pain azyme, des olives, de la noix de coco, du yogourt acide et du sésame. Vers le milieu de la semaine, il y avait des pistaches et des dattes, des amandes, des raisins secs et des pruneaux, avec le condiment de sa volonté et du besoin de l'amélioration spirituelle.

La mort de mon père me rapprocha plus encore de ma mère, mais pendant ses dernières années, ma vie d'anachorète dans la forêt, la mis au désespoir. Cette femme, je l'aimais

comme personne d'autre, mais à l'heure du malheur, elle aussi m'abandonna. Malgré toute sa patience face aux contretemps de la vie, avoir un fils poète fut trop pour la pauvre Lola Jattin. Cependant, je l'ai déjà pardonnée. On finit par tout pardonner, même à soi-même.

Les femmes n'aiment pas les poètes. Celles de mon village, par exemple, me regardèrent toujours comme un oiseau de mauvais augure. Après, un peu moins. Les petites amies de ma jeunesse préférèrent toujours d'autres garçons plus beaux que moi ou ayant une meilleure position économique que la mienne. Je ne le regrettai pas trop. Je les rencontrais de temps en temps et le fait d'avoir publié des vers semblait m'avoir rendu moins désagréable à leurs yeux. Comme l'a dit Nietzsche, les femmes appartiennent au vainqueur et le poète n'est jamais un vainqueur.

Le fleuve Sinú est beau, entre autres parce qu'il ne nous révèle pas ce qu'il est au premier abord, d'une manière choquante et brusque. En été, je lançais des cerfs-volants depuis le lit sec du fleuve et attrapais des poissons dans les mares en hiver. Mais ce monde que j'ai aimé dans mon enfance n'existe plus. Les animaux ont été chassés, les forêts ont été dévastées et les filles et garçons qui vivaient avec moi dans un monde de légende sont devenus des dames et des messieurs sérieux qui n'ont jamais connu ni jeux ni poésies.

Ma première école fut celle de Cereté, où je connus Dolores Garrido de González, une extraordinaire institutrice qui donnait des cours aux classes primaires et secondaires en même temps. Elle savait tout : depuis les quatre opérations jusqu'aux intimités de Diogène et Platon. Puis, j'ai fréquenté, avec des centaines de filles, l'école des Capucines.

Cereté, où j'ai aimé et souffert, est une partie de moi-même. Ses gens m'ont poursuivi. Alors que j'étais encore un enfant, ils me regardaient comme un phénomène, qui menait une vie improductive, lisait des livres et gaspillait du papier. Je ne leur rapproche rien, car ils n'avaient pas eu jusqu'alors d'antécédent pour les aider à comprendre la présence d'un artiste parmi eux. Ni ma poésie ni ma vie leur ont été consacrées. Par contre, mes poèmes se sont nourris de leurs vies. Ils se moquaient de moi d'un air stupide et ignorant.

Villageois, foule hautaine qui voulait m'imposer une vérité qui n'était faite ni à mon être ni à ma mesure. Des êtres comme eux, Dante les asticotait tout le temps et il finit par tous les envoyer en enfer dans un chaudron de merde. Moi, qui exerçais une autre démonologie, leur fis cadeau, chaque fois qu'ils m'en donnaient l'occasion, de beaucoup d'*amor-kem* [1].

Depuis la mort de mon père, personne dans ma famille n'a rien compris. Ils n'ont vu en moi que le masque de l'homme improductif, sans fortune matérielle, qui employait son esprit de poète. Pour moi, ils n'existèrent point. Et, comme l'a dit Artaud, je fus mon propre père et mon propre fils.

J'avais six ans quand mes parents, soucieux de me donner la meilleure éducation possible en fonction de leurs ressources, m'envoyèrent au lycée Montería et neuf ans quand, pour me guérir un asthme congénital, ils m' envoyèrent en colonie de vacances à Pamplona. À mon retour, je suis parti à Carthagène vivre avec Catalina, la grand-mère qui me haïssait mais qui m'apprit à vivre.

La splendeur de Carthagène calma un peu la douleur de la séparation d'avec mes parents. Tous les jours, après la sortie de l'école, je courais vers les remparts et la mer pour recueillir des coquillages et écrire un petit roman sur ma mère et ma famille. Un roman ou une longue nouvelle de neuf pages, dans laquelle je racontais la force émotive de ma mère, ses rapports, parfois conflictuels, avec sa famille et sa séparation obligée des enfants qu'elle avait eus d'un premier mariage.

Dans ce récit, je parlais aussi de ma solitude, de mes angoisses chez ma grand-mère, dans sa maison du centre ville, rue de la Mantilla, appelée ainsi parce qu'une dame de l'époque coloniale, se voyant abandonnée de son amant, s'y suicida, en se pendant avec sa mantille. Mais ma tante Helena mis la main sur le manuscrit et le fit disparaître. Ce monde de mon enfance (heureux, mais avec des ennemis aussi) et qui a été le point de départ de mon aventure métaphysique,

1 Amor-Kem: selon Joaquín Mattos Omar, apocope singulier d'"amor que mata" (amour qui tue). L'autre face de l'amour généreux et noble donné par Raúl; nom de la haine qu'on a vis-à-vis de ce qu'on aime.

apparaît dans ma poésie avec ses nostalgies inévitables et son centre intime. J'espère que ma parole réussira à le faire vivre un certain temps.

À cette époque-là, je lissais aussi Henri Barbusse et Émile Salgari et trouvais dans les cinémas de Carthagène le refuge idéal à ma solitude et mon imagination. Le premier film que je vis là fut *National Velvet,* avec Elizabeth Taylor. Puis, des dizaines de Westerns. J'arrivai à voir dix, douze films par semaine. Le 23 octobre 1958, je commençai à voir, en treize séances consécutives, *El último cuplé* avec Sarita Montiel, suivi des autres films de cette artiste espagnole que j'admirais profondément. En 1959 je vis *Sueurs froides* de Hitchcock, qui me fascina.

Je savais déjà fumer à cette époque-là. J'avais quatorze ans quand un cousin arabe m'a fait découvrir les secrets du rhum et de certains bordels qu'il fréquentait. Je me souviens de l'un d'eux, près de Tesca, fastueux et coûteux : *El Niño de Oro*, plein de lumières multicolores et de plantes tropicales, entouré d'une mer morte et fétide.

Le jour où mon cousin m'y emmena, un groupe de filles très gaies, d'environ quinze ans, venait d'arriver au bordel. Pour moi, l'affaire fut si effrayante que j'en pissai dans mes pantalons. J'ai encore le souvenir de la femme aux yeux verts qui m'inspira une timidité profonde parce qu'elle avait dans son regard quelque chose de maternel.

Mon père dépensait tout son argent pour satisfaire les désirs de ma mère, qui achetait pratiquement une robe tous les jours. Elle en achetait en telle quantité que mon père lui proposa de faire installer une galerie en toile entre les magasins du village et ses machines à coudre.

Comme nos ressources économiques n'y suffisaient pas, mon père me persuada de devenir professeur d'histoire et de géographie dans plusieurs écoles de secondaire de Cereté alors que je n'avais que 15 ans. J'ai commencé par refuser mais, finalement, il insista tellement qu'il finit par triompher. Je découvris alors œ travail merveilleux qui consiste à parler quarante-deux heures par semaine sur Euripide, Pandore, la Grande-Ourse, les contours géographiques de l'Espagne, de l'Italie, de l'Afrique, à des élèves qui, pour la plupart, étaient

apparaît dans ma poésie avec ses nostalgies inévitables et son centre intime. J'espère que ma parole réussira à le faire vivre un certain temps.

À cette époque-là, je lissais aussi Henri Barbusse et Émile Salgari et trouvais dans les cinémas de Carthagène le refuge idéal à ma solitude et mon imagination. Le premier film que je vis là fut *National Velvet,* avec Elizabeth Taylor. Puis, des dizaines de Westerns. J'arrivai à voir dix, douze films par semaine. Le 23 octobre 1958, je commençai à voir, en treize séances consécutives, *El último cuplé* avec Sarita Montiel, suivi des autres films de cette artiste espagnole que j'admirais profondément. En 1959 je vis *Sueurs froides* de Hitchcock, qui me fascina.

Je savais déjà fumer à cette époque-là. J'avais quatorze ans quand un cousin arabe m'a fait découvrir les secrets du rhum et de certains bordels qu'il fréquentait. Je me souviens de l'un d'eux, près de Tesca, fastueux et coûteux : *El Niño de Oro*, plein de lumières multicolores et de plantes tropicales, entouré d'une mer morte et fétide.

Le jour où mon cousin m'y emmena, un groupe de filles très gaies, d'environ quinze ans, venait d'arriver au bordel. Pour moi, l'affaire fut si effrayante que j'en pissai dans mes pantalons. J'ai encore le souvenir de la femme aux yeux verts qui m'inspira une timidité profonde parce qu'elle avait dans son regard quelque chose de maternel.

Mon père dépensait tout son argent pour satisfaire les désirs de ma mère, qui achetait pratiquement une robe tous les jours. Elle en achetait en telle quantité que mon père lui proposa de faire installer une galerie en toile entre les magasins du village et ses machines à coudre.

Comme nos ressources économiques n'y suffisaient pas, mon père me persuada de devenir professeur d'histoire et de géographie dans plusieurs écoles de secondaire de Cereté alors que je n'avais que 15 ans. J'ai commencé par refuser mais, finalement, il insista tellement qu'il finit par triompher. Je découvris alors ce travail merveilleux qui consiste à parler quarante-deux heures par semaine sur Euripide, Pandore, la Grande-Ourse, les contours géographiques de l'Espagne, de l'Italie, de l'Afrique, à des élèves qui, pour la plupart, étaient

mes aînés. C'est ainsi que je donnai des cours d'histoire et de géographie, de la sixième à la terminale dans trois écoles où les élèves, après avoir vaincu une résistance naturelle, apprirent à m'écouter avec bienveillance. C'est à cette époque-là que j'écrivis, à la manière des dialogues platoniques, des lettres qui, heureusement, ont aujourd'hui disparu.

Ma famille ayant donné trois curés au Sinú, je fus moi aussi sur le point de devenir prêtre, mais, encouragé par mon père, je finis par choisir le Droit. À vingt ans, je partis étudier à l'Université Externado de Colombia à Bogotá. Là, je me sentis comme un enfant abandonné à cause de la froideur et de l'indifférence des gens de cette ville. Je finis mes études en 1970 mais n'exerçai jamais cette profession. En réalité, elle ne m'intéressait pas. Je n'en ai retiré qu'un seul bénéfice, le théâtre, qui m'enthousiasma pendant huit ans.

En 1967, j'avais commencé à travailler à l'université avec le groupe de théâtre de Carlos José Reyes. J'étais très timide et ne pouvais presque pas parler quand j'étais sur scène. Or, ce métier me passionnait, d'autant plus que Carlos José faisait montre de patience et ne cessait de m'encourager. Nous travaillâmes d'abord sur le livre de nouvelles intitulé *Les Funérailles de la Grande Mémé*. Je fis l'adaptation d'une d' entre elles, *La soirée prodigieuse de Baltasar,* pour une seconde mise en scène.

À partir de 1968, mon intérêt pour lire de la poésie devient encore plus profond. En 1969, j'écrivis un autre récit qui me laissa insatisfait, mais le genre du roman en lui-même n'attirait pas mon attention. Je le considérais d'une importance mineure comparé à la poésie, voire à la nouvelle. En tant que lecteur, j'aimais bien sûr le roman historique, mais en tant qu'écrivain, celui-ci ne m'intéressait pas. Mis à part quelques nouvelles de Kafka, les autres m'ennuyaient.

En 1969, Carlos José m'attribua un rôle protagoniste dans *La Grande Imprécation devant les murs de la ville* de Trancred Dorst. Nous la représentâmes environ 120 fois dans les salles La Mama et Casa de la Cultura à Bogotá, et dans d'autres villes du pays. En 1970, puis en 1972, je jouai le rôle de la Mère supérieure dans *Las Monjas* (Les Nonnes), pièce du dramaturge cubain Eduardo Manet, qui fut bien

accueilli par la critique, à tel point que je fus invité comme acteur au Festival de Théâtre de Nancy, invitation que je déclinai pour des motifs divers. Je participai aussi à la mise en scène de *Los baúles empolvados* (Les malles poussiéreuses) de Carlos José Reyes lui-même, et de pièces de Ramón del Valle-Inclán, Bertolt Brecht, Álvaro Cepeda Samudio et autres auteurs.

Mon début au Théâtre avait coïncidé, comme j'ai le déjà dit, avec une affection personnelle renouvelée pour la poésie. J'avais d'abord découvert Antonio Machado ; puis, je suis revenu vers Rubén Darío et Luis Carlos López (qui m'a beaucoup influencé, dans le meilleur sens du terme), je relisais Platon et m'attachais et tombais amoureux de Borges. Je m'essayais à quelques poèmes.

À 27 ans, je commençai à lire les poètes français, Rimbaud notamment, qui m'éblouit. Puis, je pris un vif plaisir à lire Cavafy et Pessoa. Ma majeure ambition poétique aurait été d'écrire des livres telles *Illuminations* de Rimbaud, *Champs de Castille* d'Antonio Machado, *El otro, el mismo* de Borges et *Dialogues* de Platón.

Entre 1971 et 1973, je fis l'adaptation de la *Candide Erendira et sa grand-mère diabolique* de Gabo, à partir du scénario de Ruy Guerra. Puis celle de *Les Acharniens*, la première comédie écrite par Aristophane, et plus tard, celle du roman *Amérique* de Franz Kafka, sous le titre de *Gran Teatro Integral de Oklahoma* (Grand Théâtre Intégral d'Oklahoma). Je fis la mise en scène d'une pièce écrite par moi-même, *Las Nupcias de su Excelencia* (Les noces de Son Excellence), une œuvre bouffe et un peu naïve sur les mœurs de la classe dirigeante. À Bogotá, je suis devenu l'ami des gens de théâtre : Santiago García, Enrique Buenaventura, Tania Mendoza. Enfin, j'écrivis plusieurs ouvrages, je fis la mise en scène d'une vingtaine et jouai des rôles dans dix-huit.

Cependant, le théâtre universitaire se trouvait sous l'influence négative d'une tendance “ politisante ” qui, à mon avis, a anéanti le mouvement théâtral colombien. En effet, celle-ci eut ensuite des effets négatifs sur le théâtre en général compte tenu de la médiocrité des œuvres produites.

Ce public souhaitait donc qu'on fît un théâtre à caractère historique, anthropologique, sociologique. Mon travail central avait traité toujours le mythe plutôt que la sociologie, l'esthétique plutôt que le dépeint anthropologique ou sociologique.

Je suis étranger, voire opposé à n'importe quelle intromission de la politique dans le monde de l'art. Les considérations politiques apparaissent dans les grandes œuvres de l'art, non comme une préméditation mais comme une méditation et un reflet secondaire. C'est pourquoi j'ai quitté le théâtre. Je me sentais frustré. Tout ce que j'avais vu sur l'art, sur la vie, s'était brouillé et je me suis senti confus, perdu, fou et stupide.

À mon retour à Cereté, je me retirai à Mozambique, une petite propriété de mon père, à côté de la maison, à l'entrée du village, qui possédait une bibliothèque où il y avait, avant tout, de la poésie –presque toute la poésie universelle- et je perdis le rapport cohérent que j'avais eu avec la vie et l'art.

Mon imagination poétique commença à naître, douloureusement. Je pleurai presque deux ans mon malheur tandis que je cultivais des mangues, des citrouilles et des aubergines. Mes neveux s'occupaient de moi. Je suis devenu tout à fait fou, enfermé dans une chambre de cette petite propriété. Mon père comprit. Il savait que, dans cette chambre, je faisais quelque chose de difficile : lire et écrire de la poésie, et que je le faisais pour le futur. Ma mère en souffrit. Mon frère ne comprit rien. Les hallucinogènes prêtaient des ailes et de l'air à mon imagination d'artiste, mais saturèrent de manière mortellement négative mes émotions.

La mort de mon père fut suivie d'un délire affreux, qui fit qu'on m'interna dans un hôpital psychiatrique pendant cinquante-six jours, sans manger, sans me coucher, sans même boire de l'eau. Mais c'est là que ma cohérence poétique est née. À ma sortie, j'écrivis en quelques semaines un petit livre que je ne publiai jamais : de l'humeur noire pure, me libérant de la tragédie de la folie.

Je retournai à Bogotá et, avec Carlos José Reyes et Miguel Durán, nous avons entrepris la mise en scène de *Fin de Partie* de Samuel Beckett. Une mise en scène frustrée à cause d'une nouvelle attaque à mon faible structure émotionnelle.

Ce public souhaitait donc qu'on fît un théâtre à caractère historique, anthropologique, sociologique. Mon travail central avait traité toujours le mythe plutôt que la sociologie, l'esthétique plutôt que le dépeint anthropologique ou sociologique.

Je suis étranger, voire opposé à n'importe quelle intromission de la politique dans le monde de l'art. Les considérations politiques apparaissent dans les grandes œuvres de l'art, non comme une préméditation mais comme une méditation et un reflet secondaire. C'est pourquoi j'ai quitté le théâtre. Je me sentais frustré. Tout ce que j'avais vu sur l'art, sur la vie, s'était brouillé et je me suis senti confus, perdu, fou et stupide.

À mon retour à Cereté, je me retirai à Mozambique, une petite propriété de mon père, à côté de la maison, à l'entrée du village, qui possédait une bibliothèque où il y avait, avant tout, de la poésie –presque toute la poésie universelle- et je perdis le rapport cohérent que j'avais eu avec la vie et l'art.

Mon imagination poétique commença à naître, douloureusement. Je pleurai presque deux ans mon malheur tandis que je cultivais des mangues, des citrouilles et des aubergines. Mes neveux s'occupaient de moi. Je suis devenu tout à fait fou, enfermé dans une chambre de cette petite propriété. Mon père comprit. Il savait que, dans cette chambre, je faisais quelque chose de difficile : lire et écrire de la poésie, et que je le faisais pour le futur. Ma mère en souffrit. Mon frère ne comprit rien. Les hallucinogènes prêtaient des ailes et de l'air à mon imagination d'artiste, mais saturèrent de manière mortellement négative mes émotions.

La mort de mon père fut suivie d'un délire affreux, qui fit qu'on m'interna dans un hôpital psychiatrique pendant cinquante-six jours, sans manger, sans me coucher, sans même boire de l'eau. Mais c'est là que ma cohérence poétique est née. À ma sortie, j'écrivis en quelques semaines un petit livre que je ne publiai jamais : de l'humeur noire pure, me libérant de la tragédie de la folie.

Je retournai à Bogotá et, avec Carlos José Reyes et Miguel Durán, nous avons entrepris la mise en scène de *Fin de Partie* de Samuel Beckett. Une mise en scène frustrée à cause d'une nouvelle attaque à mon faible structure émotionnelle.

Le théâtre, dont je m'éloignai presque définitivement à 28 ans, a occupé dans mon développement personnel une place secondaire par rapport à la poésie, mais il a été une source de plaisir et de force dans ma vie. J'adorais exprimer des émotions avec mon corps. Par contre, il n'entraîna jamais mon âme jusqu'aux hauteurs que la poésie, où je fis mes premiers pas à l'age de 21 ans, m'a permis d'atteindre.

Bien que mon oeuvre théâtrale demeure inédite, le théâtre m'a appris à mesurer les mots. Et quand, écrivant mes poèmes, je perdais le souffle, je disposais alors de la mesure apprise avec le théâtre.

En 1978, après plusieurs chocs existentiels, je commençai à écrire de la poésie en tant que métier. Les champs du travail poétique s'ouvrirent et lentement j'élaborai un langage propre.

Trouver ma voix, mon identité comme poète, fut un cheminement très difficile ; tellement difficile, que le prix en a été la folie, la solitude et presque le suicide. Je me sentis malheureux. Or, après 1979, une fois surmontée l'impression terrible de me sentir un raté, je repris l'écriture. C'est après mes trente-cinq ans que je me suis rendu compte que j'étais un écrivain. C'est alors que j'écrivis mes vrais premiers poèmes.

La parution, en 1980, d'un petit recueil, *Poèmes*, dont l'édition fut promue et menée à terme par mon ami Juan Manuel Ponce, a donné une assise un peu plus ferme à mon existence.

Quand j'écrivis ce livre, j'étais tout à fait seul. Mes rares amis n'exprimaient, en général, que dédain envers mes capacités à être poète. Je pensai en quelque sorte que cette poésie pourrait me rendre à la vie et cela fut comme un S.O.S. C'était comme parler aux lecteurs, à ces anges clandestins, puisque personne ne les connaît. Avec ma poésie, j'essayais d'obtenir ce que je croyais être le plus grand bonheur dont un artiste peut jouir : l'amitié, la ferveur, l'affection, l'admiration de ses lecteurs, quelque fût leur âge ou leur position sociale.

L'alchimie entre la douleur de la folie, ma frustration personnelle, le dur labeur qui consistait à lire tant de livres, à regarder tant de films et à écouter le bien-aimé mais complexe

Joan Manuel Serrat –qui m'appris à comprendre Machado-, ajouté à l'énorme effort d'écrire quinze à vingt pages par jour, ont eu comme résultat que mon œuvre poétique a été bien accueillie, surtout par les poètes Jaime Jaramillo Escobar et Darío Jaramillo Agudelo, ainsi que par le divulgateur de la culture et écrivain Milciades Arévalo.

C'est alors que je commençai à survivre grâce à la muse, menant une vie d'ascète, qui m'offrit un certain bonheur, très austère et difficilement conquis, ce qu'il y a de plus proche au plaisir métaphysique. Les dernières années m'ont vu mendier dans les rues, domicilié dans les parcs et sur les trottoirs, faisant de nombreux séjours plus ou moins prolongés, dans différentes cliniques psychiatriques.

Mais je n'arrêtai jamais d'écrire.

En général, mes poèmes sont enchaînés avec un monde. Il existe une notion mystique essentielle dans la culture, celle d'une triade de forces à l'intérieur de tout labeur spirituel. Le nom *Triptyque* est issu d'un terme esthétique qui a plutôt rapport avec la peinture. Il s'agit de trois manières, trois pans de mur qui composent une seule œuvre esthétique, picturale. Dans la littérature, il n'y a que le mot *trilogie.* Fréquemment, la tragédie grecque a des trilogies. Mais moi, j'ai préféré le terme *Triptyque*, comme trois pans de mur d'un seul ouvrage. *Triptyque* est pour moi un troisième terme qui n'exprime ni forme ni contenu, mais sens.

Quand on parle de contenu, on refoule la forme, la parole, la manière dont elle a été employée. Par contre, quand je parle de sens, je donne une importance majeure à la parole. Un poète s'occupe avant tout de cela, de la signification du poème. Je pense avoir ouvert un chemin nouveau en créant ou, comment dire, en ressentant une poétique fondée avant tout sur la signification qu'un poème devrait avoir de faVon à toucher notre sensibilité profonde. J'appelai cette école *Sentidismo,* école dont le principe le plus important serait : ce qu'on veut dire. Je tentai par-dessus tout d'être clair et de montrer une réalité. Ma contrainte n'était pas le langage lui-même, mais la cohérence interne du poème par l'intermédiaire de ce langage. La technique, maîtrisée au bout de quelques années, était secondaire pour moi. Le sens, c'est le problème

du poète classique, tandis que celui du poète romantique c'est la forme. Pour moi, le plus important dans le poème, c'est le sens : ce qu'on veut dire.

Le *Triptyque de Cereté*, dans sa première partie, nommée *Retratos* (Portraits), fait référence à trente-deux personnages : des amis, des parents, des ennemis, des gens connus. Puis, suit l'*Amanecer en el Valle del Sinú* (L'aube dans la Vallée du Sinú), qui est le monde de ma vallée du Sinú, de Cereté, de Montería, de Lorica, le monde du fleuve, de la montagne, du ciel, des oiseaux, des autres animaux, etc. Dans sa troisième partie, *Del Amor* (De l'Amour), je considère le monde érotique. J'habite entre les hommes, c'est-à-dire les personnages réels de ma vie et de la poétique que j'admire ; le monde avec ses animaux, ses plantes, ses objets, et le monde érotique.

J'ai un penchant pour le romanesque. Le *Triptyque* c'est au fond un roman écrit en poésie. Bien que je sois contraire à ce genre, ce livre est en partie un roman, une évocation des amis d'enfance, des femmes que j'ai aimées, des hommes que j'ai aimés et qui m'ont aimé. Celui qui le lira du début à la fin pourra le constater. Le protagoniste, c'est moi et ce que j'ai vu dans mes contemporains. Il y a un village où habitent un poète, une mère, un père, un frère mort sans le connaître, des pigeons, des éperviers, des tristesses, des abandons, d'autres personnages et d'autres amours. Ce n'est pas un livre de poèmes conceptuels qui ne peuvent être lus indépendamment, mais une sorte d'épopée, qui raconte une histoire.

Le passage des poèmes conceptuels aux poèmes narratifs a été un peu difficile. Justement dans le théâtre, je m'y étais préparé, j'ai enrichi mon langage et abandonné la poésie qui est pensée pure, celle qui est philosophique en quelque sorte.

Portraits c'est une espèce de commérage, quant à la connaissance des personnes. C'est une obsession en lien avec mon travail dans le théâtre. On y trouve une grande partie de ma personnalité, de mes inimités et de mes amis : j'y suis seul, mais bien accompagné par Raúl. Et ce livre, c'est comme être avec mes amis et insulter une fois de plus mes ennemis.

C'est un livre qui fait peur. C'est vrai, il fait peur. J'ai été méchant, profondément méchant. C'est en fait un portrait en

pied que j'ai fait de mes pauvres compagnons de vie, même de ceux qui me donnèrent la vie. Malheur à eux, à leurs intimités les plus sacrées. Hélas, mille fois hélas, puisque quand je chante, je tâtonne et quand je tâtonne, je pleure. Je pleure et je chante, envers et contre tous. Je chante et je blesse, à commencer par le pauvre Raúl qui est sans défense. J'utilise mon couteau d'assassin, de *hachisch sino,* quoi qu'il en soit, c'est une lame tranche la chair des autres. 32 poèmes de sang versé. (...) Sensualité, indifférence, ambition, argent maudit, amour et mort, faux poètes, trahisons, échecs. (...) Vois-tu, mon ami, qui a la chance de ne pas me connaître, ils vont me haïr. Ils vont me haïr avec raison. Je me sens tellement bien. Je sais d'avance que c'est une œuvre très importante pour vingt personnes. Raison suffisante pour la publier. Je me suis amusé en l'écrivant. Avec chacun des personnages, j'ai joué à cache-cache et chez chacun d'eux, j'ai surpris deux ou trois gestes significatifs [2].

Dans le *Triptyque,* il y a tout ce que j'aime : les oiseaux, les paysages, l'érotisme dans toutes ses formes. C'est un livre que j'ai voulu écrire depuis mon enfance, mais il m'a pris beaucoup de temps parce que je pensais toujours que mon destin était de devenir romancier, non pas poète. C'est un livre qui remplit les attentes de l'enfant, de l'adolescent et de l'homme. Il est écrit différemment des livres traditionnels de poésie ; y figurent des personnages avec des noms propres, des histoires, des animaux, plusieurs manières de faire l'amour.

Dans *L'aube dans la Vallée du Sinú* il s'agit d'une poésie plus légère, à caractère anecdotique, vouée au paysage, avec moins de profondeur. Dans *De l'Amour,* des poèmes drastiques, qui font référence à un pansexualisme à outrance.

Le pansexualisme est en lien avec le panthéisme d'une manière absolue. Il s'en dégage. Il s'agit d'une notion primitive, archaïque, de l'univers. Le Panthéisme n'est pas une religion mais une notion primitive, archaïque, de l'univers. Dans les grandes forces de la nature telle la mer, le vent, la montagne, on sent la présence, non pas d'une volonté auto déterminante, mais d'une force de la nature qu'il faut au moins respecter.

2 Lettre de Raúl à l'écrivain Milcíades Arévalo, en 1983.

Je crois aux manifestations naturelles de l'homme. Non pas seulement à la bisexualité mais à la pansexualité. Je crois que l'homme est panthéiste et donc pansexuel.

Il y a de l'érotisme dans le fait de s'occuper d'une plante, de caresser un chat ou de tendre une main pleine d'espoir. Il y a de l'érotisme dans la contemplation d'une œuvre d'art, dans l'évocation des jambes parfaites et des seins dressés de ma mère qui, d'une certaine faVon, m'ont allaité jusqu'à ses derniers jours. Il y a de l'érotisme dans le développement des émotions et des formes de la vie totale qui nous entoure. C'est la tendance au plaisir qui me guide par instinct, pas le bonheur.

Puisque je suis pansexualiste, dans l'univers de mon éros, il y a de la place pour une certaine agressivité du langage. Je raconte des expériences enfantines avec tellement de sincérité que quelques-uns pourraient confondre cela avec ce que l'on appelle erronément l'effronterie.

Je ne cherche pas à scandaliser personne. Je ne veux que séduire mais avec un regard dépourvu des masques de l'hypocrisie sociale sur la réalité. C'est pourquoi je pense que des livres qui composent le *Triptyque*, le plus important, l'essentiel, c'est *De l'Amour*. Parce qu'il pose avec une plus grande profondeur le fondement esthétique, moral, ou dit d'une autre faVon, une série d'épistèmes de ce que nous pourrions appeler l'humanisme de notre époque.

Fils du Temps est un recueil de 22 longs poèmes en vers sur la mort. J'y recrée des grands mythes de la Grèce et de ma propre histoire. Ils revivent les faiblesses ressenties lors du moment foudroyant de chaque tragédie. Je les ai écrits face à la mer, dans un hôtel à Carthagène, en 1987. Le livre a paru en 1989. Il répond à ma fascination pour certains personnages historiques, mais là, point de poésie narrative car ce qui m'intéresse ce n'est pas l'Histoire mais le Mythe.

Le mythe nomme ce qui se passe et ce qui se transforme en même temps. *Fils du temps* est un livre complètement mythique (le personnage mythique est surpris dans la vie quotidienne, contrairement à *Portraits,* où la vie quotidienne est transformée en un monde poétique mythique). Et c'est le livre que j'aime le plus. Il y a une grande influence d'Euripide dans quelques poèmes.

Tous les personnages ont tué, vont tuer ou vont mourir. C'est un livre dédié à la mort. À sa présence angoissante tout au long de la vie. C'est un livre sur les crimes. Un livre social aussi. Il est épique, en ce sens qu'il exprime la vie entière, l'esprit de l'homme à travers des époques et des cultures. Dans les poèmes *Schéhérazade* et *Thésée,* et même dans d'autres, il y a un dédoublement du mythe ancien dans le mythe moderne, et dans le Raul quotidien. Ce livre a été un travail épuisant.

Je n'ai travaillé jamais. Je n'ai fait que partager ma connaissance dans des écoles, des ateliers et des universités. Le travail lucratif est quelque chose que ma pauvreté n'a jamais regretté et que mon oisiveté a remercié tous les jours. Ma vie s'est réduite à mon travail de poète, rien de plus. Plus qu'un poète intellectuel, je fus un poète artiste.

Peu m'important lire d'autres langues, l'espagnol m'a amplement suffi pour dire ce que j'ai voulu dire. Je suis arrivé aux livres grâce aux conseils de quelqu'un ou parce que je les trouvais dans une bibliographie. Mais je ne lisais que des livres agréables pour moi. Sur la poésie, j'ai lu *Idées critiques* d'Ezra Pound ; les écrits théoriques de Tomas S. Eliot, mais, surtout et avec beaucoup d'intérêt, les essais de poètes admirés tels Paz, Pessoa et Borges.

J'appréciai chez les hommes leur capacité à l'aventure et leur connaissance dans le développement de leur spiritualité, sur le chemin qui conduit à l'expérience totale et synthétique qui permet de devenir un homme de son époque et de sa culture.

Le recueil *Los Poetas-Amor mío* (Les poètes, mon amour) a beaucoup à voir avec Carthagène et ses rues. Antonio Machado disait que la poésie est parole dans le temps et, en écrivant ce livre, je me rappelais les moments poétiques vécus vingt, trente ans auparavant. Après, je les lisais et les vivais alors encore avec plus d'intensité. Cela justifiait mon écriture.

J'écrivis parce que je fus un écrivain et un écrivain est un malade de littérature, une substance qui coule de son cerveau. J'étais asthmatique, comme mon père, et la lecture était ma grande compagne, mon meilleur refuge. Je passais deux jours par semaine dans le fauteuil à bascule et le hamac, ce qui

me fascinait. *Dans le ventre de ce hamac, j'allongeais ma fatigue de la vie, fabriquais des douleurs, me défendais de la canicule. Et je rêvai*. Le hamac me donna plus d'air que le fauteuil. Voilà pourquoi je l'emporte avec moi partout où je vais et que je trouve les gens qui ont des hamacs plus sympathiques.

J'étais un enfant pensif et gai malgré toutes les tristesses que j'ai dû vivre. Je consacrais toute ma vie à l'art, à la littérature notamment. Un écrivain est un pauvre homme poursuivi par la manie de raconter les choses à sa manière, de raconter comment fut le monde et de se venger de son passé. (Enfant, je songeais : Je vais humilier tous ces riches lorsqu'ils sauront que l'intelligence est plus importante qu'une voiture ou une ferme. Il faut donc faire respecter l'esprit. Ils vont me le payer quand je serai un écrivain et eux des avaleurs d'argent anonymes).

Je fus donc écrivain pour me venger du passé et être parfait dans l'avenir. J'avais été imparfait, menant une existence très compliquée. Je ne trouvais pas ma voie comme artiste, je l'ai trouvé étant déjà vieux. J'écrivais beaucoup et jetais tout à la poubelle à cause de cela, parce que je n'arrivais à trouver ma propre voix.

Il y a eu toujours des gens pour prétendre supplanter la vie authentique de l'écrivain. C'est-à-dire, jouir des bontés apparentes que cette position entraîne sans avoir fait aucun effort pour le mériter. Un écrivain raconte une vie très singulière, la sienne. Et elle est tellement singulière que, entre autres, elle ressemble à l'ensemble de la destinée humaine.

Être poète, c'est être un peu démiurge : construire avec la souffrance d'un jour quelconque des paroles qui visent à défier le temps. Le poète soulage la douleur des autres avec ses vers. Les gens, si humbles soient-ils, se reconnaissent dans la poésie.

Je fus pauvre. Quelques personnes mal intentionnées, me demandaient pourquoi je ne parlais pas du peuple. Je leur répondais qu'étant pauvre, à quoi bon parler de moi-même. Qui fait de la poésie authentique prend parti pour les hommes fragiles, c'est-à-dire, ceux qui sont touchés par la beauté, car la beauté est fragile. Un poète vit de la dégradation

de la beauté et de son désir de lui rendre sa place sacrée parmi les hommes.

Si je n'avais pas été poète, j'aurais aimé être chanteur. Quand j'écrivais, j'écoutais Chopin, Brahms, Vivaldi et Joan Manuel Serrat, le plus important de mes contemporains. Je composai moi-même des paroles pour quelques mélodies et de la musique pour un poème. Cela surgit en moi de manière spontanée. Une amie de Bogotá, compositrice et chanteuse, Beatriz Castaño Uribe, mis quelques-uns de mes poèmes en musique.

La poésie est un sujet si vaste, que toute approche en est presque inépuisable. Peut-être vaut-il mieux parler d'autre chose. Peut-être vaut-il mieux parler de mes aspirations à publier. À quoi bon, par exemple, publier un livre en lien avec une culture à laquelle on appartient, que l'on critique et construit ? Tout en même temps, n'est-ce pas ? Parce qu'écrire c'est aussi construire une partie de la culture.

Si je n'avais pas remis en question la société, je n'aurais rien écrit, sans doute. J'ai affirmé dans mes poèmes des vérités essentielles sur les hommes en communauté. J'ai décrit des réalités qui illustrent une époque décadente, des valeurs discréditées et corrompues, le manque de respect envers la dignité, l'outrage vulgaire au travail.

On a tendance à exagérer de nos jours l'importance de l'Histoire et notamment du terme *moment historique*, ceci dans ses connotations les plus notoires : les conditions économiques, les formes d'agression des oppresseurs, les formes d'expression de la culture, etc., en promouvant ainsi, entre autres, l'idée et la réalité d'un art créé, pour ainsi dire, pour des temps d'urgence permanente, avec sa hâte, son improvisation et son manque de soin inévitables.

Dans mon oeuvre, je fais plutôt référence à l'histoire et à la présence d'un esprit de culture qui, malgré les époques de grand chaos, organise la société humaine. Même le plus extraordinairement merveilleux se passe dans un temps quotidien.

Le moment est peut-être arrivé où nous, les poètes, devons dire aux sociologues, dont la plupart sont de très mauvais écrivains, qu'ils confondent l'histoire avec des données

économiques et un ventre bien rond avec une position spirituelle élevée ? Le moment est peut-être arrivé où nous, les poètes, devons dire aux anthropologues quelques vérités qui vont sans doute les embarrasser ? Pour quoi ne pas avoir dit, par exemple, que les sciences humaines étaient issues des œuvres d'art ? Le moment est peut-être arrivé où nous, les poètes, devons dire aux politiciens, qui prétendent se servir des artistes, que nous n'avons jamais demandé à l'un d'eux de se mettre un masque ou de danser un fandango tandis qu'il prononce un discours ?

Goethe a dit qu'un artiste appartient à son époque dans la mesure de ses défauts. Supposons que *mon moment historique* eût été imprégné de beaucoup de merde et que j'aurais fait cas de ce conseil. N'aurais-je reproduit alors, tel un entremetteur, cette matière maligne ? Mon époque ne m'a pas semblé si importante au point de remplir mon œuvre avec les nouvelles du moment, de la guerre outre l'Atlantique ou des nouvelles théories politiques.

Écrire me donnait une impression de bonheur. J'écrivais comme si j'étais dans cette autre réalité où se trouvaient les sources du poème, comme si j'entendais une voix complice travaillant pour moi.

Parfois je pense que je suis deux, voire trois. Et ce double qui m'accompagne, cet homme qui habite et dialogue avec moi, me parle du monde traduit en poèmes. Et il m'oblige – ou m'a obligé tout le temps consacré à l'écriture de ces livres-à rester attentif, à maintenir un regard curieux sur ce monde auquel Raúl Gómez a demandé sans cesse des matériaux pour écrire sa poésie. Mon corps se ressemble au papier sur lequel j'écris. La poésie me préserve.

Et la poésie c'est ce qui nous étonne et nous nomme, qui perfore les tempes, comme une balle. Il a suffit que je commence à écrire de la poésie pour ne plus pouvoir m'arrêter. Je le faisais même dans les cliniques psychiatriques où j'ai été interné, dans un monde terrible pour moi ; terrible, mais nécessaire. Les médecins, les nonnes, tout ce monde m'offensait. Cependant, un tiers de mon œuvre a été écrite dans ces cliniques.

La poésie est triste et belle comme l'argent que le riche offre au poète afin qu'il puisse déjeuner et ajourner ainsi sa

mort, ne serait-ce que d'un jour. La poésie c'est l'âme cachée des choses. Elle est venue à moi en rafales de rêve, comme à un Rimbaud adulte que la poésie rendait sage et poète. L'horreur de l'ignorance m'exaltait, de la même faVon que la « poule au pot » partagée avec l'amant faisait croître ma faim.

Ma poésie n'est pas rationnelle, bien qu'elle soit claire. C'est une poésie magique, qui amuse le lecteur, l'absorbe et emmène sa conscience vers une lumière. Car ma poésie n'est pas déploiement mais reconnaissance du divin qu'il y a dans le monde et dans l'âme des hommes. Je vis la poésie comme une rêverie, un rêve journalier prochain du soleil. Un espace aussi de souvenirs et de désirs, qui n'a pas une dimension visuelle mais qui est faite avec d'ombres suggérées.

Oui, j'ai plutôt vécu le jour que la nuit. J'aimais surtout l'après-midi. J'ai vécu pour le crépuscule. Je me réjouissait après quatre heures de l'après-midi, quand arrivait la fraîcheur.

La magie a été pour moi de déchiffrer les lois secrètes de la vie. Ma poésie a été écrite afin de discerner, pour mes contemporains et pour les hommes de l'avenir, quelques éléments fondamentaux de l'existence de l'homme. J'ai été le meilleur lecteur de ma propre poésie ; j'ai fait l'impossible pour que mes poèmes touchent les hommes. J'ai toujours cherché à susciter une émotion chez le lecteur, à l'emmener à bon port.

L'essentiel du poème c'est une expression personnelle. Or, ma poésie a aussi un rapport intime avec certains passages essentiels de l'œuvre de créateurs tels qu'Antonio Machado, Kafka, Euripide, Aristophane, ainsi qu'avec la souffrance que j'ai vue chez les hommes de mon époque.

Borges m'a apprit qu'un poète doit être clair pour ses contemporains et que toute œuvre a sa propre esthétique. Dans la mienne, j'aspirai à une clarté mystérieuse, à un mystère qui tente de se dévoiler lui-même, à une forme qui s'invente elle-même, non pas d'une façon préméditée mais méditée, à un rattachement avec les grands maîtres, mes maîtres de toujours : Platon, que je considère supérieur à Homère et plus poète que philosophe ; Euripide, mon grand maître dramatique ; Villon, si aimé par mon père ; mon cher

Rimbaud ; Whitman, mon maître moral sur plusieurs plans ; Antonio Machado, Constantin Cavafy, Fernando Pessoa, Jorge Luis Borges et Octavio Paz.

Ma poésie n'est pas tragique, bien qu'il y ait de la tragédie en elle. Ma poésie est passionnelle mais on peut la comprendre. Étant un poète passionnel qui se subissait LUI-même, mon problème principal était la cohérence du poème. J'ai toujours admiré la perfection conceptuelle de Machado ou de Borges. J'ai considéré la poésie comme un art de la pensée qui inclut la philosophie. L'art suprême de la pensée vécue, transcendante et inconsciente. La pensée dans son essence originale. La pensée en elle-même.

Tout dans ma poésie est vrai. J'ai été un poète qui a aspiré à une rigueur conceptuelle afin de démontrer ou montrer une réalité, et parfois les deux à la fois. Je croyais par-dessus tout à l'autonomie absolue de la poésie ; je haïssais, apeuré, toute esthétique programmatique. Pour mes collègues poètes, je ne souhaitais rien d'autre que la liberté.

Pouvoir, par exemple, écrire un livre en toute liberté, voilà une chose qui a une grande valeur. Quand on écrit, l'important c'est le destin des livres, non celui de l'auteur. Pourquoi ? Parce que si un auteur peut écrire un livre et le publier dans des conditions de liberté absolue, alors tout n'est pas perdu pour lui. Ce que je veux dire, c'est qu'il doit l'écrire comme il veut, autrement, il n'y a pas de liberté pour la création et c'est un échec pour l'art.

Ma poésie a un style qui m'est propre, car elle a souffert une grande transformation, suite à des années consacrées à la lecture de la poésie universelle. Et il m'en a coûté pour vivre de ma plume. En poésie, j'ai lu tout ce qui valait la peine depuis Homère.

Je n'écrivais pas tous les jours, mais quand j'écrivais, je prenais mon temps et j'écrivais beaucoup plus que ce que je publiais. Environ vingt fois plus. Dans mon intimité, j'écrivis beaucoup de poèmes mauvais. Un sur dix se sauvait. Celui-ci, je l'écrivais presque toujours d'un seul jet et avec peu d'erreurs. Avant la publication de *Poèmes,* je refis le livre cinq ou six fois. Entre le premier et le deuxième recueil, j'en écrivis trois autres que je ne jamais publiais, et en refis deux

autres que je ne publiais non plus. J'écrivis quelques-uns pour surmonter mon ignorance. J'étais très rigoureux. Un autre poète probablement pourrait avoir quinze livres ou plus. ¿À quoi bon, dis-je, s'ils ne servent pas ?

Je n'ai jamais cru à l'inspiration exclusivement. J'avais besoin de compter sur un état d'exaltation, de capacité d'étonnement. Alors, s'emparait de moi une masse confuse de poèmes qui trouvaient par eux-mêmes leur unité thématique, organique. Par exemple, surgissaient deux ou trois lignes comme source initiale d'un poème. Puis, j'en travaillais très lentement le déroulement. Et, en général, je lui donnais un final inattendu ou nostalgique comme coda. Les poèmes sont mes enfants, je les aime beaucoup ; certains plus que d'autres, comme il est, à mon avis, naturel.

Avec l'âge, on réussit à avoir une intonation et un rythme personnels. C'est un travail de longue haleine. Ma poésie, pour ainsi dire, a un rythme qui ne remplace pas la rime, mais qui est en quelque sorte comme un élément à l'intérieur du poème, différent quoi qu'avec une certaine ressemblance avec le rythme. Une espèce de fusion entre le vers libre et la rime classique. Je n'ai pas de rime, je ne l'emploie que quand elle apparaît par hasard. Parfois, je l'emploie. Quelques fois elle n'est pas importante, mais je l'emploie quand même. Je ne me suis jamais proposé d'innover, j'écris tout simplement de bons poèmes ou me souci d'en écrire.

La vie a son rythme et de ce que nous découvrions dépend, pour ainsi dire, notre propre rythme. À mon avis, il ne peut y avoir ni vie ni art sans cette découverte. Toute œuvre artistique est l'expression dans un langage translatif (mythique) de ce rythme secret que l'artiste a découvert et vécu d'une faVon intense. C'est un rythme merveilleux de couleur, de voix, de forme, de parole, d'harmonie et d'amour. Beaucoup d'amour. L'amour fait que les autres éléments soient compatibles. Sans amour, on arrive à donner de la lumière, mais c'est une lumière aveugle, on peut parler joliment, mais seul l'amour crée des oreilles compréhensives. Je crois que la tâche la plus importante de l'homme c'est de trouver son propre rythme, car sinon, la vie lui sera toujours étrangère, étonnante, discordante et son effort sera vain. J'enmerde cet

effort ! Un effort dégradant, déshumanisant, épuisant, vain. La vraie création naît du besoin d'exprimer ce rythme trouvé. Et je ne parle pas d'une opération mécanique. Non. C'est la création qui forme, affine, polie le rythme progressivement. C'est un merveilleux rapport mutuel, dont le point de départ est parfaitement illustré par ce vers de Machado : *Je vis en paix avec les hommes et en guerre avec mes entrailles* [3].

Ma poésie est très différente de celle des autres poètes colombiens. C'est la moins littéraire. Ce n'est pas la forme qui m'éblouit. Bien que je ne la néglige pas, plus que la forme, c'est le sens qui compte pour moi, comme je l'ai dit auparavant.

Parmi les poètes colombiens, celui que je préfère, dans l'ordre générationnel, c'est Álvaro Mutis. C'est lui qui nous a introduit dans la modernité et dans l'universalité de la poésie, avec, notamment, *Los Trabajos Perdidos*. Puis, vient le grand poète Jaime Jaramillo Escobar et son recueil *Los Poemas de la Ofensa*. Parmi ceux de ma génération, j'aime bien les poèmes de Darío Jaramillo Agudelo et Harold Alvarado Tenorio. Il y a encore d'autres poètes jeunes dont la poésie m'intéresse et, curieusement, tous sont de la Côte Caraïbe. Dire que la Côte n'est pas terre de poètes c'est une manière un peu brusque et fallacieuse de nous refuser une stature spirituelle. Luis Carlos López, sans être un grand poète, est un poète qui arrive à exprimer avec une beauté toute particulière, un esprit délicat et un style courageux, un monde personnel, populaire et social à la fois. Les quelques hommes de lettres sérieux de ce pays ont toujours apprécié López, qui a inventé une oeuvre esthétique, un univers où se condense une Carthagène mythique dans l'éternité du temps de la littérature, qui se situe, toute proportion gardée, à côté de l'Alexandrie de Cavafy ou du Buenos Aires de Borges. Je peux aussi évoquer ici Giovanni Quessep, dont la poésie est tellement subtile qu'elle est presque impensable, poésie que j'ai appris à apprécier et dont je sais qu'elle a aussi été remarquée par des critiques importants de l'Amérique hispanique.

3 Lettre de Raúl à Juan Manuel Ponce, en 1973.

Depuis mon enfance, les autres m'ont toujours vu comme un fou. Parce que je m'adressais à eux avec une logique très personnelle. J'étais un original. Je pense que c'est cela que nous, les hommes, voulons tous être, du moins nous qui sentons plus qu'un corps quand nous sommes en vie. Et bien que j'avais des copains pour partager des jeux, j'étais un enfant solitaire –je joue tout seul plusieurs fois par jour, comme dirait Luis Carlos López: je jouais avec de la terre et un bâtonnet, faisant et défaisant des figures sur la peau de la terre. Je jouais comme un enfant de la Côte, un enfant de Carthagène, tout comme López, dans cette éternité du livre. Et je pensais beaucoup. C'est l'avantage de ce jeu: il permet de penser beaucoup.

Aussi loin que je me souvienne, j'ai souffert de l'asthme et les remèdes contre cette maladie me provoquaient des hallucinations. J'étais en pleine une crise d'asthme, mourant dans un fauteuil, et mon père me faisait respirer à l'aube des poudres qu'on brûlait ensuite et qui produisaient une fumée calmante. Il commençait alors une espèce d'hallucination: ma grand-mère, que je ne connaissais pas encore, entrait par la fenêtre en volant.

Entre 13 et 16 ans, j'étais laid, j'ai la peau graisseuse et avec beaucoup d'acné. Je n'appartenais pas à aucune bande de jeunes. Je n'y avais ma place. J'aimais apprendre de tout. J'écrivais, je chantais en espagnol, en italien et en anglais. Je peignais aussi. J'étais un vrai gourmet. J'avais l'impression d'avoir passé un pacte avec la nature magique.

Dans ma vie, j'ai consommé de l'alcool, de la marijuana, des champignons hallucinogènes, du crack, de la cocaïne, différents types de pilules, mais surtout et encore de la marijuana. À neuf ans, ma mère m'avait déjà appris à fumer des cigarettes pour guérir mon asthme. Dès lors, je fumais dix à vingt cigarettes par jour, mais cela me faisait énormément tousser.

Je ne buvait d e l'alcool que lors de fêtes ou autres évènements sociaux. Je commençai à fumer de la marijuana à 25 ans, surtout quand je me sentais troublé, quand j'avais un livre en cours, mais en quantités très réduites, seulement pour me calmer. C'est que je m'excitais quand j'écrivais. La

marijuana était bonne, elle aidait mon imagination. Je consommais du crack à partir de 1976. Le crack et la cocaïne me faisaient mal. J'avais mal de tête, mal au cœur, je transpirais beaucoup.

Le sexe est froid mais l'amour le réchauffe. Un homme amoureux est un malade de l'âme, comme disait Stendhal en pleine connaissance de cause. Et si de surcroît, l'homme a été doué par la nature d'une grande intelligence pour l'art, c'est naturel alors qu'il s'abîme dans tourments et délires.

La science –étant inférieure- n'a jamais compris que ce qu'elle appelle équilibre mental n'est en fait qu'un nom hypocrite pour la médiocrité et que l'artiste voyage vers des régions profondes de l'âme, armé de sa faiblesse intelligente et lucide pour rendre aux autres ce qui avant était inconnu. La beauté est une extase incompréhensible et inaccessible à l'analyse, la science psychiatrique et ceux qui la pratiquent.

Stendhal dit donc que l'amour est une maladie, Platon, qu'il est un mythe de l'âme et un manque. Il ne m'est pas venu à l' esprit d'idée plus originale que celle de Platon. Aujourd'hui, l'amour est un sentiment dont les résultats sont tragiques. Le monde est malade d'amour.

À cinq ans, je tombais amoureux d'une femme, Isabel, à qui j'ai dédié mon premier poème: *Qué te vas a acordar, Isabel.* J'avais trente-huit ans quand je me suis rendu compte que *l'amour est le pire ennemi de l'amour*, et que l'amitié est par contre un sentiment qui nous nourrit et nous élève. L'amour doit être une quête de liberté. Si nous pensons que l'amour est une réalisation importante, voire indispensable à l'homme, alors nous sommes foutus. Je pense que l'amitié est suffisante en tant qu'aspiration de l'âme. La biologie, qui tout compte fait n'est que le rapprochement des corps, ne peut diminuer en nous cet appât absolu de l'être. Pour moi, l'amitié avec un homme –ou avec une femme, favorisée par l'art- est salutaire et favorable en ce sens qu'elle permet à l'être d'atteindre ses propres limites. Il n'y a pas de renoncement à la solitude. Y renoncer serait renoncer à être complet. Est-ce que par hasard nous ne devenons pas stupides quand nous confondons besoin biologique et rencontre de deux âmes?

Tout comme Stendhal, comme Platon, je suis un homme qui a vu et a joui de l'amour, et qui l'a trouvé enclin au chaos et au désespoir.

Ce que je me proposais avec ma poésie c'était de me faire aimer. C'est pourquoi j'allais dans la vie tel un garçon, en quête d'amis avec qui me mettre d'accord pour faire du mal au mal.

L'adamisme est, du point de vue du mythe, une manière d'être pour l'homme. Nous avons tous été des hommes seuls, ensuite accompagnés d'une femme, qui produit des enfants au milieu d'une nature vierge. Aldous Huxley appelait cela le sens adamique.

Les tréfonds de ma poésie ont un peu de paradis perdu, de quelque chose d'irrécupérable, où il y a un vol de colombes qui, en réalité, emportent le malheur. Mais je n'étais pas un misanthrope absolu. Ma misanthropie est relative: j'aimais la solitude, mais je ne la subissais pas. Ma solitude n'était pas un mal. Au contraire, c'est dans la solitude que j'ai médité, réfléchi, écrit et essayé de devenir meilleur. Un homme sans solitude n'a pas de personnalité.

J'avais trente et un ans le 26 mai 1976, quand ma maladie s'est déclarée. Tout a commencé par une fatigue, un épuisement total qui a duré environ quatre jours. Je passais de l'abattement à la joie. Je me troublais en écrivant mes livres. Je sentais une énorme réjouissance spirituelle, un contact étroit avec la nature. Je me souviens que mes parents se sont fâchés car je ne voulais pas manger.

Nous venons seuls au monde, nous vivons seuls et nous mourons seuls. C'est dans la solitude où les faits sociaux se forgent. Mais moi, j'ai vécu entouré d'amis, pour mon malheur, pour ma tristesse, pour mon bien. Dans ma solitude, j'écrivis mes poèmes. Dans ma solitude, lecteurs, je fus votre ami. La solitude c'est quelque chose que l'homme doit conquérir s'il veut arriver à être lui-même. Je fus un poète solitaire car j'étais une personne solitaire et que je consacrais beaucoup de temps à la réflexion. Ce ne fut pas sans peine. La poésie fut pour moi une affaire de réflexion, qui m'angoissa par moments. Le problème consistait à traduire une expérience profonde en quatorze ou dix-huit vers.

Les drogues calmaient cette douleur. Ma mère apprit que je fumais de la marijuana et elle me dit que si cela me faisait du bien, alors pas de problème. Mon père ne le sut jamais. Il n'était pas entier, comme ma mère. J'étais un sorcier. Quand je voulais quelque chose, je répétais son nom mentalement. Par exemple, morphine, morphine, morphine. Et je sentais que j'en avais.

Je ne pouvais pas écrire sans ma folie. C'est la folie qui m'avait rendu poète. Ce qui est poétique est une alchimie qui transforme la fruste réalité en expression de l'esprit pensant.

Au fil des années, j'accumulais les expériences et devenais meilleur. J'avais besoin de certaines situations, exemple : être en prison, en cliniques. Les hospitalisations ne portaient atteinte à ma capacité d'écrire. Je n'étais pas fou. Ma méthode était dans la folie. J'étais tout à fait conscient.

Être fou revenait à vivre ce fragment de réalité qui habitaient mes poèmes. Je suis devenu fou en essayant d'être libre, et je crois y être parvenu. La folie a été un répons allant à l'encontre de l'automatisation de la vie. En tant qu'homme qui est devenu fou plusieurs fois, c'est-à-dire, homme dont la réalité poétique a glissé vers la réalité quotidienne, le moi et l'être lui-même se sont fondus en un seul être individuel: l'autre, l'avant-garde, le même, le classique.

J'étais fou dans le bon et dans le mauvais sens du mot. Dans le mauvais sens parce que la folie n'a pas pu empêcher qu'on m'interne dans les cliniques psychiatriques; et, dans le bon sens, parce qu'elle m'a permis d'être artiste. La folie permet d'atteindre des niveaux profonds de l'âme humaine. C'est une façon d'être dans un monde de fantasmes. Ainsi, je passais de la métaphore sur le papier à la métaphore du monde et ma propre existence est devenue une fiction. Je l'ai dit d'une autre manière: Je n'étais pas dans la folie mais dans la métaphore et ceci d'une façon consciente.

Être poétique c'est se pencher sur la cohérence. Être pédestre, par contre, c'est devenir utile, acceptable, accepté, constructif, un sujet de bonne provenance morale, sociale, etc. La poésie est invisible. Ceux qui passent à toute vitesse dans leur voiture semblent avoir gagné la bataille décisive.

Qui, parmi nous, poètes, pourrait rattraper une “Suzuki” qui va à 80 kilomètres à l’heure? Mais, à quoi bon de la rattraper si dedans il y a quelqu’un qui est déjà presque mort.

La poésie m’a conduit maintes fois au désespoir émotionnel et à la prison des cliniques psychiatriques. Ces cliniques n’ont pas été difficiles à vivre. Je n’étais pas un poète malheureux pour avoir été en prison et en clinique. Cela a été un mythe et un plaisir, puisque j’y ai trouvé des motifs de réjouissance et de vie. Elles m’ont aussi offert un espace pour la méditation. Que dis-je! Je n’ai pas souffert à cause de la raison, mais des émotions. Je sentais un déséquilibre vis-à-vis de l’affection des gens, un grand problème de solitude.

J’ai toujours travaillé dans les cliniques. Elles étaient ce qu’il y a de plus adapté pour une aventure intellectuelle. En mai 1992, j’étais interne dans l’hôpital San Pablo à Carthagène, où j’écrivis en une demi-heure *La splendeur du papillon*. Si l’on me demandait de répéter l’expérience d’écrire dans une clinique, je m’y refuserais épouvanté. Mais si l’on me demandait de renoncer à écrire, je m’y refuserais catégoriquement.

La folie a été un refuge poétique bien que la mienne ait été un peu ennuyante et compliquée. La clinique était comme un mal de dents: le dentiste est terrible mais il est la solution. Il n’y a personne de plus cher que le dentiste quand il nous arrache une dent: on a envie de l’embrasser! De la même façon, je voulais embrasser mon psychiatre, parce que mes maux étaient physiologiques et n’endommageaient pas ma pensée mais ma structure émotionnelle.

Lorsque je suis allé à Cuba, j’ai voulu renoncer à la folie, plus précisément à son aspect négatif car je ne pouvais pas oublier qu’elle avait été maintes fois la voix intérieure qui avait favorisé l’expression du poème. Je maintenais des conversations télépathiques avec Platon, Kafka, Barba Jacob, Borges, Pessoa et Luis Carlos López. J’imaginais parfois mon autre moi, mon frère jumeau, avec qui je m’entendais mieux. Les médecins disaient que j’abritais des facteurs obsessionnels qui travaillaient mon être intime. J’entendais des voix qui me disaient: “insulte!, fume un joint!, brûle! J’entendais parfois

ma propre voix, celle de mon frère jumeau, ou celle d'une femme me disant: "tu est une pédale, reste tranquille, ne marche pas tant". D'autres voix m'ordonnaient de mettre fin à mes jours

On vit entre contradictions et paradoxes. Le paradoxe est une figure rhétorique qui traduit une réalité occulte. Ou, en d'autres mots, à quoi bon nous intéresser à des vérités qui ne sont pas occultes? Parmi elles, les réalités à distinguer? Ce qui est paradoxal, c'est que le monde est paradoxal.

Ceux qui semblent appelés à jouir le bonheur ne sont pas ceux qui l'affichent. Au contraire, ceux qui sont persécutés ou trahis semblent être les seuls capables de vivre le paradis ne serait-ce qu'un instant au cours d'une journée, comme l'a dit Borges. Le paradoxe a toujours existé. Les choses qui attirent notre attention et semblent nous conduire à la réalisation de nos passions, nos désirs, nos ambitions ne sont en fait qu'un mensonge qui dissimule une bouchée amère et brûlée, mieux trop brûlée.

D'autre part, la contradiction est une forme exprimée par la théorie de la dialectique, quelque chose que j'ai beaucoup questionné avec ma propre méditation: il n'y a que deux éléments extrêmes dans toute contradiction, et je me suis demandé s'il n'existerait un troisième élément.

Les nations fondées sur la base de la théorie politique de la dialectique historique matérialiste de Marx font marche arrière par rapport à cette même théorie.

La contradiction est à mon avis une forme de mouvement au sein de la réalité. C'est la manière dont la réalité prend de l'élan à partir d'elle-même. C'est un geste qui semble une négation –même si c'est difficile à croire-: Deux, trois, quatre éléments d'une même réalité s'opposent, mais ils ne s'annulent pas si ce n'est qu'ils produisent un phénomène différent. Il y aurait donc une situation intermédiaire entre la thèse et l'antithèse.

Je n'ai perdu jamais le contact avec la réalité. Un fou ne peut pas créer. Et moi, j'étais tellement lucide que je fus même fou. Les psychiatres stupides ne savent ce que c'est que l'art, ce que c'est que l'amour, ce que c'est que la folie. Ils ont fait l'effort de me traiter avec l'indifférence du vétérinaire

face à la bête malade. (Un livre que j'ai mûri pendant longtemps et que je n'ai conclu pas reproduisait le dialogue entre un poète et un psychiatre. Cette situation désaventageuse se terminait par la victoire du poète).

Ce qui ressemble le plus à l'art c'est la folie et l'amour, qui est une autre forme de la folie. Quand nous aimons un corps qui nous semble beau, nous lui attribuons des vertus et d'étranges qualités spirituelles qui, en vérité, n'appartiennent qu'à nous-mêmes. Nous pensons que ce corps renferme intelligence ou sagesse, alors qu'en réalité ce n'est qu'un miroir de notre désir.

Un artiste est plus pernicieux que la nourriture: l'Establishment préfère distribuer de la nourriture au lieu de la culture car un peuple cultivé fait honte tandis qu'un peuple affamé tout simplement se plaint. Nous les artistes résultons donc plus subversifs que les guérilleros qui ne cherchent qu'à créer une société type « classe moyenne ».

Les poètes sommes de mauvaises gens. Je sais bien que je n'étais pas un gentleman, comme Borges. Je n'appartenais ni à aucun groupe ni école, mais je n'étais pas non plus un poète marginal. Maudits soient ceux qui croient que je suis un poète maudit. Ces antinomies ne m'intéressent pas. Je n'ai vécu ni dans l'alcool ni avec des prostituées. Je fus un homme religieux, panthéiste: en tout je voyais Dieu. J'aime Rimbaud, mais il n'est pas un poète maudit. Gautier et Baudelaire sont eux des poètes maudits. Et je trouve Baudelaire abject.

Je n'étais pas chrétien. J'ai cru, comme Pessoa, que les dieux étaient les artistes. Et j'ai fini par être un artiste païen, mais mystique, qui croyais profondément à la divinité de la nature, à ce qui surgit de ce qu'il y a de meilleur chez l'homme, les animaux, les plantes et les minéraux.

La rose la plus belle est divine par-dessus les autres. Les êtres les plus beaux sont divins, mais leur divinité est transitoire. J'ai toujours pensé qu'il n'y a pas de seconde chance sur la terre. Si tu es né arbre, tu vas mourir comme un arbre. Si tu es né nuage, tu vas mourir comme de la pluie. Je n'ai jamais cru qu'il y a au-dessus de la nature quelqu'un qui la guide.

Mon dieu était une imagination de Dieu, pas une foi. Ah, si seulement Dieu existait ! Tout irait sans doute mieux. Il y aurait de l'espoir, mais il y a tant de mal dans le monde. Ah, si seulement Dieu existait !, pensais-je. L'écroulement des humanismes n'aurait pas été si désastreux. Je me demandais comment faisait Dieu pour ne pas avoir pitié de tant de gens qui souffraient en vain. Parce que si l'on souffre pour quelque chose, il y a moindre mal, mais si l'on souffre aveuglément, dans un trou, dans une impasse, sans savoir pour quoi

Je ne croyais pas non plus au Diable. Je pensais qu'il n'existait pas et que c'était mieux comme ça. Qu'il faisait partie de mes hallucinations. J'ai souffert, j'ai connu l'échec, mais j'ai pu aussi savourer la reconnaissance progressive des gens qui aiment l'art difficile de la poésie. Bien qu'à la fin je n'étais même plus capable d'apprendre par cœur presque aucun de mes poèmes, malgré tout c'était un plaisir pour moi de pouvoir les lire à différents publics. Cela n'a pas été une souffrance pour moi, au contraire, j'y ai pris beaucoup de plaisir.

Et voilà, mes livres existent. On m'a publié. Les présidents sont allés m'écouter. Ce que j'aimais c'était mon travail, écrire mes poèmes, être avec les gens. Non pas la publicité ou la télévision. Je suis le meilleur poète, même si ce sont les autres qui apparaissent à la télévision. Le succès a anesthésié pendant quelque temps l'animal solitaire et isolé que j'étais, et m'a encouragé à partager. J'ai mal agit. J'aurais dû permettre que ces livres vivent leurs vies et moi, j'aurais dû vivre la mienne. Mais ma faiblesse a été énorme et j'ai permis qu'on m'inclue sans le vouloir dans le monde de la concurrence.

J'ai souffert, dis-je, bien que j'ai eu mon paradis. Pendant longtemps je fus sur le point de me suicider. Il faut voir la mort dans les yeux pour apprendre à mourir tout seul. Je la craignais et je ne la craignais pas. Je l'ai affrontée plusieurs fois et j'ai vu son visage définitif. Se dissoudre dans l'éternité du temps a quelque chose d'attirant et de terrible pourtant. Mourir est un mouvement naturel de l'esprit en s'éteignant.

Je pensais que la vie c'était tout: *Quand mon corps s'éteindra, quand ma vie finira, c'est que tout sera fini*, disais-

je. *Je n'y vois rien de mal. C'est comme ne plus se réveiller. Lorsque nous allons nous coucher, nous ne savons rien du matin à venir. Il ne nous manque pas, nous nous couchons pour dormir. Pour presque plus être*. C'est ainsi que je pensais de la mort, qu'on ne se réveillait pas. Et j'adorais dormir. Je me sentais mal à l'aise parmi les autres, mais je n'ai pas eu peur. Ou peut-être que si. Mais je ne suis pas mort. Tout comme en Colombie il y a eu la première race de cyclistes, tel Cochise, et de musiciens, tel Rafael Escalona, moi, j'ai inauguré une nouvelle race d'hommes qui ne meurent pas.

L'artiste a toujours un ennemi mortel qui le fait s'épuiser en son travail infini et que chaque nuit l'aime et lui pardonne lui-même. L'art tente toujours de sauver l'homme de ce qu'il y a de plus intime, de définitif. Et c'est en réalité la seule option que l'on a face à la mort, qui n'est pas quelque chose qui survient à la fin de nos jours, mais une présence abominable qui nous accompagne tous les jours et nous fait glisser dans un sommeil dont nous ne nous réveillons pas. La poésie atteint ce rivage si intime de l'homme où il n'a même pas la compagnie de l'amour.

J'écrivis avant tout pour les poètes, pour les autres artistes et, bien sûr, pour les gens qui s'intéressent à la poésie. J'ai voulu être un bon artiste, un poète responsable, quelqu'un qui délivre un livre pour émouvoir les gens. Il n'y a de plus touchante admiration pour un écrivain que celle de ses lecteurs.

Le poète est en quelque sorte un voyant, puisqu'il doit pressentir, deviner ce qui pût plaire au lecteur, sans pour cela s'assujettir à aucun dogme ou groupe. Tout artiste sérieux –je présume que je le fus- doit faire face à des obstacles de diverse nature. Je me suis dressé contre les autres, et parmi eux ma famille, qui attendait autre chose de moi. Or, la poésie nous entraîne sur un chemin ardu, difficile et compliqué. Elle m'a conduit à m'isoler, ce qui était nécessaire pour pouvoir mener à bien l'œuvre réalisée au fil de tant d'années.

Mon père, qui était un stoïque à la manière de Montaigne, m'apprit la nécessité de l'effort qui précède le plaisir, afin que celui-ci soit vraiment le plaisir. Mes contemporains ont vécu une histoire différente: la chimère du bonheur. C'est-à-

dire, l'anesthésie des sentiments, la mort de la morale, le plaisir comme une constante. Mais, heureusement, les poètes, avec leur art, ont inventé aussi la philosophie qui est aujourd'hui un instrument d'oppression, détachée de l'esthétique, de la morale et de la culture qui l'ont inventée.

Depuis mon enfance, j'ai rêvé toujours d'avoir une existence vouée à l'art, d'être écrivain et homme de théâtre, et j'y suis arrivé au prix de ma propre vie. Je l'ai immolée sur l'autel de la beauté, de la beauté totale. Celui qui aspire à être poète doit être prêt à sacrifier son existence. La poésie plus qu'une destinée littéraire et elle exigera tout de lui contre un seul grain de plaisir. Le poète devra vivre poétiquement.

La poésie m'a offert la folie, pauvreté et solitude. Et beaucoup de travail. Mais elle m'a aussi apporté oisiveté, amitié et un grand bonheur. J'étais heureux, profondément heureux, à certaines époques. La lecture m'a causé un grand bonheur, celle de saint Jean de la Croix, par exemple, et j'ai ressenti un plaisir identique en offrant ma plus haute sensibilité à ceux que je ne connaissais même pas.

Je n'ai donc pas été un homme aigri mais, comme mon père, tout simplement un stoïque. Je me suis borné à raconter aux autres ma douleur et mon plaisir d'être vivant, en regardant le fleuve Sinú, la mer et les remparts de Carthagène, ou le visage de quelqu'un qui, d'une manière transcendante et occulte, me disait que le monde est vivant.

Seule une chose n'existe pas –comme disait Borges - l'oubli. J'ai dû oublier beaucoup d'événements douloureux et c'est l'amitié des jeunes qui m'a aidé à les oublier. C'est-à-dire, à les transformer en poèmes. Je n'ai pas oublié la douleur, je l'ai transformée et je suis très content d'être ce que je suis, malgré la mort, les souffrances, les solitudes et les folies traversées.

Ma poésie a été très bien accueillie. En Colombie –et pardonniez-moi- cela n'a pas de précédents. Les jeunes gens apprennent mes poèmes par cœur. Que puis-je demander d'autre aux dieux?

Raúl Gómez Jattin
Anthologie poétique

Version française: Colombia Truque Vélez,
en coopération avec Philippe Bordier

JE N'ÉTAIS QU'UN JOINT dont on n'a pas voulu

J'AI POUR TOI, mon cher ami,
un cœur de mangue du Sinú
odorant
authentique
aimable et tendre
(Le reste de mon être n'est qu'une plaie
une terre désolée
un coup de pierre
un clin d'œil
dans une nuit étrangère
des mains qui assassinent des fantômes)
Et un conseil
Évite–moi

SI LES NUAGES ne devancent pas dans leurs formes
l'histoire des hommes
Si les couleurs de la rivière ne figurent pas les desseins
du Dieu des Eaux
Si tu ne rapièces pas avec tes mains de velours
les commissures de mon âme
si mes amis ne sont pas une légion d'anges
clandestins
Quel sera alors mon destin

JE T'AIME PETITE ANNESSE

Parce que tu ne parles pas
ni te plains
ni demandes d'argent
ni pleurs
ni prends ma place dans le hamac
ni t'attendrisses
ni soupires lorsque je jouis
ni te crispe
ni me prends
Je t'aime
là, toute seule
comme moi aussi je suis seul
sans prétendre être ma compagne
partageant ta chatte
avec mes amis
sans me faire honte devant eux
et sans me demander un seul baiser

LE DIEU QUI ADORE

Je suis un dieu dans mon village et dans ma vallée
Non qu'on m'adore   Car ici c'est moi qui adore
Parce que je m'incline devant celui qui m'offre
des grenades ou un sourire bienveillant
Parce que je m'adresse à ses habitants vigoureux
pour mendier une pièce ou une chemise
qu'ils me donnent
Parce que je guette le ciel avec des yeux d'épervier
et que je le nomme dans mes vers   Parce que je suis seul
Parce que j'ai dormi sept mois dans un fauteuil à bascule
et cinq sur les trottoirs
Parce que je regarde la richesse avec dédain
quoique sans haine   Parce que j'aime celui qui aime
Parce que je sais cultiver orangers et légumes
même pendant la canicule   Parce que j'ai un ami
dont j'ai béni enfants et mariage
Parce que je suis bon d'une manière inédite
Parce que bien qu'avocat je n'ai pas défendu le capital
Parce que j'aime les oiseaux et la pluie et son intempérie
qui lave mon âme   Parce que je suis né en mai

Parce que je sais gifler à l'ami voleur
Parce que ma mère m'a abandonné quand
justement
j'avais le plus besoin d'elle   Parce que je me contente
de l'hospice quand je suis malade   Parce que je respecte
plus que tout celui qui me respecte   Celui
qui façonne
chaque jour un pain amer et solitaire et disputé
tels mes propres vers que je dérobe à la mort

TROIS EN UNE

Catalina va
Catalina vient
Catalina est arrivée
Contre ma poitrine comme un moineau
Telle une sœur une grand–mère ou une amie
Sa chevelure réchauffe mon cœur

Je ne veux pas qu'elle parte
Elle est si tendre
Elle dont les os semblent
être des plumes
la voix n'est qu'un souffle pur
l'amitié un amour plein

Catalina vaut un million de baisers en poésie

Catalina est un cœur de vent
et le vent, comme j'aimerais être le vent

EUX ET MON ÊTRE ANONYME

Raúl Gómez Jattin est tous ses amis
Et Raúl Gómez n'est personne lorsqu'il passe
Lorsqu'il passe tous sont tous

Moi je ne suis personne   Moi je ne suis personne
Pourquoi ces gens aiment ma personne
si Raúl n'est personne   Je pense
Si ma vie est la réunion de ceux
qui traversent son centre et enlèvent ma douleur

C'est peut–être parce que je les aime
Parce que mon cœur est partagé entre eux

Ainsi, Raúl Gómez vit en eux
Pleurant riant et souriant parfois
étant eux et étant moi–même aussi

LE SUICIDÉ

Élégant dans son galop
il leva sa main armée
jusqu'à sa tempe
et tira :
doux écroulement
du cheval au sol
Plié sur une cuisse
il tomba
et sans aucune plainte
il est allé galoper
dans les prairies du ciel

PETITE ÉLÉGIE

À quoi bon être encore un arbre
si l'été de deux années
m'a arraché les feuilles et les fleurs
À quoi bon être encore un arbre
si le vent ne chante plus dans mon feuillage
si mes oiseaux ont migré vers d'autres lieux
À quoi bon être encore un arbre
sans autres habitants
que ces pendus qui s'accrochent
à mes branches
comme des fruits pourris en automne

DE CE QUE JE SUIS

Dans ce corps
où la vie déjà s'obscurcit
c'est moi qui vis
Ventre mou tête chauve
Peu de dents
Et moi là-dedans
tel un condamné
Je suis dedans et je suis amoureux
et je suis vieux
Je déchiffre ma douleur avec la poésie
et le résultat est vraiment trop douloureux
des voix qui annoncent : voici tes angoisses
Des voix brisées : tes jours sont révolus

La poésie est ta seule compagne
habitue–toi à ses couteaux
il n'y a qu'elle

« ...LÀ, OÙ LE DOUBLE SEXE DORT »

La poule c'est la bête qui a le sexe le plus chaud
C'est peut–être parce que le coq ne lui introduit rien   C'est peut-être
parce que elle est très sexuelle et si ambitieuse que
même un œuf y trouve sa place C'est peut-être parce qu'elle aime
elle aussi qu'on la pénètre   L'ennui c'est qu'elle fait sur la bitte
Mais c'est au meilleur moment et l'orgasme va jusqu'au délire
Mon vieux ! Supersexe pour mes six ans

Avec la pigeonne pas moyen   Mais c'est beau de l'exciter
et de devenir son ami et faire d'elle –la pigeonne, c'est-à-dire,
le pigeon– un signe sacré de l'Amour
Celui que je nomme lorsque cela ne me fait pas
trop mal   Vierge comme un pigeon mais
pénétrable

Avec la cane c'est impossible   La chienne ne se laisse pas faire et mord
La truie s'enfuit en courant   Avec la chatte pas question
Idéale la brebis   Elle ne bouge pas
La chevrette en rut est délicieuse

J'oubliais la dinde   Sa joie sexuelle
la fait sortir à la rue comme cette putain de chienne
Chez les oiseaux le meilleur c'est le dindon
Tous les dindons sont des pédales qui le serrent
Il n'y a pas meilleur sexe féminin que celui de la ânesse
Mais la mule la suce   Et la pouliche est délicieuse...
Mais la cuisinière se charge de tout   Elle lève sa jupe
et te fait monter sur son pubis Elle met ses mains
sur tes fesses et te fait remuer le derrière dans le marécage insondable
de sa grossière sensualité à bouche grand ouverte

Celui qui l'a fait avec un jeune âne sait
que per angostam viam il y un meilleur contact et plaisir
entrant tendrement par où la nature

apparemment ne s'y attend pas Mais qu'elle reçoit
avec une joie que je ne connais pas aux femelles

Tout ce sexe net et pur comme l'amour
entre le monde et soi-même Ce remuer le derrière avec
Tout ce qui est bellement pénétrable Et de mettre sa bitte
Jusqu'à dans un bananier Cela fait de toi
Le Gros Salaud de l'univers, un vrai salaud
se rappelant Walt Whitman

Jusqu'à ce qu'on finisse par l'offrir à un autre homme
Par amour Nous, dont l'orifice est plus petit que celui du
pigeon

UN PROBABLE CONSTANTIN CAVAFY À 19 ANS

Ce soir il assistera à trois cérémonies dangereuses
L'amour entr'hommes
La marijuana
Et les poèmes

Demain il se lèvera après midi
Il aura les lèvres brisées
Les yeux rougis
et un autre rôle ennemi

Ses lèvres lui feront mal de tant avoir embrassé
Il aura ses yeux en feu comme des mégots ardents
Et ce poème n'exprimera pas non plus sa douleur

ROXANE

Je n'ai jamais vu homme aussi beau que lui
avec sa peau dorée et ses yeux comme la nuit
avec sa musculature parfaite telle celle d'un dieu
Je n'ai connu non plus quelqu'un de sa culture
Il lui dit des mots d'une sagesse dont elle
ne soupçonnait même pas l'existence
et il la traite avec tant de courtoisie que Darius
–son père– semble à son côté maladroit et grossier
Mais malgré cela elle désire ardemment retourner
aux jardins de Persépolis ou à la plage
d'Ormuz à son palais dans le désert
car parfois au milieu de la nuit elle a surpris
celui qu'elle aime –Alexandre roi de Macédonie
et maintenant des Perses aussi– se lever
du lit où il l'a aimée
pour aller à la chambre d'Épaphrodite son ami
qui l'attend nu et ivre de vin

SCHÉHÉRAZADE

Elle est amoureuse de l'assassin qui l'oblige
nuit après nuit à épuiser de sa mémoire
la légende ancestrale multiforme et vaste
pour sauver momentanément sa vie sans défense
Et tandis que Schéhérazade ne cesse de raconter
luxurieux le Calife l'embrasse et la caresse
et elle doit raconter encore pour l'entretenir
car chaque matin le bourreau attend
Elle est à la merci de celui qui l'écoute ému
mais point ne lève la sentence à mort
L'artiste a toujours un ennemi mortel
qui le fait s'épuiser en son travail infini
et qui chaque nuit l'aime et lui pardonne : lui–même

LI PO

Les fleurs du pêcher sont tombées sur l'herbe
Elles ont quelque chose de coquillage ou de peau rosée
Le vieux poète chinois s'est levé de bon matin
et avec tristesse a surpris le désastre du vent
Hier soir il s'est enivré avec des nouveaux amis
qui avaient fait plusieurs journées de chemin pour le connaître
Dans sa poche il garde encore le poème
écrit affectueusement par l'un d'eux
Il tient une coupe de vin dans sa main
et boit ému en regardant les fleurs
Il a écrit autant de vers qu'il a pu
et il sent la mort qui guette ses pas
Il va boire toute la journée et à la tombée de la nuit
la lune l'invitera en silence à la regarder ivre
à poursuivre son éclat entre les feuilles humides
Il regardera son reflet sur les montagnes lointaines
dans les eaux du fleuve Jaune
et la trouvera plus belle que tout en haut du ciel
Enivré il croira au miracle de pouvoir
la toucher la regarder de près et l'embrasser
Li Po va en quête de la lune sur l'eau
du fleuve Jaune d'où jamais Li Po ne reviendra

LOLA JATTIN

Au-delà de la nuit qui scintille dans l'enfance
Au-delà même de mon premier souvenir
Il y a Lola –ma mère– devant une vitrine
se poudrant le visage et coiffant ses cheveux
Elle a déjà trente ans d'être belle et forte
et elle est amoureuse de Joaquin Pablo –mon vieux–
Elle ne sait pas que je me cache dans son ventre
attendant le moment où sa vie
aura besoin de la force de la mienne
Au–delà de ces larmes qui coulent sur mes joues
de sa douleur immense comme un coup de poignard
il y a Lola –la morte– qui vibre et vit encore
assise au balcon contemplant les étoiles
lorsque la brise du marécage dépeigne
ses cheveux et qu'elle se peigne à nouveau
avec une certaine insouciance et un plaisir mêlés
Au-delà de cet instant déjà passé et qui ne reviendra plus
c'est moi occulte dans le devenir d'un temps
qui m'emporte très loin et que maintenant je pressens
Au-delà de ce vers qui me tue en secret
c'est la vieillesse –la mort– le temps infini
quand les deux souvenirs : ma mère, moi-même
ne seront qu'un seul souvenir : ce poème

J'AURAIS VOULU ÊTRE UN MÂLE

pour te posséder
pour nous donner des coups de poing en signe
de tendresse et de fidélité
pour me mettre les bottes de contremaître
et te chevaucher tout nu
pour te menacer avec mon revolver

Mais moi
une femme
une simple femme
qu'est-ce qu'elle peut faire de mémorable
à la recherche de l'amour

CE SONT DES HOMMES D'ARGENT

non d'âme et de corps
Ce sont des hommes de position élevée
non de sentiments délicats
Ce sont des hommes d'argent
non de chair et d'os
Ils ont des voitures
mais pas de cœur tendre
Ils ont des villas
où il n'y a pas ni livres
ni tableaux ni chansons
Ce sont des hommes fortunés
d'investissements
à la bourse
Ce sont des hommes à crucifix
sans esprit cultivé
Ce sont des hommes qui se gavent de mets
mais ne savent pas cuisiner
Ils sont les propriétaires
de terres cultures et animaux
qui n'aiment pas la nature
Sont-ils des hommes ?

J'AI FRÉQUENTÉ LES HÔPITAUX

Pour freiner la folie
Une folie qui pendant de longues années
a aidé mon imagination dans la poésie
mais qui après est devenue menaçante
et a mis ma vie en danger
Maintenant –sans elle– j'écris ces vers
et ne sais si j'ai gagné ou j'ai perdu
Je ne sais si toi lecteur tu t'apercevras de ce changement
et regretteras que mes vers
soient devenus posés et tranquilles
Plaîsse à Dieu que natura ait eu pitié de moi
et que tu ne regrettes pas la ferveur d'autrefois

LES POÈTES, MON AMOUR, sont des hommes horribles
des monstres de solitude –évite-les toujours
En commençant par moi

Les poètes, Mon amour, il faut les lire
Lis-les   Mais ne fais pas cas de ce qu'ils font
dans leurs vies


Raúl

Fuentes

El contenido de *Arde Raúl* fue posible gracias a las declaraciones, los textos y las fotos de:

Juan Manuel Ponce, William Ospina, Rafael Salcedo Castañeda, Darío Jaramillo Agudelo, Beatriz Castaño, Jaime Jaramillo Escobar, Bibiana Vélez, Joaquín Mattos Omar, José Luis Gómez Vergara, Silvia Jaramillo, Antonio María Cardona, Nicolás Suescún, Carlos Gómez Salgado, Milciades Arévalo, Zita Figueroa, Carlos José Reyes, Rubén Gómez Jattin, Rómulo Bustos, Oscar Collazos, Harold Alvarado Tenorio, Efraím Medina Reyes, Gabriel Chadid, Lena Reza, Roberto Burgos Cantor, Hernán Darío Correa, Arnulfo Julio, Eparkio Vega, Modesta Salgado, Juan Gustavo Cobo Borda, José Luis Calume, María Cardozo, María del Carmen Quintana, Soad Louis Lakah, Álvaro Aleán, Alonso Mercado, Haroldo Rodríguez, Luis E. Sánchez, Lázaro Reza, Jairo Ferrer, Miguel Durán, Roberto Triana, María Cecilia González, Catalina Restrepo, Jorge Carcioffi, Rafael del Castillo, Gustavo Adolfo Garcés, Iván Barboza, Franklin Arroyo, Vladimir Marinovich, Francisco Pinaud, Mara Berrocal, Enrique Jatib, Raymundo Gómez Cásseres, José Luis Gómez Cásseres, Fred López, Francisco González, Amaury Díaz Romero, Mauricio Contreras, Luis Felipe Velásquez, José Luis DíazGranados, Rodolfo Obregón, Carmen Santos, Sara Ortega de Petro, Luis Cuadrado, Gustavo Tatis Guerra, María Eugenia Llamas, Maryluz Vallejo, Eduardo Ramos, Henry Stein, Carlos Alberto Jáuregui, Álvaro Marín, Carlos Cubillos, María del Carmen Quintana, Pedro Badrán Padaui, Leonor Dangond, Antonio Arévalo, Luis E. Mizar, Jorge Luis Soto, Joaquín Tabares, Carolina Patiño, Alberto Quiroga, María Mercedes Carranza, Ricardo González Menéndez, Adolfo Bermúdez, Oscar Ayola.

Bibliografía de Raúl Gómez Jattin

Poemas, Bogotá, 1980.

Tríptico cereteano: Retratos (1980 - 1983), Amanecer en el valle del Sinú (1983 - 1986), Del amor (1982 - 1987). Fundación Simón y Lola Guberek, Bogotá, 1988.

Hijos del tiempo. Ediciones El Catalejo, Cartagena, 1989.

Esplendor de la mariposa. Colección Piedra de Sol, Editorial Magisterio, 1995.

Los poetas –amor mío. 1995.

Poesía (1980 - 1989). Editorial Norma, Bogotá, 1995.

El libro de la locura (póstumo). Coedición Casa de Poesía Silva y Taller de Poesía Siembra, Cartagena, 2000.

Agradecimientos

Antonio Celia Martínez-Aparicio, Pablo Gabriel Obregón, Marciano Puche, Luis Guillermo Otoya, Guido Nule, Loretta Jiménez, Juan Manuel López, Ramiro Cabrales, Roberto Caridi, Orlando Cabrales, César Caro Castellar, José Vicente Salazar, Gonzalo Restrepo, Guillermo Arturo Heins, Joan Manuel Serrat, Daniel Samper Pizano, Marco Schwartz, Alba Pérez del Río, Luis Alberto Restrepo, Martha Jaramillo, Alfonso Múnera, Jaime García Márquez, Alquimia Peña, Victor Pacheco, José Luis Garcés González, Tallulah Flores, Miguel Iriarte, El Tiempo, Casa de Poesía Silva, Revista Prometeo, Julio Charris, Maribel Ramírez, Gonzalo Márquez Cristo, Julio Jaramillo, Antonio Correa, Juan Camilo Segura, William Quessep, José Camilo Manzur, Fernando Manzur, Alberto Amaya, Lucía Estrada, Eugenio Arrieta, Alfredo de los Ríos, Jaime Abello Banfi, Amparo Osorio, Guillermo Alcalá, César Molinares, Helder Navarro Carriazo.

Arde Raúl *está dedicado a los amigos clandestinos del poeta y, en especial, al viejo Rafa, un pájaro en medio de la tormenta*

DIRECCIÓN EDITORIAL
Heriberto Fiorillo

ASISTENCIA PERIODÍSTICA
Adlai Stevenson
Katherine Castillo

FOTOGRAFÍA DE PORTADA
Jairo Ferrer

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN
Santiago Mutis Durán
Común Presencia Editores

IMPRESIÓN
Panamericana Formas e Impresos S.A.

ISBN: 958-33-4176-2
PRIMERA EDICIÓN: 2003
Bogotá, Colombia

«Las palabras y los despojos del poeta no se pueden heredar ni poseer; son como la luz o el calor de las estaciones, de los cuales nadie puede adueñarse ni prohibir que otros lo disfrutren. Ellos no se dejan cercar ni inmovilizar; siempre están en otra parte, como el viento que no puede retenerse. Su ausencia rehuye la posesión porque se transforma y se revierte en el mutable fluir de la vida, se borra al entrar a formar parte de la respiración del mundo, igual a los árboles caídos que también se pudren y se convierten en tierra. Como el tronco deshecho en el bosque cada nombre se pierde, pero en este perderse está su salvación, su vida sin final».

Claudio Magris, en *Los despojos del poeta*

EDITORIAL HERIBERTO FIORILLO S. en C.S.

A veces, muchos de nosotros somos,
sin darnos cuenta, él.